AMÉRICA.

HISTORIA DE SU DESCUBRIMIENTO DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LOS MAS MODERNOS

• ESCRITA POR •

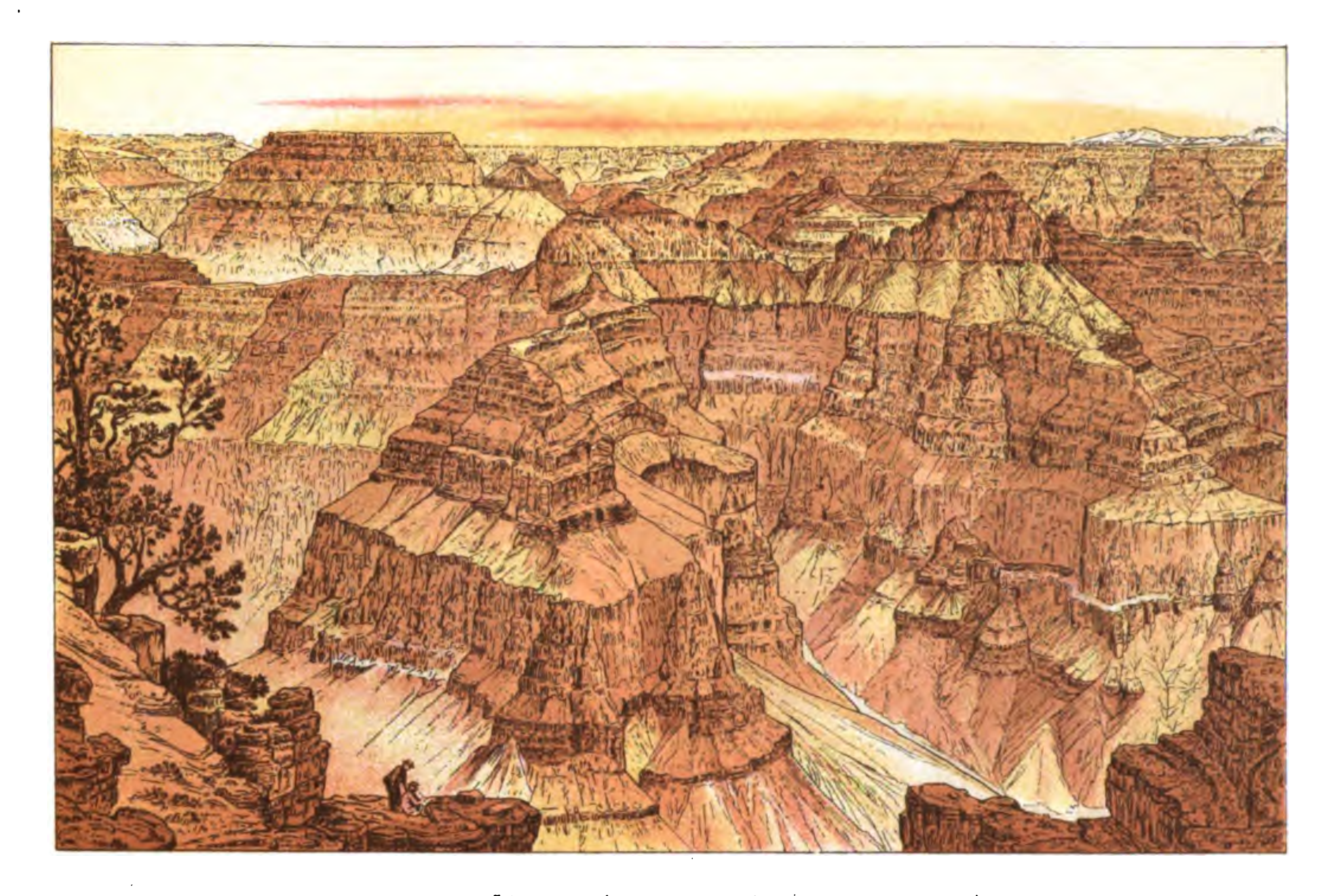
RODOLFO CRONAU.



AMÉRICA

HISTORIA DE SU DESCUBRIMIENTO


FA'L:SABER
MON:AFER
:D'ALTRE:



EL GRAN CAÑÓN DEL RÍO COLORADO (AMÉRICA DEL NORTE)

AMÉRICA

HISTORIA DE SU DESCUBRIMIENTO

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LOS MAS MODERNOS

POR RODOLFO CRONAU

Obra dedicada á solemnizar

el cuarto centenario del descubrimiento de América por Cristóbal Colón

---

TOMO TERCERO

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NUMS. 309 Y 311

1892



Pedro de Valdivia

ÚLTIMAS CAMPAÑAS DE DESCUBRIMIENTO POR PARTE DE LOS ESPAÑOLES EN LA AMÉRICA DEL SUR

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE CHILE

Al final del capítulo anterior hemos consignado que el emperador Carlos V, por decreto de 21 de mayo de 1534, había concedido á Diego de Almagro un territorio de 200 leguas de largo al Mediodía del gobernado por Francisco Pizarro, y el cual territorio había sido bautizado con el nombre de Nueva Toledo. Este se extendía desde los 14 hasta los 25° de latitud meridional y comprendía, según las actuales divisiones políticas, el Perú meridional y las provincias más septentrionales de Chile. Con la esperanza de hallar en aquel territorio iguales tesoros que en el Perú, pertrechó Almagro á fuerza de dinero (un caballo costaba entonces en el

Perú de 6000 á 8000 pesos de oro y una camisa 300) un ejército compuesto de 570 españoles, 200 caballos y unos 15000 hombres de tropas peruanas auxiliares, y salió el 5 de julio de 1535 de la ciudad del Cuzco para penetrar en las montañas del Sur, aún desconocidas de los españoles. Dos caminos conducían á Chile, el uno á lo largo de la costa y el otro por las Cordilleras. Almagro eligió el último por habérselo aconsejado así, tanto los guías que le había dado Inca Manco, como un hermano del soberano llamado Paullu Tupac y el gran sacerdote Villac Umu.

El ejército dirigióse primero á lo largo de la costa occidental del lago Titicaca, bajó por el torrente del Desaguadero que une á este lago con el de Aullagas, y llegó, á fines de octubre, á la ciudad de Topisa, capital de los indios chichas, actualmente Tupiza. Todo el país estaba aún sometido á los Incas, que habían extendido sus campañas de conquista hasta el río Maule, en Chile, y hecho sus tributarios á numerosos pueblos pequeños. Un tributo de estos pueblos, por valor de 90000 pesos de oro, que llevaban al Inca, fué cogido por los españoles.

Permanecieron en Topisa hasta enero de 1536, penetrando después por el valle del río Jujuy y los territorios de los guerreros calchaquis, con los que tuvieron que sostener muchos combates, en la árida región del desierto de sal, llamado *Campo del Arenal*, que carece por completo de vegetación, y en el que murieron de hambre y sed muchos de los llamas que llevaban para el abastecimiento de carnes y desertaron muchas de las tropas auxiliares.

Cuando después de atravesar el dicho desierto se dirigieron, hacia fines de marzo, en dirección á Occidente, levantóse ante ellos la formidable cordillera de los Andes, cuya elevación amedrentó á los temerarios aventureros. A pesar de esto decidieron cruzarla, lo que verificaron por el actual paso de San Francisco.

El aspecto que ofrecía la montaña era sumamente árido é inhabitable: veíanse brillar de trecho en trecho colosales paredones de piedra de rojo pórfido, y entre ellos estrechas y obscuras gargantas llenas en su mayor parte de masas pedregosas desprendidas de las alturas, en las que se elevaban algunos raquíticos arbustos y plantas; en una palabra, el paisaje ofrecía por todas partes el aspecto de un espantoso desierto en continua destrucción.

Almagro se adelantó con veinte jinetes para buscar un paso á propósito para el ejército y ver si proporcionaba á éste algunos víveres, mas no le fué posible hallar una cosa ni otra en aquellas soledades desprovistas por completo de hombres y de animales. Los únicos seres vivientes que se veían eran los enormes cóndores, más numerosos cada día por aumentar también el número de cadáveres de hombres y caballos, sobre los que

se arrojaban con voracidad. Pronto empezó á faltar por completo toda clase de provisiones y de agua, y los españoles se vieron obligados á comer la carne de los caballos muertos. Los indios, enloquecidos por el hambre, roían los miembros de los cadáveres de sus compañeros. No tenían siquiera leña para encender fuego; un terrible temporal de nieves cayó sobre el ejército, y entonces llegó á su colmo la miseria y padecimientos de aquellos desgraciados. Muchos perecieron helados; otros perdieron la vista á consecuencia de la fuerte refracción de la luz sobre las inmensas sábanas de nieve; y cuando al cabo de trece días de penalidades llegaron á las fértiles llanuras de Copiapó con tanto afán buscadas, presentaban todos el más lastimoso aspecto: habían perdido todo el equipaje y la mayor parte de los caballos, y muerto además helados 30 españoles y unos 5000 indígenas (1).

Nuevas dificultades se les presentaron á los expedicionarios por haber huído la mayor parte de los peruanos que sobrevivieron á la marcha por los Andes, siendo probable que se volviesen á su país cruzando el desierto de Atacama en dirección Norte.

Los indígenas de Chile huyeron á los bosques al acercarse los españoles, inutilizando antes toda clase de provisiones. Como el comportamiento de los conquistadores no era á la verdad el más á propósito para inspirar confianza á los chilenos, pues Almagro, en venganza de haber sido muertos tres de sus compañeros, mandó quemar vivos á veintinueve indios, se supone que á ello fué debida la conducta observada en esta ocasión por los habitantes de Chile.

Desde Copiapó penetró Almagro en las provincias de Coquimbo y Aconcagua; pero antes tuvo que sostener en las orillas del río Claro tan sangrienta y ruda lucha con los guerreros promaucanos, que un desaliento general se apoderó de los soldados españoles. En vista de que una expedición al mando de Gómez de Alvarado, que penetró hasta las inmediaciones del río Itata, volvió, después de tres meses de ausencia, con la noticia de que los países que había visitado eran muy pobres, estériles, malsanos, y estaban casi deshabitados, resolvió Almagro abandonar á Chile que sólo le había proporcionado trabajos, desgracias y quebrantos y volverse á su virreinato de Nueva Toledo, pero recomendando vivamente á sus tropas que antes de partir se proporcionasen cuantos objetos de valor y oro pudieran en la comarca.

Para no exponer de nuevo á su ejército á los peligros que ofrecía la marcha por alta montaña, emprendió Almagro á su regreso el camino

(1) Los datos que se conocen acerca de las pérdidas experimentadas por Almagro son distintos, según los autores. El cronista Martín de Lobera consigna la cifra que nosotros damos; otros por el contrario, aseguran que fué el doble.

por la costa, teniendo que atravesar el tan temido desierto de Atacama, en el que por falta de sustento y agua perdió más de 30 caballos. Afortunadamente no pereció ningún hombre, y á principios de abril de 1537 llegaron á las puertas de Cuzco. Como ya queda consignado en el tomo anterior, apoderóse de esta ciudad el 8 del mismo mes, haciendo prisionero á Hernando Pizarro; pero después de la batalla de las Salinas cayó él en poder de su contrario el 26, y conducido á la cárcel de Cuzco, donde fué ejecutado el 8 de julio.

La desastrosa expedición de Almagro dió fama á Chile de ser el país más pobre é inhospitalario de toda la América, á tal extremo que no tenía lo suficiente para cubrir los gastos que originase su conquista (1). A pesar de esto, uno de los oficiales de Pizarro, Pedro de Valdivia, nacido en la ciudad de Castuera (Extremadura) por el año de 1500, se decidió á verificar una segunda campaña de conquista y exploración de aquel país. Grandes trabajos le costó reunir las gentes necesarias para acometer la empresa, pues nadie se decidía á tomar parte en una expedición de tan problemáticos resultados. Por lo tanto Valdivia sólo pudo reclutar una pequeña hueste compuesta de 150 soldados españoles y 1000 peruanos como tropas auxiliares, y con ella salió de Cuzco en los primeros días de enero de 1540.

En vez de tomar el peligroso camino de los Andes, pasó Valdivia por Arequipa, Moquegua, Tacna y Tarapacá, y llegó á principios de junio al extremo septentrional del desierto de Atacama; los expedicionarios lo atravesaron felizmente, y á fines de año llegaron á la provincia de Copiapó. Sin detenerse mucho tiempo en ella siguió Valdivia avanzando por Coquimbo, Quillota y Melipilla, hasta llegar á la comarca del Mapure, y una vez allí, se decidió á fundar una colonia de asiento á orillas del Mapocho, sitio escogido por Valdivia en primer lugar porque el país, desmintiendo los informes de Almagro, era fertilísimo y estaba lo suficientemente alejado del Perú para dificultar la deserción de sus gentes, y en segundo, porque enmedio de aquel territorio completamente llano elevábase un cerro de pórfido, de 58 metros de altura, que parecía hecho expresamente para edificar sobre él una fortaleza. Fundó, por lo tanto, Valdivia, en febrero de 1541, el lugar de Santiago de la Nueva Extremadura, actual capital de la república de Chile.

Para seguridad de su colonia construyó un sólido fuerte en la cumbre del cerro citado, desde el que se divisaba el panorama encantador de la ancha llanura, cruzada por el Mapocho y cubierta en parte de bosques

(1) Véase *Apuntes sobre la Historia del descubrimiento y conquista de Chile*, de H. Polakovosky, *Diario de la Sociedad Geológica de Berlín*, t. XVI, pág. 11.

de acacias. Por el Oriente cerrábala la gran cordillera de los Andes, cuyas cumbres cubiertas de nieve se divisaban con maravillosa claridad, y todos los días, á la puesta del sol, veíase á la cima del Aconcagua, de 6970 metros de altura, tomar un tinte rojo maravilloso é imponente.

Lo acertados que estuvieron los expedicionarios al construir el fuerte quedó demostrado tan luego como los indígenas, á quienes se sometía á la esclavitud para servir á los conquistadores, se reunieron para arrojar del país á los invasores. Acometidos éstos por dos nutridos ejércitos indígenas, tuvieron que abandonar la ciudad recién construída y ampararse en el fuerte, el cual fué asaltado por aquéllos después de haber incendiado la ciudad. Gran trabajo costó á las fuerzas de Valdivia rechazar los constantes ataques de que eran víctimas, sufriendo por ello todo género de penalidades y privaciones. Para proporcionarse los más miserables alimentos, tales como raíces, cebollas, ratas y saltamontes, tuvieron que sostener una lucha sangrienta por espacio de mucho tiempo, hasta que al fin la pericia guerrera de Valdivia y de sus oficiales logró que el enemigo cediese y les dejara el campo libre.

Y esto conseguido, Valdivia trató en primer lugar de reconstruir la ciudad y llevar á ella del Perú nuevos colonizadores, y lue-



Bolas de los araucanos y patagones (Museo británico y *Christy Collection*, Lóndres) 1/7 de su verdadero tamaño

go, para desmentir la fama de pobreza dada á Chile y llamar gente hacia allí, hizo construir espuelas, estribos, vainas de sable y copas de oro para los mensajeros que envió al Perú, y arreos del mismo metal para los caballos de éstos, con cuyo ardid alcanzó tan buen éxito, que al poco tiempo llegaron á Santiago 70 jinetes, y en el puerto de Valparaíso entró un barco repleto de provisiones.

Con este refuerzo, no sólo consiguió Valdivia someter las cercanías de la ciudad y las provincias vecinas, sino que pudo también avanzar hacia el Sur y fundar, el año de 1544, en la provincia de Coquimbo, una segunda ciudad á la que dió el nombre de *La Serena.* Al propio tiempo, hizo que los barcos reconociesen las costas meridionales del país, los cuales barcos, en 22 de septiembre del mismo año, descubrieron una bahía situada á los 39° de latitud meridional, y que fué bautizada con el nombre de Valdivia que aún conserva.

El estado de la colonia mejoró por modo notable á consecuencia de haberse descubierto en el valle de Quillota algunas minas de oro que proporcionaron grandes rendimientos, y por la circunstancia de haber llegado del Perú un refuerzo de 300 hombres á las órdenes de Francisco Villagrán y Cristobal Escobar (1).

El día 11 de febrero de 1546 se internó Valdivia, por segunda vez, con 60 jinetes hacia el Sur, llegando hasta el río Bíobío (2); pero chocó allí tan violentamente con los araucanos que decidió volverse á Santiago. En carta dirigida por Valdivia al emperador Carlos V hacía resaltar el valor de los enemigos diciendo que se habían batido *como tudescos.*

Para proporcionarse nuevas fuerzas regresó Valdivia por mar al Perú en el año de 1547, tomó allí parte en diferentes combates parciales, fué nombrado Gobernador y Capitan General de Chile por Pedro de la Gasca que era entonces virrey del Perú, y á pesar de las dificultades que le opusieron sus enemigos, què trataban de envolverle en un proceso, pudo salir con 200 hombres del puerto de Arica el 21 de enero de 1549. A mediados de abril llegó á Valparaíso, y al año siguiente emprendió con aquel refuerzo una tercera campaña contra el territorio de los araucanos.

En las cercanías del Bíobío volvió á encontrarse con sus contrarios, y desde aquel momento dió comienzo aquella pertinaz y sangrienta epopeya que había de durar tres siglos, dando fama á los araucanos, que defendían la integridad de su territorio y su propia independencia, de ser uno de los más intrépidos y valerosos pueblos de la tierra (3).

(1) Véase *Historia de la conquista de Chile* de J. S. Molina, Leipzig, 1791, pág. 39.
(2) Polakovosky, pág. 25.
(3) Por lo mucho que puede ilustrar al lector para el conocimiento completo de aquella terrible lucha y de aquella raza valerosa cantadas por Ercilla en su *Araucana*,

Nervudos y sólidamente constituídos, á la vez que fortificados por un clima poco benigno, los habitantes de las provincias meridionales de Chile, eran desde tiempos remotos muy aficionados á empresas belicosas y sumamente diestros en el manejo de sus variadas armas.

---

después de los valiosos antecedentes históricos debidos al autor de esta obra, insertamos á continuación el artículo etnográfico-histórico *Araucanos* del *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano* que al presente tiene en publicación esta casa editorial. Dice así:

«Son los araucanos un pueblo de la América meridional, Chile, en el territorio de Angol. Su nombre procede de la voz *aucca* como luego se dirá; el que ellos empleaban para designarse era *M luche*, que significa lo mismo que *aucca*, hombre de guerra ó guerrero. También son llamadas aucas ó *araucanas* algunas de las tribus que viven al E. de los Andes, en las Pampas. Se subdividen en varias fracciones, de las que las más nombradas son los *Picunche*, los *Puelche* y los *Huíllivhe*, es decir, las tribus ó gentes del N., del E. y del S. La sílaba *che* significa pueblo. Cada uno de estos pueblos se subdivide á su vez en tribus. Son los araucanos hombres de estatura regular, de color cobrizo, más claro que el de los indígenas del Perú, cabello negro y lacio, cabeza grande, cara redonda, pómulos salientes, naríz corta y ancha, frente estrecha, boca grande, barba muy poco poblada y cuerpo poco esbelto, pero vigoroso. Su idioma, rico en vocales, es dulce y sonoro. Los araucanos no son un pueblo especial distinto de los demás que independientes vivieron en Chile, puesto que todos pertenecen á una misma raza y hablan igual idioma, aunque con dialectos varios.

A mediados del siglo XVI, Pedro Valdivia, gobernador de Chile, después de haber fundado la capital de Santiago y conquistado gran parte de aquel país, decidió llevar sus armas al S. del río Bíobío. En el año 1553 los españoles habían recorrido los territorios de la costa y aun los que se extienden al S. del río Tolten; pero en los comprendidos entre el Bíobío y sus afluentes al N., el Tolten al S., los Andes al E. y la cordillera de la costa al O., aun no habían penetrado. Esta región, dice el historiador chileno Barros Arana, que mide sólo una extensión aproximada de mil leguas cuadradas, cubierta en gran parte de bosques impenetrables, cortada por numerosos ríos de difícil paso y por vastas ciénagas que favorecían su defensa y rodeada de ásperas serranías que con sus tupidas selvas facilitaban la guerra de emboscadas y de sorpresas, era también la parte más poblada del territorio chileno, y sus habitantes los más vigorosos y resueltos del país. Hasta entonces se habían mantenido tranquilos, sin tomar parte apenas en las guerras que contra los soldados españoles sostuvieron las tribus de las vecinas comarcas. Valdivia preparó la invasión que proyectaba, fundando en la costa próxima al citado país, que es hoy en su mayor parte el territorio de Angol, el fuerte de Arauco, y luego otros dos más al interior, uno en la falda occidental de la cordillera de la costa con el nombre de Tucapel, y el otro, llamado Puren, más al Sur, y en la falda oriental de la misma cordillera. En los llanos de Angol, y á orillas de uno de los afluentes del Bíobío, mandó levantar la ciudad de los Confines. Los indígenas comprendieron que su libertad peligraba y se pusieron en armas. Eran las tribus aguerridas á que los españoles dieron el nombre de *Araucanos*, que derivan de las palabras peruanas *aucca*, hombre de guerra, y *are*, ardiente. A la región que habitaban al S. del Bíobío, y que llegaba hasta el Tolten, ó según algunos autores hasta el Callacalla, comprendiendo por consiguiente, parte de la provincia de Valdivia, se llamó *Araucamia*. La guerra que entonces comenzaron los altivos araucanos fué larga y sangrienta y jamás se sometieron por completo al dominio español. En los primeros días del mes de diciembre de 1553 atacaron y destruyeron el fuerte de Tucapel, y habiendo acudido Valdivia á sofocar la rebelión,

Además de arcos y flechas usaban los araucanos unas lanzas de 5 á 6 metros de longitud fabricadas de una especie de bambú llamado caña quila *(Chusquea quila)*, y además unas mazas muy pesadas, de dos á tres metros de largas. Un golpe de éstas hendía los más fuertes yelmos y cora-

---

los araucanos, acaudillados por Lautaro ó Leuteru, derrotaron á los españoles en la batalla de Tucapel. Valdivia cayó prisionero; los vencedores, tan crueles y feroces como bravos, le cortaron los brazos y los devoraron á su presencia. Tres días vivió el conquistador de Chile, sufriendo horribles torturas. Tuvieron los españoles qne despoblar la ciudad de los Confines y los fuertes de Puren y Arauco, y no pasaron de aquí sus desastres; Francisco de Villagrán, proclamado gobernador en Valdivia y en Concepción, fué también derrotado por Lautaro en Marigueñu y los araucanos saquearon y destruyeron á Concepción. En el invierno de 1554 Villagrán emprendió segunda campaña y obtuvo algunas ventajas, porque en aquella época el hambre y la peste acosaban á los indios rebelados. En 1556 se renovó la guerra; Lautaro salió otra vez á operaciones, pasando al N. del río Maule, fué derrotado por Villagrán en la batalla de Mataquito, y al año siguiente y en el mismo sitio sufrió nueva derrota en la que perdió la vida. Le sustituyó Zeupolicán, el Caupolicán de Ercilla, contra quien en 1557 emprendió activa y enérgica campaña el nuevo gobernador de Chile don García Hurtado de Mendoza. Este ganó la batalla de las Lagunillas ó de Bíobío, penetró en el interior del territorio araucano, venció de nuevo en Millarapue, donde tanto se distinguió el autor de *La Araucana*, don Alonso de Ercilla, hizo reconstruir el fuerte de Tucapel, fundó la ciudad de Cañete y repobló á Concepción. En los primeros días del año de 1558 los araucanos sufrieron nueva derrota en el desfiladero de Cayucupil, atacaron luego á Cañete, de donde fueron rechazados con gran pérdida, y el capitán don Pedro Velasco sorprendió un campamento enemigo en el que hizo prisionero á Caupolicán, que conducido á Cañete murió empalado. No terminó sin embargo la guerra; los araucanos continuaban en su actitud hostil, y don García, saliendo de nuevo á campaña, los batió por completo en la batalla de Quiapo.

Las victorias de los españoles sólo sirvieron para que durante dos años escasos reinara mayor tranquilidad. En 1561 se renovó la guerra de Arauco, siendo gobernador don Francisco de Villagrán. Los araucanos vencieron á los invasores en Catirai ó Mareguano, Cañete fué despoblada y aquéllos pusieron sitio á la plaza de Arauco que defendió heroicamente el capitán Lorenzo Bernal de Mercado. De 1563 á 1565, siendo gobernador interino Pedro de Villagrán, los españoles viéronse forzados á evacuar la plaza de Arauco y sufrieron nuevas derrotas en Itata y Andalien, y aunque consiguieron ventajas en las inmediaciones de Angol, la insurrección de los araucanos fué tomando mayores proporciones, y el desaliento cundía entre los españoles. Bajo el gobierno de Quiroga, de 1565 á 1567, el ejército español se sobrepuso á sus enemigos, alcanzó varios triunfos, y Cañete y Arauco fueron repobladas. El doctor Bravo de Saravia, que le sucedió, se propuso dar el último golpe á los rebeldes; mas su ejército sufrió gran derrota en Mareguano, y de nuevo fué preciso evacuar las citadas plazas. En 1575 volvió á encargarse del gobierno Rodrigo de Quiroga y en sus campañas de 1577 y 1578 logró escarmentar á los araucanos. En los años siguientes continuó la guerra casi sin interrupción y sin resultados eficaces, y al terminar el siglo, todas las ventajas habían quedado de parte de los araucanos. En 1598 el gobernador Oñez de Loyola fué derrotado y muerto en Curalava; en 1599 tuvo la misma suerte el corregidor Andrés Valiente, y á pesar de los refuerzos que enviaba el virrey del Perú, eran continuos los desastres que sufrían los españoles, y la alarma general al comenzar el año de 1600.

zas, ó lós partía por medio. No menos terrible arma eran unas bolas de piedra unidas entre sí por fuertes correas, y la cual arma se componía de tres bolas, de las cuales cogía el guerrero la más pequeña con la mano mientras agitaba las otras dos en rededor de su cabeza. Cuando éstas habían adquirido el suficiente impulso, arrojábanlas contra el enemigo. Si le alcanzaban, como no cesaban de girar sobre sí mismas le envolvían, las correas le imposibilitaban todo movimiento, y las piedras le golpeaban tan violentamente que á veces le trituraban los huesos. Los conquistadores españoles llegaron á temer á esta arma más que á ninguna otra, pues los forzudos araucanos las arrojaban con gran puntería hasta una distancia de 70 varas.

Además de las citadas armas usaban los araucanos unos grandes lazos de cuero que echaban sobre el enemigo con gran destreza, y con los cuales, tirando después violentamente hacia sí, conseguían desmontar con facilidad al jinete.

En el siglo XVII, el sistema de conquista gradual planteado por el gobernador Alonso de Ribera y proseguido por Alonso García Ramón produjo buenos resultados en un principio, y aun para evitar nuevos desastres se apeló á la guerra defensiva, de suerte que los españoles limitáronse á resistir las frecuentes correrías de los indios. En 1625 cesó este sistema de guerra; los araucanos, bajo el mando de Lienfur, organizaron grandes ejércitos, y las armas españolas tuvieron que lamentar nuevos desastres, entre otros la derrota de las Cangrejeras. La victoria que en 1630 consiguieron éstos en La Albarrada tuvo escasos resultados, y tampoco los dieron las negociaciones de paz dos veces entabladas en Quillín; antes al contrario, el 14 de febrero de 1655 ocurrió un levantamiento general de los indígenas y los españoles tuvieron que replegarse en la ciudad de Concepción. Nuevos triunfos consiguieron los araucanos en 1657 bajo las órdenes del mestizo Alejo, soldado español desertor. En 1671 el gobernador don Juan Henríquez celebró paz con aquéllos; pero los indómitos araucanos no respetaban treguas ni paces más que cuando les convenía, y no había medio de reducirlos. Fundáronse misiones, emprendiéronse nuevas operaciones militares; pero todo fué inútil, y al comenzar el siglo XVIII aquel pueblo conservaba su independencia. Luchó también para defenderla en ésta y en la presente centuria, y cuando Chile rompió los lazos que le unían con la metrópoli, los araucanos no distinguieron de señores y continuaron resistiendo á los chilenos, como habían hecho frente á los españoles. Durante la guerra de la Independencia tomaron partido á favor de los españoles contra los insurrectos. El gobierno de Chile intentó también en varias ocasiones someterlos por la fuerza; nada consiguió, y entonces apeló á otro procedimiento. Se atrajo por medio de regalos la buena voluntad de algunos jefes araucanos y logró así establecer algunos puestos avanzados cuyos jefes, con el nombre de *capitanes de amigos*, hacían de intermediarios entre el gobierno y las tribus. En 1860 uu aventurero francés se presentó en el país, se atrajo la amistad de algunos caciques, se proclamó rey de Araucania con el nombre de Orelio Antonio I, y organizó un gobierno semejante al de los pueblos civilizados. En enero de 1862 lo apresaron los chilenos, quienes lo entregaron al Encargado de Negocios de Francia. Después Chile prosiguió su obra de atracción, y annque de vez en cuando tuvo que rechazar agresiones de alguna que otra tribu, hoy ya todos los araucanos están sometidos, y en camino de aceptar la vida civilizada.»

Cuanto á armas defensivas, limitábanse los araucanos á lo más indispensable; se cubrían con corazas, yelmos y rodelas hechas de piel de león marino, pero abandonaron pronto tales medios de defensa al convencerse de que eran inútiles para librarlos de los efectos de las armas de fuego y de las espadas de acero que usaban nuestros soldados de la conquista.

Jamás abandonaban sus armas los araucanos, y desde muy niños instruían á sus hijos en su manejo. La fuerza, el valor, la temeridad y la perseverancia eran consideradas como las mayores virtudes por aquellos hijos de la montaña, y los que más se distinguían por dichas cualidades podían aspirar, en caso de guerra, al título de *Ulme* ó cacique.

Valdivia compara el valor de los araucanos con el de los alemanes, en razón á serles á aquéllos peculiares algunos rasgos de los antiguos germanos. Al igual de éstos, los araucanos no estaban unidos por estrechos lazos sociales y políticos, gustándoles, por el contrario, edificar sus casas con grandes bloques de piedra y vigas sin labrar, sobre las que colocaban una techumbre de mimbre. Estas viviendas, distantes unas de otras, las emplazaban generalmente á orillas de los ríos y de los bosques, en la cima de las colinas ó en otro paraje pintoresco. Era muy raro encontrar dos ó más casas juntas, y por lo tanto no existían caseríos, aldeas ni ningún núcleo de población. Semejante aislamiento respondía al espíritu independiente y al exagerado amor á la libertad de los araucanos, los cuales sólo en caso de inminente peligro se reunían para acordar los medios de conjurarle, á cuyo efecto se ponían todos á las órdenes del más valiente, que era agraciado al momento con el título de *Toqui* (jefe supremo).

Estos jefes, sin embargo, sólo ejercían una autoridad muy pasajera, pues el poder ejecutivo radicaba en un consejo compuesto de todos los cabezas de familia, el cual consejo celebraba sus reuniones en épocas determinadas, para deliberar acerca de los asuntos de mayor importancia. Estas reuniones *(Aucacoyag)* tenían efecto al aire libre en una espaciosa pradera, y eran parecidas á las dietas ó asambleas de los antiguos germanos. Para toda clase de negociaciones se regían con arreglo á las *costumbres del país (Adampu)* que la tradición había transmitido de padres á hijos y que eran aceptadas como leyes.

Los servicios personales eran desconocidos entre los araucanos, y tampoco pagaban tributo alguno á los jefes y caciques, los cuales no disfrutaban de otros privilegios que el respeto y la consideración de sus subordinados, y el que los acuerdos por ellos tomados en sus consejos fuesen sin protesta obedecidos. Más de una vez trataron dichos jefes de extender su poder declarándose soberanos absolutos; pero aquel pueblo independiente supo siempre obligarles á conformarse con los privilegios que les otorgaban los *usos del país.*

Los verdaderos centros de unión de los araucanos eran la familia y la estirpe, pero en el seno de ambas solían iniciarse desavenencias y discordias que con gran frecuencia se solventaban en los campos de batalla.

La poligamia era general entre ellos, y las jóvenes eran vendidas á



Una familia araucana. (De fotografía)

cambio de algunas armas, mantas ó cualquiera otro objeto. Las mujeres estaban encargadas de todos los trabajos domésticos y de la labranza y siembra de las tierras y campos de la familia, y el hombre se consagraba á la defensa y manutención de ésta. El jefe de familia era tratado con el mayor respeto, llevaba el nombre de *Buta* (el Grande) y tenía poder ilimitado de vida y muerte sobre los suyos.

El traje de los araucanos se componía de un taparrabos llamado

Ciamal y de un poncho, tosca manta de algodón con un agujero en el centro para meter la cabeza.

Estos ponchos, antigua invención peruana, caían sobre el cuerpo por detrás y delante en forma de casulla hasta las rodillas, y cubrían al mismo tiempo los brazos (1). El color dominante era el azul obscuro, pero los había también blancos, encarnados, azul celeste y negros. Los araucanos no se cortaban nunca el cabello, y para sujetarle servíanse de unos pequeños pañuelos ó de gruesas cintas de lana que arrollaban á su cabeza cual diademas, adornándolas á veces con variadísima colección de plumas.

El traje de las mujeres consistía en una gabardina sin mangas llamada *Chamal* ó *Ciamal*, y un manto corto, *Ichelle*, sujeto en la parte delantera con una hebilla de plata. Gustaban mucho de toda clase de adornos, particularmente de plata, tales como pendientes y collares, sortijas, brazaletes y broches. No conocían el tatuaje.

Los guerreros, antes de entrar en campaña, se pintaban el rostro con colores chillones azul y encarnado, y las mujeres en ciertos casos especiales se dibujaban en derredor de los ojos infinidad de finísimas rayas de color azul casi negro, y además se embadurnaban los salientes pómulos de un color rojo, como asimismo las uñas.

Con el objeto de disponer de un punto de apoyo en sus futuras empresas contra los araucanos, decidió Valdivia fundar en la embocadura del Bíobío una colonia bien fortificada, decisión que quedó cumplida el día 3 de marzo de 1550. A dicha fortaleza se le dió el nombre de *Concepción*. Once días después de terminada, ya experimentó la nueva colonia un violento ataque de los araucanos, ataque que los colonizadores consiguieron rechazar, y en el cual hicieron 400 prisioneros. El carácter atrozmente sanguinario que por ambas partes se dió á esta guerra, puede comprenderse por el hecho de haber mandado Valdivia cortar la naríz y la mano derecha á los prisioneros, dejándolos en libertad después de tan cruel mutilación.

En el transcurso del siguiente año realizó Valdivia con buen éxito algunas campañas en el territorio de los araucanos, y con tal motivo fundáronse las colonias fortificadas Imperial, Valdivia, Villa Rica y Ciudad de los Confines ó Angol, y además, para tener siempre en jaque á los indígenas, construyeron los fuertes Arauco, Tucapel y Puren. En todas partes hicieron sentir los conquistadores el peso de su dominación, obli-

---

(1) Por su extraordinaria comodidad, y por lo bien que preserva de la lluvia, se ha extendido el uso del poncho por toda la América Central y del Norte hasta Nuevo México y Arizona.

gando á los hombres á trabajar en las minas de oro y á las mujeres á ayudar en la fabricación de los ladrillos, en la construcción de las casas y en otras rudas faenas. Los indígenas sufrían resignados el duro trato á que se veían sometidos, esperando con ansia el día de tomar sangrienta venganza. Este día se les presentó el año de 1553 al hacer Valdivia una excursión al centro de la provincia de Arauco, territorio desconocido aún de los conquistadores, y cuyo avance causó profundo sobresalto entre las valientes huestes araucanas. Ante las violencias de que eran víctimas, y al pensar en la vergonzosa esclavitud que les aguardaba, los araucanos salieron de la indiferencia en que habían caído y, reconociendo que el peligro les amenazaba cada vez más de cerca y que sólo podía conjurarse por el esfuerzo común de toda la raza, aquellos troncos dispersos sin más lazo de parentesco que la comunidad de idioma y de costumbres, uniéronse estrechamente formando un todo compacto, á cuya cabeza pusiéronse los toquis Caupolicán y Lautaro (1), célebre Arminio araucano que ha inmortalizado su nombre con sus heroicas hazañas por la independencia. Este caudillo, habiendo sido hecho prisionero por Valdivia en una de las campañas anteriores, aprendió en su largo cautiverio el arte guerrero de

(1) «Caupolicán nació en Palmaiquen y murió á mediados de 1558. Fué elevado á la dignidad de toqui el 1553. Los antiguos documentos le nombran Acupolicán ó Cupolicán; pero Ercilla, en su inmortal poema *La Araucana*, adoptó el más sonoro de Caupolicán, seguido más tarde por la generalidad de los historiadores. Comenzó á ser conocido por el año 1557. Pertenecía á la raza india, y era ya por aquel tiempo señor ó cacique de Palmaiquen y reputado como guerrero obstinado y resuelto. Había hecho, sin duda, sus primeras armas contra los castellanos en las campañas anteriores; pero su personalidad estaba obscurecida por la de Lautaro, de quien fué digno sucesor por el esfuerzo y la tenacidad, ya que no por la inteligencia y la fortuna. El 7 de septiembre de 1557, al frente de un ejército, que unos hacen subir á la cifra de 20,000 hombres y que otros reducen á 3,000, sostuvo reñido y sangriento combate, que duró seis horas, con el intento de apoderarse del fuerte de Penco, situado en una loma extendida y plana, al lado S. del sitio en que se había levantado la ciudad de Concepción (Chile). En esta batalla, que terminó por el triunfo de los españoles, mandaba á los nuestros D. García Hurtado de Mendoza. No mucho después acreditóse de astuto el caudillo araucano, que, á fin de retardar la acción de los castellanos, é imponerse de sus recursos y preparar mejor la resistencia, envió á D. García un mensajero pidiendo la paz. Hurtado de Mendoza cayó en el lazo, y contestó que no ejercería acto alguno de hostilidad si no era provocado por los indios. El 30 de noviembre del último año citado, Caupolicán sostenía contra las fuerzas mandadas por Mendoza otro enconado combate, el de Millarapue, que costó á los indios cerca de mil muertos y otros tantos prisioneros. Lejos de doblegar su entereza el desastre pasado, Caupolicán, retirado á los bosques de la cordillera de la costa, rechazó todas las proposiciones de paz que D. García le hizo por medio de los prisioneros á quienes Mendoza les devolvía la libertad, y, á los mensajeros que pedían la sumisión á los conquistadores, contestaba el guerrero indio que, aun cuando fuese con tres hombres, había de continuar la guerra contra los opresores de su patria. En su arrogancia indomable desafió formalmente á D. García «como

sus contrarios, y cuando logró evadirse, se presentó entre sus compañeros, precisamente en el momento en que éstos acababan de convocar por primera vez á una reunión general para discutir y acordar los medios conducentes á arrojar del país á los invasores.

si él fuera hombre de gran punto,» dice el mismo Mendoza en una carta dirigida al virrey marqués de Cañete, por el año 1558. Reinoso, jefe español que mandaba en la ciudad de Cañete, supo que en una quebrada de la cordillera de la costa había un campamento enemigo, y que allí debía de hallarse Caupolicán, á quien se daba por uno de los jefes principales de la insurrección de los indígenas. Reinoso preparó algunas fuerzas que, á las órdenes de D. Pedro de Velasco y Avendaño, y dirigidas por algunos indios (Ercilla dice que por uno sólo), conocedores del terreno, sorprendieron á los araucanos después de una penosa marcha efectuada en una noche obscura y tempestuosa por un camino detestable, áspero, accidentado, y cubierto á trechos de espeso bosque. Antes de amanecer, que con este propósito habían emprendido la marcha por la noche, llegaron los españoles á vista de una quebrada en que acampaban los enemigos. Estos apenas opusieron resistencia. Sólo Caupolicán, armado de una maza que manejaba con gran vigor, trató de defenderse resueltamente. Herido en el brazo de una cuchillada le fué forzoso entregarse prisionero. Igual suerte corrieron los otros indios que no habían muerto en el primer momento de la lucha. El aprehensor de Caupolicán fué un mestizo natural del Cuzco, llamado Juan de Villacastín, que figuraba entre los más valientes soldados españoles. No conocieron éstos al principio todo el valor de la presa que habían hecho. Caupolicán ocultó su nombre, y sus compañeros se guardaron bien de revelarlo. Todos ellos fueron amarrados con fuertes ligaduras para ser conducidos á Cañete. Cuando los soldados saqueaban y destruían las chozas de los indios prendieron á una mujer, la cual, al ver á Caupolicán entre los prisioneros, prorrumpió en horribles imprecaciones; reprochó al cacique su cobardía por haberse dejado tomar vivo, y diciendo: «No quiero ser la madre del hijo de un padre tan infame,» arrojó al suelo un niño que llevaba en sus brazos. Era una de las mujeres de Caupolicán, á la que Ercilla da el nombre de Fresia, y Suárez de Figueroa el de Gueden.

Al caer de la tarde entraba Avendaño con los prisioneros. Caupolicán fué condenado á muerte. Además de los motivos de agravio citados, tenían contra él los españoles otros más importantes. Caupolicán, en los días en que le sonreía la fortuna, se había apoderado de las plazas de Arauco y Tucapel; en el lugar en que se levantaba esta última, aguardó á los españoles y los derrotó por completo, y venció igualmente á Pedro de Valdivia, á quien dió muerte, y á Villagrán en varias batallas. Estos hechos, sin embargo, no ofrecen el carácter de certeza de los arriba referidos.

El cacique prisionero logró que se demorase algunos días la ejecución, ofreciendo el casco, la espada y una cadena de oro con un crucifijo, objetos todos que habían pertenecido á Valdivia. Reinoso aguardó en vano que un mensajero trajese estos objetos, y convencido de que todo aquello era entretenimiento y mentira, dictó la orden de muerte. El suplicio del caudillo araucano fué horrible. Se le hizo morir empalado, es decir, se le sentó en un palo aguzado que, introduciéndose en su cuerpo, le destrozó las entrañas y le arrancó la vida en medio de los más crueles sufrimientos. Un numeroso concurso de gente presenciaba en la plaza de Cañete este suplicio, y un cuerpo de indios auxiliares lanzaba sus saetas sobre el moribundo.

La personalidad de Caupolicán, realzada sobre todo por el poema de Ercilla, aparece mucho más pálida á la luz de la crítica y de la Historia. Seguramente Caupolicán no fué más que un caudillo de tribu. Se ilustró en una ó más jornadas de guerra, y

Valdivia cometió el error de distribuir sus tropas en las fortalezas de Tucapel, Arauco y Puren, bastante distantes unas de otras, y entonces los araucanos, valiéndose de una estratagema, consiguieron apoderarse del primero de dichos fuertes. El ardid consistió en presentarse en la fortaleza ochenta hombres diciendo que llevaban leña y pienso para los caballos, y en cuanto les franquearon la entrada y se hallaron en el interior arrojaron al suelo la carga, sacaron las armas que llevaban ocultas, y cayeron como furias sobre la guarnición, de cuyos individuos muy pocos quedaron con vida. La fortaleza fué incendiada por los indígenas.

Conseguido tan fácil triunfo, los araucanos se dispusieron á rechazar á Valdivia que iba en auxilio de sus compañeros. Lautaro aconsejó que se formaran varios grupos ó partidas que, molestando á la continua y por distintos puntos al enemigo, lograran rendir á hombres y caballos, y cuando esto se hubiera conseguido unirse los varios grupos y caer de pronto y con arrojo sobre ellos. El lugar elegido para el combate fué una elevada meseta cubierta de arbustos y de altas hierbas situada en las inmediaciones del fuerte incendiado y en un sitio donde el terreno, cortado perpendicularmente sobre un río, impedía que la caballería de Valdivia pudiese maniobrar. No se sabe á punto fijo el número de hombres que componían el ejército araucano; algunos cronistas consignan una cifra exagerada, mientras que varios escritores modernos opinan que no excedía de diez mil (1).

---

por su valor y constancia llegó á tener cierto ascendiente sobre sus compatriotas. Su crédito é importancia fueron exaltados por los nuestros, cuando creyeron que la captura y muerte de este cacique importaba el término definitivo de la conquista. Los documentos antiguos hablan raras veces de él. Su nombre no está comprobadamente ligado más que á uno que otro hecho de la insurrección; pero su gloria, basada sobre todo en los magníficos cantos de *La Araucana*, es indestructible.»

«El célebre caudillo Lautaro fué paje del conquistador Pedro de Valdivia, y en la batalla de Tucapel, en que, como queda dicho, murió el jefe castellano, se pasó á las filas de sus compatriotas, y con aquella acción decidió la victoria en favor de ellos. Por aquella hazaña, no obstante contar Lautaro nada más que dieciséis años de edad, fué elevado por sus compañeros á la dignidad de subjefe, y tiempo adelante, á la cabeza de una hueste de araucanos, derrotó á Francisco de Villagrán en las orillas del Biobío apoderándose de toda la artillería que el jefe español llevaba, y obligándole á que se refugiara en Concepción, ciudad que el araucano incendió inmediatamente, después de haber derruído y devastado cuanto halló á su paso y había sido levantado por los conquistadores. Este caudillo fué mientras vivió el alma de la guerra entre indígenas y conquistadores, y con su indómita fiereza, su valor temerario y su inteligencia y dotes militares proporcionó á los suyos repetidas victorias. Fué sorprendido por los españoles en el año 1556, y en el combate que tuvo lugar perdió la vida.»

(*Diccionario Enciclopédico Hispano Americano*).

(1) Martín de Lobera habla de 150,000 combatientes y Ercilla dice que las fuerzas del ejército de Lautaro eran *incontables*.

Valdivia, que con sesenta jinetes y una fuerza auxiliar de dos á tres mil soldados indígenas salió del fuerte Arauco el 30 de diciembre, llegó el 1.° de enero al lugar del combate, donde con gran asombro tan sólo vió las humeantes ruinas del fuerte Tucapel. No se veía ser humano en aquellas soledades, y ya casi creían las gentes de Valdivia que los enemigos se habrían retirado por miedo al castigo que les esperaba por su conducta, cuando vieron aparecer de repente por entre la hierba y salir de la espesura inmensa avalancha de guerreros que avanzaban en actitud provocativa. Valdivia opuso contra el primer grupo un corto destacamento de caballería, que después de empeñada lucha consiguió dispersar á los araucanos, pero éstos lograron ponerse en salvo bajando por las escarpadas pendientes de la meseta, donde no era posible les siguieran los jinetes. En cuanto aquel grupo se halló en lugar seguro, destacaron un segundo, que arremetió á sus enemigos con brío, entablándose el combate con encarnizamiento y fluctuando la victoria entre uno y otro bando hasta que Valdivia con toda su fuerza les atacó, y huyeron por el mismo sitio que sus compañeros. Pero todavía no se habían repuesto las tropas de Valdivia del cansancio producido por las anteriores luchas, cuando arremetió contra ellas un tercer grupo que las comprometió en nuevos combates. El día era terriblemente caluroso y no tenían una gota de agua con que aplacar la abrasadora sed de los cansados caballos y de sus acorazados jinetes (1).

Ya no podían éstos romper la formidable valla del enemigo; á centenares caían las tropas indígenas auxiliares bajo los golpes de maza y botes de lanza de los araucanos, como igualmente algunos jinetes castellanos que, desmontados de su cabalgadura, rodaban por el suelo con los cráneos ó los miembros destrozados. Los caballos estaban todos gravemente heridos y retrocedían ante el muro de lanzas que presentaban los guerreros indígenas. Valdivia y sus gentes se convencieron de que se hallaban frente á un terrible enemigo que no tenía más enseña que vencer ó morir.

Valdivia en persona arremetió varias veces á la cabeza de sus jinetes contra el enemigo, pero no consiguió la menor ventaja. Persuadido de la inutilidad de sus esfuerzos, con el corazón oprimido mandó tocar retirada creyendo que podría realizar ésta sin obstáculos, abandonando al enemigo el equipaje y el campamento.

Pero en cuanto los araucanos advirtieron la maniobra eleváronse de

(1) Seguimos aquí principalmente la descripción de H. Polakovosky, que con muy buen juicio ha consignado sus investigaciones acerca de la enmarañada historia del descubrimiento y conquista de Chile, en el tomo XXI del *Diario de la Sociedad Geológica de Berlín.*

todas las eminencias de los alrededores columnas de humo, que era la señal convenida para cortar la dicha retirada, á la vez que los diversos grupos en que, como se sabe, se hallaban divididas las fuerzas araucanas, se reunían para dar un ataque general á los blancos por el frente, retaguardia y flancos. Desde aquel instante fué imposible la huída, y por más que los españoles se defendieron con el valor que presta la desesperación, sucumbieron todos. Valdivia, al comprender que todo estaba perdido intentó huir, pero tan sólo consiguió alejarse del centro de la lucha, para caer, juntamente con el caballo, dentro de un pantano, donde fué capturado por sus perseguidores, que al instante le despojaron de la armadura y de todas sus ropas, y completamente desnudo lo arrastraron hasta el campamento, donde le esperaba un espantoso destino. Fué inútil que el desgraciado implorara misericordia, y ofreciese, si le concedían la vida, abandonar el país, demoler las ciudades y los fuertes y dar á los vencedores un rescate de dos mil ovejas. Las vejaciones hasta entonces sufridas por los araucanos estaban patentes en la memoria de éstos, y para vengarse de ellas no hallaron otro medio que sacrificar al jefe castellano, á quien suponían autor de todas sus anteriores desdichas.

Era el 2 de enero de 1554. El desdichado Valdivia, colocado en el centro de millares de guerreros indígenas que dando desaforados gritos de júbilo bailaban en su derredor una danza guerrera, sufría resignado todo género de tormentos. Los araucanos le cortaron los brazos con sus cuchillos de conchas; ante su vista los limpiaron de la carne, que asaron ligeramente y devoraron después de habérsela dado á oler, y con los huesos fabricaron flautas á su presencia. Las tradiciones aseguran que el infeliz prisionero sufrió por espacio de tres días cuantos martirios puede inventar la crueldad más refinada. Cuando por fin la muerte le libró de tan horribles padecimientos, sus verdugos clavaron su cabeza al extremo de una lanza y la pasearon en triunfo por todo el país. Más adelante construyeron con el cráneo un vaso, en el cual bebían todos cuando celebraban algún banquete con motivo de sus victorias. El tal vaso estuvo en uso por espacio de más de cien años.

Tal fué el fin del desdichado Pedro de Valdivia, que descolló entre todos los conquistadores españoles por su pericia militar y su valor temerario.

Su muerte y la pérdida de su ejército fueron un golpe tremendo para las colonias españolas de Chile, golpe doblemente sensible por cuanto los araucanos alcanzaron en seguida otra victoria semejante sobre las tropas mandadas por Villagrán, sucesor de Valdivia, que en el combate que tuvo lugar perdieron 3,000 soldados entre españoles é indios de carga ó auxiliares y dejaron en poder del enemigo toda la artillería. Desde entonces

los combates se sucedieron casi sin interrupción y la lucha se hizo por demás encarnizada y sangrienta. Los araucanos organizaron una excelente caballería, con la que al poco tiempo la española apenas pudo competir, y próximamente á fines del siglo XVI ya habían aquéllos reconquistado todo el territorio comprendido desde la isla Chiloé hasta el río Bíobío. Posteriormente, en 1602, los españoles habían sido expulsados por completo de la provincia de Arauco, y todas las ciudades y fuertes que Valdivia construyera eran montones de escombros.

La sangrienta guerra entre araucanos y españoles continuó con varia fortuna durante los siglos siguientes, hasta que en el presente (XIX) el gobierno chileno logró establecer relaciones amistosas con los araucanos é irlos sometiendo paulatinamente. Esta victoria alcanzada por el gobierno chileno no tiene nada de extraño si se considera el asombroso decrecimiento de la raza araucana, que actualmente apenas cuenta con 40.000 individuos, y además que el dicho gobierno al haber provisto de carreteras á todo el territorio y llevado un ferrocarril hasta el corazón mismo del país araucano, contó ya con facilidades inmensas para ocupar los puntos más importantes y hacerse respetar. En un principio intentaron los araucanos sublevarse varias veces; pero convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos han ido cediendo, han aceptado las costumbres y usos de la población civilizada, se han mezclado con ella, y dentro de poco no quedará un verdadero ejemplar de aquella raza indomable.



DESCUBRIMIENTOS DE LOS ESPAÑOLES EN PATAGONIA

Desde la memorable travesía llevada á efecto por Hernando de Magallanes, sólo muy de tarde en tarde se adquirió algún nuevo dato acerca de los países situados en el extremo meridional de la América del Sur. Pero al presentarse en el puerto de Sanlúcar el único barco que restaba de la escuadra de Magallanes (la *Victoria)*, el cual barco llevaba las velas hechas jirones y la tablazón completamente agujereada, todo el mundo se sintió con deseos de organizar una potente escuadra que hiciese una expedición á las Molucas pasando por el estrecho del Sur.

Alistáronse, pues, siete buques con tal objeto, que fueron puestos á las órdenes de García Jofré de Loaysa, que á principios del año de 1520 llegó con ellos á las inmediaciones del Estrecho de Magallanes, en el que no pudo penetrar, á causa de los vientos contrarios que reinaban, hasta el día 6 de abril, después de haber empleado varias semanas en inútiles tentativas.

De los descubrimientos hechos en este viaje, el más importante es, sin duda alguna, el llevado á efecto por el capitán Francisco de Hoces con el *San Lesmes*. Este barco, que fué arrastrado por las borrascas á lo largo de la costa Nordeste de la Tierra del Fuego, llegó, según parece, á los 55° de latitud meridional, donde sus tripulantes hallaron mar franca (1). Una vez de vuelta, Hoces participó á Loaysa que la comarca por él descubierta le parecía que era el extremo del país; pero, por desgracia, no se dió á tan valioso descubrimiento la importancia que realmente merecía, y á esto se debió el triste destino que cupo á la escuadra de Loaysa una vez dentro del estrecho.

Dos de los barcos de aquélla fueron por completo destrozados á la misma entrada de éste, y los restantes corrieron igual suerte al penetrar el 25 de mayo en el Mar del Sur. Uno de ellos, el pequeño *Santiago*, con tal violencia fué arrastrado hacia el Norte, que el capitán Guevara que lo

---

(1) *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles*. Navarrete, t. I, pág. 404.

comandaba prefirió, mejor que navegar con rumbo á las Molucas, buscar el país descubierto y conquistado por Hernán Cortés (1).

Y al poner en práctica tal decisión se consiguió con ello por primera vez circundar por completo el Continente Sudamericano, en una época en la que Pizarro tan sólo había logrado llegar hasta Tumbez en su campaña de descubrimiento.

Todos los demás buques que componían la escuadra de Loaysa se perdieron, y él murió de sentimiento y de cansancio en el transcurso de su travesía por el Pacífico. El barco de su mando fué el único que logró llegar á las islas de la Especiería, punto desde el cual la tripulación, después de penalidades sin cuento, consiguió regresar á España.

La infausta suerte que tuvo aquella expedición apagó por modo tal los entusiasmos de conquista de las Molucas, que al verificarse el doble matrimonio del emperador Carlos V con la hermana del rey de Portugal y el de éste con la del monarca español, y quedar zanjadas por tales acontecimientos las diferencias que entre ambas naciones existían por la posesión de dichas islas, la corte de España cedió á la corona portuguesa todos sus derechos mediante una indemnización de 350.000 ducados.

Anteriormente dijimos que el emperador Carlos V, por pragmática de 21 de mayo de 1534, había dividido en distritos la costa occidental de la América del Sur, concediendo á Simón de Alcazaba el situado más al Mediodía, ó sea el comprendido entre la provincia de Nueva Toledo (Chile), que hasta entonces había sido propiedad de Almagro, y el Estrecho de Magallanes. Simón de Alcazaba era un bravo navegante de origen portugués que desde hacía muchos años estaba al servicio de la corte de España, y en razón á su buen comportamiento no opuso ésta el menor reparo en concederle el permiso de hacer descubrimientos y establecer colonias en la parte de aquella costa que era aún desconocida. Con tal motivo, después de los preparativos consiguientes, el día 21 de septiembre de 1534 salió del puerto de Sanlúcar con dos barcos y 200 hombres, todos españoles, y sin hacer escala en ningún puerto navegó hasta cerca del Estrecho de Magallanes, que pretendía pasar antes de que el invierno se iniciase en las regiones meridionales.

Al efecto, sin gran trabajo logró penetrar en el Estrecho por el segundo recodo (2); pero una vez allí fueron los barcos juguete de tan fuerte temporal, que la tripulación, que sentía gran pánico al considerar lo cruel

---

(1) *Historia de los viajes y descubrimiento al Estrecho de Magallanes. Diario de la Sociedad Geológica de Berlín*, t. XI, pág. 358.

(2) Véase: *Historia de los viajes de descubrimiento al Estrecho de Magallanes*, de Kohl. *Diario de la Sociedad geológica de Berlín*, t. XI, pág. 373.

que sería pasar el invierno en aquellas regiones, completamente acobardada, rogó al capitán que diese orden de enderezar el rumbo á la mar libre, á fin de buscar un país que fuese más benigno para poder en él invernar.

Alcazaba accedió al ruego de su gente, y al efecto retrocedieron los





Tipo de un patagón — Tipo de una patagóna

Ambos pertenecen á la familia de los tehuelches que habitan en el territorio del río Negro

barcos hasta los 42° de latitud meridional, estableciendo sus cuarteles de invierno en el puerto de Los Lobos, probablemente la actual bahía de San José. Como la estación no estaba aún muy adelantada, y por lo tanto permitía la realización de algunas exploraciones al interior del país, Alcazaba penetró con sus gentes hacia el Noroeste, creyendo que por tierra llegaría, más fácilmente que atravesando el Estrecho, á los territorios que el emperador le había concedido. Pero sus esperanzas resultaron fallidas. Alcazaba, que era hombre corpulento, pero de carácter irresoluto y de naturaleza enfermiza, no pudo en modo alguno arrostrar las penali-

dades que sufrieron al atravesar las inhospitalarias pampas de la Patagonia, y á las catorce leguas de camino renunció al viaje y se volvió á sus barcos. En sustitución suya, y para que continuase, nombró al capitán Rodrigo de Isla, que al frente del pequeño ejército penetró valientemente en las dichas agrestes y pedregosas llanuras. En unión de las tropas iba un piloto que, provisto de compás, astrolabio y cartas marítimas, conservaba constante y exactamente la dirección Noroeste que emprendieran, al propio tiempo que marcaba en las cartas los lugares á que llegaban de la misma manera que si estuviesen navegando por el Océano.

Caminaban días y días, y en ninguna parte de aquel inacabable desierto encontraban agua, y ante su vista sólo se ofrecía, cual si fueran olas petrificadas, una larga y continua cadena de cerros, en los que el viento agitaba blandamente alguna que otra hierba amarillenta y escasos raquíticos matorrales. Los expedicionarios habían ya experimentado todos los horrorosos tormentos de la sed, cuando por fin descubrieron un gran río que se deslizaba por un valle profundo, y que despertó en la memoria de aquéllos el recuerdo del caudaloso Guadalquivir. Es probable que dicho río fuera el Limay, ó sea el desaguadero Sudoeste del río Negro. En sus riberas hallaron los exploradores algunos indios en el estado más salvaje, y que pertenecían á la familia ó raza de aquellos patagones que tanto habían llamado la atención de Magallanes.

Dichos indios, que se denominaban *tsonecas*, son afines de los araucanos, y todavía al presente conservan ciertos rasgos de semejanza con ellos, pero se diferencian en absoluto por su género de vida, pues son un pueblo nómada que vive de la caza, á la cual persigue hasta los confines más apartados de la pampa patagónica, mientras que los otros gustan y llevan vida más sedentaria.

El territorio en que dominan estos pueblos nómadas se extiende desde la República Argentina hasta el Estrecho de Magallanes. Los tehuelches, pehuenches y puelches son los tipos más salientes, representantes de una raza de acerados músculos, y que, valiente y sufrida, arrostra con grande imperturbabilidad las mayores fatigas y privaciones.

En la época en que los conquistadores entablaron por primera vez relaciones con ellos, no usaban más armas que el arco, la flecha y la lanza, pero también conocían el empleo de las bolas y lazos (1).

---

(1) A consecuencia del roce y trato continuo con los europeos, sufrieron gran transformación las costumbres de los patagones; consiguieron poseer caballos, desarrollar gran inteligencia en la cría caballar, abandonaron el arco y la flecha, y se convirtieron en un pueblo de jinetes cada día más diestro en el manejo de la lanza, las bolas y el lazo.

Vestían holgados mantos de piel de guanaco, animal que representa la más excelente pieza de caza de aquellas regiones.

Los patagones de la época de la conquista habitaban unas viviendas consistentes en una armazón de postes ó estacas sobre las que extendían un toldo hecho de varias pieles de guanaco cosidas unas á otras, y al cual toldo daban mayores condiciones de flexibilidad y de duración untándolo con una mezcla de grasa y ocre rojo. El mueblaje de estas viviendas se componía de varios lechos, construídos también de pieles; las emplazaban en parajes que estuviesen defendidos de la lluvia, y estaban orientadas á Levante con el fin de resguardarlas de los fuertes golpes de viento que, procedentes de Occidente, azotan en todas las épocas del año las pampas de la Patagonia.

Rodrigo de Isla y sus compañeros hallaron también á orillas del Limay grandes rebaños de *ovejas salvajes* (guanacos) y gran número de árboles, siendo éste el único punto del país en que los había.

Con la madera de éstos construyeron algunas balsas en las que cruzaron el río, y más hacia Occidente atravesaron una comarca muy roqueña, hasta que por fin llegaron al pie de unas montañas elevadísimas, punto en el que agotaron las últimas provisiones.

No obstante haberles asegurado los indígenas que, una vez transpuestas aquellas montañas, se encontraban países más poblados, cuyos habitantes llevaban aros de oro en las orejas y ajorcas en los brazos, tan rendidos de cansancio se hallaban los soldados y tan débiles por el hambre, que no se sintieron con fuerzas suficientes para emprender la marcha por aquellas desiertas altiplanicies, y además, en vista del deseo de muchos oficiales de emprender el regreso, fué acordado realizarlo á pesar de la oposición de Rodrigo de Isla. Semejante determinación fué una gran desgracia; unos días más, y hubiesen llegado á Chile antes que Valdivia y asegurado á Alcazaba la posesión de aquel fértil territorio. No se hizo así, y en consecuencia Alcazaba, además de no sacar fruto alguno de la expedición, fué víctima del destino adverso.

Las gentes, que al retirarse él á los barcos por no poder continuar el viaje por los desiertos patagónicos, había dejado á las órdenes de Isla, temerosas, al emprender el regreso contra la voluntad de éste, del castigo que por su insubordinación les esperaba, se apoderaron del citado capitán y de algunos oficiales á él adictos, y después de haberlos amarrado los dejaron abandonados en medio de la estepa.

Después, al llegar á los barcos, sorprendieron á las tripulaciones, asesinaron á Alcazaba y arrojaron su cadáver al mar. Inmediatamente concibieron el proyecto de dedicarse á la piratería, y ya se disponían á hacerse á la mar con tal objeto, cuando se vieron sorprendidos por la re-

pentina aparición de Rodrigo de Isla y de sus compañeros que, habiendo conseguido romper sus ligaduras, habían seguido las huellas de los rebeldes.

Valiéndose de la desunión que entre ellos reinaba, y con la ayuda de algunos que le permanecían fieles, logró reducirlos y someterlos al juicio de un Consejo de oficiales, de cuyas resultas algunos fueron ejecutados y otros abandonados á su suerte en las solitarias costas. Los buques, guiados por el capitán Juan de Mori, que se encargó del mando en jefe, hicieron rumbo á lo largo de la costa en dirección á La Española. En la travesía se fué á pique el mejor de los barcos, perdiéndose con él todos los documentos referentes á la expedición. Es indudable que allí pereció Rodrigo de Isla, pues nada más volvió á saberse de él. A este desdichado capitán corresponde la gloria de haber sido el primero que cruzó la Patagonia.

El fracaso sufrido por esta expedición dejó en suspenso cuantas empresas se estaban proyectando para la conquista y colonización de aquel país, y por más que en el año de 1535 el emperador Carlos V concedió á Pedro de Mendoza todo el territorio comprendido desde la desembocadura del río de la Plata hasta el Estrecho de Magallanes, encargándole que penetrase por tierra hasta el Mar del Sur, no lograron satisfacción las órdenes del monarca, pues Mendoza prefirió establecerse en las cercanías del río citado y explorar y colonizar su territorio que ofrecía más valiosos y positivos resultados.

Verdad es que en enero de 1540 tocó en Patagonia Alonso de Camargo, el cual, siguiendo su derrota en dirección del Perú, atravesó el Estrecho de Magallanes, y navegando á lo largo de la costa occidental de la América del Sur llegó hasta Arequipa.

Como en esta travesía, según parece, no se llegó á efectuar ningún desembarco, no ofrece la menor importancia para la historia del descubrimiento de la Patagonia.

Nada volvió á hablarse, ni mucho menos á intentarse, respecto de este país, hasta que en 1553 Pedro de Valdivia, el conquistador de Chile, con el objeto de anticiparse á otros conquistadores en la toma de posesión de todo el extremo meridional de la América del Sur, establecer comunicación directa con España por el Estrecho de Magallanes, y de este modo dejar al Perú aislado, organizó dos expediciones. Una de ellas, á las órdenes de Francisco Villagrán, atravesó los Andes por Villa Rica; pero á la orden que llevaba de penetrar en dirección oriental hasta el Océano Atlántico no pudo darle cumplimiento á consecuencia de haber tenido que sostener en las pampas del río Negro reñidos combates con los puelches, y no serle posible atravesar la anchurosa y rapidísima corriente de este río.

Al frente de la otra expedición iba Francisco de Ulloa, y debía reconocer por mar la costa occidental de la Patagonia. Fracasó también á causa de no haber cumplido su misión principal, ó sea la de haber penetrado hasta el Océano Atlántico por el Estrecho de Magallanes. Acerca de los demás resultados obtenidos por esta expedición nos faltan datos concretos.

Estábale reservado á García Hurtado de Mendoza, gobernador de Chile, la gloria de extender las posesiones españolas hacia el Sur y descubrir la costa occidental de Patagonia. Desde Villa Rica se internó á través del territorio araucano, hasta que el día 24 de febrero de 1558 vió desde la cima de un monte un hermoso golfo sembrado de gran número de islas. Este golfo era el de Reloncavi, desde el cual pasaron en un bote algunos hombres decididos á la gran isla de Chiloé.

Al propio tiempo, García de Mendoza, antes de salir de Villa Rica, había puesto á las órdenes de Juan Ladrillero dos barcos, que en 17 de noviembre de 1557 salieron del puerto de Valparaíso para hacer reconocimientos en la costa occidental de la Patagonia, y que al hallarse á la altura de la isla Campana fueron sorprendidos por tan terrible tempestad que se vieron obligados á buscar refugio en una pequeña bahía. Salieron de allí, y no bien se hallaron en alta mar, cuando el 6 de diciembre otra fuerte borrasca hizo que cada barco tomase una dirección distinta. El más pequeño, llamado *San Sebastián*, que comandaba Cortés Ojea, después de los muchos y serios peligros que corrió entre arrecifes, islas y montes de hielo de la costa occidental de Patagonia, y de haber tenido que luchar con temporales deshechos, consiguió llegar á las proximidades del Estrecho de Magallanes; pero no habiendo podido encontrarlo, emprendió el camino de regreso en 27 de enero de 1558, y el día 15 de febrero un temporal hizo embarrancar el barco en la bahía de una isla desierta, situada á los 49° 40′ de latitud meridional. La tripulación logró salvarse, construyó un pequeño bergantín, y á fines de julio prosiguió la marcha con rumbo al Norte, llegando el día 1.° de octubre del citado año, después de indecibles penalidades, á la bahía de Valdivia.

Entretanto Ladrillero, á bordo del *San Luís*, había pasado el Canal de Fallos, que separa las dos grandes islas Campana y Wéllington. Posteriormente surcó la costa occidental del Archipiélago de la Madre de Dios y reconoció casi todos los canales principales que corren por entre el intrincado laberinto de islas del occidente de Patagonia.

En el diario de navegación de Ladrillero, que aún se conserva, consignó éste tan precisas descripciones de los canales, bahías é islas por él visitadas, que una expedición inglesa organizada trescientos años después, á las órdenes de Parker King y de Fitz Roy, pudo reconocer con

facilidad todos los lugares en que aquél había estado. Dicho diario contenía también algunas, aunque sucintas, preciosas noticias acerca del país y de sus habitantes.

En marzo de 1558 penetró el *San Luís* en el Estrecho de Magallanes, navegó por él hasta su desembocadura en el Océano Atlántico, y tomó posesión en nombre de la corona de España, con las solemnidades de rúbrica, así del Estrecho como de los territorios vecinos.

Realizado que hubo Ladrillero el viaje de retorno á la madre patria, viaje que verificó con toda felicidad, varios navegantes emprendieron desde Chile algunas expediciones de exploración á la costa occidental de Patagonia. Ninguna de ellas logró buen resultado; algunos de los jefes que las dirigían murieron en la demanda, entre ellos Fernando Gallego en el año 1570.

Tan desgraciados resultados infundieron tal pavor respecto á la Patagonia y el Estrecho de Magallanes, que en los comedios del siglo XVI apenas se encontraba un marino que se atreviese á dirigir la proa de su barco hacia aquellas peligrosas regiones. El paso del Sur, con tantos afanes buscado en otro tiempo en el extremo meridional del continente sudamericano, fué por modo tal relegado al olvido que llegó á propagarse la versión de que había sido totalmente obstruído por una isla allí aparecida á consecuencia de violentísima tempestad y de horrenda borrasca (1), y hasta que en el año de 1578 el célebre inglés Francisco Drake (*primer pirata del mundo*) (2), penetrando por el dicho paso en el Océano Pacífico, puso á contribución las ricas ciudades de la costa sudamericana, nadie se acordó de que existiera. Aquel hecho conmovió vivamente la opinión pública, y al efecto se organizó á toda prisa una escuadrilla con el encargo de situarse en la entrada del Estrecho de Magallanes y apoderarse allí del célebre corsario, que sería probable regresara de su pirática excursión por el mismo camino. Dicha escuadrilla, compuesta de dos buques, fué enviada por Francisco de Toledo, á la sazón virrey del Perú, cuyas ciudades fueron las más castigadas por la visita del inglés.

---

(1) V. *Historia de los viajes de descubrimiento al Estrecho de Magallanes,* de J. G. Kohl. *Diario de la Sociedad Geológica de Berlín,* t. XI, pág. 388.

(2) Si la vida de Francisco Drake no ofreciera para la Historia más interés que la de tantos otros corsarios que en distintas épocas han convertido los mares en teatro de sus vulgares fechorías, bastaría dejar consignado su nombre por hallarse relacionado con el descubrimiento del Estrecho de Magallanes. Pero fueron de tal interés sus travesías para la ciencia náutica, tan importantes los datos que aportó á la historia de los descubrimientos, y de tal manera despertó la afición á los viajes en su patria, que no queremos privar al lector de su biografía publicada en el tomo IV del *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano* que actualmente tiene en publicación esta casa editorial, y que es como sigue:

Lós dichos barcos, y, como es natural, los doscientos hombres que los tripulaban, iban á las órdenes de Pedro Sarmiento de Gamboa, el cual, desde el golfo de la Trinidad, situado á los 50° de latitud meridional, reconoció detenidamente toda la costa patagónica hasta el Estrecho de

---

«Francisco Drake nació en Tavistock (condado de Devon) en 1540 y murió en el mar el 9 de enero de 1595. Hijo de padres pobres, nació en la cala de un navío. Fué el mayor de doce hermanos, y quedó desde muy niño confiado al patrón de una barca, el cual, al morir, le dejó su pequeña embarcación. Era entonces Drake un buen marinero, pero carecía de conocimentos teóricos, que adquirió bajo la dirección de un pariente suyo llamado Juan Hawkins. Diez y ocho años de edad contaba cuando entró á bordo de un barco mercante destinado al Golfo de Vizcaya, y dos años más tarde hizo, con el empleo de teniente, un viaje á las costas de Guinea. En 1565 arriesgó todas sus economías en un negocio que debía realizarse en las Indias occidentales, de acuerdo con el capitán Juan Lovel. Al llegar al río de la Hacha vió confiscado su cargamento por los españoles, y, deseoso de venganza, movido además por la codicia, vendió su barco y se alistó en 1568 al servicio de Juan Hawkins, que preparaba un desembarco en Méjico. Obtuvo entonces el mando de *La Judit* y dió pruebas de la mayor bravura en un combate, desastroso para los ingleses, sostenido contra los españoles en el Golfo de Méjico. Arruinado por segunda vez, pero no desalentado, sirvió á varios armadores, hizo otros dos viajes al Nuevo Mundo, adquirió en ellos un conocimiento exacto de las costas americanas, y compró luego dos naves, una el *Pasea*, de 70 toneladas, cuyo mando dió á su hermano Juan, y otra el *Swan*, de 250 toneladas, dirigida por él mismo. A sus órdenes llevaba sesenta y tres hombres. Embarcó además tres pinazas en piezas, y víveres y municiones para un año. Había jurado odio eterno á los españoles, y se dispuso con estos medios á cumplir su juramento. Saliendo de Plymouth el 24 de mayo de 1572 llegó el 28 de junio á la vista de la isla Guadalupe, y anclando el 12 de julio en su puerto armó sus pinazas, las echó al agua el 20, se dirigió hacia el istmo de Panamá, desembarcó en Río Francisco con 150 hombres, marchó contra la villa de Nombre de Dios, se apoderó del fuerte, saqueó la población, y perseguido por los nuestros tuvo que salvarse á nado. Poco después capturó una nave española de sesenta toneladas, con cargamento de vino, y fué á descansar á una pequeña isla. En 13 de agosto apareció frente á la plaza de Cartagena de Indias, donde apresó dos buques castellanos, adquiriendo también los víveres y municiones de dos fragatas. Hallándose poco después en un abra del istmo de Panamá, sorprendió, entre la población de este nombre y la de Nombre de Dios, tres convoyes de machos cargados de oro y plata, y pudo llenar sus naves con el precioso metal, enterrando además en un arroyo cenagoso quince toneles repletos de plata y oro sobrante. Dos días más tarde incendió los almacenes de Venta Cruz, causando con esto á los españoles una pérdida de más de 200.000 ducados. Volvió en seguida á Río Francisco y partió con la tripulación de un buque francés, que le había ayudado en sus dos últimas empresas, el producto de estas dos correrías. Desde la cumbre de una montaña divisó el Mar del Sur, y resolvió, como lo hizo más tarde, llevar sus naves á aquellas aguas, seguro del daño que causaría á los nuestros. Al cabo de algunos días de reposo partió para Inglaterra, donde desembarcó en 9 de agosto de 1573. Por su cuenta equipó tres fragatas, con las que secundó á Walter Devereux, conde de Essex, en sus ataques á Irlanda. Muerto el conde en 1573, volvió Drake á Inglaterra y fué presentado á la reina Isabel, que aprobó su proyecto de penetrar en el Mar del Sur y saquear las posesiones españolas. Al efecto recibió el mando de cinco naves: *Hind*, *Isabel*, *Swan*, *Marigold* y *Cristóbal*, con una tripulación de 164 marineros elegidos. En 27 de noviembre de 1577 tocó en Mogador, hizo construir una pinaza, y

Magallanes, punto este último que también investigó. Acerca de su viaje dejó consignados valiosísimos datos, pues además de que consagró toda su atención á hacer una reproducción exacta del Estrecho, dió á conocer gran número de parajes del mismo, que fueron por él bautizados, cosa

---

siguió costeando el Africa, apresando algunos barcos españoles. El 22 de enero de 1578 desembarcó en la isla de Mayo y dió libertad á sus prisioneros, á los que abandonó la pinaza *Cristóbal*. Pocos días antes había apresado una nave portuguesa, que unió á su escuadra. Pasó en seguida á la isla de Fuego, llegó (4 de abril) á las costas del Brasil, por el 33° de latitud meridional, y entró el 26 en el río de la Plata; pero no se detuvo, y después de haber desembarcado en la bahía de las Focas (costas de la Patagonia), saltó á tierra (10 de junio) en el puerto de San Julián. En aquel punto ahorcó al capitán Juan Daugthy, que servía á sus órdenes. «Fué ésta, dice Harris, la acción más censurable y temeraria que el almirante cometió en su vida.» El día 21 entró en el Estrecho de Magallanes, por el que salió al Mar del Sur tras diez y seis días de navegación. Sufrió varias penalidades de poca importancia, perdió cuatro de sus naves, dos de ellas en la travesía del Estrecho, y con la única que le quedaba fué arrojado por el mal tiempo hasta el 57° de latitud Sur, y ancló en la extremidad de una tierra cuya posición no está bien determinada. Con gran trabajo llegó á la isla Mocha en 29 de noviembre y avanzó hacia las costas de Chile, donde capturó en la rada de Valparaíso un buque español, en el que halló 400 kilogramos de oro, 1,770 botijas de vino de Chile, piedras preciosas y algunas mercancías. Bajó á tierra y saqueó la iglesia de un pueblo vecino. El 8 de diciembre de 1578 partió de Valparaíso. Desembarcó en Coquimbo, de donde fué rechazado, y ya en el año siguiente entró en el puerto de Arica, se apoderó de los cargamentos de tres barcas, consistentes en lingotes de plata y ricas mercancías; se presentó (13 de febrero) en el Callao; cortó allí los cables de doce naves, y hallándose en Payta supo que un barco español, ricamente cargado, se dirigía á Panamá. Persiguióle sin descanso, logró capturarle, y en él encontró gran cantidad de perlas y piedras preciosas, ochenta libras de oro, veintiséis toneles de plata en lingotes y trece cajas de plata amonedada. Se calcula que el valor de esta presa se elevaba á 900.000 libras esterlinas. Drake avanzó hacia el Norte, y el 15 de abril de 1579 saltó á tierra en la costa de Méjico, en Aguatulco, puerto también conocido por los nombres de Guatocolo ó Guatulio; se apoderó de muchos valores y entregó la población á las llamas. Deseando volver á Inglaterra, y temiendo ser atacado por los españoles en el Estrecho de Magallanes, buscó un paso por el Norte de América, llegó hasta el 43° de latitud Norte, y hallando sólo un frío extremo descendió al 38° de la misma latitud y ancló en 17 de junio al Norte de California, en una bahía á la que dió su nombre, y que hoy es conocida por el de San Francisco. Drake tomó posesión del país al que llamó Nueva Albión, creyó descubrir huellas de oro y de plata, sospecha que ha confirmado más tarde la experiencia, y continuó su viaje en 23 de julio. Habiendo renunciado á buscar un paso por el Norte de América se dirigió hacia las Molucas el 29 de septiembre, á las que llegó en 14 de noviembre; continuó su viaje hacia el Sur, y tras varias vicisitudes arribó al Cabo de Buena Esperanza en los primeros días de junio de 1580, y á Plymouth en 3 de noviembre del mismo año. Los enemigos del pirata, á quien muchos tenían envidia, le acusaron por haber realizado sus depredaciones cuando Inglaterra no estaba en lucha con España. El embajador de nuestro país, don Bernardino de Mendoza, entabló las más apremiantes reclamaciones diplomáticas contra una expedición que por más de un título merecía el calificativo de pirática. En la imposibilidad de entrar en amplias informaciones sobre el particular, nos limitaremos á copiar las líneas que siguen de David Hume, uno de los más acreditados historiadores ingleses:

que no hizo ninguno de los navegantes anteriores ni posteriores. Los nombres dados por Sarmiento á aquellos lugares todavía se usan en Geografía.

Pedro Sarmiento llegó á la desembocadura del Estrecho en los co-

---

«Aquella atrevida y afortunada empresa hizo célebre el nombre de Drake; mas con todo eso, los que temían el resentimiento de los españoles procuraron persuadir á Isabel que desaprobara su conducta, le castigase y le hiciera devolver sus presas; pero la reina, admirada de su valor y seducida con la idea de repartir el botín, no quiso sacrificar á aquel valiente, y antes bien le nombró caballero y aceptó una fiesta que él le dió en Deptford, á bordo del mismo buque que había hecho tan memorable viaje. Cuando Mendoza, embajador de España, se quejó de las piraterías de Drake, le respondió Isabel que puesto que los españoles se abrogaban el derecho de dominar en todo el Nuevo Mundo con exclusión de las demás naciones de Europa, prohibiéndoles que llevasen á aquellos países sus buques, ni aun para hacer el comercio legítimo, era muy natural que ellos buscasen el modo de proporcionárselo por medios violentos. Sin embargo, para apaciguar el resentimiento de Felipe, mandó que se le devolviese una parte del botín á Pedro Libura, español, que se decía agente de los comerciantes á quien había despojado Drake. Supo luego Isabel que el rey de España se había apoderado de aquellas sumas, y lo restante en pagar las tropas del príncipe de Parma, y desde entonces se decidió á no hacer ninguna restitución.» La reina no podía desconocer cuán irregular era la expedición de Drake, emprendida en plena paz para saquear las colonias de España que vivían ajenas á todo peligro de esta naturaleza. Pero ella reprochaba á Felipe II otros atentados que importaban la violación disimulada del estado de paz, y entre ellos la protección secreta prestada á la rebelión de Irlanda. Por lo que toca á los beneficios que el segundo viaje de Drake, en el que éste había dado la vuelta al mundo, produjo á los empresarios que la habían costeado, véase la cita que el más prolijo de los biógrafos de Drake, Juan Barrow, toma de un libro antiguo y poco conocido, titulado *The merchant's mappe of commerce*, por Sewes Roberts, é impreso en 1638: «Este viaje, dice Roberts, produjo á Drake, á los mercaderes de Londres, sus socios en la empresa, y á los aventureros que les acompañaron, según una cuenta formada á la vuelta, después de hechos todos los pagos y descargos, la cual cuenta yo ví suscrita por su propia mano, 47 libras esterlinas por cada libra, de tal suerte que los que aventuraron con él 100 libras obtuvieron 4.700, lo que dará idea del beneficio obtenido, aunque acompañado de sinsabores, dilaciones y peligros.» La nave fué colocada en un sitio particular, como un monumento glorioso, y más tarde, cuando se inutilizó por completo para la navegación, se hizo con una parte de sus materiales un sillón que todavía conserva la Universidad de Oxford. Drake tomó por armas un globo terrestre con esta divisa que encierra una falsedad: *Tu primus circumdedisti me;* y esta leyenda: *Divino auxilio*.

En 15 de septiembre de 1585 salió de Plymouth con una flota de veintitrés navíos, en los que embarcó 2.300 soldados ó marineros. Hizo algunas presas en las costas de España; se dirigió luego hacia las islas de Cabo Verde, donde saqueó é incendió la ciudad de Santiago; dióse á la vela para las Indias occidentales; encontró allí gran resistencia cuando atacó á Cartagena, de donde fué rechazado; invadió la ciudad de Santo Domingo, rescatada por los Dominicos al precio de 25.000 pesos; navegó hacia la Virginia, que costeó hasta el 30° de latitud; destruyó los fuertes de San Antonio y San Agustín en la Florida; ancló luego (27 de abril de 1586) en Roancke, asiento de una colonia inglesa, é hizo en seguida rumbo á Inglaterra, evitando el encuentro con una

mienzos del año 1580, y entró en aguas españolas, portador de sus preciosos estudios y reproducciones, al propio tiempo que el corsario Francisco Drake, que imitando á Magallanes había visitado el Asia y doblado el extremo Sur de Africa, arribaba á los puertos de Inglaterra conduciendo inmenso botín.

Con el objeto de que los ingleses no pudieran en lo sucesivo realizar nuevas expediciones piráticas en el Mar del Sur, propuso Sarmiento al

---

escuadra española que al mando de Alvaro de Flores y Valdés iba en su persecución. En 28 de julio de 1586 llegó á Portsmouth, después de una campaña de diez meses, en la que causó á los nuestros pérdidas que se evalúan en unas 600,000 libras esterlinas. En 1587 recibió Drake el mando de una escuadra compuesta de treinta navíos. Con ella se presentó en Cádiz, donde causó algunos daños en el puerto; se dirigió al Cabo de San Vicente; dió muerte á todos los pescadores que halló en la costa; avanzó hasta la desembocadura del Tajo, y se apoderó del *San Felipe*, galeón de 1.200 toneladas, que venía de las Terceras con rico cargamento. Nombrado vicealmirante en 1588, tuvo el mando de una de las divisiones de la armada inglesa mandada por lord Howard d'Effinhom y opuesta á la *Armada invencible*. En 1589 salió de Plymouth con una escuadra de ochenta navíos por lo menos, llevando á bordo once mil soldados. Con estas fuerzas se trataba de dar la corona portuguesa al pretendiente Antonio. Drake puso sitio á la Coruña, aunque tuvo que levantarle por el heroísmo de sus defensores, entre los cuales figuró la valerosa María Pita. Habiendo fracasado el plan, Drake emprendió la retirada, incendió á Vigo y desembarcó en Plymouth. En 28 de agosto de 1594 salió de este puerto, con su amigo Juan Hawkins. Mandaban los dos almirantes una escuadra de veintiséis navíos, en los que iban 2.500 hombres. Inútilmente quisieron tomar una de las Canarias (27 de septiembre). En 12 de noviembre atacaron con el mismo infructuoso resultado á Puerto Rico. Aquel día murió Juan Hawkins. Drake emprendió el viaje de vuelta á Europa y llegó á Río de la Hacha en 11 de diciembre de 1595. Esta población, la de Santa María, la de Nombre de Dios y otras varias fueron incendiadas. El almirante inglés resolvió luego pasar á la isla del Escudo y de allí á Puerto Bello; pero atacado de un flujo de sangre sucumbió en la travesía. Su cuerpo, encerrado en una caja de plomo, fué arrojado al mar por los 9° 3′ de latitud Norte. Su escuadra entró en Plymouth en mayo siguiente. Drake despertó el genio de la navegación en su patria. Hizo pocos descubrimientos, pero prestó á Europa un servicio inmenso con la importación de las patatas, desconocidas hasta entonces en nuestros climas. Los biógrafos ingleses le colman de elogios. En la literatura española dió origen al informe poema de Lope de Vega titulado *La Dragontea*, y se conquistó un nombre terrible, que ha sido maldecido en prosa y verso, atribuyéndole un carácter feroz é intratable y presentándolo como un aborto del infierno. Forma contraste con estas apreciaciones un retrato de Drake que nos ha dejado el cronista Francisco Caro de Torres en su *Relación de los servicios de don Alonso de Sotomayor* (Madrid, 1620). Dice así: «Fué (Drake) uno de los señalados hombres que ha habido en el mundo de su profesión, pues después de Magallanes fué el segundo que le rodeó, y teniendo tanta dicha, era muy cortés y discreto con los rendidos y muy afable, como contaba el capitán Ojeda y D. Francisco de Zárate, al cual encontró en el Mar del Sur que iba desde la Nueva España al Perú, y le regaló mucho, comunicando con él cosas de importancia, y le volvió toda la hacienda que llevaba, su plata y criado y una esclava y el navío con gran humanidad y cortesía, virtud que no puede dejar de ser loada aunque sea en enemigos.»

gobierno español que fuese ocupado militarmente el Estrecho de Magallanes, y al efecto, en el año 1581 se organizó la mayor escuadra que hasta entonces había surcado las aguas del Nuevo Mundo, pues se componía de veintitrés barcos que llevaban á bordo 3.500 colonos y marinos, más quinientos soldados, á todos los cuales debería conducir á Chile y á Patagonia. Sarmiento, á quien le fué dado el título de Capitán General del Estrecho de Magallanes y de las colonias que se fundasen, desempeñaba á la vez el cargo de ayudante del comandante general de la expedición, que lo era Diego Flores de Valdés.

Aquella escuadra monstruo, con la cual pensaba la corte de España imponer su dominación absoluta en el Océano Pacífico, tuvo un fin desastroso, pues á los pocos días de viaje fué juguete de tan deshecho temporal que se fueron á pique siete de los buques y perecieron ochocientas personas. El resto de la escuadra se vió obligado á regresar á Cádiz; y cuando después de algunos días hízose de nuevo á la mar, otras borrascas que la sorprendieron en el Atlántico le ocasionaron la pérdida de unas doscientas personas y de bastantes barcos.

Después de tan rudos reveses, lo que quedó de aquella poderosa expedición, que ni un solo día dejó la desgracia de ser su compañera, llegó por fin en marzo de 1583 delante del Estrecho, en el que no pudo entrar á causa de los fuertes vientos contrarios que reinaban, y en su consecuencia Valdés decidió volver al puerto de Río de Janeiro, desde cuyo punto salieron Sarmiento y el vicealmirante Ribera, en 2 de diciembre del mismo año, con cinco barcos y 350 individuos, con el fin de ver si podían dar cima al objeto de la expedición.

Esta vez consiguieron penetrar en el Estrecho, y hasta llegaron á desembarcar algunos centenares de soldados y colonizadores, entre los cuales había treinta mujeres; pero no bien habían pisado tierra cuando una tempestad tan repentina como violenta, arrancando las anclas de los barcos, los arrastró fuera del Estrecho.

Cuatro veces intentaron los marineros, trabajando denodadamente, hacer entrar á los buques en el peligroso paso, y otras tantas fueron llevados á gran distancia en alas del vendaval.

Rendido por la fatiga de aquel penoso combate contra los elementos, Ribera, sin decir una palabra á Sarmiento, emprendió el regreso á España, dejando á éste y á los colonizadores abandonados á su suerte con la carabela que tripulaban.

Sarmiento logró pasar el Estrecho á fuerza de trabajos inauditos, y después de levantar á corta distancia de su entrada oriental un pequeño fuerte al que llamó Nombre Jesús, dejó en él una guarnición de cincuenta hombres y emprendió de nuevo la marcha, llegando, después de inena-

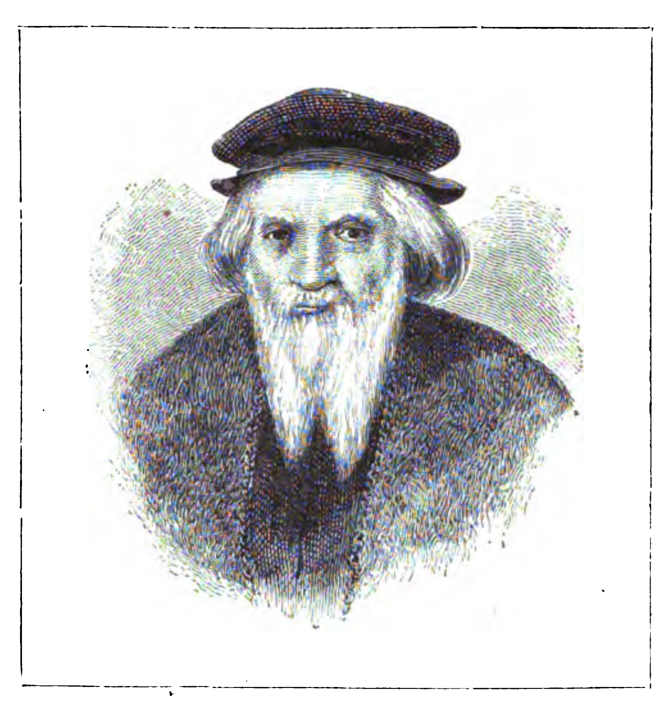
rrables penalidades y de sostener á diario combates con los patagones, á un lugar situado al Nordeste del Cabo Froward, donde estableció una colonia fortificada, y á la cual, en honor del rey de España, bautizó con el nombre de Ciudad del Rey Felipe.

Esta colonia, la más meridional de cuantas han fundado los colonizadores europeos en América, fué víctima del destino adverso. Sus casas de bloques fueron sepultadas, juntamente con sus moradores, por las nieves invernales, y estos infelices no tardaron en aquel sepulcro en sentir todo género de necesidades y miserias. Sarmiento marchó inmediatamente á Río de Janeiro para proporcionarse víveres y poner remedio á tantas desdichas; pero si bien logró cargar su barco de provisiones, no le fué posible alcanzar el Estrecho y librar de su situación aflictiva á los infelices colonizadores, pues su mala estrella quiso que cuando lo intentaba cayese en poder de unos corsarios ingleses que lo llevaron á Inglaterra. La reina Isabel puso inmediatamente en libertad al esclarecido explorador; pero al regresar á la patria fué hecho de nuevo prisionero en el condado de Bearn y no fué rescatado hasta el año de 1590.

Los colonizadores de la Ciudad del Rey Felipe sufrieron amarguras sin cuento después de la marcha de Sarmiento; gran número de personas murieron de hambre, otras á manos de los patagones ó devoradas por las fieras, y una gran parte se perdió al intentar, llevada de la desesperación, ir á pie hasta el río de la Plata caminando á lo largo de la Patagonia, sin que jamás se haya encontrado el menor rastro de su paso ni de su existencia. Los últimos individuos que quedaron habitando la colonia se dirigieron por fin á la entrada oriental del Estrecho con la esperanza de que algún barco los recogería, pero todos hallaron la muerte en aquellas inhospitalarias regiones.

Cuando en el año 1587, el inglés Tomás Cavendish visitó el Estrecho de Magallanes y entró en el puerto de la Ciudad del Rey Felipe, sólo halló montones de ruinas, y entre ellos los cadáveres momificados de aquellos desgraciados que con tan risueñas esperanzas habían salido de su patria seis años antes. En recuerdo del trágico fin que tuvo aquella colonia se le dió á la bahía en que existió el nombre de Port Famine ó Puerto del Hambre, que aún conserva.

Sin embargo de haberse hecho posteriormente varias expediciones á Patagonia, los conocimientos acerca de este país quedaron limitados á las regiones de la costa, hasta que los exploradores modernos han ido de día en día descubriendo el horizonte de su naturaleza interior.



Sebastián Cabot

DESCUBRIMIENTOS DE LOS ESPAÑOLES EN LAS COMARCAS DEL RÍO PARANÁ

En mucho menos tiempo que el descubrimiento de Patagonia había de realizarse el del interior de las actuales Repúblicas Argentina, del Uruguay, del Paraguay y de Bolivia. Por dos distintos puntos penetraron los descubridores españoles en estos territorios en el año 1527: primero entraron desde el Sur, y por la gran puerta que les ofrecía el cauce del río de la Plata remontaron el Paraná hasta el Paraguay, mientras que la colonización de Bolivia y del Noroeste de la Argentina tuvo efecto más adelante desde el Perú.

Desde que Hernando de Magallanes, buscando el paso del Sur, penetró en 1520 en el río de Solís, más adelante llamado de la Plata, y consignó, después de minuciosas investigaciones, que allí no existía paso alguno al Pacífico, el primero que visitó la embocadura de este río fué Sebastián Cabot, en febrero de 1527.

Sebastián Cabot, natural de Venecia (1) é hijo del célebre navegante italiano Juan Caboto ó Cabot, en el que tendremos que ocuparnos más adelante, estaba como cosmógrafo al servicio de España, y en el año 1524 fué autorizado por el Consejo de Indias para hacer un viaje á las Molucas atravesando el Estrecho de Magallanes recientemente descubierto. En este viaje, para el cual salió Cabot del puerto de Sanlúcar el día 3 de abril de 1526 con cuatro barcos, llegó el 15 de febrero de 1527 á aquella inmensa sabana de agua cenagosa llamada un tiempo río de Solís, en honor de su descubridor.

Después, siguiendo la costa del actual Uruguay, navegó Cabot hasta la embocadura del Paraná, y en un puerto distante siete leguas de la actual ciudad de Buenos Aires levantó un fuerte al que denominó San Salvador. Después, dejando en dicho puerto una pequeña guarnición encargada de la custodia de los barcos mayores, penetró él con los otros dos en el ancho y caudaloso río por su intrincado delta.

---

(1) Sebastián Cabot no nació en Venecia, sino en Bristol, en el año de 1477, como puede verse por la biografía que del mismo insertamos á continuación, como igualmente haremos con la del padre en su lugar oportuno, y que fué en efecto el que nació en dicho punto.

El navegante inglés Sebastián Cabot, hijo segundo del veneciano Juan Cabot, nació en Bristol en 1477 y murió en Londres en 1557. Desde su niñez demostró felices disposiciones para la vida del mar. No había aún cumplido veintiún años de edad cuando acompañó á su padre en los viajes por éste realizados. Durante la expedición de Juan Cabot al Labrador y la Florida, Sebastián tuvo el mando de una nave. En el año 1517, persiguiendo el cumplimiento del sueño de su padre, buscó el paso que debía conducir á la China por el Norte. Vióse detenido por los hielos, y esta circunstancia, unida al descontento de sus subordinados, le decidió á descender hacia el S. O. Navegó por toda la costa de la América del Norte, recorrió el canal de Bahama y volvió á Inglaterra, llevando de su exploración, entre otros preciosos informes, nuevas noticias sobre la desviación de la aguja imanada. En 1526, viendo con pena el olvido en que Inglaterra le tenía, vino á España, donde se embarcó con el propósito de atravesar el Estrecho de Magallanes. Fracasada su tentativa, después de haber recorrido la costa del Brasil, regresó á Inglaterra, país en el que ya eran visibles las ventajas que el comercio había sacado del banco de Terranova. Estas ventajas despertaron el reconocimiento nacional, y Eduardo VI, en 1549, concedió al atrevido navegante una pensión de la que disfrutó Sebastián hasta su muerte. Además obtuvo Cabot, durante toda su vida, desde 1555, el título de gobernador de los mercaderes aventureros. Wáshington Irving, en su obra *Vida y viajes de Cristóbal Colón*, dice lo siguiente: «En el año de 1497, Sebastián Cabot, hijo de un comerciante veneciano, pero residente en Bristol, navegando al servicio de Enrique VII de Inglaterra, llegó al Mar del Norte del Nuevo Mundo. Siguiendo la idea de Colón, fué en busca de las costas de Catay, y esperaba hallar un pasaje para la India por el Noroeste. En su viaje descubrió á Newfoundland, costeó el Labrador hasta el quincuagésimosexto grado de latitud Norte, siguió el Sudoeste hasta la Florida, y cuando empezaron á escasearle las provisiones, volvió á Inglaterra. Sólo quedan vagas y escasas relaciones de este viaje, importante por incluir los primeros descubrimientos del Continente Norte del

Bajo los 32°15' de latitud meridional levantó otro fuerte, el cual estaba bautizado con el nombre de Espíritu Santo. En esta fortaleza, que fué emplazada en las cercanías de la embocadura del río, dejó una guarnición de 60 hombres, después de lo cual, en 22 de diciembre de 1527, continuó navegando río arriba por el Paraná con escaso número de fuerzas.

Esta especie de Mississippí sudamericano estaba sembrado por todas partes de gran número de islas de todas dimensiones, las cuales islas, á causa de ser muy bajas en su mayoría, se hallaban expuestas á las inundaciones en las altas mareas. Sin embargo, cuando arribó á ellas Cabot ofrecían aspecto delicioso, pues ostentaban una magnífica y exuberante vegetación adornada de hermosas flores y de plantas trepadoras. En dichas islas corrían por entre los laberínticos canales las aguas del inmenso torrente, aguas tan turbias que ofrecían el color del café con leche.

Sebastián Cabot navegó decididamente hasta encontrarse bajo los 27°27' de latitud meridional, punto en que las rápidas corrientes del río Paraná impidieron que continuara sus investigaciones. El 28 de marzo del año de 1528 emprendió el viaje de regreso, y en el transcurso de éste reconoció toda la parte inferior del Paraguay que desemboca en el Paraná. Allí encontró Cabot un pueblo indígena dedicado á las faenas agrícolas, los *ayacas* ó *payaguas*, gentes con las cuales no tardaron los navegantes en venir á las manos, pues los indios, embarcados en 300 canoas, les atacaron con tal decisión que les pusieron fuera de combate veinticinco hombres, uno de ellos el segundo jefe de la expedición, Miguel Rifos.

Sin embargo, de mucha más consideración fueron las pérdidas que en aquella lucha experimentaron los hijos del país, los cuales, atemorizados, entraron en negociaciones y ofrecieron su amistad á los invasores. Pero después de restablecida la paz entre unos y otros, llegó á conocimiento de Cabot que los naturales poseían objetos de oro y plata, los cuales objetos habían sido adquiridos por aquéllos en una campaña realizada hacía

---

Nuevo Mundo.» El historiador norte-americano ha incurrido en el error de atribuir al hijo los hechos del padre. Téngase en cuenta, sin embargo, que, como hemos dicho, Sebastián Cabot acompañó al autor de sus días en el viaje por éste realizado, y al que se debió el descubrimiento del Labrador. Consta, en cambio, que Sebastián, en el viaje del año 1517, tocó en el Brasil, la Española y Puerto Rico, y que hizo sus exploraciones en nombre de Enrique VIII de Inglaterra. Se sabe que, por cuenta de España, exploró en su expedición de 1526 (1525 según otros) las orillas del Plata; construyó el fuerte de San Salvador ó del Espíritu Santo, y regresó á Europa, por falta de recursos, en 1531. Está confirmado también que en 1552 dirigió la expedición inglesa que estableció las primeras relaciones de la Gran Bretaña con Arkángel, siendo nombrado gobernador de la Compañía formada para el comercio con Rusia. La relación de los viajes de Sebastián Cabot fué publicada en Venecia (1583, en fol.).

(Del *Diccionario Enciclopédico*).

algunos años contra los países situados al Noroeste. Cabot desde entonces no desperdició ocasión alguna para proporcionarse noticias concretas y verídicas acerca de aquellas ricas comarcas, y según asegura el religioso Herrera, que formaba parte de la expedición, fueron de gran importancia los informes que adquirió con respecto á las altiplanicies de Bolivia, abundantes en plata, como asimismo respecto del Perú, *el país del oro*, que en aquella época todavía no había sido descubierto (1).

Lo seductoras que debieron ser las noticias adquiridas por Cabot queda demostrado con decir que éste renunció á proseguir el viaje hacia las Molucas, dedicando desde entonces toda su actividad y su atención toda á la investigación de aquella parte del Continente sudamericano. Así, pues, con el objeto de poner en conocimiento del gobierno su resolución, y al propio tiempo recabar su beneplácito, Cabot despachó para España dos de sus capitanes, los cuales, juntamente con porción de joyas, traían en su compañía algunos indígenas.

Con gran facilidad obtuvieron los emisarios de Cabot el permiso que solicitaron; y ya acariciaban todo género de proyectos grandiosos respecto al descubrimiento y explotación de tan ricos países, y hasta se ocupaban en los preliminares de la nueva expedición, cuando se presentó de súbito en la corte española el conquistador Pizarro, portador de las primeras verídicas noticias acerca del Perú, por él descubierto.

La atención de los monarcas se fijó exclusivamente en los trabajos y luchas llevados á efecto por Pizarro y sus compañeros con el fin de someter á su dominio el Imperio de los incas, y entretanto Cabot, que dedicaba todos sus afanes á ensanchar su colonia del Espíritu Santo y conquistar las comarcas á ella vecinas, en vista del olvido absoluto en que la corte le tenía, y después de esperar mucho tiempo inútilmente alguna protección para llevar adelante su empresa, se decidió á volver á España, á cuya corte llegó en julio de 1530. Allí supo por primera vez que el rico país acerca del cual él había adquirido algunas precisas noticias, había sido descubierto durante el lapso de tiempo transcurrido desde el envío de sus capitanes en solicitud del permiso para su conquista, por una expedición salida del Océano Pacífico.

Por espacio de algunos años no se intentó empresa alguna hacia los territorios descubiertos por Cabot; y éste, que frisaba ya en los sesenta años, y que al parecer no sentía gran deseo de proseguir sus descubrimientos, se satisfizo con seguir desempeñando su antiguo empleo de primer piloto.

Así es que hasta el año 1534 no se volvió á oir hablar de expedición

(1) Herrera, *Déc. IV*, lib. VIII, cap. VI.

Vierte Schiffart.

Warhafftige Historien.

Einer Wunderbaren

Schiffart / welche Vlrich Schmidel von Straubing/ von Anno 1534. biß Anno 1554. in Americam oder Newenwelt/ bey *Brasilia* vnd *Rio della Plata* gethan. Was er in diesen Neunzehen Jahren außgestanden/ vñ was für seltzame Wunderbare Länder vnd Leut er gesehen: durch ermelten Schmidel selbst beschrieben/ An jetzt aber an Tag geben mit Verbesserung vnd Corrigierung der Stätt/ Länder vnd Flüß Namen/ deßgleichen mit einer nothwendigen Landtaffel/ Figuren/ vnd anderer mehr Erklerung/ gezieret/

Durch

LEVINVM HVLSIVM.

EDITIO SECVNDA.



NORIBERGÆ,

Impensis Levini Hulsij ANNO 1602.

Facsímile de la portada del relato de Ulrico Schmidel, impreso en Nurenberg en 1602

ninguna hacia el río de la Plata, nombre con que fué bautizado el río Solís después del viaje de descubrimiento realizado por Sebastián Cabot, y la cual expedición fué organizada por un hombre muy acaudalado de Cádiz, llamado Pedro de Mendoza, que había obtenido autorización para conquistar á sus expensas el territorio comprendido entre el río de la Plata y el Estrecho de Magallanes. Esta expedición, preparada con gran suntuosidad, constaba de 3.000 soldados próximamente, de ellos 150 alemanes y flamencos, y la escuadra se componía de catorce barcos.

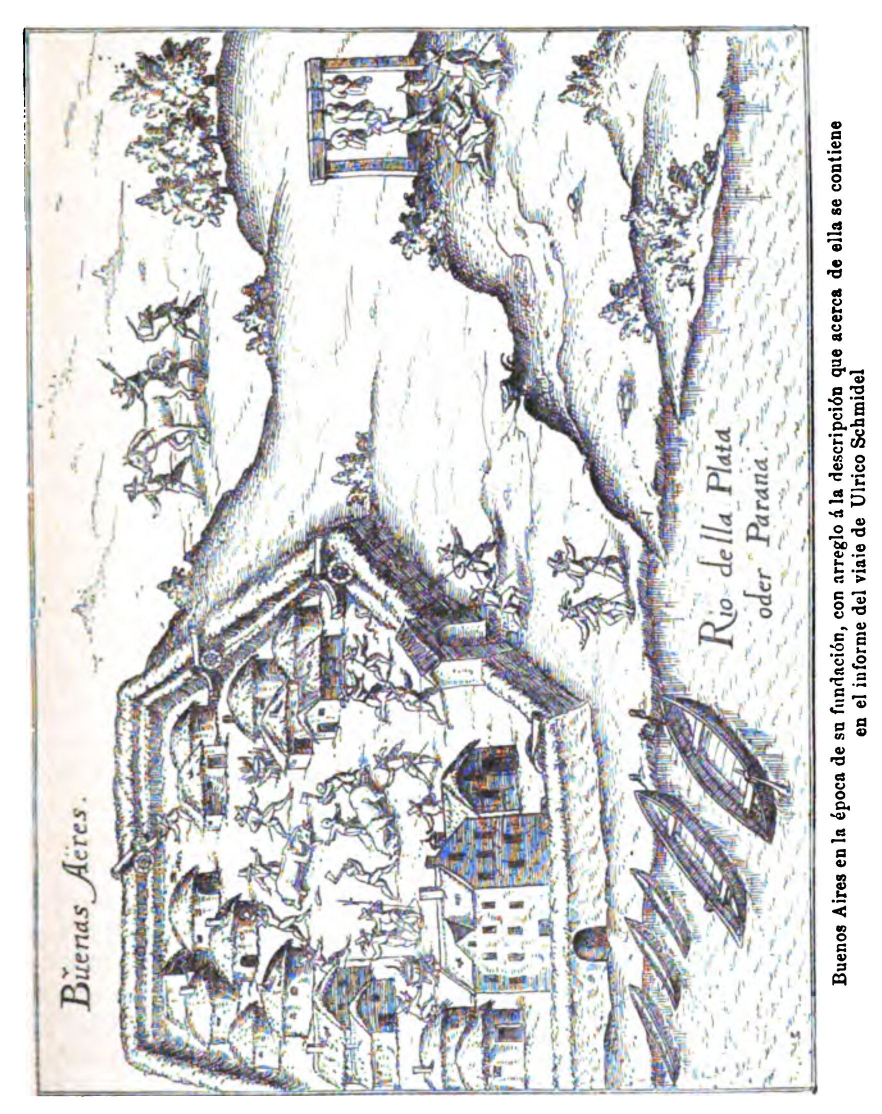
Por todo extremo curioso es el informe contenido en el relato de un lansquenete alemán acerca de la suerte que cupo á dicha expedición. Este individuo, que se llamaba Ulrico Schmidel, y que era natural de Straubing, vivió por espacio de diez y nueve años en el territorio del Río de la Plata y tomó parte en casi todas las empresas de Mendoza.

La portada de esta interesante descripción del viaje la verá el lector reproducida en facsímile en la página anterior.

El primer acto de Mendoza fué echar en la orilla derecha del río de la Plata los cimientos de una ciudad que, según cuenta el citado Schmidel, se la bautizó con el nombre de Buenos Aires, y en derredor de la cual se construyó una valla ó murete de tierra de media pica de altura. En el centro de esta valla se comenzó la edificación de una sólida vivienda para el jefe, pero según el dicho alemán, cuyo relato seguimos, lo que se construía hoy se derrumbaba al día siguiente, pues la gente no tenía qué comer, sufría todo género de adversidades y eran muchos los que morían de hambre. La causa de tan gran miseria consistía en que no había cantidad suficiente de ratas, ratones y culebras y otras alimañas para aplacar el hambre voraz que todos sentían. «No podíamos, dice Schmidel, conservar los zapatos ni ningún objeto de cuero, pues ante todo era preciso comer. Sucedió en aquellas circunstancias que tres españoles robaron un caballo y se lo comieron secretamente; pero fueron descubiertos, presos y atormentados hasta que confesaron su delito, y una vez confesos se les condenó á morir ahorcados, como así sucedió. Pues bien: aquella misma noche se reunieron otros tres españoles, fueron al patíbulo, cortaron los muslos á los ajusticiados, devoraron al momento cuantos pedazos pudieron, y el resto se lo llevaron á sus viviendas para con ello satisfacer su hambre devoradora. Otro español, en un arrebato de locura, estado á que el hambre le había reducido, se comió á su propio hermano, que había muerto en la ciudad de Buenos Aires.»

Con el objeto de obtener víveres de los indios envió Mendoza parte de su gente Paraná arriba, pero después de cinco meses volvió la mitad con las manos vacías, pues los indios habían huído á su presencia casi todos ó quemado sus provisiones.

La miseria llegó á su último extremo el año de 1535, á consecuencia de que en esta fecha se reunieron varias tribus indígenas para lanzar del



Buenos Aires en la época de su fundación, con arreglo á la descripción que acerca de ella se contiene en el informe del viaje de Ulrico Schmidel

país á los invasores, poniendo cerco á la ciudad de Buenos Aires en número de 23,000 hombres.

Todos los edificios de la joven colonia, excepción hecha de la casa de Mendoza, que era de ladrillo, fueron reducidos á cenizas por las flechas

incendiarias que sobre ellos arrojaron los indios, é igual suerte corrieron cuatro barcos. En el combate que se entabló para defender los buques, los soldados de Mendoza consiguieron disparar las gruesas piezas de artillería què llevaban á bordo; y debido por una parte al formidable estruendo que producían, y por otra á la mortandad que en las filas indígenas causaron sus proyectiles, el ejército sitiador sintió tal espanto que levantó el campo y emprendió precipitada fuga.

En vista de que la situación empeoraba por momentos, Mendoza decidió remontar en persona el Paraná para procurarse comestibles. El hambre y las privaciones habían reducido sus tropas á la cifra de 560 individuos, y de éstos dejó 160 encargados de la custodia de los barcos, dirigiéndose él río arriba con los 400 restantes.

Verdad es que Mendoza y sus compañeros lograron entablar relaciones amistosas con los indios timbus ó tiembus, que habitaban las riberas del Paraná hacia la mitad de su curso y fundar la ciudad de Buena Esperanza; pero no lo es menos que también allí se dejaron sentir los rigores del hambre. Cuatro años permaneció Mendoza en aquellas regiones, hasta que al fin, á consecuencia de las penalidades sufridas, enfermó tan gravemente, que se decidió á regresar á la madre patria, y al efecto, después de encargar del mando superior de la colonia á Juan de Ayala, se hizo á la mar con rumbo á las costas españolas, pero durante la travesía agravóse por modo tal que falleció en el camino.

En su testamento ordenaba que se llevasen tropas de refuerzo y provisiones á los colonizadores que habían quedado en Paraná, última voluntad que fué cumplida por Alonso Gabrero, el cual en el año de 1537 salió en dirección de Buenos Aires con 200 soldados y gran cantidad de comestibles. Llegado que hubieron al punto de destino, al pasar revista á todas las fuerzas reunidas, se encontraron con que tan sólo disponían de 550 hombres; de éstos quedaron 150 entre los indios tiembus á las órdenes del capitán Doberim, y con los 400 restantes navegó Gabrero río arriba en ocho bergantines. Por ambas riberas del caudaloso río encontraron diseminados gran número de pueblos indígenas divididos en diversas tribus, cuyos individuos vivían en guerra continua con sus vecinos, circunstancia que fué muy favorable á los conquistadores para poder someterlos á su dominio. Los primeros indígenas que encontraron fueron los llamados curandas, gulgaisios y macuerendas, que acogieron á los descubridores con muestras de simpatía; pero los mepenes, por el contrario, fueron á su encuentro con 500 canoas en actitud belicosa, siendo rechazados después de sufrir grandes pérdidas. En el país de los macuerendas, uno de los soldados de Gabrero mató una serpiente que tenía veinticinco pies de largo y el grueso del brazo de un hombre. Acerca de ella dice Schmidel: «La

matamos con una escopeta. Al verla los indígenas se admiraron sobre manera, asegurando que jamás habían visto ninguna de tan gran tamaño. Aquel reptil había causado grandes perjuicios á los indios, pues cuando éstos tomaban el baño se les arrollaba al cuerpo y los arrastraba al fondo para devorarlos; ellos, como ignoraban la existencia de semejante monstruo, no sabían explicarse la desaparición de muchos de sus compañeros. Dicha serpiente ha sido medida por mí en toda su extensión y grueso con toda su carne, después de lo cual se la llevaron los indios, la hicieron pedazos, la asaron y se la comieron.»

Gabrero y sus compañeros pasaron desde el territorio de los mepenes al de los curemagbas y al de los aygaisos. De éstos dice Schmidel que eran *los mejores guerreros que podrían hallarse en el agua*, y luego prosigue:

«Posteriormente llegamos á una nación llamada Carios, en la que quiso Dios que hallásemos el grano turco ó maíz; el tubérculo *padades* (batata), que es muy semejante á la manzana por su sabor y por su forma; la *Mandioch Pobior*, que ofrece el mismo paladar que la castaña. Los habitantes del país hacen vino con el jugo *Mandeboerl*, y en sus ríos, lagunas y montes abundan el pescado, ciervos, jabalíes, avestruces, ovejas del tamaño de las mulas de España, cabras, gallinas y miel. Cosechan también mucho algodón.

»Los carios ocupan un gran territorio interior, que tiene próximamente trescientas leguas en cuadro, son gruesos y de poca estatura, y todos, hombres y mujeres, niños y ancianos, van completamente desnudos, como Dios los echó al mundo.

»Entre estos indios existe la costumbre de vender el padre á su hija, el marido á su mujer y hasta el hermano á su hermana. Cambian una mujer por una camisa, por un cuchillo, por un pequeño garfio de hierro ó por cualquiera otra nadería.

Cuando se les presenta ocasión comen carne humana. A los prisioneros que cogen en sus combates, sean hombres ó mujeres, ancianos ó niños, los ceban de la misma manera que en nuestro país se ceba á los cerdos. Cuando cogen alguna mujer joven y hermosa la conservan uno ó más años, y si llegan á cansarse de ella la matan, y después celebran una fiesta y un banquete, parecidos, por la alegría que en ellos preside, á una boda de nuestro país. A los ancianos se les deja morir de muerte natural.

»La ciudad ó pueblo en que habitan, á que dan el nombre de *Lampere*, está edificada entre dos parapetos ó estacadas que la cercan por completo. Los postes que componen estas cercas tienen el grueso del cuerpo de un hombre, están clavados en el suelo á la profundidad de una toesa y se elevan sobre la superficie hasta donde se podría alcanzar con una

espada. Dichas cercas dejan entre sí un espacio de doce pasos. Además de esto, á quince pasos de la estacada exterior tenían algunas trincheras, como asimismo unos fosos con la profundidad de la altura de tres hombres, en el centro de los cuales fosos clavaban una estaca de madera con el extremo superior sumamente afilado. Sobre dichos fosos extendían una capa de paja, ramitas y un poco de tierra y hierba, con el objeto de que cuando los cristianos los persiguiésemos ó tratásemos de realizar un asalto á la ciudad cayéramos en ellos. Pero tal engaño también sirvió para ellos mismos, pues fueron muchos los indios que perecieron en su fondo.»

A los tres días de haber puesto sitio á la ciudad los españoles, los carios solicitaron la paz, y entonces aquéllos entraron en ella, y después de haber tomado posesión la bautizaron con el nombre de Nuestra Señora de la Asunción (capital de la República del Paraguay). Ayolas, después de haber descansado allí seis meses, salió de la ciudad con 400 hombres, dejando una guarnición de 100 soldados para que la custodiasen. Marchó río arriba con el objeto de someter á los indios payembos y caracaras; y como los primeros quedasen inmediatamente bajo el dominio español, Ayolas fundó en aquel país una colonia bien fortificada, que fué guarnecida con 50 hombres, entre los que se hallaba Ulrico Schmidel, y con el resto de la fuerza penetró en el territorio de los naperus y peisennos, donde así Ayolas como todos sus compañeros sucumbieron.

Semejante desgracia, cuyo noticia tardó un año en saberse en Asunción, fué un golpe tremendo para las colonias establecidas por los conquistadores españoles en el Paraguay y en el Paraná, algunas de las cuales tuvieron que ser abandonadas, sin que hasta el año de 1540, fecha en que Alvar Núñez Cabeza de Vaca llegó allí, procedente de España, con un auxilio de 400 soldados y 30 caballos, pudieran conseguir los colonizadores recuperar las antiguas posiciones ni proseguir los trabajos de exploración del Paraná.

Una expedición capitaneada por Domingo de Ayolas penetró, subiendo por el Paraguay, hasta llegar al territorio de los indios cherues, acerca de los cuales dice Ulrico Schmidel, que se contaba entre los expedicionarios, que iban pintados, que los hombres usaban perilla, y que las mujeres eran muy diestras en la confección de grandes mantos de algodón, que adornaban con figuras de ciervos, avestruces y llamas.

Los expedicionarios lograron hacerse en aquella comarca con algunas vasijas de oro y plata procedentes de un país ó nación compuesto exclusivamente de mujeres guerreras.

«Estas amazonas, dice Schmidel, son mujeres, y sólo tres ó cuatro veces al año las visitan sus maridos. Cuando alguna da á luz un hijo, si es varón se lo remite á su esposo y si es hembra se la queda en su compa-

ñía. La madre, cuando lo cree oportuno, con un hierro candente le quema el pecho derecho para que no le crezca, mutilación que tiene por objeto el que no les estorbe para el fácil manejo del arco, pues estas mujeres forman un verdadero ejército que sostiene continuas luchas con sus enemigos, y habitan ellas solas en una isla.»

Alentados por la esperanza de lograr un buen botín en la isla de las Amazonas, los expedicionarios españoles penetraron en los bosques vírgenes del Brasil y de Bolivia. Acerca de esta expedición se expresa Schmidel del siguiente modo:

«Teníamos que andar, dice, día y noche con agua hasta la cintura; cuando queríamos encender fuego colocábamos grandes leños unos sobre otros y encima encendíamos la lumbre, aconteciendo algunas veces que tanto ésta como el puchero en que se estaba confeccionando nuestra comida cayeran al agua y nos quedásemos sin comer. Además los mosquitos no nos permitían momento de reposo ni de día ni de noche.»



Joven indio payagua del territorio de Asunción
De una fotografía

Estimulados por el deseo de hallar oro vagaron los expedicionarios por aquel país por espacio de treinta días, siempre caminando por entre selvas inacabables, pero por más que lo intentaron no consiguieron dar con el fabuloso pueblo de las amazonas.

Extenuados por completo, y cuando ya habían perecido la mitad, se decidieron á volver á Asunción.

En el año de 1548 marchó Ayolas de nuevo hacia aquel país, é inter-

nándose en dirección Noroeste llegó á las comarcas meridionales del Perú, ocupadas ya por sus compatriotas, punto en donde Pedro de la Gasca ó Lagasca, que era á la sazón virrey del Perú, le prohibió que prosiguiera el viaje.

Más adelante, al iniciarse las exploraciones en los grandes bosques del Gran Chaco y de la rica provincia de Tucumán, el gobernador Martínez de Irala llevó á efecto una fuerte y duradera alianza con Lagasca, pudiendo decirse que tanto Irala, que obtuvo el título de Adelantado en el año de 1555, como su sucesor Ortiz de Zárate, son los dos hombres á quienes debe considerarse principalmente como los verdaderos conquistadores del territorio de La Plata.

Para el gobierno de las provincias situadas al Noroeste de la actual República Argentina, descubiertas por Diego de Rojas desde el Perú, fué nombrado el capitán Juan Nuñez de Prado, el cual fundó á los 28° de latitud meridional una ciudad llamada Barco, que se derrumbó tiempo adelante. El territorio que fué entonces ocupado por Prado, en el año de 1551 lo solicitó Francisco de Villagrán para Valdivia, el conquistador de Chile, y hasta 1561 formó parte del gobierno del mismo.

Los trabajos de Villagrán fueron valiosísimos para las investigaciones del Oeste de la Argentina, y en el año de 1551, al llevarle á Valdivia refuerzos desde el Perú, atravesó todo el territorio comprendido desde el Este de los Andes hasta los 33° de latitud meridional. Su capitán fué Diego Maldonado, el primero que desde Argentina atravesó los Andes por el puerto de Uspallata. Anteriormente queda consignado que Villagrán realizó una expedición por las extensísimas pampas argentinas meridionales, en la cual expedición llegó hasta el río Negro. Dichas pampas son unas dilatadísimas llanuras cubiertas en unos trechos de hierba y en otros de trébol, cardos silvestres, ó de pequeños matorrales. Una parte no pequeña de estas estepas de la América del Sur está por completo deshabitada. Su suelo está compuesto de sal y de arenas salitrosas y escasea mucho el agua.

Aunque los conquistadores españoles se vieron á la continua obligados á sostener sangrientos combates con los indígenas, consiguieron por fin establecerse en el país y fundar las ciudades de Santiago del Estero en el año de 1553, las de Londres y Córdoba en el de 1558, y las de Cañete y Mendoza en el de 1561, puntos de partida todas ellas para las numerosas expediciones llevadas á efecto en el transcurso del siglo siguiente á todas las distintas regiones del país.

Las dificultades mayores se presentaron para la exploración de aquel dilatadísimo desierto situado al Oeste del Paraná, conocido con el nombre de Gran Chaco, inmensa comarca que excede de 600.000 kilómetros cuadrados de superficie.

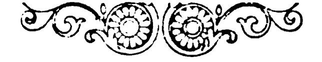
Tan extensa llanura, cubierta en parte de maleza y en parte de magníficos bosques vírgenes, era desde tiempo inmemorial el territorio desti-

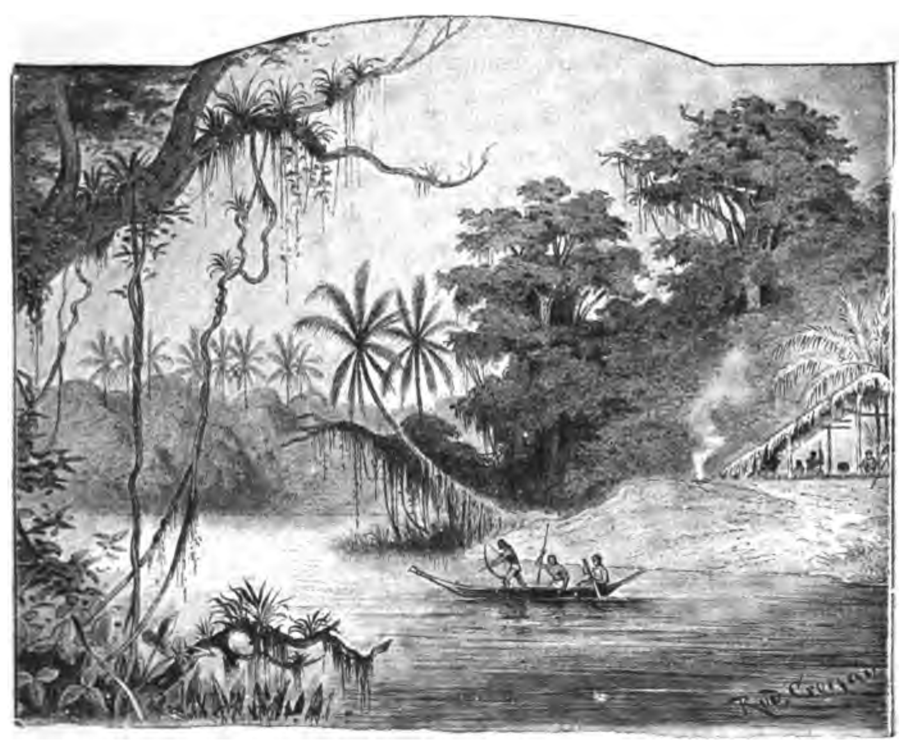


Ulrico Schmidel

nado á la caza de indios (la palabra *chaco*, procedente del idioma de los indios guaraníes, significa *campo de caza*). Estos indios opusieron resistencia tan enérgica y tenaz á los conquistadores, que nunca lograron éstos

dominar en su territorio. Pero en el siglo presente, después de grandes esfuerzos y trabajos llevados á efecto por el general argentino Victorica, se ha conseguido expulsarlos de los intrincados bosques del Gran Chaco, y de este modo ha quedado abierto al Comercio, á la Agricultura, al Progreso y á la Ciencia uno de los más importantes y valiosos territorios de la América del Sur.





Paisaje del territorio del Alto Amazonas (Dibujo original de R. Cronau)

DESCUBRIMIENTO DEL RÍO DE LAS AMAZONAS

Corría el año de 1539, cuando Francisco Pizarro, estando en el Cuzco, tuvo noticia de que el capitán González Díaz de Pineda, en un viaje de exploración, había llegado á un país situado al Este de Quito, en el cual país se criaba canela. Pizarro, con el deseo de agregar á su virreinato, tan abundante en metales preciosos, aquellos territorios donde se criaban tan valiosas especias, mandó á su hermano menor, Gonzalo, con 350 soldados y 4,000 indios de carga hacia dicho país para que comprobasen la verdad de noticias tan importantes, con cuyo objeto partió Gonzalo con dirección á aquel punto el día de Navidad del año de 1539. La expedición llevaba unos 150 caballos, 900 perros de presa, 4,000 cerdos y un gran rebaño de llamas, pero desde el principio del viaje acompañó á los expedicionarios la suerte adversa, pues una vez tuvieron que sufrir los efectos de un fuer-

te terremoto al cruzar las volcánicas montañas situadas al Este del Ecuador, el cual terremoto hizo que en varios puntos se abriese la tierra en medio del más espantoso estruendo. En otra ocasión tuvieron que caminar por parajes totalmente intransitables y por altas y escarpadas montañas cubiertas de nieve, para llegar, después de experimentar toda suerte de contrariedades y fatigas, á regiones deshabitadas y desiertas, todas sembradas de bosques dilatadísimos, en medio de los cuales sufrieron por espacio de cincuenta días un aguacero continuo, á consecuencia de lo cual casi se les pudrieron los vestidos en el cuerpo. Valiéndose de las hachas y espadas de combate tenían que abrirse camino á través de la impracticable espesura de los bosques inundados por todas partes, y más de una vez fueron víctimas de algunos guías indios que, en lugar de llevarlos á comarcas hospitalarias, los internaban más y más en las regiones cubiertas de cenagales y pantanos. Por último llegaron al río Coca, donde hallaron un pueblo indígena que les salió al encuentro y les dió hospitalidad por espacio de dos meses..

Tiempo adelante los expedicionarios descendieron por el río Coca y lo cruzaron en un punto donde las grandes masas de agua de su corriente se acumulaban en una garganta de siete metros escasos de anchura por setenta de profundidad, y después de haber logrado pasar esta estrechura con toda felicidad, aunque no sin haber tenido que luchar con los naturales, prosiguieron su marcha río abajo, y de nuevo llegaron á unos desiertos tan intransitables y pantanosos, que Gonzalo Pizarro se decidió á construir un bergantín para poder transportar más fácilmente los numerosos enfermos que entre sus gentes había, el equipaje, y los tesoros que hasta entonces habían podido adquirir, y que á la verdad eran de bastante consideración. Con aquella ayuda, cuando les ofrecía muchas dificultades abrirse paso por un lado del río, se trasladaban en el barco á la otra orilla, y de esta manera, y sufriendo toda suerte de penalidades, llegaron hasta la desembocadura del Coca en el Napo. Una vez allí, como desde hacía bastantes semanas no se habían alimentado con otra cosa que frutas silvestres y raíces, dió orden Gonzalo al capitan Francisco de Orellana, en vista de que de día en día aumentaba el número de enfermos, para que con cincuenta hombres fuese en el bergantín en busca de provisiones. Pero Orellana, que estaba sumamente rendido á consecuencia de las fatigas experimentadas hasta entonces en el viaje, y que sin duda sentía vivos deseos de apoderarse de las cuantiosas riquezas que iban á bordo, al ver que después de navegar por espacio de bastantes días no encontraba provisiones, pesó detenidamente las grandes dificultades que ofrecía el volver á remontar el río á causa de su rápida corriente, y decidió, por el contrario, dejar el barco á merced de ésta para que le condujese al azar.

Esta traición del capitán Orellana colocó al abandonado ejército de Gonzalo Pizarro en situación crítica por demás, pues con la pérdida del bergantín, en el cual se encontraban todos cuantos artículos y objetos llevaban para establecer tráfico con los naturales, tenían que renunciar á toda esperanza de poder proporcionarse provisiones. A tal extremo llegó el abatimiento que se apoderó de los soldados, que Gonzalo Pizarro se vió en la necesidad de ceder á las súplicas de éstos y emprender el retorno á Quito. Pero se hallaban á cuatrocientas leguas de distancia de aquel punto, y el camino que había de conducirlos hasta allí era un intrincado laberinto de bosques jamás hollados por el hombre, con árboles tan gigantescos que su tronco no podían abarcarlo diez y seis hombres, y por todas partes sembrado de enormes pantanos. Una especie de plantas trepadoras cuyos brazos y ramas eran duras como el acero unían entre sí dichos árboles, y sólo á fuerza de inauditos trabajos y haciendo uso de hachas y espadas conseguían marchar poco á poco por entre aquel laberinto. A todas estas penalidades agréguense las ocasionadas por la plaga de insectos de diversas clases, todos ellos ávidos de sangre, pues algunas de estas regiones están por modo tal cuajadas de mosquitos, abejorros, garrapatas, niguas, térmites, hormigas y mitas, que es de todo punto imposible que el ser humano las habite (1), y se comprenderá el cúmulo de horribles sufrimientos que durante el camino experimentarían los compañeros de Pizarro.

Mucho tiempo hacía que habían degollado y comido todos los caballos y perros que llevaban, y por lo tanto no disponían de otro alimento que de las amargas frutas y hierbas que les ofrecía el bosque virgen. De nada notaban tanto la falta como de la sal, pues á consecuencia de ella se declaró entre ellos el escorbuto, á cuya enfermedad sucumbieron bastantes. El hambre llegó á sentirse de modo tan intenso, que muchos, apoyados en los troncos de los árboles, y pidiendo alimento con ayes lastimeros, caían muertos. Los que sobrevivieron á tantos horrores encomendáronse á la voluntad y gracia divinas y prosiguieron su camino.

Después de algunos meses de horrendos sufrimientos llegaron los expedicionarios á Quito, donde ya se tenía noticia de su regreso. Los habitantes de la ciudad se apresuraron á salirles al encuentro yendo á recibirlos á más de cincuenta leguas de distancia y llevándoles todo cuanto necesitaban, sobre todo carne y ropas, pues entre ellos había muchos que tenían en Quito parientes y amigos.

¡Qué cuadro se ofreció á la vista de éstos! De los 350 españoles y 4,000

(1) Eduardo Poeppig, en sus *Viajes por Chile, Perú y el río de las Amazonas*, dice que todos los exploradores de aquellas comarcas no saben ya cómo lamentarse de estas plagas, y dicen que ponen al hombre en un estado de excitación nerviosa sin ejemplo.

indios sólo quedaban 80 hombres, y éstos se tambaleaban al andar y estaban tan pálidos y demacrados que era sumamente difícil poderlos reconocer. Pies y manos y el cuerpo todo los tenían destrozados á consecuencia de las agudas espinas al tener que caminar por entre la maleza de los bosques, y cubrían su desnudez con algunas pieles de animales ó con hojas.

Con los ojos arrasados de lágrimas se arrojaron aquellos desgraciados en brazos de sus salvadores, y con tal ansia se abalanzaron sobre las provisiones que les llevaban que hubo necesidad de irles dando poco á poco el alimento hasta que sus estómagos, ya fortalecidos, se hubieran de nuevo acostumbrado á aquella clase de manjares.

Al observar Pizarro y sus oficiales que solamente para ellos había vestidos y caballos no consintieron en manera alguna servirse de ellos, pues quisieron compartir con sus compañeros hasta el fin toda clase de privaciones, luchas y sinsabores, y de esta manera entró Gonzalo Pizarro en Quito á la cabeza de su reducida hueste, en uno de los primeros días del mes de junio del año de 1542, á los dos años de haber salido de dicha ciudad. Y besando la tierra transportado de alegría, dió gracias al Eterno por haberle sacado ileso de tantos y tan grandes peligros.

Cumple á nuestro propósito, convirtiendo los ojos á lo pasado, ocuparnos en la suerte que cupo á Orellana, el cual, como es sabido, prefirió hacer una travesía por ignorados derroteros mejor que compartir la miseria y penalidades de sus compañeros, á los cuales abandonó. Pero si el temor á los infortunios que se veían en lontananza fué el único móvil que le impulsó á proceder de modo tan cruel é inhumano, no por eso se vió libre de sufrimientos, pues tanto él como sus compañeros experimentaron los tormentos del hambre al principio del viaje con tal intensidad, que llegaron al extremo de tener que cocer sus zapatos y cinturones de cuero, aderezados con algunas hierbas silvestres, para poderse alimentar. Nueve de sus compañeros murieron de hambre; y ya creían los restantes próximo el último instante de su existencia, cuando el día 8 de enero de 1541 llegó á sus oídos el resonar de unos tambores indios, y poco después llegaron á un pueblo cuyos habitantes se entregaban en aquel momento á una de sus diversiones favoritas: la danza.

Aquellos indígenas pretendieron en un principio oponerse á la entrada de los extranjeros en el pueblo, pero los esfuerzos de Orellana consiguieron al fin entablar con ellos relaciones amistosas.

Habiendo sabido Orellana por dichos indígenas que á no muy larga distancia había un río muy grande y caudaloso, resolvió construir un bergantín con el cual pudiera hacer frente á los desconocidos peligros que

en las aguas del dicho río pudieran presentárseles. Con la construcción del barco finalizó el mes de enero, y el día 1.º de febrero embarcáronse sus gentes en él y en el otro que ya tenían, llegando después de doce días de navegación al lugar en donde el Napo desemboca en otro río mucho más caudaloso que él. Entonces presentóse á la vista de los aventureros una superficie de agua semejante á una inundación inmensa, ofreciéndose ese espectáculo sublime que sólo se presencia en el mar, ó sea aquel en que el horizonte sensible se confunde con el cielo (1). Aquella dilatada superficie líquida era el Alto Marañón, el río de las Amazonas, que ya en aquel paraje, y á 800 leguas del Océano, ofrece tan magnífico y sorprendente aspecto.


Indio Coreguaje
de las orillas del Amazonas

Su cauce anchísimo dividíase tan pronto en porción de brazos que corrían por entre arenosas islas sembradas de bosque, como se desparramaba formando un extenso lago que desde lejos parecía hallarse circundado de espesa vegetación. Sobre su tersa superficie semejante á un espejo se deslizaban sus amarillentas olas, y la velocidad con que corrían tan sólo se advertía á veces por el sordo rumor que producían al pasar por entre los claros de las grandes agrupaciones de árboles gigantescos que en sus orillas existían, todos ellos desarraigados y despojados de sus hojas.

Después de haber entrado en el caudaloso río, que en honor á su descubridor llevó por espacio de mucho tiempo el nombre de río de Orellana, los expedicionarios navegaron por grandes regiones que no parecía que ningún ser humano las habitara, pero que en compensación á esto se notaba por todas partes una riqueza asombrosa en ejemplares vivientes del reino animal. Centenares de monos de distintas clases jugueteaban balanceándose en las ramas de los árboles é innumerables bandadas de pintados papagayos obscurecían la luz del sol al cruzar desde las faldas del bosque á las islas, mientras que en los bancos ó depósitos de cieno acumulados por la corriente de los diversos brazos del río tomaban el sol desperezándose indolentemente gran número de horribles cocodrilos. De cuando en cuando oíase entre la espesura el gruñido de los cerdos acuáticos y tapires, y de la onza y el jaguar.

(1) Véase *Amazonas y Cordilleras*. *Globus*. T. XLV, pág. 135, de Carlos Viener, y *Viaje por Chile, Perú y el río de las Amazonas*, de Eduardo Poeppig, t. II.

Por último Orellana y sus compañeros tropezaron con huellas de seres humanos, pues llegaron al territorio de los salvajes omaguas, los cuales tienen la costumbre de deformar su cabeza dándole forma extraña y puntiaguda, y posteriormente al país de los antropófagos passés, al de los ticunas, curinas, yaguas y mayurunas, aunque procurando siempre alejarse de las grandes aldeas en que éstos habitaban. Esto no obstante, fueron atacados varias veces por estos piratas del río, con tal ímpetu que los españoles tuvieron necesidad de sostener con ellos sangrientos combates.

Dichos indios, que iban provistos de rodelas hechas con pieles de caimán y de tapir, persiguieron á las gentes de Orellana por el río á bordo de gran número de canoas por espacio de días y días, lo cual hacía sumamente difícil toda defensa. Diez y ocho soldados españoles fueron heridos en las diversas refriegas que, como se ha dicho, tuvieron necesidad de sostener con los indígenas.

Los expedicionarios pasaron durante el viaje por gran número de pueblos, en los que no se atrevieron á desembarcar á causa de la actitud hostil en que sus habitantes se presentaban, hostilidad que llegó al extremo de atacarlos en una isla deshabitada en la que los españolos tomaron tierra en busca de provisiones. Estos se volvieron á sus barcos inmediatamente; pero, no bien se hubieron embarcado, cuando de todos los pueblos de las cercanías salió gran número de combatientes que los comprometieron en nueva y sangrienta lucha. Los salvajes iban en 130 canoas, que contenían 8,000 guerreros, los cuales, al estruendo que producían al batir sus tambores de guerra, y dando espantosos aullidos, rodeaban por completo las embarcaciones de los extranjeros. Dos días y dos noches duró aquella salvaje cacería por la corriente del caudaloso río, y más de una vez Orellana y sus gentes se vieron obligados á poner en acción todos sus recursos y todas sus fuerzas para evitar que sus encarnizados enemigos penetraran en los botes de los bergantines.

Por fin, cuando consiguieron que sus perseguidores se volvieran á sus aldeas, al poco tiempo de viaje, llegaron los expedicionarios á otros pueblos de indígenas más pequeños que los anteriores, á cuyos habitantes dispersaron á costa de bien poco trabajo; y como en las chozas ó viviendas de éstos hallasen gran cantidad de provisiones, permanecieron allí por espacio de bastantes días y cargaron después los barcos de pan y frutas.

Después de haber pasado la embocadura de un gran río, que probablemente debió de ser el Yurúa que procede del Noroeste, llegaron á una pequeña aldea en la cual encontraron algunos objetos de alfarería muy bien pintados, y varios adornos de oro y plata que, según informaron los habitantes, procedían del interior del país. Por todas partes se veían gi-



Indios carijonas (De fotografía)

gantescas figuras de ídolos vaciadas en troncos de palmera, y con unos grandes discos á guisa de ruedas en los brazos. Dos grandes arterias conducían desde el pueblo al interior del país, pero Orellana no pudo averiguar hasta dónde llegaban.

Luego que hubieron abandonado este pueblo, que pertenecía al territorio ocupado actualmente por los jomanas y miranhas, los aventureros navegaron de nuevo bordeando un dilatado desierto en el que no se divisaba ningún ser humano, y hasta que hubieron recorrido un trayecto de 100 leguas no hallaron ocasión de aprovisionarse de víveres, lo que llevaron á efecto en un pueblo á cuyos moradores pudieron desalojar con facilidad.

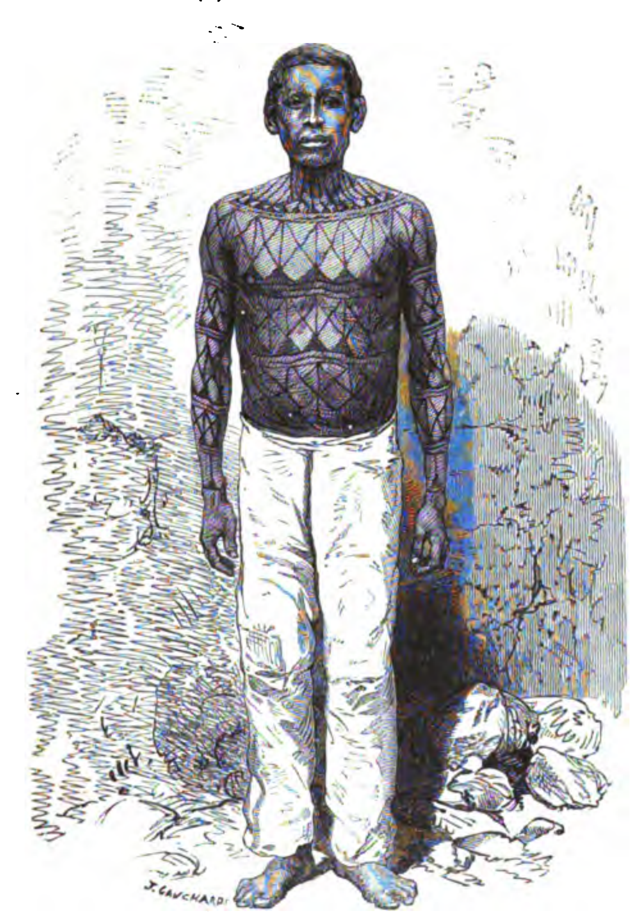
Poco después llegaron los barcos á la embocadura de un gran río que, procedente del Norte, afluía al Amazonas, y cuyas aguas eran negras como tinta. Era el río Negro, cuyas aguas, aun después de haberse mezclado con las del Amazonas, conservan su negrura en un trayecto de varios kilómetros, formando en ambas orillas una ancha faja obscura que contrasta por modo notable con la límpida corriente de aquél (1).

En la parte baja de este río importante lateral del Amazonas parecía estar bastante habitado el país, pues á un pueblo se sucedía inmediatamente otro. Allí tenían su residencia los indios muras, los curipunas, los tupinambos, los cunuris y los tapajos. Por algunos indígenas prisioneros tuvo conocimiento Orellana de la existencia de una nación de mujeres guerreras que, sin duda á causa de su valor y arrojo, eran sumamente temidas. Además, según revelación de los dichos prisioneros, poseían gran cantidad de oro.

Efectivamente, cuando después de haber proseguido el viaje llegaron, el día 22 de junio, á unos pueblos muy grandes con cuyos habitantes combatieron, pudieron observar los expedicionarios que al frente de los guerreros indígenas iban diez ó doce mujeres que luchaban como verdaderas furias, y que con un látigo fustigaban á los hombres que se mostraban rehacios ó cobardes en el combate, castigándolos cruelmente hasta dejarlos muertos. Según una descripción debida al Padre Gaspar de Carvajal, que iba á bordo del bergantín de Orellana, dichas mujeres eran de constitución robusta y de elevada estatura y llevaban su larga caballera anudada sobre la coronilla. Las caderas las tenían protegidas todo alrededor

(1) Wallace atribuye este negro tinte á la circunstancia de que el río Negro, desde el punto en donde nace hasta su desembocadura, corre exclusivamente por entre bosques, y por regla general se desliza tan tranquilamente que sus aguas no arrastran nada de las materias blandas que se encuentran en la orilla, mientras que, por el contrario, su fondo acarrea las grandes acumulaciones de vegetales en descomposición que en él existen, tales como hojas, raíces, etc.

por una especie de cota fabricada con pieles de jaguar. Por armas usaban arcos y flechas, con las cuales armas dieron muerte á ocho españoles en el transcurso de la lucha (1).



Indio mundrucu

A consecuencia de este encuentro recibió más adelante el río el nombre de río de las Amazonas.

Las riberas del Bajo Amazonas se presentaban cada vez más pobladas, teniendo Orellana y sus compañeros que sostener gran número de combates con los indios mundrucus, yacipuyas, cuzaris y otras castas estable-

(1) Véase *Historia general de las Indias*, de Antonio Herrera, Déc. II, lib. IX, cap. IV, y además *Expeditions into the valley of the Amazons*, de R. Markham. Hakluyt

cidas en aquellas regiones, y que eran tanto más de temer por cuanto usaban flechas envenenadas.

Sobre todo los numerosísimos mundrucus, que actualmente se extienden desde el Amazonas hasta el Alto Tapajos, eran ya temidos en aquella época por su espíritu inquieto y belicoso, habiendo conseguido hasta los tiempos presentes ser considerados como los espartanos del Brasil.

De constitución muy robusta, la color de su rostro era bastante clara y acostumbraban á taracearse el cuerpo llenándolo de rayas de un tinte azul obscuro. En sus continuas luchas con sus vecinos, el recurso que con mayor frecuencia empleaban para vencerlos era atraerlos por medio de hábiles emboscadas para después apoderarse de ellos por sorpresa. A los cadáveres de sus contrarios les cortaban la cabeza, que después de preparada convenientemente clavaban en una pica ó lanza, ó bien la suspedían de su cinturón después de bien sujetada con cordeles.

Para ponerse á salvo de las lanzas envenenadas de aquellos indios, Orellana y sus compañeros acorazaron los costados de sus barcos con gruesos y fuertes tablones, y al mismo tiempo se alejaron cuanto les fué posible de los grandes centros de población indígenas y procuraron mantenerse constantemente en el centro del caudaloso río, cuyo cauce, cada vez más ancho, alcanzaba en algunos puntos tal extensión que desde la una orilla apenas se divisaba la otra.

Aquel inmenso torrente, cuya grandiosidad apenas puede describirse ni aun de manera que acerca de él pueda el lector formarse una idea aproximada, veíase por todas partes sembrado de islas cuyas dimensiones y número han hecho decir á un explorador moderno las siguientes palabras: «El laberinto de aguas del Amazonas es, más que una red de ríos, un océano de agua dulce cruzado de tierra, y en cuyo centro forma el país un archipiélago de islas.»

Aunque el Océano Atlántico distaba todavía 200 kilómetros del punto en que los expedicionarios se encontraban, ya se dejaba sentir allí la in-

---

Society, 1859, p. 34. Los datos proporcionados por los españoles acerca de estas amazonas fueron puestos en duda por espacio de mucho tiempo, pero en la época actual el viajero francés Crevaux encontró en Paru un pueblo habitado exclusivamente por mujeres (*Boletín de la Sociedad Geográfica*, París, 1882, pág. 671), y, según estos datos, el encuentro de los españoles con las amazonas debió efectuarse probablemente en la desembocadura del río Yamunda. Humboldt presentía ya que las amazonas de la América del Sur debían de ser mujeres que, cansadas de sufrir la dura esclavitud á que las sometían los hombres, se habían refugiado en diferentes comarcas á semejanza de los esclavos negros fugitivos, viéndose en la imprescindible necesidad de convertirse en guerreros para conservar su independencia, y recibiendo sólo de cuando en cuando la visita de hombres.

fluencia de la marea. Pero antes de que llegaran á la desembocadura del Amazonas, todavía tuvieron que sostener varios combates con los indios.

Antes de decidirse Orellana á verificar su entrada en el Océano creyó conveniente que se reparasen las averías que los barcos habían experimentado, lo cual se llevó á efecto en una de las islas mayores que dividen al Amazonas, y una vez los dos bergantines en condiciones para proseguir el viaje, el día 26 de agosto entraron resueltamente en el mar sin piloto ni astrolabio. Sin perder nunca la tierra de vista navegaron á lo largo de las costas del Brasil y de la Guayana, atravesaron, después de muchas infructuosas tentativas, el peligroso Estrecho del Dragón, situado entre Paria y la isla Trinidad, y por fin, luego de haber corrido gran número de aventuras y riesgos, llegaron á la isla de Cubagua, donde hallaron la más cariñosa acogida por parte de los compatriotas que se dedicaban en aquel punto á la pesca de perlas.

La travesía llevada á efecto por Orellana constituye una página brillantísima en la historia de los descubrimientos geográficos, pues excede á la realizada en nuestros días por Stanley al descender por el Congo, y que tanta admiración causó, pues hay que tener en cuenta que la distancia recorrida por Orellana, no tan sólo fué mucho mayor (1), sino que al mismo tiempo no contaba con ninguno de los recursos y comodidades de que pudo disponer Stanley.

Desde Cubagua dirigióse á España Orellana, el descubridor del río más caudaloso del mundo, pasando por la Española, para dar cuenta al rey de su descubrimiento y pedirle permiso para someter los territorios descubiertos por él. El rey le otorgó el consentimiento que solicitaba, y eficazmente auxiliado de diversos puntos de la península, abandonó otra vez la patria el día 11 de mayo de 1544 con cuatro embarcaciones y 400 hombres, con el objeto de emprender la conquista de Nueva Andalucía (este era el nombre que daban á los países situados en el territorio del Amazonas . La expedición sólo llegó hasta la embocadura del inmenso río, pues habiendo perecido Orellana y la mayor parte de la tripulación á consecuencia de las fiebres malignas, se disolvió, embarcándose los que sobrevivieron con rumbo á Santo Domingo.

Aunque fué reconocida en España la importancia del descubrimiento llevado á efecto por Orellana, transcurrió una larga serie de años antes de que nadie se atreviera á emprender de nuevo empresa tan temeraria

(1) El Dr. Alwin Oppel dice: «La navegación de Orellana por el Napo y el Amazonas es igual, en línea aérea, á la distancia de 2,800 kilómetros, mientras que el viaje de Stanley por el Congo desde Nangüé hasta Isangila (contando la verdadera distancia), es de 2,311 kilómetros (*Terra incognita*; pág. 53).

como arriesgada. Era necesario un estímulo poderoso y éste se presentó al fin, pues poco á poco fué tomando incremento en las colonias españolas del Perú y del Ecuador la creencia de que existían algunos reinos ocultos entre la espesura de los bosques del Brasil que encerraban inmensos tesoros de oro, plata y piedras preciosas. Además, no solamente se creía en la existencia de un gran pueblo de amazonas, sino asimismo en la de un país llamado Paytiti, en el que decían que se había refugiado un descendiente del inca, que había logrado escapar á la persecución española, y el cual había levantado una rica y floreciente ciudad entre los bosques vírgenes situados al Este del Brasil y á gran distancia del Cuzco.

A la vez se hablaba también de una provincia llamada Enim, en las cercanías del Uyacale, en la cual provincia se decía que existían muchísimos tesoros, como asimismo que en las inmediaciones del río de las Amazonas había un país cuyo rey, llamado El Dorado, era tan inmensamente rico que todos los días se hacía empolvar desde la cabeza hasta los pies con polvo del precioso metal. Igualmente se creía que la región de los indios omaguas, habitantes de uno de los territorios del Amazonas, era poseedora de riquezas fabulosas.

La imaginación de los españoles exaltóse vivamente con semejantes noticias, mucho más al propagarse el rumor de que algunos aventureros, habiéndose decidido á penetrar por los solitarios desiertos del Brasil hasta aquellos países, habían visto ciudades rodeadas de murallas, en cuyo interior se elevaban altas torres, pero en las cuales no se habían atrevido á penetrar.

Pero la convicción de que semejantes empresas era imposible poderlas acometer sin disponer de grandes recursos y exponerse á cuantiosos gastos, impidió que los españoles penetraran á centenares en los bosques del Brasil en busca de aquellos países maravillosos, circunstancia á la que se debió que hasta después de transcurridos muchos años no tuviera Orellana un sucesor en sus viajes de descubrimiento; el cual sucesor fué Pedro de Ursúa. Este, en el año de 1560, fué elegido por el marqués de Cañete, á la sazón virrey del Perú, para que buscase El Dorado y el pueblo de los omaguas. La expedición á tal efecto organizada partió de Moyobamba, situada al Norte del Perú, y bajando por el río Huallaga llegó á la desembocadura de éste en el Marañón ó Alto Amazonas, cuya corriente siguieron los expedicionarios durante un largo trayecto. Por desgracia, Ursúa no había puesto un gran cuidado en la elección de la gente que debía de acompañarle, y por consecuencia había entre ésta algunos individuos de procedencia bastante sospechosa. Estos, guiados por un tal López de Aguirre, el día de Año Nuevo se insurreccionaron cerca del río Putumayo ó Ica y asesinaron á Ursúa y á todos sus partidarios. Desde allí Aguirre,

siempre á la cabeza de la rebelde horda, siguió el viaje de descenso por el Amazonas, cometiendo por donde pasaba crímenes atroces con los indios.

Por las noticias que poseemos podemos precisar con seguridad el derrotero que siguieron Aguirre y sus secuaces, que se daban ellos mismos el nombre de *marañones*. Algunos exploradores creen que subieron por el río Negro hasta el Casiquiare, y que por este canal, brazo de unión entre el río Negro y el Orinoco, entraron en el último siguiéndole hasta su desembocadura (1).

De ser esto verdad, habría necesidad de considerar esta travesía como una de las más importantes y grandiosas hazañas llevadas á efecto por los descubridores españoles en la América del Sur.

Entrado que hubieron Aguirre y sus secuaces en el Mar Caribe, apoderáronse de la isla Margarita, situada al Norte de Venezuela, y desde allí enviaron una carta de desafío al rey Felipe II declarándose independientes, y se aprestaron á la conquista de Nueva Granada. Pero al pasar por Venezuela en dirección á dicho punto, cuyo viaje realizaron saqueando cuantas localidades hallaron á su paso y asesinando á sus moradores, fueron alcanzados por las tropas españolas que iban á las órdenes de Gutiérrez de la Peña, las cuales exterminaron á la mayor parte y el resto fué hecho prisionero. Aguirre, que era odiado en todas partes á causa de sus crímenes y crueldades, fué decapitado, y su cabeza estuvo expuesta por espacio de algún tiempo dentro de una jaula de hierro en la ciudad de Tocuyo.

Posteriormente á los viajes de Ursúa y Aguirre, fueron los jesuítas y franciscanos los que, cruzando las cordilleras, penetraron decididamente hasta el territorio más lejano de los pueblos indígenas. A estos misioneros corresponde asimismo la gloria de haber contribuído más que nadie á la exploración del río de las Amazonas, en cuya empresa muchos de ellos hallaron la muerte, pues en el año de 1608 pereció á manos de los indios cofanes el hermano Rafael Ferrer; en 1637 los frailes Jerónimo Jiménez y Cristóbal de Larios murieron á los golpes de maza de los antis, y la misma suerte cupo en 1641 á los mártires José de Santa María, Cristóbal Mesa y Matías de Illescas, inmolados por los indios setebos. Además de los consignados, pagaron con su vida otros muchos su amor á las investigaciones y evangelización.

De los religiosos que han prestado mayores servicios á la Ciencia con

(1) C. R. Markham, *Expeditions into the valley of the Amazons* (London, Hakluyt Society, 1859, X). Derselle, *The Expedition of the Pedro de Ursúa and López de Aguirre in search of El Dorado and Omagua* (Hakluyt Society, 1861).

sus trabajos, ocupa el primer lugar el sacerdote Cristóbal de Acuña, que en el año de 1639 se agregó á la expedición dirigida por Pedro Tejeira, la cual expedición siguió el mismo derrotero que emprendiera Orellana un siglo antes. El citado sacerdote, en su obra *El nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas*, impresa en Madrid en el año de 1641, fué el que por primera vez dió una detallada descripción del dicho río, de los países á él colindantes, de sus moradores, animales, plantas y productos. A Cristóbal de Acuña siguen los misioneros alemanes Enrique Richter y Samuel Fritz, el primero de los cuales, nacido en 1635 en Czaslau (Bohemia), llegó en 1684 al Brasil, y hasta el año de 1695, esto es, en el período de once años, realizó cerca de cuarenta viajes al país de los ucayales, pero en el año últimamente citado fué muerto por los indios combos. El otro, Samuel Fritz, también bohemio, en el año de 1687 emprendió con gran éxito una campaña activísima en el territorio de los omaguas, entre cuyos indígenas llegó á ser considerado como apóstol. En el trancurso de su vida errante, no solamente viajó por todo el Amazonas, sino que á la vez visitó gran número de ríos y trazó una gran carta geográfica del valle del Amazonas que vió la luz pública en Quito en el año de 1707. En dicha carta ya estaba consignado el lago Lauricocha como la fuente del Amazonas.

El citado Fritz terminó su activa y provechosa existencia en el año de 1730, en una misión al país de los indios yeberos, á la avanzada edad de ochenta años.

De esta manera, los piadosos misioneros, á la par que propagaban las máximas consoladoras del cristianismo en aquellas apartadas regiones, fueron los precursores de tantos héroes de la Ciencia que, así en el siglo anterior como en el presente, tanto han contribuído al conocimiento exacto del Amazonas y de sus territorios vecinos.



Remo, flechas, vasija y adornos de los indígenas del Amazonas



Gonzalo Jiménez de Quesada
De un grabado de la obra *Historia general de los hechos de los castellanos*, de Herrera

CONQUISTA DEL REINO DE LOS CHIBCHAS

Indudablemente, á la falta de iniciativa y de energía de los gobernantes españoles hay que atribuir la circunstancia de que los territorios que forman la extremidad Noroeste del Continente sudamericano y los actuales Estados Unidos de Colombia se colonizasen tan paulatinamente. La costa Norte era conocida desde el año de 1502, pero no llegó á fundarse ninguna verdadera colonia hasta veinte años después.

En 1525 se fundó la ciudad llamada Puerto de Santa Marta por Rodrigo Bastidas, á la cual fundación siguió, en 21 de enero de 1533, la de la ciudad de Cartagena por Pedro Heredia. Dichas dos ciudades, á la última de las cuales se la denominaba *Reina de las Indias* por su estado floreciente, fueron los puntos de partida de las primeras expediciones llevadas á efecto con el fin de lograr conocimiento claro y exacto del interior del país, hasta entonces ignorado. La primera expedición que se realizó (1529) subió por el río de la Magdalena y el Cauca hasta la desembocadura del San Jorge, y Heredia, que iba al frente de ella, como reuniera durante el viaje gran cantidad de oro, en los años de 1534 y 1535 atravesó los países vecinos á la ciudad de Cartagena, y buscando por todas partes y en todos los sitios, hasta en los sepulcros de los indígenas, en los que encontró verdaderos tesoros, llegó al montañoso territorio de la actual provincia de Antioquía.

De nuevo emprendió Heredia otra correría en el año de 1536 para buscar el País del Oro (Dabaybe), subiendo el Atrato y cruzando después los espesos bosques vírgenes de su orilla derecha, bosques por entre los cuales era doblemente penosa la marcha, pues á la vez que la maleza y lo tupido de la vegetación les obstruía el paso, el sinnúmero de insectos y reptiles que allí habitaban les causaban tormentos horribles con sus mordeduras. Sobre todo se veían grandes enjambres de avispas, cuyas picaduras causaban á los expedicionarios agudas fiebres.

Heredia encontró entre aquellos bosques una casta de indígenas que construían sus viviendas en las copas y entre el ramaje de los árboles, y los cuales indígenas opusieron tenaz resistencia á los invasores. Estos, para lograr vencerlos, se vieron obligados á derribar los árboles sobre los que aquéllos, como queda indicado, tenían sus habitaciones.

A medida que Heredia y sus compañeros se internaban más en el país en mayor número encontraban señales evidentes de que éste estaba sumamente poblado y de que sus habitantes eran dueños de grandes riquezas en oro, y á cada paso hallaban pueblos cuyos campos estaban muy bien cultivados, viéndose en ellos grandes plantaciones de hortalizas y de árboles frutales. Asimismo tropezaron con algunas poblaciones importantes en las que se veían grandes casas.

Como es fácil de comprender, los expedicionarios sintieron vivos deseos de apoderarse de aquellos ricos países, y al efecto, en 6 de abril del año de 1536, salió de Santa Marta al frente de 700 hombres el juez Gonzalo Jiménez de Quesada. Por tierra penetró aquel ejército hasta la desembocadura del río Cesar, y después, embarcándose en los buques, que habían hecho el camino hasta allí, continuó el viaje remontando el Magdalena.

A ambas orillas de este río se veían continuamente paisajes de magnificencia imponente. A un lado y otro, por detrás de la espesa barrera de cañaverales que bordeaban el ancho cauce, elevábanse árboles gigantescos que formaban obscuros é impenetrables bosques vírgenes, algunos



Combate de los españoles con los indios habitantes de los árboles en el río Atrato
De un grabado de De Bry

de los cuales árboles estaban por modo tal entretejidos de plantas parásitas que desde sus más altas ramas pendían las verdes guirnaldas formadas por dichas trepadoras hasta besar la superficie del río. Allá en el horizonte vislumbrábanse altas colinas azuladas; sobre el ancho espejo de la límpida corriente se reflejaba el fondo azul de la bóveda celeste, y de trecho en trecho se encontraba algún banco de arena habitado por tortugas y por grandes caimanes, ó bien pequeñas islas cubiertas de bambúes.

En las ramas de los árboles veíase infinidad de pájaros tomando el sol; entre los compactos cañaverales discurrían las garzas y los rojos flamencos, y en derredor de las plantas acuáticas surcaban el líquido elemento multitud de patos y pollas de agua de hermoso plumaje de brillo metálico. Sobre las flores de las lianas y orquídeas revoloteaban ligeros y alegres innumerables colibríes de vivos colores, y entre la espesura lanzaba al aire sus melancólicas y dulces notas el trupial, ave á la cual se considera como el ruiseñor de la zona tórrida; aquí y allá se veían cruzar el aire rojos cardenales ó grandes bandadas de papagayos de pintado plumaje; en los sitios más elevados contemplábase al águila acechando su presa con ojo avizor; por todas partes se oían los gritos ásperos y los sonidos especiales producidos por los monos, que en aquellos parajes constituían verdaderos rebaños, y completando este hermoso cuadro veíanse grandes y asquerosas serpientes enroscadas en las ramas de los matorrales de las orillas.

A la distancia de cuarenta leguas de su desembocadura tenía el río una anchura de tres cuartos de hora y estaba cuajado de islas, y algo más arriba se iban elevando sus orillas hasta constituir escarpados promontorios cubiertos de espesísimo bosque, que por manera tal se destacaba sobre el terreno que parecía próximo á precipitarse sobre la corriente.

Por todas partes tenían Quesada y sus gentes que sostener sangrientos combates y que sufrir penalidades y fatigas casi sobrehumanas. En algunas ocasiones el hambre les obligó á sacrificar indígenas, cuyas carnes comieron con avidez, y en otras muchas se alimentaron con términes. Para ello cocían algunas hierbas, las colocaban después sobre el hormiguero, y cuando veían que éstas contenían suficiente cantidad de insectos las prensaban; repetían varias veces el mismo procedimiento, y de esta manera confeccionaban lo que se conoció con el nombre de *pan de hormigas* (1).

Frecuentemente los españoles pasaban también grandes apuros por carecer de guías y de intérpretes. Los indios se mostraban hostiles á consecuencia de las crueldades de que habían sido objeto, y por lo tanto, cuanto más se internaban en el país los conquistadores, más grandes eran los obstáculos y dificultades con que tenían que luchar. Una de las cosas que más llamó la atención de éstos fué que en aquellas comarcas se hablasen varias lenguas sumamente distintas unas de otras (2). Acerca de

(1) *Globus*, t. XXIII, pág. 17.

(2) En efecto, el territorio de los actuales Estados Unidos de Colombia está sembrado de pueblos y de ruinas de los mismos. Alcedo cita, solamente en Nueva Granada, noventa y dos naciones distintas, muchas de las cuales hablaban el mismo idioma. Todavía en este mismo siglo se han lamentado muchos de que la mezcla de diversas ramas dificultaba por modo extraordinario el tráfico y las relaciones, pues á veces los

esto, el historiador Gregorio García, en su obra sobre el origen de los indios, da una explicación que, indudablemente, debió parecerles aceptable á él y á sus contemporáneos. Al efecto, escribe las siguientes textuales palabras:

«El diablo, al que nunca falta astucia, presintió que alguna vez llegaría á propagarse en aquellas regiones la doctrina evangélica, y con el fin de dificultar á los misioneros cuanto pudiera semejante enseñanza é impedir que los indios llegasen á comprenderla, indujo á éstos á inventar gran número de idiomas, en cuya tarea les secundó él con esa habilidad que todos le reconocemos.»



Tipo de un indio de Colombia (De fotografía)

Por los indígenas tuvo conocimiento Quesada de que al otro lado de las montañas que ocultaban el horizonte por la parte oriental existía un pueblo poseedor de inmensas riquezas en oro, y en su consecuencia abandonaron los expedicionarios el río Magdalena y, á costa de grandes trabajos y penalidades, ascendieron y atravesaron las altiplanicies de los Andes en busca del dicho pueblo.

Transpuesto que hubieron la última barrera de la montaña entraron en una extensísima y alta llanura sin árbol alguno y sólo cubierta de una alfombra de espesa y corta hierba. Esta llanura estaba cortada en el horizonte por colinas cubiertas de bosque, y así como la altiplanicie del Perú, á la que favorecía un clima templado, había sido ocupada por pueblos cultos, de igual modo en ésta, que se elevaba 2,600 metros sobre el nivel del mar, otro pueblo culto había fundado un reino floreciente, y sometido además gran número de pueblos á su dominio. Este reino era el de los chibchas que, juntamente con el de los peruanos y el de los mexicanos, debe considerársele ocupando el tercer lugar entre los pueblos cultos de América.

---

habitantes de pueblos convecinos no se entendían unos á otros, y hasta con gran frecuencia solía acontecer que entre los individuos que componían una misma misión se hablaran dos lenguas distintas (*Diccionario completo de las modernas descripciones terráqueas*. Casa editorial del Instituto de Weimar, 1830, t. XX, páginas 61 y 62).

Los chibchas ó muiscas, como los llamaban los conquistadores españoles, proceden, sin duda, de los restos de un pueblo culto antiquísimo que tuvo su residencia en el valle del Alto Magdalena, pues en los distritos de Timaná y de Neyba se ven todavía ruinas de grandes construcciones de piedra, estatuas, mesas de sacrificio con representaciones del Sol y de la Luna, otras de piedra con figuras de animales, etc.

Al llegar los españoles al país estaba éste habitado por ocho millones de almas. El gobierno lo ejercía un sumo sacerdote á quien llamaban *idacanza*, y un rey al que denominaban *zaque* ó *usaque*. El primero era elegido por los principales caciques del país, y antes de recibir la investidura tenía que permanecer en un templo por espacio de siete años sometido á una severa penitencia, situación tanto más penosa cuanto que iba acompañada de gran número de mortificaciones, único medio por el cual conseguía llamar á sí la atmósfera de santidad en que iba envuelta su persona, que era considerada sagrada hasta el extremo de estar prohibido pronunciar su nombre. El *idacanza* estaba considerado como el sucesor y descendiente de un dios herve semejante al Quetzalcoatl de los mexicanos, al cual daban el nombre de Bochica, y los hijos del país aseguraban que había ido allí desde las lejanas llanuras del Este para instruir á los hombres en todas las artes útiles, enseñarles á sembrar los granos y transmitirles los tesoros de la fe religiosa. Según ésta, la Tierra había sido poblada por una diosa llamada Bachue, salida de las aguas del lago Iguaque, y que llevaba cogido de la mano á un niño de tres años, con el que contrajo matrimonio cuando éste tuvo edad para ello (1). Pero la generación engendrada por aquellos dos seres tornóse impía, é irritado el dios *Chibchacum* hizo que los ríos y arroyos se desbordaran y convirtieran en un inmenso lago el valle de Bogotá. Perecieron ahogadas muchas personas, y por fin, los que habiéndose refugiado en las más altas cumbres de las montañas lograron sobrevivir á los efectos causados por la terrible inundación, rogaron á la divinidad suprema que les perdonase, y entonces, descendiendo á la Tierra por su mandato el profeta Bochica, anciano de blanca y luenga barba que apareció montado sobre el arco iris, dió un golpe con su bastón de oro, y al instante quedó abierta la célebre garganta del Tequendama, por la cual se precipitan las aguas del Bogotá, formando una imponente cascada de 130 metros de elevación, en el río Magdalena.

Bochica permaneció en la Tierra algún tiempo, desapareciendo después en Sagamoso, en el valle de Iraca. En el mismo sitio en que desapareció fué construída posteriormente la residencia de su sucesor, el sumo

(1) *Los primeros hombres*, de Nadaillac, pág. 324.

sacerdote, mientras que el rey residía en Tunja, la antigua Hunza. En la época de la conquista española se había elevado al nivel de estos dos soberanos el cacique de Saguanmachica que, habiendo vencido al *zaque* de Tunja, tomó el título de *zipa* y fundó en Bacata (Bogotá) una nueva dinastía. La preparación para ser investido con la dignidad real, al igual que la de *idacanza* ó gran sacerdote, era también muy penosa, pues, lo mismo que aquél, tenía el individuo á tal objeto designado que perma-



Figura de piedra hallada en Colombia
Se conserva en el Museo de Instrucción Pública de Berlín

necer por espacio de algunos años encerrado en un convento. Su persona era también sagrada.

En los palacios en que residían estos reyes, verdaderas fortalezas cercadas de sólidas murallas y provistas de espaciosos patios y de profusión de habitaciones, desplegaban dichos individuos un fausto y pompa muy parecidos á los del inca y del soberano de los aztecas.

Cuando moría el monarca, su cadáver era embalsamado y encerrado después en un ataúd de madera de palma chapeado de oro. De igual manera que en el Perú, juntamente con ellos eran enterradas sus favoritas y las armas é insignias que usaron en vida.

Los templos de los grandes sacerdotes consistían en unos edificios de piedra sostenidos por columnas, pudiendo todavía contemplarse en Tunja, ocupando un espacio de dos kilómetros, gran número de ruinas proceden-

tes de la antigua residencia del sumo sacerdote de aquella localidad. En dichas ruinas suelen encontrarse pilares de piedra de cuatro á cinco metros de alto y grandes bloques ricamente ornamentados, y en un paraje se ven trece columnas de cinco metros de altura cada una, colocadas circularmente.

Las chozas ó viviendas de la gente del pueblo eran de madera y arcilla, y estaban cubiertas con una techumbre cónica hecha de mimbre ó paja, hallándose todo el edificio encerrado dentro de una barrera circular que algunas veces solía estar defendida por unos torreoncillos semejantes á los de los vigías.

Unas calzadas muy bien construídas y empedradas ponían en comunicación unos pueblos con otros, y para cruzar los ríos tenían, al igual que en el Perú, puentes colgantes.

La agricultura estaba muy adelantada, pues los indígenas cultivaban maíz, patatas, cazabe y quinoa. Para el riego de las tierras se valían de canales. Los chibchas eran muy hábiles en el arte de tejer y teñir las prendas de su uso, y al propio tiempo sabían construir muy buenos objetos de alfarería, que decoraban con pinturas, sobre las cuales extendían por fin una capa de barniz casi indestructible. Imitaban también con suma perfección figuras humanas y de animales.

Los chibchas eran habilísimos en el arte de trabajar los metales. Conocían el bronce, el cobre, el plomo, el cinc, la plata y el oro, y, según una tradición muy extendida en Colombia, tenían conocimiento del jugo de una planta con el que se conseguía dar al oro la flexibilidad de la cera.

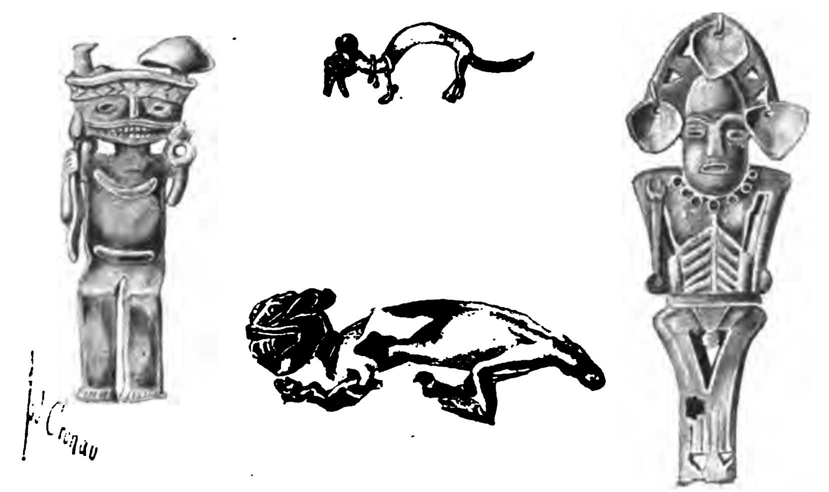
Gran número de objetos encontrados demuestran que estos indios sabían soldar y ligar perfectamente, y que poseían punzones para llevar á efecto los trabajos más delicados.

Fabricaban máscaras ó caretas de oro mayores que de tamaño natural, infinidad de adornos, grandes placas para resguardar el pecho, diademas y cascos, empuñaduras, adornos para la nariz en forma de media luna que caían sobre la boca, collares, pendientes, agujas, tenacillas y sortijas.

Entre los hallazgos había también figurillas de ídolos, hombres, monos, ranas y otros animales, que sin duda se dedicaban á ofrendas.

Con los productos de su actividad mantenían los chibchas un comercio activísimo. Uno de sus principales artículos era la sal, materia que se hallaba en grandes cantidades en Cipaquira, al Norte de Bogotá, y en otros varios puntos, y con la cual hacían transacciones á cambio de maíz, oro y esmeraldas. Unos pequeñitos discos de oro servían de moneda, pero también vendían á crédito. Para pesar el oro y otros objetos se servían de la balanza y en vez de números tenían unos signos especiales con cuya ayuda hacían sus cuentas.

Los chibchas creían en la existencia de un Ser supremo, al que denominaban *Chiminigagua*, y que en los primeros días de la Creación encerraba en sí toda la luz. Después salieron de repente unas aves negras de su seno, y al hender el espacio, fueron arrojando en él chispas de luz al compás de sus aletazos. El dios de la Tierra era *Chibchacum*, atlante indio que sostenía el planeta sobre sus hombros, y que cuando lo cambiaba de un hombro al otro se producían los terremotos. Dicho dios era al propio



Trabajos de oro de los chibchas (mitad del tamaño natural). Se conservan en el Museo de Instrucción Pública de Berlín

tiempo el protector de los agricultores y de los trabajadores de metales. Como dios del Agua rendían culto á *Ata*, la rana. La diosa *Bachue* era una especie de Ceres protectora de los frutos de los campos, y *Nencatacoa* era á su vez el protector de las Artes.

Algunas lagunas, montes y peñascos estaban considerados como santuarios de determinadas divinidades, estando prohibido extraer agua de dichas lagunas ni cortar siquiera una rama de los árboles que crecían en los montes sagrados. Los dichos lugares eran Sagamoso, Suamoz, Bacata, Guatavita y otros.

Generalmente, en estos puntos alzábanse templos en los cuales se ofrendaba á las divinidades á que estaban consagrados. Las ofrendas consistían en adornos de oro, esmeraldas, frutas silvestres, etc., objetos que eran entregados á los sacerdotes, únicos seres que podían ofrendar directamente á las divinidades.

Según parece, en cada lugar se empleaba un procedimiento distinto

para celebrar la fiesta de las ofrendas. En unas partes se ve que el *idacanza* ó gran sacerdote arroja sobre los dioses, soplando sobre sus manos espolvoreadas de oro, pequeñas bolitas del mismo metal, mientras que en otras el *zaque* ó rey se embadurna todo el cuerpo con una resina olorosa, y luego su servidumbre, por medio de unas cerbatanas, lo cubría, soplando, de finísimo polvo de oro, hasta dejarlo convertido en una verdadera estatua del metal precioso. Luego, de tal manera revestido, se embarcaba en una balsa y navegaba por el lago sagrado de Guatativa, y á su paso iba arrojando á las aguas toda clase de objetos preciosos, hasta que por fin se arrojaba también él para bañarse, en cuyo momento, la multitud que rodeaba el lago prorrumpía en gritos de júbilo y celebraba el término de la sagrada ceremonia con danzas y banquetes.



Pinzas de oro para arrancar los pelos de la barba.

El grabado de la página siguiente representa al dicho soberano á bordo de la balsa, rodeado de sus acompañantes, y es copia de una figura de oro encontrada en las inmediaciones del lago Guatavita.

En algunos templos, y sobre todo en los santuarios de Sagamoso y Tunja, que estaban por modo asombroso revestidos de oro y pedrería, llegó á acumularse con el transcurso del tiempo un inmenso tesoro, del que se apoderaron los españoles durante la conquista.

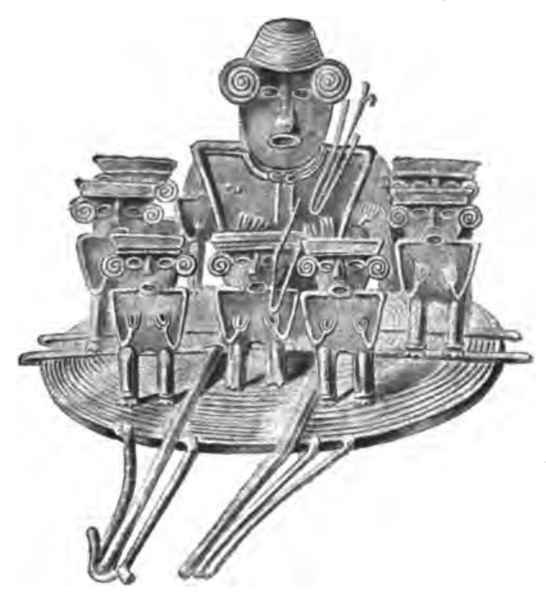
La llegada de los europeos, que llevaban en sus manos el rayo y el trueno, produjo en los chibchas tan gran miedo y acumuló en sus imaginaciones tan estupendas supersticiones, que aquéllos apenas hallaron resistencia, y por lo tanto les fué fácil penetrar en Teasaquillo, que era la capital.

Quesada fundó en aquel mismo sitio la ciudad de Santa Fe de Bogotá, y el reino que había conquistado lo denominó Nueva Granada en recuerdo de su patria.

Los invasores, aprovechándose de su fácil victoria, cometieron la crueldad de someter á los vencidos á dura esclavitud. Para ello los arrancaban violentamente del seno de sus familias y después de escogerlos cual si fueran bestias, se los repartían á la suerte para dedicarlos á la extracción del oro de las minas ó á la pesca de perlas en las profundidades del mar. Cuando sus dominadores salían á campaña les obligaban á acompañarlos, haciéndoles cargar con el equipaje, los pesados cañones y toda clase de armas. Cuando alguno de aquellos infelices no podía resistir á la fatiga y caía rendido se le abandonaba en el camino para que muriese, y á todo el que se rebelaba se le fusilaba, ó era despeñado al fondo de un barranco, ó, lo que era más horrible, se le arrojaba á la gran jauría de perros de

presa que generalmente acompañaba á los conquistadores en sus excursiones.

Algunas veces eran sometidos los indígenas al tormento para que confesaran dónde guardaban sus tesoros. El P. Las Casas refiere que un cacique que había prometido entregar á los conquistadores una casa llena de oro, después que hubo puesto en manos de aquéllos todos sus tesoros, fué de tal modo martirizado con el pretexto de que aún ocultaba algo, que falleció durante el tormento.



Objeto de oro representando al zaque á bordo de la balsa
Existente en el Museo de Instrucción Pública de Leipzig

Las crueldades con que manchó su nombre Quesada despertaron tal sed de venganza en los indígenas, que en una ocasión faltó muy poco para que le ahogasen juntamente con todos sus compañeros. Pero los acontecimientos que de allí á poco tuvieron lugar dieron el golpe de gracia á la resistencia opuesta por los chibchas contra sus dominadores.

Procedentes del Sur y del Nordeste llegaron al país dos grandes ejércitos, mandado el uno por el conquistador de Quito, Sebastián Belálcazar, y el otro por el alemán Nicolás Federmann.

El primero de los jefes citados, habiendo tenido noticia de que hacia el lado del Norte existía un país muy abundante en oro, penetró por el árido territorio de Pasto y por el valle de Patia en el país del cacique Popayán; después continuó el viaje siguiendo el curso del río Cauca, y por fin, en 25 de julio de 1536, fundaba la ciudad de Calí, y transcurridos dos años, ó sea en 1538, atravesó las cordilleras y bajó el Magdalena para extender su dominación sobre el reino chibcha.

Federmann había salido de Venezuela persiguiendo el mismo fin y llegó al país de los chibchas al mismo tiempo que Belalcázar; pero, con gran disgusto de ambos exploradores, hallaron á Quesada dueño del citado territorio.

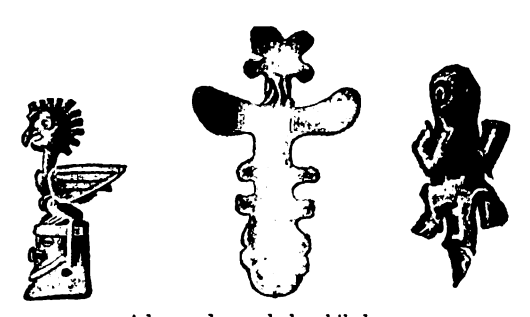
Entonces firmóse entre los tres un convenio, mediante el cual Feder-

mann puso sus tropas á las órdenes de Quesada después de haber recibido una indemnización, y á la vez se estipulaba que Belalcázar conservaría el gobierno de Popayán y Quesada el de Nueva Granada.

Para el reino chibcha no fué de ningún provecho aquel encuentro inesperado de los tres exploradores; antes al contrario, de día en día fué aumentando la opresión que desde el principio venían ejerciendo en él los dominadores, hasta que al fin sucumbieron á su dureza todos sus habitantes.

En el año de 1854 publicó en Berlín un excelente trabajo acerca de las antigüedades de Nueva Granada el erudito escritor E. Uricochea, y al referirse á los chibchas dice lo siguiente:

«Esta nación desapareció como un meteoro. Al igual de otros pueblos de América cayó bajo la espada de los conquistadores, sucumbiendo al fanatismo cristiano y á la sed de oro de los españoles. Su civilización, como asimismo su idioma y su nacionalidad, no existe ya para nosotros.»



Adornos de oro de los chibchas
Existentes en el Museo de Instrucción Pública de Leipzig

POSTERIORES CAMPAÑAS DE LOS ESPAÑOLES EN BUSCA DE EL DORADO

Aunque consignada en la Historia la celebración de la fiesta en que el soberano de los chibchas se dirigía á bordo de una balsa, con todo el cuerpo cubierto de polvillo de oro, al lago Guatavita para bañarse, según queda expresado anteriormente, y por más que tal costumbre estuvo en boga hasta poco antes de la llegada de los primeros conquistadores españoles, jamás llegaron éstos á presenciar semejante ceremonia (1). Tuvieron conocimiento de ella por los relatos oídos á los indios, y estas narraciones, más ó menos aumentadas, penetraron en todas las colonias españolas de la mitad septentrional de la América del Sur.

Cuanto hasta entonces se había dicho acerca de El Dorado ó *el hombre de oro*, adquirió visos de mayor certeza cuando los cronistas se apoderaron de tema tan novelesco y seductor y se encargaron de propagarlo. El cronista Oviedo, que vivió de 1478 á 1557, decía en carta dirigida al cardenal Bembo que Gonzalo Pizarro había encontrado á El Dorado, y que éste era un célebre soberano que constantemente llevaba todo el cuerpo, desde la cabeza á los pies, cubierto de finísimo polvo de oro, hasta tal punto que parecía una estatua de dicho metal modelada por un hábil artífice. Añadía que todas las mañanas le soplaban sobre el cuerpo el citado polvillo, después de bien untado de una resina olorosa, y que como era consiguiente que semejante vestidura le incomodara para dormir, se lavaba todas las noches, para ser de nuevo dorado á la mañana del siguiente día.

Otra leyenda hacía una larga descripción de la *Casa del Sol*, ó sea un templo en que se aseguraba que había acumulados tesoros inmensos.

De este santuario habían ya oído hablar los españoles cuando en 1531, á las órdenes de Diego de Ordaz, á quien agració el emperador Carlos V con los territorios comprendidos entre Paria y la desembocadura del Amazonas, penetraron en el Orinoco remontando este río caudaloso hasta

(1) Véase *The expedition of Pedro de Ursúa and López de Aguirre*, de C. R. Markham, Hakluyt Society, vol. XXVIII, pág. 3.

las cascadas de Atures. Pero la rebelión en que se declararon sus tropas obligó á Ordaz á emprender el regreso, y según parece murió á manos de los amotinados.

Posteriormente Jerónimo de Ordaz fué autorizado por el emperador para proseguir los descubrimientos, y al efecto envió en 1533 al Orinoco á Alonso de Herrera, que había sido tesorero de su antecesor.

Admiración grande produce en el alma la lectura de las páginas en que se relatan las heroicas empresas realizadas por los conquistadores españoles en esta ocasión (1), en la que llevaban 300 ó 400 caballos que se veían en la precisión de embarcar y desembarcar cada vez que la caballería tenía que cruzar de una orilla á otra.

Herrera penetró desde el Orinoco en el Meta remontando el curso de este río, pero habiendo tenido que empeñar repetidos combates con los naturales del país, sucumbió con otros muchos de sus compañeros á consecuencia de las heridas producidas por las flechas envenenadas de aquéllos. Pocos momentos antes de morir resignó el mando de las tropas en Alvaro de Ordaz, que en el año de 1535 condujo los escasos restos de aquel ejército á un fuerte construído en Paria, de cuyo país parece que salió también dos años después una expedición con el objeto de buscar la *Casa del Sol*, acerca de la cual expedición dió un informe el alemán Felipe de Hutten que se hallaba á la sazón en las colonias de Venezuela.

Dicho informe, que estaba contenido en una carta escrita por el dicho Hutten con fecha 16 de enero de 1540, decía lo siguiente:

«Antonio Sedeño penetró hace tres años en Cubagua con 400 hombres en busca del río Meta y de la *Casa del Sol*, por haber tenido noticia de su existencia, así él como Federmann y los habitantes de Santa Marta. El dicho Sedeño murió al principio del viaje, y en su consecuencia, después de su muerte, recayó la jefatura de la expedición en un joven perteneciente á la nobleza, llamado Pedro de Reinoso, el cual, no habiendo hecho nada provechoso, y después de perder la mayor parte de las gentes que llevaba, hace seis meses que llegó á nuestras provincias al frente de 86 cristianos. Yo los sorprendí una mañana en el valle de Varkisineto (Barquisimeto) con 36 hombres, y antes de que pudieran defenderse me apoderé de sus armas, hallándose aún todos en este distrito hasta que los conduzca á presencia del gobernador.»

También los conquistadores del reino chibcha creían en la existencia de una *Casa ó templo del Sol*, y más aún en la de El Dorado, y suponían

(2) Véase Herrera, *Década* V, lib. VI, cap. XV; Caulin, *Historia de Nueva Andalucía*, lib. II, cap. V-VII; Fr. Simón, *Segunda noticia historial de las conquistas de Tierra Firme*, cap. XIX-XXVI; *Tercera noticia*, cap. XX-XXX.

que dicho templo, tan infructuosamente buscado hasta entonces, se hallaba en el país del *hombre de oro*. Por eso se observa que los conquistadores españoles, al poco tiempo de haber sometido á su dominio el territorio del Alto Bogotá, se dirigen en busca del fabuloso El Dorado.

Hernando Pérez de Quesada, hermano de Jiménez, salió en 1539 al frente de 200 hombres de la antigua capital de los chibchas para buscar en las cordilleras del Este el reino de El Dorado y el templo ó *Casa del Sol*. En este viaje llegó Hernando hasta el país de los indios musos, pero después de andar errante de un punto á otro por espacio de más de un año, vióse obligado á renunciar á la empresa en que se había aventurado en vista de que la realidad no correspondía á las ilusiones quiméricas que su imaginación se había forjado.

Iguales resultados alcanzó la expedición que con el mismo objeto salió de Tunja en 1548 á las órdenes de Pedro de Ursúa y Ortún de Velasco, y aún cupo suerte más desastrosa á la organizada por el mismo Ursúa en 1560 desde el Perú, y en la cual, como queda consignado anteriormente, halló la muerte.

Pero todos estos fracasos no fueron suficientes á mitigar la sed de oro de los conquistadores, que de todas partes salían en busca de fortuna, hasta tal punto que en la segunda mitad del siglo XVI se ven recorriendo los desiertos de la América del Sur gran número de huestes aventureras.

Especial mención merecen las campañas realizadas por Pedro Malaver de Silva, Diego Fernández de Cerpa ó Serpa y Antonio de Berrio.

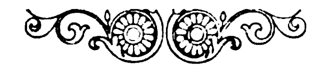
Los dos primeros iniciaron su viaje desde la costa Norte, y el tercero, por el contrario, salió en el año de 1582 de Nueva Granada, y siguiendo la corriente de los ríos Casanare y Meta llegó al Orinoco y subió hasta su desembocadura. Los tres valientes exploradores fueron víctimas del destino adverso: Serpa murió á manos de los indígenas en el año de 1569, Silva sucumbió á consecuencia de la fiebre en 1574, y la expedición de Berrio fracasó por completo.

Las fábulas acerca de la existencia de El Dorado y de la *Casa del Sol* siguieron tomando cuerpo en la imaginación de los españoles, y, como se verá en los capítulos siguientes, también se propagó á otras naciones.

No resta nada que decir acerca de las campañas conquistadoras de los españoles en el Continente americano: pues si bien es cierto que aún se llevaron á efecto por parte de éstos gran número de pequeñas expediciones, sobre todo en la América del Sur, fueron de tan escasa importancia que sólo merecen mencionarse por lo que contribuyeron á tener conocimiento exacto de los países hasta entonces descubiertos.

Si se considera en conjunto la prodigiosa actividad de los españoles

como conquistadores en el suelo americano, hay que reconocer que á ellos corresponde la mayor parte en el descubrimiento de esta porción del mundo. Ellos fueron los que con la mayor precisión trazaron los contornos de la América del Sur, á excepción de una pequeña parte de las costas del Brasil y del extremo meridional de la Tierra del Fuego, y los que dieron á conocer con gran exactitud el curso de las costas oriental y occidental del Continente norteamericano hasta el 40° de latitud septentrional. Las numerosas campañas que realizaron con el objeto de reconocer el interior del país son otras tantas páginas gloriosas, las cuales páginas no tienen compañeras en el gran libro de la historia de los descubrimientos. Muchas de dichas campañas las realizaron con tan imperturbable serenidad y constancia tan heroica, bajo el peso de tan grandes privaciones y teniendo que vencer dificultades al parecer tan insuperables y que hacer frente á peligros tan inmensos, que no obstante hallarse su relato envuelto en una ligera atmósfera de romanticismo, por entre esta atmósfera se ofrece con claridad perfecta la brillante historia de la conquista española despojada de cuanto pertenece á la tradición india ó á la imaginación de los cronistas. Por eso es tanto más de lamentar que aquellos verdaderos héroes, cuyo valor y constancia causan admiración tan grande, se sintiesen á las veces poseídos de una sed de riquezas desmedida, y que en algunas ocasiones empañaran el brillo de su nombre y de su gloriosa historia con crueldades inhumanas.





Viviendas de los indios guajiros en el lago de Maracaibo
Copiado por Rodolfo Cronau del original y dibujado por el profesor A. Goering

LOS ALEMANES EN VENEZUELA

Como queda consignado anteriormente, en una travesía que llevaron á efecto Alonso de Ojeda y sus compañeros á la costa septentrional de la América del Sur, hallaron un golfo que se internaba muchísimo en el país, y en su centro un pueblo indígena construído con estacas, pueblo al que aquéllos bautizaron con el nombre de Venezuela en recuerdo de la maravillosa Venecia, y el cual nombre se extendió posteriormente á toda la costa, que aún lo conserva al presente.

Se tenía conocimiento de que, así esta costa como los países del interior á ella colindantes, eran sumamente fértiles y ricos en productos naturales, pero también se sabía con igual certeza que así Ojeda como la Cosa y otros colonizadores habían experimentado la pérdida de muchos de sus hombres á consecuencia de los desastrosos efectos en ellos causados por las flechas envenenadas con que los indígenas les hirieron en los combates que entre unos y otros tuvieron lugar.

Con tal motivo, dichas costas eran tan sólo visitadas de cuando en cuando por los buques corsarios que, procedentes de Santo Domingo, iban allí para apoderarse por sorpresa de los descuidados indios y conducirlos á La Española, donde los obligaban á trabajar en las minas, y así permanecieron las cosas hasta que en el año de 1527 se atrevió el factor Juan de Ampuez á establecerse en dichas peligrosas costas, consiguiendo trabar relaciones amistosas con el cacique de los indios caquetias, habitantes de aquellas regiones, y fundar la colonia de Coro.

Los riquísimos comerciantes Welser, que residían en Augsburgo, tuvieron noticias de este país por sus corresponsales ó representantes en España, y propusieron al emperador Carlos V, con el que estaban en relación aquellos Rothschilds del siglo XVI por haberle prestado cerca de doce toneles de oro (1), y que á la sazón estaba negociando un nuevo empréstito, que les cediese aquel país, que aún no había sido adjudicado á nadie, en garantía del préstamo que le habían hecho.

Carlos V accedió á la pretensión y firmó un contrato con los dichos Welser, por el cual contrato se les concedía la conquista, colonización y explotación del país situado entre el Cabo Maracapana y el de La Vela. Los comerciantes se comprometían á fletar á sus expensas cuatro embarcaciones que serían tripuladas por 300 hombres, y que además conducirían á América cincuenta mineros alemanes. Además contraían la obligación de fundar en Venezuela dos colonias y levantar tres fuertes en el término de dos años. En recompensa de esto, en el contrato se les concedía á los Welser el gobierno del país á perpetuidad, y además el 4 por 100 de todos los beneficios que rindieran toda clase de productos del territorio y la cesión en propiedad de doce leguas cuadradas de terreno (2).

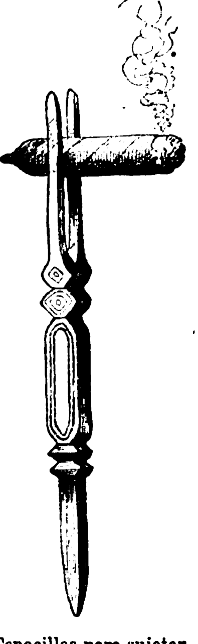
Los representantes de los Welser en la corte de España fueron dos alemanes naturales de Ulma y descendientes de ilustres familias, llamados Ambrosio Alfinger ó Dalfinger y Jorge Ehinger, el primero de los cuales fué el encargado de organizar en Sanlúcar la expedición. Esta, que constaba de tres buques, 400 hombres y 80 caballos, hízose á la vela á fines del año de 1528 y llegó á Coro y desembarcó con toda felicidad en los comienzos del siguiente. Como se comprenderá, el factor Juan de Ampuez tuvo que salir de allí y volverse al punto de partida.

Según parece, desgraciadamente no era Alfinger persona á propósito para desempeñar á satisfacción el importante encargo que le habían con-

(1) Véase *Noticias de eruditos, artistas y familias nobles, etc., de la antigua capital de Ulma*, por Weyermann.—El tonel de oro equivalía á 100,000 escudos.

(2) Las demás clausulas del contrato pueden verse en la obrita titulada: *Participación de los alemanes en el descubrimiento de la América del Sur*, por Carl Klunzinger, Stuttgart, 1857.

fiado los Welser, pues en lugar de ceñirse, según las cláusulas del contrato rezaban, á fundar colonias *ad hoc* que ofrecieran una base sólida para todos los demás asuntos, dejóse arrastrar por las seductoras fábulas que corrían acerca de la existencia de El Dorado, situado, según decían, en el interior del país, y dando pruebas de la mayor imprevisión y ligereza, dió comienzo á toda prisa á los preparativos de una campaña de conquista al país dicho. Al efecto, el día 3 de septiembre de 1529 emprendió la marcha al frente de sus gentes, y pasando por el valle de Eupari llegaron todos á los territorios cubiertos de bosque y ricos en agua situados entre el lago de Maracaibo y el Bajo Magdalena.



Tenacillas para sujetar el cigarro, de los indios del Sur de Venezuela.

Alfinger sostuvo gran número de combates con los indios cuybaios y cuyones que habitaban en aquellas islas, y que eran antropófagos, y los castigó con crueldad suma, pues para impedir la evasión de los prisioneros que hacía le ponía á cada uno una argolla de hierro al cuello, luego las soldaba unas á otras, y de esta manera formaba una larga cadena de seres humanos.

Además, como los obligaba á ir sumamente cargados, muchos de aquellos infelices caían en mitad del camino rendidos de fatiga; y cuando esto acontecía, los soldados, para ahorrarse el trabajo de romper la argolla y soldarla otra vez, pues de lo contrario quedaba rota la cadena, les cortaban la cabeza con la mayor sangre fría y continuaban la marcha.

Devastando é incendiando cuantos pueblos hallaba al paso, llegó Alfinger al caudaloso Magdalena; pero allí fué rechazado por los indios, que contaban con muy bien organizados medios de defensa, viéndose obligado á retroceder. Cruzado que hubo el territorio bañado por el Lebrija, río lateral del Magdalena situado al Este del mismo, se encaminó hacia Coro, adonde llegó el día 3 de mayo de 1530 con su mermada hueste. Entretanto había llegado á aquella colonia su compatriota Nicolás Federmann, que tomó á su cargo poco después la empresa de proseguir las exploraciones y descubrimientos comenzados por Alfinger, y con cuyo objeto salió de Coro, el día 12 de septiembre del último año citado, al frente de 126 soldados, de los que 16 eran de caballería, y 100 indios de carga, con la esperanza de hacer algo de provecho.

De las noticias dejadas por Federmann acerca de esta campaña se deduce que no empleó con los indígenas la crueldad y dureza que su an-

tecesor Alfinger, sino que, por el contrario, procuró siempre captarse la simpatía de éstos valiéndose de la persuasión, haciendo tan sólo uso de la fuerza en último extremo, cuando así lo exigían la seguridad ó el interés para el buen éxito de la expedición (1). En el transcurso de ésta tuvieron los expedicionarios ocasión de ponerse en contacto con distintos pueblos indígenas, el primero de ellos los jedeharas (probablemente el mismo que menciona Simón con él nombre de girihahas, y que fué casi por completo extinguido en el año de 1536), y luego con los enanos ayamanes, muchos de cuyos individuos, según dice Federmann, no tenían más que de cinco á seis cuartas de estatura, y eran de constitución tan débil y delicada que no tenían fuerzas para llevar *el botín de los cristianos*. Federmann hizo bautizar á dichos indígenas en grupos de muchísimos individuos, sin haberles de antemano puesto al corriente ni siquiera de los primeros rudimentos de la religión cristiana, acerca de cuya circunstancia dice él mismo lo que sigue:

«¿Qué falta hace perder con ellos el tiempo predicándoles? Eso puede hacerse con los jóvenes, no contaminados aún con las diabólicas sectas y ceremonias de sus padres, pero en manera alguna con los viejos, aferrados á sus creencias.»

En el mes de octubre llegó Federmann al país de los cayones, por el que viajó cinco días sin conseguir trabar relaciones amistosas con sus habitantes. Para llegar al vecino territorio de los jaguas sin verse precisado á tener que atravesar los casi impenetrables bosques vírgenes, caminaron por espacio de bastantes días por el lecho de un riachuelo que por fortuna arrastraba muy corta cantidad de agua, y que era el mismo camino de que se servían los naturales del país en sus excursiones guerreras «con el objeto de no ser descubiertos por sus enemigos ni reconocidas sus huellas, pues dichos dos pueblos, cuyones y jaguas, tan sólo pueden vivir tranquilos y descuidados de los ataques de sus contrarios cuando crecen las aguas del río.»

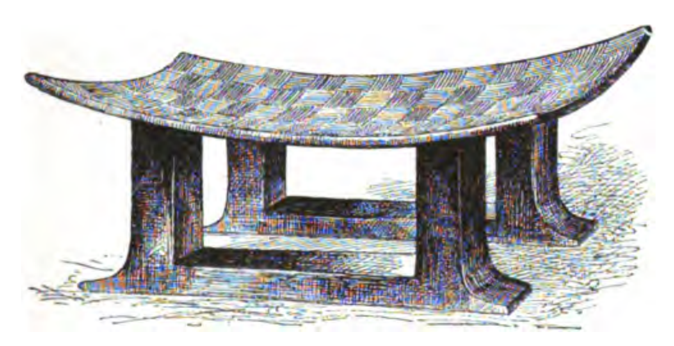
Los jaguas habitan una magnífica llanura situada al pie de la cordillera que hoy se conoce con el nombre de cordillera de la costa de Venezuela.

Federmann y sus soldados hallaron buena acogida entre las gentes

(1) Estas noticias ó apuntes fueron publicados después de la muerte de su autor por su cuñado Hans Kiffhaber con el título de *Historia india, bonita y corta descripción del viaje que hizo Nicolás Federmann el menor, natural de Ulma, desde Andalucía (España) hasta las Indias del Océano, y de las aventuras que le acaecieron hasta su regreso á España*. Hagenaw, 1557.—De este curioso libro se hizo una nueva edición en 1859 por Carlos Kluepfel, que fué publicada en la *Biblioteca de la Unión Literaria* de Stuttgart.

de aquel país, que en aquella época contaba con un ejército de 30,000 combatientes, pues además de darles hospitalidad por espacio de catorce días les regalaron objetos de oro por valor de 3,000 florines.

Desgraciadamente gran número de soldados fueron atacados de fiebres en aquellas húmedas llanuras, y en su consecuencia Federmann se vió obligado á abandonar aquel punto y volverse á las montañas donde había hallado á los indios cuybas, que, según dice él mismo, eran «un pueblo fuerte y tranquilo y que estaba muy bien defendido.» Dichos cuybas, al



Silla de madera recortada de los indios del Sur de Venezuela

igual de sus vecinos los cuyones, usaban en la guerra flechas envenenadas, y tenían sus pueblos cercados de profundos fosos.

Si hasta entonces había conseguido Federmann no librar ningún combate formal con los indígenas, no le sucedió lo mismo en el territorio de los guaycaras, pues estos indios de color muy atezado fueron los más guerreros y temerarios de cuantos hasta allí habían encontrado en el territorio de Venezuela, y en el transcurso de algunos combates envolvieron y derrotaron á los europeos. Dichos indios no daban nada graciosamente, sino que, por el contrario, por todo exigían una buena retribución. El cacique de Itabana era el que más hostil se mostraba contra los extranjeros, y cuando vió que Federmann se disponía á emprender una expedición de reconocimiento hacia la montaña tomó infinidad de medidas para atacarle.

Federmann había sabido por los indios que en las inmediaciones había un gran lago ó laguna que podía distinguirse desde la cima de una montaña situada á una legua de distancia. Sin que le arredrara el gran trabajo que imponía la ascensión hasta allí emprendió el camino, y al llegar á la cumbre pudo contemplar toda la llanura cubierta de agua, acerca de cuyo fenómeno escribe Federmann lo siguiente:

«No pudimos cerciorarnos de si era lago ó laguna, pues á causa de ser

muy temprano estaba casi por completo cubierta de una densa neblina, pero sí pudimos ver que era muy hermosa.»

Es indudable que aquella laguna era el lago de Tacarigua ó de Valencia, cuyo hermoso aspecto ha descrito así un explorador moderno (1):

«Cuando llegué á la cúspide de la montaña quedé por completo embelesado ante el hermoso y magnífico espectáculo que ofrecía el lago de Valencia con sus pintorescos y dilatados alrededores. Cuando se ha caminado por espacio de algunos días por los tortuosos senderos de la montaña, socavados y rotos por las corrientes de agua que de la altura descienden en tiempo de lluvias; siempre envuelto por la casi obscuridad que origina la espesura del frondoso bosque, y sin que la vista vislumbre más horizonte que alguno que otro declive de la misma montaña, tan poblado de árboles y tan cubierto de vegetación como aquel por el que se camina, ó bien algunas profundas y siempre húmedas gargantas, es indecible el bienestar que se experimenta al poder luego fijar la mirada en el ilimitado horizonte. No quiero aventurarme á hacer una descripción detallada del pintoresco paisaje que de repente recrea la vista. Allá abajo, por la hondonada que forma la extensa y fértil llanura, se extienden hacia el gran lago las agrestes y puntiagudas ramificaciones de la montaña de la costa, de tal prodigiosa manera que dejan absorto al espectador. Más á lo lejos, en dirección Sur y Sudeste, divísase el extenso lago con sus encantadores grupos de islas y sus amenas orillas. El fondo está cerrado por los azulados montes de Cura y Guiyue, y si se convierte la vista hacia el Sudoeste se ve la dilatada llanura de Nirgua y de Montalbán. Este pintoresco relieve de la montaña; esta gran variedad de colores y matices debidos á la exuberante vegetación; la gran superficie del lago y el contraste del llano con las alturas, resalta más y más á consecuencia del brillante resplandor que le presta con su luz el cielo tropical.»

Luego que Federmann se hubo extasiado largo rato contemplando tan maravilloso panorama, regresó en busca del lugar donde le esperaban sus tropas acampadas, pero en el camino tropezó con el cacique de los guaycaras, que iba al frente de una gran hueste guerrera, y las cuales fuerzas, á juzgar por los adornos y pinturas con que iban engalanadas, proyectaban un golpe de mano contra los europeos. Federmann, en vista de esto, dió orden de que al instante se procediera á preparar todo lo necesario para marchar, pues abrigaba la esperanza de que saliendo á media noche evitaría el peligro que le amenazaba. Así se hizo, pero fué alcanzado y atacado por los indios en el río Coaheri, costando gran trabajo á los europeos conseguir que el enemigo se declarara en retirada.

(I) Antonio Goering, *Globus*, pág. 283, año de 1868.

Cuando cesó la lucha se vió que casi todos los hombres de Federmann estaban heridos, y hasta él mismo lo había sido en un hombro. También habían recibido heridas graves dos caballos, uno de los cuales murió hidrófobo seis días después á causa de estar envenenada la flecha que le había lastimado.

Quemando y arrasando cuantos pueblos hallaba al paso atravesó Federmann el territorio de los guaycaras, á los cuales batió y derrotó también en otro encuentro, en el que tomaron parte 800 guerreros indios ataviados de una manera tan extravagante que causaba verdadero espanto, después de cuyo acontecimiento llegó el pequeño ejército á la hermosa y fértil provincia de Barquisimeto, donde los europeos encontraron crecido número de pueblos indígenas, algunos de los cuales ocupaban una área de media legua de extensión, pero que en su mayoría estaban constituídos por una sola calle. Las chozas en que moraban aquellos indígenas eran tan espaciosas y grandes que á veces estaban habitadas por seis ú ocho familias. Federmann dice acerca de tales indios lo siguiente:

«Es una nación cuyos individuos son vigorosos y bien conformados; las mujeres son muy hermosas, y por esta razón hemos dado al valle y á la provincia, á que ellos llaman Vararida, el nombre de Valle de las Damas. Este pueblo desconoce el uso de las flechas envenenadas. Pasamos por tres de sus pueblos y los tres se nos mostraron hostiles, y á pesar de que eran dueños de grandes cantidades de oro, no nos obsequiaron con ningún presente; antes al contrario, nos reclamaron el pago de los alimentos, á cuya pretensión no quisimos acceder.»


Sonajero usado en los bailes por los indios del Sur de Venezuela.

En el último de los tres citados pueblos se trabó entre indios y europeos una sangrienta lucha, de la que resultó Federmann herido tan gravemente de un golpe de maza que estuvo á punto de perecer.

A causa del gran número de soldados que estaban atacados de fiebre, hizo Federmann que la expedición tomase de nuevo rumbo hacia el mar; pero fueron víctima de la traición de los indios que les servían de guías y se extraviaron varias veces, y sólo después de sufrir grandes penalidades pudieron llegar al territorio habitado por sus amigos los caquetias, y tras algunos días más de marcha á la playa donde desemboca el río Iraacuy, hoy Arva. Desde aquel punto distaban unas 65 leguas de Coro, al cual llegaron, continuando el viaje á lo largo de la costa, el día 17 de marzo del año de 1531.

En esta expedición, tan llena de peligros y de luchas, no se obtuvo el

más leve resultado que merezca hacer mención de él. Federmann ni siquiera logró establecer sólidas bases de amistad con los pueblos indígenas que visitó, y la cantidad de oro que en el transcurso del viaje recogió fué sumamente exigua. El único beneficio positivo aportado por esta campaña fué el haber conseguido tener conocimiento más exacto del país y de sus habitantes, y el haber descubierto el rico distrito de Barquisimeto, que es en la actualidad la base sobre que descansa el emporio del Estado de Lara.

Al propio tiempo que Federmann recorría los territorios situados al Sudeste de Coro, penetraba Alfinger por segunda vez en las comarcas del Bajo Magdalena, alcanzando tan valioso botín de oro en los varios combates que sostuvo contra los indios pocabuyes y alcoholades que pudo hacer un envío de 21,000 florines al capitán Vascona, que se hallaba en Coro, para que con ellos reclutase y le llevara más soldados. Así lo hizo el citado capitán; pero tanto él como los 25 hombres que le acompañaban se perdieron en los bosques, y sólo por casualidad fué hallado uno de aquellos desdichados cuatro años más tarde por unos expedicionarios que recorrían aquellos territorios, y que lo encontraron completamente desnudo y en estado salvaje.

Entretanto Alfinger obtuvo de los indios mayores cantidades de oro, habiendo llegado al paso que desde el Este del País del Oro conduce á Nueva Granada; pero en vez de penetrar por él, siguió caminando á lo largo del curso de un río, á cuyo término llegó á un valle rodeado de peladas montañas, y al cual bautizó con el nombre de Valle de Ambrosio, paraje que es probable se halle situado en el término del río Zulia. Desde allí fué rechazado por los habitantes del valle hasta el lago de Maracaibo, penetró después de nuevo en los países colindantes del río Magdalena, y en una batalla que sostuvo en este último punto recibió en el cuello una herida mortal y falleció al poco tiempo de su regreso á Coro.

Los comerciantes Welser confiaron entonces el gobierno de Venezuela á Johann dem Deutschen, á quien los españoles llamaban Juan Alemán, y cuyas relevantes dotes para el mando fueron por todos sumamente celebradas; pero desgraciadamente falleció en el año de 1534, y en su lugar fué nombrado Jorge Hohemut de Speier, que llegó á Coro el día 6 de febrero de 1535 juntamente con su amigo Felipe de Hutten y otros alemanes (1).

Según parece, tampoco el nuevo gobernador se sintió muy inclinado á la conquista y colonización del país por medio de la persuasión y de las

(1) Los españoles llaman generalmente al primero Jorge de Espira, y á su compañero Felipe de Utén, de Utra ó de Urre.

artes de la paz, y dejándose arrastrar por las fabulosas y fantásticas narraciones que por el país corrían acerca de la existencia del tan decantado país del oro, que aseguraban hallarse oculto en el corazón mismo de aquellas regiones, tomó la resolución de proceder á su conquista.

A este propósito, nombrando gobernador interino á Federmann, el día 13 de mayo del último año citado emprendió Jorge de Speier la marcha hacia el interior á la cabeza de 100 jinetes y 300 soldados de infantería. Felipe de Hutten y un amigo suyo llamado Franz Lebzelter, natural de Ulma, formaban también parte de la expedición. Todos ellos, marchando en línea recta hacia el Sur, llegaron al Valle de las Damas, y asaltando varios pueblos hicieron gran número de prisioneros, á los que obligaron por la fuerza á que les sirvieran de acémilas, haciéndoles ir cargados con las armas, vestuario, provisiones y cuanto recogían en los puntos por donde pasaban.

Este duro proceder de los alemanes para con los indígenas llegó rápidamente á noticia de los habitantes de todo el país, y en su consecuencia fueron muchos los pueblos que Jorge Speier y sus compañeros hallaron abandonados á su llegada á ellos. En el mes de septiembre los expedicionarios atravesaron los Andes de Mérida y tras larga y continuada serie de combates con los indios, el 5 de enero de 1536 llegaron al caudaloso Apure, uno de los afluentes más importantes del Orinoco.

En aquellos parajes, en vez del bosque virgen que tanto abundaba en todo el país, veíanse extensas llanuras cubiertas por completo de tiernas hierbas, preciosa alfombra de verdes matices por la que se deslizaban mansamente algunos arroyuelos, y en la que de trecho en trecho había algunas lagunas sobre cuya plateada y límpida superficie volaban en todas direcciones porción inmensa de aves acuáticas. Era cosa rara encontrar en aquellas estepas el más ligero bosquecillo, el cual, cuando esto acontecía, solía elevarse á guisa de isla en medio de aquel océano de fresca hierba, confundiéndose con el cielo en el lejano horizonte bañado por los rojizos resplandores del sol poniente.

El aspecto que ofrecen aquellas llanuras es por demás grandioso y sorprendente para todo el que lo contempla; pero al propio tiempo, debido á la monotonía del paisaje, se siente el alma poseída de cierto sentimiento de melancolía y de abandono.

Por espacio de algunos días caminó el ejército de Speier por la sabana del Apure hasta encontrar un punto á propósito para vadearle, y cuando lo hubieron hallado, habiéndoseles agotado las provisiones, comenzaron á luchar con la miseria, la cual ya no les abandonó en el transcurso de la expedición.

En los meses siguientes tuvieron ocasión de atravesar varios ríos de

importancia, de los cuales merecen mención el Darari, el Arauca, el Camariruch, el Lorabo y el Opia.

A medida que avanzaban eran más precisas y verídicas las noticias que á ellos llegaban referentes á la existencia de un país prodigiosamente rico, y un cacique llamado Guaiquiri les aseguró haber estado allí y haber visto *por sus propios ojos* riquezas sin cuento. Como es natural, se llevaron consigo al dicho cacique para que les sirviera de guía, pero al internarse en las selvas, en las que había infinidad de jaguares, no pudieron hallar paso alguno para los caballos, y por lo tanto se vieron en la precisión de buscar otro camino.

Obligados por el mal tiempo tuvieron que permanecer ocho meses acampados á orillas del río Opia ó Upia, en espera de que la crecida del río descendiese para poder pasarlo.

Hallábase entonces Speier muy cerca del Alto Bogotá, y en los territorios de los indios guaipis y puniniguas encontró varios trozos de oro y plata que, según dichos indígenas, eran procedentes del lado opuesto de una formidable montaña que se veía á lo lejos, y que circundaba por completo el horizonte por la parte Oeste, la cual montaña lleva en la actualidad el nombre de cordillera Oriental. En varias ocasiones mandó Speier á algunos de sus hombres para que buscasen un paso que les condujese al punto indicado por los indígenas; pero todas sus tentativas resultaron infructuosas, pues cuantos envió volvieron diciendo que era imposible cruzar la montaña. Esta contrariedad fué la causa de que Jorge no alcanzase la gloria de haber sido el primero en llegar al territorio del Alto Bogotá y haber descubierto los ricos yacimientos de oro que en él se hallaban.

Confiando ser más afortunado y encontrar el ansiado paso avanzó más hacia el Sur, y al finalizar el mes de enero de 1537 llegó á un pequeño pueblo indígena, donde con gran admiración de todos supieron Speier y sus compañeros que algunos años antes habían visitado aquel pueblo los europeos. Aquéllos habían sido los expedicionarios españoles que iban á las órdenes de Alonso de Herrera, el cual, después de haber navegado por el Orinoco, penetró en un afluente del mismo, y encontró la muerte con noventa de sus compañeros, según ya queda consignado anteriormente, á consecuencia de las heridas que los indios les produjeron con sus flechas envenenadas.

En aquel punto mandó Speier medir la altura del Sol, viendo que solamente distaban 2 $^{3}/_{4}$ del Ecuador, medida que concuerda perfectamente con el dato de que poco después atravesaron un gran río llamado Waviari, que sólo pudo ser el actual Guaviare.

Diseminados por ambas riberas del río hallaron los europeos gran nú-

mero de buenos pueblos indígenas, en los cuales, al interrogar á sus moradores acerca del punto en que se encontraba el país del oro, obtuvieron



Paisaje de los Llanos de Venezuela
Dibujado por Rodolfo Cronau, en vista de una acuarela del profesor Antón Goering

la respuesta de que estaba á veinte ó treinta días de camino, situado á la parte de allá de la montaña, es decir, en el territorio del Alto Magdalena.

De nuevo emprendió la marcha Speier con dirección Oeste hacia la montaña indicada, llegando después de siete días de viaje á unas selvas

donde gran número de riachuelos le impidieron por completo avanzar un paso más.

La espesísima vegetación del bosque ocultaba todo el paisaje; profusión de plantas trepadoras envolvían por completo los árboles, y por modo tal entretejían sus ramas y sus copas con un verdadero laberinto de hojas que apenas dejaban paso á un rayo de sol; corpulentas raíces extendían sus largos brazos sobre la superficie del suelo haciendo sumamente difícil la marcha de los caballos, á la vez que infinidad de bejucos del grueso de una maroma y zarcillos del de un cable colgaban de las ramas de los árboles. De trecho en trecho veíanse gruesos troncos de árboles enormes podridos á causa de la terrible trepadora denominada *matapalo ó exterminador de árboles*, la cual, instalándose al principio en la copa de los árboles y palmeras cual huésped inofensivo, desciende luego poco á poco hasta las raíces y los mata.

Por demás imponentes y majestuosos eran la tranquilidad y el silencio que dominaban en aquellas selvas impenetrables y sin fin, silencio y tranquilidad tan sólo interrumpidos de vez en cuando por el áspero grito de los monos y de los loros, y por el rugido del jaguar y del puma. A veces se veía algún antiquísimo y gigantesco árbol que, sin vigor ya para resistir la gran presión atmosférica, iba inclinándose paulatinamente, hasta que por fin caía con espantoso estruendo arrastrando consigo centenares de gruesas ramas de sus robustos y vigorosos vecinos.

Speier mandó algunas expediciones para que buscasen un camino por el cual poder penetrar en el interior de las selvas, y en vista de los negativos resultados que todas obtuvieron intentó otras varias marchando él á la cabeza. No fué más afortunado que los demás, y por lo tanto renunció á penetrar en aquellos laberintos.

Entretanto había comenzado la época de las lluvias; casi todos sus hombres estaban enfermos á consecuencia de las fatigas y penalidades sufridas; acosaban éstos á su jefe para que emprendiese el camino de regreso, y Jorge Speier, por más que se hallase en los umbrales mismos del país del oro, no tuvo otro remedio que acceder á sus deseos, rompiendo la marcha el día 3 de agosto de 1537.

El viaje de retorno fué mucho más dificultoso, pues á consecuencia de las enormes masas de agua que de las montañas habían descendido á los ríos, se hallaban éstos desbordados de tal manera que en algunos puntos constituían lagos de varias leguas de extensión. A orillas del Guaviare tuvieron que acampar por espacio de dos meses para poder atravesarlo. La situación en que se encontraban era tanto más crítica y precaria, cuanto que se hallaban abandonados y desiertos casi todos los pueblos indígenas.

«Sólo Dios, dice Felipe de Hutten en carta dirigida á sus parientes de Alemania, y nosotros sabemos la miseria, las privaciones, el hambre, la sed y los trabajos que los pobres cristianos hemos sufrido en estos tres años; es milagroso que el cuerpo humano pueda resistir tanto. Horror causa pensar los bichos que hemos comido: culebras, sapos, lagartijas, víboras, lagartos, gusanos, hierbas, raíces; y hasta algunos, obrando contra naturaleza, han comido carne humana, pues en una ocasión sorprendimos á un cristiano cociendo un cuarto de niño condimentado con algunas hierbas. Igualmente nos comimos los caballos que se morían ó que nos mataban, por cada uno de los cuales se pagaban 400 pesos de oro y aún más; por un perro se daban 100 pesos; otros cristianos y yo compramos uno y nos lo comimos. Mucho cuero de ciervo del que usan los indios para construir sus rodelas lo hemos ablandado en agua y cocido después para comerlo, y á consecuencia de esta comida tan mala y de tan escasa alimentación nos encontramos tan débiles y extenuados los cristianos, que no es poca la misericordia de Dios en habernos conservado la vida.»

El día 27 de mayo de 1538, después de tres años de ausencia, llegaron los expedicionarios á Coro, en número de 160 de los 400 que habían salido, casi por completo desnudos. En Coro hacía ya mucho tiempo que se les tenía por muertos, y habían sido vendidos todos los efectos de la pertenencia de muchos de ellos. Los Welser, que en manera alguna confiaban que el ejército expedicionario regresase, habían con tal motivo nombrado gobernador de Venezuela á Nicolás Federmann, pero los colonizadores españoles habían protestado contra semejante medida, y en vista de esto la Audiencia de Santo Domingo destituyó en toda regla á Jorge de Speier y nombró en su lugar al obispo Rodrigo de Bastidas.

Speier, además de su destitución, tuvo que pasar por la humillación de que á su regreso le aguardara un juez de instrucción para exigirle cuentas del tiempo que había ejercido el mando; pero por orden real se desistió de semejante indagatoria, y Jorge fué de nuevo repuesto en su destino.

En el tiempo que permaneció Speier ausente, Nicolás Federmann, que se ocupaba á la sazón en fundar una colonia en el Cabo de la Vela, intentó á la cabeza de 200 hombres ir en busca de Speier, y con tal objeto partió, en junio de 1536, desde el citado punto; pero después de muchas é inútiles pesquisas tuvo que desistir de su propósito, y reanudó de nuevo sus interrumpidos viajes de descubrimiento á los territorios centrales del Magdalena.

Como las noticias proporcionadas por los indios respecto á la existencia del repetido país del oro, que se hallaba, según ellos, situado al otro lado de las cordilleras, fueron despertando de día en día su ambición, se

resolvió por fin á salir en busca del dicho país; y, más afortunado que Jorge de Speier, halló un camino á través de la montaña, caminando por el cual llegó en el año de 1538 al país de los chibchas por la parte del Este, al propio tiempo que arribaban también allí Jiménez de Quesada por el Oeste y Sebastián Belalcázar por el Sur, encontrándose los tres en las elevadas llanuras de Bogotá.

Ya queda consignado anteriormente el convenio que celebraron los tres capitanes después del imprevisto encuentro. Federmann cedió sus tropas mediante una indemnización y se decidió á volver á Europa en compañía de Quesada, pues quería marchar á los Países Bajos en busca del emperador. Marchó, en efecto, pero jamás volvió á saberse una palabra de su suerte; de lo que sí se tiene seguridad es de que murió por el año de 1543, pues un protocolo del Consejo de Ulma, de fecha 28 de noviembre de dicho año, declaraba que su cuñado, Hans Kiffhaber, era el pariente más próximo de Federmann. Además, este Kiffhaber fué quien mandó imprimir en Hagenau en 1557 el informe escrito por su cuñado acerca de su primer viaje.

Federmann, que era de mediana estatura y tenía la barba sumamente rubia, es indudable que fué hombre de carácter muy enérgico y valiente. Hutten dice de él que era sumamente ingenioso, que con sus dotes de mando y sus cualidades personales labraba la felicidad del país, y que en cuanto á táctica y pericia militar se hallaba por encima de Speier.

Este último no se desalentó por el fracaso experimentado en su primera campaña, pues, por el contrario, en enero del año de 1540 marchó á Santo Domingo para reclutar gente y comprar caballos, pero hallándose ocupado en esta empresa falleció (1). El obispo Bastidas nombró para que le sucediera á Felipe de Hutten, que era universalmente apreciado, y el cual se sintió decidido desde el primer momento á llevar á término feliz todos los proyectos de su antecesor.

Hutten salió en el mes de junio de 1541 al frente de 200 soldados de infantería y 150 jinetes, pero acerca de la dirección que emprendió difieren mucho las opiniones de los historiadores. Herrera (2) dice que la expedición, al cruzar una montaña, perdió casi todos los caballos que llevaba, pues de los 150 sólo le quedaron ocho, y que por lo tanto la campaña fracasó por completo y Hutten tuvo que volver al punto de partida,

(1) Acerca de las causas de su muerte nada se sabe con certeza. El cronista Benzoni asegura que fué asesinado por los españoles en su propio lecho (Benzoni, *Hakluyt Collection*, pág. 76).

(2) *Historia general de los hechos de los castellanos*, IV-VIII Décadas; Pedro Simón, *Primera parte de las noticias historiales de las conquistas en las costas de Tierra Firme de las Indias occidentales*, Conchac, 1626.

mientras que los informes de Pedro Simón y otros son completamente opuestos.

Según este historiador, Hutten cruzó las llanuras del Casanare, Meta, Caguan y el Alto Guaviare, y desde este último punto marchó por espacio de dos semanas en dirección Oeste, hasta que sus gentes divisaron en el horizonte una alta montaña que parecía idéntica á aquella en cuyo pie decían se hallaba emplazada la ciudad de El Dorado.

La alegría que al ver la dicha montaña se apoderó de las gentes de Hutten, ya entonces bastante mermadas, fué extraordinaria, pero no tanto como la desilusión que experimentaron después que la hubieron ascendido.

Desgraciadamente comenzó entonces la época de las lluvias, que en aquellas regiones dura desde junio á noviembre, y tuvieron que esperar su término para continuar la marcha. Tan largo período de tiempo fué de inmensas privaciones para los expedicionarios: muchos soldados murieron, y casi todos los demás perdieron los cabellos, las cejas y las uñas á consecuencia de enfermedades escorbúticas.

Merced á las buenas relaciones establecidas entre los indígenas y Hutten, á los que éste trataba con la mayor amabilidad, consiguió algunas noticias acerca de los omegarros ú omaguas, pueblo indio cuyo país decían ser el más rico de la América del Sur. Y con tal motivo, no obstante haber disminuído su hueste hasta la exigua cifra de 40 hombres, emprendió la marcha y se internó con ellos en la dirección en que, según referencias, debía de hallarse situado aquel país.

Como con su buen trato sabía captarse y luego conservar la amistad de los caciques indígenas, pudo continuar el viaje sin tropezar con grandes dificultades, teniendo la satisfacción de ver confirmadas por todas partes las noticias que en un principio había adquirido.

Sobre todo el jefe de los guaypis ó guayupas, pueblo indio cuyos individuos parecen ser los antecesores de los uaupes, habitantes del río Negro, descritos en fecha reciente por Wallace, aseguró á Hutten que los omaguas eran poseedores de grandes cantidades de oro y plata, pero á la vez hizo cuanto pudo para convencerle de que desistiese de penetrar con tan escasas fuerzas en nación tan poderosa. Hutten no hizo caso del consejo, y entonces el cacique se brindó á acompañarle él mismo hasta el país de los omaguas, ofrecimiento que fué aceptado por el explorador alemán, y, habiéndose puesto en marcha, á los cinco días de viaje llegaron á una montaña desde cuya cima divisaron primero algunas chozas aisladas rodeadas de parcelas de tierra bien cultivadas, y más lejos, en medio de un valle de encantadores contornos, una ciudad tan grande que la vista no alcanzaba su término. Sus calles parecían tiradas á cordel y las casas estaban edificadas una junto á otra. En el centro de la población

había un edificio de bastante elevación que servía de morada á Guárico, cacique de los omaguas. En él, según afirmación del jefe indio que acompañaba á Hutten, se encerraba gran número de ídolos de oro, asegurando al propio tiempo que la ciudad, no obstante contener una población crecidísima y grandes tesoros, no era la mejor del país, pues éste contaba aún con otras mayores y más ricas.

El dicho jefe indio hizo á Hutten todo género de advertencias respecto á aproximarse á la ciudad, pero éste bajó al frente de sus 40 hombres al valle, y desde allí se encaminó resueltamente á las chozas más cercanas, y que servían de vivienda á los guardas encargados de vigilar los campos. Estos, al ver acercarse aquella gente para ellos tan extraña, quedaron sorprendidos y maravillados en un principio, pero en seguida emprendieron precipitada fuga, y al intentar Hutten detener á uno recibió una lanzada entre dos costillas. Mientras sus gentes retrocedían con él á la montaña llegaron los fugitivos á la ciudad, y poco después se oía la señal de alarma de los habitantes, en medio del ruido infernal producido por los tambores y otros instrumentos bélicos. Por fortuna para los europeos comenzó á anochecer, y por lo tanto no fueron molestados en toda aquella noche; pero apenas la aurora lanzó sobre la tierra sus primeros resplandores, vieron avanzar por la montaña á los guerreros omaguas en número de algunos miles, y una vez se hallaron uno y otro bando á distancia conveniente, trabóse sangriento combate en el que quedaron dueños del campo los europeos.

Estos, reconociendo que solamente disponiendo de un número infinitamente mayor de tropas les sería posible proceder á la conquista del país, regresaron al momento al pueblo de su amigo el cacique de los guayupas, llevando consigo á su jefe herido, permaneciendo allí hasta que éste y otros compañeros, que habían sido heridos en el combate, se hallaron restablecidos por completo y pudo Hutten encargarse nuevamente del mando de la pequeña hueste para regresar á Coro. En esta ciudad, desde la salida de Hutten de ella, habían tenido lugar varios acontecimientos, siendo el más importante que un sujeto llamado Juan de Carvajal, sin autorización de los Welser ni del emperador, se había apoderado del cargo de gobernador y procuraba consolidar su usurpada situación haciendo uso de los procedimientos más despóticos. Al tenerse en Coro noticia de que Hutten, después de cinco años de ausencia, regresaba, y que ya tan sólo distaba cien leguas de la colonia, Carvajal, viendo en riesgo su seguridad, salió al encuentro de aquel con fuerza armada, asaltó una noche su campamento, lo aprisionó y lo hizo decapitar en unión de su teniente Bartolomé Welser, en uno de los días de la Semana Santa del año de 1546.

Todavía transcurrió algún tiempo sin que se le exigieran cuentas al criminal, que después de cometido el delito se apoderó de las haciendas y bienes de sus víctimas, pues el juez de instrucción, un español llamado Frías, no se atrevía á proceder contra él. La llegada del Licenciado Juan Pérez de Tolosa hizo variar por completo la situación de las cosas, y en su consecuencia Carvajal fué preso y pagó con la vida su delito.

Felipe de Hutten, último gobernador de los Welser en Venezuela, era un caballero perfecto. De todos sus hechos, pero sobre todo de las cartas que dirigió á sus parientes de Alemania, se desprenden una modestia y una ingenuidad perfectamente alemanas, resaltando particularmente un delicado sentimiento de humanidad y de compasión hacia los indígenas, condiciones que no se encuentran en otros conquistadores. Era un verdadero culto idolátrico el puro afecto que profesaba á su madre, y en repetidas ocasiones recomendó á sus hermanos que la cuidaran y que la consolaran de la pena que la producía su prolongada ausencia. A ella va dirigida la siguiente carta fechada en Coro á fines de marzo de 1539:

«Cariñosa y querida madrecita: Os saludo mil veces de todo corazón, y os ruego con todo el cariño de un hijo que no os apenéis demasiado por mi viaje y prolongada ausencia, á fin de que no se quebrante vuestra salud y podamos vernos pronto alegres y sanos, Dios mediante. El os guarde y os dé, á vos y á todos los vuestros, mil felices noches.»

Cerbatana, flechas para la misma, mazas, collar y vasija de los indios del Sur de Venezuela
(Dibujo original de Rodolfo Cronau)

La sed de adquirir riquezas no era tampoco lo que atormentaba á Hutten en la medida que á sus compañeros, pues en una de sus cartas decía: «Dios sabe que no ha sido la avaricia de dinero la que me indujo á realizar este viaje: los deseos de adquirir gloria y ver países desconocidos y gentes extrañas fueron los móviles que me impulsaron á ello.»

Con la muerte de Hutten terminó el gobierno de los Welser en Venezuela. Entre los españoles que en aquel país residían y los gobernadores

alemanes tuvieron lugar desde un principio algunas ligeras desavenencias que se convirtieron por fin en una cuestión formal. Los Welser no querían en manera alguna ceder en sus justas pretensiones acerca del gobierno de la colonia, las cuales pretensiones eran tenazmente combatidas por los españoles. El asunto permaneció en este terreno hasta el año de 1555, en cuya fecha fué resuelto por el Consejo de Indias residente en Madrid, cuyos individuos sentían pocas simpatías por los Welser, en perjuicio de éstos. El contrato celebrado entre ellos y el emperador quedó formalmente anulado, y entonces la corona se incautó de la colonia de Venezuela, al frente de cuyo gobierno puso á un español. Por este medio perdió Alemania su participación é influencia en la América del Sur, á las cuales le daban derecho los grandes sacrificios, las penalidades sin cuento, los enormes desembolsos y la sangre derramada por sus hijos.



Idolo de Venezuela
Existente en la colección de la Sociedad Naturalista de Caracas

DESCUBRIMIENTOS DE LOS PORTUGUESES EN AMÉRICA

El afán que sentían los españoles de extender su dominio á los países del globo aún desconocidos tenía un poderoso competidor en sus vecinos los portugueses. Ya en los comienzos del siglo XV habían estos últimos imaginado llevar á efecto una serie de viajes de exploración y descubrimiento, la cual serie de viajes realizaron con arreglo á las instrucciones del infante D. Enrique, más conocido por el nombre de Enrique *el Navegante*, nacido en Oporto el día 4 de marzo de 1394. Dichos viajes alcanzaron el éxito más lisonjero, no obstante ser sus aspiraciones tan elèvadas como circundar el Africa para encontrar un paso que les condujese á las Indias y á las islas de las Especias.

Cuando Cristóbal Colón presentó su proyecto de ir á la India navegando en dirección occidental, ya los portugueses habían penetrado, á las órdenes de Bartolomé Díaz, hasta el Cabo de Buena Esperanza (1487), y al regresar de su primer viaje el célebre genovés en 1493, pusieron en juego cuantos medios hallaron á mano para arribar antes que los españoles á las dichas islas de las Especias, á las que, según parecía, no había llegado Colón en su viaje memorable.

Por eso se ve al emprendedor rey D. Juan de Portugal, poco después de haber arribado Colón con sus barcos al puerto de Lisboa, ocupado con gran solicitud en preparar nuevas expediciones, que no tuvieron por entonces realización á consecuencia del fallecimiento del mencionado rey. En 1497 se hizo á la mar la escuadra en aquella ocasión preparada, á las órdenes del célebre Vasco de Gama, el cual, siguiendo el mismo derrotero trazado por Bartolomé Díaz, alcanzó la gloria de ser el primer europeo que llegó á la India dando la vuelta al extremo meridional de Africa, y regresando felizmente á Portugal de su victoriosa expedición en el mes de septiembre del año de 1499.

El glorioso éxito alcanzado en esta travesía impulsó al tan joven cuanto intrépido rey D. Manuel, al que la Historia engalana con los sobrenombres de *el Grande* y *el Feliz*, á promover la realización de grandiosas empresas.

Dicho rey había seguido atentamente y con verdadera fiebre la perseverancia y el trabajo con que Colón buscaba inútilmente en los países del Nuevo Mundo descubiertos por él un paso que le pusiera en comunicación con la India y las islas de las Especias, y al regresar éste de sus viajes sin haber obtenido resultado alguno positivo, concibió el rey D. Manuel el proyecto de hacer algunas investigaciones para ver si en la región Noroeste del Océano Atlántico se encontraba algún estrecho cuyo descubrimiento le colocase por encima de los españoles. Poseído de tales ideas, que de haber llegado á realizarse hubieran hecho inútil el penoso rodeo del tormentoso extremo meridional de Africa, dió el mencionado rey las órdenes oportunas para que fueran aparejados dos barcos, y confió el mando de uno de ellos á Gaspar Cortereal (1).

Era éste hijo del Juan Vaz Cortereal de quien algunos historiadores portugueses refieren que ya en el año de 1466 había descubierto la *Terra dos Bacalaos* (Terranova), afirmación que hasta el presente no ha podido ser confirmada.

De igual manera, son también sumamente confusas y contradictorias las noticias relativas á los viajes realizados por Gaspar Cortereal, pues mientras hay algunos cronistas que aseguran que sólo hizo un viaje, Harrise dice que cree poder indicar tres: el primero verificado en mayo de 1500, del que no obtuvo el menor resultado; el segundo entre los meses de mayo y diciembre del mismo año, y el tercero en enero de 1501 (2).

De tan confusas y deficientes noticias se deduce que Cortereal, en la segunda travesía, navegó en dirección Noroeste hasta una latitud de bastantes grados, y que descubrió un país hasta entonces desconocido, sin que pueda precisarse con seguridad á qué parte de la América del Norte pertenecía, pues mientras hay quien supone que sería Newfoundland (Terranova), otros creen que El Labrador, y otros que Groenlandia, y otros, por fin, conjeturan que debió de ser la costa de Nueva Inglaterra.

Entusiasmado por el buen éxito que obtuvo, no vaciló Gaspar en emprender al poco tiempo un nuevo viaje de descubrimiento, y al efecto, llevando entonces tres barcos, se hizo á la mar con rumbo Oesnoroeste, y llegó á una costa situada á unas 2,000 millas italianas de Lisboa, sin que á pesar de haber caminado por ella en un trayecto de 600 ó 700 millas pudiera hallar su término. Cortereal, de la circunstancia de contener la dicha costa gran número de islas, dedujo que no pertenecía á una isla y sí á un verdadero continente.

---

(1) Este nombre se ve también escrito en las dos formas siguientes: *Corte Real* y *Corterreal*.

(2) Winsor: *Narrative and critical History of America*, IV, 13.

En aquel país era muy abundante el arbolado, sobre todo elevadísimos pinos, muy á propósito para la construcción de mástiles. La riqueza en pescado era aún mayor, viéndose profusión de salmones, bacalaos, arenques y muchísimas otras clases.

Los indígenas habitaban en casas construídas con gruesos troncos de árboles, algunas de ellas recubiertas de pieles de pescado y de otros animales marinos, y así por el color, como por la estatura y el continente, eran muy parecidos á los gitanos; se vestían con todo género de pieles, tenían la costumbre de taracearse el rostro, y las armas de que se servían eran de piedra y de muy tosca construcción. Los portugueses capturaron 57 de estos indios y se los llevaron consigo para venderlos en su patria como esclavos.

De los tres barcos que salieron en la expedición sólo dos regresaron, los cuales entraron en el puerto de Lisboa el día 11 de octubre de 1501. El otro, que era el en que iba Cortereal, y á cuyo bordo llevaba 50 de los individuos capturados, se perdió en el transcurso del viaje y nunca volvió á saberse una palabra de la suerte que le cupo.

El día 10 de mayo de 1502, salió en su busca con tres barcos un hermano de Cortereal, llamado Miguel, menor que aquél, y el cual, en cuanto arribó á aquellas desconocidas costas, hizo que cada buque tomase una dirección distinta para reconocer el gran número de bahías y desembocaduras de río que en aquellos parajes había, designando para volverse á reunir las tres embarcaciones el día 20 de agosto; pero llegada esta fecha sólo dos acudieron al lugar de la cita, pues la que tripulaba Miguel Cortereal había desaparecido de tan misteriosa manera como la de su hermano, y, al igual de éste, jamás volvió á saberse palabra de su paradero ni á encontrarse el menor rastro ni vestigio del barco que mandaba.

Por espacio de mucho tiempo cruzaron aquellos mares buscando á los desaparecidos dos buques enviados con tal propósito allí por el rey Don Manuel, pero todo fué inútil. Un hermano mayor de Gaspar y de Miguel, llamado Vasqueanas Cortereal, solicitó autorización del rey para llevar á efecto más extensas pesquisas, pero le fué negada, pues no quiso el soberano que se sacrificasen más vidas en tan desgraciada empresa.

Esta fué la última de la larga serie de tentativas realizadas por los portugueses para hallar un paso por el Noroeste que les facilitase el camino para las Indias, sin que, no obstante no haberlo encontrado, dejaran de dar resultados las travesías que con tal objeto habían llevado á efecto, pues algunos años después los pescadores lusitanos dieron comienzo á sus expediciones marítimas á las aguas de las regiones descubiertas por Cortereal, deduciéndose de la lectura de algunos documentos que se conservan que éstos se dedicaron en aquellos mares á la pesca en gran escala.

El recuerdo de los viajes realizados por los malogrados hermanos Cortereal vivió perenne por espacio de mucho tiempo en la memoria de los portugueses, y éstos, para honrarlos y en pago á su infausta suerte, consignaron en los mapas los países por ambos hermanos descubiertos con el nombre de *Tierra de Cortereal.*

Casi al propio tiempo que Gaspar Cortereal se disponía á emprender su primer viaje, salió del puerto de Lisboa, el día 9 de marzo de 1500, una escuadra compuesta de trece barcos, y la cual, al contrario de las carabelas mandadas por aquél, navegó en línea recta hacia el Sur. Dicha escuadra iba á las órdenes de Pedrálvarez Cabral, y llevaba el encargo de continuar y concluir las negociaciones comerciales entabladas por Vasco de Gama en la India. Ya en el tomo segundo consignamos que esta escuadra se vió apartada de su rumbo y arrojada por una tempestad á las costas del Brasil.

La costa montañosa en que desembarcaron en la segunda quincena del mes de abril pertenece en la actualidad al estado de Bahía, y el día 24 del mismo mes ancló Cabral en la magnífica bahía de Puerto Seguro. A la primera eminencia que divisaron, en la cual llamó la atención de todos un montecillo de redonda cima, dióla Cabral el nombre de monte Pascual, por la circunstancia de haber sido descubierta precisamente en la semana de Pascua, y á todo el país, que consideró como isla, lo denominó Tierra de la Vera Cruz, cuya denominación se convirtió andando el tiempo en la de Tierra de Santa Cruz.

Cabral entabló y sostuvo relaciones con los indígenas. Estos eran de color rojizo, musculosos y bien conformados, iban completamente desnudos y vivían bajo una especie de techos ó toldos sumamente toscos hechos con hojas ó ramas de palmera, á las que amarraban sus hamacas, que construían con las fibras de ciertas plantas.

Dichos indígenas pertenecían á la raza de los aymorés, que á su vez formaban la gran familia de los tapuyos, y llevaban en las orejas y en los labios unos grandes discos de madera parecidos á los que se emplean para tapones de los toneles, por cuya circunstancia los portugueses les dieron el nombre de *botocudos* (en portugués *botoque,* tapon de tonel).

Ellos se denominaban á sí mismos *engeraekmung* (los ancianos que ven á larga distancia). Y si bien los botocudos gozaban fama de hallarse muy por bajo del nivel intelectual de todos los demás indios del Brasil, en cambio eran modelos de perseverancia y agilidad y no tenían rival para resistir las mayores fatigas y privaciones. Desnudo por completo se internaba el botocudo por entre la áspera maleza del bosque virgen, trepaba con suma ligereza á la cima de las más altas montañas ó descendía

corriendo á la llanura, sin experimentar cansancio ni siquiera sudar, y con igual facilidad cruzaba nadando un río y salvaba un torrente que emprendía por tierra una larga marcha. Dispuesto siempre para la guerra, ni le faltaba valor ni carecía de astucia y de serenidad. Si salía vencedor no perdonaba á su contrario, al que después de atormentar cruelmente, lo degollaba y se lo comía.

El aspecto exterior de estos indios era repugnante á causa de hallarse por completo desfigurados por el uso de los discos de madera que, como se ha indicado antes, se ponían en las orejas y los labios, y cuyo peso hacía que la boca fuese mucho más fea que el hocico de muchos animales.

El primer agujero de los labios lo hacían cuando el niño tenía siete ú ocho años de edad, dándole las dimensiones que el padre indicaba, y después lo iban ensanchando gradualmente por medio de cuñas ó tarugos cada vez mayores, los cuales tarugos fabricaban con la madera ligerísima del *Bombax ventricosa.* El príncipe Maximiliano de Wied vió á un cacique que llevaba en el labio un disco de tres centímetros y medio de espesor por diez de circunferencia.



Botocudo

Dichos discos tenían practicada todo alrededor una hendedura lo suficientemente profunda para que la tirante piel del labio y de las orejas ajustara en ella tan perfectamente que quedase sujeto el trozo de madera. Era mayor el honor del individuo á medida que más se ensanchaba el estrecho círculo, y por eso muchos de ellos lo dilataban continuamente metiendo en él cuñas ó tarugos cada vez más gruesos. Algunas veces acontecía que la exagerada tensión desgarraba la piel por completo, y entonces la uníañ cosiéndola por medio de varios puntos. Los botocudos podían quitarse y ponerse el disco en cuestión cuando lo tenían por conveniente, y por más que así lo hacían para comer no les era indispensable, pues podían hacerlo perfectamente con él puesto, pero era por demás repulsivo verles con la boca abierta babeando sin parar.

La extraña figura que ofrecía la cabeza de uno de estos indios resaltaba aún más á causa del peinado, pues se afeitaban el cabello de la parte inferior del cráneo con un trozo de caña muy cortante, y el de la parte superior se lo dejaban crecer hasta que tenía cierta longitud, formando de este modo una especie de peluquín.

También acostumbraban á pintarse la cara y el cuerpo: la primera generalmente, desde la boca hasta el nacimiento del pecho, de color amarillo rojizo, y el segundo, excepción hecha de los antebrazos y de las pantorrillas abajo, de color azul obscuro, separando las partes pintadas de las que no lo estaban por medio de una raya roja. Algunos solamente se pintaban de negro la mitad del cuerpo á todo lo largo, ó bien el rostro nada más de un rojo fuerte y un bigote negro que prolongaban de una oreja á otra.

Las armas que estos salvajes usaban consistían en garrotes, arcos muy elásticos de más de dos metros de largo y flechas que algunas veces tenían el mismo tamaño. Para atenuar la violencia del golpe que la cuerda del arco producía llevaban arrollada á la muñeca de la mano izquierda otra cuerda muy resistente. La naturaleza les proporcionaba por todas partes el sustento necesario, pues eran muy poco escrupulosos y lo mismo comían los frutos de los árboles que toda clase de animales, sin exceptuar las culebras y las larvas de los insectos.

Los hombres desempeñaban los trabajos más rudos y peligrosos, como acontecía en casi todos los pueblos salvajes de América, y las mujeres estaban encargadas de los quehaceres domésticos. Tenían sus fiestas y diversiones peculiares, y en los ratos de ocio, ó bien después de alguna cacería feliz ó de una batalla victoriosa, se reunían y cantaban gran número de canciones. Si era una mujer la que cantaba se la podía oir con gusto; pero, por el contrario, si era un hombre, los ingratos sonidos que emitía por su inmensa boca abierta desfigurada por el *botoque*, más bien que producto de la voz humana parecían ásperos rugidos.

Los botocudos eran polígamos y cambiaban de compañera cuantas veces se les antojaba.

En la actualidad, todavía algunas hordas independientes de estos indios suelen cruzar el territorio de bosque situado entre el río Parahyba y el Contas, llegando algunas veces hasta las llanuras de las provincias del Sur.

Se oponen con inquebrantable tenacidad á toda tentativa de civilización, y hay que reconocer que no es infundado el odio que sienten contra los blancos, pues los portugueses, desde poco tiempo después de su arribo al país, no tan sólo hicieron prisioneros á cuantos pudieron, sino que además los trataron con suma crueldad. Cuando no podían reducirlos colocaban al alcance de ellos las ropas de los soldados que habían muerto de viruelas, y los pobres é ignorantes salvajes sin sospechar nada las recogían y se las llevaban á sus pueblos, en los que por tal medio se desarrollaba la desolación y la muerte.

Cabral fué el primer europeo que llegó á establecer con los botocudos

verdaderas relaciones amistosas; pues como impusiera á sus gentes la obligación de tratarlos con amabilidad, castigando con rigor toda acción en contrario, despertó en ellos tal confianza que hasta le recibían en sus chozas y se entusiasmaban con los pequeños regalos que les hacía.

Lo que más particularmente llamaba la atención de los salvajes era el uso que del hierro hacían los extranjeros, y un día su asombro llegó al colmo al ver la facilidad con que caía un árbol corpulento á los hachazos de las gentes de Cabral, y con el cual árbol mandó éste hacer una cruz, que el día 1.° de mayo fué erigida en señal de haber tomado posesión del país, para lo cual estaban autorizados los portugueses, no tan sólo por el derecho que para ello les daba el haberlo descubierto, sino á la vez por el decreto del papa Alejandro VI que, como es sabido, en su bula apostólica de 4 de mayo de 1493 había repartido entre las dos naciones rivales (Portugal y España) los países todavía sin descubrir de tal manera, que los situados al Oeste de la línea de demarcación pertenecían á la segunda y los situados al Este á la primera de dichas naciones.

Con arreglo á lo estipulado por el decreto de 7 de junio de 1494, correspondió á Portugal la mayor parte del Brasil.

Antes de abandonar Cabral el país para proseguir su viaje á la India, envió á su capitán Gaspar de Lemos á Portugal con la noticia de su importante descubrimiento, é inmediatamente el rey D. Manuel mandó en el año de 1501 una expedición para que reconociese con todo detenimiento el país de la Santa Cruz. Dicha expedición iba á las órdenes de Gonzalo Coelho, y formaba parte de ella como cosmógrafo el florentino Américo Vespucio. Como este viaje ha sido descrito en el segundo tomo de esta obra, nos abstenemos de ocuparnos en él.

Después del regreso de Coelho á Portugal, que tuvo efecto el día 7 de septiembre de 1502, marchó una nueva expedición al Brasil á las órdenes de Cristóbal Yacques, y á lo que parece, éste navegó por toda la costa Este de la América del Sur, desde Bahía hasta el Estrecho de Magallanes, izando en muchos parajes la bandera lusitana. A la vez que Cristóbal Yacques hacía este viaje, dirigía una nueva campaña hacia el mismo punto Gonzalo Coelho, campaña en la cual parece que también le acompañó Américo Vespucio.

No tardó mucho en ser reconocida la gran importancia del país descubierto y el mucho valor de los productos de su suelo. Principalmente abundaba en él la tan buscada madera de tinte denominada científicamente *Cæssalpina echinata*, lo cual hizo que se fijara la atención del mundo comercial en el país de la Santa Cruz, siendo por espacio de largo tiempo este producto el único rendimiento de importancia que proporcionó el país descubierto. Dicha madera, á causa de su vivo color

parecido á las ascuas ó brasas, fué llamada desde entonces *palo brasil,* por lo cual se bautizó al pedazo de costa donde se encontró por vez primera con el nombre de Brazil ó Brasil, que se extendió después á todo el país.

Durante los años de 1502 á 1516 se llevaron á efecto algunas tentativas de colonización, pero no siempre se obtuvieron en ellas felices resultados, pues habiéndose cometido la imprevisión de fundar las colonias á gran distancia unas de otras, de tal manera que carecían de todo medio de comunicación entre sí, aconteció con frecuencia que sus moradores murieron de hambre, cuando no fueron víctimas de los ataques de los indios.

En cuanto al reparto del país, cuestión en la que se cometió el funesto error de poblarlo con individuos en su mayoría criminales deportados y aventureros, el gobierno portugués observó la misma conducta que el español había observado y seguía observando en sus colonias. Concedió á aquellos nobles que contaban con recursos suficientes para fundar esta clase de establecimientos grandes territorios á título de feudo, y de esta manera fueron muchos los que consiguieron al morir dejar á sus herederos una *capitana,* ó sea un territorio que por la parte de la costa alcanzaba una extensión de cincuenta ó más millas, pero que era ilimitado por el interior del país. Los que eran propietarios de una de estas *capitanas* tenían derecho á fundar colonias en sitio conveniente, en las cuales podían hacer justicia por sí mismos, dictar leyes, imponer tributos, etc., como asimismo les estaba permitido tener los esclavos indígenas que quisiesen y enviar anualmente un número fijo de éstos para venderlos en el mercado de Lisboa. El rey se reservaba el derecho de vida ó muerte, la acuñación de moneda y el 10 por 100 de todos los beneficios.

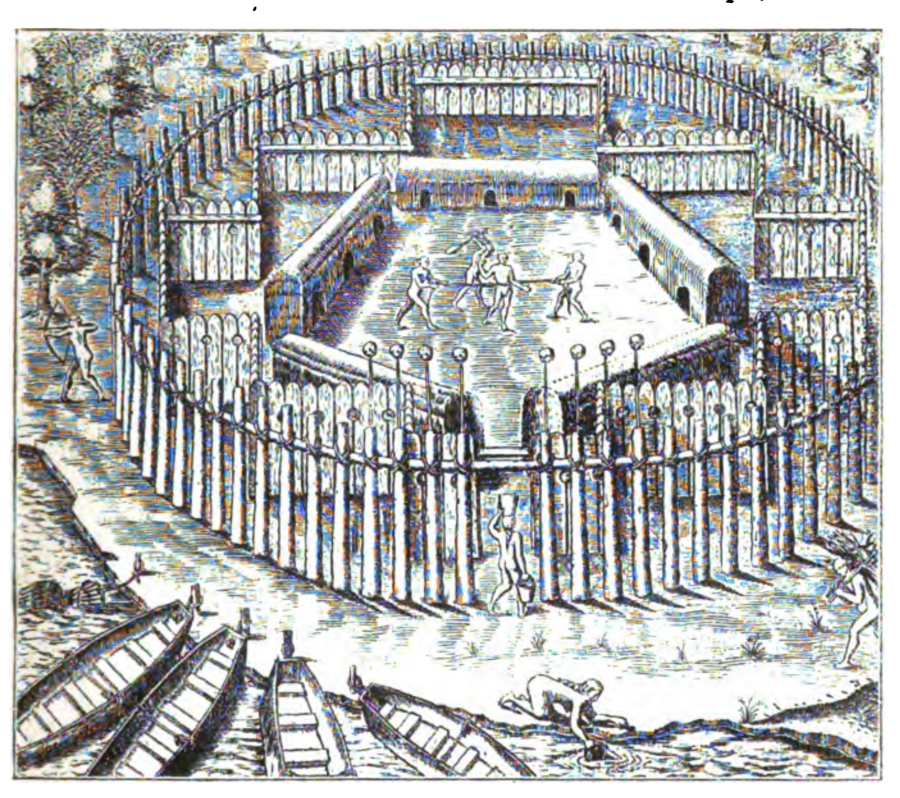
El principal y más poderoso de estos señores feudales fué D. Martín Alfonso de Sousa, que marchó en persona al Brasil en el año de 1531 para tomar posesión del feudo que se le había concedido en la costa meridional del país. Con tal motivo penetró en la magnífica bahía descubierta en 1515 por Juan Díaz de Solís, y á la que en 1519 dió Magallanes el nombre de bahía de Santa Lucía. El citado Sousa, que entró en ella el día 1.° de enero de 1532, la tomó equivocadamente por la embocadura de un gran río, y para conmemorar aquella fecha la denominó Río de Janeiro.

Luego de haber sostenido con los indígenas algunos combates consiguió Sousa tomar posesión de sus dominios y fundar en ellos la colonia de San Vicente.

Acerca del género de vida que hacían los habitantes de aquellas colonias, puede verse una relación por todo extremo interesante en los apuntes del alemán Hans Stade, que fueron publicados por él mismo en Francfort

del Main con el título de *Warhafftig Historia* (Historia Verdadera), y en los cuales describe detalladamente sus correrías (1).

En dicha relación se trata extensamente de los indios tupis, entre los



Pueblo fortificado de los indios tupis. (De un grabado del siglo XVI)

cuales estuvo el autor prisionero más de un año, viéndose expuesto diariamente á ser devorado por ellos.

Las chozas en que estos indios habitaban tenían generalmente 12 metros de ancho por 15 de largo, y las levantaban, con preferencia á otros, en

(1) El título completo de este libro es el siguiente: *Verdadera historia y descripción de un país habitado por salvajes y desnudos antropófagos en el Nuevo Mundo ó América, y desconocido antes y después del nacimiento de Cristo hasta estos dos últimos años en que le ha conocido por propia experiencia Hans Stade, natural de Hamburgo, en Hessen, y ahora lo da á luz por medio de la imprenta.*

Una nueva edición de esta obra rarísima fué publicada, á instancias de Kluepfel, en la *Biblioteca de la Unión literaria de Stuttgart*, en el año de 1859.

aquellos lugares en que calculaban que abundaban la caza y la pesca. Estaban cubiertas con un techo construído con hojas de palmera, y *abiertas por dentro*, según palabras textuales de Stade, que además dice: «Cada uno de los cónyuges tenía á un lado de la choza un aposento separado de 12 pies de largo, y al otro lado había otro para otro matrimonio, de manera que las chozas están repletas de moradores y cada uno de ellos tiene su hogar propio. Cada choza tiene tres puertas, tan bajas que es preciso inclinarse bastante para poder pasar por ellas. El departamento habitado por el jefe se halla instalado en el centro de la vivienda. Los pueblos más pequeños de los tupis constan de siete ó más viviendas, separadas entre sí por un espacio para dar en él muerte á los enemigos.

»Los tupis son bastante aficionados á levantar fortificaciones en derredor de sus chozas, las cuales fortificaciones construyen del modo siguiente: hacen una empalizada de troncos de palmera cortados á lo largo por mitad, y los clavan en el suelo hasta que la altura de ellos sobre el nivel de la superficie viene á ser de toesa y media ó poco menos, clavándolos tan próximos uno de otro que no es posible que penetre por entre ellos ninguna flecha, y de trecho en trecho dejan unas troneras ó aspilleras para por ellas poder hacer sus disparos los que se hallan en el interior. En derredor de esta empalizada construyen otra de más altas y gruesas estacas, pero no las ponen tan juntas como en la anterior, sino que entre una y otra dejan un hueco que no permita el paso de una persona. Algunos indígenas acostumbran á clavar en ellas á la puerta de sus chozas las cabezas de los enemigos que han devorado.»

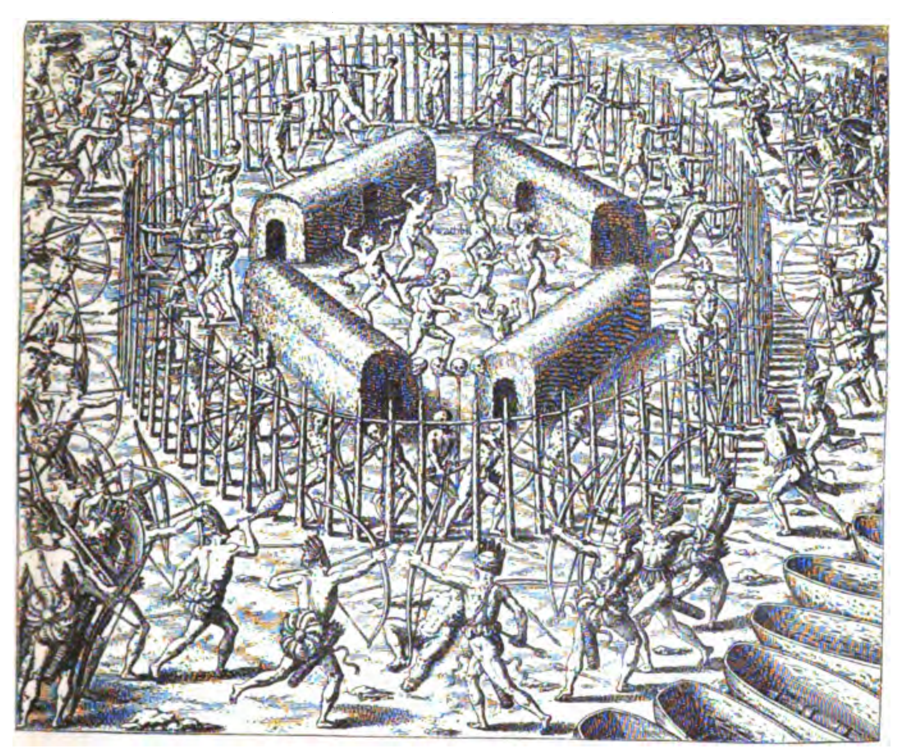
Por camas usan unos objetos á que dan el nombre de *juni* (hamacas), fabricados con hilos de algodón, y para dormir las suspenden de dos estacas. Toda la noche tienen el hogar encendido.

El fuego lo obtienen por un procedimiento que es el más usual en toda la América, y el cual explica Stade con las palabras siguientes: «Cogen dos trozos de madera, y los estregan uno contra otro hasta que sale de ellos un polvo que se inflama al calor producido por la frotación.»

Todas sus armas consisten en arcos y flechas, las cuales no abandonan nunca. «A todas partes, dice Stade, llevan sus armas consigo, lo mismo cuando van al bosque que cuando bajan al mar ó á los ríos. Cuando marchan por el bosque llevan la cabeza levantada para ver si en la copa de los árboles hay algún ave oculta, en cuyo caso la persiguen hasta apoderarse de ella. Lo mismo hacen con los peces cuando viajan por la orilla del mar, y en cuanto observan que alguno se mueve disparan sobre él sus flechas, con tan buena puntería que rara vez dejan de hacer blanco. Algunos peces grandes, al sentirse heridos, se sumergen precipitadamente,

pero entonces el indio se arroja al agua, y suele también sumergirse hasta una profundidad de seis brazas.»

Para la pesca, la cual suelen practicar varios indios reunidos, se sirven



Indios tupis rechazando el ataque de un pueblo suyo. (De un grabado del siglo XVI)

de unas pequeñas redes construídas con fibras vegetales. Las piezas que cogen se las reparten por igual entre todos, y el pescado que no se comen inmediatamente lo curan al humo y lo guardan para hacer frente á las épocas de escasez. Allí donde las condiciones del terreno se prestan á ello hacen plantaciones de mandioca, cuya alimenticia y sabrosa raíz, no sólo les proporciona harina para hacer pan, sino que también con su jugo les da una bebida embriagadora. La manera de fabricar ésta la explica Stade del siguiente modo:

«Las mujeres preparan las bebidas; para ello llenan unas ollas con raíz de mandioca, las ponen al fuego, y cuando la raíz está bien cocida la sacan de aquellas ollas y la echan en otras para que se enfríe. Entonces las jóvenes, formando corro en derredor de las ollas, van sacando las raíces y

mascándolas, después de cuya operación las van echando en otra vasija preparada de antemano. Mascadas que han sido todas, vuelven á colocarlas en las primeras ollas, las llenan de agua nuevamente, y después de bien mezclado todo lo ponen al fuego otra vez. Medio enterradas en el suelo tienen otras vasijas, de las cuales hacen el mismo uso que nosotros de los toneles, y en ellas echan el contenido de las ollas, el cual por medio de la fermentación adquiere fuerza, y pasados dos días beben de él hasta embriagarse. Cada choza fabrica sus bebidas, y una vez al mes se reunen todos los habitantes del pueblo en alegre fiesta, y van de vivienda en vivienda probándolas hasta apurarlas todas. Para ello se sientan alrededor de las vasijas, y las mujeres van escanciando bebida y repartiéndola con un orden perfecto. Cuando ya no queda nada que beber se levantan, cantan y bailan, y la fiesta se prolonga toda la noche, oyéndose desde larga distancia el ruido infernal que producen las trompetas que tocan los indios embriagados.»

Los indios tupis celebran también grandes banquetes cuando matan y devoran algún prisionero, cuya fiesta va acompañada de gran ceremonial.

Refiriéndose á estos indígenas dice Stade:

«Los tupis son de constitución endeble, de rostro sumamente atezado, y van completamente desnudos. Se desfiguran pintándose mucho y no usan barba, pues se la arrancan de raíz á medida que les crece. Los hombres llevan la cabeza rasurada lo mismo que los frailes, y en derredor de ella se atan porción de plumas rojas, lo cual constituye un adorno. Valiéndose de un pedacito de asta de ciervo se horadan el labio inferior cuando son muy jóvenes, y en la cavidad ó agujero practicado meten una piedrecita ó un trocito de madera y luego lo embadurnan con una pomada. El agujero queda abierto hasta que se encuentra el individuo en edad conveniente para soportar los rigores de la guerra, en cuyo caso lo agrandan é introducen en él una piedra verde de bastante tamaño, trabajada de tal modo que la punta más estrecha quede hacia dentro del labio, y la más gruesa cuelgue hacia fuera, y cuyo peso hace que siempre lleven el labio colgando. En cada lado de la cara se meten también una piedrecita.

»Fabrican collares blancos con los caracoles de mar, con los cuales se adornan el cuello, y en los brazos se ponen unos adornos de plumas. Se pintan el cuerpo de negro, y además se lo engalanan con plumas rojas y blancas pegadas á la piel con la goma que trasudan algunos árboles. Algunas veces suelen pintarse un brazo de negro y otro de rojo, haciendo lo mismo con las piernas y el resto del cuerpo. Usan también un adorno circular muy grande, fabricado con plumas de avestruz, y el cual se sujetan sobre las nalgas y cuando van á la guerra ó á alguna fiesta.

»Las mujeres se pintan del mismo modo, pero se dejan crecer el cabello, el cual llevan suelto en grandes y largas trenzas. Los hombres se dan á sí mismos los nombres de algunas fieras, pero se los cambian frecuentemente, pues acostumbran los padres á imponer uno de estos nombres á sus hijos en cuanto nacen, el cual nombre conservan hasta que, ya aptos para el ejercicio de la guerra, salen á campaña y dan muerte á algún enemigo. De allí en adelante, tantos enemigos como matan, tantos nombres se ponen. A las mujeres les dan nombres de pájaros, peces ó frutas, no usando más que uno mientras son jóvenes; pero luego, según el número de contrarios que su marido inmola, así ellas van aumentando también sus nombres.

»La mayoría de estos indios sólo tienen una mujer; algunos varias, y el soberano de trece á catorce. En el último caso tiene cada una su departamento propio, como igualmente la lumbre y las legumbres para su uso, y cuando el rey la visita tiene obligación la favorecida de darle de comer en su aposento.

»Usan un sonajero semejante á una calabaza y del tamaño de medio puchero de los regulares, utensilio que consideran sagrado. En dicho sonajero, que está hueco por dentro, practican con un palito un pequeño agujero por el que introducen porción de piedrecillas. Este instrumento se denomina *tamaraca.*

»Hay algunos hombres llamados *paygi* (1) á los que veneran como adivinos. Estos recorren anualmente una vez el país, entran en todas las chozas diciendo que ha estado á visitarlos un espíritu llegado allí desde lejanas tierras, y el cual les ha dado poder para que todas las *tamaracas* que quieran puedan hablar y conceder cuanto se les pida. Cada uno quiere entonces que aquella facultad le sea concedida á su sonajero, y con tal motivo celebran un banquete en el que, además de cantar, beber y profetizar, se practican mil extravagantes ceremonias. Luego los adivinos fijan el día en que han de transmitir su poder sobrenatural, entran en una choza, de la que hacen salir á todos sus habitantes, así hombres como mujeres y niños, y desde allí ordenan que cada cual pinte su *tamaraca* de rojo, que la adorne de plumas y se la lleve para darle el don de la palabra. La gente acude á la choza y los adivinos se sientan colocando delante de sí sus *tamaracas.* Los indígenas ponen las suyas al lado de aquéllas y después hacen regalos á los hechiceros para que no se olviden de sus sonajas. Los regalos consisten en flechas, plumas, pendientes, etc.

---

(1) Estos *paygi* ó *piai* guardan relación con los curanderos y hechiceros de los indios de la América del Norte. De la descripción de Stade se desprende que eran ventrílocuos.

Los adivinos cogen una por una las *tamaracas*, las inciensan con el humo de una hierba llamada *bittin*, se aplican á la boca la sonaja, la hacen sonar y le dirigen las siguientes palabras: *Nee Kora, habla, y dí si estás ahí dentro.* Luego se oye un murmullo que los indios no saben distinguir si es producido por el mismo adivino, sino que, por el contrario, convencidos de que es una palabra pronunciada por el espíritu que habita dentro del sonajero, reconocen desde entonces el gran poder de su *tamaraca.*

»Convertidas ya todas las sonajas en dioses por el hechicero, cada indio coge la suya, la encierra después en una pequeñísima choza construída expresamente para ella, da el nombre de *hijo querido* al espíritu que en ella mora, y después de cuidar con suma solicitud de colocar enfrente de ella comida suficiente para una persona, le pide mercedes y alivio á sus tribulaciones con la misma devoción que nosotros se los pedimos al verdadero Dios.»

Y concluye Stade diciendo: «Yo, al ver la astucia del adivino y la credulidad de los indígenas, salí de la choza pensando en la gran ignorancia y el cúmulo de supersticiones de que aquel pueblo se hallaba poseído.»

No tardó mucho en ser imitado el ejemplo de Sousa, el fundador de las colonias sudbrasileñas, y en su consecuencia se establecieron las capitanas de San Amaro (hoy Río Grande), Tamaraco, Parahyba, Espíritu Santo, Puerto Seguro, Ilheos y Bahía. Se fundaron igualmente varios pueblos y ciudades, y se llevaron á efecto gran número de expediciones, las cuales en un principio se limitaron á explorar los territorios de la costa.

Los mamelucos ó paulistas fueron los primeros que se aventuraron á penetrar en el interior del país. Esta raza especial, oriunda de San Pablo (Brasil), y á la que adornaba una clarísima inteligencia y una gran energía, tuvo su origen en la mezcla de los primeros colonos portugueses con las mujeres indias. A estos mestizos se unieron tiempo adelante infinidad de aventureros de raza blanca procedentes de diversas nacionalidades, y todos juntos constituyeron en San Pablo una especie de República, que pagó tributo al rey de Portugal hasta que éste cayó con todas sus colonias bajo el dominio de España. Al verificarse este acontecimiento, los paulistas, en vez de someterse, no reconocieron la soberanía española, oponiendo enérgica resistencia á todo cuanto se relacionaba con esta nación.

La afición á los descubrimientos constituía el carácter peculiar de esta raza. Acostumbrados los paulistas á las adversidades inherentes á una vida errante; insensibles á todo padecimiento físico; perseverantes en todas sus empresas; acostumbrados á despreciar y aun á desafiar continuamente los peligros, y sobrios hasta el extremo de tener suficiente alimen-

to con la caza que el país les ofrecía y las raíces silvestres del suelo, dedicaban su existencia nómada en parte á buscar oro y piedras preciosas, y en parte también á batir á los salvajes y reducirlos á la esclavitud. En compactas cuadrillas se internaban resueltamente en el corazón mismo del país para ellos por completo desconocido, siempre capitaneados por astutos y valerosos jefes, á los que llamaban *certanistas*, y aprovechándose principalmente de los ríos para vías de comunicación.

Aquí sólo podemos mencionar algunas de las campañas de aventura realizadas por los paulistas, entre los cuales ocupa el primer término la llevada á efecto por Alejo García á la cabeza de su hueste, que por el año de 1533, atravesando el Paraguay, llegó hasta los Andes.

El segundo lugar corresponde á la que posteriormente capitaneó Manuel Correa, el cual penetró hasta las inacabables é intrincadas selvas de la provincia de Matto Grosso, á las que debe su nombre (*matto*, bosque; *grosso*, grande).

Todavía vive en el recuerdo de los portugueses el nombre del célebre Bartolomé Bueno, que en el año de 1670 descubrió las ricas minas de Goyaz, y el cual, cuando partió con dirección á las desiertas selvas del mismo nombre, llevó en su compañía á su hijo, niño entonces de doce años.

Al arribar Bartolomé al territorio de los indios goyás, observó que las mujeres iban engalanadas con adornos de oro, y habiendo preguntado por su procedencia, le dijeron que se criaba en las inmediaciones. Bueno falleció en el transcurso de su viaje de retorno á la costa, pero el recuerdo de aquella expedición en busca de los yacimientos del precioso metal se conservó indeleble en la memoria del hijo, el cual, al descubrirse en el año de 1719 las ricas minas de Cuyabá, se sintió poseído del deseo de ir á buscar los lugares que había visitado en compañía de su padre cuando niño. Al efecto, con la protección del gobernador Rodrigo César de Menazes, y al frente de un numeroso ejército expedicionario, partió en el año de 1722 en dirección al país de los goyás. Pero todas aquellas señales que conservaba en la memoria, por haberlas visto hacía cincuenta y dos años, y que podían servirle de guía, no existían ya, y entonces dedicó todos sus afanes con inquebrantable resolución é increíble perseverancia á buscar aquel encantador pedazo de tierra que por espacio de más de medio siglo había absorbido toda su atención. Tres años luchó sin tregua con tal objeto, pero inútilmente, viéndose al fin obligado á regresar á San Pablo.

Aquel fracaso no consiguió hacerle desistir de su propósito, pues pocos meses después atravesó de nuevo aquellos bosques en que no se encontraba ni el más leve sendero que pudiera orientar al caminante, y luchando con dificultades inmensas logró por fin llegar con felicidad al territorio de los goyás, y apoderándose de algunos de éstos, el incansable

explorador hizo que le acompañaran al paraje donde había estado emplazado en otro tiempo el campamento de sus mayores. Al instante de llegar reconoció Bueno los lugares que hacía tantos años había visitado en unión del autor de sus días, halló en seguida las ricas minas objeto de todos sus afanes, é inmediatamente se dió comienzo á su explotación, sacándose el oro en tal abundancia que muy pronto se pobló la comarca con los colonizadores y mineros que de todas partes acudieron.

Casi en la misma época fueron también descubiertos por Antonio Rodríguez y otros dos paulistas, llamado el uno Manuel Garao y el otro Salvador Fernández, los ricos criaderos de oro de la provincia de Minas Geraes.

A las mencionadas expediciones siguieron las de otros *certanistas* cuyos nombres no ha conservado la Historia.

Entre el sinnúmero de aventureros que recorrieron aquellas comarcas, merece mención especial Pascual Moreira Cabral, que en 1719, navegando por el Cuchipo, encontró algunos fragmentos de oro; y después, al observar que los naturales del país usaban adornos del mismo metal, fundó una colonia en San Pablo, que se vió poblada en cuanto nuevos reconocimientos dieron á conocer las inmensas riquezas que contenían aquellas montañas, pues sólo de San Pablo salió hacia allí en 1725 una caravana compuesta de 300 personas, de las que muy pocas llegaron á su destino á consecuencia de los combates que en el transcurso de la expedición tuvieron que sostener con los indios payaguas, guaycurus y bororos.

Estos tres pueblos indígenas se habían unido para la defensa común. Los payaguas eran excelentes navegantes, por demás ágiles para viajar por los ríos, y los guaycurus eran muy buenos jinetes y se habían consagrado á la cría caballar desde que los españoles introdujeron esta raza de animales en Asunción. Unos y otros salían con frecuencia al encuentro de los paulistas, los atacaban con denuedo, y eran tantas sus victorias que éstos se vieron precisados en 1736 á buscar un nuevo camino para ir desde Goyaz á Cuyabá. Mil quinientos hombres, llevando gran número de caballos y reses vacunas, marcharon á Matto Grosso, desde cuyo punto enviaron á San Pablo aquel mismo año 80 arrobas de oro.

Los paulistas, alentados por el gran éxito alcanzado, extendieron sus exploraciones á los países interiores del Continente sudamericano, y en ellas descubrieron aquella larga serie de grandes ríos pertenecientes á los territorios que surca el Marañón, y cuyas ramificaciones se extienden casi hasta las faldas de las inaccesibles montañas.

A la intrépida travesía verificada en 1742 por Manuel de Lima acompañado de cinco indios, tres mulatos y un negro, con los que salió de la colonia de Matto Grosso, se deben las primeras noticias del caudaloso río

Madeira ó Madera. Descendían los diez aventureros por el Guaporá en una canoa, y después de haber pasado del paraje donde las aguas de éste se unen á las del Mamoré, penetraron en el verdadero Madera, y navegando por él hasta su desembocadura en el Marañón ó Amazonas, llegaron



Indios del interior del Brasil cazando pájaros
De un grabado del *Voyage pittoresque au Brésil*, de J. B. Debret

con toda felicidad á la ciudad de Santa María de Belén de Gran Pará, ciudad fundada por Francisco de Caldeiro en la desembocadura del último río citado en el año de 1616.

Por entonces surcó también las aguas del Marañón Joaquín Ferreira, y cuatro años después (1746) Juan de Sousa, al descender por el Arinos y el Tapajos, descubrió un nuevo camino de navegación que conducía hasta el Marañón y la ciudad de Pará.

A la extensa relación de aquellos valerosos exploradores que tan resueltamente se aventuraban á penetrar en los países desconocidos sin pa-

rarse á considerar el cúmulo de obstáculos y peligros que tendrían que salvar, hay que añadir el nombre del temerario Fernández Tourinho, que en el año de 1572 subió por el río Doca hasta el interior de aquella Suiza brasileña perteneciente á la provincia de Minas Geraes, la cruzó hasta Inquitinhonha, y siguiendo el curso del mencionado río llegó hasta su desembocadura en el mar.

Dicho explorador encontró en su expedición un pueblo indio sumamente guerrero, á cuyos individuos tiempo adelante denominaron los portugueses *coroados*, esto es, tonsurados, en atención al modo como se cortaban el cabello. Estos indígenas, no obstante ser menos salvajes y crueles que los botocudos, no dejaban de ser enemigos muy peligrosos, y por eso los temían todos los pueblos vecinos. Con gran frecuencia sostenían guerras, principalmente con los puris, y en todas ocasiones se hallaban solícitos y dispuestos á acudir á la señal de alarma dada por el cuerno ó trompeta guerrera de sus jefes. A los vencidos les cortaban un brazo, cuyo miembro constituía para ellos un signo de victoria, lo introducían en la vasija que contenía su licor favorito y luego lo chupaban.

Los *coroados* eran muy buenos cazadores, perseguían con gran constancia y habilidad toda clase de animales; imitando con suma perfección sus gritos ó sus aullidos sabían atraerlos hacia las trampas que al efecto habían colocado, ó bien, escondiéndose entre los matorrales, los acechaban hasta tenerlos al alcance de sus flechas certeras.

Estos indios conservaban sus muertos en unas grandes vasijas de barro, cuyo cadáver colocaban dentro de ellas como si estuviera sentado, y luego las enterraban en la choza que el muerto había habitado.

Impulsados por la sed de oro que sentían, los portugueses Antonio Díaz Adorno, Marcos de Acevedo y Antonio Rodríguez en 1693; Bueno en 1694; Manuel García en 1695; y Fernando Díaz Páez y Manuel de Balboa Gato y otros varios, hicieron también grandes correrías por aquellos países agrestes y montañosos, á los que en consideración á su abundancia en metales se los denominó Minas Geraes (Minas Generales).

La gran abundancia de los más valiosos productos de la naturaleza que en el Brasil se descubrían un día tras otro no tardó en llamar hacia aquel punto la atención de otras naciones, cuyos expedicionarios presentáronse al principio como meros comerciantes, pero que no dejaron transcurrir mucho tiempo sin demostrar el verdadero móvil que les guiaba. Pronto se vieron surcando sus mares barcos piratas franceses, holandeses é ingleses, los cuales apresaban á los navegantes procedentes del Brasil, cuyos buques solían ir cargados de riquezas, ó bien, desembarcando, saqueaban los pueblos de la costa.

Semejante situación empeoró en gran manera al caer Portugal en 1580

bajo el dominio de España, en cuyo estado permaneció hasta el año de 1640. Y como los portugueses no tuvieron la energía suficiente para rechazar las piráticas correrías de franceses, holandeses é ingleses, no tardaron éstos en fundar colonias en el Brasil. Los franceses se establecieron en la bahía de Río de Janeiro; los holandeses llegaron, en 1624, con una escuadra compuesta de 23 buques, 500 cañones, 1,600 marineros y 1,700 soldados, frente á San Salvador (hoy Bahía), atacaron y tomaron esta ciudad y sometieron á su dominio todo el territorio hasta Río Grande del Norte y la ciudad de Fernambuco.

Es verdad que los portugueses lograron, en un lapso de tiempo relativamente corto, librarse de la invasión francesa; pero no lo es menos que para arrojar á los holandeses del suelo brasileño tuvieron que sostener por espacio de muchos años serios y sangrientos combates, imponerse enormes sacrificios morales y materiales y entablar pesadas negociaciones. Y además de esta tremenda lucha con los holandeses tenían que defenderse de los ataques continuos de los indios tupinambos que, amigos y aliados de los franceses, los comprometían incesantemente en sangrientas escaramuzas, y finalmente con los salvajes aymorés y botocudos, que saliendo como una avalancha del interior del país, devastaron toda la parte de costa comprendida entre Río de Janeiro y San Salvador.

La paz entre Portugal y Holanda no tuvo efecto hasta el año de 1661, y eso porque esta última nación cedió á la primera todas sus conquistas mediante una indemnización de ocho millones de florines. Así terminó la larga lucha sostenida entre ambas por la posesión del Brasil, que quedó bajo el dominio portugués hasta el año de 1822, fecha en que tuvo lugar la proclamación de la independencia de esta colonia de la madre patria.



Antigua hacha de combate brasileña
Se conserva en el Museo Real de Historia Natural de Viena

VIAJES DE JUAN Y SEBASTIÁN CABOT

La noticia del grandioso descubrimiento realizado por Cristóbal Colón en 1492 circuló rápidamente por toda Europa causando en todas partes gran sensación, efecto que, como es natural, llegó á su colmo en aquellas naciones que desde hacía mucho tiempo venían realizando trabajos y habían mandado expediciones en busca de aquellas islas y países situados al Oeste del Océano Atlántico, y de cuya existencia estaban más ó menos convencidos todos los hombres pensadores del siglo XV. El calor con que fué discutida en Inglaterra la travesía gloriosa del célebre genovés, se deduce de las siguientes frases de Cabot, de las cuales queda hecha referencia en el tomo primero:

When newes were brought, that Don Christopher Colonus, Genoese, had discovered the coasts of India, where of was great talke in all the Court of King Henry the 7, wo then raigned, insomuch that all men with great admiration affirmed it to be a thing more divine than humane, to saile by the West into the Easte, where spices growe, by a map that was never knowen before—by this fame and report there increased in my heart a great flame of desire to attempt some notable thing.

Llevados los ingleses de su espíritu emprendedor y activo, no tardaron en porfiar á los españoles los derechos de descubrimiento del Nuevo Mundo, ignorantes por completo de la existencia de la bula pontificia fechada en 3 de mayo de 1493, por la que el papa Alejandro VI, según queda consignado anteriormente, dividió la Tierra en dos porciones y señaló á los reyes de España y Portugal la parte que á cada cual correspondía.

Como era consiguiente, semejante acto de arbitraje descontentó sobremanera á las demás naciones; y si bien es verdad que los franceses, bien por respeto á las decisiones del Papado, ó bien por el temor de incurrir en excomunión, no se atrevieron á protestar contra semejante reparto, los estados que se habían desligado de la supremacía del Papa, no reconociendo ninguna autoridad á la mencionada bula, no vacilaron en asegurarse una parte de territorio en el Nuevo Mundo.

Los primeros que quebrantaron la prohibición consignada en el citado

documento del Pontífice romano fueron los ingleses, estimulados por el italiano Giovanni Cabotto (Juan Cabot), ó John Cabot, como le llaman los hijos de la Gran Bretaña. Este, al igual que su insigne compatriota Cristóbal Colón, había nacido en Génova ó en sus cercanías, y habitó por espacio de mucho tiempo en Venecia, donde tomó carta de naturaleza en el año de 1476, siendo muy probable que en 1490 fuese cuando llegó á Inglaterra juntamente con su esposa y sus tres hijos, llamados respectivamente Ludovico, Sebastián y Sancio, estableciéndose en Bristol (1).

En esta ciudad marítima, ya en aquella época muy importante, parece que Juan se dedicó al comercio y á trabajos cosmográficos, y como cosmógrafo inició la organización de diversas expediciones costeadas por los activos comerciantes de Bristol para ir en busca de la isla del Brasil y de las siete ciudades.

No se sabe con certeza en qué fecha tuvo efecto el primer viaje, pero es probable que fuera después del primero de Colón.

Y por más que las primeras tentativas no dieron ningún resultado po-

---

(1) Como prometimos al dar la biografía de Sebastián Cabot, á continuación se inserta la de su padre, Juan, que, como aquélla, ha visto la luz en el volumen IV del *Diccionario Enciclopédico* que está publicando esta casa editorial. Dice así:

«Juan Cabot, célebre navegante al servicio de Inglaterra, floreció á fines del siglo décimoquinto. Completó el descubrimiento del Nuevo Mundo, poniendo, antes que ningún otro europeo, el pie en el Continente americano. Había nacido en Venecia, pero sus relaciones comerciales le obligaron á fijar su residencia en Bristol, adonde se trasladó toda su familia, y adoptó por último como patria á Inglaterra. Comenzaba por aquel tiempo la decadencia política y comercial de Venecia. Cabot, al tener noticia del descubrimiento efectuado por Colón, propuso á Enrique VII de Inglaterra que se buscase un paso por el N. O. para ir al Catay. Sabía aquel monarca que el veneciano era un profundo cosmógrafo y un navegante experimentado; poseía además Enrique VII una verdadera ilustración, y tenía la triste experiencia de haber aceptado demasiado tarde los ofrecimientos que Cristóbal Colón le hiciera en tiempos anteriores por medio de su hermano Bartolomé. Decidido por este conjunto de causas, aprobó en seguida el proyecto de Cabot, y remitió á éste una comisión por la que le autorizaba, á él y á sus dos hijos, para tomar cinco naves de la Armada Real, para navegar por todos lo mares, para someter á su pabellón todas las tierras que descubriesen, y para reservarse el quinto de los provechos de la expedición, no imponiéndoles más obligación que la de regresar al puerto de Bristol. Este documento lleva la fecha de marzo de 1495. En la primavera del año siguiente dióse Cabot á la vela con su hijo Sebastián, á quien estaba reservada la gloria de continuar sus descubrimientos en el Continente americano. Parece imposible que un navegante tan instruído como Juan Cabot no llevara un diario de su viaje, y así puede creerse que la negligencia ó la política británica han impedido el que tan valioso escrito sea conocido. El único relato auténtico del viaje de Juan Cabot se halla en una carta de su hijo Sebastián, que los historiadores del tiempo de Isabel aseguran haber visto en la Galería Real de Whitehall. He aquí este relato tomado de Lediard, quien, á su vez, parece que lo tomó de Purchas: «El año de gracia de 1497, Juan Cabot, veneciano, y su hijo Sebastián, partieron de Bristol con una flota

sitivo, no por eso desmayaron en su propósito, sino que con mayor ardimiento perseveraron hasta que sus esfuerzos se vieron coronados de éxito.

La última travesía, que fué la que alcanzó la gloria del descubrimiento, la dirigió el mismo Juan Cabot en persona, que acompañado de su hijo Sebastián y de 18 hombres tan sólo, se hizo á la vela desde el puerto de Bristol en un pequeño barco llamado *Matthew* (1), el día 2 de mayo de 1497. Acerca de este viaje da los pormenores siguientes una carta (2) del mercader veneciano Lorenzo Pascualigo, dirigida desde Londres en 23 de agosto de 1497 á sus hermanos residentes en Venecia:

«Nuestro paisano el veneciano, que salió de Bristol con un barco en busca de una nueva isla, se encuentra ya de regreso, y refiere que después de navegar 700 leguas descubrió tierra firme en el territorio del Gran Jan. Entonces navegó un trayecto de 300 leguas á lo largo de la costa, desembarcó después en ella, sin que por ninguna parte hallara ser humano; lo que sí encontró, y ha traído consigo, fueron algunas trampas de las que usan en aquel país para cazar á las fieras, como asimismo una aguja de hacer redes. Vió también algunos árboles cortados, indicios todos de que

---

inglesa, y descubrieron esta tierra que nadie antes había hallado: esto fué el 24 de junio, á las cinco de la mañana. Llamáronla *Primera vista*, porque fué la primera que divisaron por encima del mar. Dieron á la isla situada delante del Continente el nombre de isla de *San Juan*, porque arribaron allí, según parece, el día de San Juan Bautista. Los habitantes de esta isla iban cubiertos de pieles de animales, con las que se creían muy adornados.» Purchas agrega que se servían en sus guerras de arcos, ballestas, picas, dardos, mazas de madera y hondas. Hallaron (los descubridores) que el terreno era estéril en varios sitios y que tenían pocos frutos; que estaba lleno de osos blancos y de ciervos, mucho más grandes que los de Europa; que producía cantidad de pescados, y éstos de la especie más grande, como las vacas marinas y los salmones. Encontráronse lenguados de tres pies de largo, y mucho pescado del que los salvajes llamaban *baccalao*. Vieron también perdices, halcones y águilas, pero con la singularidad de que eran todos negros como cuervos. Esta primera tierra que Cabot descubrió en 1497 era el Labrador. La costeó hasta el Cabo de la Florida, y volvió á Bristol con rico cargamento y tres salvajes vivos, testimonios de su descubrimiento del Continente americano, pisado por Colón un año después, en 1498. Por esto propuso el historiador Purchas que el Nuevo Continente fuese llamado *Cabotiana*. A su regreso á Inglaterra Juan Cabot fué recibido con una distinción tal que durante mucho tiempo dijeron los historiadores: «Juan Cabot ha sido para Inglaterra lo que es para España Cristóbal Colón; éste descubrió á los españoles las islas, y aquel hizo descubrir á los ingleses el Continente americano.»

(1) El nombre de esta embarcación se encuentra consignado en la *History and Antiquities of Bristol*, 1789, p. 172, y en la *Enciclopedia Británica*, artículo *Bristol*, en el que, basándose en manuscritos antiguos, se dice que el *Matthew* se hizo á la mar el día 2 de mayo y que volvió el 6 de agosto. (Véase Winsor, *Narrative and Critical History of America*, vol. III, p. 53.)

(2) Véase *Venetian Calender*, I, 262, *Proceedings of the American Antiquarian Society for october*, 1866.

el país está habitado, pero se volvió á su barco sin cerciorarse por completo de ello. Ha estado tres meses en camino. Cuando regresaba vió hacia la parte Sur dos islas, pero no quiso anclar y desembarcar en ellas por no perder tiempo, pues comenzaban á escasear las provisiones. Esta noticia ha regocijado al rey sobremanera. Cabot asegura que en aquellas regiones es más lento el flujo y reflujo de los mares y que llevan distinto rumbo que aquí.

»El rey le ha ofrecido que en la próxima primavera se alistarán diez barcos que serán puestos á las órdenes de nuestro compatriota, y accediendo á sus ruegos le ha concedido, para tripular esta escuadra, todos los presos que necesite, á excepción de los reos de alta traición. Igualmente le ha proporcionado medios de subsistencia, y en la actualidad reside Cabot en Bristol con su esposa, que también es veneciana, y sus hijos. Aquí le llaman Juan Cabot y le dan el título de Gran Almirante, dignidad á la que acompañan honores extraordinarios. Viste trajes de seda, y los ingleses van como locos detrás de él; así es que ha reclutado cuantos ha querido para tripular su barco. El descubridor erigió una cruz en el nuevo país, y junto á ella izó el pabellón inglés y el de San Marcos, éste último por ser veneciano, de manera que el estandarte de nuestra ciudad de Venecia ha ondeado en lejanas tierras.»

Otro dato de suma importancia acerca del viaje de Juan Cabot es el informe (1) de Raimundo de Soncino, embajador del duque de Milán en la corte de Inglaterra, que con fecha 18 de diciembre de 1497 dirigió á su señor desde Londres la carta siguiente:

«Bondadosísimo y esclarecidísimo señor: Por más que os encontréis abrumado de negocios, no dejará de agradaros el saber que S. M. (el rey Enrique VII) ha agregado á sus Estados una parte del Asia sin que le haya costado siquiera el tener que desenvainar la espada. Reside en este reino un veneciano llamado Joanne Caboto, hombre de grandes aptitudes y muy práctico en el arte de navegar, el cual, al ver que los reyes de España y Portugal se posesionaban de los países hasta el presente desconocidos, concibió el proyecto de tomar él también posesión de alguno de ellos en nombre de S. M. B. Al efecto, provisto de plenos poderes reales, por los cuales se le concedía la explotación de los territorios que descubriese, quedando reservado á la corona el derecho de posesión, hízose á la vela á bordo de un pequeño barco en compañía de 18 personas. Después de salir de Bristol, puerto situado en la parte occidental de este país, pasó bordeando las costas de Hibernia (Irlanda), hizo rumbo

---

(1) Este informe fué hallado en el archivo de la ciudad de Milán, y publicado en el año 1865 en el *Annuario Scientifico.*

inclinándose un poco al Norte y cruzó el Océano Atlántico. Luego dejando á su derecha la *estrella polar*, y después de haber navegado bastante tiempo, encontró un continente, y tomado que hubo posesión de él en nombre de Su Alteza, izando el pabellón británico, emprendió la vuelta.

»Como este maese Joanne es un pobre extranjero, no se hubiera dado crédito á sus noticias á no haber sido confirmadas por sus compañeros de expedición, que son ingleses en su mayoría, naturales de Bristol. Dicho maese Joanne posee una carta (mapa) en la que está representada la Tierra, y además *una esfera sólida* (globo) construída por él mismo. En ella está consignado el paraje donde desembarcó, y á la vez se demuestra que en su viaje navegando hacia Oriente había recorrido un gran trecho del país de Tanais. Lo mismo él que sus compañeros aseguran que es país muy fértil y de clima bastante benigno; creen que produce *brasilio* (palo brasil) y seda, y dicen que en aquellos mares es tal la abundancia de peces, que no solamente se sacan las redes llenas siempre que se echan, sino que hasta pueden cogerse con cestos, poniéndoles una piedra en el fondo y sumergiéndolos. En su consecuencia, afirman poder enviar tanto pescado á Inglaterra, que esta nación, no sólo no tendrá necesidad de surtirse en adelante de este artículo en Islandia, sino que, por el contrario, podrá establecer un gran tráfico comercial con esta clase de pescados, á los cuales dan el nombre de *stochfossi* (bacalao). Pero la imaginación de maese Joanne se ocupa en empresas más grandiosas. Intenta ahora penetrar más hacia Levante, desde los países ya anexionados, siguiendo á lo largo de la costa hasta encontrarse frente á una isla denominada Cipangu, que está situada en la región equinoccial, y en la cual, según él cree, hay reunidas cuantas especias se crían en el mundo, y además piedras preciosas. Cuenta que en su juventud estuvo en la Meca, á la que caravanas procedentes de las diversas partes del mundo llevaban toda clase de especias; y que habiendo él preguntado á aquellos mercaderes dónde se criaban éstas, contestáronle que lo ignoraban, pues ellos las obtenían, en unión de otros artículos propios de países muy lejanos, de otros mercaderes que tampoco sabían su origen. En vista de esto hace el veneciano la siguiente deducción: si los orientales aseguraban á los europeos que recibían dichos artículos de muy remotos países y los mercaderes de aquellas comarcas decían á éstos lo mismo, y así sucesivamente dicha respuesta iba dando la vuelta al mundo, era indudable que los últimos recibían las especias de aquellas regiones septentrionales que se hallan situadas precisamente al lado opuesto del Oeste. Y todo esto nos lo demostró con tal claridad y sencillez, que estoy del todo convencido de la exactitud de sus palabras y, lo que es más aún, el rey, que tan sabio y

emprendedor es, tiene una confianza ilimitada en maese Joanne, y me ha asegurado que cuida de que no le falte nada.

»Se dice que el rey piensa proporcionarle varios barcos y poner á su disposición todos los criminales para que pueda fundar en los nuevos países descubiertos una colonia, con cuyo concurso se pretende hacer de Londres un mercado de especias de más importancia que el de Alejandría. Muchos de los que tomaron parte en este viaje aseguran que con tiempo favorable se puede llegar á aquellos países en quince días. He hablado también con un borgoñón que ha formado parte de la expedición de maese Joanne, y no tan sólo me ha confirmado todo lo dicho por él, sino que dice que tiene vivos deseos de volver allá, pues el Almirante, que este es el nombre que aquí le dan, le ha regalado una isla á él y otra á su barbero, que es un genovés, y ambos se las echan de condes; esto no es extraño, pues el Almirante se da aires de príncipe. Creo que algunos pobres frailes italianos se agregarán á la expedición, pues les han prometido hacerlos obispos en aquel país. Yo, como amigo del Almirante, seré nombrado arzobispo si me decido á ir con ellos. Pero yo creo que las distinciones que para mí tiene dispuestas V. E. es cosa más segura. Por lo tanto os ruego que, en el caso de que existan estas vacantes, no me olvidéis durante mi ausencia, por más que os serán de mayor utilidad otras personas que tienen la dicha de estar al lado de V. E, que no yo, cuya ocupación principal en este país se reduce á comer diez ó doce platos en cada comida y estar, dos veces al día, sentado tres horas á la mesa, todo por causa de V. E., al cual me someto respetuosísimamente.

»Soy de V. E. su más sumiso servidor,

Raimundus.

»Londres 18 diciembre 1497.»

Estos auténticos informes bastan para confirmar que Juan Cabot, si no el primero, fué uno de los que antes presintieron la existencia de un paso occidental para ir á las Indias, y la cual existencia no ha logrado plena confirmación hasta los comedios del siglo actual. De la carta se deduce que Cabot emprendió su primer viaje desde Bristol en la primavera del año de 1497, y que regresó después de una ausencia de tres ó cuatro meses.

Acerca del rumbo con que navegó el *Matthew* no se poseen más extensas noticias que las contenidas en la carta de Raimundo, pues hasta el presente no se ha encontrado ningún diario de navegación de Cabot. Asimismo no se tiene la menor certeza acerca del punto en que los expedicionarios divisaron tierra por primera vez, pero es muy posible que

fuese en la costa del Labrador, pues en la carta de Lorenzo Pascualigo se consigna que las dos islas que vieron al regresar estaban situadas al Sur, y por lo tanto debían pertenecer á la isla de Newfoundland (Terranova).

Semejante conjetura parece confirmaría también un informe del cronista Pedro Mártir, al cual refirió Sebastián Cabot, que según parece tomó parte en aquel primer viaje de su padre, que habían visto porción de osos blancos que con sus garras cogían peces, de la cual referencia puede deducirse que aquel país era visitado en el transcurso del verano por los osos polares, deducción que concuerda más con la costa del Labrador que con la de Terranova ó de otro país situado más al Sur, adonde rarísima vez llegarían dichos animales. Además, la circunstancia de no haber visto ningún ser humano inclina la balanza en favor del Labrador, que solamente se halla habitado por algunas, muy escasas, hordas de esquimales.

El célebre cartógrafo Diego Rivero, en un mapa trazado por él en el año de 1529, consignó en aquellas comarcas un país con el nombre de *Tierra del Labrador*, y puso al lado esta advertencia: *Esta tierra la descubrieron los ingleses.*

Respecto á la época en que tuvo efecto el descubrimiento, hay que hacer constar que, después de consultados detenida y atentamente todos los informes recopilados en la *History of America*, vol. III, pág. 44, se viene en conocimiento de que fué el día 24 de junio de 1497, en el cual día, á las cinco de la mañana, divisaron tierra en lontananza, lo que demuestra que Cabot y su hijo descubrieron el Continente americano catorce meses antes que Colón, pues éste no llegó á él hasta su tercer viaje, esto es, en el mes de agosto del año de 1498.

Después del regreso de Juan Cabot llevéronse á efecto con la mayor actividad los preparativos para continuar los descubrimientos, y, como puede verse por las escasas noticias que se poseen, el célebre veneciano hízose de nuevo á la mar, al frente de bastantes barcos y con 300 hombres de tripulación, en los primeros días del mes de mayo. También en esta expedición acompañó á su padre Sebastián Cabot, joven á la sazón de veinticinco años. Algunos historiadores han supuesto equivocadamente que Juan Cabot falleció antes de que la escuadra se hiciese á la vela, y que fué su hijo Sebastián quien realizó el viaje. Semejante versión es por demás inverosímil, pues la muerte del insigne italiano hubiera irremisiblemente sido consignada, de haber acaecido, y aun se encontraría en el parte cifrado que Pero López de Ayala, embajador de España en la corte de Inglaterra, expidió á su soberano (el rey D. Fernando) después de la salida de la escuadra.

El original de dicho parte, que lleva la fecha de 25 de julio de 1498, fué hallado en el archivo de Simancas en el año de 1860 por el historiógrafo alemán Gustavo Bergenroth, y cuyo documento, que fué traducido por el mismo, dice así:

«Supongo que VV. MM. sabrán ya que el rey de Inglaterra ha aparejado una escuadra con el objeto de explorar ciertas islas y países que hace un año fueron descubiertos por algunos hombres que, con varios barcos, fueron mandados á aquellos parajes con el mismo fin. He visto la carta ó mapa trazado por el descubridor. Este, que es genovés como Colón, se ha detenido en Sevilla y Lisboa en solicitud de protección para su empresa. Los habitantes de Bristol han organizado en los últimos siete años varias expediciones compuestas de dos, tres y hasta cuatro carabelas para buscar la isla del Brasil y las siete ciudades, todas ellas siguiendo el derrotero indicado por dicho genovés. El rey últimamente ha accedido á confiar el mando de la escuadra á éste, en atención á haber descubierto tierra el año pasado. Esta última escuadra consta de cinco barcos que llevan víveres para un año. Se ha dicho que una de las embarcaciones, en la que va el hermano Buil, se ha refugiado en Irlanda con grandes averías, pero que el genovés ha continuado el viaje. He visto en un mapa el rumbo emprendido por la expedición y la distancia que ha recorrido, y de todo ello deduzco que el país que acaso han encontrado, ó buscan todavía, es ya propiedad de VV. AA. RR. Para el mes de septiembre se espera el regreso de la escuadra. Consigno todo esto en mi carta á consecuencia de haber hablado repetidas veces de esta cuestión con el rey de Inglaterra, el cual cree que debe de interesar mucho á V. A. Yo le he dicho que, según mi opinión, aquellos países eran ya propiedad de VV. MM., pero él no ha concedido valor ninguno á los motivos que le he expuesto en apoyo de mi parecer. Creo que VV. AA. estarán enterados de todo esto; no remito la carta ó mapamundi trazado por ese hombre, que á mi modo de ver es falso, pues nada menos pretende hacer creer que el problemático país que ha descubierto no son las citadas islas del Brasil.»

Con respecto á este segundo viaje de Cabot se sabe muy poco. Según puede deducirse de la carta anterior, uno de los barcos vióse obligado á refugiarse en Irlanda á consecuencia del estado deplorable á que le había reducido un temporal, y que los demás prosiguieron la marcha y llegaron á las costas de América; pero se ignora dónde desembarcaron. En busca de un paso que les condujese á las islas de las Especias navegaron en dirección septentrional á todo lo largo de la costa; pero pronto las masas enormes de hielo les impidieron continuar avanzando, sin que se sepa á punto fijo hasta dónde llegaron. El cronista Gomara, que probablemente conoció á Sebastián Cabot cuando más tarde se estableció en Es-

paña, dice que éste, al llegar á los 50° de latitud Norte retrocedió, no obstante la afirmación hecha por el mismo descubridor de que había navegado hasta una latitud mucho mayor. Según el portugués Galvano, contemporáneo también de Cabot, éste llegó hasta los 60°, y *aquí volvía la Tierra al Este.* Si se admite esta última observación hay que creer que el genovés llegó hasta el estrecho de Cumberland, perteneciente al país de Baffin, que empieza en los 67° de latitud Norte, alcanzando á larga distancia la extremidad de la península cumberlándica.

No logrando hallar Cabot el tan buscado paso para ir á las islas de la Especiería, hizo de nuevo rumbo hacia el Sur, surtiéndose de pescado en los bancos de Terranova, y dejando después el país á la derecha navegó por espacio de algún tiempo en dirección Sudoeste. Son varios los datos que confirman que el descubridor llegó hasta el Cabo Hatteras, y el mismo Sebastián Cabot refirió á Pedro Mártir que al llegar al meridiano de Gibraltar habían emprendido el viaje de retorno á Inglaterra obligados por la escasez de provisiones.

Pero si bien es verdad que por tal causa los Cabot descubrieron de nuevo la Hellulandia, Marklandia y Finlandia, de igual manera lo es que todos sus esfuerzos fueron vanos para encontrar un camino marítimo que por el Noroeste condujese á las Indias. No fueron tampoco más felices en el establecimiento de colonias, y á ello se debió indudablemente el frío recibimiento que se les hizo á su regreso, sobre todo por los comerciantes de Londres y de Bristol, que soñando cosechar grandes riquezas habían hecho importantes desembolsos para aparejar los barcos que formaron la escuadra expedicionaria, y se encontraron á la postre por toda recompensa con la pérdida de las considerables sumas que habían gastado.

Después de esta travesía Juan Cabot desaparece de la escena, sin que se sepa una palabra acerca de cómo ni dónde murió. Según parece, algunos años más tarde su hijo Sebastián intentó de nuevo buscar el paso del Noroeste; pero acerca de esta tentativa son tan confusas las noticias que se tienen, que no es posible deducir con certeza si se refieren á las travesías anteriormente realizadas, y además son por demás contradictorias las opiniones expuestas respecto á la fecha en que el viaje tuvo efecto, y mientras unos autores ponen en duda que se verificara, otros, por el contrario, suponen que debió de ser en el año de 1508 y algunos hasta en 1517 (1). Es posible que dicho viaje tuviera lugar en el año de 1503, pues en la *Cronicle of England* publicada por Juan Stow en Londres en 158), en la página 875 se lee lo siguiente:

---

(1) Estas opiniones tan contrarias se encuentran por extenso en la *History of America* de Winsor.

«En este año (el décimoctavo del reinado de Enrique VII, que empezó el 21 de agosto de 1502 y terminó en agosto de 1503), le fueron presentados al rey tres hombres naturales de las islas descubiertas por Sebastián Cabot. Iban vestidos con pieles de animales, comían carne cruda y hablaban una lengua que nadie entendía. Dos de ellos permanecieron por espacio de dos años en la corte de Wéstminster y vistieron á la inglesa.»

Probablemente Cabot se traería en su compañía aquellos salvajes al volver de su expedición, en la cual, según parece, llegó hasta el Estrecho de Hudson; pero una vez allí, y á consecuencia de la sublevación de sus marineros y de la falta de energía de su vicealmirante sir Tomás Pert, se vió en la precisión de renunciar á su proyecto.

Respecto de los demás servicios que prestara Sebastián Cabot á Inglaterra reina la mayor confusión é incertidumbre. Lo que se sabe fijamente es que después del fallecimiento de su padre aún permaneció mucho tiempo en este país; que, según parece, en el año de 1512 se dirigió á España, donde obtuvo un sueldo de 50,000 maravedises como *capitán de mar*, y que cuando con tal cargo se decidía á emprender, en marzo de 1516, un viaje de descubrimientos, le impidió realizarlo la muerte del rey don Fernando.

Posteriormente, en 1518, nombrólo Carlos V piloto mayor, y como tal tenía la obligación de examinar á todos los timoneles de los buques españoles; y aún se hallaba Cabot al servicio de este monarca, cuando se ofreció al Consejo de Venecia para enseñar á los navegantes de aquella República un camino marítimo para ir á las Indias solamente de él conocido, cuya oferta no fué siquiera atendida.

Hasta el año de 1526 no se le presentó ocasión al emprendedor espíritu de Cabot para desplegar todas sus prodigiosas actividades, año en que, seguramente bajo su inspiración y á sus órdenes, se llevó á efecto aquella expedición cuyo objeto era, pasando por el Estrecho de Magallanes, dirigirse á las Molucas, y que se vió obligada á dar por terminado su cometido en el río de la Plata. Acerca del curso de esta gran empresa y de la parte que pudo corresponder á Cabot en el descubrimiento de la América del Sur, ya hemos hablado por extenso anteriormente. Habiendo sido acusado Sebastián del fracaso de dicha expedición y de haber realizado negocio no muy limpio, á su regreso, en 1.º de febrero de 1532, fué desterrado á Orán, pero debió de justificarse de semejantes acusaciones por cuanto la sentencia no tuvo cumplimiento y siguió en el desempeño de su cargo hasta 1547.

En esta época un deseo irresistible lo llevó otra vez á Inglaterra, en cuya nación obtuvo el título de primer piloto con un sueldo de 166 libras, suma que en la actualidad representa unas 50,000 pesetas. En 1550 Car-

los V reclamó desde España á su piloto mayor, pero éste se negó á regresar á la corte española. En Inglaterra volvió á su empeño de buscar un camino más corto para ir á las Indias, y con tal propósito se le ve en 1553 como *gobernor* de una sociedad mercantil que, viendo que el anhelado paso no se encontraba por la parte del Noroeste de América, se decidió á buscarlo por el Nordeste de Europa. Es verdad que tampoco estas tentativas dieron resultado alguno, pero en cambio se consiguió establecer un importante tráfico comercial con Rusia, fundándose el día 6 de febrero de 1555 la célebre Sociedad Moscovita, á cuyo frente figuraba Cabot.

En cuanto á los postreros años de la vida de este célebre descubridor son sumamente escasas las noticias que se poseen, pues por más que sus amigos Pedro Mártir y Ricardo Eden, conocidos historiadores del siglo XVI que estuvieron en Londres junto al lecho de muerte del insigne genovés, hayan dado detallados pormenores de ésta, no se sabe una palabra de la fecha en que pasó á mejor vida Sebastián Cabot.

Ni lápida ni adorno alguno se ven en su solitario sepulcro, y sólo se conserva de su memoria un retrato que no sabemos si tienen ó no razón los que lo creen obra del pintor Holbein, pareciendo que fué pintado para el rey Eduardo VI. Este retrato se conservó por espacio de bastantes años en Whitehall, pero luego desapareció de allí y fué á parar á Pittsburg, Pensilvania (América), donde fué presa de las llamas en 1845. Consérvanse copias de él en la Historical Society de Nueva York y Massachusetts, en las que Sebastián Cabot aparece de edad bastante avanzada. En una de las esquinas del retrato se lee el lema del descubridor y en otra hay la inscripción siguiente:

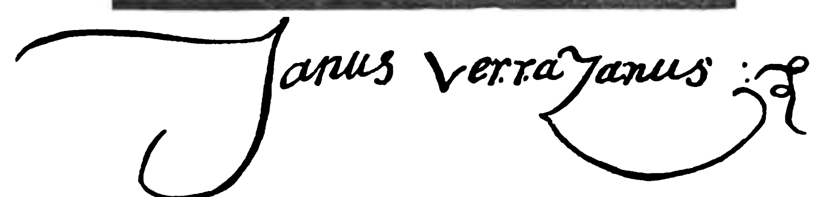
EFFIGIES·SEBASTIANI CABOTI
ANGLI·FILII·JOHANNIS·CABOTI·VENE
TI·MILITIS·AVRATI·PRIMI·INVET
ORIS·TERRÆ·NOVÆ·SUB HERICO VII. ANGLÆ REGE.

No obstante hallarse envueltos en una densa obscuridad los hechos más importantes de la vida de Cabot, el esplendor de su nombre eclipsa la fama de muchos de aquellos que tomaron parte en el descubrimiento de América. Entre los descubridores de aquella época gloriosa é imperecedera, conocida por todo el mundo con el título de *época de los descubrimientos,* los Cabot, por lo original de sus concepciones y lo atrevido de sus empresas, son los que más se aproximan á Cristóbal Colón, que así como aquél puso á servicio de la humanidad un vastísimo campo de acción donde los hombres de todas las partes del planeta pudieran desarrollar las varias energías y aptitudes con que la Providencia los hubiese

favorecido, ellos dieron al reino de la Nueva Albión aquel impulso poderoso mediante el cual, en el transcurso de los siglos, ha logrado esta nación la universal soberanía de que al presente goza. Es verdad que por espacio de una era completa dejaron los ingleses abandonados, sin utilizarse de ellos, los importantes descubrimientos realizados por los Cabot; pero cuando vieron á los franceses avanzar decididamente hacia aquellos países y se dieron cuenta de la significación é importancia que á los ojos de todas las naciones daba la posesión de aquellos territorios, lanzáronse resueltamente á la lucha é hicieron valer sus derechos sobre la parte que les correspondía en el descubrimiento del Nuevo Mundo.







Retrato de Verrazano

DESCUBRIMIENTOS DE LOS FRANCESES EN AMÉRICA

VERRAZANO EN LA COSTA ORIENTAL DE LA AMÉRICA DEL NORTE

En la época en que los Cabot descubrieron los ricos bancos de Terranova, la costa de Francia estaba habitada por bravos é intrépidos marinos dedicados á industria tan lucrativa como la de surtir de pescados secos á los países cristianos de Europa. El consumo de pescado que se hacía en aquellos tiempos era enorme á consecuencia de haber ordenado la Iglesia

católica porción de días de ayuno, en los cuales el pescado era el obligado alimento. Como á los países del interior no les era posible satisfacer la gran demanda que tenían con los peces que podían sacar de sus aguas, ya desde larga fecha exportaban pescados secos de los países del Norte, siendo los islandeses, los noruegos y los pescadores de Normandía, Bretaña, Gascuña y Vizcaya los que surtían de bacalao á toda Europa. Y no bien los pescadores franceses tuvieron conocimiento de que las embarcaciones mandadas por Cabot no habían podido navegar por los mares del Nuevo Mundo á causa de las masas enormes de peces que á su paso se oponían, cuando formando verdaderas caravanas se dirigieron hacia aquellas regiones, dando comienzo en los bancos de Terranova el establecimiento de grandes pesquerías, favorecida industria que desde entonces proporciona el sustento en aquella isla nebulosa á muchos miles de hombres.

A los peces que más abundaban en aquellos mares diéronles en los siglos XIV, XV y XVI el nombre de *bacallaos*, palabra que según unos procede del griego y según otros del indio, y la cual palabra, además de en la forma anterior, solía escribirse en otras varias tales como *bacalaos*, *bacalar*, *bacaalear*, *bacalhos*, *bacaillos*, *bacealos*, *bacalién* y *baqualán*. Los pescadores de la Alemania del Sur, en vez de alguno de los nombres citados, le llamaron *kabeljau*.

No queremos pasar en silencio que en algunas cartas del siglo XVI, no solamente á Terranova, sino á gran parte del Continente situado á sus espaldas, se le da el nombre de *Terra de Bacallaos*.

La continuación de los descubrimientos de las costas encontradas por Cabot se debe en gran parte á los pescadores franceses. El primero que saliendo del puerto de Honfleur en 1506 se dirigió á ellas fué Juan Denís, al que siguieron dos años más tarde Tomás Aubert y Juan Verassen, naturales de Dieppe, y que á su regreso en 1509 trajeron á Ruán algunos indígenas de América en su compañía. Por el año de 1518 parece que un tal barón de Lery intentó establecer una colonia en Terranova, pero las fuertes borrascas del invierno, que es sumamente crudo en aquellas comarcas, dió fin de ella.

Los marinos franceses no se dedicaban solamente á la industria pesquera, sino que también emprendían excursiones piráticas, atacando con preferencia á los barcos que, cargados de tesoros, se dirigían á España procedentes del Nuevo Mundo. El rey Francisco I de Francia, que sentía muy pocas simpatías hacia los españoles, en vez de castigar á sus súbditos por la comisión de semejantes atentados, ó por lo menos contenerlos, otorgaba á los corsarios toda cuanta protección le era posible. El más favorecido de todos fué Juan de Verrazano, florentino, que como corsario

inclinándose un poco al Norte y cruzó el Océano Atlántico. Luego dejando á su derecha la *estrella polar*, y después de haber navegado bastante tiempo, encontró un continente, y tomado que hubo posesión de él en nombre de Su Alteza, izando el pabellón británico, emprendió la vuelta.

»Como este maese Joanne es un pobre extranjero, no se hubiera dado crédito á sus noticias á no haber sido confirmadas por sus compañeros de expedición, que son ingleses en su mayoría, naturales de Bristol. Dicho maese Joanne posee una carta (mapa) en la que está representada la Tierra, y además *una esfera sólida* (globo) construída por él mismo. En ella está consignado el paraje donde desembarcó, y á la vez se demuestra que en su viaje navegando hacia Oriente había recorrido un gran trecho del país de Tanais. Lo mismo él que sus compañeros aseguran que es país muy fértil y de clima bastante benigno; creen que produce *brasilio* (palo brasil) y seda, y dicen que en aquellos mares es tal la abundancia de peces, que no solamente se sacan las redes llenas siempre que se echan, sino que hasta pueden cogerse con cestos, poniéndoles una piedra en el fondo y sumergiéndolos. En su consecuencia, afirman poder enviar tanto pescado á Inglaterra, que esta nación, no sólo no tendrá necesidad de surtirse en adelante de este artículo en Islandia, sino que, por el contrario, podrá establecer un gran tráfico comercial con esta clase de pescados, á los cuales dan el nombre de *stochfossi* (bacalao). Pero la imaginación de maese Joanne se ocupa en empresas más grandiosas. Intenta ahora penetrar más hacia Levante, desde los países ya anexionados, siguiendo á lo largo de la costa hasta encontrarse frente á una isla denominada Cipangu, que está situada en la región equinoccial, y en la cual, según él cree, hay reunidas cuantas especias se crían en el mundo, y además piedras preciosas. Cuenta que en su juventud estuvo en la Meca, á la que caravanas procedentes de las diversas partes del mundo llevaban toda clase de especias; y que habiendo él preguntado á aquellos mercaderes dónde se criaban éstas, contestáronle que lo ignoraban, pues ellos las obtenían, en unión de otros artículos propios de países muy lejanos, de otros mercaderes que tampoco sabían su origen. En vista de esto hace el veneciano la siguiente deducción: si los orientales aseguraban á los europeos que recibían dichos artículos de muy remotos países y los mercaderes de aquellas comarcas decían á éstos lo mismo, y así sucesivamente dicha respuesta iba dando la vuelta al mundo, era indudable que los últimos recibían las especias de aquellas regiones septentrionales que se hallan situadas precisamente al lado opuesto del Oeste. Y todo esto nos lo demostró con tal claridad y sencillez, que estoy del todo convencido de la exactitud de sus palabras y, lo que es más aún, el rey, que tan sabio y

emprendedor es, tiene una confianza ilimitada en maese Joanne, y me ha asegurado que cuida de que no le falte nada.

»Se dice que el rey piensa proporcionarle varios barcos y poner á su disposición todos los criminales para que pueda fundar en los nuevos países descubiertos una colonia, con cuyo concurso se pretende hacer de Londres un mercado de especias de más importancia que el de Alejandría. Muchos de los que tomaron parte en este viaje aseguran que con tiempo favorable se puede llegar á aquellos países en quince días. He hablado también con un borgoñón que ha formado parte de la expedición de maese Joanne, y no tan sólo me ha confirmado todo lo dicho por él, sino que dice que tiene vivos deseos de volver allá, pues el Almirante, que este es el nombre que aquí le dan, le ha regalado una isla á él y otra á su barbero, que es un genovés, y ambos se las echan de condes; esto no es extraño, pues el Almirante se da aires de príncipe. Creo que algunos pobres frailes italianos se agregarán á la expedición, pues les han prometido hacerlos obispos en aquel país. Yo, como amigo del Almirante, seré nombrado arzobispo si me decido á ir con ellos. Pero yo creo que las distinciones que para mí tiene dispuestas V. E. es cosa más segura. Por lo tanto os ruego que, en el caso de que existan estas vacantes, no me olvidéis durante mi ausencia, por más que os serán de mayor utilidad otras personas que tienen la dicha de estar al lado de V. E, que no yo, cuya ocupación principal en este país se reduce á comer diez ó doce platos en cada comida y estar, dos veces al día, sentado tres horas á la mesa, todo por causa de V. E., al cual me someto respetuosísimamente.

»Soy de V. E. su más sumiso servidor,

Raimundus.

»Londres 18 diciembre 1497.»

Estos auténticos informes bastan para confirmar que Juan Cabot, si no el primero, fué uno de los que antes presintieron la existencia de un paso occidental para ir á las Indias, y la cual existencia no ha logrado plena confirmación hasta los comedios del siglo actual. De la carta se deduce que Cabot emprendió su primer viaje desde Bristol en la primavera del año de 1497, y que regresó después de una ausencia de tres ó cuatro meses.

Acerca del rumbo con que navegó el *Matthew* no se poseen más extensas noticias que las contenidas en la carta de Raimundo, pues hasta el presente no se ha encontrado ningún diario de navegación de Cabot. Asimismo no se tiene la menor certeza acerca del punto en que los expedicionarios divisaron tierra por primera vez, pero es muy posible que

inclinándose un poco al Norte y cruzó el Océano Atlántico. Luego dejando á su derecha la *estrella polar*, y después de haber navegado bastante tiempo, encontró un continente, y tomado que hubo posesión de él en nombre de Su Alteza, izando el pabellón británico, emprendió la vuelta.

»Como este maese Joanne es un pobre extranjero, no se hubiera dado crédito á sus noticias á no haber sido confirmadas por sus compañeros de expedición, que son ingleses en su mayoría, naturales de Bristol. Dicho maese Joanne posee una carta (mapa) en la que está representada la Tierra, y además *una esfera sólida* (globo) construída por él mismo. En ella está consignado el paraje donde desembarcó, y á la vez se demuestra que en su viaje navegando hacia Oriente había recorrido un gran trecho del país de Tanais. Lo mismo él que sus compañeros aseguran que es país muy fértil y de clima bastante benigno; creen que produce *brasilio* (palo brasil) y seda, y dicen que en aquellos mares es tal la abundancia de peces, que no solamente se sacan las redes llenas siempre que se echan, sino que hasta pueden cogerse con cestos, poniéndoles una piedra en el fondo y sumergiéndolos. En su consecuencia, afirman poder enviar tanto pescado á Inglaterra, que esta nación, no sólo no tendrá necesidad de surtirse en adelante de este artículo en Islandia, sino que, por el contrario, podrá establecer un gran tráfico comercial con esta clase de pescados, á los cuales dan el nombre de *stochfossi* (bacalao). Pero la imaginación de maese Joanne se ocupa en empresas más grandiosas. Intenta ahora penetrar más hacia Levante, desde los países ya anexionados, siguiendo á lo largo de la costa hasta encontrarse frente á una isla denominada Cipangu, que está situada en la región equinoccial, y en la cual, según él cree, hay reunidas cuantas especias se crían en el mundo, y además piedras preciosas. Cuenta que en su juventud estuvo en la Meca, á la que caravanas procedentes de las diversas partes del mundo llevaban toda clase de especias; y que habiendo él preguntado á aquellos mercaderes dónde se criaban éstas, contestáronle que lo ignoraban, pues ellos las obtenían, en unión de otros artículos propios de países muy lejanos, de otros mercaderes que tampoco sabían su origen. En vista de esto hace el veneciano la siguiente deducción: si los orientales aseguraban á los europeos que recibían dichos artículos de muy remotos países y los mercaderes de aquellas comarcas decían á éstos lo mismo, y así sucesivamente dicha respuesta iba dando la vuelta al mundo, era indudable que los últimos recibían las especias de aquellas regiones septentrionales que se hallan situadas precisamente al lado opuesto del Oeste. Y todo esto nos lo demostró con tal claridad y sencillez, que estoy del todo convencido de la exactitud de sus palabras y, lo que es más aún, el rey, que tan sabio y

emprendedor es, tiene una confianza ilimitada en maese Joanne, y me ha asegurado que cuida de que no le falte nada.

»Se dice que el rey piensa proporcionarle varios barcos y poner á su disposición todos los criminales para que pueda fundar en los nuevos países descubiertos una colonia, con cuyo concurso se pretende hacer de Londres un mercado de especias de más importancia que el de Alejandría. Muchos de los que tomaron parte en este viaje aseguran que con tiempo favorable se puede llegar á aquellos países en quince días. He hablado también con un borgoñón que ha formado parte de la expedición de maese Joanne, y no tan sólo me ha confirmado todo lo dicho por él, sino que dice que tiene vivos deseos de volver allá, pues el Almirante, que este es el nombre que aquí le dan, le ha regalado una isla á él y otra á su barbero, que es un genovés, y ambos se las echan de condes; esto no es extraño, pues el Almirante se da aires de príncipe. Creo que algunos pobres frailes italianos se agregarán á la expedición, pues les han prometido hacerlos obispos en aquel país. Yo, como amigo del Almirante, seré nombrado arzobispo si me decido á ir con ellos. Pero yo creo que las distinciones que para mí tiene dispuestas V. E. es cosa más segura. Por lo tanto os ruego que, en el caso de que existan estas vacantes, no me olvidéis durante mi ausencia, por más que os serán de mayor utilidad otras personas que tienen la dicha de estar al lado de V. E, que no yo, cuya ocupación principal en este país se reduce á comer diez ó doce platos en cada comida y estar, dos veces al día, sentado tres horas á la mesa, todo por causa de V. E., al cual me someto respetuosísimamente.

»Soy de V. E. su más sumiso servidor,

Raimundus.

»Londres 18 diciembre 1497.»

Estos auténticos informes bastan para confirmar que Juan Cabot, si no el primero, fué uno de los que antes presintieron la existencia de un paso occidental para ir á las Indias, y la cual existencia no ha logrado plena confirmación hasta los comedios del siglo actual. De la carta se deduce que Cabot emprendió su primer viaje desde Bristol en la primavera del año de 1497, y que regresó después de una ausencia de tres ó cuatro meses.

Acerca del rumbo con que navegó el *Matthew* no se poseen más extensas noticias que las contenidas en la carta de Raimundo, pues hasta el presente no se ha encontrado ningún diario de navegación de Cabot. Asimismo no se tiene la menor certeza acerca del punto en que los expedicionarios divisaron tierra por primera vez, pero es muy posible que

inclinándose un poco al Norte y cruzó el Océano Atlántico. Luego dejando á su derecha la *estrella polar*, y después de haber navegado bastante tiempo, encontró un continente, y tomado que hubo posesión de él en nombre de Su Alteza, izando el pabellón británico, emprendió la vuelta.

»Como este maese Joanne es un pobre extranjero, no se hubiera dado crédito á sus noticias á no haber sido confirmadas por sus compañeros de expedición, que son ingleses en su mayoría, naturales de Bristol. Dicho maese Joanne posee una carta (mapa) en la que está representada la Tierra, y además *una esfera sólida* (globo) construída por él mismo. En ella está consignado el paraje donde desembarcó, y á la vez se demuestra que en su viaje navegando hacia Oriente había recorrido un gran trecho del país de Tanais. Lo mismo él que sus compañeros aseguran que es país muy fértil y de clima bastante benigno; creen que produce *brasilio* (palo brasil) y seda, y dicen que en aquellos mares es tal la abundancia de peces, que no solamente se sacan las redes llenas siempre que se echan, sino que hasta pueden cogerse con cestos, poniéndoles una piedra en el fondo y sumergiéndolos. En su consecuencia, afirman poder enviar tanto pescado á Inglaterra, que esta nación, no sólo no tendrá necesidad de surtirse en adelante de este artículo en Islandia, sino que, por el contrario, podrá establecer un gran tráfico comercial con esta clase de pescados, á los cuales dan el nombre de *stochfossi* (bacalao). Pero la imaginación de maese Joanne se ocupa en empresas más grandiosas. Intenta ahora penetrar más hacia Levante, desde los países ya anexionados, siguiendo á lo largo de la costa hasta encontrarse frente á una isla denominada Cipangu, que está situada en la región equinoccial, y en la cual, según él cree, hay reunidas cuantas especias se crían en el mundo, y además piedras preciosas. Cuenta que en su juventud estuvo en la Meca, á la que caravanas procedentes de las diversas partes del mundo llevaban toda clase de especias; y que habiendo él preguntado á aquellos mercaderes dónde se criaban éstas, contestáronle que lo ignoraban, pues ellos las obtenían, en unión de otros artículos propios de países muy lejanos, de otros mercaderes que tampoco sabían su origen. En vista de esto hace el veneciano la siguiente deducción: si los orientales aseguraban á los europeos que recibían dichos artículos de muy remotos países y los mercaderes de aquellas comarcas decían á éstos lo mismo, y así sucesivamente dicha respuesta iba dando la vuelta al mundo, era indudable que los últimos recibían las especias de aquellas regiones septentrionales que se hallan situadas precisamente al lado opuesto del Oeste. Y todo esto nos lo demostró con tal claridad y sencillez, que estoy del todo convencido de la exactitud de sus palabras y, lo que es más aún, el rey, que tan sabio y

emprendedor es, tiene una confianza ilimitada en maese Joanne, y me ha asegurado que cuida de que no le falte nada.

»Se dice que el rey piensa proporcionarle varios barcos y poner á su disposición todos los criminales para que pueda fundar en los nuevos países descubiertos una colonia, con cuyo concurso se pretende hacer de Londres un mercado de especias de más importancia que el de Alejandría. Muchos de los que tomaron parte en este viaje aseguran que con tiempo favorable se puede llegar á aquellos países en quince días. He hablado también con un borgoñón que ha formado parte de la expedición de maese Joanne, y no tan sólo me ha confirmado todo lo dicho por él, sino que dice que tiene vivos deseos de volver allá, pues el Almirante, que este es el nombre que aquí le dan, le ha regalado una isla á él y otra á su barbero, que es un genovés, y ambos se las echan de condes; esto no es extraño, pues el Almirante se da aires de príncipe. Creo que algunos pobres frailes italianos se agregarán á la expedición, pues les han prometido hacerlos obispos en aquel país. Yo, como amigo del Almirante, seré nombrado arzobispo si me decido á ir con ellos. Pero yo creo que las distinciones que para mí tiene dispuestas V. E. es cosa más segura. Por lo tanto os ruego que, en el caso de que existan estas vacantes, no me olvidéis durante mi ausencia, por más que os serán de mayor utilidad otras personas que tienen la dicha de estar al lado de V. E, que no yo, cuya ocupación principal en este país se reduce á comer diez ó doce platos en cada comida y estar, dos veces al día, sentado tres horas á la mesa, todo por causa de V. E., al cual me someto respetuosísimamente.

»Soy de V. E. su más sumiso servidor,

Raimundus.

»Londres 18 diciembre 1497.»

Estos auténticos informes bastan para confirmar que Juan Cabot, si no el primero, fué uno de los que antes presintieron la existencia de un paso occidental para ir á las Indias, y la cual existencia no ha logrado plena confirmación hasta los comedios del siglo actual. De la carta se deduce que Cabot emprendió su primer viaje desde Bristol en la primavera del año de 1497, y que regresó después de una ausencia de tres ó cuatro meses.

Acerca del rumbo con que navegó el *Matthew* no se poseen más extensas noticias que las contenidas en la carta de Raimundo, pues hasta el presente no se ha encontrado ningún diario de navegación de Cabot. Asimismo no se tiene la menor certeza acerca del punto en que los expedicionarios divisaron tierra por primera vez, pero es muy posible que

y el otro veinticuatro. El primero llevaba envuelto su desnudo cuerpo en una piel de ciervo adornada con artísticos bordados, la cabeza destocada, y el cabello atado en la coronilla con varias cintas; sobre los hombros ostentaba una cadena construída con porción de piedras de colores varios. El más joven difería muy poco en su atavío del anterior. Estos indígenas han sido los más hermosos y mejor vestidos que hemos encontrado en todo el viaje. De estatura más elevada que la nuestra, su tez era tan clara que casi tiraba á blanca. Los rasgos de su fisonomía son correctos, el cabello largo y negro, y se esmeran mucho en su adorno. Sus negros ojos tienen una expresión audaz; en una palabra, el conjunto de estos indios es simpático, todo él respira dignidad, y recuerda en gran modo el de los antiguos romanos.

»Las mujeres son graciosas y bellas, y tanto su continente como su traje son idénticos á los de los hombres. Al igual que ellos, no usan otro vestido que una piel de ciervo profusamente bordada. Algunas vimos que llevaban en los brazos pieles de gran valor, pues eran de comadreja, y diversos adornos en la cabellera, que les cae sobre el pecho. Muchas de ellas recuerdan por su atavío á las mujeres de Egipto, y algunas matronas llevan en las orejas joyas de estilo completamente oriental.

»Estos indígenas poseen cobre trabajado, al cual dan más valor que al oro, pues como no pueden sufrir el color amarillo, consideran á éste, por tal circunstancia, como un vil metal. El azul y el rojo son sus colores predilectos. De todos los objetos que les regalamos demostraban su preferencia por los cascabeles, las cuentas azules y los pedacitos de vidrio, cosas todas que se suspendían de las orejas ó del cuello. No tienen el menor aprecio á la vida, ni á los bordados de oro, ni á las telas para vestidos, ni á los objetos de hierro, y la misma indiferencia demostraron hacia los espejos, que nos devolvían sonriendo no bien los habíamos puesto en sus manos. Son tan generosos que dan de buen grado cuanto tienen.

»Establecimos amistad íntima con ellos, y cuando entramos en el puerto con nuestro barco, lo cual no pudimos verificar en algunos días á causa del mal tiempo, con los rostros pintados vinieron á bordo en sus pequeños botes, nos trajeron provisiones, y con alegres demostraciones nos indicaron el paraje donde podíamos anclar con toda seguridad. Allí permanecimos quince días surtiéndonos de muchas cosas que necesitábamos, y en todo este tiempo fueron diariamente los indígenas á bordo de nuestra embarcación para admirarla. Los acompañaban sus mujeres, pero éstas no subían al *Delfín,* sino que, perfectamente custodiadas, permanecían esperando en los botes todo el tiempo que sus esposos estaban en nuestra compañía. Ni con palabras ni con presentes pudimos lograr que ninguna de ellas pisase nuestro barco. Uno de los jefes ó caciques nos vi-

sitaba con suma frecuencia; iba acompañado de la reina y de gran séquito hasta llegar á unos doscientos pasos de la orilla, y una vez allí enviaba un bote para anunciarnos su visita. En cuanto recibía nuestra respuesta, venía, recorría el buque de un extremo á otro y sus varios departamentos y todo lo curioseaba, y entretanto que él permanecía á bordo conversando por medio de señas con nosotros y preguntándonos por la aplicación ó el uso que tenía tal ó cual objeto, le esperaba la reina con su acompañamiento, á bordo de una ligera canoa, en las cercanías de una pequeña isla.

»Por lo demás ponía á nuestra disposición cuanto poseía, y en algunas ocasiones procuraba distraernos demostrándonos su destreza en disparar el arco, ú organizando carreras de apuesta entre sus guerreros.

»Varias veces realizamos excursiones al interior del país, que era ameno sobre toda ponderación, y que se prestaba sobremanera al cultivo de la vid y del olivo. En algunas partes se ven grandes llanuras de 25 á 30 leguas de extensión, por completo desprovistas de arbolado, y tan fértiles que es seguro que cualquier semilla que allí se arroje ha de dar un rendimiento excelente. Los bosques los constituyen principalmente las encinas, cipreses y otros árboles no conocidos en Europa, y por ellos puede pasar un ejército con gran facilidad. Hemos hallado asimismo manzanas, cerezas y otras clases de frutas parecidas, y sin embargo distintas de las nuestras. Abundan mucho los ciervos, corzos, linces, etc., que los indígenas cazan valiéndose de trampas, ó bien matan con sus flechas, que es su arma favorita, y que están maravillosamente trabajadas. Para ellas tienen puntas de mármol, jaspe y otras piedras igualmente duras, con las que fabrican también sus herramientas para cortar ó aserrar los árboles y para construir sus botes ó canoas, que hacen vaciando un tronco, y los cuales, además de estar trabajados con exquisita habilidad, ofrecen espacio suficiente para 10 ó 12 personas. Los remos son cortos y de ancha pala, y son movidos á brazo.

»Las chozas en que estos indígenas habitan son circulares, tienen de diez á doce pies de circunferencia, y están construídas con troncos de madera desiguales y cubiertas con un techo de paja que preserva á sus moradores del viento y de la lluvia. Si estas gentes poseyeran herramientas perfeccionadas como las nuestras es indudable que construirían edificios magníficos, pues en toda la costa abundan la piedra caliza y el mármol. Estos indígenas cambian de residencia, según lo exigen las condiciones climatológicas de cada estación ó las necesidades de la caza.

»Sus viviendas no sólo sirven de albergue á los padres con toda su familia, sino también á las familias de sus hijos, dándose casos en que algunas chozas estén habitadas por veinte ó treinta personas. Conservan

muchas costumbres antiguas, viven principalmente de la caza y de la pesca y alcanzan edad muy avanzada. Si caen enfermos no hacen uso de ningún medicamento, y procuran curarse por la influencia del calor (baños de vapor). Generalmente mueren de viejos. Según hemos podido observar, los parientes se profesan gran cariño, y toman gran parte en cualquier contratiempo que sufra alguno de ellos.

»No nos hemos podido proporcionar más antecedentes sobre estos indios.

»Esta región está situada en el mismo paralelo que Roma, en los $41^\circ\ {}^2/_3$. El canal, en su entrada del Sur, sólo tiene media legua de ancho, prolongándose hacia el interior del país hasta 12 leguas por el lado Norte, y ensanchándose gradualmente hasta formar una bahía de cerca de veinte leguas de circuito, en la que hay cinco islas muy fértiles y amenas sembradas de árboles de gran altura.

»Entre las dichas islas queda el espacio suficiente para resguardarse un buen número de barcos sin temor á los efectos de los temporales. A la entrada de la bahía alegran la vista unos montecillos encantadores que se ven á ambos lados del canal, en el centro del cual se eleva una roca aislada que parece hecha exprofeso para que sobre su cúspide se edifique un fuerte que sirva de defensa al puerto.»

Por más que en cuanto al número de islas haya equivocación, el relato de Verrazano guarda una relación perfecta con la estructura de la actual bahía de Narragansett, en la que probablemente penetró el descubridor por el canal Occidental. Esta bahía, que cuenta quince islas, es una de las más bellas sabanas de agua de los Estados Unidos, y con sus innumerables y bien resguardados recodos ofrece un excelente refugio á las embarcaciones preservándolas de los efectos de las borrascas. Probablemente, Verrazano debió conocer tan sólo la parte occidental de la bahía, que, según la *Gazetter of Connecticut and Rhode Island for* 1819, se extiende hasta 36 millas inglesas al interior y ocupa un área de ciento treinta millas inglesas cuadradas.

El día 6 de mayo prosiguió el *Delfín* su viaje. La dirección de la costa se acentuaba mucho hacia el Este y era cada vez más pedregosa y árida. El tiempo les era favorable, y en su consecuencia los navegantes doblaron el Cabo Cod, y siguiendo después la costa, que daba la vuelta hacia el Norte, el hallazgo de unos extensos bosques de coníferas les dió á comprender que se encontraban en regiones más frías. Los pobladores de aquella comarca, que eran por demás rudos y bárbaros, se opusieron enérgicamente á toda tentativa de aproximación de los extranjeros.

Acerca de ellos dice Verrazano:

«Estos indígenas visten pieles de oso, de lobo y de otras fieras, y

no observamos el más ligero indicio de que se dedicasen al cultivo de legumbres ni de frutas. El país parece que es estéril. Cuando queríamos traficar con ellos, ataban sus artículos al extremo de unas largas cuerdas, y subidos sobre la cima de los más altos peñascos los bajaban hasta ponerlos á nuestro alcance, gritándonos sin cesar que no nos acercáramos más. Inmediatamente nos exigían la entrega del objeto en cambio, y no admitían más que anzuelos, cuchillos y otros utensilios cortantes de acero. Despreciaban toda clase de baratijas, y en cuanto observaron que no teníamos más objetos para cambiar y que proseguíamos nuestro viaje nos demostraron este desprecio del modo más brutal.»

En la costa del actual estado del Maine descubrió Verrazano 32 islitas que por su estructura recordaban los páramos escarpados de la Iliria y la Dalmacia. Más en el interior descubrió también unas altas montañas, que no eran otras que los remates de las White Mountains, pertenecientes al estado de Nueva Hampshire.

Las provisiones escaseaban bastante, y por lo tanto Verrazano se decidió á emprender el viaje de regreso á Francia, adonde parece que llegó en los primeros días del mes de julio, pues la carta que escribió al rey Francisco I está fechada en Dieppe á 8 del citado mes, del año de 1524.

En su opinión, había descubierto en el Nuevo Mundo un trecho de 700 leguas, ó sea la parte que en los siglos siguientes fué la más importante de América. donde han florecido las grandes ciudades de Baltimore, Filadelfia, Nueva York y Boston.

El descubrimiento de Verrazano, sin embargo de haber causado gran sensación en Francia, no alcanzó el éxito que él esperaba. Francisco I se veía á la continua envuelto en guerras, y al regreso del descubridor hallábase defendiendo la Provenza de los ataques del enemigo. Porción de ciudades importantes, entré ellas Aix, habían caído en poder de los ejércitos del emperador Carlos V, y sólo á fuerza de enormes sacrificios y de grandes trabajos pudo librar á Marsella del apretado cerco que la oprimía. Francisco I pudo por fin trasladar el teatro de la guerra al Norte de Italia, pero el día 24 de febrero de 1525 fué completamente batido en la célebre batalla de Pavía, y á consecuencia de tal derrota permaneció en España prisionero por espacio de un año, y al recobrar la libertad consagró su atención toda á buscar el desquite, idea que le absorbió por completo durante las borrascosas campañas que tuvieron lugar en los años siguientes. Con tal motivo, lo mismo la carta marítima que los descubrimientos de Verrazano fueron del todo olvidados.

En algunos documentos que se conservan se demuestra que este descubridor no se conformaba á perder los frutos de su temeraria travesía, pues se afirma en ellos que el año de 1526 se asoció á cinco personas para

continuar los descubrimientos, y que con este motivo obtuvo de Felipe Chabot, almirante de Francia, dos buques aparejados para hacer otro viaje al Nuevo Mundo, y además un tercer barco que puso á su disposición Juan Ango, de Dieppe.

Antes de hacerse á la mar, Verrazano otorgó ante escribano los poderes necesarios á favor de su hermano Jerónimo y otros dos amigos para que administraran y representasen sus intereses. Dichos poderes se conservan aún en el archivo de Ruán.

Con referencia al último viaje realizado por este descubridor faltan datos precisos y auténticos, é igualmente se carece de noticias ciertas respecto al fin que tuvo. El cronista Ramusio refiere que Verrazano cayó en dicho viaje en poder de los indígenas, que lo asaron y devoraron á la vista de las tripulaciones de sus barcos, mientras que por el contrario, en documentos españoles se asegura que Juan Florín, el pirata francés, fué hecho prisionero en alta mar en el año de 1527, y ahorcado en el mes de noviembre del mismo año en el pequeño pueblo de Colmenar, situado entre Salamanca y Toledo.



Antigua maza de combate de los indígenas del estado del Maine
El original existe en Massachusetts, *Historical Society*



Retrato de Jacobo Cartier.

DESCUBRIMIENTO DEL CANADÁ Y FUNDACIÓN DE NUEVA FRANCIA

Un año después de haber terminado su viaje afortunado el descubridor Verrazano, navegaba por aquellos mares un barco español mandado por el portugués Esteban Gómez; pero acerca de esta travesía, las noticias que se poseen son tan concisas y de tan escaso interés para la historia del descubrimiento de América, como las del monje francés Andrés Thevet, quien dice que visitó las mismas costas en 1556. Ninguno de los puntos descritos por ambos está bien demostrado, y en cuanto al segundo, se duda que realizara tal viaje, creyéndose que su relato es pura invención.

Hasta el año de 1534 nadie volvió á acordarse en Francia de los descubrimientos del célebre aventurero Verrazano, época en que un bretón llamado Jacobo Cartier *(el Corsario)*, que nació en Saint-Malo á 31 de diciembre de 1494, consiguió que Felipe Chabot, almirante de Francia, hiciera llegar á manos del rey un proyecto de descubrimientos, mediante el cual logró que éste le concediera el permiso necesario para realizarlo. Y aunque no se haya encontrado ningún documento dee sta clase, es indudable que Cartier alcanzó poderes de Francisco I para en nombre de la corona emprender un viaje á Nueva Francia.

El día 20 de abril salió Cartier con dos buques y 162 tripulantes del puerto de Saint Malo, y el 10 de mayo divisó el Cabo de Buenavista perteneciente á la isla de Terranova. Al promediar aquel mismo día descubrió unos formidables témpanos de hielo que cercaban una pequeña isla roqueña, la actual Bird Rock, y en la cual se veían grandes bandadas de aves marinas. Un gigantesco oso, *blanco como un cisne*, apareció sobre los escarpados riscos, sin duda en busca de los huevos y pollos que habría en los nidos de las aves citadas. Despues de corta permanencia en aquel punto hizo rumbo Cartier hacia el Noroeste, llegó á la extremidad septentrional de Terranova y penetró en el estrecho de Bella Isla para desde allí seguir la costa del Labrador hacia Sudoeste.

Cartier dió nombre allí á diversos sitios, entre ellos á un puerto en el que entró el día 10 de junio, y al que denominó Port Brest. No lejos de dicho puerto, cosa que le admiró sobremanera, encontró un barco tripulado por gentes de La Rochela que se dedicaban á la pesca. Asimismo tuvo ocasión de relacionarse con unos indígenas de elevada estatura y bien conformados, no naturales de aquellas regiones, sino procedentes de otras más meridionales, desde las cuales iban allí á pescar, y á coger los huevos de las aves acuáticas. Cartier no sentía entusiasmo alguno por aquellas áridas é inhospitalarias costas, que según él decía «debían de ser semejantes á las destinadas por Dios como punto de destierro del fratricida Caín.» Por lo tanto volvió hacia el Este del Estrecho de Bella Isla, que paulatinamente iba ensanchando, y se dedicó á la exploración y reconocimiento de Terranova, precisando ante todo su carácter de isla.

Desde la extremidad Sudoeste de Terranova emprendió Jacobo el mismo rumbo, y después de una corta travesía llegó á unas islitas roqueñas, en derredor de cuyas paredes perpendiculares revoloteaban miles de aves. Más allá descubrió la islita Byron, el grupo de las Magdalena y la actual isla del Príncipe Eduardo.

El último día del mes de junio llegó Cartier al continente, donde se vió tan asediado por los indios micmacs que tuvo que disparar un cañón para librarse de los importunos pieles rojas.

Buscando inútilmente un camino que le condujese á Catai, reconoció este descubridor las bahías Miramichi, Chaleur y Gaspé, y en el extremo ó cabo de la última erigió el día 24 de julio una gran cruz, encima de la cual colocó un escudo con la flor de lis de Francia y la inscripción *¡Vive le roy de France!*, ceremonia con que tomó posesión del país á pesar de las protestas de los indígenas.

Causa verdadera extrañeza que desde allí no siguiera Cartier la costa hacia el Oeste, de cuya manera hubiese penetrado en el verdadero río San Lorenzo. En lugar de proceder así atravesó el formidable golfo, y siguiendo con rumbo Norte pasó por enfrente de la gran isla de Anticosti, la circundó, y después emprendió el viaje de regreso á Francia por el Estrecho de Bella Isla, que ya le era conocido, y llegó á este país el día 5 de septiembre.

No está probado si Cartier se dió cuenta de que el golfo que había atravesado era la desembocadura de un gran río; mas lo cierto es que decidió continuar sus descubrimientos, y que con fecha 19 de mayo de 1535 emprendió con tres barcos su segundo viaje al Nuevo Mundo.

Los violentos temporales que se desencadenaron fueron causa de que no llegase á Terranova hasta muy avanzado el mes de julio, no pudiendo penetrar en el Estrecho de Bella Isla hasta los primeros días del siguiente. El día 10, día de San Lorenzo, ancló con su reducida escuadra en una bahía á la que bautizó con el nombre del citado santo, la cual denominación fué aplicada más adelante, no sólo á la citada bahía, sino también al gran río que en ella desemboca.

En su primer viaje capturó Cartier dos indios, á los que llevó consigo á Francia, y en el segundo los utilizó como guías y ellos fueron los que le dijeron que se hallaba en la desembocadura de un gran río llamado *Hochelaga*, que en su parte superior se estrechaba poco á poco, hasta tal punto que en el país de *Canadá* era ya tan estrecho y de tan poco fondo que podían navegar por él pequeños botes y lanchas.

Cartier se internó más, y no obstante de que él mismo, por haber tropezado con gran cantidad de ballenas, hizo la deducción de que debía de hallarse próximo á un golfo de aguas saladas, no quiso dar crédito á las noticias de los indios y penetró más en la desembocadura del río, en cuya orilla occidental, con gran admiración suya, vió que desaguaba otro que tenía sus aguas de color castaño obscuro, y que se precipitaba por entre unas barreras de granito de 400 á 500 metros de elevación. Dicho río tenía una profundidad de 270 metros y por esta circunstancia los indios lo denominaban Chicoutini, que significa *agua profunda* (1).

(1) Hoy lleva este río el nombre de Saguenay.

El mencionado explorador no se atrevió á penetrar con sus barcos en las imponentes sombras de aquella especie de cárcava sembrada de bancos de hielo en los tiempos primitivos, y por lo tanto prosiguió navegando por el cauce del San Lorenzo en su parte más elevada, y de este modo llegó á una porción de islas, una de ellas que ocupaba casi por completo el lecho del río, hasta tal punto que los dos brazos de éste que la rodeaban sólo ofrecían un ancho de 1,600 metros. Exuberante bosque virgen cubría toda la isla, en la que además crecían infinidad de cepas de vid silvestre, circunstancia á la que se debió que Cartier la bautizara con el nombre de isla de Baco. Hoy se la denomina isla de Orleáns.

En aquellas regiones los navegantes encontraban pueblos de indígenas con mayor frecuencia, y Cartier trabó conocimiento con un cacique, que era el jefe de todo el contorno y tenía su residencia en Stadacona, en las inmediaciones de elevado peñón que descollaba atrevido á gran altura sobre el nivel del río, y que en la actualidad ostenta sobre su cima el Gibraltar del Nuevo Mundo, ó sean los fuertes muros de la ciudadela de Quebec.

En aquel paraje, el día 14 de septiembre, encontró Jacobo en la desembocadura del río San Carlos un buen fondeadero para sus barcos, y le puso por nombre Puerto de Santa Cruz.

El cacique Donnacona, por más que había acogido en un principio á los extranjeros con amabilidad, miraba con recelo los preparativos que éstos hacían para reconocer el país, y con objeto de amedrentarlos y hacerles desistir de su propósito, envió un día á los expedicionarios tres hombres horrorosamente disfrazados, con máscaras de demonios, cuernos de una vara de largos, todo el cuerpo pintado de blanco y negro, y con unas pieles de perro arrolladas á la cintura y cubriéndoles las caderas.

Aquellos seres extravagantes llegaron hasta cerca de los barcos de Cartier á bordo de un bote, y una vez allí se anunciaron como embajadores del dios Cudraguy, que iban á advertir á los blancos que no prosiguieran su viaje río arriba si no querían perecer helados.

El aventurero francés no prestó oídos á semejante advertencia, y acompañado de 50 de sus hombres partió con la más pequeña de sus embarcaciones y dos botes á reconocer la parte superior del San Lorenzo.

Era á mediados del mes de septiembre, época del año en que los bosques del Canadá empiezan á ostentar su vistoso ropaje otoñal. Por entre los obscuros árboles resinosos veíanse los blancos troncos de los abedules de amarillento follaje, y á su vez por entre éstos se distinguían las brillantes hojas purpúreas del zumaque y las matizadas de diversas especies de roble y de arce. Eran los hermosísimos días llamados *estío de los indios*, en los que era tal la magnificencia que la naturaleza ofrecía, que contemplándola se sentía henchido de gozo el corazón del descubridor.

El día 28 de septiembre llegaron los navegantes á un sitio en el que ensanchándose el río formaba un gran lago, y en recuerdo de la ciudad natal del rey Francisco I le pusieron por nombre lago de Angulema. Hoy se llama de San Pedro. Allí, con motivo de que las corrientes hacían imposible su empleo, tuvo Cartier que abandonar la mayor de las embarcaciones que llevaba, que era una pinaza, y con los otros dos botes llegó el día 2 de octubre á la gran ciudad indígena de Hochelaga, que estaba emplazada en el mismo lugar en que en el año de 1642 fundó Sieur Maisonneuve la ciudad de Mont Royal, hoy Montreal.

Hochelaga era una población de forma circular, bien construída y rodeada de elevadas empalizadas. Por la parte interior de esta muralla de madera había una galería corrida en la que se veían apiladas gran cantidad de piedras destinadas á servir de defensa contra el enemigo. La población constaba de 50 casas, cada una de las cuales tenía 50 pies de largo por 12 ó 15 de ancho. Estas viviendas estaban todas revestidas de pedacitos de corteza de árbol artísticamente combinados, constaban de muchos aposentos en la planta baja, y sobre ellos estaban las habitaciones destinadas á graneros. Para entrar en la ciudad no había más que una puerta, y en el centro de aquélla una gran plaza.

A ésta fueron conducidos Cartier y sus compañeros por los alborozados habitantes de Hochelaga, que es indudable los habían tomado por seres sobrenaturales y divinos, pues corrían desalados con sus hijos para que el descubridor los bendijera. Igualmente condujeron á presencia de éste á los enfermos, ciegos, cojos y achacosos para que los sanase, y hasta el tullido Aguhanna, soberano de la ciudad, se hizo llevar ante el navegante francés con igual objeto.

Cartier, profundamente conmovido ante semejante espectáculo, dió lectura á un pasaje del Evangelio de San Juan, hizo, al terminar, la señal de la cruz, y comenzó á orar. Luego, á los alegres toques de las cornetas repartió entre los indígenas toda suerte de naderías, como cuchillos, hachas, cuentas de vidrio, etc.

Al lado de la población se alzaba un cerro de granito de 230 metros de elevación, y desde su cima pudo Cartier contemplar la inmensa llanura cubierta de bosque, el caudaloso río cuyas torrentosas aguas se precipitaban por entre bancos de peñas, y las alturas del Adirondack y del Green Mountain envueltas por una azul neblina.

El día 11 de octubre llegó otra vez Cartier á Stadacona, y la parte que dejara allí de sus gentes había construído durante su ausencia un fuerte en el Puerto de Santa Cruz, donde pensaban invernar. Aquel invierno, que era el correspondiente al año de 1535-36, fué excepcionalmente crudo y causó grandes sufrimientos á los habitantes de Stadacona, pues se des-

arrolló entre ellos una especie de escorbuto de cuyas resultas sucumbieron muchos. Y por más que los europeos hicieron cuanto les fué posible por aislarse y hasta prohibieron la entrada de los indios en el fuerte, la enfermedad se cebó en ellos y murieron 25, no viéndose libres de semejante plaga hasta que por consejo de los naturales del país hicieron uso de un cocimiento de las ramas y hojas de cierto árbol.

Por fin pasó el invierno, y entonces Cartier, en premio de la generosa hospitalidad que los indígenas le otorgaron, se apoderó violentamente de su cacique Donnacona para llevarlo en su compañía á Francia.

La irritación que semejante acto produjo en los indios fué sumamente difícil calmarla, no lográndolo hasta que Cartier aseguró al cacique que sería muy bien tratado, y que en el término de un año estaría de vuelta en su país, á consecuencia de la cual seguridad y promesa Donnacona convocó á su pueblo y le dijo que marchaba por su propia voluntad con los extranjeros para conocer su país. Tranquilizados los indígenas con la declaración de su jefe, llevaron á los europeos gran número de regalos, consistentes en pieles de castor, un cuchillo de cobre encarnado procedente del país de Saguenay, situado en el lejano Sudoeste, y la prenda que ellos más estimaban, ó sea un cinturón construido con perlas blancas de *wampum*, que entre aquellos indios constituía un símbolo de amistad imperecedera (1).

El día 6 de mayo de 1536 emprendió Cartier el regreso á Francia, llegando con toda felicidad á Saint Malo el 16 de julio. Francisco I sintió inmensa alegría por el informe que acerca de su viaje le dió el descubri-

---

(1) Como símbolo de amistad, todos los pueblos indios que habitaban entre los grandes lagos y la costa oriental de los Estados Unidos tenían en gran estima el cinturón *wampum*. Las perlas con que lo construían las sacaban con mucho trabajo de una especie de conchas de las que el dicho cinturón tomaba el nombre de *wampum-peage*, que en lengua algonquina significa *el cinturón hecho de perlas de conchas*. Para regalarle practicaban muchas ceremonias, en las cuales pronunciaban palabras hinchadas y solemnes. Un blanco que presenció el acto de pactar la paz entre dos pueblos habitantes del valle de Múskingum, dice que al entregar el cinturón pronunció un cacique las palabras siguientes: «Hermanos: por medio de este cinturón traigo alegres noticias á vuestros oídos; con él quito las penas y cuidados á vuestro corazón; con él aparto las espinas que lastimaron vuestros pies al venir aquí; con él limpio los asientos del hogar del consejo para que podáis descansar en paz; con él lavo vuestras cabezas y vuestros cuerpos para que vuestro espíritu recobre nueva vida; por él seremos consolados de la pérdida de nuestros amigos; por él desaparece toda la sangre que ha sido derramada entre nosotros.»

El cinturón *wampum* que se representa en el grabado siguiente, es un objeto de interés histórico especial, por la circunstancia de haberlo entregado en el año de 1682 el sachem de los leni-lenapes á William Penn, el fundador de Pensilvania, debajo del olmo de Shackamaxon.

dor, pero antes de decidirse á organizar una nueva expedición transcurrieron algunos años, y entretanto murieron de nostalgia el cacique Donnacona y otros ocho jefes que le habían acompañado para que no se encontrase solo en tierra extranjera.

Pero por más que el informe de Cartier acerca de su segundo viaje impresionase muy favorablemente al rey Francisco I, hallábase éste por demás ocupado en sus asuntos propios para que pudiera dedicar su atención á los grandes é importantes descubrimientos en el grado que éstos merecían. Cartier no había traído de su expedición ni oro ni piedras preciosas; y si se comparaba al pobre cacique de los hurones, Donnacona, con Atahualpa, el orgulloso soberano del reino de Tahuantinsuyu, cuyos te-



Cinturón de wampum
Copia del original, que se halla en la Historical Society de Pennsylvania

soros inmensos llegaban por entonces á España, los resultados del viaje de Cartier, más que un triunfo, parecían un descalabro.

Así es que transcurrieron algunos años antes de que Francisco I se decidiese á acometer empresas, hasta que por fin el día 15 de enero de 1540 concedió un privilegio al noble Francisco de la Roque de Roberval, por el que le otorgaba poderes para en nombre del rey fundar colonias y establecer un gobierno en los países de Canadá, Hochelaga, Saguenay, Terranova, Bella Isla, Cabo Bretón y Labrador. Cartier fué nombrado jefe de la escuadra con el título de Capitán General y primer piloto, recibiendo el encargo de penetrar más hacia Occidente en los nuevos países descubiertos. En vista de que Roberval tardaba mucho en hacer los preparativos, que al parecer no tenían un plan determinado, dióse á Cartier la orden de que se adelantara con la escuadra, que constaba de bastantes buques, y con tal motivo partió el día 23 de mayo de 1541. La travesía fué tan penosa á causa de los temporales, que hasta el 22 de agosto no llegaron los barcos al puerto de Stadaconna, donde el cacique Agona, que gobernaba en representación de Donnacona, recibió con gran cariño á los franceses, no siéndole al parecer desagradable la noticia de la muerte de su soberano, gracias á la cual se veía él elevado á la categoría de rey efectivo y legítimo. Para honrar á Cartier quitóse la corona de cuero y perlas de wampum, artísticamente trabajada, y la colocó en la cabeza del bretón.

Cartier levantó en las cercanías de la actual Quebec el fuerte de Charlesbourg Royal, dejó en él de guarnición á la mayor parte de su gente, y en obediencia á las órdenes recibidas penetró río arriba para hacer nuevos descubrimientos.

La expedición se encaminó hacia Hochelaga, pero después de haber caminado un corto trayecto se vió en la precisión de renunciar á su empresa en vista de los insuperables obstáculos que les oponían á cada instante las peligrosas corrientes.

La misma mala suerte que tuvo Cartier alcanzó á Roberval en todos sus intentos de colonización. Es verdad que cerca de Quebec estableció la fortificada colonia de France Roy, desde la que ordenó que se hiciesen algunos ligeros reconocimientos por el Saguenay y otros ríos vecinos, y que también envió al piloto Jean Allefonce en busca de un paso marítimo que condujese á las Indias; pero todo esto en nada aumentó los conocimientos proporcionados por los Cabot, Corterreal y Cartier. Los colonizadores de France Roy pasaban una vida sumamente trabajosa, teniendo que luchar continua y simultáneamente con las enfermedades y con los indios. Cartier marchó á Francia en busca de refuerzos y auxilios en el año de 1542, pero en lugar de obtener unos y otros recibió la orden de ir por el resto de los habitantes de la colonia, lo cual efectuó en el verano del año siguiente.

Según parece, algunos años después del fallecimiento del rey Francisco I hizo otro viaje al San Lorenzo, pero no ha vuelto á saberse de él una palabra. Su intento de fundar colonias en Nueva Francia fracasó por completo; y como la situación política de Francia no era en aquella época muy favorable á los proyectos de colonización, es muy posible que éstos se hubieran paralizado de un modo absoluto si ciertas circunstancias no hubiesen hecho que se despertase el interés público por esta cuestión.

En Alemania había aparecido por entonces Martín Lutero dando á conocer su proyecto de reforma religiosa, y produciéndose por lo tanto un gran movimiento en todas las clases de la sociedad. Este movimiento no se limitó á Alemania tan sólo, sino que se extendió por toda la Europa germánica y por una gran parte de Francia, donde la nueva doctrina predicada por Juan Calvino hizo gran número de prosélitos, que fueron llamados hugonotes. A la cabeza de estos protestantes franceses se hallaba Gaspar Coligny, almirante de Francia, hombre que por sus relevantes servicios y grandes merecimientos era universalmente querido.

Como es de suponer, el nuevo partido religioso fué combatido rudamente por los adeptos de la Iglesia católica, figurando á la cabeza de ellos el duque de Guisa. Cuantas tentativas de reconciliación entre ambos bandos se llevaron á efecto fracasaron completamente, abriéndose

un largo período de lucha en el que los hugonotes fueron objeto de encarnizada persecución.

La situación desesperada de sus hermanos en creencias hizo que Coligny se decidiese á hacer un viaje al Nuevo Mundo con el objeto de buscar allí un refugio para éstos y fundar un reino que, á la vez que sirviera de seguro á los hugonotes, contribuyese á la gloria, riqueza y engrandecimiento de Francia.

Como á consecuencia del crudo invierno que en Nueva Francia habían soportado Cartier y Roberval el país había adquirido muy mala fama Coligny decidió fundar la primera colonia protestante en una costa más meridional, y la más á propósito para ello parecía la magnífica bahía de Río Janeiro, que, si bien es verdad que era muy poco conocida de los portugueses, no sucedía lo mismo en cuanto á los piratas franceses, á los que había servido de refugio en ocasiones varias. Allí fué, pues, enviado en 1555 el caballero de Malta Nicolás Durentio, llamado *Villagagnón*, con dos barcos, para que se estableciera en la bahía y preparase lo necesario para la construcción de una colonia para los hugonotes. Villagagnón construyó un baluarte en una isla situada en la dicha bahía, al cual baluarte dió el nombre de Colignium, pero esto no obstante, las tentativas de colonización no tuvieron buen éxito á causa de la falta de armonía que reinaba entre los que tomaron parte en ellas, siendo en 1560 arrojados de allí por una escuadra portuguesa.

Después de este fracaso, Coligny, que no había llegado á desalentarse, dirigió sus ojos hacia la parte de la costa oriental de la América del Norte comprendida entre La Florida y la Carolina del Sur, y que había sido descubierta, pero no colonizada, por los españoles.

Fué confiado el encargo de explorar aquella región totalmente desconocida á Juan Ribault, experto marino y entusiasta protestante, que al efecto fué allá en el año de 1562 y reconoció el río de San Juan Bautista, descubierto en 1521 por Gordillo y Quejos (véase el tomo II, pág. 207), y al que los franceses bautizaron con el nombre de río de Mayo por haber entrado en él un día de este mes. A otros ríos los denominaron Sena y Loire, y dieron el nombre de Port-Royal al puerto conocido por los españoles con el de Santa Elena. Allí edificó Ribault una fortaleza, que llamó Fort Charles, y en la cual dejó treinta hombres decididos á las órdenes de Alberto de la Pierria.

Antes de marchar de aquel punto, Ribault mandó levantar sobre la cima de un montecillo rodeado de cipreses y palmeras una columna de piedra que ostentaba el escudo de armas de Francia, en señal de que en nombre de esta nación se había posesionado de todo el territorio circunvencino. Los indígenas, que habían acogido á los franceses con gran

amistad, adornaron con guirnaldas de hierbas y flores el monumento y lo adoraban como un objeto sagrado.

Ribault volvió á Francia con el objeto de recoger víveres y refuerzos y llevarlos á La Florida, pero con motivo de la guerra religiosa que había estallado en esta nación se vió por completo imposibilitado de auxiliar á la joven colonia.

Dos años completos transcurrieron antes de que una segunda hueste de hugonotes fuese á La Florida. Esta iba á las órdenes de René de Laudonnière; pero entretanto, las gentes allí dejadas por Ribault habían experimentado tal cúmulo de penalidades y de privaciones, que construyeron una mala embarcación y se hicieron al mar con rumbo á la patria. De aquella tan temeraria cuanto horrorosa travesía fueron muy pocos los que salieron con vida, y estos porque fueron recogidos por un buque inglés, que los condujo á Londres.

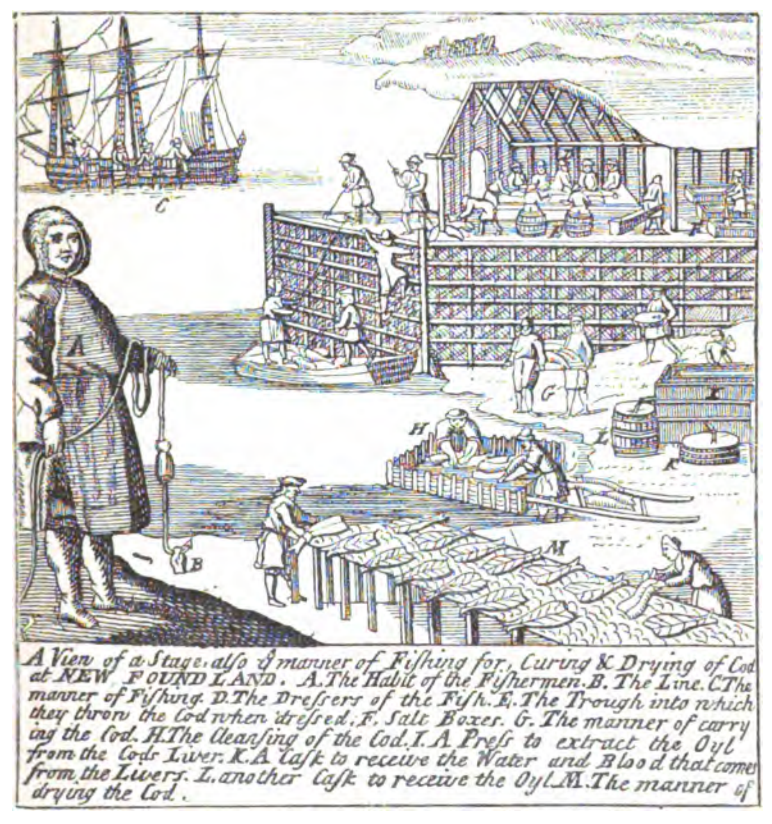
Al ver Laudonnière abandonado el Fort Charles, decidió construir otro en la orilla del río Mayo, actual río de San Juan, é inmediato á la columna de Ribault. Así se hizo, y en honor del rey Carlos IX se le llamó Carolina.

Al artista Jacques le Moyne de Morgues, que iba en compañía de Laudonnière, no tan sólo se le deben exactas descripciones de los indígenas de La Florida y de la Carolina del Sur, sino también una copia del fuerte construído, que tenía forma triangular, y por cuya posesión se derramaron torrentes de sangre en los años posteriores.

No bien supieron los españoles los proyectos de los protestantes franceses acerca de La Florida, cuando enviaron allí á Pedro Menéndez de Avilés con 19 buques y 1,500 hombres para que arrojaran del país á los intrusos. Menéndez desembarcó con gran pompa, al Norte del Cabo Cañaveral, el día 6 de septiembre de 1565, tomó posesión formal del territorio en nombre del rey Felipe II, y edificó al momento una sólida fortificación que fué la base de la actual ciudad de San Agustín, que se alaba de ser la más antigua de los Estados Unidos.

Algunos espías habían llevado á Francia la noticia de la salida de los españoles hacia aquel punto con el propósito de arrojar de La Florida á los franceses, y entonces Ribault púsose en camino precipitadamente llevando una escuadrilla compuesta de siete buques para auxiliar á Laudonnière. Llegó á tiempo al fuerte Carolina, pero tuvo que presenciar que ínterin sus barcos se entretenían en reconocer las posiciones de los españoles Menéndez atacaba el fuerte. La escasa guarnición de éste no pudo resistir el enérgico ataque del enemigo y tuvo que rendirse, excepción hecha de algunos soldados que pudieron huir á internarse en los bosques.

Al propio tiempo una terrible borrasca inutilizó los barcos de Ribault, á los cuales arrojó completamente destrozados sobre la costa, golpe tremendo que obligó á éste á rendirse á los españoles en unión de 70 hombres, después que Menéndez les hubo prometido que serían respetadas



Pesca y preparación del bacalao en el siglo XVII (1)

sus vidas, promesa que no se cumplió, pues á todos se les dió muerte, y según parece, sobre el lugar en que fueron enterrados sus cadáveres man-

(1) La explicación inglesa del grabado dice así: Vista de una plaza en Nueva Funlandia (Terranova), donde se salan y secan bacalaos. *A* Traje de los pescadores. *B* Anzuelo y cuerda de los mismos. *C* Modo de pescar. *D* Preparación de los pescados. *E* Cubetas donde echan los peces preparados. *F* Cajones de sal. *G* Modo de transportar los bacalaos. *H* Limpieza de los mismos. *I* Prensa para extraer el aceite del hígado del bacalao. *K* Tonel para recoger la sangre y agua que suelta el hígado. *L* Tonel para recoger el aceite. *M* Manera de secar el pescado.

dó colocar Menéndez una lápida con la inscripción siguiente: *No como franceses, sino como herejes.*

Semejante proceder causó en Francia la mayor indignación, del cual se vengaron cumplidamente los franceses cuando en 1567, habiendo vencido Domingo de Gourgues la guarnición del fuerte Carolina, mandó ahorcar á los soldados que la componían en el mismo sitio en que habían sido ejecutados sus compatriotas, poniendo él también en esta ocasión una lápida cuya inscripción decía: *Castigados no como españoles, sino como asesinos.*

La victoria alcanzada por Domingo de Gourgues no reportó beneficio alguno á lo hugonotes, pues éste comprendió al poco tiempo qué Menéndez era más experimentado que él, y que por lo tanto no podría vencerlo, y regresó á Francia. En este país había también empeorado la causa de aquéllos, y al fin, el 24 de agosto de 1572, en la tristemente célebre y famosa noche de San Bartolomé, fueron inmolados el almirante Coligny y la mayoría de sus partidarios al furor del fanatismo religioso.

Solamente el edicto de Nantes de 15 de abril de 1598 logró poner término á aquella espantosa y sangrienta guerra religiosa. La agricultura y la industria renacieron de nuevo, y entonces se despertó el interés por la posesión de los territorios enclavados en el suelo norteamericano, á cuyos países habían continuado haciendo viajes los pescadores de Saint Malo, Cherburgo, Dieppe, Honfleur, La Rochela y otros puntos, para con los bacalaos que pescaban en los bancos de Terranova surtir á la Europa cristiana.

De allí á poco, ya no se limitaron los pescadores franceses á visitar los bancos de Terranova, sino que penetraron, por el camino abierto por Cartier, en la embocadura del río San Lorenzo, donde además de la pesca del bacalao les proporcionaba grandes beneficios la de las ballenas y leones marinos. La boca del Saguenay era el lugar de cita de aquéllos intrépidos pescadores en la estación veraniega, viéndose que al poco tiempo también se reunían allí gran número de indios de los pueblos vecinos, los cuales bajaban la corriente de los ríos en sus canoas de pieles para cambiar las de los animales que cazaban por productos de Europa.

El primer europeo que se dedicó seriamente á este tráfico, mediante el cual realizó una gran fortuna, era oriundo de Saint Malo y se llamaba Pont Grevé.

El gran éxito alcanzado por éste indujo á otros á probar fortuna, y ya en la primavera del año 1598 fué allí el marqués de la Roche con un barco, ancló en la isla Cibelina (Sable Island), 90 millas al Sur de Nueva Escocia, y dejó allí 40 hombres.

El citado marqués, con el objeto de llevar provisiones á sus gentes

emprendió el camino hacia Francia, pero enfermó y murió en la travesía, y los abandonados murieron todos víctimas del hambre y los sufrimientos, excepción hecha de 12 que después de siete años consiguieron regresar á Europa.

El gobernador de la ciudad de Dieppe, Amyar de Chastes, que había



Retrato de Champlain

alcanzado del rey un privilegio al efecto, envió en 1603 una nueva expedición con el fin de fundar colonias en Nueva Francia. El jefe que la mandaba era el ya citado Pont Grevé, inteligente marino de Saint Malo á quien secundaba activamente Samuel de Champlain, natural de Brouage en la Saintonge.

Champlain conocía por experiencia la India occidental, Nueva Granada y México, y en atención á esto recibió el encargo del rey de hacer un informe extenso acerca del viaje que iba á realizar en compañía de Pont Grevé.

Los viajeros visitaron tan sólo los territorios ya descritos por Cartier, pero hicieron importantes reproducciones del San Lorenzo y de sus bahías y puertos, como asimismo de los territorios colindantes.

En el otoño de aquel mismo año volvió Champlain á Francia y publicó en París un libro de 80 páginas con el título *Des Sauvages ou Voyage de Samuel Champlain* de *Brouage, faict en la France Nouvelle, l'an mil six cent trois.*

La obrita contenía, entre otras cosas, varias exactas observaciones sobre las importantes ventajas que se alcanzarían utilizando la riqueza en pieles que tenía el Canadá, las cuales indicaciones no pasaron inadvertidas, y pronto algunos personajes importantes constituyeron una sociedad encaminada á colonizar Nueva Francia y fomentar en ella el comercio de pieles en gran escala.

Murió entretanto el gobernador Chastes, y púsose al frente de la asociación el influyente hugonote Pierre de Gast, Sieur de Monts, quien no tan sólo alcanzó del rey un privilegio semejante al de aquél, sino que además le fué otorgada la dignidad de virrey y el permiso para que pudiera fundar colonias desde el Cabo Mayo hasta el meridiano de Quebec, territorios éstos que en el privilegio se consignaban con el nombre de *Acadié* (una mala interpretación de la palabra griega *Arcadia).* Además de lo dicho, se le concedía á de Monts el monopolio del tráfico de pieles en su territorio y en la costa del Golfo de San Lorenzo.

En los primeros días del mes de mayo de 1604 partió de Francia con cuatro barcos bien tripulados el mencionado Pierre de Gast, acompañado de un noble amigo suyo llamado Poutraincourt, así como de Pont Grevé, al que había nombrado su teniente, y de Champlain, á quien nombró piloto y geógrafo, y en el mes de abril llegó al río San Lorenzo, que aún estaba helado. El frío tan intenso que hacía decidió al virrey á hacer el primer ensayo de fundar una colonia en la parte más meridional de sus dominios. Para ello circundó primero el Cabo Bretón y la península de Nueva Escocia, y después ancló en la bahía de Fundy. Poutraincourt resolvió quedarse en un puerto llamado Port Royal, y de Monts con el resto de la tripulación penetró en la actual bahía de Passamaquoddy, fundando en una pequeña isla situada en la desembocadura del río Santa Cruz la colonia del mismo nombre.

Desde allí emprendió Champlain en el transcurso de los tres primeros años una serie de reconocimientos que dieron por resultado el poderse apreciar desde entonces con bastante exactitud la costa de Nueva Inglaterra desde la bahía de Fundy, situada en los 45° de latitud Norte, hasta el estrecho de Vineyard, que lo está en los 41°30'.

Con este motivo fué también descubierta la bahía de Massachusetts,

en la cual se levanta al presente la ciudad de Boston, ó sea la Atenas del Nuevo Mundo.

Mientras Champlain alcanzaba tan lisonjeros resultados, los habitantes de las colonias fundadas por de Monts y Poutraincourt arrastraban una existencia por demás penosa, habiendo perecido en el primer invierno la mitad de sus individuos. Para salvar al resto hubo que trasladarlos á la colonia de Port Royal, pero también allí experimentaron grandes sufrimientos, teniendo además que estar á toda hora prevenidos contra los ataques de los ingleses, que se habían establecido en la costa oriental de los actuales Estados Unidos y disputaban á los franceses la posesión de la Acadia.

Sin pararnos á profundizar más esta cuestión, que pertenece á la historia colonial de América, haremos observar que de Monts rehuyó entrar en combate con sus vecinos los ingleses en atención á que eran mucho más fuertes que él. Abandonó el campo voluntariamente y se decidió á fundar una colonia á orillas del río San Lorenzo, enviando de nuevo en 1608 á aquel paraje á sus compañeros Pont Grevé y Champlain. El día 3 de junio llegaron éstos á la boca del Saguenay, donde durante su ausencia se había establecido una pequeña estación comercial denominada Tadousac. Pero como aquel punto careciese de las condiciones que son necesarias para establecer un gran mercado, los navegantes subieron el San Lorenzo y anclaron en las cercanías de la antigua Stadaconna. Allí, al pie de un elevado promontorio, el día 3 de julio echó Champlain los cimientos de la actual Quebec.

La ciudad de Quebec, hoy tan importantísima, se componía en sus comienzos de escasos edificios cercados de murallas y fosos llenos de agua, y tenían además alrededor unas galerías desde las cuales se podía molestar con éxito al enemigo.

Por espacio de mucho tiempo estuvo la colonia limitada á estas escasas proporciones, y en los primeros veinticinco años de su fundación no contaría nunca más de cien habitantes. Este escaso desarrollo hay que achacarlo á la inclemencia del clima en la estación fría y á las víctimas que ocasionaba el escorbuto.

Desde el elevado promontorio que se levantaba sobre el río, y en cuya cima se ve hoy la ciudad de Quebec, Champlain desparramaba la vista por las inmediaciones, todas cubiertas de inmensos bosques, y el corazón del audaz descubridor se sentía anhelante de ir á desentrañar los secretos que encerraban aquellas selvas no holladas jamás por ningún europeo.

Semejante empresa era tanto más peligrosa, cuanto que desde tiempo inmemorial existía entre los pueblos indios de aquellas comarcas la enemistad más profunda y sostenían á la continua combates sangrientos.

En la época en que los europeos dieron principio al establecimiento de colonias en la América del Norte, el territorio enclavado entre el Alto Mississippí y el Océano Atlántico estaba habitado por dos grandes pueblos: los algonquinos y los iroqueses. Los individuos pertenecientes al último, que eran los menos numerosos, estaban tan cercados por los primeros que su residencia, situada al Sur del lago Ontario, formaba en cierto modo una grande isla. En un principio constituían los iroqueses un solo pueblo, que se llamaba Hodenosauni *(el pueblo de las casas largas)*, por la circunstancia de que sus habitantes vivían en unas chozas construídas con corteza de abedul.

Varias fueron las causas que concurrieron para que se dividiera este pueblo en cinco ramas independientes, cuyos nombres insertamos á continuación, dando á conocer el primitivo modo de escribirlos, y la explicación de lo que significan dada por los franceses é ingleses, siendo los de estos últimos los más conocidos y corrientes:

Primitivos nombres indígenas	Significación de los mismos	Nombre francés	Nombre inglés
Ganeagaono.	El pueblo de la piedra de fuego.	Agnier.	Mohawk.
Onayotekaono.	El pueblo de la peña de granito.	Onneyut.	Oneida.
Onundagaono.	El pueblo sobre el montecillo.	Onountagué.	Onandaga.
Gweugwehono.	El pueblo de la tierra sucia.	Goyoguin.	Cayuga.
Nundawaono.	El pueblo del gran promontorio.	Tsonnontouans	Seneca.

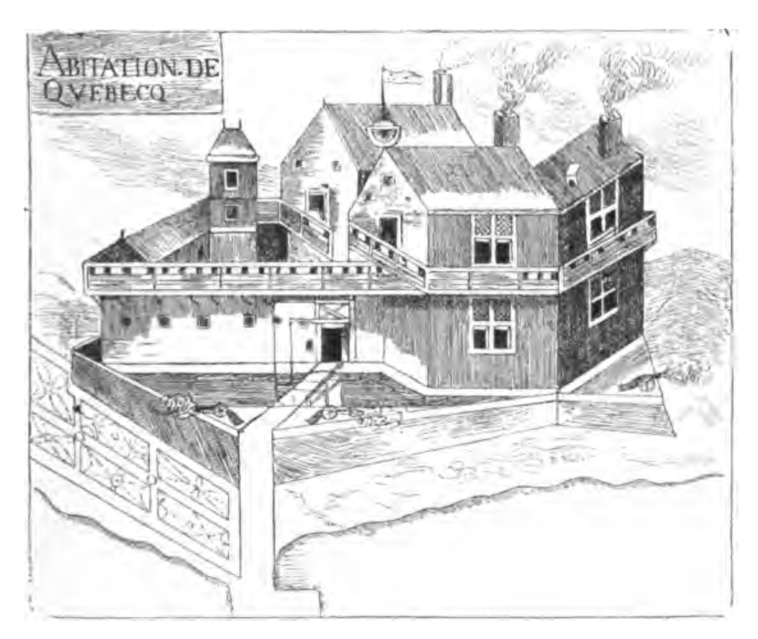
Movimientos guerreros que es posible fueran iniciados en las leyendas que hemos referido en el tomo I, páginas 60 y 61, decidieron á estas cinco ramas á coligarse de nuevo, formando una alianza que es conocida con el nombre de *Alianza de las cinco naciones* ó *Alianza iroquesa.* A principios del siglo XVIII unióse á este pueblo el de los tuscaroras.

Los iroqueses eran los indios más belicosos y guerreros de la América del Norte (1), y principalmente luchaban contra los algonquinos, habitantes del río San Lorenzo, á cuya nación pertenecían también los altikameguas, que habitaban el territorio comprendido entre Quebec y Port Royal, los uttawas ú ottawas, habitantes del río del mismo nombre, y los hurones, que vivían entre los lagos Ontario y Hurón, formando estos últimos otra alianza constituída por otras cuatro ramas, que eran los ata-

(1) Francis Parkman, en su obra *The Jesuits in North America*, los denomina *los indios entre los indios.*

ronchronons, los attignenonyhacs, los attignauentans y los ahrendarrhonons. De este modo estaban constituídas las dos agrupaciones enemigas, siempre colocadas frente á frente, y á esta enemistad se debió no tan sólo que Champlain tropezase con grandes obstáculos para la realización de su proyecto, sino también que por espacio de mucho tiempo no se pudiera llevar á efecto la colonización del Canadá.

Champlain tuvo noticia de que al Sudoeste de Quebec había un gran



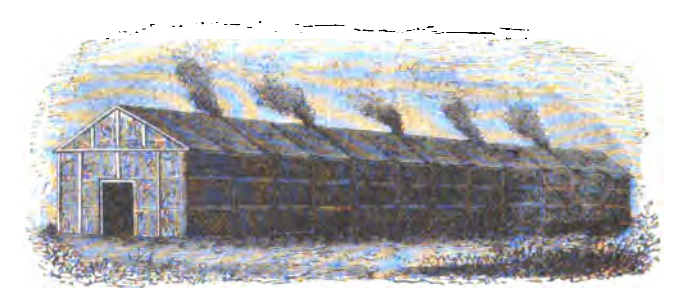
Quebec en 1608. (De un dibujo original de Champlain)

lago que contenía muchas islas, y los indios habitantes de los alrededores de dicha ciudad se ofrecieron á acompañarle hasta allí en gran número si les ayudaba en una campaña contra el enemigo, campaña que se realizaría al propio tiempo que la expedición.

No vaciló el descubridor en ofrecerles la ayuda que solicitaban, y en consecuencia el 18 de junio de 1609 pudo poner en práctica su temeraria empresa. Además de dos franceses armados de mosquetes le acompañaban sesenta indios que, á la vez que ellos, tomaron la misma dirección que las ligeras canoas de corteza de abedul, en las que se embarcaron los expedicionarios. Subieron por el San Lorenzo hasta la boca del Richelieu, y después penetró Champlain en este último río, remontándolo por espacio de tres semanas hasta llegar á aquel lago de 170 kilómetros de

largo, pero que sólo mide de 2 á 23 de ancho, y que en honor á su descubridor todavía lleva el nombre de lago de Champlain, lago cuya salvaje hermosura constituye, con el lago Jorge situado más al Sur, la perla en el collar de las encantadoras aguas que rodean el cuello de las virginales montañas Adirondak y Green.

En las poéticas orillas del magnífico lago Champlain no había de tardar mucho en resonar el estruendo de las armas de fuego, y en efecto, al anochecer del día 29 de julio tropezaron los expedicionarios con una escuadrilla de canoas indígenas, en las que unos 200 guerreros iroqueses,



Casa larga de los iroqueses

obedeciendo á su antigua costumbre, se proponían hacer una excursión pirática. Después de haberse saludado ambos bandos enemigos lanzando al aire espantosos aullidos, que eran su grito de guerra, unos y otros permanecieron toda la noche en la orilla del río esperando que amaneciera para empezar la batalla. Los iroqueses construyeron apresuradamente un reducto de estacas y mimbres, y allí esperaban el ataque de sus contrarios. Un disparo del arcabuz de Champlain, cargado con cuatro balas, mató instantáneamente á dos jefes enemigos é hirió á un tercero, y cuando al disparar en seguida sus mosquetes los otros dos franceses arrojaron su mortífera carga sobre los desnudos cuerpos de los iroqueses, éstos emprendieron la fuga poseídos de un pánico indescriptible. Todas sus embarcaciones cayeron en poder del vencedor, como igualmente diez prisioneros, á los cuales en presencia de los franceses dieron muerte martirizándolos con la mayor crueldad.

En el año de 1610 hizo Champlain otra excursión al lago por él descubierto; en el de 1613 navegó por el torrentoso río Ottawa una distancia de 200 millas inglesas, y en el de 1615 descubrió un brazo de agua que ponía en comunicación el río citado con el lago Hurón y el cual le llevó desde él, siguiendo el curso del Mattawa, hasta el lago Nippissing, y desde éste, por el denominado Canal Francés (French River), á la bahía

Georgiana del dicho lago Hurón. Esta vía de comunicación ha sido posteriormente muy utilizada.

Con gran alegría saludó Champlain aquel verdadero océano de agua

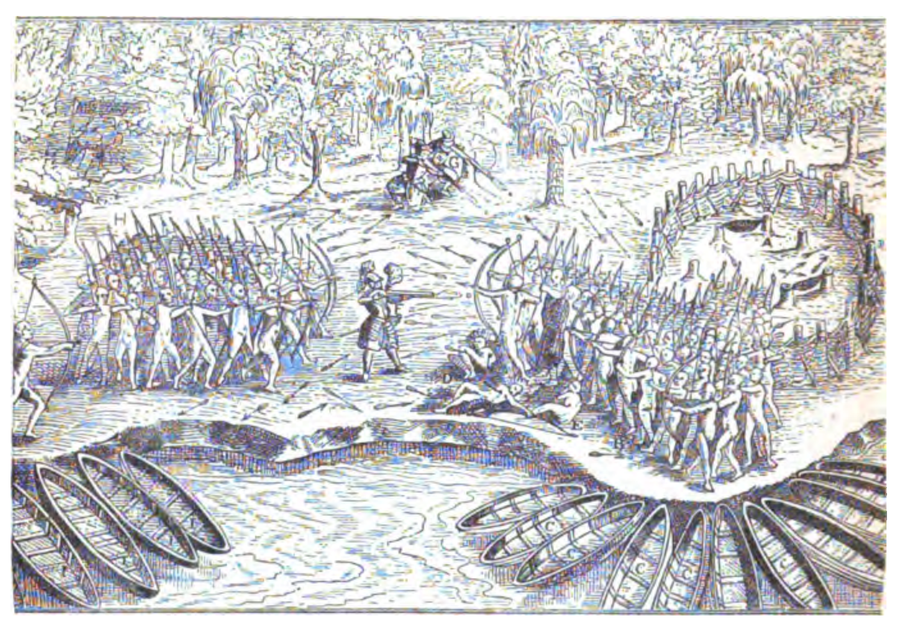


Un jefe de los iroqueses
Figura del cuadro de B. West titulado *La muerte del general Wolfe*

dulce; y cuando después, siguiendo á los guías indios, penetró por el río Severn en el lago de Simcoe, y luego de haber atravesado el país de los hurones divisó por entre la obscuridad que producía el espeso follaje y la tupida vegetación de los bosques vírgenes la brillante superficie del lago Ontario, abrió su pecho á la esperanza al pensar que aquellos lagos,

no sólo deberían comunicarse entre sí, sino también con el Océano Pacífico, gracias á lo cual podría irse de uno á otro mar y llegar hasta la India.

En este viaje de descubrimientos agregáronse á Champlain porción de guerreros pertenecientes á los indios ottawas y hurones, los cuales ambicionaban invadir el territorio de sus constantes enemigos los iroqueses á



Combate de Champlain contra los iroqueses
De un grabado de la obra del mismo, *Voyages du Sieur de Champlain*, Paris 1613

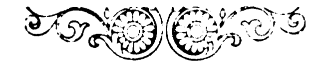
A Reducto de los iroqueses. *B* Los enemigos. *C* Canoas de los iroqueses. *D* Dos jefes muertos. *E* Un herido. *F* Champlain. *G* Sus dos mosqueteros. H Los indios aliados. I Canoas de los mismos.

las órdenes del valiente bretón, mucho más desde que éstos habían construído en el lago Oneida, situado al Sur del Ontario, una sólida fortaleza de estacas, desde la que molestaban con frecuencia á los hurones.

Esta fortaleza ocupaba gran extensión, tenía forma exagonal y estaba rodeada de cuatro filas de estacas que tendrían en conjunto unos 30 pies de elevación. Unas galerías que se corrían por la parte interior de las empalizadas facilitaban mucho á la guarnición del fuerte la defensa.

Cuantas veces se intentó conquistar aquella fortaleza, otras tantas hubo que desistir sin haber conseguido el menor resultado, hasta que por fin, habiendo sido gravemente herido Champlain, vióse en la precisión de regresar á Quebec por el lago Ontario.

Este fué el último viaje de descubrimientos verificado por Champlain; pues á consecuencia de haberle nombrado Carlos de Borbón gobernador del Canadá, no solamente tuvo necesidad de entretenerse en los centros comerciales, solicitado por toda clase de negocios, sino que al propio tiempo hubo de hacer largos y penosos viajes á Francia. Pero dondequiera que estuviese, hay que reconocer que hasta su muerte, acaecida el día de Navidad del año 1635, jamás perdió ocasión de labrar la prosperidad y engrandecimiento de la colonia de Nueva Francia, por cuya razón puede y debe ser considerado como el verdadero fundador de la soberanía francesa en la América del Norte.



DESCUBRIMIENTOS REALIZADOS POR LOS JESUITAS Y POR LOS NAVEGANTES FRANCESES

Aunque no le fué posible al infatigable Samuel Champlain realizar su obra de descubrimiento, ésta se hallaba confiada á buenas manos.

El comercio de pieles que de día en día progresaba, había producido una clase especial de hombres que servían de intermediarios entre los blancos y los indios, y á los cuales se daba el nombre de viajeros ó corredores de los bosques. Solos ó unidos á otros, comerciaban por cuenta propia ó por la de comerciantes y sociedades con los naturales del país, á los que proveían de productos europeos, tales como armas, pólvora, plomo y dijes y otras cosas análogas, los cuales objetos cambiaban por pieles.

La existencia de estos traficantes se deslizaba entre una serie no interrumpida de peligros de toda clase. En débiles canoas de corteza de abedul se entregaban á las aguas de ríos desconocidos de torrencial corriente, y llenos de cascadas que con frecuencia los obligaban á dar un rodeo de varias leguas cargados con el equipaje y las canoas á cuestas, y expuestos continuamente á perderse por entre aquellas selvas sin fin. Tan pronto tenían que atravesar á nado la corriente impetuosa de ríos caudalosos y cruzar profundos pantanos, como abrirse paso con el hacha por entre la espesa selva ó los altos cañaverales. Atenidos tan sólo para alimentarse á la caza y pesca que encontraban, muchas veces se veían precisados para mitigar el hambre y la sed á servirse de raíces y de frutos silvestres. Y á esto hay que añadir los padecimientos que les imponía la inclemencia y variedad del clima, que tan pronto les hacía asfixiarse de calor como helarse de frío. Pasaban días y días completamente circundados por un mar de nieve, cuyos inmensos remolinos les obligaban á permanecer cobijados bajo la copa de un árbol hasta que pasaba la borrasca, y para que nada faltase, siempre estaban amenazados de que los atacasen las fieras, ó lo que aún era mucho más peligroso, los salvajes.

Sin embargo de este peligro constante que los sujetaba á dormir con las armas en la mano y el oído siempre atento, era tan grande el cariño

que sentían por aquella vida errante, que haciendo frente á todo género de obstáculos y penalidades fueron internándose cada vez más hacia el Norte trepando por los elevados y agrios peñascos del Labrador, hasta llegar al país de los esquimales, asombrando con su presencia á los pueblos indígenas del lejano Oeste.



Tipo de un indio dakota. (Dibujo del natural por Rodolfo Cronau)

Para muchos de aquellos hombres tenía esta existencia tal encanto, que establecieron su residencia en los bosques y se mezclaron con los indios, cuyo cruzamiento dió origen con el transcurso del tiempo á aquella raza mestiza, tan numerosa aún en la actualidad en la antigua América del Norte francesa, conocida con el nombre de *bois brulé* (madera tostada).

Por más que á estos intrépidos viajeros se debe principalmente el descubrimiento de los dilatadísimos desiertos del Oeste, la Historia sólo ha conservado el nombre de unos cuantos de estos audaces aventureros. Un tal Esteban Brulé, oriundo de Champigny, que en compañía de Champlain llegó á la bahía Georgiana, está considerado como el descubridor del verdadero lago Hurón, y además, según parece, él fué quien proporcionó las mismas noticias acerca del lago Superior y de las minas de cobre que se hallan en las inmediaciones de Quebec.

En el año de 1634, Juan Nicolet, natural de Cherburgo, y al servicio de una sociedad comercial fundada por Champlain, penetró por el canal de Mackinaw, desde el lago Hurón al de Míchigan, y entabló relaciones amistosas con los indios winnebagos que habitaban la orilla occidental de este último lago.

Nicolet apareció entre los rudos hijos del bosque vestido con un traje extravagante. Consistía éste en un manto de damasco chino, en el que había bordadas algunas guirnaldas de flores y pájaros de vistosos colores. En cada mano llevaba una pistola, que disparaba de cuando en cuando, y los pieles rojas lo tomaron por la imagen del soberano del país de los espíritus, que disponía del rayo y del trueno.

Desde los territorios en que aquellos indígenas acostumbraban á cazar penetró Nicolet hasta el río Wísconsin, en cuyo punto adquirió noticias acerca de *una gran agua* distante tan sólo tres días de marcha del Océano Pacífico, pero las investigaciones que en lo sucesivo se realizaron dieron á comprender que los indios, al hablar de *una gran agua*, se referían al Mississippí y no al mar.

Veinticinco años más tarde llegaron al curso superior de este río los viajeros Medardo Chouart y Pedro d'Esprit, el primero de los cuales era conocido por el sobrenombre de *Sieur des Groseilliers* y el segundo por el de *Sieur Radisson* (1).

En compañía de una banda de guerreros hurones y ottawas que huían de la venganza de sus enemigos los iroqueses, llegaron dichos viajeros el año de 1659 al Wísconsin, descendiendo la corriente hasta su unión con el Mississippí, en cuyas orillas buscaron los fugitivos una nueva patria. Pero como en aquel punto ya se habían establecido los indios dakotas, éstos, que constituían una nación poderosa, se opusieron á los propósitos de los extranjeros, obligándolos á dirigirse al territorio surcado por el Black River. Entretanto que los hurones establecían su residencia en aquel paraje, los dos franceses, juntamente con los ottawas, continuaron su viaje y llegaron al lago Superior, haciendo alto en la bahía de Chagouamikon.

En el transcurso de aquellas expediciones, Chouart y d'Esprit tuvieron ocasión de conocer una gran parte del actual estado de Wísconsin y de establecer por primera vez relaciones con los poderosos indios dakotas del Alto Mississippí. Estos indios eran denominados nadowessioux por los winnebagos, pero los franceses sólo admitieron la última sílaba del dicho nombre y por lo tanto les llamaron *sioux*. Los dakotas, así en sus usos y costumbres como en el idioma, diferían en gran modo de los hurones, y no habitaban, como éstos, en chozas, sino en tiendas de cuero.

---

(1) Véase *Narrative and Critical History of America*, t. IV, pág. 168, de Winsor.

Los viajeros franceses regresaron en el mes de agosto del año de 1660, y para ello es indudable que marcharon por el canal de Santa María, que pone en comunicación al lago Superior con el de los Hurones. Iban acompañados de 300 indios y llevaban 60 canoas cargadas de ricas pieles con destino al gran mercado de Mont Royal. Este centro comercial, que, como se sabe, había sido fundado por Champlain, alcanzaba de día en día mayor grado de prosperidad, y las narraciones que acerca de su viaje y de las tierras que habían visitado hicieron los expedicionarios produjeron entre sus habitantes la mayor admiración.



Firma de Luis Jolliet

Las pieles fueron vendidas con gran ganancia, y al instante partió de nuevo Chouart con rumbo al lago Superior, pero ahora acompañado de seis compatriotas y del misionero René Menard, á quien seguía su criado Guerin. El religioso pretendía ir desde la nueva residencia de los ottawas en busca de los hurones, que se habían quedado en el interior del Wísconsin, pero se extravió en el camino y nunca se encontró rastro ni se tuvo la menor noticia de su existencia. El breviario y otros objetos de su pertenencia parece que fueron encontrados algún tiempo después en poder de los dakotas, hecho del cual se deduce que Menard llegó hasta el Alto Mississippí, pero no se poseen los suficientes datos para asegurarlo con certeza. Chouart *(Groseilliers)*, en compañía de diez hombres resueltos, hizo una excursión en el año de 1662 á la bahía de Hudson, y con tal motivo, según parece, encontró el camino que ponía en comunicación al lago Superior con el Nipegon, y más adelante al río Albany con la bahía de Hudson.

Jacque marquette

Firma de Jacobo Marquette

Pero su proyecto de transportar por este camino todas las pieles procedentes de los países del Norte del San Lorenzo no fué aceptado en Quebec, y en su consecuencia *Groseilliers* se dirigió más tarde á Inglaterra, donde interesó de tal manera al príncipe Ruperto en favor de su empresa, que en 1670 fundaba éste la célebre *Hudson's Bay Company* que tiempo adelante se apoderó de todo el comercio de pieles del Canadá.

Por el año de 1669 fué descubierto el quinto de los grandes lagos de la América del Norte, ó sea el Erié, por el viajero Luis Jolliet al regresar de un viaje comercial desde el lago Superior á Mont Royal.

Este descubridor, que era canadiense de nacimiento, fué uno de los más afortunados viajeros franceses, á quien Frontenac, á la sazón gobernador de Nueva Francia, envió en 1672 para que explorase el curso de

aquel gran río visto por Chouart y d'Esprit. La inclemencia del clima obligó á Jolliet á hacer invernada en el Canal Máckinaw, á la entrada del lago Míchigan, y allí encontró al Padre Jesuíta Jacobo Marquette, que había fundado en aquel punto la Misión de San Ignacio.

Los primeros jesuítas llegaron á América con la Roche y Poutraincourt tomando el camino de Nueva Escocia al Canadá, donde supieron lograr grande influencia. En Quebec establecieron un centro desde el cual enviaban á sus misioneros en todas direcciones para que predicasen el Evangelio y convirtieran á los indios. Juntamente con los corredores y traficantes de pieles penetraron los misioneros en las selvas americanas, no cediendo á sus indomables compañeros en valor ni en perseverancia.

Entre dichos piadosos padres ocupan término preferente Juan de Brebouf, Antonio Daniel y Davost, que por el año de 1634 propagaban la palabra divina entre los indios hurones; Claudio Allouez y Luis André, que en 1669 habitaban en compañía de los pueblos indígenas de los lagos Míchigan y Superior, y que al lado de sus casas de bloques habían construído una capilla rodeada de fuerte empalizada.

Otro propagandista evangélico fué asimismo Jacobo Marquette, el cual, no obstante haberle advertido los ottawas y winnebagos que no se aventurase á realizar la temeraria empresa de ir á *la gran agua* con Jolliet, pues, además de los grandes peligros que encerraba, sus orillas estaban habitadas por salvajes sumamente feroces y belicosos, no desistió de llevar á efecto el plan que se había propuesto, y en su consecuencia, á fines del mes de mayo del año de 1673, los decididos aventureros, acompañados de cinco resueltos corredores, deslizábanse, arrastrados por la corriente, por entre los extraños paredones formados por el roce continuo de las aguas del Wísconsin (1), y pasaban por aquellas islas maravillosas bajo cuyos árboles establecían con frecuencia los viajeros sus vivaques.

Al llegar el día 12 de junio la decoración cambió por completo: tan pronto se veían grandes praderas habitadas por los búfalos, y que se perdían de vista en las altiplanicies, como poco después mecíanse los botes sobre la mansa corriente de un río que tenía su cauce entre alturas cubiertas de bosque, río que llenó de admiración á los franceses por su majestad.

Era el Alto Mississippí en los alrededores de la actual ciudad Prairie du Chien, de cuya grandeza inconmensurable pudieron los viajeros formarse una idea ascendiendo á una altura cercana y fijando la vista en aquella especie de profundo mar sembrado de centenares de islas que corría á sus pies. Todo el espacio que la mirada podía abarcar estaba cubierto por

(1) Este río, cuyo nombre ha tomado el actual estado de Wísconsin, está consignado en los antiguos mapas franceses con los nombres de Misconsin y Mesconsin.

las aguas, cuya superficie brillaba como un espejo, y por entre los claros que dejaban las copas de los árboles que cubrían las islas, y en todo el contorno de aquel paisaje encantador y grandioso, divisábanse altas rocas á las que aún no había llegado la mano del hombre, provistas de toda su primitiva magnificencia y hermosura salvaje.

A impulsos del oleaje del gran río marchaban las canoas de los viajeros, los cuales en el transcurso de varios días no hallaron huella que revelara la existencia de seres humanos en aquellas agrestes y solitarias selvas cuyo silencio solemne sólo interrumpían el arrullo de las palomas, el rumor producido por las corrientes aguas al chocar contra los troncos sumergidos y el graznido de las águilas que habitaban las alturas.

Por fin el día 25 de junio descubrieron señales recientes de la raza humana en la parte Oeste del río, y poco después una senda muy trillada que conducía á los umbríos bosques situados en la orilla, y en vista de ello, y después de una corta deliberación acerca del partido que tomarían, Jolliet y Marquette decidieron seguir aquella senda, y confiando la custodia de los botes á sus gentes, con el corazón palpitante de emoción, emprendieron su tan aventurada cuanto peligrosa excursión, pues no sabían si el mencionado sendero los conduciría á un país habitado por indios pacíficos ó sanguinarios salvajes. Caminaron algún tiempo, y al salir de la espesura de los bosques llegaron á una pradera iluminada por el sol y cubierta de altas hierbas y de flores, en los contornos de la cual, y á orillas de un riachuelo, vieron las ahumadas chozas de piel de un pueblo indígena, cuyos habitantes advirtieron al momento la presencia de los extranjeros. Al ver los indios que los viajeros avanzaban en actitud tranquila, salieron á su encuentro los jefes llevando dos pipas ricamente adornadas con plumas, símbolo de paz que los extranjeros habían tenido ocasión de ver ya usado por los habitantes del Este del Mississippí.

Aquellos indios pertenecían al poderoso tronco de los illinois, que por las relaciones que sostenían con sus vecinos habían ya oído hablar de los franceses y hasta adquirido á cambio de otros algunos de los artículos ú objetos con que éstos traficaban. Por lo tanto acogieron con amabilidad á Jolliet y á Marquette, fumaron con ellos la pipa de paz, y organizaron en honor de los extranjeros un banquete, en el que la vida de éstos corrió peligro á causa de la gran cantidad de pescado y carne de búfalo que les hicieron comer. Para mayor esplendor del festín habían matado los indios un perro cebado, y quieras ó no tuvieron los franceses que comer de él, pues constituye uno de los manjares predilectos de aquellas gentes.

Fué inútil que los caciques aconsejaran á los franceses que desistiesen del viaje que se proponían realizar, asegurándoles que á medida que más bajasen por el río, cuyo curso estaba habitado en ambas riberas por

pueblos salvajes y guerreros, los peligros que correrían serían mayores, pues ellos, sin hacer caso de tales advertencias, y escoltados hasta las canoas por 600 guerreros indios, continuaron su viaje, que en adelante había de poner ante sus ojos paisajes de verdadera grandiosidad y poética belleza.

A medida que los europeos se aproximaban al Sur, más exuberante, agreste é imponente era la decoración. Por ambas partes del río árboles gigantescos elevaban sus torcidas ramas que salían por la impenetrable maleza, la hojarasca y el intrincado laberinto de las plantas trepadoras; la vid silvestre trepaba, arrollándose á los gruesos troncos, hasta las copas de los árboles, y desde allí, formando grandes arcos y caprichosos dibujos, dejaba caer sus sarmientos cuajados de dorados racimos hasta tocar en el suelo. De trecho en trecho elevábanse cual vigilantes atalayas los caducos árboles del bosque, cobijando bajo sus frondosas ramas las matizadas copas de los más jóvenes y constituyendo verdaderas trincheras ó puntos de acecho de las aves de rapiña.

Más allá de la desembocadura del Illinois, en la orilla Este, lo que más llamaba la atención de los viajeros eran las largas y fantásticas peñas que les recordaban los derruídos castillos de la vieja Europa. En los muros de algunos de aquellos extravagantes peñascos veíanse pinturas indígenas de colores chillones representando ídolos y monstruos de figura grotesca.

Poco después de haber transpuesto aquel curioso museo indio, el país era cada vez más llano, y de repente viéronse los viajeros sorprendidos en medio de un formidable torbellino de agua de varios colores, aguas que, procedentes del Oeste, penetraban con gran ímpetu en el Mississippí por una enorme boca y convertían las cristalinas ondas de aquél en un verdadero torrente de arcilla amarillenta.

El aspecto del hermoso río que había conducido hasta aquel punto á los descubridores desaparecía de golpe bajo la corriente impetuosa del caudaloso Missouri, que desde entonces imprimía á aquella gran masa de agua que avanzaba hacia el Sur su sello característico (1). Las débiles canoas de los viajeros bailaban sobre las revueltas aguas del Mississippí y del Missouri, sobre las que flotaban infinidad de árboles, y eran arrastradas cada vez con mayor velocidad hacia el Sur.

Algunas veces la inmensa superficie líquida semejaba un dilatado lago circuído por completo y sin salida alguna, y otras iba estrechándose su cauce á consecuencia del gran número de islas cenagosas que lo obs-

(1) El Missouri fué llamado Pekitanoui por Marquette, y en antiguos mapas franceses aparece también consignado con los nombres de Rivière des Osages *(río de los*

truían, y por entre cuyos sombríos grupos de árboles veíanse brillar las superficies de pestilentes pantanos habitados por repugnantes reptiles.

Los franceses pasaron algunas semanas en medio de aquella soledad sin ver ningún ser humano, hasta que por fin, al aproximarse á la embocadura del actual río Arkansas, vieron en su orilla occidental un campamento indígena, cuyos habitantes, prorrumpiendo en aullidos espantosos, empuñaron las armas y se lanzaron precipitadamente en sus canoas para atacar por todas partes á los botes de los europeos. Inútilmente agitaba Marquette una de las pipas símbolo de paz que le habían regalado los indios illinois, y es muy posible que el viaje hubiera tenido un trágico desenlace á no llegar en el momento preciso un jefe indígena que, habiéndose fijado en el dicho símbolo, ordenó á sus gentes que depusieran su actitud hostil.

Poseídos de verdadero terror siguieron los europeos al mencionado jefe, el cual los condujo al campamento indígena, donde les esperaba un recibimiento mejor del que ellos suponían. Al siguiente día pudieron continuar el viaje, y los indios hasta mandaron delante de los extranjeros una avanzada para que avisasen la llegada de éstos á los habitantes de un pueblo limítrofe llamado Akansa.

Efectivamente, á su llegada ya los esperaba en las cercanías un cacique completamente desnudo que estaba de pie en la proa de su canoa, y que ostentaba en la mano una de las mencionadas pipas emblema de paz. Aquel cacique condujo á los expedicionarios á un pueblo situado enfrente de la desembocadura del Arkansas (1). Delante de la tienda que el jefe ocupaba había una plaza cubierta de esteras, sobre las que se sentaron los guerreros, los cuales miraban con no menos asombro los pálidos rostros de los extranjeros que éstos los desnudos cuerpos de los indios. La conversación que en la entrevista tuvieron fué sostenida por un joven indio illinois que tenían prisionero los arkansas, por cuya mediación obtuvieron los europeos algunas noticias acerca del curso de la parte baja del río y de los pueblos que habitaban aquellos territorios. Por él supieron que estos últimos eran por demás belicosos y sanguinarios, y que poseían armas de fuego que les habían proporcionado los indios que habitaban en la desembocadura del Mississippí, que sostenían relaciones

Osages) y Rivière des Emissourites ú Omessourits *(río de los Missouris)*. Los indios missouris habitaban, en la época en que fué construído el fuerte de San Luis en el mismo sitio que hoy ocupa la ciudad de este nombre, una gran parte del actual estado del Missouri.

(1) El nombre de este río fué primitivamente el mismo que el del pueblo Akansa ó Acamsa, situado enfrente, y más adelante se le dió el de Arkansas que actualmente lleva.

comerciales con los españoles. Díjoles asimismo que aquellos pueblos eran tan fuertes y poderosos que los vecinos del Arkansas no se atrevían á salir á cazar bisontes por miedo á ellos, viéndose obligados á alimentarse con raíces y otros frutos.

De lo dicho por el indio dedujeron Jolliet y Marquette que el Mississippí no desembocaba, como ellos habían supuesto, en el Golfo de California, ni era el mismo río Colorado, llamado Tizón por los españoles, sino el que éstos denominaban del Espíritu Santo, el cual, á diez días de camino del Akansa, desembocaba en el Golfo de México, deducciones todas que los franceses vieron confirmadas por sus anfitriones. Temiendo que si avanzaban más caerían en manos de los bárbaros ó de los españoles, enemigos encarnizados suyos, convinieron los dos descubridores en volverse al Canadá.

Despedidos por los pieles rojas con muestras de verdadero cariño, se pusieron en marcha el día 17 de julio, haciendo un viaje doblemente penoso, pues sobre las grandes fatigas que les costaba navegar contra la corriente, el hallarse en pleno verano hacía, con su calor sofocante, que éstas fueran mucho más sensibles. Después de algunas semanas, y á fuerza de trabajos inmensos, lograron llegar al punto en que el Illinois vierte sus aguas en el Mississippí. Marquette, á consecuencia de las muchas y grandes penalidades sufridas, vióse acometido de unas fiebres violentas que pusieron su vida en grave riesgo, por lo que aceptaron el consejo de algunos indígenas de remontar el Illinois, pues era camino más corto para ir al lago Míchigan, que el río Wísconsin, situado más al Norte. A consecuencia de esto los viajeros atravesaron por el corazón del actual estado de Illinois cuya hermosura causó tal entusiasmo al enfermo Marquette que escribía que jamás había visto un país que superase á este en amenidad, riqueza de praderas, aguas y caza.

Por fin, en el otoño llegaron los expedicionarios al lago Míchigan, al mismo sitio en que hoy se elevan los suntuosos palacios de la riquísima ciudad de Chicago, emporio del comercio norteamericano, á la que con justicia se le da el nombre de *Reina de los Mares*. Desde allí se volvió Marquette á San Ignacio, á la vez que Jolliet se dirigía á Quebec para dar cuenta de su importante viaje, en el transcurso del cual había sido descubierta toda la parte central del curso del Mississippí, esa importantísima arteria comercial del Continente Norteamericano.

Aunque Marquette se hallaba todavía convaleciente de su enfermedad, en el otoño del año siguiente realizó por su cuenta otro viaje de exploración, yendo desde la bahía de Green, del lago Míchigan, por toda su costa occidental. Había concebido el proyecto de llegar hasta aquel pueblo de los indios illinois donde tan cariñosamente lo habían acogido el año ante-

rior, y fundar en él una misión para convertir á los herejes á la religión cristiana. Pero no bien el incansable Jesuíta abandonó el lago y navegó un corto trayecto por el pequeño río de Chicago, cuando recrudeciéndose sus padecimientos se vió en la precisión de construir precipitadamente una casa rústica con troncos de árbol para invernar en ella. En la primavera siguiente, ó sea en el año de 1675, pudo continuar el viaje, y con la ayuda de dos corredores de los bosques que se habían unido á él llegó al lugar de su destino, pero después de una corta permanencia allí tuvo que regresar á causa de sus dolencias, llegando á fuerza de mucho trabajo al lago Míchigan, en cuya costa halló el término de sus días.



Pipa emblema de paz de los indígenas



Retrato de La Salle
De un grabado de la *History of America* de Winsor

LA SALLE Y LA FUNDACIÓN DE LA LUISIANA

Aunque la exploración del Mississippí que dejamos consignada en el capítulo anterior había demostrado plenamente que no existía comunicación alguna entre este río y el Océano Pacífico, todavía se abrigaba la esperanza de que los cinco grandes lagos estuvieran unidos á él á la manera que el río San Lorenzo con el Atlántico.

Confiados en que hallarían un paso parecido á éste, los viajeros Daniel Greisolon du Lhut (llamado simplemente Duluth por los ingleses y americanos), Perrot, Dupuy, La Monde, Pedro Moreau (llamado La Taupine)

y otros, exploraron en los años de 1678 á 1684 los cercanías del lago Superior. El primero de estos traficantes de pieles reconoció sobre todo las comarcas comprendidas entre el lago Nipigon y el Alto Mississippí, sin que con sus largas excursiones enriqueciese lo más mínimo los conocimientos geográficos, cuya gloria estaba reservada para un hombre que en el año de 1666 llegó al Canadá, y que poseído del afán de las investigaciones científicas, y dominado por la idea de la existencia de un paso ó estrecho que condujese al Océano Pacífico, se decidió á imitar el ejemplo de los descubridores.

Este hombre había nacido en Ruán en el año de 1643 y se llamaba Renato Roberto Cavelier, Sieur de La Salle. No habiendo encontrado en el río San Lorenzo nada que fuera de su agrado, enajenó su posesión de Mont Royal, á la cual posesión él había bautizado con el nombre de *La China* á consecuencia de su constante idea de hallar un camino que condujese al Asia. Dos jesuítas que querían ir al lago Superior se le agregaron, y la expedición, que constaba de 24 hombres, partió el día 6 de julio de 1669.

Primeramente dejaron atrás la parte superior del San Lorenzo, tan peligrosa á causa de la rapidez de la corriente, y luego de haberse abierto paso por entre el laberinto conocido con el nombre de *las mil islas*, penetraron en el lago Ontario, al que los franceses llamaron indistintamente lago de San Luis y lago de Frontenac.

Mientras los dos jesuítas continuaron descendiendo el río, y después por tierra llegaron al país de los hurones, La Salle se vió en la necesidad de permanecer á la entrada del dicho lago con motivo de las pertinaces fiebres que le aquejaban, y se ignora en absoluto adónde se dirigió después de restablecido, pues faltan datos que confirmen que descubriera el Ohío en este viaje. Lo que sí se sabe con certeza es que por casualidad tropezó con el descubridor Luis Jolliet y que obtuvo de éste algunas noticias referentes á los altos lagos.

Poco después de haber regresado La Salle al Canadá, en el año de 1673 obtuvo la dirección ó jefatura de la colonia comercial de Frontenac establecida en el lago Ontario, y sin duda allí fué donde maduró el proyecto de fundar un poderoso imperio colonial en el corazón mismo del Continente norteamericano, en el valle del Mississippí, asegurando á Francia su posesión por medio de una red de fortificaciones. Con el fin de llevar á efecto sus planes, en el año de 1677 dirigióse La Salle á la corte de Francia, y por mediación del ministro Colbert consiguió una Real patente que le autorizaba á poner en práctica su empresa, pero con la condición de que el Erario público no había de contribuir á ello con nada. Los gastos que se originasen se sufragarían con los beneficios y rendimientos que el

país proporcionara, en primer lugar el comercio de pieles, cuya explotación constituía uno de los monopolios de La Salle. Y por más que éste tuvo que hacer frente á la ruda oposición y á las intrigas de los peleteros canadienses, como igualmente á las de los Jesuítas, que también se dedicaban á aquella industria (1), en el otoño del año de 1678 quedaron terminados los preparativos para dar comienzo á la mencionada empresa. La Salle inició sus trabajos enviando el 18 de noviembre del último año citado á una parte de su gente con un pequeño barco desde el fuerte Frontenac, situado en las inmediaciones de la actual ciudad de Kingston, por el lago Ontario, para que en el río Niágara, que une á este lago con el de Erié, situado más atrás, construyeran una fortaleza. Los expedicionarios llegaron el día 5 de diciembre á la desembocadura del caudaloso torrente. Champlain tuvo ya noticia de las inmensas cataratas de este río, pues en el año de 1632 las consignó en una carta marítima trazada por él, y á su lado puso esta advertencia: *Sault d'eau au bout du Sault (Lac) Saint Louis fort hault, oú plusiers sortes des poissons descendans s'estourdissent.* En la obra *Relation des Hurones*, de Ragueneaus, también se mencionan, aunque muy á la ligera, las cascadas del *Onguiaahra.* Las gentes de La Salle fueron los primeros hombres de raza blanca en cuyos oídos resonó el fragoroso estruendo producido por la caída de las aguas de estas cascadas.

La primera descripción detallada (2) de esta maravilla universal fué obra del franciscano Luis Hennepín, que formaba parte de la expedición. Su relato está bastante ajustado á la verdad, si bien cometió el error de calcular su altura en 500 á 600 pies.

---

(1) Véase *The discovery of the Great West*, pág. 36, de Parkman.

(2) Esta se encuentra en la *Description de la Louisiane nouvellement découverte au Sud-Ouest de la Nouvelle France,* del Rvdo. P. Luis Hennepín, publicada en París en 1683.

Hennepín bajó posteriormente desde el fuerte Crevecoeur, erigido por La Salle, por el río Illinois, reconoció el Alto Mississippí, en cuyo punto cayó en poder de los indios dakotas ó sioux, y aun estando prisionero de ellos atravesó una parte del actual estado de Minnesota. El fué el primer europeo que llegó á las cascadas del Mississippí, á las que denominó de San Antonio (en inglés St. Anthony), en cuyas cercanías se asienta hoy la ciudad de Minneápolis. Después que los indios lo dejaron en libertad volvió al Canadá, y luego fué á Francia, donde publicó extensas noticias de su viaje, las cuales noticias fueron en aquella época tan leídas que alcanzaron hasta veinte ediciones, y fueron traducidas al inglés, alemán, holandés, italiano y español. Según en lo sucesivo han venido á comprobar nuevas investigaciones realizadas, algunas partes de la citada *Description*, como, por ejemplo, la consagrada á la relación de un viaje bajando por el Mississippí hasta su desembocadura, son un burdo tejido de invenciones (Véase *The discovery of the Great West*, de Francis Parkman, pág. 223, y la obra de Winsor titulada *History of America*, t. IV, pág. 247).

Acompañado de algunas personas intentó Hennepín remontar el Niágara en un bote, pero su rapidísima corriente les hizo desistir de tal propósito, y abandonando su angosto cauce subieron por los escarpados bancos de la orilla Oeste, y cruzando á través de los bosques llegaron á las cataratas. Hallábanse todavía los viajeros á gran distancia de ellas, y ya llegaba á sus oídos el gran estruendo causado por las aguas al precipitarse desde las alturas, estruendo que adquiría proporciones más imponentes á medida que avanzaban. Por fin llegaron al borde del profundo abismo y desde allí contemplaron entusiasmados cómo la inmensa masa de agua, semejante á una tromba colosal, se arrojaba y desaparecía en los obscuros senos de aquella especie de antro.

Los europeos se quedaron como petrificados ante la grandeza de tan majestuoso espectáculo, en el que por todas partes se veía al líquido elemento avanzar rápido, vertiginoso y desencadenado, formando un verdadero caos de olas que se empujaban unas á otras y luchaban entre sí como embriagadas en su propio furor, y en cuya caída parecia que pretendían arrastrar los cielos y la Tierra.

Las aguas procedentes de cuatro formidables lagos interiores formaban primero, al acumularse, especie de nubarrón inmenso de blanca espuma, y después de su caída, al chocar contra los pedruscos del fondo, volvían á elevarse formando una columna de brillantes é imperceptibles burbujas que se confundían á inconmensurable altura con el ceniciento fondo de un cielo de invierno. Considerado en conjunto, aquel paraje parecía el hallado por el diluvio para llevar á efecto su desagüe.

La Salle edificó una vivienda fortificada en la desembocadura del Niágara, y después, un poco más arriba de la catarata, mandó construir un barco, el *Griffin*, á bordo del cual pasó el día 7 de agosto de 1679 por el lago Erié, por cuya superficie no había hasta entonces navegado la quilla de ninguna embarcación. Desde aquel lago penetró La Salle en el Estrecho de Détroit, luego en el lago Sanct Clair, después en el Hurón, y desde allí se dirigió á Mackinaw y á la bahía de Green, del lago Míchigan, punto este último en donde reunió gran cantidad de pieles para remitirlas en el *Griffin* al Canadá y contentar con ellas á sus impacientes acreedores.

Entretanto que el barco hacía este viaje, La Salle se internó, con la gente que quedó en su compañía, por la extremidad meridional del lago Míchigan, bajó por el Illinois, y á orillas de éste levantó un fuerte que denominó Crevecoeur, nombre extraño que fué como un presentimiento de las muchas vicisitudes que esperaban al descubridor.

Una gran parte de sus gentes desertó, y después experimentó el golpe tremendo de la pérdida del *Griffin* y de su rico cargamento en el camino

del fuerte Niágara, sin que jamás se haya encontrado de él el menor vestigio.

Por espacio de varios meses esperó La Salle el regreso de la embarcación, pero transcurrió todo el verano y con él desapareció la esperanza de que aquélla hubiese llegado al lugar de su destino.

Era preciso de todo punto proporcionarse nuevas provisiones y tripulación, y en su consecuencia decidióse La Salle, en compañía de algunos de sus más fieles y servidores compañeros, á realizar el viaje á pie hasta el Canadá, peligrosa y aventurada excursión de más de 1,000 millas inglesas que llevaron á efecto en sesenta y cinco días y en pleno y crudísimo invierno, y en la que uno tras otro fueron pereciendo todos los compañeros de La Salle, víctimas de las fatigas y privaciones, llegando él solo, el día 7 de mayo, frente á las conocidas murallas del fuerte Frontenac, donde le aguardaba una serie de noticias adversas.

Allí no tan sólo vió confirmados sus temores de que el *Griffin* se hubiese ido á pique, sino que también había corrido la misma suerte en la entrada del río San Lorenzo un barco que, procedente de Francia, conducía víveres para él. Además supo que se había propalado la noticia de que había fallecido en los bosques del Illinois, y en su consecuencia sus acreedores habían embargado la parte de sus bienes que no le habían robado sus administradores.

Con el propósito de salvar lo que pudiera se dirigió La Salle inmediatamente á Mont Royal, ordenó sus asuntos con sumo cuidado y acierto, y ya se disponía á volver al fuerte de Crevecoeur á llevar auxilios á los que en él había dejado abandonados, cuando dos corredores de los bosques le dieron la noticia de que parte de sus gentes se había insurreccionado, y después de destruir el fuerte se hallaba en camino hacia las colonias con el intento de asesinarle.

No obstante semejante cúmulo de calamidades, el valor del intrépido francés no se desmintió un momento ni amenguó en lo más mínimo, sino que, por el contrario, adelantándose á los proyectos de los rebeldes les salió al encuentro, los sorprendió en el lago Ontario y los obligó á rendirse. Inmediatamente se dirigió al fuerte Crevecoeur, donde esperaba encontrar algunos fieles, pero á su llegada en el mes de noviembre le halló completamente arruinado y desierto, al igual que un pueblo de indios illinois que había en las inmediaciones. Delante de todas las chozas, que estaban reducidas á un montón de ceniza, veíanse centenares de cráneos clavados en las ahumadas estacas de las empalizadas, y por entre ellas estaban desparramados infinidad de cadáveres cuyos restos putrefactos se disputaban los lobos. Una numerosa horda de iroqueses había caído sobre los escasos franceses que formaban la guarnición del

fuerte y sobre los indios illinois amigos de éstos, y habían degollado á centenares de hombres, mujeres y niños. Todo el valle, hasta el Mississippí, ofrecía un cuadro de desolación espantoso.

Todo el fruto conseguido con el trabajo de algunos años había desaparecido; pero La Salle, en vez de abatirse como tantos otros en idénticas circunstancias, se decidió á comenzar de nuevo, y después de pasar el invierno entre los indios miamis, con los que estableció relaciones comerciales, marchó de nuevo al Canadá en busca de lo que necesitaba para reconstituir lo perdido, en la primavera del año de 1681. Con la influencia del gobernador del Canadá, y con la ayuda que le prestó un rico pariente suyo, logró organizar una columna compuesta de 23 franceses y una pequeña hueste de indios amigos, y con ella se encaminó primero al Illinois, para bajar después por este mismo río hasta el Mississippí, y el día 6 de febrero mecíanse ya los botes de La Salle sobre las aguas del *padre de los ríos*.


Tipo de un indio del Illinois

Los expedicionarios, pasando por la desembocadura del Missouri y del Ohío, llegaron al territorio de los arkansas, aquellos indios que tan cariñosamente acogieron á Jolliet y á Marquette, y luego, más al Sur, al país de los indios taensas, pueblo extraño que habitaba una ciudad emplazada en las orillas de un lago, y cuyas viviendas eran de adobes confeccionados con barro y paja. Los edificios eran todos cuadrados, estaban cubiertos con una techumbre de paja que ofrecía la forma de media luna, y colocados de modo que en el centro quedaba una gran plaza. La casa del cacique y el templo, sobre cuya puerta de entrada había un águila toscamente tallada mirando hacia el Oriente, eran de mayores proporciones que el resto de los edificios. El interior del templo mostraba el grotesco ornato correspondiente al culto de los dioses de

aquellas gentes, y en el centro había un altar en el que dos ancianos mantenían constantemente encendido el fuego sagrado.

Siguiendo río abajo llegaron los franceses al territorio de los indios natchez, coroas, oumas y tangibaos, y por fin el día 6 de abril llegaron al sitio en que el Mississippí se divide en tres brazos y forma un gran delta. Mientras La Salle continuaba el viaje por el canal occidental, sus gentes lo hicieron por los otros dos, y pronto las embarcaciones de todos surcaban las saladas olas del Golfo de México. Habían recorrido el Mississippí desde el Wísconsin hasta su desembocadura, y en este último punto erigió La Salle una columna conmemorativa con la siguiente inscripción: *Louis le Grand, Roy de France et de Navarre, Régne; le neuviéme Avril* 1682. Al propio tiempo desarrolló un pergamino, dió lectura de él, y con esta ceremonia tomó posesión formal del país desde las fuentes del Mississippí, en el territorio de los naduesius, hasta su desembocadura en el Golfo de México. En honor del soberano francés dió La Salle á este reino inmenso, que se extendía desde el lado de allá de las montañas Pedregosas hasta los Alleghanis, el nombre de Luisiana.

El primer paso para la realización de la colosal empresa estaba dado, y La Salle volvió primero á orillas del Illinois, y en la altiplanicie de una roca escarpada mandó construir un fuerte, al que denominó de San Luis. Formando un círculo en derredor de la fortaleza habían instalado su campamento las varias ramas de pueblos indígenas que solicitaban su protección contra los ataques de los terribles iroqueses. La cifra á que en conjunto ascendían aquellos varios pueblos unidos, entre los que se contaban los indios illinois, miamis, shawanoes, quiatenones (weihas), peanquhichias (piankisahs), pepicoyas, quilaticas y quabonas era de unos 20,000, que podían disponer de 3,880 guerreros para el combate. El proyecto de La Salle tenía por objeto en primer lugar fundar en la entrada del Mississippí una colonia fortificada semejante á la anterior que defendiese la posesión del expresado río, cosa que parecía tanto más necesaria cuanto que éste constituía una excelente y magnífica vía por la que, no tan sólo podían transportarse á Francia todos los productos del país, sino proveer al propio tiempo de artículos europeos á las colonias con mucha mayor facilidad que por el largo y penoso camino del Canadá.

El gran número de enemigos que La Salle tenía en el Canadá demostraba su desagrado combatiendo todos sus proyectos; veían con envidia los resultados que de ellos alcanzaba, y no desperdiciaban medio ni ocasión de dificultar el desarrollo de sus pensamientos. Un gran golpe para el intrépido colonizador fué el traslado de su protector Frontenac, gobernador de Nueva Francia, en sustitución del cual fué nombrado La Barre, que no tardó en ser ganado por los envidiosos contrarios de La Salle.

Desde aquel momento aumentaron por modo tal los obstáculos que á cada paso le oponían, que se resolvió á marchar á Francia para enterar personalmente al rey de sus proyectos de colonización y ver si lograba alcanzar su poderosa protección.

La hermosa perspectiva que La Salle presentó á la vista del soberano le decidió á poner á disposición del descubridor cuatro barcos con las tropas, colonos y provisiones necesarias para ir al Mississippí.

El 24 de julio de 1684 partió la pequeña escuadra llevando á su bordo 280 personas, y La Salle en el transcurso de todo el viaje tuvo que luchar constantemente contra las ruines intrigas del capitán Beaujeu, que en manera alguna quería obedecer sus órdenes ni ajustarse á sus deseos. Esto dió origen á gran número de pendencias, y uno de los barcos cargado de provisiones cayó en poder de los españoles. La Salle enfermó gravemente, y hasta que dieron la vuelta á la costa y extremo meridionales de Cuba no hallaron la boca del Mississippí, cuya situación geográfica no había sido bien determinada. El día 28 de diciembre se hallaron á la vista de las costas de Tejas, y por espacio de mucho tiempo erraron perdidos por aquellos parajes solitarios, creyendo que la entrada del río se encontraba al Oeste de aquella comarca. Quiso la mala estrella de La Salle que en este reconocimiento se equivocara y tomase al Colorado, que desemboca en la actual bahía de Matagorda, por uno de los brazos de la desembocadura del Mississippí; pero su error quedó desvanecido en cuanto observó que la costa volvía hacia el Sur. Ocupados se hallaban aún en estas investigaciones, cuando el piloto Aigrón, á traición según parece, hizo embarrancar en la costa uno de los barcos cargados de provisiones, con cuyo motivo se perdieron muchas de las más indispensables. Para colmo de desdichas, el capitán Beaujeu se volvió á Francia con la mejor embarcación, sin desembarcar los cañones y provisiones destinados á las colonias. Alegando el pretexto de que su misión había terminado desde el instante en que había dejado á La Salle en la entrada del Mississippí, abandonó á los infelices colonizadores en aquellas soledades sin preguntarles siquiera si necesitaban algún auxilio.

Hacía muy poco que el barco de Beaujeu había partido, cuando La Salle, presa del mayor terror, reconoció que se encontraba en un río desconocido, y comprendiendo la gravedad de las circunstancias, mandó construir un campo atrincherado en la bahía de Matagorda, y en cuanto estuvo terminado guardaron en él todas las provisiones que tenían y se guarecieron las gentes.

Esto no obstante, la situación era sumamente difícil, pues la árida playa, calcinada por los ardientes rayos del sol, no producía fruto de ninguna especie con el que pudieran contar para ocurrir á su subsistencia.

Era necesario adoptar medidas enérgicas, y La Salle hizo cuanto humanamente le fué posible para salvar de la miseria á aquellos infelices.

Por espacio de dos años hizo esfuerzos sobrehumanos y soportó las mayores privaciones con el fin de ver si conseguía entrar en el Mississippí. Sus compañeros perecieron en parte en las torrentosas aguas y en los interminables pantanos; otros fueron mordidos por serpientes venenosas ó devorados por los aligatores, y otros por fin perecieron á los golpes de los tomahawks de los indios salvajes que suelen discurrir por las áridas estepas de Tejas.

Las tentativas de La Salle fracasaron dos veces, volviendo éste con el corazón oprimido y las manos vacías al campamento, donde le esperaban aquellos desdichados, cuyo número fué reduciéndose poco á poco hasta no quedar más que 45 individuos. La situación se hacía por momentos desesperada y los accesos de la fiebre causada por el sufrimiento eran cada vez más violentos. En vista de ello, La Salle, apenas repuesto de grave enfermedad, púsose en camino por tercera vez con el temerario propósito de cruzar las praderas en dirección Nordeste hasta el Arkansas, y desde allí, pasando por el Illinois y por los grandes lagos, llegar al Canadá y pedir los socorros que necesitaba. Este trayecto de miles de leguas tenía que recorrerlo en su mayor parte por países desconocidos, de los que no se tenía otra noticia cierta sino la de que estaban habitados por infinidad de bestias feroces y por indios salvajes más crueles y sanguinarios que aquéllas.

Todo el mundo reconocía que aquel proyecto de La Salle constituía, aunque pequeña, la única esperanza de salvación, y que si fracasaba todo se perdía irremisiblemente, y poseídos de esta última creencia los habitantes de Matagorda vieron con tristeza marchar á su jefe acompañado de algunos hombres el día 7 de enero de 1687. No debían volver á verle.

Tras una corta marcha llegó éste á las extensas praderas que, cruzadas por innumerables ríos y sembradas de trecho en trecho de pequeños bosques, se extienden desde Tejas al lago Míchigan. Sufriendo todo género de penalidades cruzaron los intrépidos expedicionarios los inacabables desiertos, teniendo unas veces que vadear grandes pantanos, otras que atravesar caudalosos ríos sobre pobres y débiles balsas, achicharrándose ahora de calor y quedando luego ateridos á consecuencia de las terribles heladas y grandes aguaceros.

Casi diariamente tropezaban con pueblos indios, que los recibían con cariño. Muchos de sus individuos poseían ya caballos, que habían adquirido de los españoles de México ó cazado en las praderas, adonde se habían escapado algunos de los que Coronado llevaba en su ejército, y los cuales habían vuelto al estado salvaje y reproducídose mucho.

Ya entonces los indios de Tejas cazaban los búfalos á caballo, y La Salle tuvo un día ocasión de ver á un pelotón de indígenas compuesto de unos 150 individuos correr de esta manera tras de aquéllos, y matar muchos con sus flechas.

Aquellos indígenas pertenecían al pueblo de los cenis, en cuyas chozas semejantes á colmenas de diez á quince metros de elevación se albergaron los europeos algunas veces, encontrando siempre franca y bondadosa hospitalidad.

El día 15 de mayo ya llegaron los aventureros hasta el río de la Trinidad, que está consignado en el mapa de Delisle con el nombre de *Riviére Trinité*, y que también ha sido llamado *Riviére Cenis*. En aquel punto, una pendencia surgida entre los compañeros de La Salle tuvo tan fatal desenlace, que un sobrino de éste y otros dos hombres fueron asesinados en una cacería por sus contrarios.

Los asesinos, para librarse del castigo que les esperaba, decidieron hacer lo mismo con su jefe, decisión que llevaron á efecto desde un escondite mientras aquél buscaba entre la maleza de las orillas del río á los hombres desaparecidos, y para coronar su traición despojaron al cadáver de sus vestidos y lo arrojaron entre los cañaverales para que sirviera de pasto á los lobos y á los buitres.

Tan desastroso fin tuvo el fundador de la Luisiana, uno de los más audaces y perseverantes descubridores de América, y el primero y más importante explorador del gran país occidental. Había consagrado toda su existencia á la consecución de convertir los países del Mississippí en un poderoso imperio que, bajo un gobierno bien organizado, hubiera sido sin duda alguna uno de los más ricos y florecientes del planeta. Porción de seres envidiosos, una larga serie de desgraciados accidentes, y por último la bala de un asesino traidor, impidieron la realización de aquella empresa colosal, para la que nadie era tan á propósito como La Salle, cuyo valor y perseverancia es muy difícil que hayan sido sobrepujados por nadie.

Muerto La Salle dispersáronse sus compañeros, y sus asesinos se confundieron con los indios. Algunos de aquéllos, entre ellos Juan Cavelier, hermano del desgraciado descubridor, continuaron el viaje hasta Arkansas, en cuyas orillas vieron, con gran admiración, levantada una cruz de madera. Cerca de allí había una tosca casa construída con bloques de piedra que servía de morada á dos franceses. Llamábanse éstos Couture y de Lounay, habían ido con La Salle al Illinois, y desde allí, con Tonty, gobernador del fuerte San Luis, al Arkansas en febrero de 1686, y acompañados de 25 hombres reconocieron todo el bajo Mississippí, como igualmente las costas del delta, sin encontrar la menor huella de La Salle ni de sus compañeros.

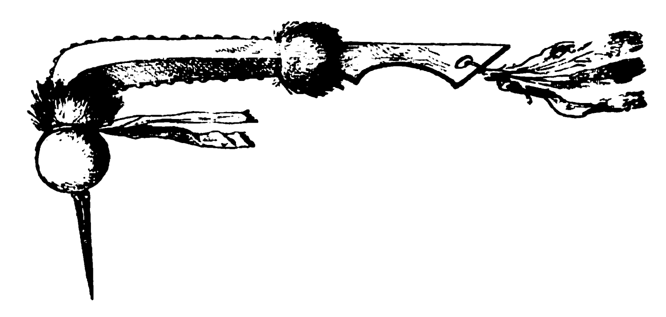
Conture y Lounay prestaron ayuda á sus compatriotas, que llegaron con toda felicidad al Canadá y posteriormente á Francia. A pesar de cuanto dicen extensos informes escritos en este último país, Luis XIV no hizo absolutamente nada para salvar á los colonos sobrevivientes de la bahía de Matagorda. Al contrario, con la mayor indiferencia y sangre fría los dejó abandonados á su suerte, y nada se sabría del fin desgraciado que tuvieron si los cronistas españoles no lo hubieran revelado. Un desertor llegó desde dicha bahía hasta Nuevo León, propiedad de los españoles, cuyo virrey mandó una pequeña hueste á aquel punto para que desalojase de allí á los franceses, pues aquellos territorios pertenecían de derecho á la nación española. La expedición llegó á aquellos parajes el día 22 de abril, pero sólo encontró ruinas y cadáveres, y por las señales que observaron dedujeron que aquellos desgraciados habían sucumbido á los golpes de maza de los indios.

Los acontecimientos que tuvieron lugar posteriormente en Luisiana y Nueva Francia pertenecen á la historia de la colonización americana, y por lo tanto sólo á grandes rasgos nos ocuparemos en ellos. La fundación de colonias adquirió rápido y poderoso impulso. A lo largo del Mississippí se construyó toda una serie de fuertes y colonias, entre ellos el de San Luis, cerca de la entrada del Missouri, y Nueva Orleáns, en la parte alta del delta del Mississippí. Unos sesenta fuertes formaban todo un sistema de defensa suficiente á asegurar la posesión de aquellos países. Francia era dueña, al promediar el siglo XVIII, de un gran territorio que contaba varios millones de kilómetros cuadrados y que se extendía desde El Labrador hasta el Golfo de México. En esta situación estaban las cosas, cuando de pronto surgió la guerra entre Inglaterra y Francia, la cual guerra se llevó á efecto principalmente en las colonias que ambas naciones poseían en suelo americano, siendo allí más sangrienta que en parte alguna por la circunstancia de que, así ingleses como franceses, oponían unos á otros hordas de salvajes que les eran afectos, y los cuales lo mismo celebraban sus orgías con la sangre de sus contrarios europeos que indígenas.

Por fin el tratado de París de 10 de octubre de 1763 puso término á aquella horrenda carnicería. Francia se vió obligada á ceder á la Gran Bretaña todo el territorio del Este del Mississippí, cuya parte Oeste, juntamente con la ciudad de Nueva Orleáns, había cedido á España el año anterior por medio de un tratado secreto. Es cierto que esta última posesión volvió á poder de Francia en el año de 1800; pero Napoleón I vendió en 30 de abril de 1803 la Luisiana á los Estados Unidos de América del Norte por la cantidad de 60.000,000 de francos.

Los dos reinos de Nueva Francia y Luisiana se extinguieron, y de sus

inmensas posesiones en la América del Norte solamente les quedaron á los franceses las pequeñas islas Saint Pierre y Miquelón en Terranova, que les fueron respetadas en el tratado de París. En la América central conserva aún Francia las islas Guadalupe y Martinica, y en la del Sur la parte oriental de la Guayana conocida con el nombre de Cayena.



Tomahawk de los hurones



Tipo indígena,
wigwams, rodela y armas del territorio de Tejas
Dibujo original de Rodolfo Cronau

DESCUBRIMIENTOS DE LOS HOLANDESES EN AMÉRICA Y FUNDACIÓN DE NUEVA HOLANDA

Entre las varias naciones que se dedicaron á aprovecharse de las debilidades que aquejaban al reino gobernado por Carlos V también se contaba Holanda.

Por el año de 1596 ya se constituyó en Amsterdam una Compañía Groenlandesa, la cual, con el pretexto de buscar un paso marítimo que condujese á la India, lanzaba sus barcos á los mares para que en sus piráticas excursiones se apoderasen de cuantas riquezas procedentes del Nuevo Mundo pudieran.

La idea de los holandeses de dirigirse á la India databa de fines del siglo XVI. Ya por los años de 1594 á 1596 intentaron hacer un viaje por el Norte alrededor de la Escandinavia y Siberia para ir al Asia oriental, é igualmente en el de 1595 habían enviado sus barcos por el llamado *camino portugués* doblando el Cabo de Buena Esperanza, y pretendieron por fin algunos años después lograr el mismo objeto yendo por el Estrecho de Magallanes.

Estos últimos viajes, que tenían el doble objeto de poner á contribución las colonias españolas de la América del Sur, fueron de importancia suma para la Geografía, pues gracias á ellos se llegó á poseer un conoci-

miento bastante exacto de la Patagonia, del Estrecho de Magallanes y de la Tierra del Fuego.

La primera escuadra holandesa, que se componía de cinco embarcaciones, salió de Rótterdam el día 27 de junio de 1598 para el Mar del Sur. Iba á las órdenes de Jacobo Mahu, y después de haber pasado el Estrecho de Magallanes una violenta tempestad la dispersó. Uno de los barcos, mandado por Dirk Gherritz ó Gueritke, llegó hasta los 64° de latitud meridional, por lo cual se decía que *desde que existía el mundo no había respirado allí ningún alma europea.*

Gherritz descubrió en aquel paraje una agreste costa montañosa y cubierta de nieve, costa que recordaba la de Noruega y que constituía parte del gran Continente Antártico hallado por segunda vez posteriormente y bautizado con el nombre de Nueva Zelanda del Sur y también el de Tierra de Graham. Una pequeña región de esta costa lleva todavía el nombre de País de Gueritke.

Otro de los barcos de aquella escuadra, el cual comandaba Sebaldo de Weerth, encontró la isla Jason, situada al Noroeste de las islas Falkland, á las que también se las llamó de *Sebald de Weerths Eylandia.*

En el transcurso de su obligado viaje á las regiones polares antárticas no pasó inadvertido para Gherritz que entre las costas meridionales descubiertas por él y la Tierra del Fuego se extendía un dilatado Océano, é igual observación había hecho Francisco Drake en 1578 al ser arrojado por una borrasca hasta los 57°30′ de latitud meridional, observación de la que con sumo acierto dedujo el comerciante holandés Isaac Le Maire que al Sur de la Tierra del Fuego había un paso que podría utilizarse para la navegación, puesto que por aquel punto sería ésta mucho más rápida y menos peligrosa que por el Estrecho de Magallanes. Para cerciorarse por completo de esto organizó Le Maire, en unión de otros muchos comerciantes establecidos en la ciudad de Hoorn, una sociedad titulada Compañía Australiana, cuyo objeto exclusivo consistía en buscar un paso marítimo por el Sur del Estrecho de Magallanes. Esta empresa entrañaba importancia grandísima, por cuanto la Compañía de las Indias Orientales de los Países Bajos, que en 1602 reconoció y se posesionó por su cuenta y riesgo del Estrecho de Magallanes para Holanda, había obtenido de los Estados generales de su nación el privilegio exclusivo de poderse utilizar de aquella entrada del Mar del Sur. Por otra parte, dichas Cámaras habían instigado á los excluídos del mencionado privilegio para que acometieran nuevas empresas, en atención á que á cada uno de sus súbditos que hiciera nuevos descubrimientos de tierras, islas ó caminos, le había concedido el derecho de que él tan sólo pudiera aprovecharse de ellos por espacio de seis viajes, y que si algún otro se utilizaba de alguno

de aquellos pasos sin que los dichos seis viajes ó travesías hubieran terminado, pagaría al descubridor 50.000 ducados holandeses y además le serían confiscados sus barcos y cuanto poseyese (1).

La Compañía Australiana recientemente fundada aparejó dos embarcaciones para dar comienzo á su proyectada empresa, denominadas *La Cendragt* (*Armonía*) y *Het Hoorn (El Cuerno)*. Las mandaba Willem Cornelissen Schouten, y á la expedición se agregó un hijo del capitán Le Maire. Los barcos hiciéronse á la mar el 25 de mayo de 1615, y llegaron á las costas de Patagonia en el mes de diciembre, en las cuales costas se quemó uno de ellos. *La Cendragt* cruzó hasta las islas de Sebaldo Weerth, y luego, siguiendo en dirección Sudsudoeste, tocó en la costa de la Tierra del Fuego, llegando tras corta navegación á una ancha boca en la que penetraban las aguas procedentes del Sudoeste con tal violencia que estuvo en peligro el barco de desaparecer bajo las montañas de olas.

El 25 de enero de 1616 intentó *La Cendragt* por primera vez penetrar por aquel paso, y á pesar de las dificultades que para conseguirlo oponían las elevadas olas lograron los expedicionarios pasarlo con toda felicidad. Ambas orillas estaban formadas por las escarpadas rocas de la costa, todas cubiertas de nieve, y continuamente se veía entrar en él gran número de ballenas, pues las aguas tenían gran profundidad.

Los expedicionarios se convencieron de que habían hallado el tan buscado paso, y juntamente con él una nueva é importante vía de comunicación, y por acuerdo unánime de todos fué bautizado el extremo oriental de la Tierra del Fuego, situado á la derecha, con el nombre de *Tierra de Mauricio*, en honor de Mauricio de Nassau, y á las costas del lado izquierdo con el de *Tierra de los Estados*, en prueba de reconocimiento á los Estados generales. El nuevo paso ó estrecho, á instancias del joven Jacobo Le Maire, que, como antes se ha dicho, se había agregado á la expedición, recibió el nombre de *Estrecho de Le Maire*, que aún conserva.

A la noche siguiente balanceábase el barco sobre la superficie del ancho océano, y continuando el viaje con rumbo al Sudoeste descubrieron los holandeses en los días siguientes algunas islas, y el 29 de noviembre un cabo situado al Sur, y que consistía, al parecer, en un elevado monte dividido en varias porciones. Convinieron en que aquel punto era la altura más meridional de toda la América del Sur, y en su consecuencia lo denominaron Cabo de Hoorn (en holandés *Het Kaep van Hoorn*), en honor de la ciudad de igual nombre, de la que no sólo eran oriundos Willem Schouten y Le Maire, sino la mayoría de los individuos que componían la Compañía Australiana.

(1) Herrera, *Descriptio Indiæ Occidentalis*, Amstelodami, 1622.

Como los holandeses sólo vieron el cabo desde lejos, les pareció el archipiélago un todo compacto, y por esta causa lo consignaron en sus mapas como la extremidad de la Tierra del Fuego.

De igual modo que las costas de este país, que por todas partes tienen algo de solitarias é imponentes, el Cabo Hoorn ofrecía este mismo aspecto en sus alrededores. Este picacho elévase majestuoso sobre las olas del mar azotadas por el viento, y por todas partes se observa una naturaleza árida y salvaje; las rocas de sus costas son de origen volcánico y están terriblemente destrozadas; allá á lo lejos, en las regiones de las nieves



Cabo Hoorn (Dibujo original de R. Cronau)

perpetuas, divísanse las altas montañas, y por entre sus grietas y hendeduras corren los glaciares hasta las obscuras bahías.

Luchando con los vientos del Norte y Noroeste navegaron los holandeses hasta el paralelo del Estrecho de Magallanes, y después se encaminaron hacia el grupo de islas denominado de Juan Fernández, descubierto por el navegante español de igual nombre en el año de 1574.

Permanecieron allí algunos días para proveerse de lo que necesitaban y luego continuaron el viaje con dirección á las Molucas. En aquel punto, con el pretexto de que habían sido lastimados sus intereses al desconocer el privilegio á ella concedido para ser la única que podía navegar por aquellas aguas, la Compañía de las Islas Orientales de los Países Bajos les confiscó la embarcación. Schouten y Le Maire fueron conducidos á Holanda á bordo del *Amsterdam;* el último murió en la travesía y por lo tanto Schouten se vió completamente solo para defender su causa, pero aún experimentó la satisfacción de ver que sus compatriotas, gracias al estrecho encontrado y cruzado por él y Le Maire, disponían de una vía mucho más corta para hacer sus dilatadas travesías. Estas, de las que el capitán L'Hermite trató en vano de sacar partido por los años de 1623 á 1626 con el objeto de arrebatarles á los españoles la posesión de Chile

y el Perú, carecen de importancia para la historia del descubrimiento de América y pueden por lo tanto pasarse en silencio.

La sociedad de que anteriormente hemos hablado, no solamente tenía el privilegio de navegar por el Estrecho de Magallanes, sino también de doblar el Cabo de Buena Esperanza; pero esto no obstante, procuraba asiduamente encontrar una vía más corta para ir á las Indias orientales, y con este objeto tomó á su servicio en 1609 al célebre navegante inglés Henry Hudson. Este había realizado ya en aquella fecha dos viajes hasta las regiones polares buscando un camino Nordeste que condujese á la China y las Indias, pero en ambos había tenido que renunciar á su propósito por impedirle el paso las grandes masas de hielo con que tropezó en las costas del Spitzberg y de Nueva Zembla. Sin embargo de ello, el audaz marino, accediendo á los deseos formulados por la sociedad de que repitiese la tentativa, decidióse á marchar y romper las barreras de hielo del Nordeste.

Al efecto hízose á la vela Hudson desde Texel á bordo de la *Media Luna,* el 27 de marzo de 1609, pero en los primeros días del mes de mayo, al llegar al lado opuesto de la extremidad Norte de la Escandinavia, tropezó con masas tan compactas de hielo que desvanecieron cuantas esperanzas pudiera abrigar de obtener buen resultado, é inmediatamente tomó la atrevida resolución de buscar en las costas de la América del Norte la tan anhelada cuanto buscada vía, y para ello cruzó á toda prisa, el Océano Atlántico, y en los comienzos del mes de julio se hallaba en los bancos de Terranova, donde reinaba la mayor animación á causa del gran número de pescadores franceses que ejercían allí su industria, y el 12 del mismo mes llegaba, á los 43° de latitud Norte, á la vista de la costa americana (1).

Lentamente descendió hasta los 37° de igual latitud, volvió después en dirección Nordeste, y por el mismo camino recorrido ochenta años antes por Verrazano llegó á la curiosa lengua de tierra de Sandy Hook. No conformándose, como el corsario francés, con un ligero reconocimiento de aquella magnífica bahía, en donde se halla hoy la mejor y más poderosa ciudad del Nuevo Mundo, penetró Hudson decididamente en aquel soberbio y majestuoso río que, en honor á su descubridor, se denomina de Hudson, y al que se considera como el más hermoso de América (2).

---

(1) Para nuestros datos nos guiamos por la colección de documentos de G. M. Asher, publicada con el título de *Henry Hudson the Navigator*, Hakluyt Society 1860.

(2) En la obra de Winsor titulada *History of America*, t. VI, pág. 415, se consigna la opinión de que este río era ya conocido de otros navegantes anteriores á Hudson con el nombre de río de las Montañas ó río de Montaigne. Algunos holandeses, según

El día 12 de septiembre atravesó la *Media Luna* la parte occidental de la isla Manhattan, se deslizó pausadamente por el pie de aquella gigantesca roca tajada á pico que en un trayecto no interrumpido de 20 millas inglesas forma la ribera occidental del Hudson y que es universalmente conocida con el nombre de *Las empalizadas del Hudson.* Arboles frondosos cubrían la cima de aquella pelada muralla de basalto de 120 metros de elevación, y por entre cuyas perpendiculares y profundas hendeduras se precipitan las aguas de algunos ríos formando espumosas cascadas.


Henry Hudson

Más arriba de aquella escarpada y sombría muralla el río se ensanchaba hasta formar un lago de casi una milla de ancho, denominado bahía de Tappan, y al cual lago se unía otra masa de agua de mucha mayor importancia, en cuya orilla septentrional se elevaban varias montañas de bastante altura y extraña forma constituyendo un paisaje grandioso. Con lentitud majestuosa se deslizaban las aguas del caudaloso río por entre dichas montañas cubiertas de espeso bosque virgen, y cuyos atrevidos picos sobresalían en algunos puntos amenazando precipitarse sobre las espumosas olas.

Detrás de tan magníficos paisajes, que constituyen la llamada montaña de Hudson, las costas del hermoso río se ensanchaban cada vez más, y los navegantes se deleitaban contemplando una imponente cordillera que veían delante, en la que algunas de sus agujas cortadas por los nimbus, alcanzaban una altitud de mil metros.

Eran las montañas de Catskill, pasando por las cuales penetró Hudson hasta el sitio en que el río deja de ser navegable. En el transcurso de la navegación por él, los holandeses tuvieron varias veces ocasión de ponerse en contacto con algunos pueblos indígenas. Eran éstos robustos, de complexión fuerte, y á menudo amarraban sus canoas á los barcos de los ex-

---

parece, llegaron en el año 1597 al Delaware, y dijeron que habían construído allí varias fortificaciones pequeñas, en las que se refugiaban no solamente de la intemperie, sino que también se defendían de las asechanzas y ataques de los indios (t. IV, pág. 396).

tranjeros para cambiar calabazas, judías, maíz, uvas y pieles de nutria y castor por productos europeos. Llevaban también tabaco, que fumaban en unas pipas de cobre.

El traje de estos salvajes se reducía á unas cuantas pieles con que se cubrían los hombros y las caderas. Las chozas en que habitaban estaban casi todas emplazadas lejos del río, de cuyo detalle dedujeron erróneamente Hudson y sus compañeros que aquellas gentes vivían á la intemperie. Sus armas consistían en el arco y la flecha. Las puntas de éstas eran de afilada piedra y estaban sujetas al mango con una resina muy fuerte.

Generalmente eran estos pieles rojas muy amables; pero su afición al robo originó una lucha sangrienta entre ellos y los blancos.

Ya estaba dispuesta la *Media Luna* para hacerse á la vela río abajo, cuando un indio que había penetrado en el camarote de Hudson con el propósito de apoderarse de algunos objetos fué sorprendido y muerto. Para vengarle se reunieron unos cien guerreros en una lengua de tierra que había próxima, y desde allí arrojaron sobre la embarcación una verdadera lluvia de flechas, al propio tiempo que otro grupo de indios intentaba atacarla dentro del agua. Algunos certeros disparos hechos con un cañoncillo pusieron fuera de combate á varios pieles rojas, y con tal motivo los demás emprendieron la fuga presa del mayor terror.

Sin ser de allí en adelante molestado, el 4 de agosto llegó Hudson á la desembocadura del río y en el mes de noviembre regresó á los Países Bajos.

Sin embargo de no haber encontrado el tan deseado paso para las Indias, el informe dado por Hudson acerca del país y del majestuoso río descubiertos despertó grande interés. Cuantos formaron parte de aquella travesía memorable ponderaban la gran riqueza en pieles que aquel territorio atesoraba, y esto dió ocasión á que muchos se decidieran á explorar aquella industria en gran escala. En efecto, porción de pequeñas expediciones salieron para el río Hudson, las cuales convirtieron al poco tiempo la isla Manhattan en un gran centro comercial donde tenían lugar las transacciones entre europeos é indígenas. Dicha isla, que tenía 14 millas de largo por dos de ancho, poseía en su extremidad inferior un pequeño lago en cuyas orillas pintorescas estaba emplazado el pueblo de los indios manhattanes. Una de las primeras expediciones que llegó á la dicha isla fué la dirigida por el capitán Adrián Block, cuyo bergantín *El Tigre* fué presa de las llamas en el otoño del año de 1613, en el momento en que se disponía á transportar á Europa un gran cargamento de pieles de oso. Aquel doloroso accidente obligó á los holandeses á permanecer más tiempo en la isla, en cuyo transcurso edificaron en el extremo meridional de ella algunas toscas casas de bloques para tener donde cobijarse ínterin construían una nueva embarcación. Esta por fin quedó terminada, recibió

el nombre de *Oonrust (Sin Descanso)*, y Block pasó á su bordo en el año de 1616 por la estrecha garganta de Hell Gate *(Puerta del Infierno)*, penetró luego en el Estrecho de Long Island, reconoció los caudalosos ríos Hausatonic, Connecticut y Thames, y por fin arribó á la isla Luisa, descubierta ya por Verrazano (véase la pág. 137). Posteriormente navegó por las costas del Continente desde la bahía de Narragansett, hasta la de Nahant situada al Norte de Boston. Las casas construídas por él en la isla de Manhattan fueron las primeras viviendas europeas allí levantadas. Junto á ellas no tardó mucho en construirse otros edificios mayores, el pequeño apeadero convirtióse en aldea, y por fin los comerciantes, para defenderla, levantaron un fuerte en el año 1623, al que bautizaron con el nombre de Nueva Amsterdam. Para poder extender su comercio con toda libertad, los holandeses consiguieron en 1626 que los indígenas les vendiesen la isla, cuyo valor es hoy incalculable, lo cual hicieron aquéllos por la cantidad de 120 pesetas de nuestra moneda.

Desde el río Manhattan penetraron los holandeses hasta el valle de Mohawk, y más abajo de su desembocadura en el Hudson, en el mismo lugar que hoy ocupa la ciudad de Albany, construyeron el fuerte Orange. Una tercera fortaleza, la de Nassau, estaba emplazada no lejos de la actual Filadelfia, guardando la entrada del río Delaware.

De este modo ocuparon los holandeses la parte más importante de la costa oriental de la América del Norte, extendiéndose los Nuevos Países Bajos, ó Nueva Bélgica, que fué el nombre que dieron á sus territorios, desde el Delaware hasta el Connecticut, y desde Nueva Amsterdam hasta la región de caza de los iroqueses.

La colonización de aquellos territorios hizo rápidos progresos á pesar de los entorpecimientos que causaron las varias tribus indígenas que los habitaban, pero no transcurrió mucho tiempo sin que los holandeses tuvieran rivales, pues aparecieron los suecos disputándoles la posesión del país, y los cuales establecieron una colonia en el Delaware, á la que denominaron Nueva Suecia, y al propio tiempo los ingleses asentaron sus reales en la actual Nueva Inglaterra, se apoderaron al principio del valle del Connecticut, posteriormente de Long Island, y paulatinamente penetraron hasta el Hudson. El enérgico gobernador Pedro Stuyvesant consiguió en el año de 1655 apoderarse de Nueva Suecia sin efusión de sangre, pero en 1664, al estallar la guerra entre Inglaterra y los Países Bajos, el día 8 de septiembre tuvo que hacer entrega de ella á una escuadra inglesa que se presentó de improviso ante la ciudad. Los Nuevos Países Bajos cayeron con tal motivo en poder de los ingleses, á quienes por fin les fueron cedidos formalmente al firmarse la paz de Breda en el año de 1667. El rey Carlos II regaló el país á su hermano el duque de York, en honor

del cual éste y la ciudad de Nueva Amsterdam cambiaron su nombre por el de Nueva York.

Pero todavía el pabellón de los Países Bajos había de ondear en la isla Manhattan: pues cuando en 1672 estalló de nuevo la guerra entre las dos potencias rivales, desembarcaron más arriba de Nueva York 600 soldados holandeses que obligaron á rendirse á la guarnición inglesa. Los vencedores entraron en la ciudad, y ésta, en honor del príncipe Guillermo de Orange, gobernador á la sazón de los Países Bajos, recibió el nombre de Nueva Orange, que conservó hasta 1674, en cuyo año, al firmarse en Londres la paz, volvió á poder de la Gran Bretaña y se la llamó otra vez Nueva York.

En la América del Sur poseían los holandeses, como ya se ha dicho, varias colonias en la costa del Brasil, en el Esequibo y en Guayana. Las primeras las cedieron en 1661 á los portugueses por la cantidad de ocho millones de florines, y las últimas, ó sea las de la Guayana, que primitivamente se denominaban Nueva Zelanda y hoy Surinam, todavía las conservan. Posee asimismo esta nación la isla Curazao, conquistada á los españoles en el año de 1632, y algunas otras islas vecinas.



Nueva Amsterdam. De un grabado del primer tercio del siglo XVII



Francisco Drake

LOS HEROICOS NAVEGANTES INGLESES

La importancia que encerraban los grandiosos descubrimientos realizados por los Cabot gracias al plan por ellos tan hábilmente pensado como perfectamente seguido, no había sido apreciada ni reconocida. Regiones incultas de la costa, de las que sólo á costa de grandes trabajos y sacrificios podía sacarse provecho, eran tan poco del gusto de los ingleses como de los españoles, los cuales sólo querían conseguir grandes tesoros sin molestia y con rapidez suma, por medio de la conquista de reinos poderosos. Unos y otros soñaban con populosas ciudades, con soberbios palacios reales coronados de almenadas torres en los que había una magnificencia semejante á la que habían contemplado en los países del Oriente asiático, terminados en elevados y atrevidos alminares, y de aquí que no concediesen á los descubrimientos de los célebres navegantes mencionados la importancia que en realidad se merecían, y que éstos no tuviesen quien los continuara en los primeros cincuenta años.

Pero como los ingleses eran ya en aquella época muy comerciantes y muy emprendedores, pronto establecieron activo tráfico con las colonias españolas de la India occidental.

No había pasado inadvertido á su perspicacia que en las colonias que en América poseían los españoles y los portugueses hacían falta esclavos robustos para la explotación de las minas de oro y plata, y que con la introducción de negros iniciada por el obispo Las Casas podían obtenerse pingües beneficios. Pero dichos negros sólo por la fuerza y la violencia podían arrancarse de las costas africanas.

El primero que se dedicó á cazar y transportar esclavos fué William Hawkins, natural de Plymouth, que por el año de 1530 asoló las costas de Guinea, inaugurando un animado tráfico de seres humanos con el Brasil. Semejante industria le reportó tan enormes beneficios, que fueron varios los comerciantes que se dedicaron á tan inhumano cuanto vergonzoso comercio, en cuyo sostenimiento tuvo parte Inglaterra por espacio de tres siglos.

La originalidad de las ideas que se tenían en aquella época acerca de esta industria, hoy reprobada por todas las naciones civilizadas, queda

demostrada con sólo decir que la joven reina Isabel de Inglaterra armó caballero á un hijo de William Hawkins, llamado John, en recompensa de los grandes resultados que había logrado traficando con esclavos, tráfico que proporcionó á la Gran Bretaña riquezas enormes. Al ennoblecerlo le concedió el uso de un escudo sumamente característico, pues ostenta sobre unas olas azuladas un león de oro sobre fondo negro, en el cual se ven tres monedas de igual metal. Por cimera lleva el busto de un negro engalanado con joyas.

Sir John Hawkns era sumamente religioso, á tal extremo que hasta en las órdenes dadas á su tripulación se encuentra á cada paso la advertencia de que sirvieran á Dios diariamente y se amaran los unos á los otros.

En una ocasión, al asaltar un pueblo de negros, estuvo á punto de caer en poder de éstos, y expuesto, por lo tanto, á que hubieran hecho con él lo mismo que tantas veces hiciera, sin ninguna consideración divina ni humana, con centenares de hombres, y con tal motivo hace la siguiente observación en su diario de á bordo: «Dios, que dirige siempre hacia el bien aun las cosas que parecen peores, no ha permitido que yo cayese prisionero, y con su ayuda pude escapar del peligro» En otro lugar relata los sufrimientos á que se está expuesto en un período de calma en medio del Océano, y concluye con estas palabras: «El Dios Todopoderoso, que jamás consiente que sucumban sus elegidos (!), nos envió por fin viento favorable.»


Escudo de armas de John Hawkins

A tan acendrada religiosidad debió Hawkins algunos años después la concesión de añadir en un ángulo de su escudo una concha de peregrino flanqueada por dos bordones, emblema que parecía querer significar que sus cacerías de esclavos africanos en tiempos de la joven reina Isabel fueron consideradas como verdaderas cruzadas contra infieles.

El medio de que se valía el noble inglés para vender su mercancía no carece de interés. Fingiendo ignorar por completo la severa prohibición decretada por el rey de España, Felipe II, á sus súbditos de las Indias occidentales para que no establecieran el menor trato ni relación con el negrero Hawkins, conducía éste á tierra los esclavos que llevaba con el pretexto de que se hallaban tan enfermos y débiles que sucumbirían de permanecer más tiempo á bordo, y recobrarían, por el contrario, la salud

si desembarcaban. Se verificaba el desembarco, y entonces las autoridades, con el fin de favorecer la ocasión que se les ofrecía á los colonos pobres de obtener por poco dinero un esclavo que les ayudase en sus trabajos, hacían la vista gorda y permitían la introducción de los esclavos en el país.

En poblaciones pequeñas sabía Hawkins imponerse llenando de hombres armados los botes que conducían á tierra á los negros. En su buque disponía también de algunas piezas de artillería, las cuales colocaba en posición de disparar contra el pueblo en el instante en que las autoridades le hacían alguna observación contraria á su indigno tráfico, y éstas se veían obligadas á callar y consentirlo.

Como se comprenderá, semejante desobediencia á toda clase de leyes hubo de producir justas quejas contra él, y Felipe II redobló el rigor de sus leyes y medidas prohibitivas.

Pero el religioso Hawkins, que por modo tan especial sabía compaginar el amor al prójimo con la trata de negros, había de ser víctima de la fatalidad en su tercera excursión, emprendida en el año de 1567.

La travesía á Guinea había sido magnífica, pues los cinco buques que llevaba, de los cuales el que él tripulaba tenía por nombre *Jesús*, iban repletos de rico cargamento en dirección á las Indias occidentales. Llegado que hubo á las colonias españolas trató de deshacerse de la mercancía de la misma manera que hasta entonces lo había conseguido. En su consecuencia realizó un verdadero asalto contra la población de Río Hacha y obtuvo por la fuerza el permiso de las autoridades para establecer su comercio; pero en Cartagena, donde intentó hacer lo mismo, fué rechazado.

Poco después, en el año de 1568, fuertes temporales le obligaron á refugiarse en el puerto de San Juan de Ulúa, en el Golfo de México, en el que sus barcos fueron admitidos como pertenecientes á una nación amiga, pues Inglaterra en aquella época estaba en bastante buenas relaciones con España, y Hawkins alardeaba tiempo adelante de su honradez porque no había atacado á doce buques que estaban en el puerto y que llevaban un cargamento de plata por valor de 200,000 libras esterlinas.

Algunos días después apareció en el puerto de San Juan de Ulúa una escuadra procedente de España y de sus posesiones de la India, y cuyo jefe es indudable que estaba al tanto de las fechorías del negrero inglés, pues en cuanto reconoció los barcos de Hawkins dió comienzo, dentro del puerto mismo, á un encarnizado combate contra ellos, de los cuales echó á pique tres. El negrero pudo escapar con los otros dos á fuerza de muchos trabajos. Entre los fugitivos se encontraba Francisco Drake, á cuyas órdenes iba una de las embarcaciones más pequeñas.

En este día tan aciago para Hawkins dió comienzo una enemistad sin

límites entre Inglaterra y España, y los marinos de la primera dedicáronse abiertamente á saquear de una manera odiosa las colonias, y á atacar y robar los barcos de la segunda.

Al frente de todos aquellos piratas hallábase Francisco Drake, al cual llaman los cronistas españoles *primer corsario del Universo*, que había caído como un dragón sobre las colonias de la nación ibérica para destruirlas.

La primera expedición de venganza ó de desquite contra los españoles la llevó á efecto Drake en los años de 1570 y 1571 y la segunda en 1572, proporcionándole ambas inmenso botín. En esta campaña llegó el célebre corsario hasta el istmo de Panamá, y guiado por un cacique amigo suyo hizo un viaje al interior del país, y desde la cima de un elevado monte distinguió el inmenso Océano descubierto por Balboa, y cuyas olas bañan las costas del Perú, ó sea el país del oro.

Excepción hecha de las embarcaciones españolas, ningún otro barco europeo había surcado aquellas aguas, y entonces Drake sintióse poseído del deseo de ser el primero que hiciera tremolar el pabellón inglés sobre la superficie del Mar del Sur, el cual deseo no había de ver realizado hasta el año de 1577, ó sea hasta que llevó á efecto aquella célebre travesía que ha inmortalizado su nombre. La escuadra elegida para ello constaba de cinco barcos, de los que uno tan sólo, *El Pelícano*, llegó al fin de su destino.

Perfectamente dispuesto, y acompañado de muchos nobles y de intrépidos é inteligentes marinos, salió Drake del puerto de Plymouth el día 5 de noviembre de 1577, siguiendo desde el principio el mismo derrotero que Magallanes; cruzó el Océano Atlántico en dirección Sudoeste, y permaneció por espacio de dos meses en la bahía de San Julián, hecha célebre por el insigne descubridor lusitano, con el objeto de preparar convenientemente sus barcos para la peligrosa travesía por el Estrecho de Magallanes, y en cuanto se creyó en condiciones penetró por él con su escuadra (20 de agosto). Hacía próximamente cuarenta años que el Estrecho no había sido visitado por nadie por su lado oriental. Ayudados por vientos favorables le pasaron en diez y seis días, pero en cuanto hubieron salido de él fueron acometidos por furioso vendaval del Oeste y dispersados en todas direcciones, de tal manera que Drake no volvió á encontrar en todo el transcurso del viaje ninguno de los otros barcos. *El Pelícano*, que era el que él tripulaba, fué empujado hasta los 57° de latitud meridional, á cuya circunstancia debió el haberse hallado más cerca que nadie hasta entonces del polo Sur.

En aquellas latitudes volvió á ver tierra, y ancló en una pequeña isla, de la que tomó posesión arrojándose al suelo como en otro tiempo hicie-

ra César al tomar posesión de la Bretaña, y abriendo los brazos en el extremo meridional cubierto de hierba, como si pretendiese abarcar toda la tierra del hemisferio Sur (1).

El misionero Francisco Fletcher, que presenció este acto y describió después el viaje de Drake (2), dice claramente que el país que vieron era un grupo de pequeñas islas, y por lo tanto es casi indudable que eran las de un grupo de Diego Ramírez.

El citado religioso continúa diciendo que el corsario inglés á su regreso hacia el Norte había visto otra vez tierra á los 55° de latitud meridional, y que había reconocido que la Tierra del Fuego no era, como hasta entonces se había creído, la extremidad Norte de un gran continente meridional, sino que se dividía hacia el Sur en una infinidad de islas de todas dimensiones, y que el Océano Atlántico y el Pacífico se confundían en aquel punto constituyendo un inmenso y único mar. «La extremidad de este grupo de islas, dice Fletcher, está situada á los 56° de latitud meridional, y desde allí no se divisan ya ni las islas ni el Continente.»

Es indudable que Drake en 1578, y por lo tanto mucho antes que los holandeses, había divisado ya el extremo meridional de América, ó sea el Cabo de Hoorn (3).

El célebre pirata dió á las islas por él descubiertas el nombre de Elisabethides en honor de la soberana de Inglaterra. Encontró en ellas algunos indígenas que cazaban embarcados en unos botes semejantes á los de las primitivas edades, y los cuales indígenas pertenecían á aquella insignificante y obscura raza que aún al presente habita en la Tierra del Fuego y en las islas vecinas, y que arrastra una existencia por demás miserable, á tal punto que su alimento consiste sobre todo en pescado, conchas y otros moluscos. Habitan en pequeñas chozas construídas de fuertes estacas corvas y ramas, encima de las cuales ponen algunas pieles, ó bien capas de tierra para preservarse de la intemperie.

Su traje, aún en la actualidad, limítase á una capa de pieles de foca, guanaco, víboras, pequeños roedores, y hasta pieles de pingüinos. Sus armas consisten en arcos, flechas, arpones con puntas sobrepuestas de hueso y hondas. Las canoas son de corteza de abedul, de construcción muy primitiva, y constantemente hay que sacar el agua que hacen.

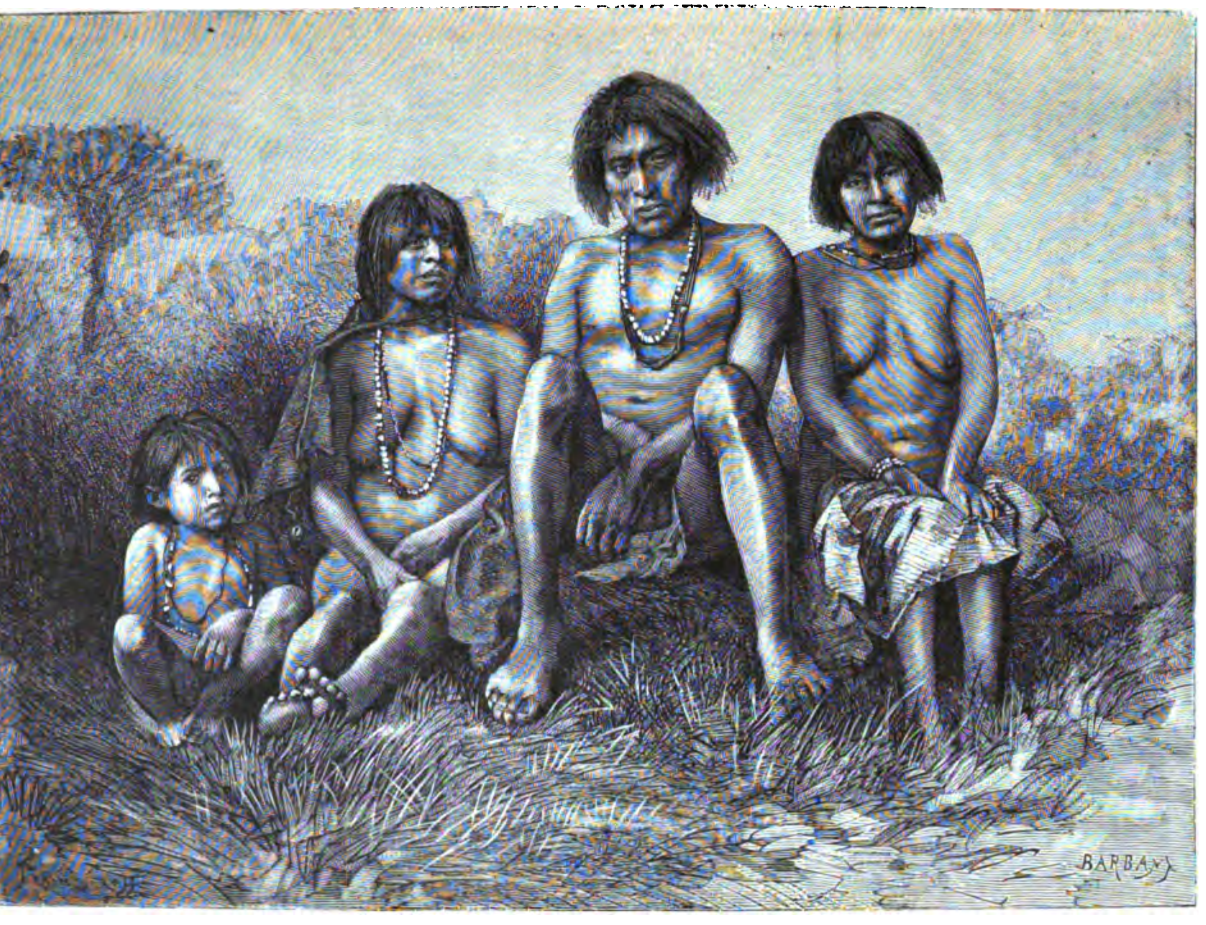
Luego que Drake consiguió volver al Norte, navegó á lo largo de la

---

(1) Winsor, *History of America*, t. III, pág. 66.

(2) *The World encompased by sir Francis Drake*. Esta obra apareció por primera vez en Londres en el año de 1628.

(3) Véase la *Historia de los viajes de descubrimiento en el estrecho de Magallanes*, de J. G. Kohl, en la Revista de la Sociedad de Geografía, Berlín, XI.



Indígenas de la Tierra del Fuego (De una fotografía)

costa occidental de Patagonia y Chile, cayendo como un tigre voraz sobre las colonias españolas, que eran muy ricas en plata. Saqueó una gran embarcación en el puerto de Valparaíso, del que se llevó, no solamente abundantes provisiones y vino, sino además riquezas metálicas por valor de 37,000 ducados. En otros puntos, entre ellos Tarapacá, robó 4,000 ducados, 800 libras de plata, 80 de oro, y varios riquísimos crucifijos de oro y piedras preciosas.

En el Callao tuvo un barco que hacerle entrega de su cargamento, que consistía en 1,500 barras de plata, y en cuanto estuvieron en su poder, dispúsose *El Pelícano* á dar caza al *Cacafuego*, que catorce días antes, cargado de enormes riquezas, había marchado con rumbo á Panamá.

A toda vela corrió Drake tras de él hasta que le alcanzó, y después de un corto combate se apoderó del rico cargamento que conducía, ó sea veintiséis toneladas de plata, trece cajones de oro y gran cantidad de piedras preciosas, lo cual originó á la nación española una pérdida de millón y medio de ducados.

Drake calculó acertadamente que los españoles, suponiendo que regresaría á Europa por el Estrecho de Magallanes, tratarían de salirle al paso en aquel punto y apoderarse de él, y para no exponerse á correr semejante peligro se decidió á buscar una vía en las aún desconocidas aguas de la región septentrional de América por la cual pudiera regresar á Inglaterra. Con tal propósito navegó á lo largo de la costa Oeste de la América central y de la península de California hasta los 42° de latitud Norte.

Allí, en vez del calor tropical que hasta entonces había reinado, hacía un frío tan intenso que por la noche se cubrían de una capa de hielo las amarras de la embarcación, y además eran tan densas las nieblas que Drake se resolvió á marchar en busca de regiones más templadas.

Según todas las apariencias, Drake llegó hasta las costas del Oregón; pero aquella temperatura tan baja con intensas nieblas en pleno mes de junio parece indicar la proximidad de témpanos de hielo procedentes de los glaciares de la Colombia Británica y la península de Alaska.

A los 38° 30′ penetró *El Pelícano* en una hermosa bahía, y allí permanecieron los expedicionarios hasta el día 23 de julio para reparar la embarcación. No es posible asegurar con certeza si dicha bahía era la gran sábana de agua á cuya orilla está en la actualidad emplazada la populosa ciudad de San Francisco; pero la mayoría de los historiadores americanos se inclinan á creer que *El Pelícano* fué el primer buque europeo que ancló en la bahía de San Francisco, penetrando en ella por la célebre Carrera Dorada (1).

---

(1) Véase *History of America*, t. III, pág. 74, de Winsor.

Durante el tiempo que allí permanecieron, los ingleses entablaron animado tráfico con los indígenas, que, según parece, habiendo tomado por dioses ó seres sobrenaturales á los extranjeros, los colmaban de todo género de atenciones. Los obsequiaban con plumas de colores y con unas



Combate del *Pelícano* con el *Cacafuego*. De un grabado del siglo XVI

hierbas extrañas que ellos denominaban *tobah* ó *tabah*, de cuyo nombre tomó origen la palabra *tabaco*. Los indios celebraron también magnas reuniones, á las que acudían todos los pueblos de las cercanías, en honor de los forasteros, en la primera de las cuales reuniones Drake fué engalanado con una corona de plumas, después de lo cual los caciques, en un solemne discurso, le rogaron que se encargara de ejercer la soberanía del país.

Aquellos indígenas vivían en unas chozas de troncos ó estacas de

madera colocadas de modo que por la base formaban un ancho círculo que se iba estrechando poco á poco hasta unirse en la cima todas las extremidades superiores de los troncos dichos. Cubrían toda la armazón con una capa de légamo para preservarse de la lluvia, y la puerta de entrada, que era muy baja, servía para dar salida al humo del hogar.

Drake hizo una pequeña excursión al interior del país, quedando admirado de la riqueza extraordinaria en caza que encerraba; antes de su partida hizo levantar en la plaza un pilar de piedra y colocar en él una plancha de cobre con una inscripción consignando el día en que había desembarcado allí y tomado posesión del territorio, que por todas partes presentaba vestigios de oro y plata, y al cual bautizó con el nombre de Nueva Albión.

El día 23 de julio abandonaron los ingleses aquella hospitalaria costa, cuyos habitantes los despidieron encendiendo en la cima de un monte una gran hoguera, cuyas columnas de humo veían los navegantes desde gran distancia.

El célebre corsario no quiso buscar de nuevo el paso al Norte, pero para no pasar por el Estrecho de Magallanes resolvió regresar á Inglaterra por el extremo meridional de Africa. Llevó á efecto tan penosa travesía con toda felicidad, y el 26 de septiembre de 1580 ancló en el puerto de Plymouth conduciendo inmensos tesoros. El recibimiento que tuvo fué por demás entusiasta; y á pesar de que el representante de España en la corte de la Gran Bretaña le acusó de haber realizado actos de piratería con su nación y de pedir que por ello fuera castigado, la reina Isabel no dió oídos á tales quejas y peticiones para hacer más patente su aversión á los españoles, y además, el día 4 de abril de 1581 se trasladó desde el Támesis á Deptford, donde estaba anclado *El Pelícano*, subió á su bordo, comió allí con Drake y después le armó caballero.

Semejante proceder, como puede comprenderse, ofendió profundamente á España, y de las negociaciones que con tal motivo se entablaron entre las dos potencias resultó la sangrienta guerra de 1585, que fué causa de que el gran poderío militar y marítimo que entonces ejercía en todo el mundo la nación ibérica pasase á ejercerlo Inglaterra.

En aquella guerra, el célebre pirata desempeñó uno de los principales papeles. Perfectamente pertrechado se hizo á la mar en 1585, al frente de 25 buques y 2,300 soldados, con rumbo á las Indias occidentales, donde conquistó y saqueó las ciudades de Santo Domingo, Santiago, Cartagena y San Agustín. En 1588, á las órdenes de lord Effingham, y acompañado de Martín Frobisher, Juan Hawkins y Tomás Fenner, ayudó á la destrucción de la armada española. En 1595 se le ve de nuevo en compañía de Hawkins en las aguas índico-occidentales, pero en esta ocasión la suerte

no fué favorable á ninguno de los dos. Cuantas tentativas hicieron para conquistar á Panamá obtuvieron resultados negativos; Hawkins murió, á la vista de la costa, mientras Drake, que con su escuadra se dirigía á Puerto Cabello, fué atacado de unas fiebres perniciosas que le llevaron al sepulcro el día 5 de enero de 1595. Su cadáver fué encerrado en un ataúd de plomo y arrojado al mar.

Por espacio de mucho tiempo se creyó que Drake fué el primero que



La Carrera Dorada. Dibujada del natural por Rodolfo Cronau

importó á Europa la patata; pero así Alejandro de Humboldt en su obra *Nueva España*, como Volz en sus *Compendios para la historia de la civilización*, han demostrado que lo único que Drake hizo fué extender más el conocimiento del preciado tubérculo.

En la misma época que Hawkins y Drake existía otro importante pirata, sir Tomás Cávendish, que en el año de 1586, al igual que el segundo de aquéllos, rodeó las costas de la América del Sur, saqueó las colonias españolas, y despues de dar la vuelta al mundo entró en el puerto de Plymouth el día 9 de septiembre de 1588. El 26 de agosto de 1591 hízose nuevamente á la vela al frente de cinco buques, puso á contribución toda la costa del Brasil, pero no pudo realizar su intento de penetrar en el Pacífico por el Estrecho de Magallanes por causa de los vientos contrarios. Corrió algunas aventuras, y después su barco fué separado del resto de la escuadra por una tempestad y arrastrado al Océano sin que jamás

haya vuelto á saberse de él. El buque comandado por Juan Davis fué también juguete del temporal y arrojado á gran distancia en dirección oriental, y entonces fué cuando el día 14 de agosto de 1592 vió algunas islas *que antes que él no había visto nadie.* Eran las actuales islas Falkland, que por espacio de algún tiempo, en memoria de su descubridor, se denominaron de Davis Southern Islands. En febrero de 1594 fueron reconocidas dichas islas con gran detenimiento por Ricardo Hawkins, y en homenaje á la joven reina Isabel, y al propio tiempo para inmortalizarse á sí mismo, las dió el nombre de Hawkins Maideland *(Tierra virgen de Hawkins)*, el cual nombre tampoco había de continuar aplicándoseles mucho tiempo, pues al buscar el capitán inglés Juan Strong en 1698 el ya casi olvidado archipiélago,fueron de nuevo bautizadas con el de islas Falkland, mientras que los franceses, para honrar la memoria de algunos intrépidos navegantes de Saint-Maló que hicieron invernada en ellas y se dedicaron á la pesca de focas, las denominaron islas Maluinas.





SIR WALTER RALEIGH EN VIRGINIA Y GUAYANA

Anteriormente á la guerra entre España é Inglaterra de que acabamos de hacer mención, guerra motivada por las reclamaciones de la primera de dichas potencias con motivo de la conducta observada por la soberana de la segunda con el corsario Francisco Drake, y que inició la decadencia del poderío que en el mundo tenía la nación ibérica, ya los ingleses habían intentado sentar sus reales en las comarcas de la América del Norte descubiertas por los Cabot y fundar colonias, cosa á la que se creían con per-

fecto derecho por haber sido descubierto por ellos el Continente americano un año antes de que Colón lo visitara.

Los primeros ensayos que realizaron con tal propósito datan del mes de noviembre de 1578, en cuya fecha sir Humphrey Gilbert, en compañía de su hermanastro Walter Raleigh (1), hízose á la vela con siete buques y 350 hombres hacia el Nuevo Mundo, al que probablemente hubieran llegado si los fuertes temporales que en el camino les sorprendieron no les hubiesen hecho retroceder y renunciar á la empresa por entonces.

Así transcurrieron algunos años, hasta que volvió á agitarse en la mente de Raleigh la idea de la fundación de colonias en aquellos parajes. Este aventurero, que era todo un vividor, había logrado hacer carrera y fortuna en la corte de la joven reina Isabel de Inglaterra; pues como á su varonil hermosura unía sutil ingenio, actividad extraordinaria, ambición desmedida y la más refinada y exquisita galantería, llegó á interesar el corazón é impresionar el alma de la apasionada y caprichosa soberana, y por ella empujado y protegido el aventurero escaló rápidamente las alturas en que la fortuna tiene su asiento, y de la noche á la mañana se encontró en posesión de valiosísimos privilegios que le proporcionaron el disfrute de toda clase de goces y una existencia desahogadísima. Entonces volvió á ocuparse decidida y resueltamente en llevar á la práctica sus proyectos favoritos, esto es, realizar la conquista de América en beneficio de su nación, y para ello aparejó y puso en disposición conveniente los barcos con que salió á la mar su hermanastro cuando intentó la primera travesía, y con ellos navegó con rumbo á las costas norteamericanas. En el mes de agosto entró la pequeña escuadra en el puerto de San Juan, en Terranova, de cuya isla tomó posesión en nombre de la soberana inglesa. Navegaba poco después la dicha escuadra con rumbo al Continente, cuando de repente fué acometida por una horrorosa tempestad que hizo naufragar dos de las embarcaciones con toda su tripulación, compuesta de más de 100 hombres, y su capitán Humphrey Gilbert.

Semejante contratiempo no desanimó á Walter, que, por el contrario, en el mes de marzo de 1584 obtuvo nuevo privilegio para hacer viajes de descubrimiento, y en su consecuencia el 27 de abril envió con tal objeto dos barcos á las órdenes de Felipe Amydas y de Arturo Barlow, los cuales barcos llegaron el 4 de julio á la vista de las costas de la Carolina del Norte, pero tuvieron aún que navegar 120 millas en dirección Norte hasta encontrar un punto á propósito para echar anclas.

(1) El nombre de este personaje, célebre en aquella época, aparece escrito nada menos que de catorce maneras distintas, siendo la más usual y corriente la que nosotros empleamos.

Los ingleses desembarcaron en una isla de veinte leguas de largo por seis de ancho, la cual se hallaba por completo cubierta de vid silvestre y en cuyos bosques abundaba la caza por modo extraordinario; al tercer día de encontrarse allí vieron aparecer algunos hombres indígenas, muy bien conformados y de trato sumamente amable. Un cacique llamada



Indígenas de Virginia, según De Boy

Guanganimeo, hermano del rey Wingina, hizo una visita á los buques de los ingleses en compañía de sus parientes.

Animados por aquella cordialidad, aventuráronse Barlow y siete de sus hombres á devolver la visita al cacique, cuya residencia estaba en el pueblo de Roanoka, situado en una isla distante de allí veinte leguas. La aldea constaba tan sólo de nueve casas cercadas de empalizadas de agudas estacas, por el interior de las cuales conducía hasta las viviendas una especie de laberinto.

A la llegada de los ingleses el cacique no se hallaba en su casa, y en su ausencia fueron recibidos y agasajados por su mujer tan espléndidamente, que éstos después de su feliz regreso á Inglaterra se hacían len-

guas de la franca y leal hospitalidad que hallaron entre aquellos salvajes, que ajenos á todo asomo de astucia y de traición recordaban en su manera de ser á los hombres de la edad de oro.

Los relatos y descripciones que Barlow, Amydas y sus compañeros hacían del nuevo país descubierto causaron tan frenético entusiasmo en Inglaterra y encantaron por modo tal á la regente, que para perpetuar el recuerdo de que el descubrimiento había tenido lugar durante la menor edad de una reina virgen diósele el nombre de Virginia. Walter Raleigh, en recompensa de los servicios que había prestado á la patria para su mayor engrandecimiento, fué ennoblecido, y sin dilación se tomaron cuantas disposiciones fueron necesarias para poblar la colonia, haciéndose á la vela la nueva expedición, que iba al mando de Ricardo de Grenville. En aquellos barcos iban cien hombres, los cuales, dirigidos por Ralph Lane, habían de ser la base de una gran colonia.

Dicha colonia se estableció en la isla Roanoke, y al poco tiempo de su fundación, Lane, muy entusiasmado con su nueva patria, escribía lo siguiente:

«Es el país bendecido y magnífico de la Tierra, y ofrece espacio suficiente para gran número de habitantes y viviendas. Su clima es tan saludable que desde que estamos aquí no ha habido entre nosotros ningún enfermo. Si hubiese en Virginia caballos y cornúpetos y estuviera habitada por hombres activos europeos, no podría compararse con ella ninguno de los reinos de la cristiandad.»

Entre los colonizadores se encontraba un artista llamado Juan White, al que se debe una colección de acuarelas representando los usos y costumbres de los habitantes del país. Esta valiosa colección, que se conserva todavía en el Museo Británico, sirvió de mucho á De Bry para los grabados con que ilustró su célebre obra *Grand Voyages*, etc.

Aquellas pinturas muestran á los habitantes de Virginia como hombres bien conformados y de fisonomía inteligente y expresiva. Las mujeres llevaban el cabello cortado formando un flequillo por encima de las cejas, y los hombres se lo dejaban crecer bastante, mientras que los adivinos y los caciques se rapaban toda la cabeza, menos el centro, donde se dejaban un estrecho mechón de cabellos semejante á la cresta de un gallo. Algunas veces adornaban la parte inferior de este mechón con una larga pluma y se ponían otra detrás de las orejas, lo cual hacía que la cabeza apareciese como si estuviera cubierta con un capacete. Pintábanse el rostro y todo el cuerpo, y como adornos usaban cuentas de cobre, huesos, pies secos de aves y hasta las manos de sus enemigos después de haberlas preparado al efecto. Los caciques se diferenciaban de los demás hombres del pueblo por una plancha cuadrada de metal que llevaban al cuello

pendiente de una cadena. Su traje consistía, no solamente en mantos de pluma, sino también en pieles perfectamente preparadas, cuyos bordes estaban cortados formando fleco, y delicadamente bordadas.

De la misma manera que los habitantes de la Florida, los virginianos tenían la costumbre de cercar sus pueblos de empalizadas, siendo muy pocos los que carecían de esta defensa. Uno de éstos era el pueblo de Pomeiooc, en el cual descollaba en primer término un edificio destinado á las prácticas religiosas. En él celebraban los adivinos y hechiceros sus sesiones, á las que no se permitía la entrada á ningun profano. Dicho edificio, de 60 pies de largo, no tenía ninguna ventana, y recibía la luz del exterior por la puerta de entrada, la cual generalmente estaba cubierta con esteras para impedir que los indiscretos viesen lo que se hacía en el interior. Cerca del mencionado templo había una gran plaza abierta en la que se quemaban las víctimas ofrecidas á los dioses. Al lado se veía otro edificio también sin ventanas, destinado á panteón de los caciques, cuyos cadáveres eran depositados sobre un armazón de madera de tres metros de elevación.

Dichos cadáveres estaban armados artificialmente, para lo cual empleaban el siguiente procedimiento: En cuanto fallecía el individuo le abrían el vientre y le sacaban los intestinos; después desollaban el cuerpo y mondaban la carne de los huesos, la secaban al sol y, envuelta entre esteras, la ponían más tarde á los pies de la momia. Los descarnados esqueletos conservaban unidos sus huesos por medio de los tendones, que durante la operación se procuraba con exquisito cuidado no cortar, y después toda su osamenta era revestida de cuero hasta darle la verdadera forma del cuerpo humano. Por fin volvían á poner la piel verdadera sobre aquellas momias, y hecho esto las colocaban en el lugar correspondiente. Sobre la plataforma de aquella especie de catafalco había la figura de un ídolo de metro y medio de altura, tallada en madera, cuyo aspecto extravagante y horribles pinturas aumentaban el conjunto terrorífico de la estancia.

Las momias estaban custodiadas por un sacerdote que dormía debajo del catafalco sobre un lecho compuesto de dos pieles de pantera, y al cual en invierno le estaba permitido encender fuego para calentarse. Enfrente de esta morada de la muerte, y separada de ella por una ancha calle, había una gran plaza, que servía para la celebración de fiestas y bailes, y más allá se extendían grandes campos cultivados que producían calabazas, maíz, tabaco, algodón y otros productos. Con el fin de preservar aquellos terrenos de la voracidad de los pájaros, construían de trecho en trecho pequeñas chozas de estacas para los guardas, los cuales con sus gritos ahuyentaban á las aves que causaban perjuicios en los frutos. La

ancha calle del pueblo, en cuyo centro se encendían por la noche grandes hogueras y se celebraban también grandes banquetes, conducía á un pequeño lago que surtía á los habitantes del agua necesaria.

Los virginianos eran maestros consumados en las artes de la caza y de la pesca. En la última particularmente, no tan sólo sabían apoderarse de los moradores de las aguas matándolos con sus lanzas, sino que asimismo se valían para ello de trampas y otros artefactos.

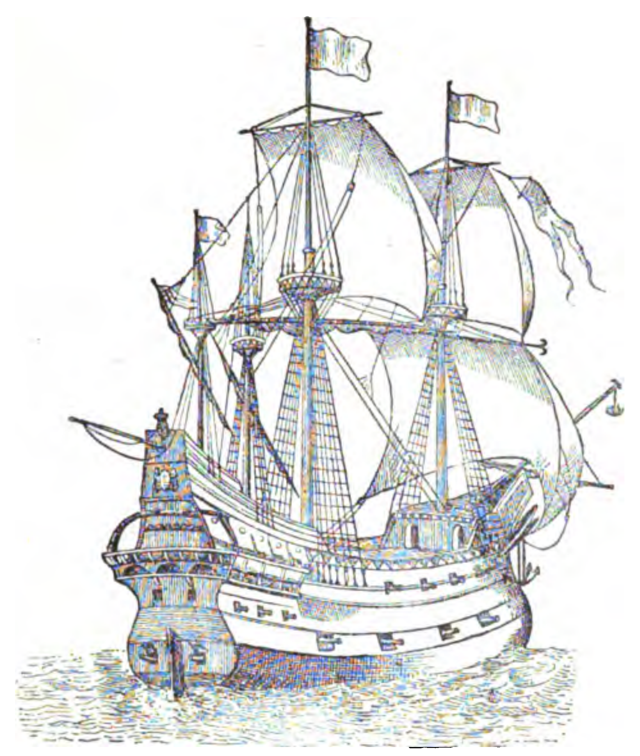
Así como los primeros ingleses que visitaron aquellas regiones quedaron prendados y se deshacían después en alabanzas acerca de la conducta con ellos observada por sus habitantes, los colonizadores que siguieron á aquéllos pagaron la acogida cariñosa que les hicieron con frialdad despreciativa primero, y en lo sucesivo consiguieron con sus crueldades y violencias convertir en odio profundo el franco afecto que hacia los extranjeros sentían aquellos pobres seres. Y este odio llegó á su apogeo cuando Lane, temiendo una conspiración de los indios, convidó al soberano Wingina y algunos de sus caciques á un banquete que se celebró en el fuerte que los europeos acababan de levantar, banquete durante el cual mandó el inglés asesinar á sus indefensos y confiados huéspedes. Aquella criminal acción llevó consigo aparejada la ruina de la colonia, pues desde entonces los indígenas comenzaron á impedir que los colonizadores recibieran ninguna clase de provisiones, haciendo insoportable de día en día su situación.

Hallábanse éstos en el estado más crítico y apurado, cuando Francisco Drake, de regreso de una de sus expediciones piráticas á las posesiones españolas de la India occidental, desembarcó por casualidad en la isla Roanoke y accedió gustoso á los ruegos de sus colonizadores para que los transportase á Europa. La adquisición de más importancia que hicieron los ingleses con la fundación de aquella colonia fué la del tabaco, planta á que los indígenas denominaban *Uppowoc*. Los españoles y portugueses ya lo habían dado á conocer en Europa, y los colonizadores ingleses, que se habían habituado á su uso en el tiempo que permanecieron en Virginia, cuidáronse de propagarlo más y más. Además trajeron también patatas de aquel país, las cuales fueron primero cultivadas en las haciendas que en Irlanda poseía Walter Raleigh.

Catorce días después de haber abandonado Drake la colonia Virginia con los individuos que la habitaban, llegó delante de la isla Roanoke con tres barcos bien tripulados Ricardo Greenville, conduciendo provisiones y refuerzos para los colonizadores ingleses. Con gran sorpresa se encontró desalojado el fuerte, y en su vista regresó inmediatamente á Inglaterra.

No se desanimó Raleigh por aquel fracaso, sino que de nuevo intentó establecer la colonia. Al efecto, en abril del año de 1587 envió allá 150 co-

lonos, de ellos 17 mujeres, y en lugar de la isla Roanoke para la fundación de la nueva colonia debía de escoger la bahía de Chesapeake, situada más al Norte; pero Juan White, elegido por Walter para jefe de la expedición, hizo primero una visita á dicha isla para recoger algunos hombres dejados allí por Greenville en su última estancia en aquel punto, y encon-



Una fragata del siglo XVI

tró destruído y cubierto de maleza el fuerte, y asesinados los hombres que pensaba llevar consigo. Varias circunstancias hicieron que los colonizadores permanecieran en Roanoke, y entonces se dedicaron á levantar las derruidas viviendas.

Una hija de White, llamada Leonor Dare, dió á luz una niña el día 18 de agosto, y la bautizaron con el nombre de Virginia.

Como los naturales no habían olvidado las crueldades de los ingleses, y por lo tanto no contribuían en lo más mínimo al sostén de los extranjeros, viéronse éstos muy pronto sometidos á grandes privaciones, en vista de lo cual decidióse White á ir á Inglaterra en busca de socorros. Pero en

el tiempo que había permanecido ausente los asuntos de esta nación habían empeorado y no pudo satisfacer sus deseos; España había enviado su escuadra á las aguas británicas y todo el mundo aguardaba con la mayor ansiedad el desenlace de los acontecimientos, y esto originó que hasta el mes de abril de 1588 no pudiera White volver á Virginia con dos barcos y con tan mala suerte que en el camino tropezó con algunos buques españoles que ocasionaron en los suyos tales averías que se vió obligado á regresar á la Gran Bretaña sin llegar á Roanoke.

Hasta el 1590 no consiguió White embarcarse como pasajero en un buque que se dirigía á las Indias occidentales. Desembarcó en Roanoke, pero la colonia había sido abandonada por segunda vez. En la corteza de un árbol encontró grabada la palabra *Croatoan*, de lo que dedujo que los colonizadores se habían dirigido á aquel punto que era la residencia del cacique Manteo, y que estaba situado al Sudeste del Cabo Hatteras. Y ya estaba dispuesto á emprender el camino hacia dicha isla, cuando un deshecho temporal le obligó á buscar mar franca y hacer rumbo á las costas de la Gran Bretaña.

Sin embargo de que ya había gastado Raleigh más de 40,000 libras esterlinas en la colonización de Virginia, todavía intentó varias veces proporcionar socorros á los desgraciados colonos. Sus esfuerzos fueron vanos, pues jamás llegaron á Europa noticias ciertas acerca de la suerte que el destino reservó á aquellos desventurados.

A Raleigh pertenece la gloria de haber inducido á los ingleses á colonizar la América; y si los sacrificios con tal fin realizados no dieron el fruto que era de esperar, debióse principalmente á la inexperiencia de los que se pusieron al frente para dirigir la fundación de las colonias, á la vez que á la guerra surgida entre Inglaterra y España, que impidió á Raleigh poder dedicar toda su atención á su idea favorita.

Antes de terminar la guerra perdió Raleigh el favor de la reina por haberse unido secretamente en matrimonio con la bella Isabel Thrógmorton, dama de honor de aquélla, acto que irritó de tal manera á la soberana, que era muy celosa, que tuvo encerrados por espacio de algunos meses á los cónyuges en la Torre de Londres.

Cuando se aplacó la cólera de Isabel y mandó sacar á los esposos de la prisión, acababa de llegar á Inglaterra procedente de las Indias occidentales, conduciendo inmensos tesoros arrebatados por los ingleses á las colonias españolas, la última escuadra que había sido enviada á aquellos mares á instancias de Raleigh. Este volvió de nuevo á ser el hombre del día, y con el fin de asegurar más su influjo en la corte procuró llamar con mayor intensidad hacia su persona la atención pública por medio de algún acto audaz ó temerario. Al efecto corrían por entonces vagos rumores

acerca de la existencia de El Dorado, y aquella fantástica creación de una imaginación soñadora que había trastornado el seso á tantos miles de hombres arrastró también tras de sí al aventurero inglés.

Como queda consignado anteriormente con bastante extensión, los españoles habían buscado en vano el país del Oro en las selvas situadas al Noroeste de la América del Sur, y por entonces trataban de hallarlo en los casi inexplorados bosques que se encuentran entre las costas de Guayana, el Orinoco y el río de las Amazonas. Dichos descubridores enviaron hacia aquel punto gran número de expediciones en el segundo tercio del siglo XVI, pero todas ellas, sin proporcionar el más leve resultado beneficioso, ocasionaron inmensos gastos y costaron la vida á muchos hombres.

A Raleigh sólo habían llegado confusas noticias acerca del dicho país por medio del explorador Jacobo Whiddon, enviado á aquellas regiones con tal objeto, y esto no obstante salió de Plymouth con cinco buques el día 9 de febrero de 1595. Navegó en línea recta hacia la isla Trinidad, asaltó la ciudad de San José é hizo prisionero á su gobernador, Antonio Berrio. Este, que también había trabajado mucho para encontrar el soñado país del Oro, poseía una descripción curiosísima de sus viajes con tal objeto, escrita por un aventurero llamado Juan Martínez, el cual llegó con Diego de Ordaz al Orinoco en el año 1531, y á consecuencia de su mala conducta fué desembarcado y abandonado en aquellos parajes.

En su descripción, que sin duda alguna era un tejido de invenciones y patrañas, decía que los indígenas le habían hecho prisionero y conducido con los ojos vendados hasta muy al interior del país. Que después de haber andado mucho le habían quitado la venda, y entonces vió que se hallaba sobre las murallas de una ciudad inmensa. Dicho Martínez afirmaba que allí había permanecido por espacio de bastantes meses y que vió incalculables tesoros de oro y piedras preciosas, y concluye consignando que á los siete meses de prisión en Manoa (así se llamaba la ciudad), al otorgarle la libertad, los habitantes le regalaron gran cantidad de dinero, que luego le robaron unos indios enemigos (1).

Raleigh creía en la existencia de la gran ciudad de Manoa, y después

(1) No obstante lo fácil que es comprender á primera vista que toda esta descripción es una sarta de embrollos, los españoles la creyeron cierta y el gobernador Berrio envió á España un mensajero especial para que diese cuenta al rey del propósito que tenía de conquistar dicha ciudad. A instancias suyas se organizó una expedición mandada por Domingo de Vera, en la que tomaron parte unas 2,000 personas, y que salió de Sanlúcar el día 23 de febrero de 1595, ó sea diez y siete días después que Raleigh del puerto de Plymouth, pero tuvo tan mala fortuna que apenas volvieron á Europa 30 personas de las que componían la expedición, y éstas en el estado más lamentable. (Véase *The discovery of the large, rich and beautiful Empire of Guyana,* de Roberto Schomburgk, Hakluy Society, 1848, pág. 18.)

de corta permanencia en Trinidad penetró con cuatro botes por el brazo Noroeste del Orinoco en su delta, que forma una selva extensísima.

«Ningún paraje del mundo ofrece tan grandiosos bosques vírgenes como el delta del Orinoco. Colosales raíces rectas, ó enroscadas como serpientes, se extienden por el suelo; enormes troncos de color ceniciento; árboles medio caídos sobre el cauce del río; las agudas copas de las palmeras elevándose de entre las aguas: las hojas purpúreas de las nínfeas nadando sobre la superficie: los azulados panículos de la *Pistia stratiotes*, de hojas semejantes á las de la lechuga; las largas filas formando especie de empalizada de los obscuros tallos del *Mucumucu*, cuyas hojas ofrecen la figura de flechas; todo este conjunto entretejido por tupidas guirnaldas de amarillas, blancas y rojas begonias, bauhinias, paulinias, pasifloras y porción de otras plantas trepadoras, constituyen el fondo del bosque virgen en el Orinoco.

»Y por encima de todo esto se destacan los elevadísimos árboles de grandes hojas semejantes á cuero pulimentado, y cuyos gruesos troncos, en unión de infinidad de plantas de tonos obscuros, forman una espesa y extensa muralla interrumpida de trecho en trecho por la inmensa copa de la ceiba, parecida á un paraguas y cuyo tronco está hinchado en su centro cual si fuera un tonel, y por la elevadísima corona piramidal del Santa María que sobresale entre todos cubierta de magníficos panículos de color carmín obscuro y provista de largas y hermosas hojas.

»De los espesos matorrales elévanse los apretados penachos de 20 pies de largo de la palmera *Timiche*, y sus grandísimas hojas de brillante color amarillo y rosa pálido forman vivo contraste con el verde obscuro de los demás árboles que las rodean.

»A mayor altura aún se destaca la palmera *Seje*, cuya reluciente copa en forma de plumero refracta con gran intensidad los rayos solares, mientras la delicada *Manaqua*, de la misma familia que aquélla, yérguese esbelta sobre su elevado tronco y se contenta con un reducido espacio para desarrollar su gracioso y elegante penacho. El aspecto más extraño lo ofrecen las colosales copas de la *Moriche*, que se mecen en los aires sobre los cenicientos y lisos troncos de 100 á 200 pies de elevación, y que extienden sus hojas en forma de abanico, y sus gruesos y largos tallos, en todas direcciones. Su espádice, que mide cinco ó seis pies de largo, cuajado de frutos escamosos de color rojo obscuro, desarróllase horizontalmente, dejando colgar sus ramas más abajo de la copa, en la base de los tallos de las hojas, y una capa de secos y rojizos plumeros cuelga hacia el tronco meciéndose perezosamente á impulsos del viento» (1).

(1) Véase *Bajo los trópicos*, de C. F. Appun, t. I, pág. 482.

Los aventureros hallaron varias veces en aquellas dilatadas selvas á los indios tiuitivas, que se dividían en dos ramas, ó sea los ciaguanis y los warauitas, los últimos de los cuales todavía pueblan en gran abundancia la Guayana y están reconocidos como excelentes constructores de botes. Los indígenas que habitaban el delta del río vivían en la época de las



Sepulcro indio en el Orinoco

lluvias, en la que el desbordamiento de los innumerables afluentes de aquél inundaba todo el país, en las copas de los árboles, donde tenían construídas sus habitaciones.

Todos eran caníbales y algunas tribus tenían la costumbre de machacar los huesos de sus parientes difuntos hasta convertirlos en polvo, el cual mezclaban con sus bebidas. Otros los envolvían en unas fundas de hojas de palmera y los ponían sobre un armatoste de madera, dejándolos allí hasta que desaparecía toda la carne, y entonces los recogían, los unían

unos á otros, y después de adornados con plumas y objetos de oro, los colgaban en la choza en que el muerto había habitado.

Trabajo inmenso costó á los ingleses avanzar con los botes navegando contra la poderosa corriente del río, hasta que por fin, por el pueblo de Arowacai, penetraron en el Orinoco propiamente dicho, navegando entonces río arriba hasta la boca del Caroni, y poco después llegaron á sus magníficas cascadas, cuyas aguas se precipitan desde unas altísimas rocas divididas en varias mesetas, para desaparecer convertidas en verdaderas nubes de imperceptibles burbujas.

El aspecto que ofrecía la catarata produjo en Raleigh asombro grandísimo á causa de las inmensas masas de agua que, semejantes á un velo gigantesco, descendian por las negruzcas paredes roqueñas para ser lanzadas después por el viento á larga distancia descompuestas en espesa neblina.

Ni choza ni ser humano alguno se veían en aquellas agrestes soledades, donde era reina absoluta la esplendente y hermosa naturaleza, la cual ofrecía vestigios por todas partes de la constante renovación que desde miles de años había sufrido.

La visita de Raleigh á las cataratas del Caroni tuvo efecto en la época en que comienzan las crecidas de los ríos, y por lo tanto la corriente de aquél había adquirido tal violencia que los navegantes comprendieron al instante que sería imposible navegar contra ella.

Sin embargo de que Raleigh creía que el país del Oro distaba solamente de aquel punto 200 leguas, la circunstancia de que las provisiones disminuían sensiblemente le obligó á emprender el camino de retorno.

Aquella expedición no llenó el objeto que al iniciarse se había propuesto; pero esto no obstante, por algunos indicios se vino en conocimiento de que la Guayana era rica en metales y piedras preciosas, y además dieron felices resultados los trabajos llevados á efecto con el fin de atraerse á los indígenas á la causa de los ingleses.

Un viejo cacique llamado Topiawari prometió gestionar una alianza entre los pueblos del bajo Orinoco, para que cuando Raleigh volviese á Guayana fueran á sus órdenes á luchar contra los españoles, á los cuales odiaban por la crueldad que con ellos empleaban, y para asegurar más este compromiso dicho cacique consintió que su hijo acompañase á los extranjeros á su país, y él en cambio tomó bajo su protección á varios de aquéllos hasta que Raleigh regresara, y los cuales recibieron de éste el encargo de explorar bien todo el país y averiguar el punto en que estaba emplazada la ciudad de Manoa.

Casi á fines de verano llegó el descubridor á Inglaterra, y poco después publicó una descripción de su viaje, que contiene muchas interesantes

y exactas observaciones (1). Tan sólo en aquellos puntos en que Raleigh tuvo que atenerse á ajenos informes desmerece el valor de su relato, pues se ven en él algunas invenciones fabulosas. Entre otras cosas se ocupa Raleigh en las amazonas, acerca de cuyas mujeres guerreras decían los indígenas que habitaban en las selvas de la Guayana del Sur y que eran atrozmente crueles y sanguinarias. No consentían hombres en su reino, y



Indígenas de Guayana. De la obra *Views in Guyana* de R. Schomburgk

una sola vez cada año las visitaban los individuos de los pueblos vecinos, en cuya ocasión cada cual de ellas elegía un compañero con el que hacía vida marital por espacio de algunas semanas, y después de un mes transcurrido en continuos bailes y banquetes, volvían los guerreros á sus respectivos pueblos. Los varones, fruto de estos pasajeros ayuntamientos, ó bien eran enviados por las amazonas á sus padres para que los criasen, ó bien eran sacrificados, mientras que, por el contrario, conservaban á las hembras en su compañía y las instruían en las artes de la guerra.

---

(1) *The discovery of the large, rich and bewtiful Empire of Guyana, with a relation of the Great and Golden city of Manoa (wich the spaniards call El Dorado*, etc.), London, 1596.

Del mismo modo, dando crédito el descubridor inglés á los relatos de los indios, habla de una raza de hombres sin cabeza que tenían los ojos en la espalda y la boca en mitad del pecho.

Como Raleigh no podía alejarse de su patria con motivo de la larga guerra entre ella y España, en el año 1596 envió á Guayana á los capitanes Keymys y Berry para que continuaran la exploración del país, pero los resultados por ellos alcanzados fueron de escasísima importancia, y Raleigh, para continuar con mayores bríos sus proyectos de colonización, hizo cuanto le fué posible para interesar en la empresa á la corona de Inglaterra; pero, desgraciadamente para él, falleció la reina Isabel, y su sucesor Jacobo I estaba sumamente predispuesto en contra suya. Enojado por esto el aventurero, parece que organizó una asociación política encaminada á destronar al citado Jacobo y poner el cetro de la Gran Bretaña en manos de Arabella Estuardo. Se carece de datos que prueben plenamente la participación de Raleigh en esta cuestión; pero esto no obstante, de tal manera supieron sus enemigos aprovecharse de la influencia que entonces disfrutaban en la corte en contra suya, que consiguieron que el célebre favorito de la reina Isabel fuera condenado á muerte. El rey conmutó la sentencia por la pena de trece años de reclusión, lapso de tiempo que Walter Raleigh pasó encerrado en la Torre de Londres, y que empleó principalmente en escribir una gran Historia universal, ocupación bastante impropia para un hombre tan activo como él. Su pensamiento volaba constantemente á la Guayana, y por fin logró, mediante la intercesión en favor suyo de poderosos amigos, que el rey le pusiera en libertad en el año de 1616, y que le concediese permiso para hacer una nueva expedición á aquellas regiones.

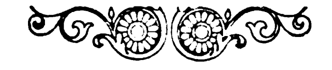
Acompañado de su hijo hízose á la vela Raleigh con once barcos, pero su empresa fracasó por completo, tanto por haber él enfermado á consecuencia de unas fiebres pertinaces, cuanto porque los españoles habían tomado todo género de precauciones y medidas para desbaratar sus planes. El astuto embajador de España en la corte de Inglaterra tuvo la habilidad suficiente para sonsacar al soberano inglés todos los proyectos que se proponía realizar el descubridor, y en vista de ellos puso en juego el gobierno español cuantos medios encontró á su alcance para burlar sus intentos. Además de esto, el citado representante consiguió del rey de Inglaterra que prohibiese, bajo las penas más severas, á Raleigh que tuviera el más leve rozamiento ni pendencia con los españoles, con quienes entonces se hallaba la Gran Bretaña en buenas relaciones.

Raleigh envió desde Trinidad al capitán Keymys con algunos centenares de hombres al Orinoco, pero con gran asombro suyo vieron éstos que en la misma desembocadura de dicho río los españoles habían edifi-

cado una ciudad después de la primera visita de Raleigh á la Guayana, ciudad á la cual habían bautizado con el nombre de Santo Tomás, y cuyos habitantes atacaron con gran furia á los ingleses en cuanto aparecieron. Las fuerzas de los últimos eran mucho mayores que las de que disponían los españoles, y en su consecuencia viéronse obligados á ceder á aquéllos el campo.

Los ingleses permanecieron en Santo Tomás algunas semanas, y al fin tuvieron que abandonarla á causa de que los españoles sublevaron contra ellos á los indios de las inmediaciones, y unos y otros unidos causaban diariamente sensibles bajas en las fuerzas británicas, de las cuales triunfaron en varios combates. Convencidos de la imposibilidad de conservar la Guayana para Raleigh se decidieron á marchar de allí, pero antes de su partida los ingleses demolieron é incendiaron la ciudad de Santo Tomás.

Apenas firmada la paz entre España y la Gran Bretaña, cuando á consecuencia de la fracasada empresa de Raleigh sufrió aquélla una sensible alteración, y el descubridor fué sentenciado á muerte segunda vez al regresar á Inglaterra, por las instancias y reclamaciones que cerca del gobierno inglés presentó el embajador español en contra de aquél, causa de la alteración experimentada en las buenas relaciones en que vivían ambas potencias, y el día 29 de octubre de 1618 cayó su cabeza bajo el hacha del verdugo, terminando así la existencia del verdadero iniciador del poderío colonial inglés en el Continente americano.





Jo Smith.

FUNDACIÓN DE COLONIAS INGLESAS EN LA AMÉRICA DEL NORTE

El principal mérito de Walter Raleigh consiste en que, por su perseverancia en llevar á la práctica cuantos proyectos concibió, y por la saludable influencia que para emularle ejerció sobre sus contemporáneos, no se vió interrumpida un momento la colonización inglesa en América.

Por eso se ve ya que el 26 de marzo de 1602 se dirige hacia aquellas regiones desde Falmouth, á bordo de su pequeño buque *Concordia*, el capitán Bartolomé Gosnold. Iba acompañado de cierto número de colonizadores, y el día 14 de mayo divisaron en el horizonte las costas de la actual Maine. Gosnold no encontró un lugar á propósito para desembarcar allí, y con este motivo dobló un gran istmo arenoso que denominó Cabo Cod ó Cabo Bacalao (1), y ancló junto á un grupo de pequeñas islas cubiertas de bosque situadas al Sudoeste de la bahía de Narragansett. Esta bahía fué descubierta por Verrazano, y el grupo de islas es el que en la actualidad se conoce con el nombre de Isabel.

Los colonizadores levantaron un sólido edificio de piedra sobre las desiertas islas Cuttyhunk, y desde allí realizaron varias excursiones al continente. Pero cuando Gosnold se preparaba á regresar á Inglaterra les faltó valor á sus compañeros para quedarse en aquellas soledades, y luego que hubieron cargado el barco de raíz de sasafrás, artículo sumamente apreciado entonces en Medicina, y con madera de cedro y pieles, regresaron todos juntos á su patria.

Las pintorescas descripciones que hicieron de la belleza y fertilidad del nuevo país descubierto animaron á algunos comerciantes de Bristol á enviar allí una expedición. Esta, que salió de Inglaterra el día 10 de abril de 1603, se componía de dos buques, el *Speedwell* (Premio de Honor) y el *Discoverer;* los mandaba Martín Pring, y llegaron en los primeros días del mes de junio á la bahía de Massachusetts. Inmediato al puerto de Plymouth construyeron los recolectores de sasafrás una fortaleza, pero en cuanto hubieron cargado lo bastante de dicha raíz regresaron también á Europa.

Dos años después desembarcó Jorge Waymouth en la pequeña isla Monhegan, navegó luego hasta el Continente, exploró la parte inferior del río Kennebec, y habiendo establecido ventajoso tráfico con los naturales del país, se apoderó, haciendo uso de la fuerza, de cinco de éstos.

Aquellas expediciones, que dieron resultados bastante lucrativos, despertaron con mayor intensidad el interés de los comerciantes ingleses, que comprendieron la importancia comercial de los países situados en la costa de la América del Norte, y con tal motivo se constituyeron en el año 1606 dos grandes asociaciones tituladas London Company y Plymouth Company. El rey Jacobo distribuyó entre ambas todo el país á que los ingleses llamaban Virginia, ó sea la costa oriental de los actuales Estados Unidos del Norte de América, dando á la primera de dichas sociedades el territorio de Virginia del Sur comprendido entre los 34 y 36° de latitud

(1) El kabeljau ó bacalao es llamado Cod-fish por los ingleses.

Norte, y á la otra las comarcas de Virginia del Norte situadas entre los 41 y 45°, para que en ellos establecieran colonias.

El territorio comprendido entre estas dos partes, no obstante de que jamás había puesto en él la planta ningún inglés, también lo consideraron éstos como de su propiedad; pero todas las naciones miraron el hecho con indiferencia, y lo mismo hicieron los holandeses que en aquella misma época se habían establecido entre los 40 y 41° de latitud Norte y fundado su reino colonial, cuya historia queda relatada anteriormente. Casi al propio tiempo las dos sociedades comenzaron los preliminares de colonización en sus respectivos territorios, y también las dos en un principio alcanzaron resultados muy insignificantes. Los primeros cien colonos que fueron á la Virginia del Norte, en el verano del año 1607, construyeron un pequeño fuerte cercado de empalizada próximo á la desembocadura del río Kennebec, en las cercanías de Sagadahoc; pero el rigor extremado del invierno y las enfermedades obligaron á los ingleses á regresar á la madre patria, y después de este contratiempo la sociedad no hizo otra cosa por espacio de dos años que sostener el tráfico establecido con los indígenas y explotar la industria pesquera en las aguas de sus territorios. La otra asociación, ó sea la que obtuvo las comarcas del Sur de Virginia, tuvo que luchar con indecibles dificultades. En 1.° de enero de 1607 envió á aquellos parajes tres buques con 105 colonizadores, cuyo jefe llevaba la orden de desembarcar en la isla Roanoke, en la que hacía veinte años había sido destruída la colonia fundada por Raleigh. Fuertes temporales arrojaron á las embarcaciones más allá de esta isla, á la bahía de Chesapeake, cuyas extremidades llevan todavía los nombres de Cabo Henry y Cabo Charles. Los expedicionarios descansaron en un istmo cubierto de bosque, al que denominaron Point Comfort, y respetaron el nombre indígena del río Powhattan que desemboca en dicho istmo. Diez leguas más arriba de la desembocadura de este río fundaron los ingleses una colonia, á la que bautizaron con el nombre de Jámestown, en honor del rey de Inglaterra.

Corría el mes de mayo, y en uno de sus días más esplendorosos resonó en los ámbitos de aquellas lejanas tierras el primer sermón en lengua inglesa, el cual sermón fué pronunciado por el sacerdote Roberto Hunt que acompañaba á la expedición. La joven colonia tuvo que sostener grandes luchas para conservar su existencia: el país era malsano, y antes de terminar el otoño la mitad de los colonizadores dormían el sueño eterno bajo la capa de hierba que cubría sus campos.

Y es muy posible que esta colonia también hubiera desaparecido, si el valiente capitán John Smith, que en las varias campañas que había sostenido contra los franceses, los españoles y los turcos ya había demos-

trado su arrojo y aptitudes guerreras, no hubiera puesto toda su energía y actividad al servicio de aquella empresa, conduciendo con mano firme á la colonia en los tiempos de desgracia y haciéndola triunfar de toda suerte de adversidades.

Asimismo se debe á la actividad y resolución de este descubridor el



El cacique Powhattan y su Consejo de guerra
De un grabado en madera de principios del siglo XVII

reconocimiento completo de Virginia, pues en un pequeño bote, y acompañado tan sólo de algunas personas, recorrió los inumerables afluentes de la bahía de Chesapeake, que se interna en el país 400 millas inglesas. Los grandes peligros á que estaban expuestas aquellas excursiones se echaron de ver el día en que Smith, al descender por el Chickahomini, río que desagüa en el Powhattan ó río James, cayó en manos de los indígenas, los cuales lo llevaron de pueblo en pueblo hasta la residencia de su poderoso cacique Powhattan. Este mandó dar muerte al aventurero; y ya

habían unos salvajes extravagantemente pintarrajeados colocado ante el prisionero una gran piedra para sobre ella destrozarle á mazazos la cabeza, cuando en el instante crítico de ir á proceder á la ejecución apareció Pocahontes, hija del cacique, y abrazando la cabeza del sentenciado rogó á su padre que le perdonara.

Aunque con bastante disgusto, el cacique accedió á la súplica de su hija predilecta, y poco después regresó Smith á Jámestown y volvió á encargarse de la dirección de la colonia, que con los socorros recientemente recibidos de Inglaterra había adquirido nuevos bríos. En el año 1608 llevó á ella el capitán Newport 120 colonos más, y al siguiente otros 60, entre los que se encontraban dos mujeres, que eran la esposa de Tomás Forrest y su camarera Ana Burrows, que contrajo matrimonio poco después con el carpintero John Laydon. Esta boda fué la primera que tuvo lugar en Virginia entre los europeos.

En 1609 contaba la Virginia del Sur con 500 colonizadores; y cuando Smith, á consecuencia de una grave herida que le ocasionó una explosión de pólvora, se vió en la necesidad de regresar á la Gran Bretaña para ponerse en manos de los médicos, se llevó consigó la esperanza de que, habiendo la colonia atravesado y salido con bien de los tiempos más difíciles y calamitosos, seguiría prosperando y desarrollándose tranquilamente.

Desgraciadamente resultaron fallidas tan risueñas esperanzas, porque en el invierno siguiente fueron víctimas del hambre casi todos los individuos de la colonia, pues en aquella época triste, que todavía es conocida en Virginia con el nombre de *The starving time*, murieron de hambre 430 personas de las 490 que componían la población, y ya se habían embarcado las 60 que quedaban en cuatro pinazas para dirigirse á Terranova, cuando divisaron las blancas velas de una embarcación á la entrada del río James. Era que lord Delaware, que había sido nombrado por el rey de Inglaterra gobernador de la colonia de Virginia del Sur, iba en su auxilio y llevaba, no solamente nuevos colonos, sino abundantes provisiones, cosas con que tuvo fin aquella situación calamitosa y terrorífica.

En los tiempos que siguieron desarrollóse con gran rapidez la colonia, sobre todo cuando sir Tomás Dale, sucesor de Delaware, hizo que los colonos se dedicaran al cultivo del tabaco, planta que, no obstante haber prohibido el rey su consumo en Inglaterra, no tardó en ser admitida y aceptada por la generalidad de la nación, y en convertirse en el principal artículo de exportación de la colonia. Llegó una época en que con tal ardimiento se dedicaron los habitantes de Virginia á dicha clase de cultivo, que hasta en las calles de Jámestown se veían plantaciones. El tabaco era la moneda corriente para toda clase de transacciones: una libra valía 66 centavos, y con esta moneda especial compraron los jóvenes sol-



Primitiva vivienda de un colono en los Estados del Sur (Dibujada del natural por Rodolfo Cronau).

teros de la colonia á sus deseadas compañeras cuando en 1621 llegó allí un barco cargado de muchachas, pues hacía mucho tiempo que venía sintiéndose la escasez de mujeres. El precio á que éstas se vendían era el importe del pasaje desde Inglaterra á América, que en un principio equivalía á 120 libras de tabaco; pero como la demanda era tan grande, no tardó en elevarse el precio hasta 150.

La importación de aquellas muchachas fué una verdadera fortuna para las colonias, pues desde entonces sus habitantes renunciaron á la poco lucrativa industria de buscar oro, y comenzaron con gran entusiasmo á levantar edificios y á cultivar los campos. El amor al trabajo fué la única divisa de todos y de cada uno, y por más que en algunas ocasiones tenían que abandonar el arado y empuñar las armas para rechazar los ataques de los salvajes, la verdadera colonización de Virginia llegó á ser un hecho.

En el año de 1670 contaba ya con una población de 40,000 almas y podía presentar en pie de guerra un ejército de 8,000 jinetes. Cinco fortalezas artilladas con 30 piezas de artillería velaban por la seguridad del territorio, cuya exportación de tabaco se había elevado á la cifra de 12 millones de libras anuales.

A su regreso á Inglaterra entró John Smith al servicio de la Sociedad de Plymouth, y en el mes de marzo de 1614 hizo un viaje á la Virginia del Norte por encargo de la misma para dedicarse á la pesca de ballenas y al cambio de pieles. En el transcurso de aquella travesía recorrió toda la parte de costa comprendida desde la bahía de Penobscot hasta el Cabo Cod, y posteriormente escribió una descripción de todo el país (1), en la que daba á éste el nombre de Nueva Inglaterra.

Sin embargo de que la descripción de Smith reformara en gran manera las ideas que hasta entonces se tenían acerca de la Nueva Inglaterra, transcurrieron bastantes años antes de que los colonizadores fijaran en dicho país su residencia. Fueron éstos los llamados *puritanos*, ingleses fugitivos que, en atención á la fama de inhospitalarias que habían alcanzado, eligieron aquellas regiones para establecer su nueva patria.

La gran revolución religiosa provocada por Martín Lutero habíase propagado por todo el centro y Norte de Europa, y en Inglaterra y Escocia dió origen á un partido defensor de la Reforma. La primitiva religión del Estado, que era la católica, tuvo que ceder el puesto á la de los protestantes, conservando no obstante algunos dogmas y prácticas de aquélla. Gran número de reformistas pidieron que la transformación fuese más

---

(1) Esta descripción se publicó en Londres en el año de 1616 con el título de *A Description of New England: or the Observations and Discoveries of Captain John Smith (Admirall of that Country)*, etc. Fué obra muy leída y se vertió á varios idiomas.

completa, que se decretase la separación absoluta de la Iglesia y del Estado y que se otorgara y reconociera la libertad de cultos. Además exigían que cada comunidad cristiana pudiera elegir libremente sus ministros sin necesidad de permiso de los obispos, y que dichas comunidades fueran dirigidas por presbíteros y la Iglesia en general se rigiera con arreglo á los acuerdos que se tomaran en los sínodos. Rechazaban también todo ornato exterior para la celebración del culto, y pedían volver á la sencillez de la Iglesia de los primeros tiempos. El afán de perfección que demostraron siempre estos sectarios hizo que se les denominara *puritanos*.

Atendido á que las llamadas actas de uniformidad decretadas por la reina Isabel en el año de 1562 hacían obligatoria á todos sus súbditos una misma religión, los puritanos eran muy perseguidos por su desobediencia, y muchos de ellos fueron condenados á muerte, otros encerrados en las prisiones, y un gran número castigados con fuertes multas.

No habiéndose conseguido llegar á un acuerdo entre la corona y los puritanos, éstos se decidieron á buscar refugio en un país que fuera más tolerante, y al efecto se dirigieron á los Países Bajos, á las ciudades de Amsterdam y Leyden.

Las persecuciones que sufrieron no lograron extinguir en ellos el amor á la patria, y por eso cuando William Brewster, un puritano de los de primera línea, propuso la emigración á Virginia, donde si bien era cierto que no estaban en su misma patria, por lo menos se hallaban bajo su amparo, dicha proposición fué acogida por todos con cariño.

Los puritanos rechazaron el ofrecimiento que les hicieron los holandeses de llevarlos á ellos y bienes muebles á Hudson por cuenta del Estado, y entablaron negociaciones con la Sociedad de Plymouth para que les cediera una parte del territorio de Nueva Inglaterra para establecerse en él, ya que el soberano inglés les había prometido que el gobierno no opondría ninguna dificultad á la realización de sus proyectos.

En el verano de 1620 ya se dispuso una parte de la comunidad puritana de Leyden á marchar al Nuevo Mundo, y con tal motivo se dirigieron á Sóuthampton á bordo del *Speedwell*, en cuyo puerto se les agregaron otros puritanos, que se embarcaron en el *Mayflower*. Aquellos sectarios, por la circunstancia de no tener patria, fueron denominados *the pilgrims* (los peregrinos), con cuyo nombre son conocidos en la historia de América.

Poco después de su salida de Inglaterra se averió el *Speedwell* y tuvo que regresar al puerto de partida. El *Mayflower*, por el contrario, después de una penosísima travesía de sesenta y tres días llegó á Cabo Cod. Los emigrantes anclaron en la actual bahía de Provincetown, y el día 11 de

noviembre subscribieron un documento en el que se comprometían todos á ayudarse y protegerse mutuamente, á vivir siempre en paz y á conservar el orden, á acatar y cumplir las leyes, y á guardar fidelidad á la patria y á la fe comun.

Aquel memorable documento decía:

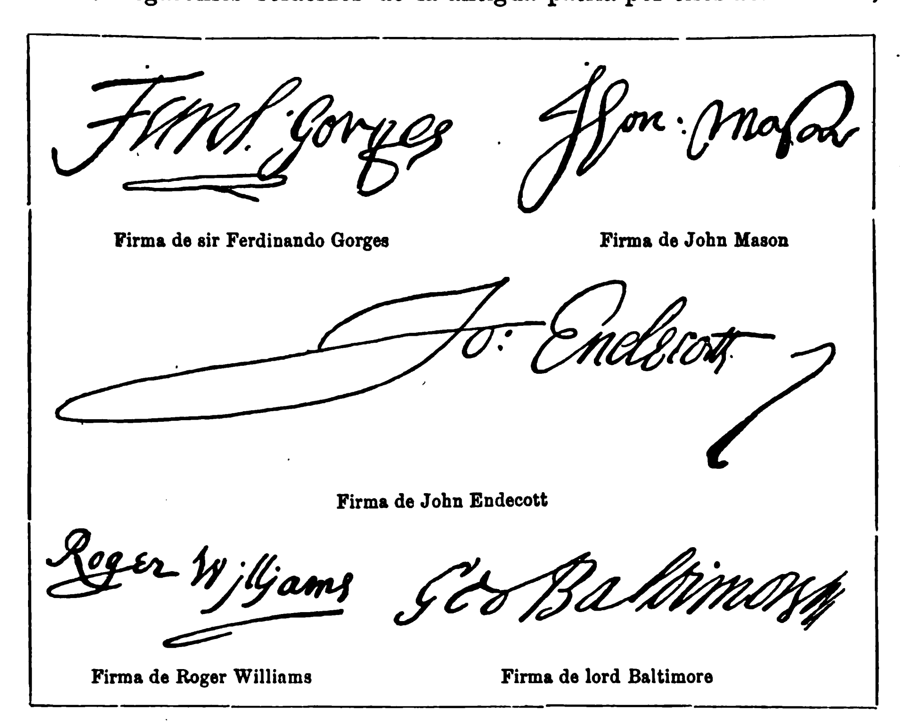
In the name of God. Amen. We, whose names are underwritten, the loyall subiects of our dread soveraigne lord, King James, by the grace of God, of Great Britaine, France, and Ireland King, Defender of the Faith, etc., having undertaken, for the glory of God, and the advancement of the Cristian faith, and honour of our King and country, a voyage to plant the first colony in the northerne parts of Virginia, doe, by these presents, solemnly and mutually, in the presence of God and one of another, convenant and combine ourselves together into a civill body politike, for our better ordering and preservation, and furtherance of the ends aforesaid; and by vertue hereof to enact, constitute, and frame such iust and equal lawes, ordinances, acts, constitutions, offices, from time to time, as shall be thought most meet and convenient for the generall good of the Colony; vnto which we promise all due submission and obedience. In witnesse whereof we haue hereunto subscribed our names. Cape Cod, 11 *of November, in the year of the raigne of our soveraigne lord King James, of England, France, and Ireland* 18, *and of Scotland* 54. *Anno Domini* 1620.

Este contrato, que no dejaba nada que desear en cuanto á claridad y sencillez, fué el lazo que sostuvo unidos á los peregrinos aun en los días de mayor desgracia. Emplearon al principio algunas semanas en hacer excursiones por la costa, las cuales ofrecían grandes dificultades á causa de las copiosas nevadas, y por fin desembarcaron el día 22 de diciembre de 1620 en una peña situada en las inmediaciones de la actual ciudad de Plymouth, que á consecuencia de tan memorable acontecimiento ha conservado hasta el presente el nombre de Plymouth Rock. Y habiéndoles parecido á los emigrados punto á propósito aquel para fundar una colonia, inmediatamente comenzaron á edificar toscas viviendas, con lo cual adquirieron muy pronto aquellos solitarios parajes el hermoso aspecto que proporcionan á todas las cosas la actividad y el movimiento.

La crueldad de un invierno crudísimo sometió á grandes pruebas á los colonizadores; y cuando por fin volvió á lucir el sol de la primavera ya habían fallecido 24 de aquellos infelices.

Según parece, el género de vida de aquellos colonizadores fué sumamente á propósito para sobrellevar con la mayor resignación toda suerte de

penalidades, y á medida que la estación avanzaba sentíanse más alegres con la esperanza de disfrutar tiempos mejores, como aconteció felizmente. Los bien cultivados campos dieron abundantes frutos de todas especies, los extensos bosques los proveían de caza en abundancia, los numerosos ríos de peces, y el mar de sabrosos moluscos y de infinidad de pescados. Llegáronles refuerzos de la antigua patria por ellos abandonada,



Firma de sir Ferdinando Gorges

Firma de John Mason

Firma de John Endecott

Firma de Roger Williams

Firma de lord Baltimore

con los que la colonia alcanzó mayores proporciones; y por más que su engrandecimiento fuese paulatino, aquella pequeña población fué la base del actual estado de Massachusetts, una de las estrellas más resplandecientes de cuantas ostenta el pabellón de los Estados Unidos. Luego que los puritanos hubieron demostrado las excelentes condiciones que para el cultivo tenía el suelo de Nueva Inglaterra, de la que tan mal concepto se había hasta entonces tenido, gran número de hermanos en creencias de los primeros colonizadores siguieron su ejemplo, al extremo de que sólo en los años de 1629 á 1639 fijaron su residencia en el país 20,000 puritanos.

A éstos fueron agregándose otros, y en 1622 y 1623 sir Ferdinando Gorges y el capitán John Mason fundaron las colonias del Maine y Nueva

Hampshire, y John Endecott en 1628 las de la bahía de Massachusetts, en la cual bahía trazó el gobernador Winthrop en 1630 el plano para levantar la actual ciudad de Boston. En los años de 1633 á 1638 se establecieron las colonias Hartford, Windsor, Wéthersfield y New Haven, en Connecticut, y en el de 1636 el fugitivo sacerdote puritano Roger Williams fundó la colonia Providencia de Rhode Island.



En el país de los iroqueses

Desde allí fueron los ingleses internándose poco á poco hasta el Hudson, al propio tiempo que sus compatriotas del Sur, que en el año de 1634 se habían establecido en el Máryland, dirigidos por Jorge Calvert, y lord Baltimore, avanzaron hasta Nueva Jersey, conquistada primero por los suecos y reconquistada posteriormente por los holandeses, que la habían incorporado á sus colonias de Nueva Holanda.

Esta región, ó los nuevos Países Bajos, situada entre ambas colonias británicas, no pudo resistir el poderoso empuje de los ingleses, que la conquistaron en 1664, formó más tarde el territorio de los iroqueses, y por último, con el nombre de Nueva York, fué el lazo de unión entre la antigua Virginia del Norte y la del Sur.

Los ingleses ensancharon también sus dominios por el Sur y por el Oeste. En 1661 aparecieron algunos aventureros en el río Kap Fear, y á los pocos años se fundaron los estados del Norte y Sur de la Carolina. Wiliam Penn, el propagador de la civilización europea, marchó en dirección Oeste. Pertenecía á la secta de los cuákeros, aparecida en Inglaterra en 1647, y cuyos individuos fueron objeto de atroces persecuciones, al



Una colonia incipiente. De un dibujo de Bodmer

igual que los puritanos, por las creencias que sustentaban. Estos sectarios se negaban á prestar servicios militares, á pagar contribuciones de guerra y diezmos á la Iglesia y á sus ministros, y á prestar ninguna clase de juramento. Observaban la moral más rígida, combatían el lujo, el teatro, la caza y otras diversiones sensuales, y vestían con suma sencillez. Los hombres usaban levita obscura y sombrero con ancha cinta, y las mujeres se distinguían porque llevaban un delantal verde y una cofia ó casquete negro.

En pago de 16,000 libras esterlinas que la corona le debía, obtuvo Penn en 1680 un territorio extenso allende el Delaware, al cual territorio

dió el nombre de Pensilvania por la gran riqueza en bosques que contenía. Consiguió después llevar á aquellos parajes algunos cientos de cuákeros ingleses, y éstos, en unión de 3,000 colonos suecos, hugonotes franceses, holandeses y alemanes que ya hacía tiempo residían en el país, constituyeron la base del estado que pensaba fundar, y cuyo tranquilo y progresivo desarrollo quedó asegurado por medio de un tratado de paz y amistad imperecederas celebrado con los indios (1). Las estipulaciones de dicho tratado se llevaron á efecto en Schackamaxon debajo de un olmo corpulento, entregando los pieles rojas á Penn el cinturón wampum, que como queda dicho es el objeto que simboliza la paz entre aquellos indios, y cuyo dibujo hemos reproducido en su lugar correspondiente.

Dichas paz y amistad fueron mantenidas por ambas partes contratantes, y así, mientras que en las otras colonias inglesas no tenían término los combates entre europeos é indígenas, los naturales y colonos del estado de Pensilvania vivieron siempre tranquilos y en la mejor armonía.

El número de colonias inglesas de la costa oriental de la América del Norte aumentó con la creación del estado de Georgia, acontecimiento que llevó á efecto James Oglethorpe en 1733, y que fué la base gloriosa sobre que se fundó el inmenso reino colonial angloamericano. El número de habitantes de estas colonias, que eran trece, ascendía en 1750 á 1.165.000 blancos y 260.000 negros que habían sido importados allí de Africa como esclavos.

Los habitantes del país viéronse poco á poco empujados fuera de sus territorios por el crecimiento constante de la población europea, y se fueron refugiando en los valles y gargantas de los Alleghanys, cuyas azuladas cordilleras fueron hasta mediados del siglo XVIII las fronteras del mundo conocido.

Pero la avalancha de la emigración europea invadió también aquellas agrestes regiones, y algunos hombres audaces y temerarios, de aquellos que habían adquirido gran práctica guerrera y se habían curtido en los combates con los indios y con las fieras de los bosques vírgenes, y que afrontaban resueltos los mayores peligros, subieron á la cima de los Alleghanys, y desde allí contemplaron aquellos dilatados desiertos por cuyos bosques y praderas corrían los ríos hacia el Oeste para confundir sus aguas con las del caudaloso Mississippí. Grandes rebaños constituídos por miles de búfalos pacían tranquilamente la fresca hierba de las célebres

---

(1) La capital de este estado fué fundada por Penn á orillas del Delaware en el año de 1683, el cual la dió el nombre de Filadelfia, ó sea *ciudad del amor fraternal*. Por espacio de mucho tiempo su desarrollo y progreso fueron mucho más rápidos que los de Nueva Amsterdam, la cual progresaba con suma lentitud.

llanuras del actual Kéntucky; los bosques ocultaban entre su frondosidad y espesa maleza infinidad de ciervos, castores y otros animales de valiosa piel, y en determinadas épocas del año era tal el número de palomas que surcaban los aires que sus bandadas ocultaban á veces por momentos la luz del sol.

Los encantos de aquella *Terra Incognita* llamaron hacia allí con gran fuerza á los aventureros europeos, y resueltos y decididos descendieron de las alturas coronadas por las nubes para levantar en las profundidades de los bosques vírgenes sus toscas viviendas de bloques y fundar algunas factorías para entregarse al comercio de pieles. Aquellos intrépidos cazadores, cuyas hazañas no ha consignado la Historia por desgracia, constituyen, en unión de otros heroicos colonizadores que establecieron en los valles fertilísimos del Ohio, Cúmberland y Tennessee, la gran avanzada del poderoso ejército de emigrantes de Europa, que desde entonces ha continuado marchando de frente hasta las orillas del Océano Pacífico.



Firma de Wiliam Penn

Entre aquella vanguardia de la civilización europea descuellan algunos individuos por su valor y por su espíritu emprendedor y activo, tales como el conde alemán Graffenried, el temerario Cristóbal Gist, que en el año 1750 atravesó la Virginia occidental, el Ohio, Pensilvania y Kéntucky, y John Sevier y James Róbertson, que en el invierno de 1779, en compañía de unos cuantos colonos tan resueltos como ellos, bajaron por el río Cúmberland y establecieron su residencia en el territorio que ocupa al presente la ciudad de Nashville.

Firma de Jaime Oglethorpe

Penetraron luego los ingleses más hacia el Oeste del país, pero tropezaron con los franceses, que pretendían ser dueños absolutos del territorio enclavado en la parte Oeste de los Alleghanys, y que para defenderlo de los ataques que contra él pudieran dirigirse habían levantado una línea de fortificaciones (más de 60) que abrazaba desde el límite de Mont Royal, en el río San Lorenzo, hasta Nueva Orleáns, situada en la entrada del Mississippí. El choque de ambas naciones dió origen á todo género de enemistades y contiendas, hasta que al fin estalló entre ellas la terrible guerra de 1755, durante la cual, lo mismo los ingleses que los franceses, aportaban á la lucha millares de indios aliados, haciendo con ello que di-

cha guerra se convirtiera en una de las más encarnizadas y crueles de cuantas tuvieron lugar en la América del Norte.

Unidos á los franceses combatían los hurones, los ottawas, los illinois, los miamis y los chaunis, y al lado de los ingleses los sanguinarios iroqueses, los delawares, los tuscaroras, los cheroqueses y los chikasaws. A los golpes de maza de estos salvajes sucumbían á millares los europeos, cuyo cuero cabelludo *(escalpe)* servía de sangriento trofeo y de adorno á los wigwams y á las armas de los guerreros pieles rojas.



Escalpe indígena. (Dibujo del natural por R. Cronau)

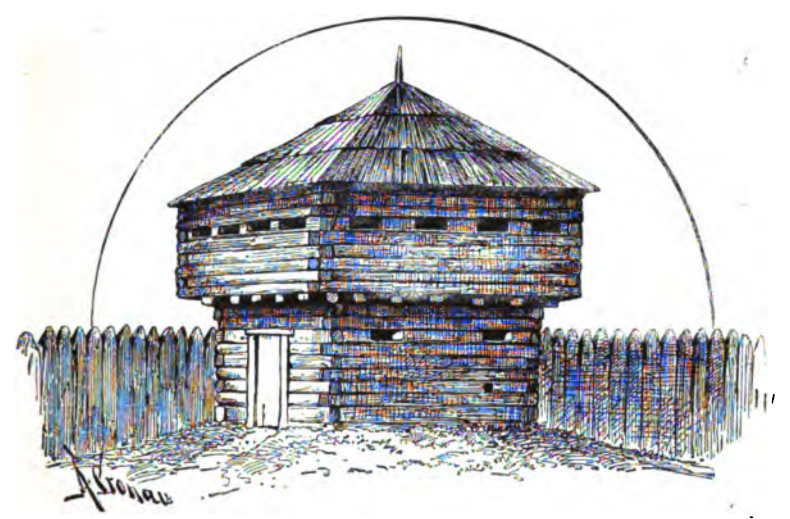
Los que hallaban la muerte sobre el campo de batalla se consideraban felices, pues así se libraban de los horribles sufrimientos á que, según costumbre, los indios sometían á cuantos infelices caían vivos en su poder, y los cuales sufrimientos pueden deducirse leyendo la descripción del francés Le Beau (1), que fué testigo presencial del martirio á que fué sometido un joven indio zorro ó utagami que cayó prisionero de los hurones.

El primer tormento á que fué sometido aquel desgraciado, el cual sin amedrentarse y con la mayor serenidad cantaba en aquel terrible momento una canción provocativa y fúnebre burlándose de sus crueles enemigos, consistió en hincarse de rodillas delante de él dos indios hurones y arrancarle las uñas de los dedos de los pies. Después otros dos hicieron lo mismo con las de las manos, y para aumentar el dolor de su víctima, le metían las yemas de los dedos en sus pipas y se las ahumaban. Seguidamente, valiéndose de unos cuchillos sin corte, le fueron separando los músculos de todas las articulaciones, practicando la sección de manera que los nervios y tendones quedaban al descubierto. Entre los nervios fueron metiendo aquellos verdugos unos pali-

---

(1) *Ultimo viaje de Claudio Beau, abogado del parlamento de París, al país de los salvajes de la América del Norte, ó curiosa noticia de los usos y costumbres antiguos y modernos de estos pueblos, con una descripción de sus extraordinarias aventuras.* Francfort y Leipzig, 1752, segunda parte, pág. 192.

tos en forma de aspa, los que hicieron girar en todos sentidos hasta que el infeliz mártir, que hasta entonces no había exhalado el más leve quejido, lanzó dos ó tres aullidos espantosos. Entonces con unos hierros candentes le rompieron todos los dientes, le machacaron todos los huesos, le desollaron la cabeza, y sobre la carne viva del desnudo cráneo vertieron gran cantidad de fuego y ceniza primero, y después agua hirviendo, que



Refugio cercado de empalizada de una colonia del siglo XVIII
Dibujo original de Rodolfo Cronau

al correr hacia abajo levantaba ampollas en todas partes. Finalmente, cuando ya todo el cuerpo de aquel desgraciado era una sola herida, llegaron dos indios con una larga cuerda llena de nudos, con la cual le aserraron el vientre hasta que salieron los intestinos. Entre tan horrorosos tormentos, que sólo tienen igual en las refinadas crueldades con que los ayudantes de los verdugos de la Edad media martirizaban á los supuestos herejes y brujas, entregó su alma á Dios el desdichado, después de tres horas de horrenda tortura, sin que en este verdadero Calvario, excepción hecha de los dos ó tres rugidos que antes se dijo, hiciera otra cosa que burlarse y apostrofar á sus feroces enemigos.

La paz de París, cuyas bases se firmaron el día 20 de febrero de 1763, puso término á tan espantosa carnicería sostenida por espacio de nueve años entre aquellas dos naciones por la posesión de la América del Norte. Ya hemos dicho anteriormente que por el convenio entonces celebrado cedió Francia á la Gran Bretaña todo el territorio situado al Este del Mis-

sissippí; y como al propio tiempo España, con cuya nación estaba en guerra Inglaterra, le cediera una gran parte de la Florida, desde el año 1770 pudieron considerarse los ingleses como los únicos dueños de la mitad oriental del continente norteamericano.





ANTIGUAS TENTATIVAS EN BUSCA DE UN PASO POR EL NOROESTE

Mientras tenían lugar los acontecimientos que hemos narrado en los capítulos anteriores y los ingleses iban expulsando paulatinamente á las demás naciones europeas de la costa oriental de América, no se olvidaron jamás del importante problema de hallar una vía de comunicación por el Noroeste.

Ya hemos dicho que los célebres descubridores Cabot, Cortereal, Gómez, Verrazano, Cartier, Hudson y otros habían trabajado con verdadero ahinco por encontrarla. Pero sin embargo de no haber conseguido ninguno de ellos el menor resultado satisfactorio en sus travesías, se hallaba tan profundamente arraigada en los geógrafos del siglo XVI la seguridad de su existencia, que algunos de ellos no tuvieron escrúpulo de consignarla en sus mapas. Por eso en un atlas de Tolemeo publicado por Sebastián Münster en el año de 1542 se ve al Norte del Nuevo Mundo un estrecho y junto á él la siguiente advertencia: *Per hoc fretum iter patet ad Molucas* (por este estrecho se va á las Molucas).

A esta vía Noroeste se la denominaba Estrecho de Anián, nombre cuyo origen se atribuye á Gaspar Cortereal, que se lo puso á un estrecho que había visto en su viaje bajo los 60° de latitud Norte. Y la certidumbre en la existencia del Estrecho de Anián adquirió mayor fuerza ante la afirmación hecha por algunos cosmógrafos de que ya se había navegado por él, á cuyas supuestas navegaciones pertenecen las del portugués Martín Chaque ó Chague en el año de 1555 y las de los españoles Andrés de Urdaneta y Lorenzo Ferrer Maldonado en los de 1560 y 1588 respectivamente, y á las que nuevas y concienzudas investigaciones han despojado de los visos de certidumbre con que las habían engalanado algunas respetables autoridades científicas, probando á la vez que estaban cimentadas sobre una pura invención.

Por el contrario, se sabe con seguridad que en el año de 1527 los ingleses Roberto Thorne y John Rutt hicieron un viaje en busca del anhelado paso del Noroeste sin que obtuvieran el menor éxito en su empresa.

Transcurrieron próximamente cincuenta años, hasta que en el reinado de Isabel de Inglaterra intentó salir en su busca el joven oficial de marina Martín Frobisher, á cuyo efecto se dirigió á los mares de hielo de las regiones polares de la América del Norte. Este intrépido marino, al abandonar el Támesis con los barcos *Gabriel* y *Miguel*, de 15 toneladas y con 35 hombres de tripulación cada uno, en los primeros días de junio de 1576, no llevaba otro guía para realizar su atrevido viaje que una copia de la carta marítima de Nicolás Zeno, cuyo facsímile hemos reproducido en el tomo I, y la cual al Noroeste de Escocia consigna el grupo de las islas Faroer en gran manera aumentado, como si fuese la Frislandia de los siglos XIV y XV. Por eso no debe causar extrañeza que Frobisher, al arribar el día 11 de julio á los 61° de latitud Norte á la costa superior de Groenlandia y hallarla cubierta de nieve, la tomase por la Frislandia.

El resuelto navegante intentó circundar el extremo meridional de Groenlandia, ó sea el Hvitserkr de los normandos, hoy Cabo Farewell, pero al realizarlo se fué á pique una de las pinazas pereciendo toda la

tripulación, y esta desgracia impresionó por modo tal á las gentes del *Miguel* que huyeron á toda vela con dirección á Inglaterra.

Frobisher atravesó con gran intrepidez el gran Estrecho de Davis, y el día 20 de julio divisó un elevado promontorio al que, en honor á su reina, denominó *Queen Elisabeth Forland.* Más al Norte vió otro promontorio, y pasando por entre los dos se encontró en una ancha ensenada que parecía la línea divisoria de dos continentes (1).

Poseído de la risueña ilusión de que había encontrado la tan deseada vía de comunicación para las Indias, no echó de ver que se hallaba en una especie de callejón sin salida hacia el Noroeste: tomó los territorios situados á su derecha por el Continente asiático y los á su izquierda por el americano, cuando en realidad de verdad ambas partes de la costa constituían la actual Tierra de Baffin, que cierra la llamada bahía de Frobisher. El descubridor penetró aún 60 leguas más, luchando contra los obstáculos que le oponían los enormes témpanos de hielo y sin calcular siquiera el error en que había caído.

Un día consiguieron por fin anclar en aquella costa cubierta de una blanca sábana de hielo y bloqueada por todas partes, y entonces vieron á unos hombres que á bordo de unos botes de cuero pescaban toda suerte de animales marinos. Dichos hombres eran de pequeña estatura, de ancho rostro, color cobrizo, usaban largas y negras melenas y vestían unos trajes hechos con pieles de foca. Las mujeres se diferenciaban muy poco de los hombres en su atavío.

Los ingleses consiguieron apoderarse de uno de aquellos seres y decidieron traerlo con ellos á Europa, para donde emprendió Frobisher el regreso el día 22 de agosto con el fin de que no le sorprendiera el invierno en aquellas regiones polares. Entre otras curiosidades traía Frobisher una extraña piedra negra de brillo metálico, y que, según el químico italiano Agnello, contenía gran cantidad de oro.

Habiendo asegurado el intrépido marino que podría transportar del país de Baffin algunos cargamentos de aquella piedra especial, que en realidad no era otra cosa que una guija de cobre, Inglaterra organizó al año siguiente una segunda expedición, mandada también por Frobisher, para que cargase la mayor cantidad posible de aquel supuesto precioso metal, y además para que penetrase por el estrecho descubierto por él hasta que tuviera la seguridad absoluta de que por él se llegaba al Mar del Sur.

El día 16 de julio de 1577 estaba de nuevo el descubridor inglés á la entrada del supuesto estrecho; pero de tal manera obstruían ésta las enormes masas de hielo que sólo pudo penetrar hasta una distancia de

(1) Cóllinson, *The three voyages of Martin Frobisher,* Hakluyt Society.

treinta leguas. En su consecuencia, empleó todo el tiempo en recoger la mayor cantidad posible del supuesto cuarzo aurífero, trabajando con tal ahinco que á las cuatro semanas habían cargado los barcos 200 toneladas del citado mineral.

Por completo satisfecho y tranquilo del resultado obtenido en su empresa regresó Frobisher á la madre patria, donde á su arribo, no tan sólo tuvo un entusiasta recibimiento de sus compatriotas, sino que alcanzó la honra de que la soberana de Inglaterra diese á los países por él descubiertos el nombre de *Meta Incognita* (el término desconocido).

La generalidad albergó la creencia de que Frobisher había descubierto un segundo Perú y una comisión de hombres peritos nombrada al efecto no titubeó en declarar que el cuarzo descubierto era oro. A tan enorme equivocación debió el valiente explorador que en el año de 1578 se le confiase el mando de una escuadra compuesta de 15 buques, y se le diese el encargo de tomar posesión en nombre de Inglaterra del supuesto paso del Noroeste y de todos los territorios á él colindantes. De aquellas 15 embarcaciones, 12 debían regresar á la Gran Bretaña lo antes posible cargadas de cuarzo, y las otras tres quedarse en *Meta Incognita* para que sus tripulaciones se consagraran á la construcción de fortificaciones que aseguraran á la nación inglesa la posesión del importante estrecho.

La escuadra llegó en el mes de junio á las costas de Groenlandia, donde Frobisher estableció tráfico comercial con algunos esquimales que en ellas encontró. En una travesía que hicieron los ingleses á Queens Forland, un fuerte temporal arrastró los barcos hacia el Sur, y por tal circunstancia llegaron á un estrecho que el descubridor tomó equivocadamente por el que él había descubierto. Su entrada se veía bastante desembarazada de hielo, y conducía á ella una rápida corriente. Era el llamado Estrecho de Hudson, cuya importancia debió sin duda de reconocer Frobisher: pero como tenía orden de levantar un fuerte en el paso por él encontrado, y á la vez no quería exponer á toda la escuadra á las contingencias y peligros que ofrece la navegación por mares desconocidos, abandonó el Estrecho de Hudson después de una breve visita y se dirigió hacia su bahía, situada más al Norte, y á la cual continuaba considerando como el estrecho de Anián.

Durante el viaje á ella, el barco, cargado de material de construcción, quedó cogido entre los enormes témpanos de hielo, que lo destrozaron por completo, y con tal motivo los navegantes tuvieron que contentarse con edificar una casa de piedra en vez del proyectado fuerte, y en la cual casa metieron gran número de objetos y abundantes provisiones, y luego de cargar 1.300 toneladas de cuarzo cobrizo regresaron á Inglaterra todos los barcos.

Entretanto, los sueños dorados del hallazgo de un Perú ártico habían quedado desvanecidos mediante nuevos y detenidos reconocimientos, llegándose á comprender que todos los gastos y sacrificios empleados en aquella empresa habían sido inútiles, y por lo tanto desde entonces los ingleses consagraron toda su atención y todos sus esfuerzos á continuar la investigación del paso del Noroeste.

Habiendo sido Frobisher destinado á desempeñar el empleo que tenía en la marina británica para que tomara parte en la guerra que había entre su nación y España, diósele el encargo de proseguir las investigaciones al capitán John Davis, natural de Sándbrigde, en el Devonshire. Este, al igual de su antecesor, hizo tres viajes á las regiones polares, en el primero de los cuales descubrió, en 1585, aquel magnífico canal marítimo ya conocido de los antiguos groenlandeses y que aún lleva al presente el nombre de Estrecho de Davis.

Firma de John Davis

Este navegante, tomando también por guía la carta marítima de Zeno, llegó á la costa oriental de Groenlandia, y al contemplar aquellas soledades desprovistas de toda vegetación y por todas partes circundadas de hielo y de elevadas montañas de nieve, bautizó al país con el nombre de *Land of Desolatión* (Tierra de la Desolación).

Davis dió la vuelta todo alrededor á la extremidad Sur del territorio, y avanzó después hacia el interior hasta los 64° de latitud Norte, por el cauce de unas de aquellas gargantas semejantes á los fiordos que caracterizan la costa occidental groenlandesa. En aquellos parajes comerció con los esquimales, los cuales eran pacíficos y en gran número rodeaban diariamente á los barcos de los europeos á bordo de sus *kajaks* ó botes de cuero.

El día 1.° de agosto atravesó Davis el Estrecho de su nombre, cuyo ancho mide 350 kilómetros, y el día 6 del mismo mes divisó el extremo oriental de la Tierra de Baffin, ó sea el Cabo Dyer.

Siguió navegando hacia las regiones meridionales y descubrió el Cabo Wálsingham; bordeando la costa llegó á la punta en que ésta termina, á la que denominó *Cape of Gods Mercy* (Cabo de la Gracia de Dios) y que en

la actualidad se conoce con el nombre de Cabo Alberto. Al circundarle divisó la gran curva que describe la bahía de Cúmberland, y así como Frobisher tomó por un estrecho, que después llevó su nombre, el paso situado más al Sur, él tomó esta bahía por el tan buscado paso del Noroeste.

Aunque los barcos penetraron bastante en el interior del golfo, no fué lo suficiente para desvanecer el error en que estaba, y cuando al año siguiente volvió Davis á él encontró su entrada tan por completo cerrada por los témpanos de hielo, que después de sostener una ligera escaramuza con los esquimales volvió las proas de sus naves con rumbo á Inglaterra, sin haber podido aportar el más mínimo detalle á las investigaciones hechas hasta entonces. En 1587 volvió el descubridor por tercera vez á aquellas aguas, logrando entonces penetrar en el estrecho, libre á la sazón de hielo, hasta los 72° 42' de latitud Norte. A un gran paredón de roca de 1.000 metros de altura y coronado de nieve dióle el nombre de Hope Sánderson, en honor á uno de los hombres eminentes que habían patrocinado su viaje, y á las cercanas costas groenlandesas el de Costa de Londres.

Cuando á su regreso buscó Davis la bahía de Cúmberland logró navegar hasta la extremidad de ella, y entonces comprendió que no era allí donde había de buscarse la vía marítima del Noroeste. Las penalidades y privaciones, juntamente con los vientos contrarios que reinaban, obligaron al navegante á regresar á Inglaterra; y por más que al cruzar en aquella travesía por frente á la boca del Estrecho de Hudson llegó á convencerse de que allí comenzaba el deseado paso, no le fué posible dedicarse á tan importante descubrimiento.

Firmemente convencido de que existía dicha vía de comunicación, escribía poco antes de su regreso las palabras siguientes: «La existencia del estrecho es por demás probable, y seguramente fácil de pasar.»

Sin embargo de tal convicción, transcurrieron quince años sin que nadie se decidiera á emprender nuevos viajes con tal objeto. Los primeros que se llevaron á efecto fueron las expediciones que en 1602 y 1606 mandaron los capitanes George Waymouth y John Knight, en la segunda de las cuales, que alcanzaron muy escaso éxito, perdió la vida el último de los jefes mencionados al desembarcar el día 26 de junio de 1606, juntamente con cuatro de sus compañeros, en las costas del Labrador, donde probablemente murió á manos de los esquimales.

Este malogrado navegante figura como la primera víctima en la larga serie de cuantos sacrificaron su vida en aras de la ciencia en los desiertos helados de la América del Norte. Pero todavía fué más horrible la suerte que le cupo á su sucesor, el desventurado Henry Hudson. Este, que había nacido en Inglaterra á mediados del siglo XVI, había hecho ya en los años

de 1607 y 1608, por encargo de algunos comerciantes ingleses, dos viajes á las regiones polares del Norte, para por el llamado paso del Nordeste, y rodeando la costa Norte de Asia, ir hasta la China. Anteriormente dejamos consignado que en el año de 1609, y por cuenta de la Compañía Indico-holandesa, había hecho otro viaje en la misma dirección, y que ante la imposibilidad de continuar navegando con aquel rumbo marchó resueltamente hacia los mares americanos, en cuyos territorios descubrió el río que lleva su nombre.

A la vuelta de aquel viaje, que de tan grande importancia fué para la fundación de Nueva Holanda, entró Hudson al servicio de la compañía Anglo-rusa, la cual le encargó que explorase las aguas situadas entre la bahía de Frobisher y la extremidad Norte del Labrador, en las que sospechaban Davis y Frobisher que había un estrecho ó paso que comunicaba con las Indias.

A bordo del *Discovery*, buque de 55 toneladas, salió Hudson del puerto de Grávesend el día 17 de abril de 1610, y el 9 del próximo junio se encontraba ya en la citada bahía. Con grandes dificultades y trabajos circundó la isla Revolución, situada en el extremo meridional de la Tierra de Baffin, y el día 24 del mismo mes llegó á la ancha boca del estrecho que lleva su nombre. Las fuertes corrientes habían acumulado á la entrada de aquel tal cantidad de témpanos de hielo, que el barco tuvo que refugiarse en la bahía de Ungawa y permanecer allí algún tiempo. Al próximo continente que desde ella se divisaba lo bautizó el descubridor con el nombre de Nueva Bretaña.

Los expedicionarios no pudieron continuar el viaje hasta los últimos días de julio. Primero avanzaron lentamente por el estrecho que cada vez se ensanchaba más; el día 12 de agosto pasaron por el lado de la isla Salisbury, al siguiente torcieron por el Cabo Wolstenholme, bautizado así en agradecimiento á uno de los patrocinadores de la expedición, y el mismo día vieron los navegantes ante sus ojos un mar sin límites. La costa se dirigía allí hacia el Sur, y jamás, como dice muy acertadamente Peschel, en los tres siglos que los marinos ingleses navegaron por los mares del Noroeste, pudieron creerse tan próximos al mar del Sur como en aquel día 3 de agosto de 1610, en el que el inmenso receptáculo de la bahía de Hudson se presentó á la vista del descubridor y de sus compañeros como un verdadero Océano.

Ignoramos si tuvo cabida en la mente de Hudson semejante creencia, pues con el día 3 de agosto terminan sus observaciones en su diario de navegación, que aun se conserva. Por los relatos de algunos de sus compañeros se sabe que el audaz navegante siguió la costa occidental del Labrador hasta la prolongación Sur de la bahía de su nombre, ó sea la lla-

mada bahía de James. En aquel punto buscó inútilmente una salida, pues estando ocupado en tal empresa le sorprendió el invierno y tuvo que permanecer durante él, sujeto á todo género de privaciones, en un puerto perteneciente á la bahía últimamente mencionada. El total derretimiento de los hielos no se efectuó hasta el 18 de junio del año siguiente, y ya navegaba con rumbo á la patria cuando estalló entre sus gentes tan formidable sublevación que fué impotente para reprimirla á pesar de su energía. Hallábase durmiendo cuando fué sorprendido por los amotinados; y como hubiera amenazado anteriormente á éstos con desembarcarlos y dejarlos abandonados á su suerte en aquellas desiertas é inhospitalarias costas, ellos hicieron con él lo mismo que les había prometido. Al efecto, embarcáronlo en compañía de su hijo, tierno adolescente, y de ocho de sus servidores más fieles, en una lancha, y sin armas ni provisiones los dejaron en medio del inmenso océano. Nada volvió á saberse jamás de ellos, pero no es difícil adivinar el fin espantoso que tendrían el bravo marino y sus compañeros de desgracia.

Al llegar el *Discovery* á Inglaterra sin su jefe, y en cuanto fué conocida la criminal conducta observada con él por la tripulación y la trágica suerte que le estaba reservada, la compañía envió dos barcos á las órdenes de Ingram y sir Tomás Gutton en busca de aquellos desgraciados, pero fueron vanos cuantos esfuerzos hicieron para encontrarlos. Aquella expedición llevaba al propio tiempo el encargo de continuar los descubrimientos, y á ella hay que agradecer el completo conocimiento de la bahía de Hudson.

Luego que los navegantes hubieron hallado la gran isla de Sóuthampton, atravesaron occidentalmente toda la dicha bahía; pero al llegar á los 60° 40′ de latitud Norte, ó sea al borde occidental que la forma, vieron de nuevo desvanecida su esperanza de haber encontrado el paso del Noroeste. El nombre de *Hopes Checked* (Esperanzas Fallidas) dado á un promontorio, demuestra bien á las claras el desengaño que sufrieron los expedicionarios.

Los barcos cruzaron á la vista de la costa con dirección al Sur hasta que llegaron á los 57° 10′ de latitud Norte, ó sea á la boca de un río formado por el desagüe del lago Winnippeg, situado en lo más interior del país. En las orillas de este río caudaloso, que era innavegable á causa de sus innumerables afluentes y cascadas, pasaron los descubridores el invierno, que fué excepcionalmente benigno, y regresaron á Inglaterra en el verano del año 1613. Al dicho río lo bautizaron con el nombre de Nelson.

La expedición llevada á efecto por el capitán Gibbons en el año 1614 alcanzó aún mucho menos éxito, pues su buque, que era el mismo *Disco-*

very del malogrado Hudson, fué empujado por los enormes témpanos de hielo que por todas partes lo rodeaban desde la bahía del nombre de este desgraciado descubridor á otra perteneciente á las costas del Labrador, y retenido allí por espacio de veinte semanas. Cuando llegó la época del deshielo habíanse agotado todas las provisiones, y Gibbons tuvo que emprender el viaje de retorno sin haber hecho nada.

Aún desafió el *Discovery* otra vez los témpanos de hielo de los mares polares cuando en el año 1615 condujo á Roberto Bylot y á William Baffin al laberinto de islas de la América ártica.

Estos dos navegantes, el segundo de los cuales había ya hecho varios viajes como piloto á las regiones polares, dirigiéronse, al contrario de todos sus antecesores, desde el extremo del estrecho de Hudson en dirección Noroeste, y llegaron al llamado Canal de Fox, pero esto no obstante no lograron penetrar en el Estrecho del Fury y Hecla, situado en los 70° de latitud Norte. Al ver las costas cubiertas por todas partes de hielo y que la marea penetraba en el canal por la parte Sudeste en vez de hacerlo por la occidental, renunciaron á toda esperanza de que allí hubiera ninguna vía marítima y se volvieron á Inglaterra para prepararse á buscarlo al año siguiente por el lado Norte del Estrecho de Davis. Así lo hicieron, y esta vez también fué el *Discovery* el buque elegido para hacer la travesía.

Antes de la fecha acostumbrada, el 26 de marzo de 1616, salieron Bylot y Baffin de Inglaterra, el 14 de mayo penetraron en el Estrecho de Davis, y el 30 del mismo mes, bajo los 72° 42' de latitud Norte, llegaron enfrente de Hope Sánderson, punto el más septentrional á que llegó Davis en 1587. Inútiles fueron cuantos esfuerzos hicieron para romper el hielo aglomerado en el centro de la espaciosa bahía, que tiempo adelante recibió el nombre de bahía de Baffin como recompensa á los grandes servicios prestados por su audaz descubridor.

Obligado á buscar de nuevo aguas navegables, siguió el *Discovery* la costa occidental de Groenlandia, atravesó la bahía de Melville y penetró por el llamado North Water hasta la embocadura de un estrecho situado en los 77° 33' de latitud Norte, el cual estrecho conducía hacia el Nordeste, y que Baffin bautizó con el nombre de Smith en muestra de agradecimiento hacia su protector sir Tomás Smith. Dos días fué juguete el *Discovery* de un temporal, y las grandes masas de hielo le impidieron avanzar más.

Entonces los expedicionarios acordaron regresar á la patria, pero no por la costa de Groenlandia, sino por los países que habían divisado hacia Occidente. Así lo hicieron, y á esta circunstancia se debe el descubrimiento de las islas Carey, y al Sudeste de ellas un ancho canal por completo obstruído por grandes masas de hielo. Dieron á éste el nombre de estrecho

de Jones, en honor del alderman del mismo apellido, y á otro situado más al Sur que divisaron el día 12 de julio lo denominaron estrecho de Láncaster, en honor de sir James Láncaster. Pero ambos estrechos estaban por completo cerrados por el hielo y por lo tanto los audaces exploradores no pudieron cerciorarse de si tanto el uno como el otro eran en realidad las puertas que daban acceso á la vía marítima que conducía al Océano Artico y desde éste al Mar del Sur.

De nuevo intentaron romper la masa de hielo que obstruía la navegación por la bahía de Baffin, en cuya operación quedó el *Discovery*



Témpanos de forma extraña en los mares árticos

aprisionado entre aquel formidable mar de témpanos. Estos lo arrastraron hasta los 65° 40′ de latitud Norte, en cuyo punto logró verse libre y prosiguió su viaje de regreso á Inglaterra, adonde arribó con toda felicidad. Los dos navegantes añadieron una página brillante á la historia de los descubrimientos, pues lograron llegar á una altura septentrional rebasada por muy pocos hasta la época presente.

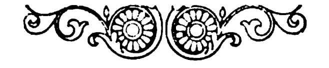
Así que le asistía á Baffin perfecto derecho para poder decir lo siguiente en una carta por él dirigida á su protector Wolstenholme:

«Sin ostentación puedo afirmar que en tan corto espacio de tiempo es difícil que puedan hacerse mayores descubrimientos, mucho más si se tiene en cuenta los obstáculos que á la navegación oponen las grandes masas de hielo y la notable desviación que en la aguja magnética observamos en aquellas regiones.»

En esta misma carta demostraba Baffin sus dudas acerca de la existencia de un paso Noroeste, y á la vez declaraba que las aguas del Norte

del Estrecho de Davis eran un golfo semejante á la bahía de Hudson y que estaba rodeado de tierra. Esta declaración de tan experto navegante amortiguó sobremanera las ilusiones que se tenían de hallar un camino de comunicación á la India; y cuando se vió que las expediciones llevadas á efecto por Luke Fox por un lado y Tomás James por otro en el año de 1632, como igualmente los viajes de Cristóbal Middleton y William Moor en 1741 y 1742, y los de Francisco Smith y Henry Ellis en 1746 y 1747 sólo sirvieron para completar el conocimiento de la bahía de Hudson, se abandonó por completo la busca del citado paso sin que hasta principios del siglo presente volviera á pensarse en tan importante poblema.

Y por más que los viajes de Frobisher, Davis, Hudson y Baffin no dieran los resultados que se esperaban, fueron sin embargo de gran valor para el espíritu comercial y emprendedor inglés, pues la abundancia extraordinaria de ballenas y de animales de preciada piel con que brindaban las aguas de las regiones árticas de la América del Norte llevaron hacia allí verdaderos ejércitos de pescadores, que puede decirse fueron los fundadores de la escuela donde se instruyeron en tan penosísima cuanto lucrativa industria los posteriores navegantes de los mares polares.





India Eri (De una pintura de Pablo Kane)

DESCUBRIMIENTO DEL GRAN NOROESTE

La productiva pesca de la ballena en las regiones del polo ártico de la América, y los beneficios aún mayores que reportaba la industria de la peletería, hicieron que la atención pública se fijara al poco tiempo en la bahía de Hudson. Habíanse visto en ella grandes manadas de enormes cetáceos, y en los bosques vecinos se ocultaba porción inmensa de almizcleros, alces, ciervos, renos, osos, lobos, zorros, nutrias, ratas almiz-

cladas, martas, armiños, castores, cibelinas y otros muchos animales de preciada piel.

Los ingleses fueron los que iniciaron la explotación de esta gran riqueza, como hemos dicho anteriormente, por medio del corredor de los bosques Medardo Chouart des Groseilliers, que en el año de 1662 llegó á la bahía de Hudson procedente del Canadá. El proyecto concebido por este canadiense para dicha explotación no fué atendido en el Canadá, y en vista de esto se dirigió á Inglaterra, en cuyo país llamó poderosamente la atención del príncipe Ruperto de Baviera, que por haber sido nombrado duque de Cúmberland se hallaba á la sazón al servicio de su tío el rey Carlos II de Inglaterra (1).

Debido á las gestiones de este príncipe, en el año de 1668 fué enviado con un barco, el *Nonsuch,* á la bahía de Hudson el capitán Zacarías Gillam, el cual entró por la prolongación Sur de la bahía de James en un río al que bautizó con el nombre de Rupert River, y en cuya entrada levantaron los ingleses un fuerte para hacer invernada, al que denominaron Carlos.

Las noticias que los expedicionarios trajeron respecto á la riqueza que encerraba el país fueron sumamente satisfactorias; pero que no tenían la menor idea de la inconcebible abundancia de ésta lo demuestra la circunstancia de que el rey Carlos, con una liberalidad parecida á la que observó el pontífice Alejandro en 1493, repartiendo entre españoles y portugueses los territorios de los herejes que no le pertenecían, é igual que la usada por los regentes de España, que cedían provincias enteras del Nuevo Mundo á algunos descubridores distinguidos ó á cualquiera de sus favoritos, regaló á su sobrino Ruperto todo el territorio colindante con la bahía de Hudson, con la sola condición de que el *país de Ruperto* (nombre dado á aquella región) había de ser una colonia inglesa y venía obligada á pagar un tributo anual consistente en dos alces y dos castores negros.

El príncipe Ruperto fundó una sociedad compuesta de varias personas influyentes para la explotación de las riquezas que encerraban aquellos territorios, la cual sociedad se tituló *Company of Adventurers of England trading into Hudsons Bay.* Esta sociedad, conocida generalmente con el sencillo título de Compañía de la bahía de Hudson, obtuvo privilegios extraordinarios, y mediante el buen uso que de ellos supo hacer logró dominar sobre un país que, empezando en las inhospitalarias regio-

---

(1) Era hijo tercero del elector Federico V del Palatinado y de Isabel de Inglaterra, nacido en Praga á 17 de diciembre de 1619, y fallecido en Londres en el año de 1682.

nes septentrionales llegaba hasta los grandes lagos por un lado, y por otro desde el Labrador hasta las montañas Pedregosas. Sobre esta inmensa región, que comprendía una superficie de muchos millones de leguas cuadradas, tenía la mencionada compañía derechos ilimitados y el privilegio exclusivo de comerciar.

Acerca de esta Compañía nadie puede decir otra cosa sino que empleó todo su poder é influencia en su provecho exclusivo y á tal extremo llegó su egoísmo que para alejar de sus dominios á todos cuantos á ella no pertenecían propalaba las más absurdas noticias y hacía las más negras descripciones del país y de sus habitantes.

Debido á ésto, por espacio de mucho tiempo fueron escasísimos los conocimientos que se tuvieron del *gran país solitario*, que llegó á ser un secreto para todo el que era extraño á la Compañía, la cual se contentó con establecer en varios puntos de la bahía factorías comerciales, á las que en determinadas épocas iban algunos pueblos indígenas á cambiar las pieles de los animales por ellos cazados por productos europeos. Dichas factorías eran el fuerte Churchill, el Nelson ó York, el Príncipe de Gales, el Ruperto, etc.

En los comedios del siglo XVIII comenzaron ya los europeos á penetrar en el solitario país del Noroeste, siendo algunos viajeros canadienses los primeros que, independientemente de la Compañía de la bahía de Hudson, comenzaron paulatinamente á descubrir la *Terra Incognita.* Sin hacer caso alguno de los privilegios que le habían sido concedidos á la sociedad, estos cazadores se fueron internando cada vez más en los grandes lagos hacia el Norte y Noroeste, y en el valle de Red River del lago de Wínnipeg y en el Saskatschewan establecieron factorías comerciales.

Varennes de Vératrye, acompañado de algunos otros viajeros y del P. Messager, hizo una excursión en 1731 á las regiones Noroeste del lago Superior, y en ella descubrió el lago y río Winnipeg, el curso inferior del Red River y el Assiniboine.

Tomás Curry y James Finlay fueron los primeros que llegaron hasta las aguas del Saskatschewan; á éstos siguieron los traficantes de pieles José Frobisher y Pedro Ponde, el primero de los cuales llegó en 1775 hasta el curso central del río Churchill y el segundo en el año de 1778 hasta el lago Athabaska; pasando el invierno siguiente entre los indios Knistenaux y Chipewas, cuyas hordas se reunían en determinadas épocas del año á orillas de aquel lago para ir todos juntos á llevar las pieles de los animales que habían cazado á la factoría comercial de Churchill.

El territorio recorrido por aquellos temerarios cazadores de fieras contiene dilatadísimos bosques y praderas con miles de grandes y pequeños lagos, que por medio de infinidad de canales, arroyos y ríos, están en

comunicación los unos con los otros, y cuyas aguas sobrantes vierten en la bahía de Hudson, en otros ríos caudalosos, ó en el Océano Polar.



Viajero canadiense del siglo XVIII calzado con vaquetas para resguardarse de la nieve
De un grabado de la misma época

Aquella inmensa riqueza de vías fluviales proporcionaba á los viajeros la ventaja de que, valiéndose tan sólo de sus frágiles canoas de corteza de árbol, pudieran penetrar hasta el corazón mismo del país. Además,

cuando el invierno llegaba y las montañas, los valles y las praderas se cubrían de un grueso manto de nieve y hielo, hallaban en sus vaquetas para andar por la nieve, cuyo uso habían aprendido de los indios, unos auxiliares excelentes para poder recorrer inmensas distancias por las que sin su ayuda hubiera sido imposible caminar.

No transcurrió mucho tiempo sin que la Compañía de la bahía de Hudson se resintiera de los grandes resultados obtenidos por aquellos traficantes de pieles. Las caravanas de indios procedentes del interior del país dejaron de concurrir á sus factorías, pues los canadienses no tan sólo les compraban la mayor parte de sus productos, sino que fueron lo bastante astutos para saber llamar hacia ellos la atención de los indígenas.

Esto hizo que la Compañía se viera precisada á abandonar el sistema que hasta entonces había seguido, y á enviar también corredores ó agentes en todas direcciones. Uno de ellos fué Samuel Hearne, el descubridor del río Coppermine ó de las Minas de Cobre.

Cuando algunos indios procedentes de las regiones más interiores del Noroeste llevaron al fuerte Churchill algunas muestras de cobre y dijeron que aquel metal se hallaba en gran cantidad en las orillas de un gran río, fuele dado á Hearne el encargo de buscar dicho río y descubrir las minas en que el metal se criaba. Las excursiones que con tal objeto hizo éste fueron por demás penosas y duraron desde el día 6 de noviembre de 1769 hasta el 25 de junio de 1772. El intrépido viajero vióse en dos distintas ocasiones obligado á retroceder al punto de partida, pues en la una le abandonaron los guías indios y en la otra fué robado por los salvajes. Esto sometió á los expedicionarios á grandes privaciones, pues en todo el trayecto que recorrieron rara vez hallaron caza para alimentarse, y cuando la encontraban era en tal abundancia que no sabían qué hacer de ella.

El peñascoso paisaje que tenían siempre ante la vista era sumamente monótono, pues sólo presentaba de trecho en trecho, al borde de los numerosos lagos y ríos, algunos raquíticos pinos y abedules.

En enero de 1771 hallábase Hearne á orillas del río Doobaunt en un pequeño campamento de indios del Norte que se dedicaban á la caza de animales montaraces valiéndose para ello de unas ramas con las que construían un laberinto circular, al que conducía una senda formada por dos filas de matorrales que se iban estrechando gradualmente. Por aquella senda ó paso era ojeada la caza hasta entrar en el laberinto, y una vez dentro de él iban dos hombres convenientemente armados y degollaban los animales que habían caído prisioneros.

En sus relaciones con estos indios hizo algunas observaciones interesantes respecto de algunas particularidades que los distinguían. Entre ellos la poligamia era cosa corriente, y consideraban á la mujer como una

mercancía cuyo valor se apreciaba según la habilidad que demostraba para la preparación de las pieles, para hacer vestidos, y según su resistencia para llevar carga. La mujer se compraba ó se robaba, y además de estas costumbres existía la de la lucha por su posesión, aun cuando la mujer objeto de ella fuese propiedad de otro hombre, pues en este caso, si alguno se enamoraba de ella, su poseedor tenía que luchar con el pretendiente, y si éste vencía tenía aquél que entregársela. Por eso estaba


Factoría fortificada de la Compañía del Noroeste (Dibujo original de Rodolfo Cronau)

muy en boga la lucha entre los indios del Norte, á cuyo ejercicio se consagraban desde la primera juventud.

En el mes de febrero transpuso Hearne las fronteras más septentrionales de los bosques, y desde entonces cedieron éstos su puesto al monte bajo, los matorrales, las hierbas y los musgos. Cuando el día 13 de julio de 1771 llegó por fin el viajero á la parte inferior del río de las Minas de Cobre, se presentó á sus ojos una comarca completamente desprovista de vegetación, montañosa y cubierta de pantanos, por la que corría con suma lentitud el río para verter sus aguas en un mar sembrado por todas partes de bancos de arena y de islas circundadas de hielo y envuelto siempre en nieblas. En los territorios de la desembocadura del citado río veíanse algunos errantes esquimales parecidos á los que habitan las comarcas del Labrador y de Groenlandia, y los cuales vivían en tiendas ó chozas de pieles y se diferenciaban de estos últimos en que tenían la cabeza desprovista en absoluto de cabello, el cual, según todas las apariencias, se arrancaban de raíz. Los enseres de que usaban consistían en fuentes y artesas de madera, y cucharones y cucharas hechos de cuernos de almizclero, calderas de piedra muy bien trabajadas, y hachas y cuchillos de cobre procedente de las minas situadas en las proximidades del río, las cuales estaban ya bastante pobres.

Hearne emprendió el regreso por el gran lago de los Esclavos, y llegó al fuerte Churchill, después de algunas peripecias, el día 15 de junio del año de 1772 (1).

De verdadera importancia para el completo descubrimiento del Gran Noroeste fué el año de 1783, en cuya época cierto número de los principales peleteros de Mont-Royal y de Quebec se unió á la llamada Compañía del Noroeste. Esta entonces tomó á su servicio gran número de viajeros franceses y escoceses, y con su ayuda consiguió ensanchar considerablemente su campo de acción comercial, ocasionando con ello grandes quebrantos á los intereses de la Compañía de la bahía de Hudson, lo cual fué origen de grandes disgustos y pendencias entre los empleados, cazadores y agentes de ambas empresas, que en varias ocasiones dieron lugar entre ellos á sangrientos combates en los que el silencio de los bosques vióse interrumpido por el estampido de los disparos de las armas de fuego.

Por encargo de la Compañía del Noroeste, el escocés Alejandro Mackenzie llevó á efecto en el año de 1789 un importante viaje de descubrimiento (2) cuyo punto de partida fué el fuerte Chipewyan situado en el lago Athabaska. El 3 de junio del mismo año partió Mackenzie desde dicho punto con cuatro canoas y doce hombres, descendió por el río de los Esclavos hasta el lago de igual nombre y el 29 del mes citado dió comienzo á la peligrosa travesía por aquel río caudalosísimo que con justicia ostenta en nuestros días el nombre de su intrépido descubridor Dicho río, que es uno de los más grandes del mundo, y que también es conocido con el nombre de Naotscha, forma, con las demás corrientes de igual denominación, el desaguadero de una serie de grandes lagos del interior, uno de los cuales, el Athabaska, tiene 32 kilómetros de ancho por 368 de longitud, mientras que el de los Esclavos, enlazado á él por el río del mismo nombre, tiene 110 y 290 kilómetros respectivamente. El gran lago de los Osos, que también envía su sobrante al Mackenzie, mide en la dirección de Nordeste á Sudoeste 280 kilómetros, y en la de Nornoroeste á Sudsudeste 220.

En las peñascosas orillas cubiertas de bosque del Mackenzie, que algunas veces alcanza 50 brazas de profundidad y anchura, y otras bastantes

(1) El informe relativo á su viaje no apareció en Londres hasta el año de 1795, fecha en que se publicó con el título de *A Journey From Prince of Wales Fort to the Northern Ocean.*

(2) Las descripciones de este viaje vieron la luz pública en Londres con el título *Voyages from Montreal on the River St. Laurenze through the continent of Northamerica to the frozen and Pacific Oceans in the years* 1789 *and* 1793. En Hamburgo se publicó una edición alemana en el año de 1802.

kilómetros de la última, encontró el descubridor, aunque raras veces, algunos grupos de indios. Eran éstos por lo general de los llamados *costilla de perro,* seres feos, de regular estatura, y entre los cuales algunos ancianos usaban muy larga barba, mientras que otros, rindiendo culto á la costumbre de los indígenas de la América del Norte, arrancábanse de



Alejandro Mackenzie

raíz toda clase de vello del cuerpo á excepción del de la cabeza. En los cartílagos de la nariz, que se los horadaban, se ponían como adorno plumas de ganso ó taruguitos de madera. Su traje consistía en una especie de sayos hechos de pieles curtidas de alce y de reno, y los cuales sólo les cubrían hasta los muslos. Usaban unos mantos que no eran cuadrados sino hasta la cintura, formaban un pico detrás y otro delante que les caía sobre las rodillas, y en sus bordes estaban guarnecidos con tiras de

pieles de colores ó con huesos de frutos. Los *mokassines* cosidos al pantalón, como igualmente todas las demás prendas, ostentaban bordados de púas de puerco espín teñidas, ó bien estaban guarnecidos con cenefas de pelos de alce de distintos tonos. Los *costilla de perro*, así como los indios *liebres* que vivían más al Norte, y cuyo nombre era debido al traje que usaban, consistente en porción de pieles de este animal cosidas unas á otras, pertenecen á la gran familia de los athabaskas, que estaba dividida en muchas ramas, y los cuales se denominan á sí mismos denedindjee ó tinne, que quiere decir *personas*. Estos indios ocupan todo el territorio del Noroeste comprendido entre Alaska y la bahía de Hudson, excepción hecha del que habitan los esquimales que linda con el extremo Norte del Mar Polar. El tipo del tinne es la antítesis completa del de sus vecinos, mientras que, por el contrario, se aproxima mucho al de los assiniboines y dakotas, que habitan al Sur del Saskatschewan y en el Missouri, y que en grupos independientes recorren las extensas praderas comprendidas entre ambos ríos. Algunas particularidades de los tinnes son también comunes á los assiniboines y á los dakotas, circunstancia de la que se deduce que entre estas diversas familias existió en lo antiguo algún parentesco. Por ejemplo, unos y otros creen que las tempestades son ocasionadas por un ave gigantesca, que, al volar por el espacio, produce el trueno con sus aletazos: cuando entorna los ojos sale de ellos el relámpago, y si mueve á la vez las alas y la cola desbórdase un lago que lleva sobre la espalda y entonces se produce la lluvia. Por el contrario, cuando el cielo está claro y despejado creen que la dicha ave se halla á gran distancia ocupada en alimentar á sus hijuelos (1).

También los dakotas, al igual que los tinnes, tienen la costumbre de enterrar á sus muertos en ataúdes colocados sobre unas estacas de dos metros de elevación, como asimismo la de poner al lado del difunto sus vestidos, armas y otros utensilios, y toda su demás hacienda la queman, ó bien la arrojan al mar ó la cuelgan de los árboles más próximos al lugar del enterramiento.

Como pescadores y cazadores que son, los tinnes van de pueblo en pueblo por todo el inmenso territorio de su país, tan pronto cazando el almizclero y el reno en las estepas, persiguiendo en los bosques al alce y al ciervo, ó á los búfalos y á los carneros silvestres en las agrestes montañas, como atisbando en los ríos á los peces, nutrias y castores. En los años de escasez arrancan de las rocas una especie de musgo, lo cuecen y les sirve de alimento.

Mackenzie encontró en poder de estos indígenas cañas de pescar cu-

(1) Véase Cronau, *Viajes por el país de los sioux.*



Un dakota de la América del Norte. (De una fotografía)

yas cuerdas eran de tendones de reno, y los anzuelos de madera, asta ó hueso. Tenían además redes bastante grandes y bien trabajadas, arcos de uno á dos metros de largo con flechas de uno, y también mazas de combate fabricadas con astas de reno, á las cuales habían aserrado las puntas.

Valiéndose de todo género de horripilantes y fantásticas noticias procuraron los tinnes atemorizar al intrépido y bravo marino para que no prosiguiera el viaje. Le aseguraban que para llegar al mar necesitaría algunos inviernos, y que envejecería antes de volver; que encontraría en el camino monstruos horrendos de fuerzas hercúleas, y cascadas torrentosas que impedirían en absoluto avanzar. Pero el descubridor despreció semejantes informes, de los que ni uno tan sólo tuvo confirmación.

Ancho y caudaloso se deslizaba el río por entre las altas montañas, desnudas unas veces y cubiertas otras de pinos y abedules y coronadas de nieve. Sus riberas se allanaban cada vez más, y por último se dividía en varios canales y formaba un inmenso delta sembrado de islas de cieno y arena.

Así como Hearne en el territorio enclavado en la desembocadura del río de las Minas de Cobre había encontrado un paisaje árido y desierto, de igual manera presentábase desprovisto de toda vegetación el de la del Mackenzie; y cuando el denodado marino escocés llegó á ella el día 29 de junio, divisó en dirección Norte un mar de hielo en el que discurrían algunas ballenas, hacia el Oriente varias peladas islas, y hacia el Sur, pero á gran distancia, una obscura cordillera que era la punta extrema de las montañas Pedregosas.

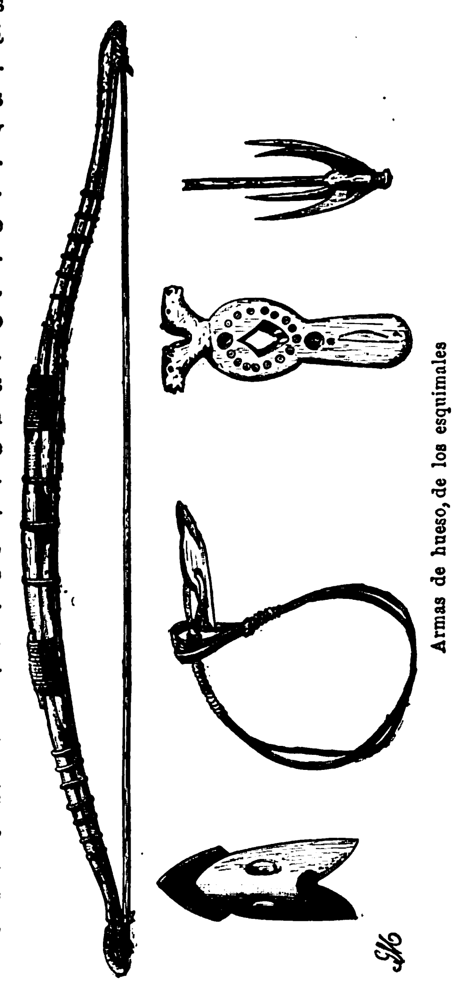
Por más que el descubridor halló en todas partes huellas de esquimales y porción de chozas abandonadas, no consiguió ver ni uno solo de estos indígenas; y como no tenía el propósito de continuar explorando la costa, después de corta estancia allí se dirigió de nuevo á los mares árticos con rumbo hacia el fuerte Chipewyan, al cual llegó el día 12 de septiembre, después de ciento dos días de ausencia.

Este mismo intrépido explorador, que más adelante fué armado caballero en recompensa de los relevantes servicios que había prestado, llevó á efecto por los años de 1792 y 1793 un viaje tan peligroso como el anteriormente referido á las orillas del Océano Pacífico. Tambien ahora fué el fuerte de Chipewyan su punto de partida, del cual salió el día 10 de octubre de 1792, pero esta vez penetró, con los diez individuos que le acompañaban, por el río Peace ó de la Paz, con rumbo directo hacia el Oeste, y al poco tiempo llegó al país habitado por los indios castores, pertenecientes á la familia de los athabaskas.

Estos indígenas eran sumamente vivos de genio y de mirada penetrante: con la misma facilidad se les encolerizaba que después se les tranquilizaba. Lo mismo que en la mayoría de los pueblos indios, la mu-

jer estaba considerada como un ser muy inferior al hombre, y por lo tanto sometida á soportar todos los trabajos inherentes á la vida errante que llevan los individuos de su raza.

A mucha mayor distancia llegó Mackenzie á la nación de los indios de la montaña: en los primeros días del mes de mayo ascendió á costa de grandes trabajos á las alturas de las montañas Pedregosas de la actual Colombia Británica, y después de vencer infinidad de obstáculos se embarcó en la parte occidental de ella en un bote, que de antemano hubo necesidad de bajar desde la cima de la montaña hasta la superficie de un río cuyo curso se dirigía hácia el Pacífico. Navegaron por aquel río, y después de salvar muchos peligros llegaron á su desembocadura y al país de aquellos pueblos extraños que desde Colombia hasta Alaska se enseñorean de los territorios de la costa, y que ya conocían los rusos desde próximamente cuarenta años antes. El día 24 de agosto de 1793, después de aquel viaje de descubrimientos grandioso en su género, llegó Mackenzie ya de regreso al fuerte de Chipewyan.



Armas de hueso, de los esquimales

Al comenzar el siglo XIX fué de día en día recrudeciéndose la lucha encarnizada que sostenían la Compañía del Noroeste y la de la bahía de Hudson, ocupando la primera todo el país comprendido entre los grandes lagos y el Océano Pacífico, mientras las factorías de la segunda se diseminaron por todo lo ancho del Continente norteamericano desde el Labrador hasta Alaska.

Las estaciones ó colonias más lejanas que poseía la Compañía de la bahía de Hudson eran los fuertes Selkirk y Yukon, situados los dos á orillas del río de este último nombre que recorre todo el territorio de Alaska.

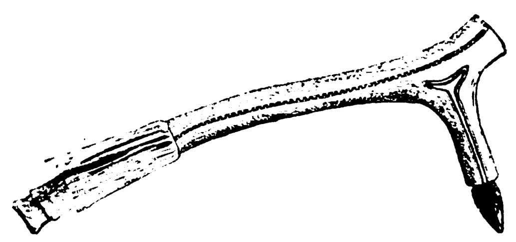
Estas dos factorías se hallaban á tan grande distancia del centro comercial de la Compañía que se necesitaban algunos años para que llegaran á ellas las mercancías ó víveres que se les enviaban.

Como es fácil de comprender, la vida que en aquellos parajes llevaban los empleados de las factorías era por demás dura y monótona, á tal punto que, según parece, los directores de la citada compañía, al hacer la elección de los individuos que habían de ir á habitar aquellas inhospitalarias regiones, procuraron inculcarles la idea de que jamás se amenguase en ellos el valor por la desgracia y las privaciones y al propio tiempo la de que siempre tuvieran confianza en que llegarían á disfrutar tiempos mejores.

Reliance (Confianza), *Resolution* (Resolución), *Providence* (Providencia) y *Good Hope* (Buena Esperanza) eran los nombres de los fuertes situados en las solitarias comarcas del Mackenzie, en los grandes lagos de los Esclavos y de los Osos, y los cuales apenas visitaban los indios una vez al año montados en sus miserables trineos tirados por perros, única comunicación que sus moradores tenían con las estaciones principales, y por cuyo intermedio lograban tener conocimiento de algo de cuanto acontecía en el resto del mundo.

Mientras esto acontecía en aquellas latitudes, en las regiones meridionales del territorio del Noroeste, y en el paraje en que el Red River se confunde con el Assiniboine, hacía ya algún tiempo que se había establecido una colonia.

Esta fué fundada en el año de 1812 por el inglés lord Selkirk, el cual llevó á ella cierto número de escoceses. Sobre ella acariciábanse grandes esperanzas que no tuvieron cumplimiento, pues no llegó á consolidarse á causa de la no interrumpida lucha entre las dos compañías colonizadoras, sin que hasta después que ambas se fusionaron, según se verá en el capítulo siguiente, y de haber decaído la preponderancia de la de Hudson en el año de 1869, principiase para el territorio del Noroeste una época de desarrollo tal como nunca pudo imaginar.



Tomahawk de los indios athabaskas

DESCUBRIMIENTO DE LA COSTA NOROESTE DE LA AMÉRICA DEL NORTE

La costa oriental de la América del Norte era ya conocida de los europeos y había sido conquistada en su mayor parte antes de que se hubiera descubierto la occidental, situada en los mismos grados de latitud.

En los comienzos del siglo XVIII no se sabía aún si en aquel punto se unían el Viejo y el Nuevo Mundo ó si estaban separados por un Océano.

Anteriormente ya hemos consignado que los descubridores españoles al mando de Hernán Cortés, Cabrillo y otros habían procurado poner en claro los misterios en que se hallaba envuelta la costa Noroeste de la America del Norte.

Además, hemos demostrado que en el año 1582, el español Francisco Galí ó Gualle, en un viaje que hizo desde Macao á Acapulco, distinguió en lontananza, hacia los 37° 30′ la costa de California, y que por lo tanto carecen de fundamento las imaginarias travesías del piloto griego Juan de Fuca, que decía haber llegado en el año 1592, entre los 47 y 48° de latitud Norte, á un ancho brazo de mar por el que navegó por espacio de veinte días, y la del almirante español Fonte que en 1640, buscando una vía semejante, tropezó en el Mar del Sur con un buque procedente de Boston. Estos viajes, juntamente con el supuesto de Ferrer de Maldonado, deben ser relegados al terreno de la Fábula.

Las primeras noticias precisas acerca de la costa Noroeste de la América del Norte fueron debidas á los rusos, que en el reinado del emperador Pedro *el Grande*, en una campaña de triunfos no interrumpidos sometieron á su dominio toda la Siberia, y á principios del siglo XVIII ensancharon los territorios de su nación hasta las últimas fronteras del Asia oriental. En éstas, en las costas del Océano Pacífico, hallaron, sin pensarlo, nuevo pasto á su sed de conquistas y descubrimientos.

Gigantescos troncos de árboles desconocidos en Kamtschatka, botes de extrañísima construcción y otros objetos procedentes del Oriente y hasta entonces nunca vistos, eran arrastrados por las aguas y depositados

en la costa. En aquellas aguas se veía porción de pescadores rusos de ballenas que ejercían allí su oficio, y los cuales llevaban á la espalda los arpones con que pescaban aquellos cetáceos y que eran distintos de los que usaban los habitantes de Siberia.

Los chutchis, habitantes del extremo Nordeste de Asia, hablaban de un país situado más hacia Oriente, el cual era interminable y tenía dilatados ríos, altas montañas y grandes bosques. Veíase además algunas veces grupos de traficantes que hablaban un idioma que los rusos no habían oído hasta entonces en Siberia, y todo esto despertó en los navegantes el deseo de extender sus descubrimientos más allá de la frontera oriental que en Siberia formaba el mar, hasta las regiones que ellos denominaban *El Gran País Oriental.*

Los planes para el descubrimiento y conquista de este país fueron trazados por el emperador Pedro *el Grande*, que había prestado suma atención á aquellas versiones, y que en el año 1724 dió la orden de que se organizara una expedición que no tuviera otro encargo que el de adquirir claro y exacto conocimiento de aquel país oriental.

La dicha expedición, que salió de San Petersburgo el día 5 de febrero de 1725, esto es, tres días antes del fallecimiento del emperador, para dirigirse á Kamtschatka pasando por el Ural y por toda la Siberia, iba mandada por Vitus Bering (1), dinamarqués, que había nacido en Horsens (Jutlandia) en 1680.

Tres años invirtieron los navegantes en recorrer el dificilísimo y largo trayecto que hay hasta aquel país, siguiendo en 1728 desde el Cabo Nischnij Kamtschatskoj la costa asiática, que corría en dirección Nordeste, hasta llegar á la desembocadura septentrional del célebre estrecho que divide los continentes de Asia y América, y que tiempo adelante, en honor de su descubridor, se denominó Estrecho de Bering. Como navegaban al amparo de la costa de Asia y el cielo estaba siempre cubierto de nubes, Bering no pudo divisar las costas americanas, pero afirmó con toda seguridad, al observar que después de haber doblado el extremo oriental de Asia la costa tomaba otra vez la dirección de Occidente, que no existía comunicación alguna por tierra entre América y Asia, sino que ambos continentes estaban divididos por un mar.

En el mes de julio de 1729 salió de nuevo el descubridor de Nischnij Kamtschatskoj en busca del Gran País Oriental, pero los temporales le detuvieron en el camino y, al ver que á pesar de haber recorrido un trecho de 200 leguas no se divisaba tierra, volvió la proa de su barco hacia la patria sin haber alcanzado resultado alguno.

---

(1) Este nombre se escribe también bajo las formas Beering ó Behring.

Según parece, el primero que visitó la extremidad Noroeste de América, ó sea el actual Cabo del Príncipe de Gales en 1730, fué un cosaco llamado Gwosdews, que durante la campaña y sumisión de los chutchis por los jefes cosacos Schestakoff y Pawlowski cruzó el Estrecho de Bering, y en el lado opuesto de la costa encontró algunos individuos con los que no le fué posible entenderse (1).

En una carta marítima rusa fué consignado después el Cabo Alaska con la denominación de Extremo de Gwosdews.

En el año de 1741, Bering, en compañía de Alexej Tschirikoff y con dos barcos, salió de Petropawlowsk, en Kamtschatka, en busca del Gran País Oriental, y en este viaje llevó por guía un mapa del célebre geógrafo francés Guillermo Delisle, que al Sudeste de Kamtschatka, y á los 46° de latitud Norte, colocaba aquellas comarcas y junto á las cuales se leía lo siguiente: *Terres vues par D. Juan de Gama en allant de la Chine a la Nouvelle Espagne.*

Estas palabras hacen referencia al viaje que hizo un navegante español, que, según parece, vió á Alaska al cruzar desde Nueva España á Asia. No tardó Bering en cerciorarse de que no existía el país mencionado por Gama en las latitudes consignadas, y en su consecuencia hizo rumbo hacia el Nordeste. El día 20 de junio un violento temporal hizo que los dos barcos se separaran á los 50° de latitud Norte, y como las densas nieblas que reinaban les impidieron avistarse para poderse reunir otra vez, continuaron desde entonces cada cual por su lado. Tschirikoff, que comandaba el *San Pablo*, llegó el día 15 de julio á los 55° de latitud Norte, frente á la costa americana, y al ver que por lo escarpada que era y por la carencia de puertos no era posible que atracase á ella ninguna embarcación de regular calado, envió dos lanchas tripuladas por diez hombres cada una para que reconocieran el país. Ninguna de ellas volvió, viéndose en cambio al poco tiempo dos grandes canoas llenas de indígenas que, dando fuertes gritos y repitiendo varias veces las palabras *aga, agai*, intentaron un ataque contra el buque ruso y se retiraron al observar que sus tripulantes aceptaban el combate. No poseyendo el capitán del *San Pablo* ningún otro bote en que poder enviar gentes en su auxilio, vióse en la imprescindible cuanto dolorosa necesidad de abandonar á su suerte á los individuos que había mandado á explorar la costa y regresar á Kamstchatka.

Bering descubrió la costa americana algunos días después que Tschirikoff y 5° más al Norte que éste. El 31 de julio, día de San Elías, ancló el barco en una isla cuya situación no puede determinarse con exactitud.

(1) G. F. Müller, Colección de historias rusas, t. III, pág. 132.

Estaba emplazada entre dos promontorios, á los que el descubridor bautizó con los nombres de San Elías y Hermógenes. Bering había enfermado gravemente y sólo pudo detenerse allí tiempo brevísimo, en vista de lo cual el naturalista alemán Georg William Steller aprovechó la primera coyuntura para hacer una ligerísima visita al país.

Las observaciones que hizo este sabio fueron las primeras de tal índole que se publicaron acerca de la interesantísima costa del Noroeste. Diferentes vestigios indicaban que estaba habitada la isla, pues Steller no tan sólo encontró huesos roídos y conchas abiertas, sino también una artesa de madera en la que poco antes se había puesto agua para hacerla hervir por medio de piedras candentes. Avanzó un poco más, y entonces vió algunos árboles cortados, que habían sido despojados de su corteza. Una senda muy angosta conducía á un sitio cubierto de hierba en la que se veían señales de haber sido segada recientemente, y debajo de aquel cobertizo había una especie de despensa á bastante profundidad en la que había varias vasijas llenas de pescado seco, legumbres, gran cantidad de corteza de cedro y de otros árboles formando rollos, y las cuales sin duda alguna estaban destinadas á ser utilizadas como alimento en épocas de escasez como es costumbre entre los habitantes de Kamtschatka y de Siberia.

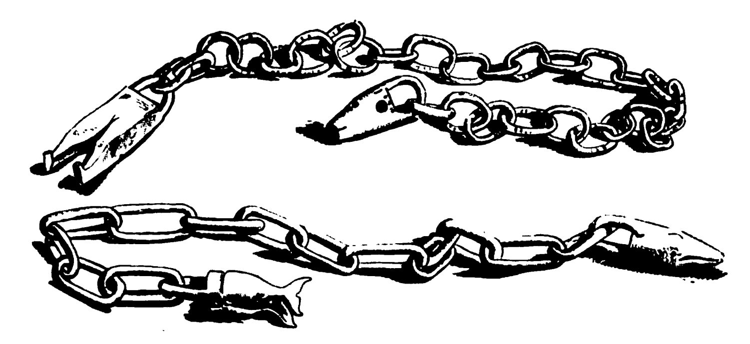
Steller consigna además que el timonel Chytreff había visto una choza de madera cuyas paredes eran tan lisas que parecían haber sido trabajadas con la ayuda de instrumentos cortantes. En dicha vivienda encontraron una piedra de afilar, en cuya superficie se veía la huella que había dejado un cuchillo de cobre al sacarle filo. Además, los marineros hicieron el hallazgo de un remo, una vasija de madera y una bola hueca de arcilla cocida que en su interior contenía una sonaja de piedra.

Luego de haber permanecido Bering un día escaso en aquel paraje, hízose de nuevo á la mar, y el día 2 de agosto vió la gran isla de Kadjack, y unos cuantos días después descubrió las islas orientales Aleutianas que se extienden formando un arco desde Kamtschatka hasta Alaska.

Los montes Aleutianos son una cadena de pirámides y conos volcánicos sobrepuestos á una formidable y subterránea cordillera de montañas que á trechos se elevan á más de 2,000 metros sobre la helada superficie del Océano. Por espacio de siete meses reina en aquellas escarpadas y obscuras islas roqueñas un frío glacial, viéndose rodeadas de inmensas masas de nieve las grandes bocas de los caprichosos volcanes, de las que salen rojas columnas de fuego cuyos tétricos resplandores iluminan las aguas del desierto Océano é imprimen aspecto por demás fantástico á los enormes témpanos de hielo que flotan en su superficie. Desde abril hasta mediados de julio están aquellas islas, muy ricas en hierbas, envueltas en

una densa niebla, siendo sumamente raros los días de sol (según Petroff, en el transcurso de siete años sólo ha habido cincuenta y tres días despejados). Pero si una sola vez durante el verano, que dura desde los comedios de julio hasta septiembre, ostenta el firmamento su hermoso fondo azul, deja recuerdo imperecedero en la memoria del mortal que contemple tan esplendente paisaje en aquellas latitudes.

Tan agrios como el clima y el país son sus habitantes, y lo mismo la historia que la leyenda refieren en sus páginas muchos sangrientos com-



Cadenas de colmillo de morsa, de los aleutianos

bates sostenidos por los valientes aleutianos contra los rusos, á consecuencia de creer estos últimos que podían impunemente violentar á las mujeres é hijas de los insulares.

La caza de la ballena, de la foca y de la nutria constituye la ocupación principal de estos indígenas, muy parecidos á sus vecinos de Alaska, de la familia de los inuitos ó esquimales, pero que conservan en su idioma y costumbres algunas particularidades á ellos solos inherentes.

Las chozas ó viviendas de los aleutianos están hechas principalmente de césped, al que dan alguna consistencia varias vigas de madera. La mayoría de dichas viviendas están tan enterradas, que las pequeñas aberturas que constituyen las ventanas están practicadas casi al nivel del suelo del exterior. Las techumbres, también de césped, están profusamente cubiertas de todo género de hierbas y musgo que dan á los edificios más aspecto de panteones que de habitaciones humanas, hasta tal punto que muchos de estos pueblos semejan á primera vista un cementerio.

Las investigaciones científicas realizadas han revelado que los aleutianos conservaban los cadáveres de sus muertos extrayéndoles los intestinos, rellenando el hueco con hierba y secando el cuerpo después. Esto conseguido los vestían como si estuvieran vivos y los engalanaban con joyas, habiéndose encontrado momias de mujeres que estaban sentadas

cual si se hallaran cosiendo, preparando pieles ó amamantando á un niño; en otros sitios hanse hallado cadáveres de hombres á bordo de sus lanchas ó botes de piel, que ostentaban una armadura de listones de madera, y junto á ellos se veían sus utensilios de pesca y los remos. Otros estaban sentados en el suelo como en actitud de tocar el tambor, según es costumbre aún al presente en los bailes que aquellos pueblos celebran en invierno. Con suma frecuencia llevan dichas momias unas caretas de madera, pintadas de colores varios y adornadas de plumas y penachos de crin semejantes á los que usan todavía los esquimales de Alaska y algunos pueblos indios de la costa Noroeste mientras dura el baile.

Para cazar la nutria marina, que es el animal que tienen en mayor aprecio, van los aleutianos, aún en la actualidad, en grupos de cuatro á veinte botes ó lanchas de cuero, cada uno tripulado por dos hombres. Por armas llevan lanzas, arcos y flechas; establecen su tienda en alguna costa solitaria ó pequeña isla roqueña, y allí aguardan con gran paciencia que el viento y el tiempo les sean favorables, cosa que en aquellas latitudes tarda algunas veces varias semanas en suceder.

Cuando la ocasion llega deslízanse lentamente en sus botes ordenados formando un arco sobre la tersa superficie del mar, hasta que un cazador, que observa atentamente, levanta el remo sin hacer el menor ruido é indica con él la direccion en que ha visto aparecer la cabeza de una nutria en el instante en que salió á respirar. Con gran rapidez forman todos los botes un círculo en derredor del punto indicado, y cuando después de algunos minutos de espera aparece de nuevo el animal, veloz como el relámpago surca los aires el dardo mortal arrojado sobre él por una mano de certera puntería. Si la nutria no es muerta instantáneamente, al sumergirse arrastra consigo el arma; pero como ésta lleva amarrada una vejiga inflada no puede tomar mucho fondo, y al cabo de algunos momentos tiene que volver á la superficie y es presa del cazador.

La caza de focas es mucho menos costosa, y abundan tanto que con sus cuerpos, uniformemente colocados el uno junto al otro, forman una especie de cerco ó nimbo negro en derredor de las islas. Con una habilidad que encanta saben los indígenas deslizarse hasta los lugares en que duermen; las despiertan dando fuertes gritos, y después las conducen hasta el matadero en rebaños de dos y hasta de tres mil piezas. A las que tienen buena piel las matan de un golpe de maza y en seguida las desuellan; los ejemplares más inferiores ó que están algo estropeados son de nuevo arrojados al mar.

Bering descubrió un corto número de las islas Aleutianas, en una de las cuales enterraron los rusos al timonel Schumagim, cuyo nombre lleva aquélla todavía. El citado timonel fué la primera víctima del escorbuto,

enfermedad que se desarrolló con tal violencia entre la tripulación, que Bering vióse obligado á anclar el barco, que se hallaba sumamente averiado á consecuencia de los temporales que había corrido, en la isla de su nombre, que era la más próxima á Kamtschatka. La mala suerte quiso que el día 5 de noviembre una furiosa tempestad rompiese las amarras de la embarcación y la estrellase contra las rocas. Los náufragos viéronse obligados á hacer invernada en aquella isla desierta, en la que murieron á consecuencia de los rigores de la estación y de las penalidades que sufrieron Bering y la mayor parte de la tripulación, pues tan sólo sobrevivieron á aquella terrible época cuarenta y cinco personas, que en la primavera de 1742 se salvaron dirigiéndose á Kamtschatka en un bote construido por ellas con los restos del barco destrozado.

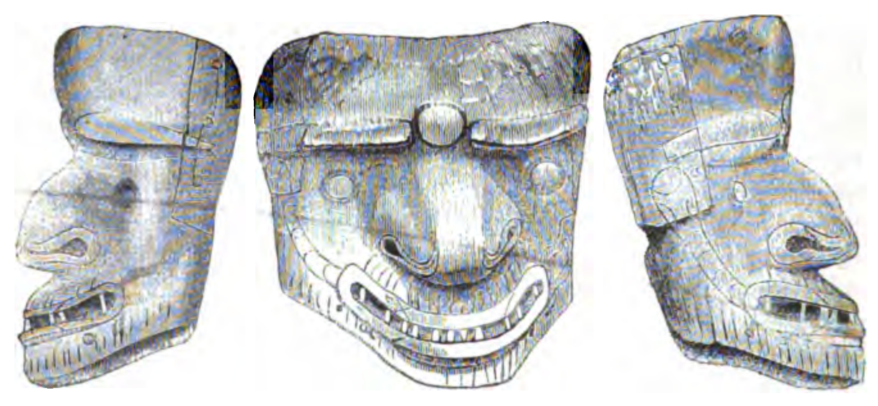
Verdad es que Bering pagó con su vida sus descubrimientos; pero no lo es menos que hasta el presente no se ha olvidado el recuerdo de sus atrevidos viajes, pues no sólo llevan su nombre un estrecho y una isla, sino también el mar interior cerrado por la parte del Sur por los montes Aleutianos y situado entre Kamtschatka, la península de los Chutchis y Alaska.

Los descubrimientos realizados por Bering impresionaron sobremanera á los rusos, y principalmente la circunstancia de que los sobrevivientes á la gran mortandad del invierno de 1741 habían salvado gran cantidad de valiosas pieles, que lo mismo en la vecina China que en Europa se vendieron á precios elevadísimos. Estas pieles, magníficas y de un negro subidísimo con algunos pelos plateados, pertenecían á la *Lutra marina*, ó sea la nutria que sólo se encuentra en los territorios aleutianos y en la costa Noroeste de América, y esto dió lugar á que los rusos continuaran los descubrimientos de Bering.

Poco después de la muerte de éste partieron de Kamtschatka hacia aquellas regiones gran número de pequeñas expediciones compuestas en su mayoría de pescadores de ballenas y peleteros rusos. Llamábanse *promyschlenniks*, y en sus *chitikas* sabían sacar gran partido de aquella riqueza. Las *chitikas* ó barcos cosidos eran unas extrañas embarcaciones cuyos costados estaban á veces unidos unos á otros por medio de cuerdas de cuero y tendones ó nervios de animales, y cuyas junturas se calafateaban con musgo, resina y otras substancias. Como estas embarcaciones no tenían ningún clavo y eran poco resistentes, todos los años se destrozaba gran cantidad de ellas contra las islas peñascosas, sobre las cuales eran arrojadas por los temporales que con frecuencia reinaban en aquellos mares. La importancia del cargamento que á veces conducía alguno de aquellos barcos desde los países aleutianos y de Alaska puede deducirse al saber que en algunas ocasiones llevaba á Kamtschatka carga

por valor de dos millones de rublos y que le habría costado cuando más el 10 por 100 en artículos de cambio.

Poco á poco fueron los peleteros rusos avanzando en sus excursiones desde la isla de Bering hasta la más oriental del grupo de las Aleutianas. El cosaco Emiliano Bassoff dió principio en 1745 á la explotación de la primera de las citadas islas; en el otoño del mismo año llegó Miguel Newodsikoff á Attú y Karaga; en 1754, Kodion Durneff, á Agattu: en 1760, Demetrio Paicoff, á las islas Goreli, Sitschin y Adack ó Atach; en el mismo año fué reconocido más detenida y minuciosamente, por Pedro Wa-



Caretas funerarias de los aleutianos

syntinskoi y Máximo Lazaroff, el llamado grupo de Andreanoff, y Drusinius visitó en 1762 á Umnak y Unalaska; Esteban Glottoff llegó en el año siguiente hasta la gran isla Kadjak, y en 1768 pisaron por fin los oficiales de la marina rusa Krenitzin y Lewascheff el extremo occidental de la península de Alaska, perteneciente al Continente americano. Estos dos oficiales, á los catorce días más de camino, reconocieron las costas de dicha península en direccion Nordeste, la atravesaron después, y regresaron á su patria con gran número de observaciones importantísimas.

Las expediciones de los peleteros rusos fueron más frecuentes de día en día. La caza de la nutria, del león y del caballo marinos y de la ballena alcanzó mayores proporciones, sobre todo cuando los capitanes de marina Solowieff y Bragin, después de una residencia de algunos años en las comarcas aleutianas y de Alaska, regresaron á Rusia conduciendo, como resultado de su larga estancia en dichas regiones, grandes cargamentos de las más valiosas pieles.

Por un lado los descubrimientos realizados por los rusos y por otro el temor de que el espíritu comercial y emprendedor de otras naciones in-

tentase explotar las costas del Noroeste por medio de empresas semejantes, estimularon al gobierno español y le decidieron á enviar á aquellas comarcas varias expediciones con el objeto de que ejercieran una exquisita vigilancia y defendieran sus pretendidos derechos, y á la vez para que pusieran coto á la creciente soberanía de la nación moscovita. La primera de dichas expediciones, al mando del capitán Juan Pérez, salió de México, y en el año de 1774 llegó hasta la extremidad Norte de las islas de la Reina Carlota; á su regreso ancló en el Estrecho de Nutka (visitado posteriormente por Cook) de las islas Vancouver, y después de ocho meses de ausencia volvió á Monterrey.

En los años siguientes, y á las órdenes del capitán Bruno Heceta, salieron tres buques con rumbo á los mares del Norte, los cuales fueron dispersados por los temporales, no pudiendo proseguir el viaje nada más que la goleta mandada por Juan Francisco de la Bodega y Cuadra. Esta divisó el día 16 de agosto, á los 57° de latitud Norte, una montaña en forma de cono por completo cubierta de nieve, á la que los expedicionarios dieron el nombre de San Jacinto, y que es idéntica al monte situado en las cercanías de Sitka, denominado Edgecumbe por Cook. En aquel paraje tomaron los expedicionarios posesión solemne del país, y erigieron una cruz que los salvajes arrancaron en cuanto aquéllos se ausentaron.

Firma de Jaime Cook

En su viaje de retorno descubrió Bodega el puerto llamado de Bucareli, situado á los 55° 30' de latitud Norte, como asimismo una vía de navegación entre la isla del Príncipe de Gales y el Cabo Margarita, la cual vía, mucho tiempo después, aún llevaba el nombre de su descubridor.

Este, en union de Ignacio Arteaga, visitó otra vez el puerto de Bucareli en 1779; pero las noticias que se poseen de este viaje son sumamente deficientes.

Quien verdaderamente aportó valiosísimos datos á la Geografía, fué el célebre navegante inglés Jaime Cook, que al emprender su tercer viaje llevaba el encargo de ver si por el Mar del Sur encontraba un paso que comunicase con el Mar Glacial, y además comprobar si era posible navegar desde las regiones árticas de la América del Norte hasta el Océano Atlántico.

Las instrucciones privadas que del gobierno inglés había recibido el intrépido marino determinaban con toda precisión que Cook, después de su arribo á Nueva Albión, descubierta, como se sabe, por el célebre corsario Francisco Drake, tomase tierra para hacer aguada y surtirse de leña.

Además debía de navegar á lo largo de la costa hasta la latitud 65° Norte, sin entretenerse en explorar ni los ríos ni los puertos hasta que llegase á la dicha latitud. Esta orden impidió al navegante hacer mayores



Jaime Cook

descubrimientos en la costa Noroeste, limitándose sus reconocimientos á unos cuantos, muy escasos, lugares, entre los que merecen citarse el Cabo Foulweater (en los 44° 55′), el Cabo Flattery, el Estrecho de Nutka, el monte Edgecumbe, el Cabo Cross, y las bahías de Bering y Comtrollers. El día 4 de marzo divisó Cook la brillante cima del monte San Elías, de Alaska.

El descubridor inglés, al observar que en aquel sitio comenzaba la costa á inclinarse hacia el Oeste, dió principio á una serie de precisos y concienzudos reconocimientos, y á él se deben las primeras investigaciones del Estrecho del Príncipe Guillermo y de la bahía de Cook que se interna á gran distancia en el país. El explorador no encontró por allí ningún paso, y en vista de ello circundó la península de Alaska hasta los últimos extremos de la bahía de Bristol, dió nombre al Cabo Newenham,



Francisco de La Perouse

y por el Estrecho de Bering penetró en el Mar Glacial, en el que bautizó con el nombre de Cabo de Hielo (Icy Cape) á la extremidad más lejana que se divisaba de las costas americanas. En los últimos días del mes de agosto, después de haber luchado inútilmente para romper la enorme barrera de hielo que se oponía á su navegación por el Norte, se decidió Cook á volver las proas con rumbo á la patria; pero antes de su regreso reconoció aún el Estrecho de Norton, y por Ullaska volvió á las islas Sandwich, donde el día 14 de febrero de 1779 sucumbió bajo las mazas de los indígenas.

El capitan Clerke, compañero de Cook, intentó también inútilmente

en 1780, después de atravesar el estrecho de Bering, romper las masas de hielo que á su paso se oponían.

Después de los dos citados capitanes, el primero que visitó la costa fué el almirante francés Francisco de Galoup, conde de La Perouse. Este fué enviado en el año de 1785 por el rey Luis XVI con dos fragatas para que hiciese un viaje de descubrimientos alrededor del mundo, y el día 23 de junio de 1786 divisó el monte Elías. Desde el 4 al 30 de julio permaneció en una bahía situada en los 58° 30′ para reparar algunas averías que habían sufrido los barcos, la cual bahía conservó por espacio de mucho tiempo el nombre de puerto Francés que le dió La Perouse, pero en la actualidad se ve consignada en los mapas con su nombre nacional de bahía de Lituya.

Posteriormente navegó La Perouse bordeando las islas de la Reina Carlota hasta el paso de Nutka, y desde allí se dirigió á Manila, y hasta los años de 1827 y 1828, gracias á las investigaciones llevadas á efecto por los capitanes Dillón y d'Urville, no se supo que había naufragado con sus dos fragatas en la isla de Vanikoro.

En la costa Noroeste fué donde los descubridores de las diversas naciones que por allí navegaron conocieron á aquella raza especial de indígenas que habita todo el accidentado territorio Norte de Colombia hasta la península de Alaska, el cual territorio tantos puntos de semejanza tiene con las costas de Noruega. A dicha raza pertenecen los indios tlinkith ó kolosches, y los haidas, chimsianos, los bella coolas, los nutkas, los aht y otros, divididos en pequeñas tribus. Sus residencias están enclavadas en una comarca determinada, de la que Bastián dice muy acertadamente que, considerada bajo el punto de vista etnológico, es una de las más importantes. En las cercanías de los dos continentes cuya separación forma el Estrecho de Bering, agrégase un tercero formado por la cadena de islas que ocupa el centro; y esta circunstancia, que presta á dichas costas esa fisonomía especial en la que se distinguen ciertos rasgos polinésicos, juntamente con las constantes peregrinaciones del Nahuatl, han llamado con gran frecuencia la atención de los observadores. En efecto, algunos detalles de estos indios del Noroeste, que son sin duda alguna oriundos de la gran familia de pueblos norteamericanos, revelan haber estado en comunicación con los hiperbóreos por una parte y con los polinesios por otra, y aun parece que cada una de estas dos razas ha dejado sus huellas propias en la existencia de dichos pueblos.

El traje de los hombres consistía en un saco ó casacón tejido con fibras de cedro ó de otras plantas, ó bien en un manto hecho con dos grandes pieles de nutria marina unidas por un lado. Esta prenda les llegaba desde el cuello hasta los tobillos, dejando los brazos al descubierto, y la sujeta-

ban sobre el hombro derecho con una correa. Con frecuencia también empleaban en sus vestidos pieles de oso y de lobo.

Estos trajes, que ofrecían un aspecto magnífico, solían completarlos con una gorra ó sombrero cónico de paja muy bien trabajada, cuyos costados adornaban pintando en ellas todo género de figuras de pájaros y otros animales. El mismo adorno servía para ciertos trajes de ceremonia



Tipos de habitantes de las islas Vancouver. (De un grabado del siglo XVIII)

tejidos con pelo de cabra montés, y los cuales vestían en ocasiones determinadas. Lo mismo los trajes que los mantos presentan una extraña y siempre renovada combinación de las diversas garras de los animales emblemáticos del blasón heráldico. Los colores de los mantos, provistos de largos flecos, son siempre el negro, azul celeste, pajizo y blanco.

Por adorno usaban estos indios plumas de águila, y en las grandes solemnidades se llenaban la cabeza de infinidad de ellas muy pequeñas y suaves. Acostumbraban también á taracearse el rostro y el cuerpo, y además llevaban en la nariz y orejas toda clase de huesecillos, dientes, conchas y cañones de pluma.

Pero lo que llamó más poderosamente la atencion de los descubridores en el siglo XVIII fué la costumbre de estos pueblos de horadarse el labio inferior. La Perouse observó dicha costumbre entre las mujeres indígenas de la bahía de Lituya, las cuales, sin excepcion, llevaban el labio agujereado á semejanza de los botocudos de la América del Sur.

En la hendedura colocaban unas piezas ovaladas de madera, semejantes unas veces á un platillo y otras á una cucharilla sin mango, y las cuales descansando sobre la encía, dilataban el labio de tal modo que sobresalía hasta dos y tres pulgadas. Portlok describe una anciana que llevaba un adorno de esta clase; tenía la circunferencia de un platillo de los que se usan en los juegos de café, y con su peso ejercía tal tensión en el labio que éste dejaba al descubierto los dientes y la mandíbula inferior, cosa que al verla repugnaba sobremanera. En vez de este adorno usan en la actualidad un lápiz ó un lingotillo de plata.

Hasta los comedios del siglo presente fué general entre aquellos indígenas la costumbre de deformarse la cabeza, dándole figura achatada ó plana, ó bien cónica, en la cual costumbre se distinguían sobre todo los habitantes de la Colombia del Sur y de Vancouver. Para darle figura cónica empleaban el procedimiento siguiente: cuando nacía un niño su madre lo sujetaba sobre una plancha de madera cubierta de blando musgo ó líber de cedro; sobre la frente y en la nuca de la criatura ponía una especie de cojines y todo alrededor una faja ó tira de corteza lisa que, al ser oprimida día por día gradualmente, hacía que la tierna cabeza del niño se desarrollara por la parte superior y adquiriera la forma apetecida, lo cual se lograba por completo en el transcurso de diez ó doce meses. Cuando se deseaba darle forma achatada ponían una plancha de madera sobre el cerebro.

Tan especiales como su traje eran sus viviendas, y Cook describe uno de aquellos pueblos del modo siguiente: «Este (el pueblo) estaba emplazado sobre una pendiente cuyo declive descendía paulatinamente hacia la plaza, y constaba de tres filas de casas. Además en ambas extremidades del pueblo había algunas viviendas desparramadas. Las tres filas dichas estaban divididas por angostos callejones. Las casas, que eran de diversos tamaños, y de construcción irregular, consistían en unas tablas montadas unas sobre otras por los cantos y amarradas con cuerdas hechas con fibras de pino.

»Los indios haidas, los habitantes de las islas de la Reina Carlota, los nutkas y los aht de las islas Vancouver, como asimismo otros pueblos del continente, acostumbran á pintar en las fachadas de sus casas figuras de animales. La ornamentacion más extraña consiste en unos pilares labrados, de 20 metros de alto, en los que representan, formando una combi-

nación sumamente grotesca, las divisas de las diferentes familias, y toda clase de figuras de animales, como osos, castores, águilas, ranas, etc. Este llamado blasón de la casa ó *totem* constituye el árbol genealógico del que mandó construir la columna ó pilar. Algunas veces también se erigen éstos á la memoria de los difuntos.»



Pueblo de indios haidas en la costa Noroeste de la América del Norte
Dibujo original de Rodolfo Cronau, hecho para la *Geographische Bildertafeln de Ferd. Hirt's*

«El ser descendiente de antigua y noble estirpe, dice Adrián Jacobsen, uno de los más profundos conocedores de la costa Noroeste (1), está considerado entre aquellos pueblos como una señaladísima distinción, y hay algunos caciques ó soberanos que, á semejanza de los griegos y de los romanos, hacen remontar su origen hasta una de las más antiguas divinidades. Para demostrar á sus vecinos y súbditos su genealogía construyen los denominados *totem*, sobre cuyo remate se ve generalmente la figura del animal que representa la susodicha divinidad cabeza del linaje.

»Las tradiciones familiares que conservan estas columnas aseguran

(1) Globus, t. LX, pág. 253.

que en los tiempos primitivos los dioses, en forma de animales generalmente, y algunas veces también en la humana, se mezclaron con los antepasados de los indios, y con semejante ayuntamiento se convirtieron en los fundadores de dichas privilegiadas estirpes.

»La mayor parte de los árboles genealógicos están colocados á una distancia de tres ó cuatro metros enfrente de la casa, de manera que entre ellos y ésta queda una especie de pasadizo ó callejuela. Sin embargo, algunas veces están pegados á la fachada de la vivienda, y entonces el pilar del *totem* sobresale bastante por encima de la altura total del edificio. En algunas ocasiones la figura inferior está construida de modo que la boca sirva de entrada al interior de la vivienda, pero de esta puerta sólo se sirven en determinadas circunstancias, pues ordinariamente entran y salen por las que hay practicadas á derecha é izquierda del edificio.



Cacique indígena de la costa Noroeste

»Entre los indios haidas y chimsianos se conocen tres clases de columnas ó pilares; primero, los que representan las ya mencionadas tradiciones de familia; segundo, los que sostienen las vigas de los techos en los edificios; y tercero, los destinados á perpetuar los hechos de algun cacique célebre. Los últimos son pequeños por regla general, y sobre la cima ostentan una gran plancha ó lápida; pero también suelen construir algunos en forma de ballena ú otro animal cualquiera y que colocan sencillamente sobre el suelo delante de la casa que habitó el difunto.»

El capitán Meares describe así la disposición de las viviendas al relatar su visita á un cacique de la costa occidental de las islas Vancouver:

«Cuando penetramos en la casa quedamos asombrados al ver el terreno

que ocupaba. Era un cuadro muy grande cerrado por unos tablones altísimos y anchos que formaban una pared de veinte pies de elevación. Tres inmensos troncos de árbol toscamente labrados y pintarrajeados constituían las vigas, y así los extremos como el tronco de ellos descansaban sobre estatuas hechas de troncos de grueso enorme. Los maderos que sostenían la techumbre eran tan altos y gruesos que á su lado hubieran parecido pequeños los mástiles de un buque de línea de primera clase. Pero nuestro asombro subía de punto al considerar la fuerza que era necesaria para levantar aquellas jácenas colosales, é inútilmente nos esforzábamos en investigar de qué medios pudieron valerse para ello los habitantes de aquel pueblo, siendo así que carecían en absoluto de todo recurso mecánico. Penetramos en el edificio por la boca de una de las estatuas mencionadas, la cual boca, no obstante su gran tamaño, guardaba relación perfecta con todas las partes que constituían su rostro espantoso. Subimos algunos escalones de una escalera exterior para llegar á un extraño vestíbulo ó portal, y luego por el interior de la figura bajamos otros cuantos para llegar á la barba de la estatua y de este modo nos hallamos en el interior de la casa. La techumbre de ésta también era de tablones, tan hábilmente dispuestos que podían levantarse á voluntad para dar acceso al aire y á la luz ó para que saliese el humo.



Coraza de placas de madera del Estrecho de Nutka (Dibujo de Rodolfo Cronau del original que existe en el Museo Etnográfico de Copenhague).

»En el centro del inmenso aposento ardían varias hogueras, y en derredor de ellas se veían unas grandes vasijas llenas de sopa de pescado. Igualmente se observaban grandes lonjas de carne de ballena en preparación, que luego habían de ser metidas en unos artesones llenos de agua.

»Las mujeres sacaban del fuego, valiéndose de una especie de tenazas, unas grandes piedras hechas ascua, las cuales, al ser introducidas en aquellos receptáculos, hacían hervir el agua. En el mencionado aposento había también grandes montones de pescado, y en el centro varios pellejos de foca llenos de aceite, con cuya bebida obsequiaban á los convidados. Alrededor de la pared había un banco corrido de dos pies de alto, en el que se sentaban, comían y dormían los habitantes de la casa.

»El cacique, rodeado de los principales personajes del pueblo, estaba sentado sobre un pequeño entarimado, en derredor del que se veían algunos cajones. Sobre aquella especie de trono colgaban varias vejigas de aceite y manteca, y grandes lonjas de carne de ballena. Por todas partes se veían, formando simétricos pabellones, cráneos humanos colgados, adorno que, sin género alguno de duda, constituía para sus moradores el más brillante de la casa.

»A nuestra llegada, los convidados, que eran lo menos ochocientos, estaban ya comiendo. Delante de cada uno había un gran pedazo de carne de ballena cocida, y al lado unas pequeñas fuentes de madera llenas de aceite y sopa de pescado. Una gran valva de almeja les servía de cuchara. Si la grandiosidad del festín dependía de la voracidad de los invitados y de la cantidad de manjares devorados, confieso que éste ha sido uno de los más espléndidos que he visto en mi vida.»

Los cajones mencionados por Meares, y que frecuentemente están adornados con dientes de animales, sirven para guardar los vestidos, las pieles, las caretas y cuantos objetos tienen algún valor para los indios. Los demás enseres de la casa consisten en platos y fuentes redondas y abarquilladas, cubos, cestas, vejigas de pescado, etc., debiendo advertir que la mayoría de estos utensilios, por inferior que sea el objeto á que se los destine, están adornados artísticamente. Las fuentes, cucharas, las empuñaduras de las armas, las pipas, remos, lanzas, peines, cascabeles y otros utensilios de cuerno ó de madera, ostentan figuras fantásticas de hombres y de animales. Como armas, los habitantes del Noroeste de América usaban antiguamente arcos, flechas, lanzas, mazas y hondas. Asimismo era muy general el uso de unas pequeñas hachas semejantes á los tomahawks y puñales de dos filos que fabricaban en otros tiempos de hueso y de cobre, y que al presente son todos de hierro y ofrecen muchos de ellos al extremo del puño una doble hoja.

Estos indios, para defender el cuerpo de los golpes de sus contrarios, se cubrían con unas gruesas corazas de cuero ó de madera. Estas últimas las construían bien con unos palillos ó con tablas unidas entre sí por medio de tiras de líber de cedro.

Los primeros conquistadores de la costa Noroeste hacen mención

también de unos cascos de cuero ó de madera provistos de extravagantes viseras, que recuerdan las armaduras que usaban los japoneses de la Edad Media, como igualmente rodelas de la misma materia. La costumbre de pintar las armas defensivas hace ya mucho tiempo que desapareció.

Los americanos de la mencionada costa cuentan principalmente para su subsistencia con lo que el mar les proporciona. Desconocen en absoluto la agricultura, y de productos vegetales solamente consumen algunas raíces, hierbas, frutos y el blando líber del cedro rojo, con el cual, prensando varias hojas humedecidas con aceite de salmón, formaban una especie de torta con la que sustituían el pan.

Estos indígenas ofrecen, además de las enumeradas, otras particularidades interesantes. Ante todo merecen mención sus extraños bailes, en los cuales aparecen los danzantes ataviados con los más grotescos disfraces y cubierto el rostro con una máscara que, ó bien imita una espantosa mueca humana, ó bien una cabeza de pájaro.

Remo, lanzas, hachas, collar y peineta de los indios thlinkitos (Dibujados por Rodolfo Cronau de los originales que se conservan en los museos de Berlín, Copenhague y Leipzig)

Estas caretas, que como ya se ha dicho en otro lugar, son de madera, están trabajadas con suma habilidad y vaciadas de modo que se adaptan perfectamente á la cabeza y al rostro. Por lo general están hechas de madera y el que la lleva puede mover los ojos y las mandíbulas; además los indígenas hacen toda clase de contorsiones y movimientos con el fin de imitar á los pájaros, unas veces poniéndose en cuclillas, y otras saltando ó revoloteando. Al propio tiempo abren y cierran las formidables mandíbulas, y con los rojos labios pretenden demostrar la sed de sangre que tienen. Los que no toman parte en el baile, lo acompañan con un cántico salvaje por demás fantástico y horroroso, á la vez que con toda la energía de que son capaces tocan el tambor y otros instrumentos

estruendosos. Por lo general, estos bailes singulares encierran cierto espíritu religioso, sobre todo los de los célebres buitrones ó antropófagos, que constituyen una raza especial entre los demás indios, y que en la época presente, al ver que no pueden refocilarse devorando prisioneros de guerra como en otros tiempos, se indemnizan de ello de una manera todavía más asquerosa y brutal.

Estos caníbales, para que les sean reconocidos sus altos derechos y honores sociales, necesitan pasar un noviciado de cuatro años, lapso de tiempo que dedican á prepararse, por medio de extraordinarias privaciones corporales, á la última prueba, que consiste en salir un día de la espesura remedando todos los movimientos de una fiera hambrienta, y presentándose en medio del pueblo, arrojarse sobre uno cualquiera de sus habitantes y arrancarle de un bocado una tajada de carne del brazo ó del pecho y engullírsela. Esto hecho, desde aquel instante queda convertido en buitrón, y por lo tanto admitido en el seno de aquella sociedad de monstruos que aún en nuestros días se reunen en las más lejanas y ocultas soledades para celebrar sus banquetes asquerosos de carne humana, á cuyo efecto, á falta de la de los seres vivos, devoran los cadáveres de los que mueren. Por muy inverosímil que parezca, es un hecho plenamente comprobado que los buitrones de la América del Norte se alimentan de carne humana, pues hay testigos presenciales (1) que refieren que esta especie de hienas en forma de hombres se apoderan de los momificados miembros de los cadáveres, los reblandecen en agua y los devoran con tal ansia, que llegan á hacerse sangre á consecuencia de los pinchazos y cortaduras que se producen con los huesos por el afán con que procuran engullir con prontitud la carne y nervios que contiene.

La posesión de la costa Noroeste se la disputaban tres naciones poderosas. Los rusos no solamente se establecieron en las Aleutianas, sino también, dirigidos por el enérgico Alejandro Baranoff, en la extremidad Sur de Alaska y en las islas del Archipiélago de Alejandro, estableciendo en 1787 en las cercanías de Cooks River algunas factorías, y contando ya en 1790 ocho colonias habitadas por 252 europeos.

En el año de 1799 fundóse la Compañía Ruso-americana, cuya principal residencia era una factoría que se estableció en 1805 en la bahía de Sitka, y que estaba defendida por un fuerte que llevaba el nombre de Nueva Archangel.

Este avance de los rusos estimuló á los españoles, los cuales aseguraban que, según la decisión del Pontífice Alejandro VI, les correspondía toda

(1) Véase *Viajes del capitán Jacobsens á la costa Noroeste de América*, págs. 48 y 50.

la costa Noroeste. Con el objeto de hacer valer sus pretensiones enviaron á ella varias expediciones armadas, establecieron al propio tiempo una serie de colonias y misiones á la mayor proximidad posible de la parte Norte del país, y á la vez ocuparon los puertos de California, particularmente los de Monterrey y San Francisco. Pero estos fueron los únicos frutos que obtuvieron de sus empresas en las comarcas septentrionales.

Entonces apareció un tercero en discordia, Inglaterra, nación cuyo interés se había despertado al ver los resultados obtenidos por Cook en sus viajes de exploración á la costa del Noroeste. En vista de la inmensa riqueza en pieles que encerraba dicha región, y del elevadísimo precio á que se vendían en China las de nutria marina, fundáronse inmediatamente sociedades comerciales en Calcuta, Bombay, Hong-kong é Inglaterra, por cuya cuenta y riesgo fueron al finalizar el siglo XVIII y en los comienzos del XIX gran número de embarcaciones á la tantas veces mencionada costa, estableciendo su tráfico sobre todo en los territorios situados entre las posesiones de los rusos y las de los españoles. Estas expediciones comerciales fueron proporcionando paulatinamente conocimientos más exactos y precisos acerca de aquella costa tan sumamente accidentada á causa de los profundos fiordos que en ella se encuentran y del archipiélago situado á su frente. En esta empresa se distinguieron, sobre todo, los capitanes Lowrie y Guisse, John Meares y Tipping, Jorge Dixon y Nataniel Portlock, Barclay y Carlos Duncan.

Los ingleses dieron al inteligente Vancouver en el año de 1791 el encargo de reconocer con toda la precisión posible la costa Noroeste, y al efecto, auxiliado por sus bravos oficiales Puget, Whidbey y Broughton, hizo una exacta reproducción de ella desde el Estrecho de Fuca hasta Cooks Inlet, y á la vez observó y estudió con gran detenimiento los usos y costumbres de aquellos pueblos salvajes (1).

Sus viajes de descubrimientos, que son los más importantes de cuantos se llevaron á efecto á las costas del Noroeste, duraron hasta el año de 1794. Vancouver dió comienzo á sus trabajos el día 17 de abril de 1792 desde los 34°15′ y navegó después tan ceñido á la costa hasta los 49° que no les pasó inadvertido á él ni á sus compañeros ningún puerto ni entrada. A los 48°30′ encontró el estrecho que fué descubierto probablemente por Juan de Fuca, reconoció el gran número de fiordos del paso de Puget ó del Almirantazgo, retrocedió después por el Estrecho de Georgia, descubrió las sinuosidades, semejantes á fiordos, del Estrecho de Howe, Jarvis y Desolación, y por fin, penetrando por el Canal de Johnston en el Estrecho de la Reina Carlota, confirmó la separación de la gran isla que lleva el

(1) Vancouver, *Voyage of Discovery to the Pacific Ocean.* Londres, 1798.

nombre del mencionado descubridor. Luego que éste circundó por completo la isla visitó la Colombia, que había sido descubierta poco antes por el americano Gray, é hizo invernada en las islas Sandwich para volver en mayo de 1793 á la isla de Vancouver y continuar sus investigaciones. En el transcurso del año citado, diseñó la costa situada entre los 52 y 54°, á cuyo trabajo fué agregado en 1794 el de la costa Sur de Alaska y el Archipiélago de Alejandro. El día 30 de octubre de 1794 regresó Vancouver á Inglaterra, llevando consigo todo un arsenal geográfico, en el que constaban cuantas noticias y antecedentes se habían reunido desde el tercer viaje de Cook.

A la vez que Vancouver llevaba á efecto estas travesías, llegaban á las costas del Noroeste algunos buques americanos procedentes de los estados de Nueva Inglaterra, de los cuales la *Colombia*, á las órdenes del capitán Roberto Gray, llegó el día 10 de mayo de 1792, por los 46°30′ de latitud Norte, á un lugar de la costa donde la marea era tan alta que parecía que en aquel paraje desembocaba un río caudaloso. Gray se resolvió á reconocer aquella bahía ó desembocadura, y al efecto navegó á impulsos de una brisa favorable por entre las agitadas olas producidas por el choque de las formidables masas de agua del río contra las del mar. Tamaña temeridad alcanzó buen éxito, pues el intrépido navegante pudo echar el ancla en el mismo sitio donde en la actualidad tiene su asiento la floreciente ciudad de Astoria. Había descubierto el Rhin del Noroeste, el verdadero Colombia, pues Roberto lo bautizó con el nombre de la embarcación que por primera vez había surcado sus aguas vírgenes.

Algunos meses después llegó Broughton, teniente de Vancouver, al mismo río, y penetró por él cien leguas en el interior del país.

Poco á poco fueron también la Compañía del Noroeste y la de la Bahía de Hudson extendiéndose hacia la costa tantas veces mencionada. En el año de 1793 apareció por tierra, por el lado del Este, el valeroso Alejandro Mackenzie, y diez años después le siguió Simón Fraser, el cual fundó en el año de 1806, en las orillas del río Mackenzie, el fuerte Fraser, ó sea la primera factoría para el tráfico de pieles de la actual Colombia británica.

Pero aún alcanzaron mejor éxito estas empresas cuando las dos sociedades rivales, olvidando antiguos agravios y deponiendo todo rencor, se fusionaron en el año de 1821 bajo el título de Compañía de la Bahía de Hudson, fusión á la que debieron ser dueñas al poco tiempo de todo el territorio comprendido entre Colombia y los 54° de latitud Norte. A esto hay que añadir que, según convenio celebrado con el gobierno ruso, éste les dió en arrendamiento el terreno situado entre el grado últimamente consignado y el Cabo Spencer, mediante el pago de un tributo anual de 2.000 pieles de nutria marina. En 1849 obtuvo la dicha Compañía de

la Bahía de Hudson la isla de Vancouver con la condición de colonizarla. Para ello construyó en la extremidad meridional de ella un fuerte, el cual fué emplazado en el mismo lugar que hoy ocupa la ciudad de Victoria, y al propio tiempo fundó las pequeñas factorías de Nanaimo y Fuerte Ruperto. La colonia Victoria prosperó tan rápidamente que al poco tiempo ya se había convertido en uno de los más importantes mercados de pieles de Occidente, y todavía en nuestros días salen de allí los tratantes ó agentes de la sociedad para transportar sus artículos de tráfico á lo largo de la costa hasta Alaska, y, penetrando en el interior del país por los ríos, cambiarlos por pieles de los animales de los bosques ó de los mares cazados por los indios.

La Compañía, que sólo sentía el estímulo egoísta de sus intereses particulares, se olvidó por completo del compromiso que había contraído de colonizar la isla de Vancouver y el continente vecino, pues no entraba en sus propósitos llevar colonizadores á aquel país por el temor de que éstos pudieran perjudicar sus intereses, y á esta circunstancia se debió que en el año de 1853 tan sólo hubiera en todo el territorio 450 blancos que en su mayor parte eran empleados de la Compañía.

En la primera década de la segunda mitad del siglo XIX se operó una gran revolución en los asuntos de la Sociedad. Rusia le retiró el privilegio que le había otorgado en sus territorios para establecer colonias, y en el año de 1867 vendió sus posesiones americanas, que comenzaban á molestar á aquel gobierno, á los Estados Unidos de la América del Norte por la cantidad de 7.200.000 dollars. La entrega solemne del fuerte de Nueva Archangel tuvo efecto el día 18 de octubre de 1867, cambiando inmediatamente su nombre por el de Sitka, derivado del idioma thlinkito. Tan importante como este acontecimiento fué el de la anulación del privilegio concedido á la Compañía de la Bahía de Hudson. Su privilegio fué firmado por última vez en 1853; ahora el gobierno canadiense reclamaba contra ella; y después de haberla indemnizado con la cantidad de 300.000 libras esterlinas y concedido que conservara sus factorías comerciales y porción de terrenos en aquel país, entró á formar parte del llamado Dominio del Canadá que se incautó del inmenso territorio que á aquélla pertenecía.

Cuantos obstáculos se habían opuesto hasta entonces al desarrollo del Gran Noroeste desaparecieron á consecuencia de estos dos acontecimientos: miles de colonizadores penetraron en aquellos territorios abiertos desde entonces al mundo entero, poblando principalmente los grandes distritos de Manitoba y Saskatschewan, al propio tiempo que grandes caravanas de buscadores de oro se dirigían á las montañas de la Colombia británica y de Alaska seguidas de inmensa hueste de leñadores. Tan inesperado desarrollo llegó á su apogeo desde el momento en que una

bien montada línea de vapores puso en comunicación á Alaska con los puertos de la costa occidental de la América del Norte y desde que se inauguró el ferrocarril que atraviesa el continente norte-americano desde el Atlántico hasta el Pacífico.



Sonaja schamana




Tipos esquimales (De fotografía)

EXPLORACIÓN DE GROENLANDIA

Los navegantes ingleses, que á fines del siglo XVI y comienzos del XVII se obstinaron inútilmente en arrancar á las heladas regiones polares de la América del Norte el secreto del paso Noroeste, habían ya visto y visitado la Groenlandia, con la que desde los comedios del siglo XV se había interrumpido toda comunicación, hasta el extremo de que su existencia se tenía por un verdadero ensueño.

El nuevo descubrimiento de este país despertó el recuerdo de las extinguidas colonias de los escandinavos, y entonces los dinamarqueses, alentados por los supuestos hallazgos de oro de Frobisher, se decidieron á realizar un viaje hacia aquellos lejanos territorios. El rey Cristián IV dió gran impulso á semejante empresa mandando á Groenlandia, en el mes de abril del año de 1605, tres buques á las órdenes del escocés John Cunningham, los ingleses James Hall, John Knight y el dinamarqués Godske Lindenov. Estos, el día 30 de mayo divisaron ya el extremo meridional de Groenlandia, ó sea el Hvitserkr de los normandos, el actual

Cabo Farewell, al cual, en honor del rey, bautizaron con el nombre de Cabo Cristián.

Cansados de buscar inútilmente en aquellas costas rodeadas de hielo, entraron los barcos en varios puertos, y sus tripulantes establecieron tráfico con los esquimales habitantes del país, pero no pudieron obtener la más leve noticia acerca de las desaparecidas colonias escandinavas. Se apoderaron violentamente de algunos indígenas y regresaron á la patria.

Godske Lindenov hizo en el año de 1606 otra excursión á Groenlandia llevando á sus órdenes cinco embarcaciones, y en ella llegó á un pueblo esquimal situado á los 66° 25′ de latitud Norte en el que se apoderó de cinco habitantes. El aspecto que presentaba la Groenlandia no correspondía en modo alguno á las esperanzas que hasta entonces se habían acariciado, pues por ninguna parte se distinguía la menor huella de metales preciosos, y por lo tanto Godske, completamente desencantado, se volvió á Dinamarca. Al año siguiente, una tercera expedición enviada allí al mando de Karsten Richardsen y James Hall, no logró siquiera romper el hielo que cercaba toda la costa. Y asimismo el noruego Jeus Munk, que fué comisionado por los dinamarqueses en 1619 para que explorase dicho país, experimentó las mayores desilusiones, pues después de haber penetrado por el Estrecho de Hudson en la bahía de igual nombre, de tal manera vió su barco bloqueado por los enormes témpanos de hielo, que no tuvo otro remedio que invernar en aquel punto. El frío era tan intenso, que de toda la tripulación sólo quedaron con vida dos hombres, con los que se embarcó en un bote, llegando á Copenhague en tan lastimoso estado que casi no parecían seres humanos.

Casi idénticos resultados alcanzaron las travesías que bajo el pabellón dinamarqués llevaron á efecto David Dannel y de Nelles en 1652 y 1653, y las de Otto Axelsen en 1670 y 1671, en las cuales ambos llegaron á las costas de Groenlandia: pero sobre que estos viajes no aportaron el menor conocimiento á los que ya se poseían acerca de aquel país, tuvo el segundo de los navegantes citados la desgracia de perecer con toda su tripulación en su segunda travesía, ó sea la que verificó en el año de 1671.

Pero lo que ellos no pudieron conseguir á fuerza de tanto trabajo estaba reservado para el ilustrado sacerdote Hans Egede, el cual en su afán por hacer conocer á los descendientes de los antiguos colonizadores escandinavos de Groenlandia las bellezas y beneficios de la religión, abandonó su parroquia de Vaagen en las islas Lofoten y el día 3 de mayo de 1721 partió para Groenlandia.

Desembarcó en la costa occidental de dicho país, pero no pudo encontrar por ninguna parte la más leve huella de la que poder deducir la

existencia de los descendientes de los antiguos colonos (1). Halló toda la costa habitada por los esquimales, y en vista de esto se vió obligado á establecer una misión entre éstos. Dicha misión estaba situada en las proximidades de la actual colonia de Godthaab, y por espacio de quince años ejerció en ella Egede su ministerio de catequista y apóstol con buen resultado.

Este misionero llevó á efecto diversas excursiones en el país, y merced



Tipos esquimales. (De fotografía)

á ellas y al ejercicio de su religiosa profesión logró adquirir completo conocimiento de los usos y costumbres de los habitantes.

Estos constituyen una rama de aquellos innuitas que ocupan toda la extremidad Norte del Continente norteamericano como asimismo algunas de las islas árticoamericanas. La época en que los esquimales se separaron del tronco principal para emigrar á Groenlandia se ignora, pero por algunos antiguos manuscritos islandeses se sabe que ya estuvieron en contacto con los primitivos colonizadores escandinavos, á los cuales mataban donde los encontraban. En una crónica del año de 1379 se consigna que los *skraelingeros* (así llamaban los escandinavos á los esquimales) habían atacado á las colonias groenlandesas, habían matado 18 hom-

(1) Ya hemos consignado en el tomo I que consiguió descubrir ruinas y sepulcros de las antiguas colonias escandinavas.

bres y se habían llevado dos muchachos á los que redujeron á esclavitud (1).

Actualmente es muy escaso el número de esquimales groenlandeses, pues se han mezclado de tal modo con los europeos que, sobre todo en las inmediaciones de la costa occidental, ha surgido una raza mestiza completamente nueva. Según Nordenskiold, los groenlandeses de Occidente son de baja estatura, rechonchos, anchos de hombros, pero bien conformados y tienen pequeños los pies y las manos. El color del rostro es de un verde aceitunado y los ojos entornados y oblicuos como los de los chinos, la nariz pequeña y muy hundida entre los pómulos, tanto que mirándolos de perfil se ve muy poco de ella; la boca es grande, de labios gruesos y dentadura muy igual, que, sobre todo los hombres, conservan blanca y con toda su altura, mientras que las mujeres la tienen desgastada á causa de tener que mascar el cuero cuando lo curten. El cabello es negro y áspero, llevándolo los hombres suelto y desordenado, y las mujeres forman con él una especie de ovillo apretado que sujetan con cintas de colores sobre la coronilla.

En aquellas comarcas donde no se deja sentir la influencia de la raza blanca, van ambos sexos exclusivamente vestidos de pieles y plumas, y en el invierno, para salir á la calle, llevan dos, uno encima de otro, el interior con el pelo ó la pluma para adentro y viceversa. Los vestidos exteriores están bonitamente adornados con tiras de piel y tejidos de colores ó con bordados. Las mujeres visten poco más ó menos como los hombres, pues usan pantalón y chaqueta de piel como éstos, sin otra diferencia que la capucha, que en aquéllas es tan exageradamente grande que en ella cabe con toda comodidad un niño de tres años. Llevan medias de piel y botas impermeables de cuero de foca; las de los hombres llegan hasta la rodilla y las de las mujeres les cubren los muslos. Para abrigarse las manos usan una especie de guantes de piel de foca. Donde los esquimales viven mezclados con los groenlandeses usan con placer los tejidos europeos para camisas, pantalones, chaquetas y medias.

Las viviendas de estos esquimales, en la época en que aún no pesaba en el país la influencia europea, eran de cuatro á doce brazas de largo, y tan bajas de techo que escasamente se podía estar de pie.

Por regla general estaban emplazadas sobre un sitio elevado ó algún risco escarpado por cuya pendiente pudiera deslizarse con rapidez la nieve derretida. Las paredes eran de anchas losetas de piedras colocadas unas sobre otras y unidas con tierra y césped; el tejado, que era plano, estaba construído con vigas, tablones, musgo, y cubierto de tierra.

(1) Nordenskiold, *Groenlandia*.

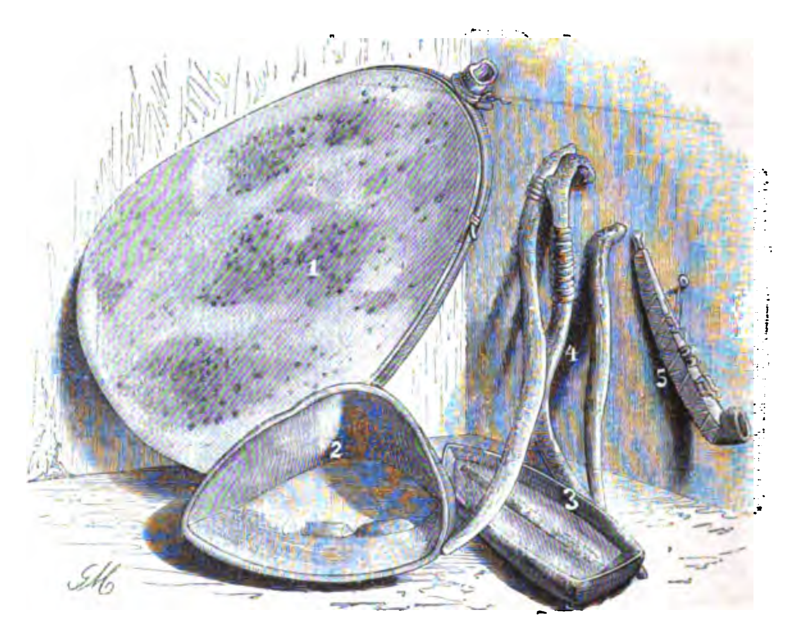
Carecían por completo de puertas y chimeneas, y la entrada que daba acceso á la casa, que siempre practicaban en la fachada que daba frente al mar, consistía en un pasadizo bajo y abovedado por el que casi era



Hachas y azadas de hueso de los esquimales (Museo Británico, Londres): $^1/_6$ de su verdadero tamaño

necesario caminar á gatas. Unos bancos cubiertos de pieles servían de asientos y de lechos. Sobre el fogón, formado por tarugo de madera cubierto con varias piedras planas, todavía en la actualidad se ve un pequeño taburete de tres pies sobre el que hay una lámpara en forma de recep-

táculo construída con la llamada piedra de alfareros, y la cual lámpara, que está llena de aceite de foca y tiene una torcida de musgo, no tan sólo da una luz clarísima que alumbra todo el aposento, sino que además lo conforta ó caldea. Sobre la lámpara hay suspendido generalmente un caldero en forma de caja y fabricado con la misma piedra en el que se cuecen los manjares. Como cada vivienda suele estar habitada por lo regular por



Utensilios de los esquimales: 1. Tamboril. – 2 y 3. Lámparas de piedra. – 4. Instrumentos de hueso para limpiar los vestidos. – 5. Pipa de colmillo de morsa. (Museo para Etnografía, Berlín, y Museo Británico, Londres).

varias familias, tiene también varios fogones, y la atmósfera que se produce con tantos moradores y tantas lámparas es tan elevada, que hace que lo mismo los hombres que las mujeres no lleven otro vestido que una especie de taparrabos. El mal olor producido por el aceite de las lámparas mencionadas, unido á los gases de las vasijas urinarias, que limpian raras veces, obligan á los europeos á salir con frecuencia al exterior para respirar el aire libre, pues las pocas ventanas que hay en aquellos aposentos están tapadas con intestinos de ballena que, si bien dan paso á la luz, no dejan que el aire se renueve. Para el verano tienen los esquimales nómadas unas ligeras tiendas de pieles.

Los demás enseres que constituyen el mobiliario ó menaje de la casa,

además de los taburetes y lámparas mencionados, consisten en algunas fuentes para guardar la grasa de foca, varios cuchillos, raspadores para preparar las pieles, los utensilios de costura de las mujeres y los juguetes de los niños, tales como muñecas, figurillas de animales y pequeños trineos.

Los esquimales de Groenlandia forman una sola clase sin rey, ni autoridad, ni ley de ninguna especie, contentos y satisfechos con vivir lo mismo que vivieron sus antepasados. Su alimentación principal es la carne de ballena, de foca, de oso, de aves acuáticas y pescados, las cuales alternan con una especie de uva negra alcohólica que conservan en aceite de foca. Hoy ya, por el trato con los europeos, conocen el café, el azúcar, el pan y las frutas.

Ningún otro pueblo de la Tierra es capaz de ayunar tanto tiempo, ni tampoco de comer tanto como el esquimal. En cada comida ingiere uno de estos seres generalmente de ocho á diez libras de alimento, que come crudo y á veces por completo helado. Cuando hay abundancia, esto es, en épocas de prosperidad, llegan á echarse boca arriba porque la cantidad que han tragado les imposibilita de poder comer más, y entonces sus mujeres é hijos se encargan de hacerles engullir en tal posición algunos pedazos de tocino y manteca, manjar que es apreciadísimo por ellos. Pero tales tiempos prósperos son sumamente excepcionales, pues el esquimal no piensa jamás en el mañana, vive siempre al día, y en lugar de almacenar provisiones para hacer frente á los períodos de escasez y miseria guardándolas en sus chozas de hielo, tan á propósito para tal objeto, prefiere vivir oculto en un escondrijo durante los obscuros días del invierno y acechar desde allí á las focas para cazarlas. Azotado continuamente por los torbellinos de nieve, rodeado de una espesa niebla y tiritando de frío, permanece días y días atormentado por el hambre y pensando en su familia, próxima

Trineo groenlandés

á perecer en la choza á consecuencia de las privaciones, esperando que pase por allí alguna foca y confiando en la agilidad y fuerza de su brazo para darle caza. Pero aun cuando el bien dirigido arpón se clave en el cuerpo del animal, no por eso consigue apoderarse de él sin exponer su vida; pues como el arma está amarrada al cuerpo del cazador, tiene éste inmediatamente que meter los pies en unos huecos practicados con tal objeto para arrojarse de manera que el tiro que ejerce la foca no le arrastre y le sepulte bajo la capa de hielo, donde perecería irremisiblemente, y á la vez ha de cuidar de caer junto al escondrijo en tal posición que los movimientos convulsivos del animal no le rompan la columna vertebral.

En el verano, por el contrario, caza el esquimal verdaderos rebaños de focas valiéndose de sus flechas, y entonces el insaciable apetito de este pueblo puede satisfacerse por espacio de algunos meses.

En sus cacerías de osos polares, focas y ballenas los esquimales son sobre manera auxiliados por los perros. Estos constituyen los únicos animales domésticos con que cuentan, pues no saben domesticar al reno como los pueblos árticos de Asia y de Europa. Dichos perros están exclusivamente destinados al arrastre de los trineos, para lo cual los enganchan de dos en dos hasta el número de seis ú ocho. El trineo está construído de barbas de ballena, huesos, y correas de cuero.

Así como para viajar por tierra los groenlandeses se sirven de esta clase de vehículos, para la navegación hacen uso de los llamados *umjaks*, grandes botes abiertos de piel de foca, con casco de madera y quilla achatada, y que mueven por medio de unos remos en forma de pala.

Los *kajaks*, que son conocidos ya en todo el mundo, y que hemos descrito por extenso en el tomo I, son infinitamente más ligeros que los anteriores y están exclusivamente consagrados á la pesca y á la caza. Con sus dobles remos mueve el esquimal en todas direcciones con suma agilidad este bote de piel que tiene la forma de un pescado. A su frente van los arpones y lanzas; las puntas de los primeros, que son de hueso ó de hierro, están guardadas en una funda hasta el preciso momento de tener que usarlas y pueden ser puestas en el mango con suma facilidad y prontitud. A ellas va sujeta una larga cuerda que está arrollada á una especie de disco que hay en el centro del *kajak*, y al otro extremo lleva atada una vejiga de foca inflada. Cuando arrojan el arpón con buena puntería se desprende del mango la punta, que queda clavada en el cuerpo del animal, la sigue la cuerda, y la vejiga, que flota como una boya, indica la dirección en que huye la presa.

En la vida íntima de la familia muéstrase el esquimal muy cariñoso con los niños; la poligamia está permitida, pero apenas se practica en la

costa occidental. Sus habitantes son muy sociables y hospitalarios y muy aficionados á la práctica de danzas y bailes extravagantes. Estos son acompañados por los sonidos de una especie de tambor cuyo parche está sujeto á un delgado aro de madera, y jalean ó animan á los bailadores con las palabras *¡Eia-eia-a! ¡Eia-eia-a!* Mientras dura el canto, los cantantes inclinan la cabeza hacia adelante y la vuelven á uno y otro lado de la manera más extraña. No hay nada tan ridículo como los movimientos que ejecutan los danzantes con la mitad del cuerpo, pues sin cesar



Un *kajak* de los esquimales (De una fotografía)

describen verdaderos círculos y figuras semejantes á un 8, afanándose hombres y mujeres por hacerlo á cual mejor.

A los enfermos los tratan con muy poca humanidad: si observan que el *angekok* ó médico hechicero, que goza de cierta consideración ó fama, no puede hacer nada en favor del paciente, lo abandonan á su suerte, y, cuando más, lo único que hacen es acercarle el alimento. El enfermo que cura cambia de nombre, pues cree que ha vuelto á la vida y que desde entonces es un nuevo ser.

No obstante ser sumamente monótona la existencia de los esquimales groenlandeses, aman con verdadera adoración á aquella su patria tan árida y fría, y hay ejemplos en gran número de groenlandeses que, llevados á Dinamarca, han muerto de pena y de nostalgia.

A pesar de las dificultades inmensas que se le presentaron, Egede se estableció en Groenlandia, y por su iniciativa se fundaron una serie de factorías y misiones en la costa occidental, mandadas construir por el

comerciante dinamarqués Jacobo Severin en el año de 1750, compradas más tarde por la Compañía General de Comercio de Copenhague, y administradas en la actualidad por cuenta del gobierno dinamarqués. Bajo los auspicios de la compañía citada, Peder Olsor Walloe llevó á efecto en 1751 un viaje de exploración desde Godthaab á la costa oriental de Groenlandia, viaje que dió por resultado el conocimiento de los territorios de la costa occidental situados al Sur de Godthaab, como igualmente de una pequeña parte de la costa oriental. Numerosas fueron las dificultades que se opusieron á que ésta fuese reconocida con mayor detenimiento. En esta costa suponían equivocadamente que habían estado establecidas las antiguas colonias escandinavas. Inútilmente trató Pablo Egede, hijo del misionero y obispo groenlandés, en unión de su primo Thestrup Egede y del capitán Pablo de Lowenorn, de penetrar en la costa oriental, pues una inaccesible barrera de hielo hizo imposible toda aproximación á ella, y del mismo modo fracasaron cuantas tentativas hicieron para llegar al interior de la costa occidental.

Hasta el primer tercio del siglo actual no debía ser descubierta una nueva parte de Groenlandia. Este descubrimiento fué debido al ballenero británico Scoresby en las más altas latitudes del país. Este ballenero en el año de 1806 ya había logrado remontarse en los mares de Spitzberg hasta la inmensa latitud polar Norte de los 81° 30′ y 19° de longitud oriental, y en los años de 1810 á 1822, acompañado de su hijo, hizo una serie de viajes para pescar ballenas que le proporcionaron un beneficio de cerca de quince millones de reales.

En el año de 1822 llevaron á efecto estos dos navegantes, padre é hijo, independientemente el uno del otro, un viaje polar, logrando el hijo penetrar en el llamado Mar de Groenlandia hasta los 80° 31′. Ejerciendo la pesca de la ballena tomó desde aquel punto rumbo hacia Sudoeste, llegando el día 8 de junio, bajo los 74° 6′, á las costas groenlandesas.

Después de vencer algunas pequeñas dificultades, los expedicionarios consiguieron romper la masa de hielo flotante, y Scoresby reconoció aquellas accidentadas costas hasta el grado 69. Hizo cuatro desembarcos, y en ellos no tan sólo encontró huellas que le demostraron que aquellos parajes habían sido visitados por los esquimales, sino que además halló una tan rica vegetación cual no podía sospecharse en aquellas latitudes. Los renos habitaban las llanuras cubiertas de hierba; gran número de insectos y de mariposas revoloteaban sobre la infinidad de flores que engalanaban las praderas, y hasta vieron los navegantes abundantes abejas y una colmena (1).

(1) Petermanns: *Geograph. Mitteilungen;* 1868, págs. 220-22.

En la espaciosa entrada del Estrecho de Scoresby tuvo el descubridor la suerte de tropezar con el barco que comandaba su padre, el cual á su vez había reconocido gran parte del territorio perteneciente á la costa oriental de Groenlandia, el cual territorio, en recuerdo á aquellos dos intrépidos navegantes, lleva todavía el nombre de Tierra de Scoresby. Como



William Scoresby

resultado de este viaje sufrieron una gran modificación las ideas que hasta entonces se tuvieron acerca de la estructura y dimensiones de Groenlandia, pues quedó demostrado que la costa oriental comenzaba catorce grados de longitud más al Este de donde indicaban las cartas ó mapas de aquella época.

Al año siguiente se prosiguieron estos importantes descubrimientos por la comisión científica á cuyo frente iban los capitanes Clavering y Edward Sabine. El primero de ellos, mientras el segundo se dedicaba en la isla de su nombre, situada á los 74° 30′, á sus estudios referentes al

péndulo, consiguió subir con dos pequeños botes de remos hasta los 76°.

En el transcurso de esta travesía tropezó Clavering, el día 18 de mayo, con una choza de esquimales, los cuales, al ver á los blancos, se refugiaron asustados detrás de unos peñascos; pero como los europeos les pusieran al pie de ellos algunos regalos, fueron perdiendo el miedo y se aproximaron poco á poco. Al estar junto á ellos, los europeos les tendieron la mano; pero como los esquimales no tenían conocimiento alguno acerca de esta demostración de afecto, comenzaron á temblar de tal modo que Clavering los condujo de nuevo á su choza. Esta ocupaba un espacio de unos cuatro metros de circunferencia por uno y seis centímetros de altura, y estaba montada sobre una armazón de madera y ballena. Varias pieles de foca cosidas unas á otras constituían la cubierta ó techumbre. Los utensilios que poseían eran un bote de piel de foca y algunos arpones y lanzas cuyas puntas eran de parte de hueso y de hierro meteórico.

Clavering hizo lavar á uno de los niños esquimales que allí había para ver de qué color tenía la piel, pues era imposible reconocerlo á causa de la suciedad y grasa que la cubría, y entonces vió que era de color de cobre rojizo. El cabello era negro, el rostro redondo, y los pies y las manos muy carnosos.

Por primera vez en su vida oyeron entonces los esquimales el disparo de una escopeta; y habiéndole dado á uno de ellos una pistola para que él mismo la disparase, se asustó de tal manera al sentir el golpe de retroceso producido por el disparo, que inmediatamente huyó á ocultarse en su choza, é indujo á sus parientes á abandonar aquella misma noche el territorio dejando todos sus bienes y hacienda.

Las empresas de Scoresby y Clavering despertaron en los dinamarqueses el temor de que los ingleses tomaran posesión de los territorios groenlandeses descubiertos por los citados capitanes, y en atención á este temor enviaron en el año de 1828 una expedición á aquellos lugares. Esta, que iba al mando del oficial de marina Guillermo Augusto Graah, llevaba el encargo, partiendo de las colonias del Mediodía, de realizar la medición de toda la costa oriental y asegurar en su posesión á Dinamarca.

El citado oficial, luego que en el distrito de Julianehaab hubo tomado cuantas disposiciones creyó necesarias para el mejor logro de su difícil empresa, salió el día 21 de marzo de 1829, acompañado de cinco groenlandeses, diez mujeres de éstos y cuatro dinamarqueses, á bordo de dos botes de remos, de once metros de largo cada uno, y el día 1.° de abril llegó á la costa oriental, desde cuyo momento dió comienzo al desempeño de su encargo. Este era sobre manera peligroso, pues toda la costa, llena de fiordos profundos, estaba cuajada de enormes ventisqueros, los cuales, á causa de la presión que sobre ellos ejercían las grandes masas de hielo

que por detrás los empujaban, se desprendían en enormes témpanos sobre la superficie del mar con horrible estruendo. Semejantes á un gran surtidor saltaban las aguas formando elevada columna; por espacio de algunos minutos desaparecían los bloques de hielo en el fondo del Océano, para reaparecer después sobre la superficie con una elevación de algunos centenares de metros, á la vez que la gran cantidad de agua desbordada con motivo de la inmersión se precipitaba de nuevo en su receptáculo en deshechas cataratas. Por espacio de algún tiempo giraban los témpanos sobre sí mismos ó caían de lado hasta encontrar su centro de gravedad, para después emprender lentamente su viaje por el Océano, viaje en el cual llegaban estos extraños colosos hasta más allá del meridiano de Terranova.

Continuamente expuesto á los peligros con que le amenazaban aquellos palacios flotantes, y ya abandonado de la mayor parte de su gente, Graah reconoció el gran número de fiordos de la escarpada costa, á la que bautizó con el nombre de Tierra del Rey Federico VI. Varias veces encontró colonias esquimales que contenían de 500 á 600 habitantes, y al Mediodía de Groenlandia halló una vegetación relativamente rica.

Después de haber llegado hasta la pequeña isla Dannebrogs, situada en los 65° 15', retrocedió lentamente por el mismo camino, invernó bajo los 63°, y el día 15 de octubre de 1830 llegó á la colonia de Frederiksdal, situada en el extremo Sur de Groenlandia, y en cuyo punto encontró el primer auxilio el extenuado explorador (1).

Poco después del regreso de Graah á Europa, el día 29 de julio de 1833, el francés Jules de Blosseville, á bordo del buque de guerra *La Lilloise*, visitó la costa oriental de Groenlandia, entre los 68° 34' y 68° 55', pero no desembarcó en ella. Los temporales le obligaron á refugiarse en Islandia, y habiendo intentado después alcanzar de nuevo la citada costa, naufragó y se fué á pique con su barco no se sabe en qué paraje, y hasta treinta años después de esta catástrofe no volvieron á ser aquellos territorios objeto de nuevos viajes de descubrimiento.

En los años de 1860 á 1865, los capitanes ingleses Mac Clintock, Allen Young y T. W. Taylor, intentaron inútilmente arribar á la dicba costa oriental, y hasta los años 1868 á 1869 no logró el capitán Carlos Koldeway (nacido en 1832 en Bueken, Hannover) realizar dos expediciones de exploración en los hasta entonces nunca hollados territorios de la Groenlandia oriental.

La primera de ellas, que se llevó á efecto principalmente por inicia-

---

(1) Graah publicó en Copenhague, en el año de 1832, un resumen de su viaje bajo el título de *Undersoegelses Reise til Ostkysten of Groenland.*

tiva del sabio geógrafo Augusto Petermann, salió el día 24 de mayo de 1868 de Bergen, y se dirigió hacia la Groenlandia oriental por la isla de Juan Mayen con rumbo Noroeste. El buque *Germanía*, que era en el que Koldeway hacía el viaje, vióse circundado de espesas masas de hielo y arrastrado por ellas desde los 75° 19′ de latitud Norte hasta los 73° 20′, sin poder acercarse á la costa, que tenía á la vista. La segunda, que tenía por objeto llegar á Groenlandia desde Spitzberg, logró idénticos resultados que la anterior, en vista de lo cual se dió por fracasado el principal encargo de la expedición, de la que formaban parte el vapor de hélice *Germania*, mandado por Koldeway, y el barco de vela *Hansa*, á las órdenes de Federico Augusto Hegemann.

Ambos buques abandonaron el puerto de Brema el día 15 de julio de 1869, pero á consecuencia de una densa niebla se separaron el uno del otro á los cinco días, y desde entonces navegó cada cual por su cuenta. Bajo los 74° de latitud Norte consiguió el *Germania* romper el hielo, y llegó á las islas de Sabina y Pendulum, descubiertas por Clavering, desde cuyo punto salió el barco el día 10 de agosto en dirección Norte, pero solamente pudo llegar hasta la extremidad meridional de la isla de Shannon, situada en los 75°, pues los hielos le impidieron poder internarse más.

Koldeway se decidió á invernar en la citada isla de Sabina, y allí pasaron los individuos que componían la expedición científica el resto de la estación favorable ocupados en tomar apuntes de los territorios vecinos.

Al promedio del día 5 de noviembre vieron por última vez el sol en el horizonte, y desde entonces comenzó la monótona noche polar, que tiene tres meses de duración, lapso de tiempo en que la naturaleza parece como aletargada y falta de vida.

Algunas veces era el triste paisaje iluminado por la claridad de la luna ó por el rojizo resplandor de las auroras boreales, pero fuera de estas ocasiones todo permanecía sumido en las tinieblas de aquella noche interminable, cuyos horrores describió con suma precisión y realidad el doctor Kane, noche en la cual, á consecuencia del no interrumpido silencio en que todo reposa, concluye el espíritu por sentirse dominado por una tan grande excitación que contrasta sobre manera con la calma espantosa que por todas partes se observa. Aquella inacción, aquel reposo, aquel silencio llegan á ser insoportables, y el viajero, abrumado por la presión que en él ejerce aquella naturaleza semejante á la descrita en el Apocalipsis, corre medroso á refugiarse en sus barcos aprisionados en los hielos para dar expansión á su alma en compañía de los seres vivientes que en ellos se albergan. Todo es imponentemente majestuoso en aquellos países polares: sobre las ilimitadas superficies de hielo elévanse rígidas las nevadas

montañas semejantes á fantasmas, oyéndose por todas partes el estruendo que producen los enormes témpanos al derrumbarse.

Por fin, el día 3 de febrero de 1870 pudieron los infelices navegantes saludar la aparición del sol desde la cima de un monte de 250 metros de elevación y reanudar sus tareas científicas, realizando además en trineo algunas excursiones á diversos puntos del país, en una de las cuales consiguió Koldeway, acompañado del oficial austriaco Julius Payer y otros seis hombres, penetrar, á través del hielo de la costa, entre la isla de Shannon y el continente, hasta los 77° de latitud Norte. Por todas partes se presentó á la vista de los descubridores un grandioso paisaje. Desde la cúspide de la montaña denominada Ante Tierra, divisaron hacia el Norte una extensa bahía en la que se hallaban las entradas de varios fiordos; por el lado oriental sólo se veía enorme cantidad de hielo y la extremidad Norte de la isla de Shannon con las suaves ondulaciones de sus montañas. Las elevadísimas y perpendiculares barreras de la Tierra de Adalberto aparecían al Nordeste iluminadas por los rayos del sol Poniente, paisaje que contrastaba con los inacabables desiertos de hielo alumbrados por vaga claridad azulada, á la vez que en lontananza, en el extremo meridional, divisábanse otras eminencias ya conocidas de los viajeros.

El día 6 de abril pasaron los exploradores el 76° de latitud, y con gran admiración encontraron en aquellos desiertos, en la extremidad Norte de la bahía de Bessel, restos de viviendas de esquimales. Dichos restos pertenecían á tiendas ó chozas de verano, y consistían en cierto número de piedras colocadas formando círculo, con las cuales sujetaban los bordes ó extremos de las pieles con que formaban la vivienda, y que eran sostenidas por un poste ó columna central. Al Norte de dicha bahía de Bessel aumentaban los témpanos de hielo en cantidad y dimensiones, sobresaliendo el panorama por su magnificencia salvaje y por la deshecha catarata de glaciares que, en una extensión de algunas leguas, se precipitaban desde lo alto de las montañas.

El día 15 de abril de 1870 llegaron los expedicionarios, después de salvar el grado 77, al punto más septentrional de la costa oriental groenlandesa que hasta la época presente se conoce (1).

Desde la cima de un monte de 500 metros de altura, bajo los 77° 1′, vieron que la costa de Groenlandia se extendía en línea recta hacia el Norte. El mar formaba una superficie helada bastante uniforme hasta el horizonte, y por todos lados se hallaba cubierto de altos témpanos que hacían el efecto de un baluarte construído para toda la eternidad.

---

(1) Según parece, por el año de 1770, un tal Lambert había visto, desde los 78°, la costa oriental de Groenlandia, pero no hay datos que puedan afirmarlo.

Esta nueva parte de la costa mencionada recibió el nombre de Tierra del Rey Guillermo en honor del soberano de Prusia.

En semejantes viajes de exploración se invirtió el tiempo hasta la entrada del verano ártico. En el mes de julio quedó el barco libre por completo de los hielos, y después de una tentativa sin ningún resultado para penetrar de nuevo hacia el Norte, hizo rumbo al Sur, en cuya parte efectuó otro descubrimiento de importancia. Al Mediodía del cabo Franklin hallaron un fiordo hasta entonces desconocido y libre de hielo, el cual conducía al interior de Groenlandia. Penetró en él el barco de los descubridores, y en el instante se ofreció á los ojos de éstos un paisaje que superaba en magnificencia á los de los Alpes. Un país desconocido, el *interior* de Groenlandia, mostrábase de momento en momento más hermoso é imponente. Infinidad de glaciares, cascadas y torrentes, se despeñaban desde las altas montañas, más elevadas á medida que los viajeros avanzaban; en la orilla derecha divisaron hacia el Norte, en una pequeña sinuosidad ó desviación del fiordo, un enorme ventisquero de muchos kilómetros de ancho, que desde su elevado murallón caía sobre las obscuras ondas. Navegaron algún tiempo por el dicho fiordo, que tenía de siete á diez kilómetros de anchura, y poco después hallóse el buque de los exploradores en un receptáculo cuyas murallas ó barreras las formaban unos castillos naturales de roca de aspecto tan magnífico cual la imaginación más soñadora se pueda fingir, y que alcanzaba una elevación de 2,000 metros. Uno de aquellos colosos, que se levantaba 1,500 metros sobre el nivel de la verde superficie del agua, presentaba con sus recodos y torreones el aspecto de una dormida ciudadela, á cuya circunstancia se debió que le dieran el nombre de Castillo del Diablo.

El teniente Payer, acompañado de dos hombres, ascendió á la cumbre de una de aquellas montañas (2,000 metros), y desde ella descubrió un panorama que describe en las siguientes líneas:

«Más de cien veces he podido contemplar en mis anteriores trabajos en los Alpes, desde la cúspide de montes de 3.000 á 3.500 metros de elevación, aquella magnificencia sublime de sus altas y heladas regiones, que en nuestros tiempos son el punto de reunión de casi todos los viajeros y naturalistas. Pero ¡qué diferencia! En cuanto podía abarcar la vista hacia los cuatro puntos cardinales reinaba la rigidez de la muerte, y ni la más leve señal de vida interrumpía la grandiosidad y el silencio de la montaña. En lugar de las fértiles llanuras de nuestros valles de los Alpes con sus pueblecillos y caseríos, teníamos á nuestros pies, á 2,000 metros de profundidad, la obscura superficie de las aguas del fiordo. Innumerables témpanos de hielo semejantes á brillantes perlas flotaban en lontananza; una formidable muralla parecía caer perpendicularmente sobre las aguas,

De todas las altiplanicies de las montañas y de todos los valles se derrumbaban y caían en las profundidades de aquel camino peñascoso los gigantescos glaciares, y de los extremos inferiores de los elevados muros de hielo desprendíanse aquellos palacios magníficos que parecían hechos de transparente cristal, y que eran arrastrados al Océano por la corriente vertiginosa que descendía por las gargantas de la sierra y por el descenso de las aguas del fiordo durante el reflujo. Lo que más vivamente llamó nuestra atención fué una pirámide enorme de hielo, ó sea el Cabo Petermann, situado al Oeste. Dicho cabo elevábase 3,500 metros próximamente sobre la superficie, y un enorme glaciar de 30 kilómetros de largo por seis á siete de ancho se extendía desde él hasta el mar. En derredor del horizonte se elevaban algunos picachos de 3,000 metros de altura. En el fiordo que en honor del soberano de Austria denominamos del emperador Francisco José, pudo nuestro barco navegar unos 70 kilómetros más hacia el Oestesudoeste. A esta distancia divisamos varios brazos, en los que parecía dividirse el fiordo, el mayor de los cuales aparentaba volver hacia el Sur. Claramente podían distinguirse la separación de las masas de tierra y la continuación de aquellos brazos ó canales allende los altos macizos ó grupos de *islas.*»

A causa de lo averiada que se encontraba la caldera del barco tuvieron los expedicionarios que renunciar á la prosecución de los descubrimientos, y en su consecuencia el *Germania* emprendió el viaje de retorno á la vela y llegó á Alemania el día 11 de septiembre de 1870.

El *Hansa*, que como queda dicho acompañaba al *Germania*, después de la separación que á consecuencia de la niebla sufrieron el día 20 de julio de 1869, prosiguió solo su camino; y al intentar, bajo los 74° de latitud Norte, romper el hielo para llegar á la costa de Groenlandia, vióse por completo cercado por enormes masas de aquél, á tal extremo que le tuvieron aprisionado desde el día 24 de agosto. Una tempestad que estalló el 19 de octubre dejó tan mal parado el barco por los golpes que sobre él descargaron los enormes bloques de hielo, que fueron inútiles cuantos esfuerzos se hicieron para conservarle. La tripulación, compuesta de catorce individuos, no perdió la esperanza de salvarse: transportó los botes y cuantas provisiones había á bordo á un gran banco de hielo, y allí esperaron á que la corriente los condujese hacia el Sur.

El día 29 de octubre á las dos de la madrugada se sumergió el *Hansa* bajo los 70° 50′ de latitud Norte, y los 21° de longitud Oeste, dando comienzo entonces aquella memorable travesía de la tripulación del *Hansa* sobre la isla flotante de hielo, de la que tanto se habló y tanto se hablará aún por espacio de mucho tiempo.

Sobre la superficie del témpano, que tenía siete millas de circunferen-

cia, construyeron los náufragos del *Hansa* una tosca vivienda de carbón de piedra que les sirvió de albergue por espacio de ochenta y siete días. Hallábanse bien provistos de ropa, y los mástiles y otras partes del buque les proporcionaron combustible. Un oso que lograron cazar les permitió dar alguna variación á la monotonía que desde hacía bastante tiempo se observaba en los alimentos.

Aunque con bastante lentitud, el témpano avanzaba sin interrupción hacia el Mediodía, de tal manera que á fines del mes de diciembre llegaron bajo los 68º de latitud. Con el mayor recogimiento celebraron la fiesta de la Natividad del Señor, pero con el nuevo año viéronse los navegantes abocados á grandes peligros, tanto más sensibles cuanto que estando á la vista de la tierra no podían acercarse á ella. Presentáronse grandes temporales de nieve, y los infelices oían sordos rumores y sentían crujir bajo sus pies la enorme masa de hielo que los sustentaba, como si éste fuera oprimido y cuarteado por fuerzas invisibles y extraordinarias. En brazos de enormes temores y de la mayor desesperación pasaron una noche entera, y al rayar el día contemplaron espantados que el témpano había sido reducido á pequeños fragmentos en cuanto alcanzaba la vista. Gran número de objetos obscuros que flotaban sobre las aguas, y que apenas se podían distinguir entre la copiosa nevada, eran otros tantos restos del enorme banco flotante. El día 11 de enero ocurrió otro temporal que arrancó nuevos fragmentos á la ya mermada isla, reduciéndola á sólo 50 metros de circunferencia. La noche más terrible y angustiosa fué la del 11 al 12 de enero en la que los barcos se hallaron en peligro de ser abiertos en canal. La tripulación se dividió en varios grupos, y, después de despedirse unos de otros, cada cual con buen número de provisiones en los botes, se dispuso á emprender precipitada fuga en caso de peligro, para por lo menos conservar la vida algún tiempo. El día 14 del mismo mes partióse el témpano por el lado mismo de la casa, y en su consecuencia viéronse obligados á abandonarla. Por espacio de cinco días permanecieron á bordo de los botes en constante lucha por la existencia, hasta que habiendo calmado el temporal, pudieron edificar otra vivienda con los restos de la anterior, y que les sirvió de refugio por espacio de otros ciento ocho días.

Las pequeñas dimensiones á que la isla flotante había quedado reducida les ofrecían ventajas grandísimas en la región de las montañas de hielo, pues muchas veces pasaba por entre aquellos colosos como si fuera gobernada por una mano invisible; otras se veía rodeada de enormes bancos, quedando convertida en profundo receptáculo de la montaña. La parte exterior de aquellas brillantes masas ofrecía profundas grietas y hendeduras, y por todos lados se veían las bocas de unos negros agujeros en

cuyo interior se oían extraños y sordos rumores como si estuviesen habitados por espíritus.

Por fin el día 7 de mayo de 1870 vieron hacia la costa mar franca. El Cabo Farewell, ó sea la extremidad Sur de Groenlandia, se hallaba cerca, y como la continuación del viaje sobre el témpano podía exponerlos á grandes peligros, los intrépidos navegantes decidieron abandonarlo. Habían recorrido en él una distancia de 2.002 kilómetros, y en aquel momento sólo tenía una circunferencia de 200 pies. Aproximáronse á la costa hasta seis kilómetros, costa que estaba circundada por una espesa barrera de hielo, y para transportar hasta allí los botes emplearon veinticinco días. Por último el día 4 de junio llegaron á la árida y roqueña isla de Idluitlik; bajaron luego por la costa, y el día 13 de julio divisaron una bahía en cuya orilla había algunas casas encarnadas, y sobre las peñas próximas vieron á varios hombres que, con verdadero asombro, contemplaban la arriesgadísima travesía de los botes. La admiración causada por los temerarios navegantes no fué menor que el asombro de éstos al ver que sobre las casas ondeaba el pabellón alemán. Aquellos hombres eran misioneros de la nación germánica, pertenecientes á la colonia de Frederiksdal, los cuales acogieron con gran cariño á sus compatriotas, tan milagrosamente salvados, dándoles hospitalidad hasta que desde Julianehaab emprendieron el viaje de regreso á la patria á bordo de un buque dinamarqués.

El último viaje á la costa oriental de Groenlandia fué el llevado á efecto por el capitán de la marina dinamarquesa G. Holm. Forma parte de los reconocimientos geológicos y geográficos emprendidos por el gobierno de Dinamarca en Groenlandia desde el año de 1876, y duró tres años completos, pero en él se limitó exclusivamente á visitar los territorios reconocidos ya por Graah.

Si bien es cierto que las travesías que hemos descrito se limitaron á las costas de Groenlandia, en cambio anteriormente ya se había intentado reconocer el misterioso interior del país.

En un párrafo del llamado *Koenigspiegels*, correspondiente al siglo XV, vemos que los antiguos colonizadores escandinavos poseían conocimientos bastante ciertos acerca de la estructura de Groenlandia. Dicho párrafo dice así:

»Si preguntas cómo está conformado el país, has de saber que hay una pequeña parte libre de hielo, pero que todo lo demás está cubierto de él, por lo que no se sabe si es grande ó pequeño, pues lo mismo los valles que los montes se hallan bajo una capa de nieve y no hay acceso por ningún lado. Frecuentemente han tratado algunos hombres de subir á las montañas más elevadas con el fin de contemplar desde su cima el país y ver si estaba libre de hielo y habitado, pero sólo han distinguido peque-

ños trozos no helados á las orillas del mar, y que ahora tienen habitantes.»

Poco tiempo después de que Hans Egede reconstruyera, aunque con gran deficiencia, el conocimiento de Groenlandia, dieron comienzo de nuevo las tentativas de explorar el interior, por cuyo medio se dedujo al poco tiempo, según se desprende del contexto de una carta que lleva la fecha de 1727, que desde el centro del país, lo mismo hacia el Norte que hacia el Sur, se extendía una dilatadísima superficie y una serie de montañas cubiertas de hielo.

El primer intento de importancia encaminado á penetrar en aquella región de nieves perpetuas data del año 1728, y se debió á la iniciativa del primero y último gobernador de Groenlandia, Claus Enevold Paars, que ideó internarse desde la costa occidental hasta la oriental cruzando los hielos del centro. Veinticinco soldados, varios oficiales y otras gentes de armas debían acompañarle, y además se llevaron de Europa á Godthaab once caballos para que fueran con la expedición, pero, según parece, habiendo fallecido todos éstos antes del día de la partida, se desistió de la empresa (1).

Al año siguiente intentó Paars otra vez llevar á la práctica su proyecto, acompañado tan sólo de dos oficiales, cinco soldados y dos groenlandeses; pero al penetrar desde Ameralikfjord en dirección á los hielos del interior, se vió detenido en su marcha por las enormes grietas y hendeduras que en él había.

«Las montañas de hielo, dice en el informe que dirigió al rey, presentan el mismo aspecto que el mar en aquellos parajes donde no se vislumbra la tierra; sólo se ve el cielo y el brillante hielo, que tiene aristas tan vivas y cortantes como el azúcar cande, de tal modo que para caminar sobre él sería preciso que el calzado tuviera la suela de hierro.»

El primer avance hacia el interior del país que alcanzó algunos resultados lo emprendió el comerciante dinamarqués Lars Dalager el día 28 de agosto de 1751, pero sólo anduvo, á costa de grandes trabajos, unas cuantas leguas, pues por todas partes se interpusieron en su camino dilatadísimos desiertos de hielo llenos de enormes y profundas cortaduras, y en los que hacía un frío tan intenso, que según él dice, es casi inconcebible que ningún ser humano pueda habitar allí el tiempo suficiente para ir de una á otra costa sin perecer helado, como igualmente es imposible que nadie pueda llevar por sí mismo las provisiones necesarias para semejante travesía (2).

También los esquimales groenlandeses que en su afán de dar caza á los

(1) Nordenskiold, *Groenlandia*, pág. 144.
(2) Ibidem, págs. 118-19.

renos fugitivos se internaban en el corazón del país consideraban tales travesías sumamente peligrosas y rara vez las verificaban voluntariamente. Era tal el respeto que les infundían aquellos territorios, que cuando el día 1.° de marzo de 1830 el ballenero O. B. Kielsen emprendió desde su residencia de Holsteinborg una excursión al interior del país, los groenlandeses que le acompañaban, al llegar á un punto desde donde se divisaban los inacabables desiertos helados, fué tal el pánico de que se sintieron poseídos, que no hubo medio de hacerles avanzar ni un paso más. Kielsen prosiguió solo su marcha, pero no tardó mucho en desistir de su propósito y retroceder.

Al principiar el siglo XIX, el sacerdote Fabricio y el mineralogista alemán Gieseke, ocupáronse en hacer investigaciones acerca de los helados territorios del interior de Groenlandia; pero sobre todo el dinamarqués H. Rink fué quien mayor interés despertó en el mundo científico en el año 1850 con su defensa de la doctrina de que hubo una época en que los hielos cubrían todo el planeta, con lo cual comenzó una nueva era para la Geología.

Nuevas tentativas encaminadas á descorrer el velo que ocultaba los secretos que encerraban los helados desiertos groenlandeses emprendieron en 1860 el navegante de los mares polares Dr. Rae y J. J. Hayes, y en 1867 los ingleses Eduardo Whymper y el Dr. Roberto Brown, que anteriormente habían realizado algunas ascensiones á la cima de los Alpes; pero ninguno de ellos pudo llevar á la práctica más que una pequeñísima parte de su programa, pues el que más sólo pudo avanzar algunos kilómetros.

Whymper trepó en Umenakfjord á la cima de un monte de más de 2.200 metros de elevación, y desde allí, favorecido por la diafanidad de la atmósfera, pudo estudiar detenidamente los hielos del interior por la parte del Norte, Este y Sur. Hacia el Oeste, á una distancia de 100 millas inglesas próximamente, formaban aquellos una muralla de unos 10,000 pies de altura.

Mucho mayor éxito alcanzaron las investigaciones realizadas por el célebre explorador sueco Adolfo Erik von Nordenskiold en el año de 1870 desde Aulaitsivikfjord, situado en las inmediaciones de la colonia de Egedesminde. Perfectamente preparado para su empresa, Nordenskiold, acompañado del botánico Berggren y de dos groenlandeses, emprendió el día 19 de julio la penosa y arriesgada excursión al interior del país, en cuyas fronteras se vieron los viajeros detenidos en su marcha por las enormes hendeduras que presentaban los glaciares, y que semejaban verdaderos abismos sin fondo. Por esta circunstancia se vieron obligados á dar un rodeo tan grande, que tardaron dos días en transponer aquella región, al cabo de cuyo tiempo llegaron á una altura de 240 metros sobre el nivel

del mar, sitio donde el hielo ofrecía una superficie más uniforme. Esta parecía llegar hasta la región de los abismos, que de vez en cuando se presentaban semejando un mar turbulento congelado repentinamente. Un cono se levantaba al lado del otro, y todos ellos presentaban vertientes tan escarpadas que eran completamente inaccesibles. A trechos aparecía la superficie sembrada de pequeñas eminencias agrupadas, mientras que en otros sitios era completamente llana, pero sin que por ello ofreciera mejores condiciones para caminar sobre ella.

Hacia el interior iba elevándose el terreno sensiblemente, por más que en ocasiones estaba su tersura interrumpida por enormes bocas en cuyo centro había estanques ó lagos sin desagüe visible, no obstante de que éstos fueran alimentados por innumerables riachuelos que, en su rápida corriente, habían hecho grandes y profundos surcos en el hielo.

El día 22 de julio ya estaban los viajeros á una altura de 670 metros, y aunque todo parecía muerto en su derredor, no por eso reinaba allí el silencio. Aplicando el oído sobre la superficie helada, se percibía por todas partes el rumor sordo que producían las aguas de los ríos que corrían por debajo, y de vez en cuando se oía algún fuerte y seco estampido, que era anuncio seguro de haberse abierto en el glaciar un nuevo abismo.

En el mismo día citado no les fué posible á los exploradores conseguir de los dos groenlandeses que continuaran el viaje, y por lo tanto viéronse en la precisión de proseguirlo solos Nordenskiold y Berggren, los cuales al anochecer vislumbraron á lo lejos una densa columna de niebla.

Dirigiéronse hacia ella, y al hallarse próximos vieron un caudaloso río cuya rapidísima corriente había abierto en el hielo una enorme boca de 400 metros de profundidad que llegaba hasta la roca en que se asentaba la masa formidable de los hielos del interior. Mirando desde los bordes de aquel inmenso brocal, quedaba todo envuelto en una semiobscuridad negro-azulada, producto del reflejo de los altos picachos que lo circundaban que eran de un maravilloso color azul celeste.

En otro paraje divisaron los expedicionarios una gran boca de la que á intervalos salía un surtidor de agua que, al ser azotada por el viento, salpicaba las agujas heladas de su alrededor.

Frecuentemente aparecía la helada superficie sembrada de pequeñas cavidades llenas de agua, que tenían un metro de profundidad y un diámetro que variaba desde algunos centímetros á un metro.

En todos aquellos puntos en que se había verificado el derretimiento de las nieves ó no había sido destruída la superficie por las corrientes de los ríos primaverales, hallábanse dichos agujeros en tal profusión que era casi imposible hallar un espacio, del tamaño que ocuparía un sombrero, que estuviese libre de ellos.

A este viaje de Nordenskiold á los hielos del interior siguió el de los dinamarqueses Gensen, Kornerup y Groth en 1878, que partiendo del glaciar de Frederikshaab llegaron en dichas regiones heladas á una altura de 1523 metros, desde cuyos parajes se elevaba de tal manera el terreno gradualmente que en el lejano horizonte parecía confundirse con el cielo.



Fridtjof Nansen

Algunos años después, en 1883, Nordenskiold repitió su viaje desde el anterior punto de partida y se internó hasta los 48° de longitud occidental hacia Oriente, mientras que dos lapones que formaban parte de la expedición llegaron hasta los 42°30′ de la misma longitud, con lo que obtuvieron un punto fijo de 1.947 metros de altura.

Estos trabajos, á los que en el año de 1888 se unió la expedición del americano Roberto Peary, fueron en gran manera superados por el arriesgado viaje llevado á efecto por el joven noruego Dr. Fridtjof Nansen, que en el lapso de tiempo que media entre el día 15 de agosto y el 26 de septiembre consiguió por primera vez atravesar todo el país helado del interior de Groenlandia. Al contrario de los viajeros que le habían antecedido, partió Nansen con sus compañeros, entre los que había bastantes lapones, desde la bahía de Ulmivik, situada en la costa oriental de Groenlandia, en vez de hacerlo, como aquéllos, desde la occidental.

El primer trayecto que recorrió en los hielos del interior estaba, lo mismo que en la parte occidental, lleno de profundos surcos, que ponían en gran peligro al caminante. Luego de salvado aquél, los expedicionarios continuaron el viaje sin interrupción en ninguna de sus jornadas. Desde el día siguiente al en que transpusieron la parte peligrosa no

encontraron agua por ninguna parte, teniendo para beber que derretir la nieve en vasijas y cacharros de cocina que se colocaban sobre el pecho al abrigo de sus vestidos. Nansen tenía el propósito de haber ido primero á la colonia de Christianshaab, pero comprendió al momento que no llegaría á tiempo de aprovechar la salida de algún buque de dicha colonia con rumbo á Europa, y por lo tanto decidió emprender el camino más corto é ir á Godthaab.

Prosiguieron la marcha muy lentamente, pues la nieve estaba menos helada y era sumamente difícil el arrastre de los cargados trineos.

El día 27 de agosto se encontró el explorador á diez leguas de la costa á una altura de más de 2,000 metros sobre el nivel del mar, y entonces pudo poner velas á su trineo, con cuya ayuda viajaron con gran rapidez por espacio de tres días, hasta que la nieve era ya tan suelta y se encontraba á tal profundidad que se vieron obligados á hacer uso de las botas que hay para estos casos. En los primeros días, los expedicionarios vieron muchos picachos que salían de entre el hielo, observando al propio tiempo que, á medida que avanzaban en su marcha hacia el Oeste, iban desapareciendo bajo la espesa capa helada que cubría el suelo.

En los primeros días del mes de septiembre llegaron á una extensa planicie de 2,800 metros de elevación, que semejaba un mar congelado sin vertiente alguna, y que se iba abombando hacia el Oeste de un modo apenas perceptible. Por el lado Norte se elevaba aún más y alcanzaba mucha mayor altura.

Más de ocho semanas caminaron los exploradores por aquella altiplanicie hasta que por fin hallaron una vertiente por la parte de la costa occidental. De lamentar es que los viajeros no pudiesen consignar de una manera exacta la temperatura de aquellas regiones á consecuencia de ser ésta demasiado baja para medirla con los termómetros de alcohol y de mercurio. Por espacio de bastantes noches, según opinión de Nansen, el frío no bajaría de 50° C. Como curiosidad, debe mencionarse que un día, á las doce de la mañana, la temperatura, al sol, era de 31° y á la sombra de —11° C.

El día 19 de septiembre comenzó á soplar un fuerte viento Este, y en su consecuencia pudo volverse á utilizar las velas, y el trineo caminó con tanta velocidad hacia la costa occidental que no había necesidad de tirar de él, sino que, por el contrario, calzados los viajeros con las botas de nieve, iban agarrados á él.

«Esta ha sido, dice Nansen en su informe oficial (1), la excursión en trineo más divertida que he realizado en mi vida.»

(1) *Geografisk Tidskrift*, 1889, pág. 64.

Aquel fué el día también en que vieron salir por entre los hielos flotantes los primeros picachos pertenecientes á la costa occidental, y al anochecer de él llegaron á la peligrosa región de los abismos de los glaciares, y por fin, el día 24 del mismo mes, al término de su viaje, ó sea á la costa occidental de Groenlandia, con lo que quedó demostrada la posibilidad de llevar á efecto aquella empresa que se creía impracticable.

Por los reconocimientos realizados por Nordenskiold y Nansen, sabemos actualmente que la Groenlandia se halla cubierta de una enorme capa de hielo que se extiende regularmente desde una á otra costa. El interior del país se encuentra, por lo tanto, en el mismo estado de completa congelación en que se hallaba en la época glacial toda la América del Norte hasta el grado 39.

Solamente al Oeste se halla libre de la dicha capa de hielo, cuyo espesor calcula Nansen en 2.000 metros, una estrechísima faja de la orilla de la costa en que se hallan emplazadas las colonias dinamarquesas.



Cuchillo de hueso, de los esquimales



Sir John Ross. De un retrato litográfico de L. Zöllner

LUCHA POR EL PASO DEL NOROESTE

Corría el año de 1817, cuando se despertó de nuevo el entusiasmo por las travesías polares, adormecido desde el tercer viaje de Cook. El joven Scoresby, al regresar de una expedición de pesca de ballena, observó que durante el calurosísimo verano del año citado habíanse desprendido sobre los mares árticos enormes cantidades de hielo, y que poco después se habían liquidado. En una extensa carta dirigida por Scoresby á sir Joseph Banks, presidente de la Sociedad Real de Londres, decía aquél que, atendidas tan favorables circunstancias, creía llegado el momento de abordar decididamente el gran problema del paso del Noroeste.

Las noticias de Scoresby lograron plena confirmación, pues en el oto-

ño de aquel mismo año cubrióse el Océano Atlántico con los fragmentos de enormes témpanos, cuyo acontecimiento describieron todos cuantos marinos cruzaban por aquellos mares, elevándolo á la categoría de un fenómeno sorprendente.

El geógrafo John Barrow, que ejercía á la sazón el cargo de secretario del Almirantazgo británico, acogió con entusiasmo y diligencia suma el proyecto de Scoresby, y con elocuentes frases demostró que habían desaparecido las barreras que hacía siglos impedían llevar á efecto el reconocimiento del paso citado.


William Edward Parry

En todas partes hallaron buena acogida las palabras de Scoresby; al Almirantazgo unióse la Real Sociedad Científica de Londres, y hasta el gobierno se interesó en el proyecto, renovándose el día 18 de junio de 1818 el acta legal extendida en el de 1743, por la que se concedía un premio de 20.000 libras esterlinas al que realizase el tan buscado y anhelado paso.

Y desde aquel instante dió comienzo una larga serie de viajes por mar y por tierra hacia las regiones árticas, viajes de cuya grandiosidad no guardaba ejemplo la historia de la navegación, y desde entonces también comenzó la lucha entre la enérgica actividad y los poderosos medios de que dispone la inteligencia humana, y las formidables fuerzas y los horrores que á éstos oponía la naturaleza ingrata de los territorios polares.

Uno de aquellos héroes, el capitán John Ross, nacido en Escocia el día 24 de junio de 1777, abandonó el Támesis con dos buques el día 18 de abril de 1818 y en los primeros de junio llegó á la bahía de Baffin. No consiguió aumentar en lo más mínimo el caudal de conocimientos que se poseían acerca de dicha bahía y de Bylot. El día 30 de agosto se hallaba en el Estrecho de Láncaster, y asustado por la aparición de un meteoro, cosa muy frecuente en aquellas regiones, desistió de reconocer aquella entrada del Océano Artico, sin embargo de que se hallaba por

completo libre de hielo. A todo trapo y entre los alegres hurras de los marineros retrocedieron, bajo los 80° 37′ de longitud occidental, pues Ross creyó divisar entre la niebla una elevada cordillera que les cerraba el paso..

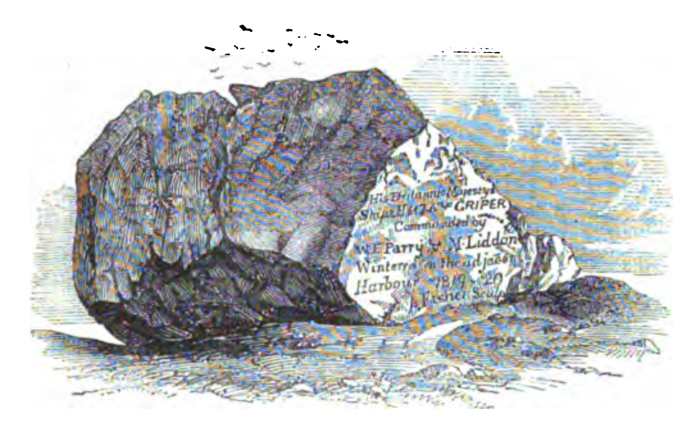
No obstante de haber logrado los expedicionarios reunir un verdadero tesoro científico, consideróse como fracasado el objeto principal del viaje; y este fracaso, del que fué el único culpable el capitán John Ross, obscureció por gran manera el brillo de su nombre.

William Edward Parry, nacido en Bath en 19 de diciembre de 1790, comandaba el segundo de los buques de aquella expedición, y se sintió sobre manera contrariado al tener que obedecer la orden de retorno en el Estrecho de Láncaster. Con gran alegría por tanto aceptó en 1819 el mando de otra expedición. Llevaba los dos barcos mismos que hicieron el anterior viaje, que eran el *Hecla* y el *Griper*, y en el mismo paraje en que Ross dijo haber visto una elevada cordillera encontró un ancho paso que, en honor del ilustre geógrafo de igual nombre, denominaron de Barrow. Con angustiosa observación y recelo en un principio, y con la alegría que presta la seguridad del triunfo después, penetró Parry en aquel estrecho, y al cabo de nueve días de navegación llegó á la isla de Melville, situada en los 110° de longitud occidental. Las masas de hielo le impidieron internarse más en las aguas que bañan la costa Sur de dicha isla, á las cuales aguas dióseles tiempo adelante el nombre de Estrecho de Parry ó Melville, como tampoco le fué posible circundar la isla por la parte Norte. El camino estaba completamente obstruído en todas direcciones por masas enormes de hielo, y el día 26 de septiembre anclaron los barcos en una bahía profunda situada al Norte de la isla, la que en recuerdo al abrigo que en ella encontraron fué bautizada con el nombre de Bahía del Hecla y Griper. Allí mandó Parry grabar, en la parte llana de un bloque de piedra de asperón de 3,33 metros de alto por 7 de largo y 3,66 de espesor, una inscripción que con gran sencillez daba cuenta de la estancia en aquel paraje del *Hecla* y el *Griper*. Al pie del mencionado bloque enterró un sucinto informe de su viaje, el cual informe fué hallado treinta años después por Mac Clintock.

Por espacio de diez meses consecutivos vió Parry á sus barcos aprisionados entre los hielos; la noche polar duró ochenta y cuatro días completos; el termómetro descendió hasta los 47° C., viéndose la tripulación obligada á residir constantemente encerrada en los estrechos departamentos de los barcos. El mayor de cuantos males les afligían era la humedad que reinaba en los camarotes y que penetrando hasta las camas hacía que la cubierta superior de éstas estuviera siempre helada y las ropas interiores mojadas por completo. Todos los días tenían que arrancar de las

paredes la costra de hielo que se formaba, pues en una ocasión que dejaron de hacerlo algunas semanas alcanzó tal espesor que al hacer dicha limpieza sacaron nada menos que 3.000 kilogramos.

Tan sólo á las muchas y excelentes disposiciones que Parry había adoptado para invernar debió la tripulación salvar la vida en el transcurso de aquella interminable noche polar. A tal extremo llevaba su previsión y sus cuidados, que para que no decayese el ánimo y buen humor de sus gentes construyó un teatro, en el que se daban cada dos semanas



Lápida conmemorativa de la estancia del *Hecla* y el *Griper* en la isla de Melville

divertidas representaciones. Además, cada semana aparecía un periódico redactado por el capitán Sabine, con el título de *The North Georgia Gazette Winter Chronicle*, el cual periódico, si bien es verdad que tenía que prescindir de la reproducción de las noticias políticas de todos los países, en cambio contenía, además de las «noticias locales,» toda clase de artículos instructivos y de recreo.

Por fin en agosto de 1820 desprendióse la rígida capa de hielo dejando libres los barcos, pero la estación estaba demasiado avanzada para que se pudieran hacer mayores descubrimientos. Inútilmente trató Parry de penetrar en dirección occidental en la costa Norte de Melville, pues tanto allí como en la costa Sur, á la que llegaron el día 15 de agosto alcanzando el punto más occidental en el Cabo Dundas, viendo al propio tiempo la tierra de Bank, situada al Sudoeste, opusiéronse á su paso impenetrables barreras de hielo; y no queriendo Parry exponer á su tripulación á los peligros de una segunda invernada, emprendió el día 23 de dicho mes el regreso á Inglaterra, obteniendo grandes y merecidos honores en premio de sus servicios, que tuvieron que ser considerados como los más brillan-

tes de cuantos descubrimientos se habían hecho hasta entonces en las aguas americanas.

Inmediatamente después de su regreso se le confió á Parry el mando de una nueva expedición, cuyo objeto era investigar la costa Norte del continente norteamericano, divisada por Hearne y Mackenzie; pero á causa de los hielos sólo consiguió dicho navegante penetrar hasta la península de Melville, situada entre los 81 y 86° de longitud occidental. Parry dió al estrecho por él descubierto el nombre de Estrecho de Fury y Hecla en recuerdo de los dos barcos que habían tomado parte en la empresa.

La misma misión que no había podido realizar Parry habíale sido ya confiada en el año de 1819 á un joven oficial de marina llamado John Franklin, nacido en Spilsby el 16 de abril de 1780, pero con la diferencia de que éste debía de reconocer las áridas regiones situadas entre la bahía de Hudson y el río de las Minas de Cobre descubierto por Hearne. La realización de semejante empresa tropezó con grandísimas dificultades, y la historia de este viaje es una continuada serie de indescriptibles penalidades y peligros de toda clase, parecidos á los que habían tenido que sufrir los antecesores del mencionado joven, Hearne y Mackenzie. Franklin salió del lago Winnipeg, situado en el territorio de la Compañía del Noroeste, y subió por el río Saskatschewan hasta llegar á Cúmberland House (54° de latitud Norte); desde allí se dirigió al fuerte de Chipewyan, en el lago de Athabaska, y continuó después hacia Fuerte Providencia, situado en el gran lago de los Esclavos. Desde allí, en el mes de agosto, dirigióse por caminos desconocidos al pequeño lago de Invierno, en unión de sus compañeros John Richardson, Robert Hood, George Back, John Hepburn, Frederik Wentzel y otros viajeros canadienses, fundando en aquel sitio el fuerte de Enterprise. Ocupados en acumular provisiones y reconocer los alrededores, permanecieron allí hasta junio de 1821; navegaron luego en canoas construídas con cortezas de árboles hasta la embocadura del río de las Minas de Cobre, y el 21 de julio comenzaron en aquellas frágiles embarcaciones una travesía á lo largo de las costas del mar polar septentrional, la cual travesía tanta celebridad ha dado al nombre de Franklin. Cuarenta y dos días duró aquel peligroso viaje á través de los hielos flotantes, cuyas agudas y cortantes aristas amenazaban frecuentemente la existencia de los débiles botes. En dicho lapso de tiempo exploró Franklin toda la costa situada entre la mencionada embocadura y el Cabo de Turnagain, perteneciente á la península de Kent, como igualmente las profundas bahías de los Estrechos de Arktik, Bathurst y Melville. Por fin los primeros síntomas del próximo invierno les obligaron á pensar en el regreso, y en su consecuencia los viajeros decidieron volver

por tierra al fuerte Enterprise, pues sólo tenían provisiones para dos días y esperaban encontrar caza en el camino, lo cual no se realizó, y por espacio de varias semanas sintieron los horrores del hambre Franklin y sus compañeros. Con liquen que arrancaban de las peñas, con el cuero de su calzado y pieles viejas procuraban calmar la necesidad espantosa que les devoraba, llegando ésta al extremo de que un iroqués que formaba parte de la expedición, loco furioso por el hambre, mató á algunos de sus compañeros que se habían quedado rezagados por lo extenuados y débiles que se encontraban, para comérselos en secreto. De este modo penetró el asesinato en su más horrenda forma en aquella pequeña hueste; y cuando vieron confirmada la sospecha que tenían del iroqués, no hallaron otro recurso que quitarle de en medio de un pistoletazo. Completamente extenuado llegó Franklin con sus compañeros al fuerte Enterprise, pero lo encontraron desierto y abandonado. Creíanse todos perdidos, cuando el 7 de noviembre les proporcionaron provisiones algunos indios errantes, con lo que pudieron continuar su camino hacia Fuerte Providencia, adonde llegaron el 4 de diciembre.

No pudiendo considerarse completamente cumplida la misión que les había sido confiada por el Almirantazgo, y siendo aún desconocidos grandes territorios de la costa situados entre los puntos consignados por Franklin y Parry, así como también entre la embocadura del Mackenzie y el Icy Cap, descubierto por James Cook, propuso Parry que, para completar la investigación de la costa Norte de América, enviase el Almirantazgo tres expediciones á un tiempo que se auxiliasen y completasen. La primera debía de emprender desde el Este el camino por mar; la segunda, desde la embocadura del Mackenzie, se dirigiría por tierra hacia el Oeste, mientras que la tercera, partiendo del Estrecho de Bering, habría de seguir la costa Norte de Alaska y unirse, si era posible, á las dos primeras.

Como se comprenderá, una vez admitido este plan necesitaba hacerse grandes preparativos, y Parry, jefe de la primera de dichas expediciones, y á cuyo mando iban los dos barcos *Fury* y *Hecla*, no pudo hacerse á la vela hasta el año de 1824, mientras Franklin con la segunda, y el capitán Frederik Beechey con la tercera, tampoco pudieron salir de Inglaterra hasta el año siguiente.

La suerte que cupo á las tres expediciones puede resumirse en pocas palabras. El mal estado de los hielos impidió á Parry penetrar más allá del Estrecho de Barrow y desde allí en el del Príncipe Regente que vuelve en dirección Sudoeste, teniendo que contentarse con reconocer la costa Noroeste de Cokburnland. El invierno, que dura allí diez meses, lo pasó en una pequeña bahía de la costa oriental de dicha isla. Mucho más des-

favorable se presentó el año siguiente, en el que trató Parry de explorar la isla de North Somerset, situada enfrente.

Tan violento era allí el empuje de las masas de hielo, que estropearon por completo al *Fury* y hubo que abandonarlo. Parry mandó llevar á tierra las provisiones que había en el barco, y encerrarlas en una sólida casa de madera, á lo que se debió que más tarde no solamente fuesen aprovechadas por la expedición de Ross, sino también por la última realizada por Franklin treinta y tres años después. Luego de este fracaso emprendió Parry el regreso á Inglaterra.

Menores fueron aún los resultados obtenidos por el capitán Beechey, que el día 5 de julio de 1826 pasó el Estrecho de Bering con dirección al Estrecho de Kotzebue descubierto en 1816 por el oficial de la marina rusa Otto de Kotzebue, para esperar en la isla de Chamisso, que era el punto de cita de los expedicionarios, la llegada de Franklin y sus compañeros. Mientras llegaban éstos, reconoció Beechey la costa de Alaska hasta el Cabo de Franklin, situado al Norte de Icy Cap, y desde allí envió un bote que llegó el día 22 de agosto hasta la punta de Barrow, lengua de tierra que penetraba en el mar una gran distancia, y que á causa de los grandes bancos de hielo que la rodeaban no fué posible circundar.

Transcurrido el plazo de espera, emprendió Beechey, el 6 de octubre de 1826, desde Chamisso, el regreso á Europa.

Los resultados obtenidos por Franklin fueron mucho mayores. Este siguió con sus fieles compañeros Richardson y Back el curso del Mackenzie desde el gran Lago de los Esclavos hasta su embocadura, donde el día 3 de julio se dividió la expedición, compuesta de 50 personas, en dos grupos. Richardson dirigióse al frente de uno de ellos hacia el Este, y en el transcurso de cinco semanas hizo el trazado de toda la costa, hasta entonces desconocida, situada entre el Mackenzie y el río de las Minas de Cobre; Franklin, por el contrario, marchó hacia el Oeste con el otro grupo, investigó la monótona costa hasta Return Reef, situado á los 148° de longitud occidental, y desde allí dió la vuelta el día 18 de agosto, pues sus instrucciones obligábanle á emprender el regreso del 15 al 20 de este mes.

En la costa ártica de la América del Norte quedaban aún dos trechos por reconocer: uno de ellos, situado entre la punta Barrow y Return Reef, sólo constaba de 260 kilómetros; mientras el segundo, entre el cabo Turnagain y el punto más occidental alcanzado por Parry en la península de Melville, era inmensamente mayor.

El capitán John Ross ofrecióse á explorar este último con la esperanza de rehabilitar con tal empresa su fama de viajero polar, obscurecida desde su primero é infructuoso viaje, juzgado con bastante severidad por

la opinión pública, y anulada después completamente ante los resultados obtenidos por Parry y Franklin.

El Almirantazgo no hizo caso alguno de su oferta, y es posible que no hubiese llegado su plan á realizarse jamás si su amigo el rico cosechero de aguardiente Félix Booth no le hubiera dado la cantidad de 17,000 libras esterlinas para su empresa.



Hombre esquimal de la orilla septentrional del Continente Norte americano (De fotografía)

Ross eligió para su viaje un vapor de ruedas, el *Victoria*, y con una tripulación compuesta de 22 hombres, perfectamente provisto de todo lo necesario y acompañado además de su sobrino, que fué más tarde el capitán James Clark Ross, abandonó el Támesis el día 22 de mayo de 1829.

Desgraciadamente no se realizaron las esperanzas que fundaba Ross en la aplicación del vapor para navegar por los mares árticos, pues poco después de su partida comprendió que la máquina era deficiente para tal objeto. A principios de agosto pasaron los expedicionarios el Estrecho de Láncaster, entrando el 11 del mismo mes en el Estrecho del Príncipe Regente. En el mismo paraje donde había guardado Parry las provisiones del *Fury* el año 1825 ancló la *Victoria*, completó sus provisiones y continuó después su viaje siguiendo la costa de la isla de North Somerset.

La angosta entrada del Estrecho de Bellot, escondida detrás de algunas islas, quedó sin descubrir, navegando el barco por la costa Oriental de un país desconocido, al que dió Ross el nombre de Boothia Felix en honor del Mecenas merced á cuya liberalidad había podido llevar á cabo su pensamiento, y dando también el nombre de Boothia Golf al golfo en que á la sazón se hallaban.

La estación estaba ya bastante avanzada, y el 31 de septiembre establecieron en Felix Harbour, situado á los 69° 59′ de latitud Norte y 92° 1′ de

longitud Oeste, su cuartel de invierno. Allí realizó Ross el plan que meditaba hacía tiempo, y que consistía en quitarle á la *Victoria* la casi inservible máquina de vapor y convertirla en barco de vela.

Once meses permaneció el buque aprisionado entre los hielos, ante un paisaje que ofrecía el aspecto más triste que puede imaginarse, pues semejaba una inmensa y blanca superficie en la que no había objeto alguno que excitase el menor interés.



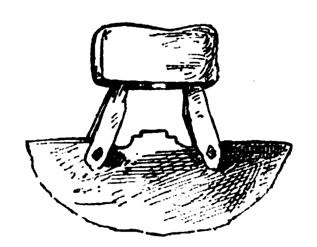
Mujer esquimal de la orilla septentrional del Continente Norte americano (De fotografía)

El 9 de enero de 1830 aparecieron ante los expedicionarios repentinamente seres humanos: eran esquimales que recorrían el país y habían edificado á unas dos millas inglesas del barco un pueblo compuesto de doce chozas de hielo sobre una pequeña eminencia de la costa.

El aspecto exterior de estos esquimales traía á la memoria á aquellos otros vistos por Ross en sus anteriores viajes á Groenlandia y á la isla de Cúmberland. Sus bondadosos semblantes mostraban el mismo óvalo, los mismos ojos negros ó castaños y bastante juntos, la misma nariz y labios gruesos, estando todos ellos más ó menos taraceados, principalmente en la frente y á ambos lados de la boca y de la barba. Este adorno no ostentaba figuras determinadas, pues consistía tan sólo en líneas y puntos que les cubrían también la superficie de las manos.

Los viajeros lograron captarse la amistad de estos indígenas, y al siguiente día hicieron una visita á su pueblo. Las chozas parecían calderas puestas del revés. El capitán Ross pudo presenciar la edificación de una de ellas; los esquimales comienzan por allanar el terreno en el que piensan edificar la vivienda. Del hielo amontonado y prensado por los temporales cortan bloques cuadrados de diez á quince centímetros de grueso y cuarenta en cuadro; esta operación la hacen con cuchillos de hueso, y después, en un diámetro de tres á cinco metros, los ponen en círculo hasta

formar una bóveda. La puerta la abren por dentro, y, desde ella, un estrecho canal de cincuenta centímetros de profundidad conduce al centro de la vivienda. Por medio de este canal ponen la entrada más baja del nivel del sitio donde duermen, preservándose hábilmente del frío é impidiendo que salga el aire caliente. En las hendeduras de las paredes meten mucha nieve. La baja puerta se cierra de noche con una plancha de nieve ó un pedazo de hielo, y el interior de la choza se alumbra por medio de un pedazo de hielo colocado en medio del techo. El mobiliario de una de estas chozas consiste en un sofá de hielo cubierto de pieles que sirve al mismo tiempo de cama, y ante él arden las lámparas, hacia las cuales vuelven los pies sus moradores cuando se acuestan.


Cuchillo en forma de media luna

Dichas lámparas, que arden constantemente, son allí los únicos medios de calefacción. A los lados de las artesas, hechas de esteatita, juguetean gran número de llamitas, cuyo constante entretenimiento forma una de las principales ocupaciones de las mujeres esquimales. Sobre la lámpara cuelga, en un armatoste de palos, porción de manteca de foca, de la cual cae sin cesar en su receptáculo la grasa derretida por el calor, reponiendo de este modo su consumo. Dichas lámparas son cuidadas con tanto esmero, que por regla general reinan en el interior de la choza de 18 á 20° de calor, mientras la temperatura exterior suele ser de 20 á 30° bajo cero.

Si la choza sirve de residencia á más de una familia, se edifican á veces una junto á otra estas viviendas en forma de cúpula, comunicándose entre sí por medio de aberturas ó estrechos canales. Del mismo modo agréganse también las despensas á las casas. Durante los meses de verano tienen por vivienda ligeras tiendas transportables.


Extremo de una lanza de pesca de los innuitas

Los vestidos que usan los innuitas del continente y de las islas vecinas son por lo general parecidos á los de los groenlandeses; los habitantes de Cúmberland llevan en la espalda de sus chaquetas una punta prolongada que les llega hasta los talones. El corte de las pieles elegidas para los vestidos se efectúa con un cuchillo en forma de media luna, cuya hoja era antiguamente de pizarra ó de cualquier otra piedra cortante. Los pedazos de piel

se sortean por separado, y se cosen de modo que los diversos colores forman en el pecho y en la espalda simétricas figuras. Anchas tiras de piel más obscura forman el adorno y dan, en unión de unos flecos de cuero, agradable aspecto á los vestidos.

También en otras cosas se parecen mucho los innuitas del continente á los groenlandeses. El uso del *kajak*, bote de pesca, está extendido por todas partes, lo mismo que el del *umyak*, siendo también semejantes, con poca diferencia, las armas, trineos y otros utensilios. Interesantes son unas lanzas destinadas á la caza de las aves acuáticas, que además de su punta cortante tienen otras tres que salen del centro del puño y vuelven hacia adentro, ofreciendo la ventaja de que en el caso de que la punta delantera resbale junto al animal que se trata de cazar, queda éste sujeto por el cuello ó por las alas entre las otras dos. Con el fin de dar mayor fuerza al arma cuando la arrojan, usan los esquimales unos palos de cerca de cuarenta y cinco centímetros de largo, en cuyo remate posterior se introduce el dardo, con lo que el brazo logra darle mayor impulso.

El grabado con que va ilustrada la página 193 del tomo I demuestra claramente el empleo de esta arma.

Igualmente está muy generalizado el uso de la lanza de pesca de tres garfios que, lanzada rápidamente, se clava en el lomo de los peces mayores, y cuyas tenazas le sujetan haciendo imposible su huída.

En sus conversaciones con los esquimales adquirió Ross interesantes noticias acerca de la geografía de la península de Boothia; y al observar que las cartas que había mandado trazar concordaban en alto grado con la realidad, utilizó muchos de sus datos en el transcurso de su viaje.

Por fin el 17 de septiembre de 1830, al cabo de once meses, consiguió el barco verse libre de su prisión, pero á los pocos días quedó de nuevo encerrado entre los hielos, y no tuvieron más remedio que procurarse otro cuartel de invierno á pocos kilómetros de distancia del anterior. Gran desaliento apoderóse de los compañeros de Ross al verse otra vez expuestos, y casi en el mismo sitio, á los rigores del interminable invierno ártico; y con el fin de sacar todo el partido posible de su angustiosa situación, organizó Ross algunas excursiones en trineo por tierra, por cuyo medio llevó á efecto algunos valiosos descubrimientos. Una de dichas excursiones, dirigida por John, descubrió el llamado istmo de Boothia, estrecha lengua de tierra en el centro de la península. Visitóse además la costa Norte de la gran isla de King Williams Land ó tierra del Rey Guillermo, situada al Oeste del Estrecho de Rae, donde habían de sucumbir algunos años después porción de individuos de la expedición de Franklin.

El descubrimiento más interesante y de importancia realizado por Clark Ross fué el del polo magnético septentrional en la costa Sudoeste de

Boothia Félix. Por las observaciones de los anteriores viajeros polares se había calculado que este punto misterioso, en el cual la aguja magnética no se desvía en modo alguno de la línea perpendicular, debía de estar situado en las cercanías de los 70° de latitud Norte y 98° 30′ de longitud occidental. Clark Ross, en mayo de 1831, emprendió un viaje en trineo en busca de aquel punto, al cual llegó el día 1.° de julio.

«El país, dice el explorador, es muy llano en las costas; mas á una legua de distancia tierra adentro elévanse colinas de 50 á 60 pies de altura. Hubiéramos deseado que punto tan importante, elegido por la naturaleza como centro de una de sus grandes fuerzas ocultas, hubiese estado señalado por algún signo especial, pero solamente hallamos algunas chozas de esquimales abandonadas, en cuyas cercanías acampamos para inmediatamente dar principio á nuestras observaciones.

»Establecimos nuestro observatorio todo lo más próximo que nos fué posible al polo magnético. La desviación de la aguja magnética señalaba 89° 59′; faltaba, por lo tanto, un minuto tan sólo para la dirección perpendicular; comprobóse también la proximidad del polo al paraje donde nos hallábamos por la completa inacción de las agujas horizontales que llevaba conmigo. Estas estaban delicadísimamente hechas, y ni una sola mostró la menor inclinación á desviarse de la posición en que se hallaba, hecho que demuestra que el punto de atracción está situado á una distancia horizontal muy pequeña. Tan pronto como pude aclarar este punto comuniqué á mis compañeros el resultado de nuestros esfuerzos, hecho lo cual izamos el pabellón inglés y tomamos posesión, en nombre de la Gran Bretaña, del polo magnético septentrional.

»En los pedazos de piedra caliza que cubren la costa hallamos material suficiente para erigir una columna de regular altura. Pusimos debajo de ella un tubo de plomo, dentro del cual iba la noticia de nuestro descubrimiento. Sólo sentimos no poseer medios suficientes para levantar una pirámide de más elevación, pero aunque hubiera sido la de Cheops, no hubiese podido satisfacer más á nuestra ambición en aquel memorable día.»

La latitud de este lugar era de 70° 5′ 17″ y la longitud occidental de 96° 46′ 45″.

El 28 de agosto de 1831 consiguió el *Victory* abandonar por segunda vez la prisión invernal en que los hielos le habían retenido; pero lo mismo que en el caso anterior, al cabo de algunos días vióse obligado por las masas de hielo á penetrar en una bahía situada á los 70°18′, donde Ross tuvo que hacer invernada por tercera vez. Cada día se convencían más los expedicionarios de que no podrían volver con el barco á Inglaterra, y por lo tanto tomaron la extrema resolución de abandonarlo y ver si podían llegar á Groenlandia en trineos y en botes.

El 23 de abril de 1832 dió comienzo aquel largo y peligroso viaje; para ello cargaron en los trineos y los botes las provisiones necesarias, y con indecibles esfuerzos arrastraron los primeros sobre el hielo de la costa. Con el relato de las penalidades que pasaron podría escribirse una obra; al fin el 30 de junio halláronse en la costa occidental de la isla Somerset, en el lugar mismo en donde había abandonado Parry al *Fury* y guardado, como ya hemos dicho antes, las provisiones que contenía aquél. En dicho paraje mandó Ross edificar una casa que sirviese de refugio á la tripulación hasta fines de julio, ó sea á principios del invierno ártico. Como trataban de alcanzar con los botes la bahía de Baftin antes que regresasen los balleneros que ejercían su profesión en aquel sitio, hiciéronse los infelices á la mar el día 1.° de agosto; pero después de penosa lucha contra las tempestades y ventiscas de nieve, y las inmensas masas de hielo, tuvieron que volverse á su refugio, invernando en él por cuarta vez, y alimentándose con las mencionadas provisiones dejadas allí por Parry.

En julio de 1833 trataron de nuevo de salir de aquel cautiverio. Esta vez lograron sus esfuerzos mejor fortuna, pues el 26 de agosto tropezaron en el Estrecho de Láncaster con un barco que había estado en otro tiempo á las órdenes de John Ross, y cuya tripulación acogió con el mayor júbilo á los aventureros, á los que Inglaterra contaba hacía tiempo entre los muertos.

El 20 de octubre de 1833 llegaron á Londres después de cuatro años y medio de ausencia. Ocho meses antes había salido de allí el capitán George Back, el mismo que tomara parte en la expedición que Franklin realizó por tierra, juntamente con algunos compañeros, en busca de Ross y de sus gentes. Las instrucciones que llevaba eran seguir desde el gran lago de los Esclavos, en dirección Nordeste, el hasta entonces desconocido curso del Thlew-en-hoh-desseth ó gran río de los Peces, y penetrar desde su embocadura en aquellas regiones en que suponían que se hallaban dichos expedicionarios.

El día 8 de agosto llegó Back á Fort Resolutión, en el citado lago de los Esclavos; el 10 dió principio á la investigación de la Hoar Frost River, situada en su extremo Norte, y que con sus numerosas cascadas y corrientes ofrecía inmensas dificultades á los viajeros. El río corría por un paisaje de grandiosidad selvática: enormes peñascos elevábanse cual colosales torres sobre las cascadas, mostrándose tan pronto cubiertos de musgo de diferentes colores como sombreados por árboles; presentábase de repente á la vista de los viajeros un tranquilo lago, y de repente también veían elevarse á gran altura verdaderas nubes de vapor originadas por deshecha catarata.

Luego que Back hubo descubierto el lago de Aylmer, rico en islas, y

el nacimiento del gran río de los Peces, regresó á una choza levantada en el extremo superior del gran lago de los Esclavos para invernar allí. El invierno fué terrible, pues en enero y febrero de 1834 descendió el termómetro en varias ocasiones hasta 57°1′ bajo cero. La madera seca se resquebrajó; los expedicionarios sufrieron sobre manera á causa del gran número de grietas que se les abrieron en manos y pies, y las cuales les obligaban á untarse constantemente con grasa. La intensidad y crudeza del frío causó tal deserción y mortandad en cuantos seres vivientes habitaban aquellas regiones, que en el transcurso de la invernada los europeos sólo oyeron una vez el graznido de un cuervo alrededor de la choza, después de lo cual tan sólo los silbidos del viento interrumpieron el espantoso silencio del árido desierto.

Al fin, en los últimos días de abril cedió en su crudeza la temperatura, y el 25 del mismo mes recibió Back por medio de un bote la noticia de la milagrosa salvación del capitán John Ross y de sus compañeros.

Semejante noticia ponía término al objeto de la expedición, pero Back decidió continuar las comenzadas investigaciones y seguir el curso del gran río de los Peces; al efecto mandó transportar su bote por medio de rodillos hasta un punto de embarco que había visto el año anterior, y el día 7 de julio de 1834 dió comienzo á la travesía por dicho río, al que se reunían gran número de lagos, alcanzando á veces una anchura de dos mil pies, y terminó felizmente su reconocimiento (1).

Back hizo el descubrimiento de que el río, á los 67° de latitud Norte, entraba en el mar por una bahía situada al Sur de King Williams Land. El 29 de julio llegó Back, más allá de un majestuoso promontorio al que dió el nombre de Cabo Victoria, al mar Polar, en el que no pudo penetrar á causa del mal estado del bote que tripulaba. Después de una ausencia de tres meses y medio volvieron los viajeros á Fort Reliance, continuaron la exploración de los alrededores, y hasta el otoño de 1835 no volvieron á Inglaterra.

El día 14 de junio del año siguiente púsose Back á la cabeza de una nueva expedición, que llevaba el propósito de penetrar por la bahía Repulse, situada al Sur de la península de Melville, en dirección Oeste, y consignar la continuación del curso de la costa Norte. Su barco, *El Terror*, quedó preso entre los hielos antes de llegar á dicha bahía, y después de pasar un invierno sufriendo todo género de privaciones y miserias, volvióse á Inglaterra el año de 1837, sin haber conseguido llevar á la práctica su pensamiento.

(1) George Back: *Narrative of the Arctic Land Expedition to the mouth of the Great Fish River.*

La gloria de llenar los paréntesis que aún quedaban en la costa Norte les estaba reservada á Peter Warren Dease y Thomás Simpson, que en julio de 1837 viajaron por el espacio de costa comprendido entre Return Reef y Point Barrow, y en los dos años siguientes completaron el conocimiento de la costa Norte por lado opuesto. Este último viaje, llevado á efecto en los dos botes *Cástor* y *Pólux*, pertenece á las más intrépidas y grandiosas travesías en bote que se hayan realizado jamás en los mares árticos, pues recorrieron los viajeros una distancia de más de 2.400 kilómetros. Desde Fort Confidence, en el Gran Lago de los Esclavos, remontaron los audaces exploradores el río Dease, bajaron por el de las Minas de Cobre, y siguieron á lo largo de la costa hasta el Cabo Turnagain, desde donde penetró Simpson á pie hasta el Cabo Alejandro, punto desde cuyo remate vió hacia el Este un mar libre de hielo, y al Norte, allende el llamado Estrecho de Dease, un inconmensurable país al que dió el nombre de Victoria Land.

Luego que los descubridores invernaron en Fort Confidence, en el Gran Lago de los Osos, volvieron en el año de 1839 al mismo paraje en que habían tenido que suspender sus trabajos el año anterior. El 20 de julio transpusieron el Cabo Turnagain, y el 10 de agosto llegaron los expedicionarios al angosto estrecho situado entre el Continente y King Williams Land al que dieron el nombre de Simpson. Desde allí penetraron hasta un riachuelo que embocaba al pie de la península de Bothia, al que bautizaron con el nombre de Cástor y Pólux River, nombre, como se sabe, de los botes en que verificaban la travesía.

A su regreso diseñaron los intrépidos navegantes las costas meridionales de King Wiliams y Victoria Land, y el 24 de septiembre llegaron á Fort Confidence.

Con estos viajes podía considerarse terminado el reconocimiento de la costa Norte del Continente americano; no obstante, aún quedaba entre la península de Melville y Boothia un espacio sin explorar de cerca de 60 millas inglesas.

Los expedicionarios lograron al propio tiempo en este viaje el convencimiento de que dicho continente desaparecía hacia el Norte, convertido en un gran número de islas, entre las cuales había que buscar el paso Noroeste.

Pero la certidumbre de que dicho paso, aún cuando existe, no era navegable, deducíase de las dificultades sin ejemplo con que habían tenido que luchar Ross y Parry á cada instante antes de alcanzar el laurel de la victoria. Al considerar que no tenía utilidad práctica desapareció el interés de este problema, cuidándose de allí en adelante el Almirantazgo de no provocar ni proteger empresas destinadas á semejante objeto.

Esta especie de tregua en las empresas árticas fué interrumpida por el anciano John Barrow, secretario del Almirantazgo, quien no pudiendo desechar la idea de que se descubriese antes de su muerte el citado paso



John Franklin

Noroeste, logró atraerse al presidente del Almirantazgo, marqués de Nórthampton, de tal manera, que éste decidió enviar una última expedición con el encargo de penetrar por el Estrecho de Láncaster y el Estrecho de Barrow, pasando por la isla de Melville, hasta el Estrecho de Bering

El Almirantazgo confió el mando de dicha expedición á John Franklin, que desde el año 1835 ejercía el cargo de gobernador de la Tierra de Van Diemen, y el cual acogió con alegría tan honrosa misión, tanto más cuanto que le permitía abandonar un destino monótono de que había llegado á cansarse.

Aunque Franklin contase ya casi sesenta años de edad, parecía el más á propósito entre todos para proporcionar al pueblo inglés la gloria de realizar tan deseado descubrimiento.

Su nombre era una garantía nacional para la expedición, ejerciendo influencia casi mágica, pues tan pronto como Franklin aceptó el mando de la expedición, los más insignes individuos de la marina británica se disputaban el honor de acompañarle. Entre los elegidos hallábanse hombres que se habían distinguido en muchas travesías ó que habían visitado con Ross, Back y Beechey los mares árticos.

Los preparativos de la expedición lleváronse á efecto con exquisito cuidado, eligiendo el Almirantazgo para ella dos barcos que, á las órdenes de James Clark Ross, volvían de hacer un viaje de opimos resultados al Mar Polar Meridional, y que se conservaban en perfecto estado y eran á propósito para el objeto.

Estos barcos llamábanse *Erebus* y *Terror*, y Franklin eligió el primero como almirante, y al capitán James Fitzjames de comodoro; el segundo iba mandado por el capitán Francis Richard Crozier.

Todo el personal de la expedición componíase de 137 individuos, y «nunca, escribe uno de los que tomaron parte en ella, se ha visto una tripulación semejante, compuesta toda ella de hombres tan valerosos y tan bien elegidos oficiales.»

Henchidos de risueña esperanza abandonaron el día 19 de mayo de 1845 el Támesis, para ir en busca de su tenebroso destino. El 22 de julio fueron vistos ambos barcos en la bahía de Melville, en Groenlandia, por el ballenero Martín, que conversó con la tripulación; cuatro días más tarde, al anochecer del 26, viólos también el ballenero Dannet á la entrada del Estrecho de Láncaster. Estas fueron las últimas noticias que se recibieron de la expedición.

Transcurrió el año de 1846 sin que se abrigase temor alguno respecto al paradero de los barcos, los cuales llevaban provisiones para tres años; mas habiendo transcurrido también los años de 1847 y 48 sin recibirse noticia alguna de Franklin, fueron despertándose paso á paso negros presentimientos y cuidados, que se aumentaron al ver que ninguno de los numerosos pescadores de ballenas que ejercen su oficio en la Bahía de Baffin, en el Estrecho de Davis, en el de Láncaster y en la Bahía de Hudson descubriese la menor huella de los desaparecidos, así como tampoco

otra expedición mandada por la Compañía de la Bahía de Hudson en los años de 1846 y 47, á las órdenes del Dr. John Rae, para reconocer las aún inexploradas partes de la costa comprendidas entre las penínsulas de Melville y Boothia, pudo dar la menor noticia acerca de la suerte de la expedición de Franklin.

Hízose general el deseo de buscar á los desaparecidos y tomar medidas enérgicas para su salvamento, comenzando al efecto una serie de expediciones, que en la historia de la navegación polar ártica constituyen capítulo aparte, y en su conjunto, como dice con gran acierto Karl Brandes (1), «son un inolvidable monumento del amor patrio, de los sentimientos humanitarios y de la actividad y previsión británicas, que brillarán hasta el más remoto porvenir, y cuya historia, como asombroso y vivo ejemplo de heroico sacrificio, despertará en todos tiempos el más grande interés y admiración. Pero todavía aumenta nuestro entusiasmo al dirigir una ojeada á la manera como lo ejecutaron: en tal acto no se vislumbra el menor asomo de mezquinos temores ni vacilaciones, sino que por todas partes se ostenta el convencimiento del deber; todas las consideraciones desaparecen ante la noble emulación de los diferentes rangos y clases; por doquiera ofrecen los navegantes, desde los de más alta á los de más humilde posición, sus servicios, proporcionándose con la mayor liberalidad los medios necesarios para tamaña empresa.»

Traspasaríamos el espacio de que podemos disponer si quisiéramos narrar más minuciosamente el curso de todas estas grandiosas expediciones; tenemos, por lo tanto, que limitarnos á relatar brevemente que la expedición de James Clark Ross del año 1848, que salió con los dos buques *Enterprise* é *Investigator* en dirección Este en busca de Franklin, alcanzó tan escaso resultado como las investigaciones de los capitanes Moore y Kellet, que con los barcos *Plover* y *Herald* cruzaron el mar Polar al Norte del Estrecho de Bering. No obtuvo mejor éxito tampoco una expedición por tierra realizada por los doctores John Richardson y Rae, amigos antiguos de Franklin, la cual expedición reconoció la costa Norte de América entre los ríos Mackenzie y Minas de Cobre.

El fracaso de todas estas tentativas aumentó todavía más el temor acerca de la suerte de los infelices viajeros, envuelta en el más profundo misterio. De los tubos de latón conteniendo noticias que debió arrojar Franklin al mar allende los 65° de latitud Norte no se había hallado ninguno: en ninguna isla ni costa se descubrió ni asta de bandera ni otra señal que recordase á los desaparecidos. Jamás se había hecho tan palpable y evidente la impotencia de las fuerzas humanas y la ineficacia de los

(1) *Sir John Franklin y los viajes realizados para su salvamento*, Berlín, 1854.

más sabios consejos ante la terrible fuerza de los elementos en aquellas desconocidas regiones del mar Polar.

Pero aunque hubiesen visto desvanecidas hasta entonces sus esperanzas, esto no obstante decidiéronse á enviar sin demora nuevas expediciones, y el Almirantazgo, á fin de avivar aún más el celo de los expedicionarios, prometió el premio de las veinte mil libras, señalado en tiempos anteriores exclusivamente al que descubriese el paso Noroeste, al que consiguiese salvar á los individuos de la expedición de Franklin, fuesen del país que quisiera.

Esto dió por resultado que en el año de 1850 tratasen de penetrar desde el Este en el laberinto de islas de la región polar americana nada menos que doce barcos. El pescador de ballenas William Penny llevó al mar Polar los buques *Lady Franklin* y *Sofía;* Horatio Thomas Austin *La Resolute;* Erasmus Ommanney *La Assistance;* Sherard Osborn *El Pioneer;* el teniente Cator *El Intrepid;* Saunders *El North Star;* Codrington, Forsyth y Parker Snow el yacht *Prince Albert,* y el incansable veterano de las navegaciones polares, John Ross, que contaba entonces setenta y cuatro años, la goleta *Félix* y el yacht *Mary.* A éstos unióse una expedición enviada por los americanos á las órdenes de E. J. Haven y S. P. Griffin, que capitaneaban los barcos *Advance* y *Rescue.*

Además de estas expediciones aisladas fueron los barcos *Enterprise* é *Investigator,* al mando de Richard Cóllinson y Robert John le Mesurier y M'Clure, subiendo por cabo de Hoorn hasta el Estrecho de Bering, para reconocer desde el Oeste las partes del Mar Glacial situadas al Norte de Alaska.

Por último, debemos recordar otra expedición mandada por el teniente Pullen, que tenía el encargo de penetrar en botes desde la embocadura del Mackenzie hasta la Tierra de Banks, vista por Parry el año de 1820.

Para resumir los resultados de todas estas expediciones, diremos sencillamente que las primeras huellas de los desaparecidos, ó sea algunos campamentos abandonados, fueron descubiertas el día 23 de agosto de 1850 por Ommanney en el Cabo Riley; otros rastros fueron descubiertos por Penny en la costa Este del Canal de Wéllington, que recoda hacia el Norte desde el Estrecho de Barrow; y al fin, el día 27 de agosto, parte de la escuadra de Penny halló, al Este de la isla de Beechey, situada á la entrada del Canal de Wéllington, un paraje donde gran número de datos indicaban que había acampado allí largo tiempo una gran expedición. Aún se veían, entre las huellas de los troncos y los senderos que cruzaban en todas direcciones, los lugares donde habían trabajado los herreros y carpinteros; un jardinito de siete pies de largo, rodeado de musgo, contenía aún algunas hierbas antiescorbúticas y se veían claramente los si-

tios donde habían estado los almacenes y las tiendas. Los monumentos más lúgubres que indicaban la permanencia de la expedición de Franklin los constituían tres sepulcros colocados el uno junto al otro, hechos por manos rudas, pero por corazones conmovidos, y que se elevaban cerca de la playa, recordando en su sencillez las sepulturas de los antiguos cementerios de los pueblos ingleses.

Las inscripciones, escritas sobre planchas de madera y colocadas á la cabecera de los sepulcros, decían así:

Sacred TO THE MEMORY OF W. BRAINE, R. M. H. M. S. EREBUS, Died April 3, 1846, Aged 32 years. „Choose ye this day whom ye will serve.“— Joshua, c. 24. Part of 15. V.	Sacred TO THE MEMORY OF JOHN HARNELL A. B. H M. S. EREBUS, Died Jan. 4th, 1846, Aged 25 years. Haggai, c.	Sacred TO THE MEMORY OF JOHN TORRINGTON, WHO DEPARTED THIS LIFE JANUARY 1st A. D. 1846, ON BOARD OF H. M. S. TERROR, AGED 20 YEARS.

Por los datos contenidos en estas inscripciones quedó demostrado que la expedición de Franklin había pasado el invierno de 1845 á 1846 en la isla de Beechey, pero por ninguna parte hallaron el más pequeño indicio que indicase en qué dirección había proseguido su camino.

La entrada del invierno puso fin á las investigaciones por aquel año de 1850, y parte de los barcos refugiáronse en los cuarteles de invierno en la costa occidental de Cornwallis-Land, mientras que las dos embarcaciones americanas emprendieron el viaje de regreso á su patria, adonde ya se había dirigido Forsyth.

En el transcurso del invierno no dejaron de hacer tentativas los expedicionarios para proporcionar noticias á los sobrevivientes de los barcos *Erebus* y *Terror* de la presencia de los que iban en su auxilio; unas veces elevaban globos que arrojaban tiras de papel impreso á largas distancias; otras daban caza los marineros á las zorras polares, que recorren larguísimos trechos y las dejaban en libertad después de haberlas provisto de collares de hoja de lata que contenían en su interior comunicaciones impresas.

En la primavera de 1851 realizaron diversas excursiones en trineo, que si bien proporcionaron interesantísimos conocimientos de los alrede-

dores, no lograron obtener noticia alguna de los marinos desaparecidos.

Las más importantes de estas partidas en trineo son las del capitán Ommanney que con cincuenta y dos hombres exploró la Prince of Wales Land, situada al Sudoeste, trazando toda la costa Norte y Noroeste de aquel país, mientras su teniente Browne consignó el curso de la costa oriental y reconoció además el Estrecho de Peel. Según los descubrimientos de Ommanney, la longitud de las costas diseñadas era de más de 950 kilómetros, y una profunda bahía en la costa Noroeste de la Prince of Wales Land fué bautizada con su nombre.

Al mismo tiempo llegó el teniente Aldrich con diez y seis hombres á la isla de Byam Martín y al hasta entonces desconocido canal del mismo nombre, mientras que el teniente Mac Clintock, en compañía del teniente Bradford y 36 hombres, penetró, recorriendo más de 1.400 kilómetros, hasta el Cabo Dundas, en la isla de Melville, y á la vez que su compañero exploraba la parte Norte reconocía él la costa meridional sin poder hallar otras huellas que las que indicaban la visita de Parry en el año de 1820. Penny realizó también esta clase de excursiones en el Canal de Wéllington, cuyo curso siguió hasta llegar á los 76° 30′ de latitud, desde donde vió un estrecho desconocido hasta entonces y que en la actualidad lleva el nombre de Estrecho de Penny. A aquel pasaje llegaron poco antes los barcos mandados por Haven, que iban camino de su patria, cuando se vieron circundados por el hielo, cuyos témpanos los arrastraron por el canal de Wéllington arriba. El 22 de septiembre había descubierto Haven en la parte Norte del dicho canal un gran país muy árido, al que dió el nombre de Grinnell en honor del comerciante de Nueva York así llamado que había dado los barcos y costeado además todo lo necesario para la expedición. A fines de noviembre pusiéronse en movimiento las masas de hielo en dirección contraria, haciendo retroceder á los barcos hasta el Estrecho de Barrow, y por el de Láncaster, á la bahía de Baffin, en la cual les libró el verano del año 1851 de sus heladas cadenas (1).

El verano del año 1851 transcurrió sin que consiguieran hallar ningún nuevo vestigio de la expedición de Franklin, por lo cual volvieron á Inglaterra todos los barcos que habían tratado de hallarle, para no exponer á los marineros á otra invernada.

Acerca de las demás expediciones enviadas en 1850, diremos tan sólo que la tentativa del teniente Pullen de llegar á la Tierra de Banks desde

(1) Esta expedición de Grinnell, por más que obtuviese pequeños resultados, figura entre las más terribles y peligrosas que se hayan verificado jamás en las regiones árticas. En ella tomó parte el que fué más tarde célebre navegante polar Elisha Kant Kane.

la entrada del Mackenzie fracasó por completo, pues la gran cantidad de hielo que circundaba la costa Norte del continente americano hizo imposible la exploración del país.

En su consecuencia á fines del verano del año 1851 sólo faltaba el in-



Robert Le Mesurier M' Clure

forme de la expedición que á las órdenes de los capitanes Cóllinson y M' Clure había emprendido el largo camino alrededor del Cabo de Hornos y por el Estrecho de Bering.

El *Investigator*, mandado por el segundo de dichos capitanes, alcanzó en el Pacífico al *Enterprise* tripulado por Cóllinson, pues al salir de Honolulu, en vez de navegar por la vía de Kamtschatka al Estrecho de Bering, como era costumbre hacerlo en aquella época, dirigióse en línea recta hacia el Norte y pasó por las Aleutas, penetrando luego en el Mar Polar septentrional.

El día 5 de agosto de 1850 dobló el *Investigator* el extremo Norte de Alaska, Point Barrow, y por el delta del Mackenzie llegó á las aguas de la costa que estaba libre de hielos y al Cabo Parry, al Sur de la Tierra de Banks. Desde allí divisó M' Clure, hacia el Nordeste, una elevada costa, de la que tomó posesión el día 7 de septiembre en nombre de Inglaterra. Era el extremo meridional de la Banks Land vista por Parry; M' Clure, creyendo tener ante sí un país completamente desconocido, dió á la isla el nombre de Baring Island en honor de Sir Francis Baring, á la sazón presidente del Almirantazgo.

Contra lo que esperaban, vieron abundante caza entre los peñascos, que tenían más de 300 metros de altura. Además de infinidad de rastros de liebres y renos, divisaron innumerables gansos y patos silvestres que en grandes bandadas iban en busca de más templado clima. Al seguir M' Clure la costa en dirección Nordeste desde Nelson Head, ó sea el punto más meridional, descubrió el 9 de septiembre un canal de unas treinta millas de ancho que separaba á Baringsland de una costa cuyas montañas, cubiertas de nieve, se extendían á larga distancia hacia el Este, donde se perdían en el horizonte. M' Clure bautizó esta costa completamente desconocida con el nombre de Prinz Albert Land, y después, abrigando las más risueñas esperanzas, penetró en el estrecho que tenía ante su vista.

«Apenas puedo describir mi agitación, dice M' Clure en su diario. ¿Sería posible que este canal por el que navego comunicase con el Estrecho de Barrow y fuese el tan buscado paso Noroeste? ¿Es creíble que á un ser tan insignificante como yo le fuese dado alcanzar lo que han intentado inútilmente desde hace siglos los hombres más sabios é importantes de nuestra nación?»

Estas preguntas hacíase á sí mismo el investigador, que tuvo que esperar algunas semanas para obtener respuesta á ellas. Cada vez acumulábanse mayores masas de hielo en el canal; el termómetro descendió hasta —7° 5′ C., y el día 17 de septiembre se encontró el barco que tripulaba en los 73° 10′ de latitud Norte y 117° 10′ de longitud Oeste, cercado completamente por ellas, cuando tan sólo distaba 30 millas de aquella serie de canales que con los nombres de Estrecho de Banks, Estrecho de Parry ó de Melville, Estrecho de Barrow y Estrecho de Láncaster, forman el verdadero paso Noroeste.

La posibilidad de penetrar más allá con el barco en el transcurso de aquel invierno había desaparecido, presentándose ante M' Clure el problema de si obraría con más cordura emprendiendo el regreso ó invernando en medio del hielo, lo cual nadie había intentado hasta entonces. Esto último era por demás expuesto, pues todos los familiarizados con la naturaleza ártica afirmaban que se perdería sin remedio quien lo intentase.

Pero el atrevido navegante, para no perder las posiciones alcanzadas, decidióse á llevar á cabo aquella temeridad sin ejemplo y dejó que el barco quedase por completo incrustado en aquel mar congelado.

El 28 de septiembre pusiéronse de nuevo en movimiento las masas de hielo en dirección al Estrecho de Barrow, pero á los dos días detuviéronse otra vez. Con gran frecuencia en el transcurso de este período corrió peligro el barco de ser triturado por la enorme presión que sobre él ejercían los enormes bloques, y más de una vez tuvieron los intrépidos navegantes que prepararlo todo para en caso necesario poder salvar la vida. Por fin el 10 de octubre desapareció el peligro, quedando tranquilas las masas.

M' Clure tomó cuantas disposiciones creyó necesarias para hacer una excursión en trineo y llegar á la desembocadura del Estrecho del Prince of Wales, y acompañado de seis marineros partió con tal objeto el día 21 de octubre, llegando después de inmensas penalidades, al anochecer del 25 del mismo mes, al pie de un promontorio que se elevaba á gran distancia hacia Nordeste.

La mañana del 26 de octubre de 1850 fué hermosísima, y el cielo estaba completamente despejado de nubes, cuando M' Clure, con el corazón palpitante, subió á la cima del promontorio que tenía 200 metros de elevación. En aquel momento salió el sol por el Oriente y poco á poco fué descorriéndose el velo que cubría el grandioso panorama que yacía á los pies del descubridor. A la primera mirada conoció que la costa de Banks ó Baring Land se extendía aún doce leguas hacia el Nordeste y que después doblaba marcadamente hacia Noroeste formando aquella costa divisada treinta años antes por Parry desde la isla de Melville. Al Sudeste del sitio donde se hallaba M' Clure, y separada del mismo por el estrecho del Prince of Wales, cercado por los hielos, se hallaba la costa de la Prince Albert Land; y finalmente, hacia el Norte, Nordeste y Este, extendíanse las heladas aguas de azulado color del Estrecho de Melville.

Ninguna isla intermedia, ninguna lengua de tierra impedía á la mirada extenderse hasta el inconmensurable horizonte en que debía encontrarse la isla de Melville, pudiendo M' Clure decir conmovido que *por él había sido descubierto el paso Noroeste, y por él quedaba realizado el ideal de muchos pueblos y siglos* (1).

A pesar del huracanado viento que reinaba, no por eso bajaron M' Clure

(1) En nuestro relato seguimos la obra del comodoro Sherard Osborn, escrita en vista del diario del M' Clure, que lleva por título: *The Discovery of the North West Passage*, Londres, 1856.

y sus acompañantes de la cúspide del Mount Observation (que fué el nombre que dieron á su observatorio situado en las inmediaciones del Cabo Russel) hasta haber levantado una gran pirámide de piedras, en cuya base colocaron un sucinto informe de su descubrimiento.

Sin preocuparse por las masas de hielo que aprisionaban el barco, pasaron el invierno los afortunados descubridores, y aprovecharon la primavera del año 1851 para hacer excursiones en trineo encaminadas á buscar huellas de Franklin; mas fueron vanos cuantos esfuerzos hicieron con tal objeto.

De los guías de este grupo, el teniente Samuel Cresswell visitó la costa Norte de Banks Land, determinando el carácter de isla de la misma; el teniente Ww. H. Haswell, que iba al frente de otro, visitó la Prince Albert Land, descubriendo allí el estrecho de igual nombre, en cuyas cercanías tropezó con unos esquimales que era la primera vez que veían europeos y que no tenían la menor noticia de la expedición de Franklin.

Un tercer grupo, á las órdenes de Maten Robert Wynniatt, no obtuvo mejor resultado en una expedición que hizo hacia el Nordeste.

Entretanto llegó el verano, cuyos calores derritieron parte de los bancos de hielo. Lentamente movíanse las masas impulsando al barco hacia Nordeste con rumbo al Estrecho de Melville hasta una distancia de 25 millas de éste. Pero una vez allí comenzaron las aguas á congelarse de nuevo, desapareciendo por tanto la posibilidad de penetrar por entre sus inmensas masas que cerraban la entrada del Estrecho del Prince of Wales, como una muralla de muchas leguas de espesor.

No bien hubo M' Clure dádose cuenta de semejante hecho, cuando decidió inmediatamente volver la proa del barco para ver si le favorecía más la suerte circundando la Banks Land y penetrando por la parte Norte en el Estrecho de Melville. La travesía hasta allí era sobre manera peligrosa, pues á lo largo de la costa sólo había un estrecho canal que al principio tenía diez kilómetros de ancho, pero que poco á poco iba disminuyendo hasta doscientos sesenta y cinco metros. La costa caía perpendicularmente hacia el mar, bañada por las espumosas olas de la marea, de modo que hacían imposible toda aproximación á ella; así es que el barco estaba en constante peligro de ser aplastado por las masas de hielo ó estrellado contra las peñas, donde era imposible toda salvación. Contra lo que esperaban, llevaron á cabo la arriesgada travesía; pero á la entrada del Estrecho de Banks, que separa la Tierra del mismo nombre de la isla de Melville, penetró el barco entre tan enormes témpanos, que parecía decidido el fin del *Investigator*. Empujado y prensado por todas partes crujía éste, y tan amenazadores colgaban sobre él los altos picachos de los palacios de hielo flotante, que más de una vez creyó la tripulación llegada su úl-

tima hora. En el centro del canal cerrábanse los montes de nieve formando aquella enorme barra de muchas leguas de espesor que treinta años antes le había dicho al valiente Parry: «¡De aquí no pasarás!,» cuando trataba de ir desde el Este en busca de un mar libre.

Por fortuna fué impulsado el barco el día 23 de septiembre á una bien resguardada y profunda bahía de la costa Norte de la Tierra de Banks, en la cual no penetraron los amenazadores bloques. En acción de gracias por haberse salvado de tan inminente peligro bautizó M' Clure á dicha bahía con el nombre de Bai of Mercy. Pero el *Investigator* no debía jamás salir de ella.

Transcurrido el invierno del año 1851, llevó á efecto M' Clure en abril una excursión en trineo, acompañado de seis hombres, cruzando al través del hielo, que se hallaba abierto por todas partes, á la isla de Melville, y llegando el 27 del último mes citado al punto de invernada de Parry; pero en vez de encontrar en él un barco de los de la escuadra destinada á buscar á Franklin sólo halló las noticias que el teniente Mac Clintock colocara al pie del bloque de piedra levantado por Parry con una inscripción el día 6 de junio de 1851. En el mismo lugar depositó también M' Clure noticias acerca del curso de su expedición y del estado en que se hallaba el *Investigator*, volviéndose desilusionado á su barco, entre cuyos tripulantes se había desarrollado el escorbuto con tal violencia, que diez y seis hombres se hallaban atacados de él. Por fortuna, á la entrada de la primavera apareció la caza en abundancia, logrando matar tantos ciervos y liebres, que la tripulación podía comer carne fresca tres veces por semana.

Comenzó el verano del año 1852, pero inútilmente esperaron los pobres prisioneros que el hielo, licuándose, les diera su anhelada libertad. Verdad es que á mediados del mes de agosto presentáronse algunos sitios libres de él; pero éstos no eran suficientes para que el *Investigator* pudiese abrirse camino por aquel desierto helado que se extendía hasta perderse de vista. El 24 de agosto ya habían vuelto á cerrarse aquellos huecos; y convencido M' Clure de que era imposible la huída, comenzó á familiarizarse con el pensamiento de abandonar el barco en la primavera próxima, dividiendo la tripulación en dos secciones, una de las cuales marcharía hacia el Sur y la otra hacia el Este por tierra, único medio de poder salvarse. Los preparativos para tan desesperada resolución fueron hechos en el transcurso del invierno de 1852 á 53, y en abril de este último año ya estaban los trineos dispuestos para emprender la marcha, cuando la llegada de un extraño forastero el día 6 del mes citado puso en conmoción á toda la colonia. «Paseaba yo, dice M' Clure en su diario, con el primer teniente al lado del barco, reflexionando de qué modo podríamos cavar una sepultura en aquel helado suelo para un hombre que se

nos había muerto el día anterior, cuando vimos á lo lejos una extraña figura que se dirigía con rápido paso hacia nosotros. Creímos al principio que era uno de los nuestros perseguido por algún oso; pero cuando se hubo acercado unos cien pasos más levantó los brazos haciendo señas como los esquimales, al propio tiempo que exhalaba con el mayor esfuerzo sonidos que parecían gritos de angustia, tanto que nuestros pies quedaron como clavados en el suelo. El forastero acercóse entonces tranquilamente; mas cuando vimos que su rostro era negro como el ébano, nos preguntamos asombrados si teníamos ante nosotros á un habitante de otro mundo (1). Si hubiese tenido pies de chivo y rabo, hubiéramos emprendido la fuga creyendo que era un demonio; pero al ver que no era así, conservamos nuestra posición; si se hubiese hundido el cielo no nos habría producido tanto asombro como oir de boca de aquel negro las siguientes palabras:

»—Soy el teniente Pim; estaba anteriormente en el *Herald* y ahora en la *Resolute;* el capitán Kellett se halla á bordo de ella en Daily Island!

»Arrojarnos sobre él y estrecharle las manos fué obra de un momento; la tripulación comenzó á dar gritos de júbilo; los enfermos saltaron de sus lechos corriendo, y á todos nos parecía imposible la noticia de que estuviese próximo el auxilio.»

De dónde venía este socorro inesperado lo diremos después de relatar brevemente las aventuras de Cóllinson.

Inútilmente había tratado éste, luego de haber pasado trece días después que M'Clure el Estrecho de Bering, de doblar el extremo de Alaska; solamente consiguió salir por el Cabo de Barrow. Contrariado volvió por dicho Estrecho para pasar en Hongkong el invierno de 1850 á 51. En la primavera de este último año pasó otra vez por el Estrecho de Bering, llegando al de Prince of Wales, que ya había abandonado M'Clure. Como no consiguiese tampoco Cóllinson alcanzar el extremo del referido Estrecho, volvió á la entrada para emprender desde allí largas travesías á la costa occidental de Wollaston, Prince Albert y Banks Land. En la costa occidental de este último país halló Cóllinson la noticia de que M' Clure había penetrado con el *Investigator* en el Estrecho de Banks; pero el hielo en este último punto impedía toda tentativa de ir en busca de M' Clure, obligándole á invernar en la bahía de Walker, situada á la entrada del Prince of Wales. Desde allí envió Cóllinson varias expediciones en trineo, una de las cuales llegó al cuartel de invierno de

(1) A fin de protegerse contra el frío acostumbraban muchos de los que viajaban en trineo desde el Este, á pintarse el rostro de colores obscuros, costumbre que era desconocida de M' Clure.

la isla de Melville, á los veinte días tan sólo de haber sido éste abandonado por M' Clure.

Entonces la *Enterprise* navegó por los estrechos de Dolphin y Unión, hasta el de Dease, pasó el invierno de 1852 á 53 en la bahía de Cámbridge, pero vióse imposibilitada por el hielo de seguir adelante. En el transcurso de varios viajes en trineo verificados desde esta última estación, hallaron las tripulaciones algunas huellas de la expedición de Franklin, pero Cóllinson no consiguió llegar al punto en que había tenido lugar la tragedia, y después de haber invernado otra vez de 1853 á 54 en la bahía de Camden, situada al Oeste del Mackenzie, regresó á Europa.

En Inglaterra habíase esperado con ansia extraordinaria el regreso de los barcos *Investigator* y *Enterprise*, y al ver que los años pasaban sin tener noticia alguna de ellos, á los cuidados que se tenían por la suerte de Franklin unióse la incertidumbre por la de Cóllinson y M' Clure, pareciendo un deber ineludible el envío de una expedición en su busca.

Por lo tanto, otra vez el año 1852 hiciéronse á la mar cinco barcos; el mando superior de los mismos fué confiado á Sir Edward Belcher, á cuyas órdenes estaban los mandados por Kellett, Osborn, Mac-Clintock y Pullen. Los nombres de los barcos eran *Assistance*, *Resolute*, *Pioneer*, *Intrepid* y *North Star*. Además tomó parte el vapor de hélice *Isabel*, aparejado por la incansable Lady Franklin. Este iba á las órdenes de Edward A. Inglefield.

Varios descubrimientos llevó á efecto esta expedición. Inglefield, por ejemplo, penetró en el Estrecho de Smith casi hasta los 79° de latitud Norte, en cuyo punto le pareció ver mar libre, y al propio tiempo halló libre de hielo el Estrecho de Jones, por el que logró penetrar hasta los 84° de longitud occidental. Belcher halló también abierto el Estrecho de Wéllington y llegó á la Tierra de Grinnell, descubierta por de Haven, donde invernó; su escuadra se había dividido antes. Pullen se quedó con el *North Star* en la isla de Beechey, mientras Kellett y Mac-Clintock se dirigían con dos buques al Estrecho de Melville é invernaban en la isla de Dealy, situada al Mediodía de la de Melville. Mientras el tiempo fué á propósito para hacer excursiones en trineo, desde ambos cuarteles de invierno salieron gran número de expediciones, de las cuales la de Belcher llegó hasta la isla de Nord Cornwall, y desde allí, dirigiéndose al Este, hasta el Estrecho de Jones, y al regresar encontró el pequeño archipiélago Victoria. Los capitanes Osborn y Richards descubrieron en una de sus excursiones al Oeste las islas de Finlay y Paterson, al mismo tiempo que recorrieron un buen trecho de la isla de Melville. Hasta allí llegaron también Mac-Clintock y de Bray; pasaron por ella y descubrieron la de Prinz Patrick, mientras Mecham encontraba la de Eglinton. Mecham

pertenecía á la dotación de los buques *Resolute* é *Intrepid*, mandados por Kellett y Mac-Clintock, el primero de cuyos capitanes lo envió con provisiones para el segundo, y á la vez que desempeñaba dicha comisión visitó el cuartel de invierno de Parry en la isla de Melville, y allí, al pie del célebre bloque de piedra de asperón, halló, no tan sólo las noticias reseñadas por Mac-Clintock, sino asimismo, con gran sorpresa suya, las de M' Clure, en las que éste daba cuenta del descubrimiento del Paso Noroeste y del mal estado en que se hallaba su barco. Sin dilación envió Mecham emisarios que pusieran en conocimiento de su comandante tan importante noticia, el cual inmediatamente mandó hacia aquel punto al teniente Pim, cuya llegada tanto sorprendió á M' Clure el día 6 de abril de 1853.

Aquella fué la primera vez que en las desiertas regiones polares de América estrecharon sus manos dos hombres llegados á aquellos parajes, el uno procedente del Este y el otro del Oeste. Aquel extraño encuentro modificó, como es consiguiente, el proyecto de M' Clure; el *Investigator*, después de haberse transportado á tierra con gran cuidado todas las provisiones que contenía, fué abandonado el día 3 de junio. Su tripulación fué repartida entre la *Resolute* y el *Intrepid*, y consiguió abrirse paso á través del hielo hasta la isla de Delay.

En julio pusiéronse en movimiento los barcos de Belcher y Kellett para regresar á Inglaterra.

Por parte alguna lograron hallar ningún nuevo indicio de la expedición de Franklin, y el mal estado de la salud de la tripulación aconsejaba que se emprendiese el viaje de regreso. Desgraciadamente, todos los barcos fueron sorprendidos de nuevo por el invierno polar y aprisionados entre los hielos; los que iban á las órdenes de Belcher en el canal de Wéllington y los de Kellett en el extremo occidental del Estrecho de Barrow.

Llegó el verano de 1854, pero no los sacó de tan angustiosa situación. Por el contrario, al observar que los hielos iban elevándose sensiblemente en torno de las embarcaciones, lo mismo Belcher que Kellett viéronse en la necesidad de tomar la triste resolución de abandonarlas, considerándose felices cuando después de largo y penoso viaje en trineo lograron alcanzar la isla de Beechey en la que estaba anclado el último de los barcos que habían salido en la expedición, el vapor *North Star*, que era el destinado al transporte de provisiones. Aquella pequeña embarcacion no sólo tuvo que admitir á su bordo á las tripulaciones de los barcos de Belcher y Kellett, sino también á la del *Investigator*, por cuya causa llevaba una carga tan extraordinaria que le ponía en grave riesgo á la continua. Pero afortunadamente tropezaron en el Estrecho de Láncaster

con el *Phoenix*, comandado por el capitán Inglefield, que por encargo del Almirantazgo iba en busca de noticias de la expedición. Parte de la gente fué embarcada á bordo de dicho vapor, y al fin llegaron ambos barcos á Inglaterra en octubre de 1854.

Todavía tenemos que ocuparnos en otra expedición enviada por lady Franklin en 1851 en busca de su malogrado esposo, la cual expedición iba mandada por el irlandés William Kennedy.

Las pesquisas realizadas por éste con el barco *Prinz Albert* extendiéronse principalmente á la isla de North Somerset, en la cual descubrió aquel angosto estrecho que no había sido visto por John Ross, y que separa á dicha isla de la península de Boothia Félix. Diéronle el nombre de Estrecho de Bellot por haber sido el teniente José Renato Bellot el primero que navegó por él. Las exploraciones que hicieron en las costas de Nord Somerset no dieron resultado; pasaron por el Estrecho de Peel, y reconocieron además la Prince of Wales Land, situada enfrente, pero por ninguna parte hallaron el menor rastro de los desaparecidos, en vista de lo cual emprendió Kennedy, el día 9 de octubre de 1852, el regreso á Inglaterra.

Como se ve, el resultado de las investigaciones en busca de Franklin no podía ser más desconsolador. Nueve años habían transcurrido desde la partida de éste, y á pesar de los inmensos esfuerzos y sacrificios hechos no se había conseguido descorrer el velo que cubría el obscuro misterio de su destino.

No pudiendo admitirse que viviese ya ningún individuo de la expedición de Franklin en los desiertos helados del Norte, el Almirantazgo acordó no enviar más expediciones en su busca, considerar á los perdidos como muertos en servicio de la patria, y borrar sus nombres de la lista de la marina. A muchos parecióles una amarga decepción el descubrimiento del paso Noroeste; pues por más que se tributase al heroico valor de M' Clure la más entusiasta admiración (1), no podía desconocerse que dicho paso, descubierto después de 400 años de lucha, no podría aprovecharse jamás para el tráfico, pues los hielos que obstruían su entrada formaban inexpugnables barreras que debían considerarse eternas. Mas esto no obstante, debía el corazón humano sentirse henchido de orgullo al considerar que en aquellas lúgubres regiones de la muerte la actividad

---

(1) En recompensa de sus grandes servicios M' Clure fué nombrado Caballero, á la vez que se le concedieron las grandes medallas de oro de las Sociedades Geográficas de París y Londres. El premio de 20,000 libras esterlinas concedido al que descubriese el paso Noroeste parecióle excesivo al Parlamento por el descubrimiento de una vía innavegable, y M' Clure tuvo que contentarse con la mitad.

humana había podido arrancar á la naturaleza un secreto que parecía empeñada en guardar eternamente. Sólo nos resta mencionar los resultados obtenidos más tarde por algunas empresas realizadas para averiguar la suerte que cupo á la expedición de Franklin.

Al propio tiempo que el gobierno inglés renunció á toda nueva tentativa de esta especie, la Compañía de la Bahía de Hudson comisionó al viajero Dr. John Rae para que diseñase la aún desconocida costa occidental de la península de Boothia Félix, descubierta por John Ross. El citado explorador, en el período que duraron sus trabajos, tropezó el día 31 de marzo de 1854 con algunos esquimales errantes en la bahía de Pelly, los cuales habían visto en los primeros meses del año 1850, en King Williams Land, situada al Oeste, unos cuarenta hombres blancos que les dieron á entender por señas que su barco había sido aplastado entre los hielos. Estos hombres blancos marcharon luego hacia el Sur, pero al parecer habían perecido todos de hambre, pues algunas semanas después encontraron dichos esquimales en una pequeña isla vecina cinco cadáveres, y después en el continente, treinta más, todos pertenecientes á aquellos hombres blancos.

Este relato fué confirmado por el hecho de poseer los esquimales gran número de objetos que habían pertenecido á aquellos hombres. El Dr. Rae consiguió cambiar éstos por otros, obteniendo en el cambio dos docenas de cubiertos de plata marcados con los nombres y escudos de los oficiales de la expedición de Franklin. Además obtuvo parte de un telescopio, cuatro cuchillos, una plaquita de plata que al parecer había servido de puño de un bastón y que tenía unas iniciales, una cadenita para reloj, de oro, y una encomienda de la orden hanoveriana de los Güelfos que, en unión de un chaleco de franela marcado con las iniciales de Franklin, había sido llevada por éste.

Dichos objetos no dejaron la menor duda acerca del fin de parte por lo menos de la expedición de Franklin. Otra expedición enviada en 7 de febrero de 1855 por la Compañía de la Bahía de Hudson, á las órdenes de Green Stewart y James Anderson, trajo también porción de reliquias de la expedición de Franklin, entre ellas un par de zapatos para andar sobre la nieve, marcados con el nombre del cirujano Dr. Stanley, y además un pedazo de madera en el que estaba grabado el nombre del barco *Terror*. Los investigadores hallaron también gran número de esqueletos humanos entre la arena de la costa, pero á causa de los altos hielos no pudieron penetrar hasta King Williams Land, verdadero teatro de la catástrofe.

Habiendo deducido el Almirantazgo inglés por estos datos la seguridad de que no existiría ningún individuo de los que componían la expedición, y atendiendo á los inmensos sacrificios que habían costado las

investigaciones llevadas á efecto, rechazó cuantas instancias se le hicieron para mandar nuevas expediciones, mientras que la esposa de Franklin, por el contrario, adquirió con el resto de su fortuna el pequeño vapor de hélice *Fox* para continuarlas, eligiendo por capitán á F. Leopoldo Mac-



F. Leopoldo Mac-Clintock

Clintock, que tan notablemente se había distinguido en las expediciones árticas de James Clark Ross, Austin y Belcher.

El día 1.º de julio de 1857 hízose el barco á la mar desde Aberdeen, pero el invierno del mismo año tuvo que permanecer en la costa occidental de Groenlandia, y hasta el siguiente año de 1858 no pudo penetrar en el Estrecho de Láncaster.

En lucha continua con los hielos pasó Mac-Clintock el Estrecho de Prince Regent, la Bahía de Brentfort y el Estrecho de Bellot, pasando en este último punto el siguiente invierno. En febrero de 1859 pudo comenzar por fin las verdaderas investigaciones, y en marzo tropezó con esqui-

males que le refirieron que hacía algunos años que en las cercanías de King Williams Land había sido aplastado por los hielos un gran barco cuya tripulación, habiéndose salvado, marchó con dirección al Sur, pero que había perecido en el Continente. En el cabo Victoria refiriéronle otros esquimales que otro barco había zozobrado también cerca de King Williams Land, y de cuyo casco habían sacado madera por espacio de algunos años los esquimales. Aprovechando estas indicaciones, organizó Mac-Clintock varias expediciones en trineo, investigó la costa oriental de King Williams Land y el 25 de mayo, á 16 kilómetros al E. del Cabo Herschel, descubrió un esqueleto helado: los restos del traje le permitieron reconocer en él á un contramaestre de la expedición de Franklin, que había muerto probablemente de hambre.

Las tristes huellas que hallaba iban en aumento. En el extremo Norte de King Williams Land, en el cabo Félix, descubrió el teniente Hobson tres grandes tiendas llenas de vestidos, como asimismo restos de instrumentos y pertrechos de caza; y finalmente el 6 de mayo, en Point Victory, halló un montón artificial de piedras, debajo del cual había un cañuto de cinc que contenía un escrito dando noticias acerca del triste fin de la expedición de Franklin. Este memorable documento consistía en uno de aquellos formularios escritos en diferentes idiomas, como acostumbran á llevar consigo las expediciones inglesas, para meterlos en botellas y arrojarlas al mar. Probablemente, este formulario estaba escrito por dos personas distintas y decía así:

H. M. Ships Erebus and Terror
28 *mai* 1847. *Wintered in the Ice in*
Lat. 70° 5′ *N. Long.* 98° 23′ *W.*

Having wintered in 1846—47 *at Beechey Island in Lat.* 74° 43′ 28″ *N., Long.* 91° 39′ 15″ *W. after having ascended Wellington Channel to Lat.* 77° *and returned by the West side of Cornwallis Island.*

Sir John Franklin commanding the Expedition.

All well.

Al pie del documento había escrita de la misma mano, la siguiente advertencia:

Party consisting of 2 *Officers* 6 *Men left the ships on Monday* 24th *May* 1847.

Gm. Gore, Lieut.
Chas. J. Des Voeux, Mate.

La traducción de este documento es como sigue:

«28 de mayo de 1847. Los barcos de S. M. *Erebus* y *Terror* invernaron desde 1846 á 47 (1) en el hielo á los 70° 5′ de latitud Norte y 98° 23′ de longitud occidental, después de haber penetrado en el canal de Wéllington hasta los 77°, y regresó á lo largo de la costa occidental de la isla de Cornwallis. Sir John Franklin manda la expedición. Todos estamos buenos. Una división compuesta de dos oficiales y seis hombres abandonó los barcos el lunes 24 de mayo de 1847.

Gm. Gore, teniente
Chas. J. Des. Voeux, marinero.»

Este sencillo informe daba noticia del curso de la expedición hasta el 28 de mayo de 1847, y otros renglones escritos por otra mano al margen del formulario, hasta el año 1848.

Este apéndice dice así:

..... 1848. *H. M. Ships* Terror *and* Erebus *were deserted on the* 22nd *April,* 5 *leagues NNW. of this place, having been beset since* 12th *Sept.* 1846. *The officers and crews consisting of* 105 *souls under the command of Captain J. R. M. Crozier landed here in Lat.* 69° 37′ 42″ *Long.* 98° 41′. *This paper was found by Lt. Irving, under the Cairn supposed to have been built by Sir James Ross in* 1831—4 *miles to the Northward where it had been deposited by the late Commander Gore in June* 1847. *Sir James Ross' pillar has not however been found, and the paper has been transferred to this position which is that in which Sir John Ross' pillar was erected.—Sir John Franklin died on the* 11th *Juni* 1847 *and the total loss by deaths in the Expedition has been to this date* 9 *officers and* 15 *men.*

J. R. M. Crozier,
Captain and Senior offr.
and start on to morrow 26th
for Backs Fish River.

James Fitzjames, Captain
H. M. S. Erebus.

La traducción de lo anterior es como sigue:

.... «1848. Los barcos de S. M. *Terror* y *Erebus* fueron abandonados el 22 de abril á 5 leguas N. N. O. de este lugar, después de haber estado rodeados por el hielo desde el 12 de septiembre de 1846. Los oficiales y tripulaciones, compuestas de 105 personas á las órdenes del capitán J. R. M. Crozier, desembarcaron aquí á los 69° 37′ 42″ de latitud Norte

(1) Es extraña la falta cometida en el documento, que traslada la invernada en la isla de Beechey al año 1846 á 47, siendo así que tuvo lugar un año antes.

y 98° 41′ de longitud occidental. Este escrito fué hallado por el teniente Irving debajo de una pirámide de piedras, que se supone fueron acumuladas por Sir James Ross el año 1831, — 4 leguas hacia el Norte, —y debajo de la cual puso el comandante Gore el formulario en junio de 1847. En el lugar indicado por Sir James Ross no pudo ser hallada la pirámide, por lo cual fué llevado este papel á este sitio que concuerda con aquel en que debía estar la pirámide de Sir James Ross. Sir John Franklin murió el 11 de junio de 1847 y las víctimas de la Expedición por defunción son hasta la fecha 9 oficiales y 15 hombres.

J. R. M. Crozier,
Capitán y oficial más antiguo
Sale mañana 26
para ir al río de los Peces de Backs.»

James Fitzjames, Capitán
H. M. S. Erebus

Si estas breves líneas referían la historia de la expedición hasta abril de 1848, los numerosos restos que se hallaron por todas partes atestiguaban el triste fin de la misma. En aquellos glaciales desiertos había sucumbido del modo más miserable la orgullosa expedición, pereciendo en parte sus hombres helados después de terribles sufrimientos ó víctimas del hambre. Esquimales errantes que desde lejos habían observado á los náufragos, referían que muchos de los hombres blancos, al querer emprender la marcha, habían caído de repente al suelo y fallecido en seguida. Una mujer esquimal que vió partir á unos cuarenta hombres hacia la isla de Montreal, habiendo ido poco después á ella, sólo encontró con vida á uno de aquéllos. «Estaba sentado en la playa, dice la mujer; era alto y robusto, tenía la cabeza apoyada en una mano y los codos sobre las rodillas, y en esta posición quedó muerto al tratar de levantar la cabeza para hablarme.»

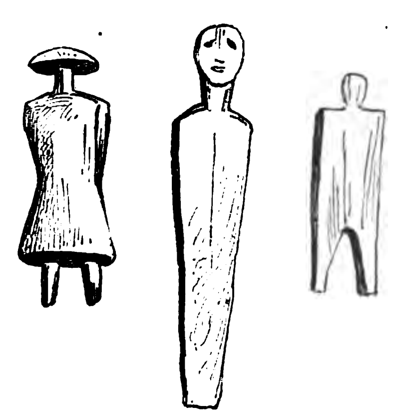
Se ignora la época en que exhalaron su postrer suspiro los últimos individuos de la expedición de Franklin. Según obscuros y apenas creíbles informes de los esquimales, el capitán Crozier y otro compañero no fallecieron hasta el año de 1864 en la isla de Southampton. Como además corría el rumor de que los esquimales poseían aún escritos y dibujos de la mencionada expedición, los americanos Charles Francis Hall en 1868, y Frederik Schwatka en 1878, llevaron á efecto varios viajes para inquirir lo que hubiera de verdad, en los cuales viajes llegaron hasta King Williams Land, teatro de la catástrofe.

A pesar de poder considerarse fracasado el objeto de la expedición, no por eso deja de dar importantes resultados este viaje, pues Schwatka pudo en 1858 fijar con precisión el derrotero seguido por los naúfragos; por las

huellas que encontró dedujo que éstos sólo habían podido caminar de dos á cuatro millas diarias, y en casi todos los puntos en que acamparon encontró las sepulturas de los que habían fallecido por el camino.

Gradualmente se iba notando la falta de fuerzas y el desfallecimiento de aquellos desgraciados, por la tosquedad y poco cuidado con que fueron construyendo las sepulturas de sus compañeros. Si las primeras se distinguían por grandes montones de piedras apiladas, las últimas sólo estaban indicadas por algunos montoncillos de guijarros. En una pequeña bahía de la península de Adelaida, que era el punto más extremo alcanzado por aquellos infelices, hallaron restos humanos aserrados y cortados, detalle que dió á comprender que el hambre que habían llegado á sentir los arrastró hasta el canibalismo.

Schwatka consiguió también comprobar que los esquimales habían hallado en aquel mismo sitio hacía muchos años un bote, el cual, además de esqueletos humanos, contenía una caja de cinc con libros y manuscritos que indudablemente serían los diarios de la expedición. Desgraciadamente, como tales objetos no tenían para aquellas gentes valor alguno, se los habían dado á sus hijos para que jugasen, haciendo ya mucho tiempo que habían sido destruídos tan valiosos documentos. Varios restos de un bote, un trineo sobre el que fué arrastrado aquél por el hielo, y los cables correspondientes, fueron transportados como reliquias á Nueva York.



Amuletos de los esquimales



VIAJES AL POLO NORTE POR EL ESTRECHO DE SMITH

Posteriormente al descubrimiento del innavegable paso Noroeste y á la confirmación del trágico fin de la expedición de Franklin, raras veces se internaba algún ballenero en el laberinto del archipiélago polar Norte-Americano, teatro de tantas decepciones, penali dades y miserias.

Las exploraciones polares fijaron entonces la atención en otros problemas, uno de ellos el reconocimiento del Polo Norte.

No disponemos de espacio suficiente para dar cuenta detallada de todas las expediciones que trataron de conseguir tal objeto, y por consiguiente nos limitamos á relatar brevemente aquellos grandiosos viajes verificados á las regiones polares más próximas á América. La iniciativa para ellos debióse al Dr. Elisha Kant Kane, que ya había tomado parte

en la primera expedición de Grinnell, destinada á buscar á Franklin. Grinnell puso á su disposición el excelente bergantín de vela *Advance*, y el día 30 de mayo de 1853, acompañado del Dr. Isaak Hayes y de Augusto Sonntag, salió Kane del puerto de Nueva York. El 27 de julio navegaba el *Advance* por la bahía de Melville en la costa Occidental de Groenlandia, y el 7 de agosto penetró en el Estrecho de Smith.

El *Advance* tuvo que luchar desesperadamente con el hielo y con las corrientes y borrascas, corriendo infinitas veces peligro de ser aplastado entre los flotantes témpanos. En una ocasión fué arrojado sobre la cúspide de un montón de hielo, y resbaló por la pendiente opuesta. Poco antes el violento choque de un gran témpano contra el barco había derribado una estufa que incendió el camarote y propagó el fuego hasta cerca del polvorín. Por fin el 23 de agosto no pudo continuar su marcha el barco y penetró en la bahía de Rensselaer á los 78° 37′, donde bien pronto quedó preso entre los hielos para no volver á verse libre jamás.

Era el primer buque que llegó á invernar en tan altas latitudes, y las observaciones meteorológicas y magnéticas que entonces se hicieron han sido de especial interés para la Ciencia. El 10 de octubre desapareció el sol en el horizonte, y transcurrieron ciento veinte días antes de que asomase de nuevo su rojo disco. El frío intensísimo de aquella larga noche polar fué verdaderamente espantoso, llegando en febrero de 1854 hasta —51° C. Tan sólo seis de los 95 perros esquimales que llevaban los expedicionarios y nueve de Terranova sobrevivieron á aquel crudo invierno; todos los demás enfermaron del cerebro y murieron poco después. El 26 de abril de 1854 partió Kane en trineo hacia el Norte, descubriendo el día 4 de mayo el mayor glaciar de Groenlandia, ó sea el de Humboldt.

Esta gran maravilla de la naturaleza es una masa de hielo de unos 100 metros de altura, cuya pared, que cae perpendicularmente hacia el mar, se extiende 170 kilómetros desde el Sur al Norte. Bien considerado, dicho glaciar forma parte de los hielos interiores de Groenlandia, que en aquella parte de la costa llegan hasta el mar y suministran diariamente gran número de aquellos enormes témpanos que marchan flotando sobre las aguas hacia el Estrecho de Smith y Bahía de Baffin.

Una tentativa de trepar hasta aquel gigantesco glaciar fracasó completamente, mientras que, por el contrario, el marinero William Morton y el esquimal Hans Hendrick consiguieron en una segunda expedición, pasando por su lado, llegar hasta el Cabo Independence situado en los 80° 40′ de latitud Norte, desde cuyo paraje, y también en dirección Norte, divisaron mar libre.

Al regreso de ambos confiaba la expedición, que sólo tenía provisio-

nes para año y medio, poder volverse á su patria, pero el verano transcurrió sin que se disolviera el hielo en que estaba preso el *Advance*. Kane se propuso llegar á la isla de Beechey y pedir auxilio al barco que llevaba las provisiones para la expedición de Franklin, que estaba allí estacionado; pero no obtuvo el menor éxito, y en su consecuencia no tuvo más remedio que invernar por segunda vez. Por fin el día 17 de mayo de 1855, y cuando ya había llegado al último límite la miseria, no descubriéndose el menor destello de esperanza que permitiese confiar en que el barco se viese libre, decidieron los americanos abandonarle y, arrastrando consigo sus botes, llegaron el 17 de junio al mar libre, el cual aprovecharon para dirigirse á la colonia groenlandesa de Upernavik, adonde llegaron á los ochenta y tres días de una peligrosa navegación y desde la cual dirigiéronse más tarde á su patria. Las penalidades de tan terrible viaje habían quebrantado tanto la salud de Kane, que éste falleció en la Habana el día 16 de febrero de 1857, á cuya ciudad se había dirigido para reponer su salud.

Su compañero el Dr. Isaak Israel Hayes llevó á cabo en julio de 1860 una nueva expedición al Estrecho de Smith en busca del mar libre visto por el marinero Morton y el esquimal Hans Hendrick, con la esperanza de poder penetrar por él hasta el Polo Norte. Su barco, la goleta *United States*, sólo pudo llegar hasta los 78° 30′ de latitud Norte, donde tuvo que hacer invernada. Todavía en octubre del mismo año verificó Hayes á pie una excursión á los hielos interiores de Groenlandia, y según parece penetró hasta 134 kilómetros hacia el Este. En abril y mayo de 1861 llevó á efecto un viaje á lo largo de la costa del Canal de Kennedy, divisando por los 81° 35′ de latitud Norte, hacia el horizonte, un promontorio al que dió el nombre de Cabo Unión. Todo daba á comprender que debía hallarse allí una superficie de agua abierta, pero Hayes no pudo llegar hasta ella. Su propósito de proseguir al siguiente año sus descubrimientos con un vapor, fracasó á consecuencia de haber estallado la guerra civil americana.

Por espacio de diez años no pensaron los americanos en nuevas empresas árticas, hasta que al fin, en 1871, la célebre expedición del barco *Polaris* á las órdenes de Charles Francis Hall se dirigió hacia aquellas regiones. Hall tenía una curiosa é interesante historia. Periodista primero, fué después el objeto de su existencia la investigación de la suerte que cupo á Franklin, y al efecto emprendió en 1860 su primer viaje á los mares del Norte, pero en vez de llegar hasta el teatro de la catástrofe, sólo consiguió alcanzar la bahía de Frobisher, en la cual por espacio de veinte meses entabló estrecha amistad con los esquimales, haciendo observaciones acerca de la vida y costumbres de estos habitantes polares mucho

más profundas que cuantas había logrado reunir hasta entonces europeo alguno. De 1864 á 69 reconoció, en compañía de dos de éstos, la bahía Repulse; en el transcurso de aquel lapso de tiempo se habituó á su vida y costumbres; penetró hasta la península de Melville, más tarde hasta el Estrecho del Fury y Hecla, y por último hasta King Williams Land, donde halló algunos restos de la expedición de Franklin.



Isaak Israel Hayes

La primera época de la expedición del *Polaris*, en la que á título de acompañante científico tomó parte el naturalista alemán Emilio Bessels, fué una navegación rápida y gloriosa, pues Hall consiguió conducir al barco por el Estrecho de Smith y el Canal de Kennedy, á parajes completamente desconocidos. Cuando el *Polaris* dejó detrás de sí este último Estrecho, divisaron hacia el Nordeste un nuevo país, al que dieron más tarde el nombre de Hall Land. Este formaba con sus profundos fiordos la continuación más septentrional de Groenlandia, dado que no sea una isla independiente unida á ésta por los hielos interiores que la cubren. Allí ganó el *Polaris*, el día 4 de septiembre, la altura polar de 82° 26′ á la que no se había llegado hasta entonces, penetrando al día siguiente en la bahía

á que dieron el nombre del barco y en la cual invernaron. Pero fuertes vientos rompieron el hielo é impulsaron al barco indefenso y aprisionado hacia el Sur. «En alas del viento, repercutían sobre la coraza de hielo del barco los roncos bramidos de la tormenta; los mástiles crujian y rechinaban los cables y las cadenas. El casco del barco retemblaba, y desde el hielo resonaban ecos lastimeros, como una fuga desenfrenada y salvaje.» Por fin, después de muchos peligros, consiguieron echar anclas en Hall Land, y el jefe de la expedición, en nombre de Dios y del Presidente de los Estados Unidos, tomó posesión de aquella desconocida costa. Verificaron algunas partidas de trineo, y el 8 de noviembre recibió la empresa un rudo golpe con la muerte de Hall; su cadáver recibió sencilla sepultura en la orilla del país por él descubierto, y sobre ella, en un monumento de madera, están consignados sus nombres y hechos.

Luego que hubo transcurrido la noche polar, que dura cuatro meses, y que apareció de nuevo el sol, reanudáronse por algún tiempo las excursiones en trineo y los trabajos científicos; pero los expedicionarios no tardaron en pensar en el regreso.

Cuando por fin el *Polaris* se vió libre el 12 de agosto de 1873, y se dirigía al Sur, un obstáculo seguía á otro, pues el barco se halló en medio de témpanos flotantes cuyos golpes le horadaron, teniendo que funcionar las bombas constantemente. En la noche del 15 de octubre, que era sumamente obscura, sucedió una terrible catástrofe. Formidables masas de hielo levantaron el barco y lo tendieron de costado comenzando á llenarse de agua. Es inexplicable la confusión que reinó; á toda prisa fueron transportadas las provisiones, que como medida de precaución tenían sobre cubierta, al hielo, pero mientras se ocuparon en este trabajo oyóse un terrible crujido: el hielo se abrió, y el *Polaris* hundióse en las aguas desapareciendo en la obscuridad. Diez y seis personas se hallaban á bordo; y diez y nueve, entre ellas dos mujeres esquimales y cinco niños, que se encontraban sobre el témpano, fueron también arrastrados al abismo.

Al amanecer no se vió rastro alguno del barco, y los que quedaron sobre el hielo se encontraron enteramente aislados. Las provisiones salvadas consistían en once sacos de galleta, catorce jamones, diez kilogramos de chocolate y ciento veinte latas de carne en conserva; había además bastantes armas de fuego y municiones, como asimismo mantas, pieles, una tienda y dos botes. Se arreglaron lo mejor que pudieron en el témpano, que tenía cinco millas de circunferencia, y cazaron aves y focas. El 1.º de diciembre desapareció el sol, empezando la noche ártica, la cual duró hasta el día 19 de enero, diferenciándose sólo el día de la noche por una ráfaga de luz que se veía en el horizonte: por lo demás, tan obscuro era el uno como la otra.

Un mes se sucedía al otro navegando sobre el témpano cada vez más hacia el Sur, pero también cada vez iban las olas mermando sus dimen-



siones, hasta que al fin quedó reducido á veinte yardas de circunferencia; siguió disminuyendo de tal modo que el día 1.° de abril ya no era capaz de soportar el peso de los náufragos, los cuales tuvieron que echar mano de los botes. Es indecible la miseria y privaciones á que hubieron de

hacer frente, hasta que el 21 de abril divisaron sobre un témpano un oso al que mataron de un tiro, pudiendo aplacar con su carne el hambre que los devoraba. Ya se hallaban en las cercanías de Terranova, cuando el 30 de abril de 1874, á los ciento noventa y seis días de haber emprendido aquel terrible viaje, fueron socorridos, á los 55° de longitud occidental, 53° 35′ de latitud Norte, por el vapor *Tigress.*

Mucho menos desgraciada fué la suerte de los que habían quedado en el *Polaris,* pues el barco volvió á la superficie apenas se hubo sumergido, consiguiendo la tripulación, compuesta, como se dijo, de diez y seis hombres, conservarlo á flote hasta el amanecer y ponerlo sobre la playa. Deshicieron el barco, construyeron una choza y pasaron en ella el segundo invierno.

En el transcurso del verano se rompió el hielo y entonces los náufragos aprovecharon aquella coyuntura para dirigirse, en dos grandes botes que consiguieron construir de la mejor manera que les fué posible, á las colonias dinamarquesas, desde las que regresaron á América pasando por Inglaterra.

La halagadora ilusión de que podría irse en barcos al Polo Norte y que alrededor de éste debía de existir mar libre comenzó á dominar también á infinidad de exploradores ingleses, á cuya iniciativa se debió que el gobierno inglés enviase una expedición con el encargo de atravesar por el Estrecho de Smith, que parecía el camino más á propósito á muchos sabios para llegar al Polo. Para dicha empresa fueron elegidos los dos excelentes vapores *Alert* y *Discovery,* y el mando de la expedición fué confiado al capitán George S. Nares, cuya brillante carrera era una garantía para que la empresa obtuviera excelente resultado. Juntamente con él iban los capitanes Stephenson, en el *Discovery,* y Albert Hastings Markham en el *Alert.*

El día 29 de abril de 1875 hiciéronse á la mar ambos barcos desde Portsmouth, y después de luchar tenazmente con los hielos consiguieron llegar con los barcos, pasando por el Estrecho de Smith y el Canal de Kennedy, hasta una latitud mayor que la alcanzada por Hall. El 25 de agosto penetró el *Discovery* en un punto situado en el lado Este de Grant Land, bajo los 81° 44′, mientras que el *Alert* logró llegar más hacia el Norte, hasta la costa Nordeste de dicho país, descubriendo allí la orilla de un ancho mar polar, el cual, á causa de su configuración, no podrá ser jamás transitado por barcos ni trineos. Lo angosto del Canal de Robeson, que conduce desde dicho mar hacia el Sur, impide la desaparición de los hielos que se acumulan allí anualmente, y que, por lo tanto, van haciéndose mayores con el tiempo hasta formar montañas de 40 metros de altura, de los cuales unos 15 constituyen una especie de laberinto de bloques

y témpanos de todas formas y tamaños que sobresalen de la superficie del agua. En el transcurso de diversas expediciones en trineo, dedicadas á explorar la costa Norte y Este de Grant Land, así como Hall Land y el fiordo de Peterman, intentaron el capitán Markham y el teniente Parr, acompañados de trece marineros, penetrar por aquel mar hacia el Norte, pero fueron incalculables las dificultades que á ello se opusieron. Con ayuda de picos, hachas y pólvora tenían que avanzar paso á paso arrastrando los trineos á medio cargar, lo cual les obligaba á andar y desandar varias veces el mismo camino, á la vez que les imposibilitaba de poder adelantar al día más de un cuarto de legua, hasta que por fin el día 12 de mayo llegaron á un paraje que sólo distaba 117 kilómetros en línea recta del *Alert*, y donde bajo los 83° 20′ 26″ de latitud izaron el pabellón inglés.

Varias exploraciones llevadas á efecto por Markham en este punto alcanzaron interesantes resultados: consiguióse partir el hielo é investigar la profundidad del mar, que era en aquel paraje de 71 brazas. Luego sumergieron un saco lleno de pan y de restos de carne, y quedaron admirados sobremanera cuando al sacarlo vieron que estaba todo él lleno de pequeños crustáceos.

La realización de todas estas observaciones costó indecibles sacrificios y dificultades. No obstante las exquisitas precauciones adoptadas, se declaró el escorbuto entre los individuos de la expedición, comprometiendo de tal modo la salud de los atacados que en el transcurso del viaje de regreso tuvieron que pedir á toda prisa auxilio al *Alert*, pero cuando llegó éste había fallecido ya uno de los enfermos, otros once tuvieron que ser transportados en trineo, y sólo tres pudieron hacer el viaje á pie. El resultado de esta excursión demuestra que es completamente imposible penetrar largo trecho por el hielo polar, y que el Polo Norte, que desde el sitio alcanzado distaba aún 399 y media millas inglesas, no podrá alcanzarse nunca desde el Estrecho de Smith.

Regresado que hubieron todos los exploradores, y habiéndose advertido un movimiento en el hielo el día 20 de julio, consiguió el *Alert* abandonar su cuartel de invierno el 31 del mismo mes; y como al poco tiempo se viese también libre el *Discovery*, emprendieron ambos el viaje de regreso.

Aunque el resultado de esta costosísima expedición fué otro desengaño para las esperanzas que alimentaban sus individuos, y además reinaba en Inglaterra gran disgusto, varios exploradores empezaron á hacer proposiciones en América con el objeto de llegar al Polo Norte. No es este lugar á propósito para que nos ocupemos de tantos y á veces fantásticos proyectos entre los que se hallaba el de ir al Polo en globo. Más

digno de atención pareció el formado por el capitán norte-americano H. N. Howgate, que propuso la fundación de una colonia polar, la cual podría establecerse en la bahía de Lady Franklin, situada á los 81° 40′ de latitud Norte, y en la que había descubierto Nares un depósito de carbón.

El gobierno de los Estados Unidos se opuso al principio á semejante proyecto, pero al fin llevóse á la práctica y se mandó allá una expedición por tres años á las órdenes del teniente A. W. Greeley, la cual expedición se hizo á la vela en el verano de 1881. Consiguieron llegar con asombrosa rapidez hasta el punto de su destino, ó sea al Estrecho de Lady Franklin, estableciendo Greeley en la bahía Discovery el fuerte Conger.

La misión principal consistía en la observación exacta del estado físico y meteorológico del territorio polar. En sentido geográfico pudieron enriquecer notablemente los conocimientos de aquellos países mediante varias excursiones en trineo verificadas en los años 1882 á 83. El teniente Lockwood consiguió en el año de 1882, en una expedición que hizo en dirección Nordeste, explorar la costa Norte de Groenlandia en un trayecto de más de 40 leguas, siguiéndola hasta los 83° 24′ de latitud occidental. Por lo tanto, este hecho sobrepujó al verificado por Markham el año de 1875, pues Lockwood penetró cuatro ó cinco millas más hacia el Polo de lo verificado hasta entonces.

Desde una eminencia de unos setecientos metros no divisaron los audaces exploradores tierra alguna ni hacia el Norte ni al Noroeste, viéndose en cambio hacia Nordeste, á los 83° 35′ de latitud Norte y 38° 28′ de longitud occidental, un alto promontorio al que dieron el nombre de Cabo Wáshington.

También las costas de Grinnell Land, situadas frente á las de Groenlandia, fueron más extensamente exploradas, descubriéndose al Sudoeste de las mismas un territorio desconocido al que dieron el nombre de Arthur Land. Un gran fiordo situado al Sudoeste de dicho país y de la costa de Gartfield fué bautizado con el nombre del guía de la expedición, ó sea Greeley.

Este mismo organizó en el verano de 1882 una expedición al interior de Grinnell Land descubriendo al propio tiempo el lago de Hazen, que tiene sesenta millas de largo por ocho de ancho. Por todas partes veíanse inmensos glaciares, hallándose en los valles una vegetación bastante rica para aquellos lugares, y encontraron también restos de chozas de esquimales y huellas de almizcleros y de renos. Desgraciadamente, aquella expedición tan fecunda en resultados había de tener un fin desastroso. Estaba convenido que la expedición, que sólo llevaba víveres hasta el verano

de 1884, había de ser buscada en los años de 1882 y 83 por barcos que la repostaran de provisiones. Mas contra lo que se esperaba, fueron tan crudos aquellos inviernos que, á causa de las inmensas masas de hielo



A. W. Greeley

que se formaron, no consiguieron, ni el vapor *Neptuno*, enviado en el verano de 1882, ni los buques *Proteus* y *Yantik*, enviados en 1883, ponerse en comunicación con Greeley.

Mejor éxito obtuvieron los esfuerzos hechos en el año 1884 por los vapores americanos *Bear* y *Thetis* al mando del capitán Schley; á ellos agregóse por parte de Inglaterra el barco polar *Alert*.

Entretanto la expedición sueca groenlandesa, al mando del barón Erik Nordenskiold, supo por unos esquimales en el otoño de 1883 que la expedición de Greeley había abandonado su campamento de Fort Conger, estableciéndose en una isla situada más al Sur. Concediendo á esta noticia la importancia que merecía, tan pronto como penetraron los barcos en la entrada del Estrecho de Smith, comenzaron las investigaciones. En efecto, sobre la cima de la islita de Brevoort, situada en la costa oriental de Ellesmere Land, hallaron un *cairn* ó montón de piedras bajo el cual encontraron noticias de Greeley fechadas en octubre de 1883. Estas decían que los expedicionarios, en agosto del mismo año y faltos de todo alimento, habían abandonado Fort Conger, llegando el 29 de septiembre á Baird Inlet, en la costa oriental de Ellesmere Land, acampando el 21 de octubre en un campamento fijo en las cercanías del cabo Sabina, pero que sólo tenían provisiones para cuarenta días y que ya experimentaban gran miseria.

Inmediatamente fueron llamadas todas las pequeñas divisiones, dirigiéndose el capitán Schley, en la lancha de vapor del *Bear*, al lugar designado, siguiéndole los barcos. ¡Qué cuadro de desolación se ofreció á la vista de los conmovidos marineros al llegar al campamento de aquellos desgraciados, que por espacio de nueve meses habían esperado inútilmente ser socorridos! Para llegar á ellos tuvieron que cortar la tela de la tienda, descubriendo entonces un confuso montón de cuerpos humanos, entre los que se hallaba el teniente Greeley, que sólo tenía ya fuerzas para levantarse un poco apoyándose en tierra con pies y manos. Estaba vestido de pieles y llevaba en la cabeza una gorra de lana encarnada, de punto de aguja, que hacía resaltar más lo demacrado de su rostro. Todos los ojos se llenaron de lágrimas al contemplar sus crecidos cabellos y barba, su semblante extenuado y sus ojos hundidos que despedían un brillo especial; su voz era apenas perceptible, pero hacía conocer claramente la inmensa emoción que dominaba al desgraciado.

A ambos lados de Greeley hallábanse agonizando dos de sus compañeros; Greeley acababa de leer las preces de los moribundos. Uno de ellos, el capitán Ellison, había perdido los pies y las manos á consecuencia del frío, y no podía ya levantar la cabeza; junto á él yacía el soldado Mauricio Cornell, que se moría de hambre. Otros cuatro, el sargento Brainard y los soldados Long y Frederick, así como el auxiliar del lazareto Beberbeck, pudieron aún salir de la tienda á gatas. Sus súplicas en demanda de alimento partían el corazón, mas al principio no pudieron darles sustento sólido y los fortalecieron con ponche de leche y amoníaco, á lo cual siguió más tarde caldo y leche caliente. Por espacio de bastantes días fué sumamente crítico el estado de aquellos infelices, pues á la primera alegría siguió una profunda postración. El espíritu de todos es-

taba sumamente abatido, siendo también muy torpes y débiles sus movimientos y muy apagada su voz. Ellison murió el 6 de julio, perdiendo antes la razón.

De aquellos 25 hombres que tres años antes habían partido hacia el Norte llenos de risueñas esperanzas para servir á la Ciencia, sólo seis regresaron á su patria; los restantes fallecieron de hambre y de frío en los desiertos del Cabo Sabina.

Bajo la triste impresión de estas noticias, toda la prensa del mundo civilizado expresó su deseo de que nadie emprendiese más expediciones al Polo Norte; la experiencia demostró, sin embargo, que tales impresiones son de corta duración, y que el incansable espíritu humano no cejará en su empeño hasta que logre arrancar á la Naturaleza su último secreto.

Ya espera el mundo con vehemente ansiedad el término de un viaje de exploración emprendido el 6 de junio de 1891 por el teniente Peary, acompañado de su joven esposa y de cuatro hombres, para dirigirse desde el glaciar de Humboldt hacia el Norte con el objeto de completar el conocimiento de la costa Norte de Groenlandia, y ya está alistando también un pequeño barco el dominador de los hielos interiores groenlandeses Doctor Fridtiof Nansen para la aventurada empresa de llegar al Polo Norte por el estrecho de Bering.

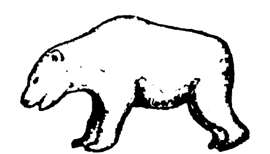


Figura de animal construída con un colmillo de morsa por los esquimales groenlandeses

DESCUBRIMIENTOS DE LOS AMERICANOS EN LA AMÉRICA DEL NORTE

DESCUBRIMIENTO DEL LEJANO OESTE Y EXPLORACIÓN DE ALASKA

Corría el año de 1776, cuando el toque de rebato de las campanas hizo empuñar las armas á los ciudadanos de Nueva Inglaterra para luchar por el bien más preciado de la humanidad, ó sea la independencia, á cuya integridad amenazaba el gobierno de la antigua madre patria.

En medio del fragoroso estruendo producido por las descargas de los fusiles y por el estampido de los cañones, las trece colonias inglesas de la costa oriental de la América del Norte proclamaron su independencia el día 4 de julio de 1776, causa sacrosanta por la que sostuvieron lucha sangrienta y encarnizada por espacio de ocho años. La paz firmada el 3 de septiembre de 1783, en la que se reconocía solemnemente la libertad de las colonias, determinó al propio tiempo las fronteras del naciente Estado, que debían ser: por el Norte los cinco grandes lagos, por el Oeste el Mississippí, y por el Sur la Florida española.

Las infinitas perturbaciones que siguieron á aquellas excepcionales circunstancias, en las que surgió la federación de los Estados Unidos de la América del Norte, apartaron completamente el pensamiento de los colonizadores ingleses de la gran obra del descubrimiento, quedando limitado éste por lo tanto, hasta principios del siglo XIX, al territorio comprendido entre el Océano Atlántico y el Mississippí.

En aquella época era Pensilvania el Estado situado más al Oeste; y desde Pitsburgo, uno de los puntos militares más extremos, todo el país situado al Oeste se denominaba *El Gran Desierto.* Paulatinamente fueron penetrando en este territorio los emigrantes, primero aislados, después en grupos y más tarde en verdaderas huestes, inundándole al fin como un mar desbordado.

El joven pueblo de los Estados Unidos comenzó á sentirse con fuerzas y á presentir el glorioso porvenir que le estaba reservado, y por eso cuando Napoleón I ofreció á la Unión la parte francesa de la Luisiana

situada á la orilla Oeste del Mississippí, no vaciló un momento en adquirirla, como lo hizo, y desde aquel instante pudo ensanchar sus fronteras. El hecho tuvo lugar en el año de 1803, y por dicha adquisición, no sólo se hicieron los Estados Unidos dueños de todo el valle del Mississippí, sino á la vez del inconmensurable territorio que se extiende hasta las Montañas Roqueñas.

Nadie sabía entonces la conformación ó estructura de dicho territorio, pues ninguna embarcación había surcado todavía sus formidables torrentes ni individuo alguno de la raza blanca cruzado sus ilimitados valles y praderas.

Los mapas terrestres de aquella época consignaban entre el Mississippí y el Océano Pacífico una gran mancha blanca, en la que se leían estas palabras: *The great American Desert. Unexplored.* «El Gran Desierto americano inexplorado.»

La actividad y energía de los ciudadanos de la joven Unión americana no eran condiciones á propósito para permanecer mucho tiempo en aquel estado de ignorancia, y por eso, en cuanto los sucesos políticos entraron en un período de relativa calma, el gobierno confió á los capitanes Meriwether Lewis y William Clarke la peligrosa misión de ser los primeros en penetrar en el dicho desierto.

Esto aconteció en 1803, fecha que marca el principio de la más gloriosa época de descubrimientos geográficos que haya tenido jamás América.

Desde entonces hasta el año de 1870 verificóse el descubrimiento del *Lejano Oeste*, de aquel territorio que con sus ilimitadas praderas y sabanas, sus montañas que parecen tocar al cielo, sus incalculables riquezas en oro y plata, sus majestuosos y encantadores paisajes, y por fin, con su inconcebible desarrollo y su progreso sin ejemplo en la Historia, merece llamarse con justicia el país maravilloso del Nuevo Mundo.

Cuando el gobierno de los Estados Unidos encargó á los capitanes Lewis y Clarke de la citada misión, hízolo principalmente con el objeto de hallar un camino que uniese el territorio del Mississippí con el de Colombia, sobre cuyo último país pretendieron ya tener derecho los Estados Unidos á raíz de su descubrimiento por el capitán americano Roberto Gray, derecho que les fué disputado por los ingleses y los españoles.

Creían que debía existir comunicación entre los citados países, atendiendo á las noticias del viajero John Carver, el cual, habiendo recorrido en los años de 1766 á 1778 el Alto Mississippí, decía que las fuentes del mismo pertenecientes al Misouri tenían su nacimiento cerca de Colombia (1).

(1) *Viajes de John Carver por los territorios interiores de la América del Norte.* Hamburgo, 1780, pág. 56.

Además de tener que dar solución á este importante problema, Lewis y Clarke fueron encargados de trabar amistad con los pueblos salvajes en cuyos países tocasen, y de establecer con ellos tráfico comercial. El día 14 de mayo de 1804 emprendieron el difícil y peligroso viaje acompañados de cuarenta y tres personas. Llevaban tan sólo tres botes, el mayor de los cuales, de una profundidad de sólo un metro, era impulsado por veintidós remos y una gran vela cuadrada, y estaba provisto de parapetos y de algunos pequeños cañones; los otros dos eran sencillos botes de remos (1).

La expedición ascendió por el Missouri conocido tan sólo en su parte baja, cuyas cenagosas olas corrían por el inacabable desierto. De pronto ofrecía el paisaje majestuosas praderas que á medida que avanzaban los exploradores iban ensanchando sus lejanos horizontes, hasta que finalmente, á todo lo largo de su curso, sólo se distinguía una estrecha cadena constituída por pequeños bosques de encinas, algodoneros y fresnos. Luego, transpuesto aquella especie de cinturón, dilatábase hasta una distancia incalculable un océano de hierba desnudo de árboles, por el que podían caminar los viajeros jornadas enteras sin ver el menor vestigio de madera ni de agua. Gran número de rebaños de búfalos animaban aquellas dilatadas llanuras en cuyas riberas se veía algo de bosque, oyéndose de vez en cuando crujir los juncos bajo las pisadas de los ciervos wapitis ó el estruendo producido por la caída de un tronco de árbol carcomido por los castores. En los barrancos habitaba el terrible oso gris y en los aires veíase el águila caudal.

Varias veces tropezaron los viajeros con peleteros franceses que vivían confundidos entre los diferentes pueblos indios que parecían hallarse bien con el salvajismo. Entre estos últimos hallábanse los osaguas, kansas, otos y poncas, que de día en día iban decreciendo á consecuencia de sus continuas guerras con los dakotas, llamados por los franceses *Nadouessioux* ó sencillamente *Sioux*. Este último pueblo dominaba en todo el territorio comprendido entre el Alto Mississippí y el centro del Missouri y vivía en continua lucha con todos sus vecinos. Al principio los dakotas mostráronse también hostiles á los americanos, tratando de oponerse á viva fuerza á que siguiera adelante la expedición, pero por fin dejáronles marchar y les dieron una gran fiesta de paz.

Dichos dakotas forman aún en nuestros días uno de los más poderosos pueblos indios del lejano Oeste, pudiendo considerárseles como el prototipo de su raza, puesto que en ellos se hallan unidos todos aquellos

(1) *History of the expedition under the command of Captains Lewis and Clarke to the source of the Missouri, thence across the Rocky Mountains and down the river Columbia to the Pacific Ocean etc. Prepared for the Press by Paul Allen.*

rasgos principales, que son más ó menos comunes á casi todos los pueblos de dicho país.

Si consideramos en conjunto á los indios del Oeste, representan una raza sumamente arrogante y bien formada. Son por regla general fornidos y de regular estatura, hallándose principalmente entre los dakotas, y sus vecinos los cheyenes, arrogantísimas figuras. Enérgico es el corte de los rostros, que son algo anchos, destacándose en ellos audazmente la aguileña nariz; anchos y fuertes son los pómulos y la barba; el cabello es negro, largo y áspero; la tez de un color de fuego claro, y en otros casos cobrizo rojo. Los perspicaces ojos son bastante pequeños y muy obscuros, teniendo lo blanco un tinte amarillento. La barba es pobre, y se la arrancan, lo mismo que las cejas; tienen la musculatura muy desarrollada y los pies y las manos generalmente pequeños.

Hacía resaltar las bellezas corporales el pintoresco traje, que por más que en los hombres se limitase en el verano al taparrabos y á los mokassines, en el invierno era de pieles de búfalo ó de ciervo, adornado con flecos y toda clase de bordados, de perlas y púas de puerco espín. Las grandes pieles de búfalo, ricamente pintadas en su interior, que llevan sobre la espalda, dan á las severas y silenciosas figuras de aquellos guerreros un aspecto sumamente digno que recuerda á los antiguos senadores romanos.

Los indios son muy aficionados á adornarse: se arreglan el pelo de distintas maneras entretejiéndolo con tiras de piel y cintas de colores, cuentas de vidrio y crines de caballo, pero siempre destaca sobre la cabeza la gran pluma del águila caudal. Bolsas de tabaco magníficamente bordadas, el indispensable saco de las pipas, collares de garras de oso y corazas de huesos de búfalo, completan el pertrecho del guerrero.

Más sencilla es la vestidura de las mujeres: ésta consiste en una larga falda de piel de ciervo, y usan unas mangas muy anchas y cortas, medias de cuero que les llegan hasta las rodillas, y encima los mokassines. Lo mismo que los hombres, son muy aficionadas á toda clase de adornos y no pocas veces se desfiguran las orejas por el uso de pendientes de un pie de largo, hechos de huesos y conchas, cuyo peso hace descender á veces el lóbulo hasta los hombros, á tal extremo que parecen delgadas correas de piel; también acostumbran á pintarse el rostro.

En la época en que Lewis y Clarke llegaron al Missouri hallaron aquellos pueblos en un estado de completa ignorancia; todas las prendas de vestir eran de cuero curtido, y la carne de los animales que cazaban constituía casi exclusivamente su alimento.

Entre estos animales ocupaba el primer lugar el bisonte ó búfalo americano, y á causa de su abundancia no sólo suministraba el sustento su-

ficiente, sino que ofrecía también al indio ocasión para atender á sus demás necesidades.

Las pieles gruesas servían de cubierta exterior de las tiendas, constituyendo un excelente abrigo contra el frío; á la vez se hacían de ellas rodelas, sillas de montar, barcas, una especie de cofres, lazos, etc. De las tripas hacían las cuerdas de los arcos, hilo, y de las pezuñas y cuernos, toda clase de utensilios de uso doméstico, proporcionando los huesos la cola, y el excremento un excelente combustible. Como se ve, toda la vida de los indios de las praderas de América del Norte dependía en alto grado de la existencia del búfalo; con él tenía que emigrar, y, persiguiendo á los rebaños en territorio ajeno, convertirse en guerrero, no para hacer conquistas, sino para conservar su existencia.

En tan peligrosa y continua lucha reconocieron los indios que el caballo, introducido por los españoles en América, y que desde los territorios del Sur que éstos ocupaban se había extendido hasta el Norte y vuelto al estado salvaje poblaba las praderas, se adecuaba perfectamente para ayudarles en su vida nómada. Comenzaron á cazarlos en las praderas ó se los apropiaban robándolos ó por medio del tráfico, y reconociendo la gran utilidad que les proporcionaría aquella para ellos nueva especie, en poco tiempo convirtiéronse numerosos pueblos en jinetes. Con la continua práctica se transformaron algunas ramas indias, como por ejemplo los comanches, en los más hábiles jinetes del mundo, viviendo exclusivamente de la caza y de la guerra. Sólo unos pocos pueblos, tales como los mandanos, los monitarios, los osaguas, los yantonais, los pawnees y los indios sacos y zorros se conformaron con la vida sedentaria, cultivando, junto con la caza, las plantaciones de maíz, calabazas y judías. Varias otras ramas, obligadas por vecinos enemigos y superiores á ellos en número á refugiarse en salvajes y estériles territorios, fueron decayendo poco á poco á consecuencia de las enormes privaciones, hasta descender al último grado de la vida social, alimentándose de raíces, culebras, lagartijas, saltamontes, etc.

Según el género de vida que llevaban eran también sus viviendas. Los indios nómadas contentábanse por lo general con ligeras tiendas transportables, que consistían en una armazón de estacas puntiagudas de 6 á 7 metros de circunferencia por 5 de altura, revestidas con cuero de búfalo y unidas unas á otras y muy adornadas con diversas pinturas. Los indios sedentarios vivían, por el contrario, en sólidas casas hechas de madera y tierra en forma de caldero, mientras que los cosninos, tontos y otros contentábanse con pobres agujeros en las peñas y gargantas.

A consecuencia de su género de vida errante poseen los indios muy pocas comodidades en las casas, limitándose á tener por todo ajuar algu-

nas pieles que les sirven de lecho, cucharas de cuero y algunos pucheros. Mucho más rico es su arsenal de armas, entre las que deben citarse en primer término el arco y las flechas; usan también mazas de madera y rompecabezas, que tienen unas puntas de piedra en forma de huevo en



Tipo de una india dakota (Dibujada del natural por R. Cronau.)

la parte superior, sujetas al mango por medio de fuertes correas. Armas parecidas son también los conocidos tomawaks, que primitivamente fabricaban de madera, piedra y huesos de animales, y que fueron sustituídos más tarde por hachas en el tráfico con los blancos. Los pueblos jinetes usaban con predilección lanzas y picas, y además cuchillos de escalpe, lazos, y más adelante fusil y revólver, que obtuvieron de los europeos.

Los indios de las praderas no reconocen forma de gobierno y cada uno goza de completa independencia. Cierto es que tienen jefes, pero éstos se preocupan más de los negocios exteriores que de los interiores de la tribu, y principalmente del modo de hacer la guerra. Por más que la

dignidad de cacique sea hereditaria, está sujeta á algunas condiciones, exigiendo principalmente gran valor y destreza en la guerra para lograr un séquito de partidarios. El número de guerreros á que manda un jefe es muy variado; á veces tiene 800 ó 1,000, y otro menos célebre apenas si tiene de 3 á 4. En el transcurso de una guerra el jefe principal es el que dirige las batallas y tiene el mando superior, desempeñando los demás jefes el papel de consejeros.

El consejo en que se tratan todas las cuestiones de importancia tiene lugar por lo común en una choza destinada á tal objeto, y los que toman parte en él se sientan generalmente en el suelo formando círculo, y después que la pipa de paz ha dado la vuelta todo alrededor, abre el cacique el consejo pronunciando un discurso, en el que hace gala de la especial elocuencia indígena, tan rica en metáforas. Las leyes son completamente desconocidas, y cuando los caciques hacen proposiciones que parecen beneficiosas para el bien común, cada uno es libre de seguirlas ó no. Si tiene lugar algún hecho violento ó alguna muerte, corresponde la venganza á la familia de la víctima.

En cuanto á las relaciones de familia, existe en todas partes la poligamia y, según es la posición del hombre, sostiene más ó menos número de mujeres. Por regla general se casan con una mujer después de la otra, pero á veces también con dos ó tres á un tiempo; y como el robo de éstas constituye una de las principales pasiones de los pieles rojas, llegan á reunir algunos guerreros una considerable lista de ellas. Si compran la mujer, la regatean primero mucho, teniendo lugar el casamiento sin ninguna ceremonia especial.

A consecuencia de algunas novelescas descripciones de viajes, existe la creencia de que la mujer india no es más que la esclava, el burro de carga de su marido, y no es así. Según antiguas tradiciones, no corresponde á la dignidad guerrera de los hombres el dedicarse á trabajos inferiores; su misión es mantener y defender á la familia. Las mujeres, por el contrario, tienen que preparar la comida, hacer los vestidos y utensilios, y construir las tiendas. Estos trabajos son muy soportables, y todas las mujeres tienen además tiempo suficiente para dedicarse á sus bordados, en cuyos colores demuestran su buen gusto.

Si la mujer es madre, ata al niño de modo que sus miembros, envueltos con tiras de paño y correas, tengan una posición natural; á todas partes donde va le lleva á cuestas, excepto cuando tiene que hacer trabajos más pesados; en este último caso cuelga al niño metido en su funda de la rama de un arbol ó de un pico saliente de una peña.

Si la felicidad de la niñez consiste en la completa libertad y descuido, nadie goza de juventud más hermosa que la de los indios.

Cuando ya saben andar se crían abandonados á sí mismos; raras veces se les impide que realicen sus deseos, y rarísimas también se les castiga.



Tipo de un antiguo indio dakota. (Dibujo del natural por R. Cronau)

Ya en edad temprana reciben armas, y solos recorren los bosques y las praderas cazando; las niñas, por el contrario, se entretienen con diversos juegos.

Tanto á su familia como á su tribu profesan los indios gran cariño y exponen su vida por el bienhestar de ambas. La ancianidad es muy

respetada, escuchando los jóvenes los consejos de los ancianos como si fueran oráculos. Sin cuidados, y contentándose con poco, son sumamente sociables y hospitalarios, socorriendo gustosos con sus sobrantes las necesidades de sus amigos. Perezosos y faltos de acción mientras tienen provisiones y está léjos el peligro, van los hombres tan alegres y decididos á la caza como la guerra en cuanto la necesidad lo exige. En el transcurso de sus campañas evitan los indios de la América del Norte descubrirse inútilmente, pues tratan, por el contrario, de sorprender á sus enemigos por la astucia ó por un ataque de improviso. Tampoco desdeñan el combate en campo abierto, arrojándose como tigres sobre sus enemigos y partiéndoles el cráneo antes de darles tiempo á empuñar las armas. Al vencido le pone el vencedor el pie sobre el pecho, rodea su cabello á su mano izquierda, hace un corte circular con el cuchillo de escalpe alrededor del cuero cabelludo, y de un violento tirón lo desprende totalmente del cráneo. Esta piel se curte primero cuidadosamente, y después, mientras dura el baile nocturno para celebrar la victoria, se consagra solemnemente en el fuego; en esta ocasión lo ponen estirado sobre un aro sujeto á un palo y adornado con infinidad de pequeños objetos. Las pieles de cráneo se consideran como los principales emblemas de la victoria, y después de rizar el cabello que llevan adherido, las ponen por adorno en los dobladillos de las vestiduras ó en las armas; en circunstancias especiales se las ve también puestas en fila en los largos palos que en las festividades ponen delante de los wigwams para pregonar las hazañas y glorias de las tribus. Por más que en la actualidad se le presentan al indio pocas ocasiones de demostrar sus sobresalientes cualidades guerreras, aún se estiman entre ellos en alto grado la destreza y el valor. La educación que reciben cuando niños va encaminada á despertar sus instintos belicosos: guerreros experimentados los instruyen en las diferentes artes de la guerra y les enseñan todo género de astucias y estratagemas que puedan en lo porvenir serles de utilidad en las batallas. Ante todo, los adolescentes procuran alcanzar aquella serenidad que antiguamente era la primera condición que se exigía á un buen guerrero. Sobrellevando con gran resignación terribles torturas demostraba el individuo su aptitud para ingresar en la casta de los guerreros, cuya mayor gloria consistía en conservar el valor y la serenidad hasta cuando sus enemigos los sometían al tormento, condiciones ambas que eran el reflejo de las que adornaban á su tribu.

Es indudable que los terribles tormentos á que sometían á sus enemigos los indios de la América del Norte nacían del deseo salvaje de arrancarles gritos de dolor, en cuyo caso los despojaban de su dignidad de guerreros y quedaban degradados hasta considerarlos como débiles mujeres.

El uso de bebidas alcohólicas era desconocido de los indios de las praderas antes de la llegada de los europeos, estando por el contrario muy extendido el uso del tabaco. Las pipas son generalmente de piedra; y las de paz, consideradas como sagradas, de una piedra roja especial que extraen de las canteras del santuario de la Raza Roja en el Sudoeste del Minnesota (1).

El tiempo que le dejan libre al indio la caza y la guerra lo emplea en reunirse con los demás compañeros de su tribu. En estas reuniones figura en primer término la narración de toda clase de historias, anécdotas y hechos heroicos. Además se distraen los guerreros con diferentes juegos y danzas. Entre los primeros el más generalizado es el de pelota, y los pueblos habitantes del alto Mississippí reuníanse en determinadas épocas con individuos de otras tribus para dedicarse á él. En cuanto á la segunda de sus distracciones, ó sea el baile, ejecutan mil danzas diversas, que no sólo sirven de solaz, sino que á la vez forman parte de muchos actos religiosos y políticos. Cada danza tiene distintos movimientos, á tal extremo que es casi imposible describir sus diferencias. Además cada pueblo tiene sus bailes propios, del todo diferentes de los de los otros. Si las mujeres toman parte en ellos dan algunos pasos á derecha é izquierda, poniendo los pies muy juntos, y se mueven apoyándose sucesivamente sobre los dedos y los talones. De este modo se deslizan con gran facilidad hasta un sitio determinado y vuelven á retroceder: y aunque sean muchas las que bailen guardan tan exactamente el compás, que la danza, que va acompañada con toda clase de cantos, no se interrumpe nunca.

El modo de danzar de los hombres encierra diferencias notabilísimas: éstos tan pronto encogen las piernas como dan fuertes patadas en el suelo, lanzando al propio tiempo gritos estridentes. Las danzas guerreras producen un efecto horrible y son ejecutadas por los indios tan pronto como pisan el campo de batalla ó regresan de él. Todos los que toman parte en el baile aparecen casi desnudos, pero con todas sus armas y extravagantemente pintarrajeados.

Uno va del todo embadurnado de rojo, otro de color ocre, un tercero de verde, y sobre este fondo pintan las más extrañas figuras y adornos. Otros se pintan todo el cuerpo de negro con rayas blancas, lo cual les da apariencia más de esqueletos humanos con movimiento que de seres vivientes. Los rostros simulan terribles muecas satíricas. Algunos encierran uno de los ojos dentro de un círculo de color azul muy fuerte, ó dentro

---

(1) Véanse *Viajes de Cronau por el país de los sioux*, págs. 53 á 64, como también las obras del mismo autor *En el Lejano Oeste*, págs. 79 á 88, y *De maravilla en maravilla*, t. I, pág. 13, y II, pág. 4.

de un círculo rojo, y se cubren las mejillas de rayas blancas, negras y verdes. Todos van engalanados con diversas insignias que demuestran sus hechos heroicos.

Estas insignias son diferentes en cada tribu, y tan sólo es general indicar en las vestiduras por medio de colores las heridas que han recibido en el combate (1).

Una vez reunidos todos los danzantes, abre el baile el jefe. Después de él levántanse los indios uno tras otro para cantar, mientras dura la danza, sus hazañas y las de sus antepasados, hasta que al fin concluyen por bailar todos juntos. Desde aquel momento el espectáculo se hace atrozmente repulsivo para los extranjeros, pues los danzantes demuestran por medio de horrorosas actitudes lo que piensan hacer con sus enemigos. Se inclinan sobre el suelo y miran atentamente como si buscasen el cuerpo de algún vencido y dirigen la vista á lo lejos y á las alturas como si estuvieran espiando á sus contrarios. Al propio tiempo agitan continuamente las armas, como si se amenazaran unos á otros, expresando con sus movimientos que quieren matar y desollar el cráneo á sus enemigos.

Lo fantástico desaparece por completo en aquel instante para dar paso á lo satánico. Los movimientos de los danzantes van tomando gradualmente actitudes más salvajes, apareciendo más diabólicos sus pintados cuerpos, más desencajados los semblantes y siendo más guturales los gritos; los ojos parecen arrojar fuego de sus órbitas, dilátanseles las ventanas de la nariz, castañetean los dientes, y sus gesticulaciones son propias de la locura más desenfrenada; en una palabra, el baile presenta el mismo aspecto que si mil infiernos hubiesen vomitado de su seno á sus moradores, y por eso se comprende que muchos europeos prefieran darse la muerte antes que entregarse en manos de aquellos demonios pintados.

En otros tiempos bailaban unas danzas disfrazados de diversos modos: por ejemplo, en el baile del búfalo llevaban sobre los hombros cabezas de estos rumiantes é imitaban todos sus movimientos característicos; también ejecutaban pantomimas que representaban las estaciones; pero estos bailes, de los que el pintor americano Jorge Catlin ha reproducido muchos, han desaparecido hace largo tiempo por desgracia.

Sin embargo de que los indios del Lejano Oeste están muy atrasados respecto á cultura en comparación de los pueblos del antiguo México y Perú, no carecen de signos de escritura, si bien se hallan éstos mezclados con los jeroglíficos, y según la mayor ó menor habilidad del que escribe, son más ó menos comprensibles.

---

(1) Véase *Del Reclamo*, de Cronau, pág. 41.

Los guerreros de mayor nota acostumbran á pintar las hazañas más sobresalientes de su vida en la parte interior de las pieles de los búfalos, y esta especie de crónicas de piel se transmiten de generación en generación como un sagrado árbol genealógico. De igual modo se conservan en la memoria los acontecimientos más importantes acaecidos en cada año; por ejemplo, por medio de figuras simbólicas representan la aparición de un meteoro de extraordinaria brillantez, un eclipse de sol en el transcurso del cual fueron visibles algunas estrellas, una copiosa lluvia de estrellas, una horrorosa tempestad, y el año en que apareció el primer hombre blanco en el país de los pieles rojas y edificó una casa de bloques á la sombra de un árbol.

La dificultad de este medio de expresión aumenta, como es natural, en cuanto hay necesidad de consignar conceptos ó ideas que no pueden expresarse por medio de figuras.

Y aquí empieza la dificultad de los jeroglíficos, pues el lector tiene que estudiar y adivinar dichos conceptos; y si para un profano es á veces sumamente difícil precisar su significación, para los indios, que están acostumbrados á ello, les es fácil comprender lo que quiere expresar el dibujante.

De los jeroglíficos pasaron algunas tribus á otros sistemas de escritura, los cuales desaparecieron al poco tiempo lo mismo que aquellos pueblos. Lo que sí se ha conservado hasta el presente en el trato directo de las diversas ramas de aquellas gentes es una música bastante desarrollada que se ha extendido por todo el Oeste, y que se usa entre los pueblos que hablan diferente dialecto.

Las enfermedades se achacan á la influencia de los espíritus malignos, y para extraerlos del cuerpo llaman á los *hombres de medicina*, que por medio de ademanes sumamente grotescos y valiéndose de brujerías de toda clase tratan de arrojar á los demonios que se han apoderado del cuerpo del enfermo. Además, estos hombres hacen uso de muchos remedios conocidos por ellos, que saben preparar perfectamente. Son muy hábiles para curar las heridas, los golpes y roturas de huesos, pero se ayudan siempre de sus conjuros consistentes en aullidos y danzas salvajes, sin lo cual los supersticiosos enfermos no creerían en la eficacia de los remedios.

Si resultan inútiles los esfuerzos del médico y muere el enfermo, visten lujosamente el cadáver, le pintan la cara y le ponen en las manos sus armas; terminados los cantos de duelo, lo envuelven en mantas y pieles de búfalo y lo llevan á la última morada.

La manera de dar sepultura á los muertos es muy diferente de otros pueblos; algunos conducen los cadáveres á cuevas ó antros ó los entie-

rran. La costumbre más generalizada consiste en colocarlos sobre altos armatostes ó en las ramas de grandes árboles, donde están resguardados de las fieras.

Muchas veces ponen al pie de los sepulcros los utensilios, joyas y armas de los muertos, y á veces también matan allí á sus caballos favoritos ó algunos esclavos.

Según las creencias religiosas de los indios, el *Dueño de la Vida* es el creador de todas las cosas y el principio del bien, y creen que es demasiado bueno para hacerles el menor daño. El espíritu del mal, por el contrario, siempre está pensando cómo puede dañar á los hombres, y le ofrecen sacrificios para que los mire más benignamente; le temen porque les ocasiona desgracias y porque trastorna la cabeza á sus mujeres y á sus hijos y guía las flechas de sus enemigos. Temen á sus enviados, los demonios, que los rodean por todos los caminos; el agua, los bosques, las peñas, el aire y la hierba están llenos, según su creencia, de malignas influencias, de espíritus y dioses que tienen por alma rayos que arrojan sobre la tierra.

La creencia en la inmortalidad del alma está generalizada en todas partes, pero son muy confusos los conceptos que se tienen acerca de ella.

El camino á los felices terrenos de caza que hay en el otro mundo es largo, penoso, y está lleno de toda clase de peligros, los cuales sólo pueden ser vencidos por los que sean verdaderamente buenos, pues sólo éstos tienen entrada en aquellos encantadores lugares donde reina constantemente un cielo alegre y sin nubes, una primavera eterna: allí las praderas están llenas de inmensos rebaños de búfalos, los bosques de caza, los lagos de exquisitos peces, y los bienaventurados viven rodeados de toda clase de felicidades sin padecer jamás ninguna enfermedad, miseria ni vejez.

Volvamos, después de esta corta descripción del carácter de los indios de las praderas, á nuestros viajeros, que pasaron el invierno de 1804 á 1805 en el territorio de los mandanos. El 7 de abril abandonaron Lewis y Clarker su cuartel de invierno y llegaron, siguiendo río arriba, al territorio de Bad Land formado de extrañas colinas, como ya dijimos en el tomo I de esta obra: más arriba, en lugar de estos extraños montes de barro, veíanse rocas de piedra de asperón, tan fantásticamente formadas que parecían ruinas de castillos, fortalezas y catedrales á causa de las hendeduras y grietas abiertas por la lluvia y el viento.

En 27 de mayo divisaron las lejanas cimas de los Montes Roquizos cubiertas de nieves, y al mes siguiente llegaron los viajeros al sitio en donde el río dejaba de ser navegable á consecuencia de las cascadas que rápidamente se sucedían: la primera de éstas tenía una elevación de unos 30 metros y presentaba un golpe de vista soberbio; la se-

gunda 6, la tercera 16 y la cuarta 9, y entre ellas encontrábanse rápidos intransitables; por todo lo cual hubo de darse un largo rodeo para salvar el trecho, de muchas millas de extensión, en el cual el nivel del río disminuía en 120 metros, teniendo que transportarse por tierra las canoas y toda la carga.

Hasta el día 15 de julio no pudieron ser remontados los botes arriba de las cataratas: las márgenes del río eran cada vez más altas y abruptas; negros muros de granito aprisionaban la caudalosa y rápida corriente formando una sombría sima de 400 metros de profundidad y muchas millas de longitud á la que se dió el nombre de Callejón de los Montes Roquizos.

Algunas jornadas después, vieron los expedicionarios que el Missuri se ramificaba en tres brazos que bautizaron con los nombres de los tres famosos americanos Jéfferson, Mádison y Gallatin, cesando desde aquel punto la denominación que hasta allí conservaba el río que de la unión de aquéllos tomaba su origen.

Los viajeros remontaron el Jéfferson hasta sus fuentes; atravesaron, sufriendo horribles penalidades, los Montes Roquizos, y llegaron en octubre al navegable Kooskooskee que pertenece á la cuenca del Columbia.

Allí encontraron un pueblo cuyos individuos solían aplanarse artificialmente la cabeza, razón por la cual se les denominó Cabezas achatadas, y en él productos europeos que el comercio de cambio había llevado desde el Océano Pacífico. Los blancos construyeron en el campamento indio multitud de canoas en las cuales surcaron el río, y después de una travesía rápida y peligrosa por los muchos vórtices que en la corriente de aquél se formaban, llegaron en 10 de octubre al sitio en donde el brazo meridional del Columbia, es decir, el río Lewis ó de las Serpientes, después de un largo curso al través de extensos páramos cruzados á veces por sombríos muros de basalto, se junta con su hermano el río Clarke, procedente del Norte, para constituir el Columbia propiamente dicho.

A partir de aquel lugar, el viaje se hizo por entre comarcas en extremo pintorescas, agrestes gargantas á cuyos lados se alzaban tétricas paredes de basalto y simas que producían vértigos en cuantos contemplaban las espumosas aguas que en vertiginosa carrera se precipitaban por aquellos abismos. Los viajeros encontraban á cada paso indios que se dedicaban á la pesca y que con sus picas ensartaban á millares los magníficos salmones que trabajosamente trataban de avanzar contra la corriente. Más allá alzábanse majestuosas montañas, cuyas cimas cubiertas de eternas nieves y de relucientes ventisqueros dominaban con sus pirámides de hielo las inmensas y frondosas selvas que se extendían á ambas orillas del caudaloso Columbia que se abre paso por entre los montes, cubiertos de bosque,

de la cordillera de las Cascadas. De cuando en cuando el espectáculo que á los ojos de los viajeros se ofrecía tomaba un aspecto singular; tal acontecía, por ejemplo, en el llamado cabo de Horn, en donde las rompientes de las olas han labrado en los muros de basalto cortados á pico esbeltas columnas y bellísimas agujas. De continuo despertaba su admiración, no lo delicado y gracioso, sino lo gigantesco, lo titánico. Los nevados picos entre nubes envueltos que como colosales hitos sobresalían en las crestas de las cordilleras, tomaban siempre formas soberbias, y el río íbase cada vez ensanchando hasta parecer casi un lago, hasta que convertido en pequeño mar se precipitaba en el Gran Océano.

Mediaba el mes de noviembre cuando Lewis y Clarke llegaban al término de su expedición, es decir, á la desembocadura del Columbia, después de haber recorrido una extensión de 4.134 millas inglesas. Habían conseguido el objeto que les impulsó á emprender el viaje, puesto que habían encontrado el camino desde el Mississippí al Océano Pacífico, y ya no les quedaba que hacer otra cosa sino invernar para regresar luego á San Luis y á los Estados del Este, adonde llegaron sanos y salvos en 23 de septiembre de 1806.

Las descripciones de los dos viajeros que hablaban entusiasmados de los inmensos tesoros y de las infinitas bellezas por la naturaleza acumulados en el Oregón, que con este nombre bautizaron el territorio bañado por el Columbia, hubieron de excitar el afán de aventuras del que tan fácilmente se dejaban llevar los americanos. Comerciantes en pieles y tramperos empezaron á dirigirse hacia aquellas regiones y ya en 1811 un germano-americano llamado Juan Jacobo Astor, socio de la *American Fur Company*, fundó cerca de la desembocadura del Columbia la factoría fortificada Astoria. Por desgracia la empresa con tanta audacia acometida había sido mal planteada, pues al poco tiempo la Compañía de la Bahía de Hudson, que había llevado sus estaciones mercantiles hasta las costas del Gran Océano, se apoderó violentamente de Astoria, levantó el fuerte Vancouver algunas millas más arriba de la confluencia del Wilamette y del Columbia, y supo mantenerse como única poseedora del Oregón hasta el momento en que, en el año 1846, Inglaterra renunció en favor de los Estados Unidos sus derechos sobre aquel territorio del mismo modo que en 1819 había renunciado España á los suyos en pro de los americanos.

Al mismo tiempo que Lewis y Clarke daban comienzo á su arriesgada empresa, recibió el teniente Zebulón Montgomery Pike la orden de efectuar un viaje de exploración desde San Luis hasta las fuentes del Mississippí, tan abundantes en lagos, para traer noticias acerca del comercio de la Compañía del Noroeste y preparar el terreno para firmar tratados de paz con los indios. Apenas regresado de esta expedición, confiósele la misión

de explorar el Arkansas, que, procedente del Oeste, desaguaba en el Missisippí, y el Red River, procurando celebrar alianzas amistosas con los osages, los kansas y los comanches que allí residían. Pike, al frente de un destacamento compuesto de dos tenientes y veintiún soldados, emprendió el viaje en 15 de julio de 1806, remontó el Osage hasta llegar á la gran aldea de los indios osages y, siguiendo el curso del Arkansas, atravesó en dirección al Oeste las inmensas praderas que, elevándose suavemente hacia el Oriente, extendíanse dilatadas y completamente llanas en un espacio de centenares de millas hasta el pie de los Montes Roquizos. En aquella grandiosa llanura la vida animal aparecíase en todo su esplendor y casi no se pasaba día sin que á la vista de los exploradores se presentaran numerosos rebaños de búfalos, de antílopes y de caballos salvajes.



El teniente Pike

El día 15 de noviembre divisó Pike á lo lejos las azuladas crestas de los Montes Roquizos, pero aún transcurrieron algunos días antes de que los viajeros pudiesen gozar de la vista total de aquella gigantesca cordillera que en rígidas moles se alzaba en medio de las verdes y onduladas praderas y á modo de pared colosal cerraba por completo el horizonte hacia Occidente. Inmensas nubes se amoldaban sobre el pecho de aquel coloso desde cuyas cimas vastos campos de nieve arrojaban sus aguas como arroyos de plata derretida en las profundas simas que por doquier se abrían.

Entre todos aquellos picos, uno que se elevaba á 4,312 metros sobre el nivel del mar y se distinguía por su grandiosidad y su belleza, excitó de tal manera el entusiasmo de Pike que creyó podía ser comparado con el de Tenerife y aun con el Chimborazo. De todos modos este pico ma-

jestuoso, que más tarde recibió el nombre de Pike, constituye la gloria de los Montes Roquizos del gran Occidente (1).

Lo avanzado de la estación hacía imposible la ascensión á la montaña, por lo cual Pike hubo de limitarse á explorar la región de las fuentes del Arkansas. Durante su expedición penetró en las posesiones españolas y en 26 de febrero de 1807 fué hecho prisionero por un destacamento contra él enviado y conducido á la ciudad de Santa Fe, fundada por los españoles (véase tomo II, pág. 251). Desde allí llevάronle á Chihuahua, en donde fué puesto en libertad en 27 del siguiente marzo, regresando entonces á su patria sin haber podido rescatar sus diarios de viaje.

Las mismas comarcas que atravesó Pike fueron científicamente exploradas en 1819 y 1820 por el mayor S. H. Long, el cual, pocos años después, emprendió un viaje por el alto Mississippí que al propio tiempo que él visitaron Enrique Rowe Schoolcraft y Constantino Beltrami, descubridor de las verdaderas fuentes de aquel río situadas en las inmediaciones del lago Itaska.

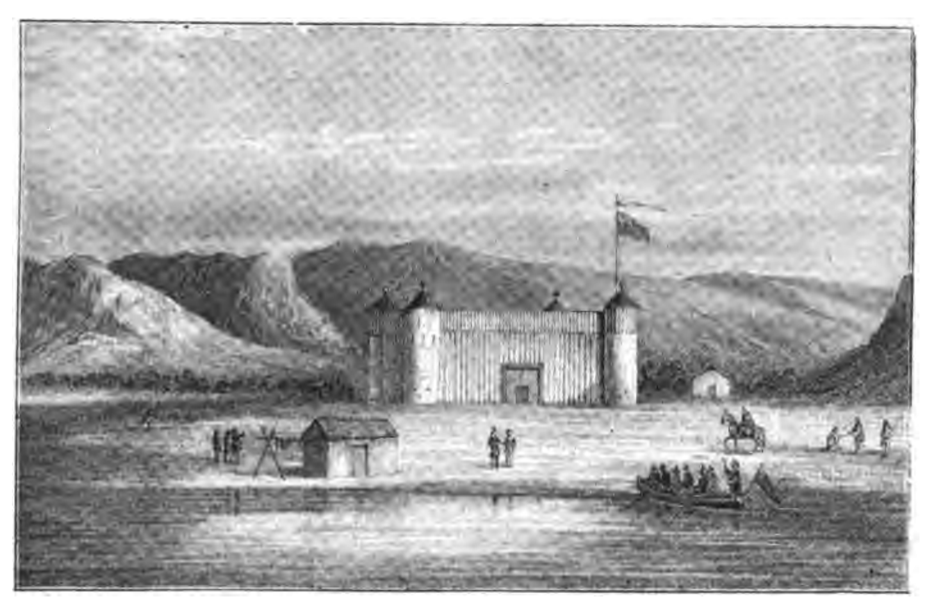
A estos exploradores del lejano Occidente siguió poco después el capitán B. L. E. Bonneville, el cual desde 1832 á 1835 atravesó las desiertas comarcas del actual Wyoming, Idaho y Utah, y descubrió el gran lago Salado. Diez años más tarde continuó estas exploraciones Juan Carlos Fremont, el llamado *explorador del Oeste,* quien en el período de junio de 1842 á febrero de 1852 dirigió cinco expediciones al través de los Montes Roquizos.

La primera de estas expediciones, comenzada en 10 de junio de 1842, encaminóse hacia el río Nebraska y siguió el brazo septentrional del mismo hasta que el 9 de julio divisó las lejanas cimas de los Montes Roquizos cuya exploración constituía su principal objetivo. Que los comerciantes en pieles y especialmente la *American Fur Company* se aprovecharon de los descubrimientos de Lewis, Clarke, Pike, Long y Bonneville, demuéstranlo multitud de factorías fortificadas que los expedicionarios conducidos por Fremont encontraron en el Nebraska y de las que una de las mejor defendidas era el fuerte Laramie: murallas de quince metros de altura coronadas por empalizadas rodeaban un recinto cuadrangular al que daban ingreso dos puertas, y en el interior de esta pequeña fortaleza, fácilmente defendible desde algunas torres aspilleradas, se encontraban las viviendas.

El día 8 de agosto atravesó Fremont, por el paso meridional situado á 2.300 metros sobre el nivel del mar, la divisoria de aguas del continente

(1) Pike calcula equivocadamente la altura de la montaña en 18,581 pies sobre el nivel del mar.

norteamericano, y por la vertiente occidental de las Wind River Mountains alcanzó el pico de su nombre, que se alza á 4.500 metros, ascensión con la cual dióse por terminada la expedición cuyo resultado principal fué la determinación del gran paso del Sur que más adelante fué seguido por millares de expedicionarios por considerársele como uno de los más importantes caminos para llegar á California.



Un fuerte americano del lejano Oeste en el primer tercio del siglo XIX

Ya en la primavera del siguiente año estaba Fremont nuevamente de viaje: esta vez cruzó los dos brazos del Kansas, dió vuelta desde el fuerte de San Vrain, y siguiendo la dirección Noroeste, á las Medicine Bow Mountains, y se internó por aquel famoso sendero que posteriormente pisaron verdaderos ejércitos de emigrantes y que actualmente recorren las locomotoras del más antiguo ferrocarril del Pacífico para dirigirse al litoral del Gran Océano.

Fremont siguió el curso del Bear hasta la desembocadura de éste en el lago Salado, encaminóse luego hacia los ríos Snake y Columbia, y á primeros de noviembre llegó al fuerte Vancouver, desde donde emprendió el día 25 del propio mes su viaje de regreso, que hizo describiendo un gran arco en dirección al Sur, por Oregón, la California septentrional y los valles de los ríos Sacramento y San Joaquín, hasta más allá del lago Tulare. A

partir de allí dirigióse hacia el Nordeste, atravesó por vez primera la importante cordillera de Sierra Nevada, cubierta de nieve, y en medio de grandes penalidades y privaciones cruzó los páramos que forman la meseta situada entre aquella sierra y la vertiente occidental de los Montes Roquizos. Cuando los individuos de aquella expedición, extenuados después de ocho meses de marcha, llegaron al extremo meridional del lago Salado, habían recorrido 3.500 millas inglesas al través de horribles desiertos y de montañas cubiertas de nieve.

En su tercer viaje, comenzado en el otoño de 1845, Fremont, acompañado de 60 hombres, salió del fuerte Bents construído en el alto Arkansas, tomó el camino de los Montes Roquizos, atravesó esta cordillera, avanzó hasta el lago Salado, siguió el curso del río Humboldt, dividió sus fuerzas al llegar al lago Walkers, y con quince hombres cruzó la Sierra Nevada sin que después lograra reunirse con el resto de su destacamento en el punto previamente convenido que estaba situado al Sur. Llegado á California, sometida entonces todavía á la dominación de México, vióse Fremont obligado por el gobernador mexicano á retroceder hacia Oregón, de donde regresó á poco al frente de una hueste de voluntarios para tomar parte activa en las luchas merced á las cuales California logró sacudir el mexicano yugo y entrar en la gran Confederación de los Estados Unidos.

Después de la conquista de California, el pueblo nombró gobernador del territorio adquirido á Fremont, el cual, á consecuencia de la parte que tomó en los conflictos entre los generales Kearney y Stockton, fué á poco encarcelado y conducido preso á Wáshington, en donde un consejo de guerra le destituyó de aquel cargo.

Esta sentencia fué causa de que Fremont se retirara del ejército, emprendiendo en octubre de 1848 al frente de treinta y dos hombres un nuevo viaje al lejano Occidente para proseguir allí, por su iniciativa particular, sus anteriores exploraciones. El horrible frío que hubo de sufrir aquella expedición al atravesar la cordillera de San Juan ocasionó la muerte de todas las acémilas y de once hombres, en vista de lo cual Fremont vióse obligado á regresar con el resto de sus fuerzas á Nuevo México, adonde llegó falto de todo recurso. Después de haberse aprovisionado de cuanto necesitaba, cruzó el país de los indios apaches, siguiendo un camino meridional, y después de un viaje de trescientos días arribó á orillas del Sacramento, comprando allí la finca denominada la Mariposa.

La llegada de Fremont á California coincidió con un período que había de ser decisivo para el porvenir de este estado. Con motivo de la construcción de un aserradero que un tal J. A. Sutler instaló junto al American River, encontróse oro en la comarca de El Dorado y este descubrimiento modificó, como al golpe de mágica varita, el modo ser que hasta

entonces había caracterizado á todo el Occidente americano, sobre todo cuando á principios de 1849 llegaron á los Estados del Este las primeras noticias circunstanciadas que tan febril excitación produjeron entre sus habitantes. Nunca había presenciado ni volvió á presenciar el mundo una emigración tan colosal como la que en la primavera de 1849 se encaminó hacia los campos auríferos de California. Y no sólo del Este, sino que también de Europa, de Asia, y de Australia afluían al país del oro numerosas caravanas de gentes que esperaban hacerse allí ricas con poco trabajo. En mayo del citado año, por ejemplo, salieron del Missurí central 20,000 hombres, jóvenes, emprendedores y perfectamente armados, con el propósito de abrirse un camino hasta el Gran Océano por entre los cazaderos de los indios que en ademán hostil se opusieran á su paso. Las penalidades que los emigrantes y las acémilas que consigo llevaban hubieron de sufrir en las agostadas praderas, en los áridos desiertos, y en las gargantas y pasos de las montañas, rayan en lo increible, tanto que durante mucho tiempo pudo reconocerse el camino que siguieran aquellas interminables caravanas por las blanquecinas osamentas de los hombres y de los animales que durante el viaje fallecieron. Cuatro mil seres humanos y casi todas las bestias perecieron de hambre y de sed.



Juan Carlos Fremont

Más afortunados fueron los que no se arredraron ante la idea de un viaje de algunos meses y prefirieron dar la vuelta á la América del Sur y doblar el tormentoso cabo de Hornos para llegar á California, á ese país que se aparecía circundado por maravillosa aureola, cuyos campos auríferos correspondían á las más atrevidas esperanzas que desde un principio habían hecho concebir, puesto que con un cuchillo, con las uñas mismas

podían extraerse de entre las grietas de las peñas ó de los lechos secos de los torrentes pepitas de oro cuyo valor constituía una pequeña fortuna. Allí donde trabajaban juntos varios lavadores de oro, no era raro que al fin de la semana pudiesen éstos repartirse el botín midiéndolo á vasos.

El hecho de que muchos adquirían en poco tiempo en California inmensas riquezas aumentó extraordinariamente la fama y la importancia de aquel Estado joven, y tuvo como consecuencia un rápido crecimiento la población, crecimiento que hizo más apremiantes los deseos de establecer un medio de comunicación regular y más frecuente entre el Este y el Oeste, y apenas se reconoció esta necesidad hiciéronse todos los trabajos preparatorios para enlazar por medio de un ferrocarril los litorales del Atlántico y del Gran Océano.

Lo primero que interesaba era encontrar el camino más á propósito para tender esta vía férrea que había de atravesar dos cordilleras tan agrestes y tan elevadas que su paso ofrecía dificultades punto menos que insuperables.

En los estudios para ese trazado, encomendados á los capitanes Stansbury (1850), Stevens, Gunnison y Whipple (1853), tomó también parte muy activa Fremont, quien, al efecto, emprendió en agosto de 1853 su quinto y último viaje de exploración por el lejano Oeste, atravesando los Montes Roquizos por el paso de Cochetopa y avanzando, no sin tener que sufrir grandes penalidades, hasta California, en donde se detuvo entre los 38 y 39 grados de latitud Norte.

El ferrocarril del Pacífico, inaugurado el 10 de mayo de 1869, aunque siguió una dirección algo más septentrional, coincidía en muchos puntos de su trazado con el camino que en sus anteriores viajes había seguido el *explorador del lejano Oeste.*

Como acertadamente hace notar J. D. Whitney en su obra *Los Estados Unidos* (pág. 437), con el último viaje de Fremont quedó cerrada la época de los descubrimientos geográficos en el lejano Oeste, comenzando entonces la obra de la demarcación cartográfica que el gobierno de la Unión inició y llevó á cabo con energía y habilidad admirables.

Tomaron parte en estos trabajos, entre otros muchos, los oficiales Wilkes (1841 y 1842), Sitgreaves y Boone (1843), Johnston, Smith, Bryan, Michler, Marcy y Mac Clellan (1849-1854), Bartlett (1850-1853), Emory (1849-1856), Whipple, Stevens, Gunnison, Donelson, Grover, Mullan, Reno, Beckwith (1853 y 1854), Mendell, Abbot, Amory (1855), Sully, Warren, Sumner, Ives, Humphrey, Hayden, Palliser, Sullivan, Blakiston (1856 y 1857), Macomb, Dixon, Simpson, Raynolds, Scholl, Loring (1858-1860), Hazen (1866), Williamson y Heuer (1867), Palmer (1867-1869), Whitney

(1869), Washburne, Powell (1869-1873), Ludlow (1874), Wheeler (1869 á 1874), Custer (1874), Morrison (1877) y otros varios.

De estas numerosas expediciones ofrecen especial interés aquellas que tuvieron por objeto la exploración del río Colorado, que desemboca en el golfo de California, y el descubrimiento del universalmente famoso Parque del Yellowstone.

Aunque los españoles conocían el río Colorado ó Tizón desde el año 1540 (véase tomo II, pág. 242), no habían podido explorar minuciosamente su curso, pues la extraordinaria sequedad, la aridez sin ejemplo de todo el territorio y la inaccesibilidad de las espantosas gargantas de paredes cortadas á pico oponían obstáculos invencibles á todo el que por aquellas regiones quería aventurarse.

El río Colorado es indudablemente el río más interesante del mundo entero: sus fuentes, el Green River y el Grand River, brotan en el corazón de los Montes Roquizos á una altura de 4.500 metros, en un sitio en donde durante todo el invierno caen inmensas masas de nieve que cubren por completo como blanco sudario los montes y los valles. Cuando el verano, que casi siempre se presenta allí de repente, con sus haces de fuego derrite la nieve, cuya licuación se verifica con asombrosa rapidez, de todas las alturas de la cordillera, relativamente poco pobladas de bosque, surgen millones de cascadas que se precipitan sobre la meseta que, descendiendo de Norte á Sur en una serie de gradas, hállase situada entre los Montes Roquizos y la Sierra Nevada y que en su parte superior á 2,500 metros sobre el nivel del golfo de California, aparece casi desprovista de vegetación presentando el aspecto de un espantoso desierto. La piedra arenisca y las formaciones volcánicas que predominan en aquellos lugares, no pueden, á causa de su extraordinaria desnudez, detener las corrientes que en espumosas cataratas descienden de la cordillera, y que en su consecuencia abren en la meseta hendeduras cuya profundidad aumenta de año en año, y que con sus elevados é inaccesibles muros laterales reciben el nombre de cañones.

En la cuenca superior del Colorado, cada torrente, cada arroyuelo, aun el más insignificante formado por un aguacero, tiene su cañón propio, de suerte que la meseta entre los Montes Roquizos y la Sierra Nevada es un intrincado laberinto de hendeduras y barrancos profundos que se entrecruzan y por los cuales en los períodos de las inundaciones se precipitan con ruído ensordecedor las corrientes, pero que una vez desaparecida la nieve ó cuando cesan los grandes aguaceros quedan reducidas á otros tantos arroyuelos. Los cañones, en una extensión de centenares de millas inglesas, tienen apenas una anchura de diez á veinte metros, pero su profundidad alcanza á veces centenares y aun millares de metros.

Donde más imponente se presenta esta formación es en el cañón de la corriente principal que, á causa de su inaccesibilidad, fué durante siglos el gran misterio del lejano Oeste.

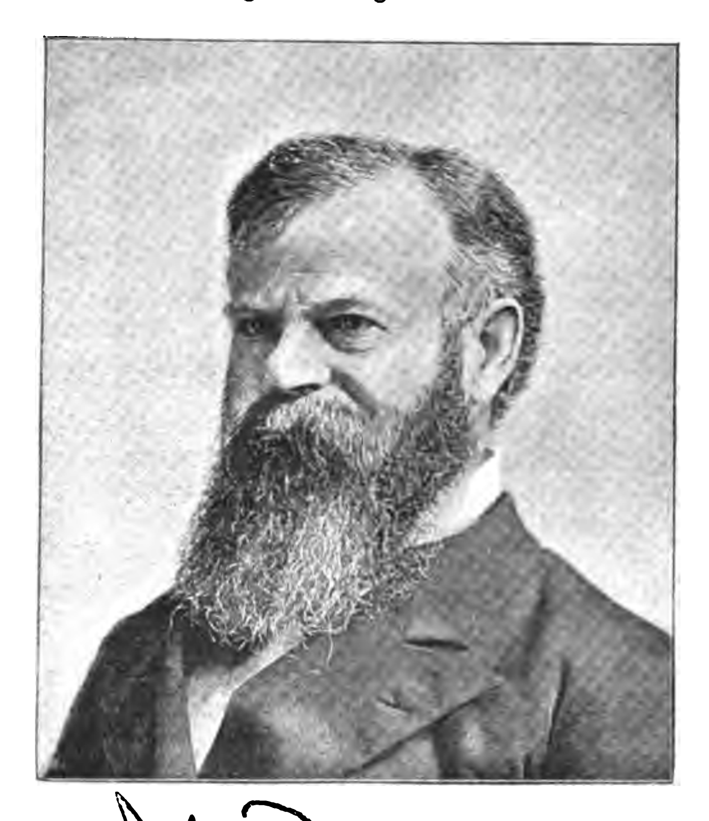
Los más sorprendentes rumores circularon hasta mediados del siglo presente acerca de este río: creíase que en una larga extensión corría por debajo de peñascos y que en otra se precipitaba formando tan gigantescas cascadas que el estruendo por ellas producido se distinguía perfectamante desde las cumbres de las montañas situadas á gran distancia. Narrábanse historias de osados aventureros que en sus botes se arriesgaron por aquellas salvajes gargantas y que una vez en ellas fueron arrastrados río abajo con vertiginosa rapidez por terribles remolinos hasta que aquellas frágiles embarcaciones se estrellaron contra las inaccesibles peñas y sus tripulantes perecieron destrozados por la violencia de los vórtices. Al amor de las hogueras de sus campamentos relataban también los tramperos y buscadores de oro historias de algunos infelices que durante sus correrías se habían extraviado en los páramos de la meseta del Colorado y que por espacio de semanas enteras sufrieron los horribles martirios de la sed al borde de aquel terrible abismo sin hallar medio de descender hasta la corriente que á muchos millares de pies debajo de ellos corría, y pereciendo al cabo á la vista de aquellas aguas, víctimas de los horrores del desierto que por doquiera les rodeaba.

Sólo un hombre, y aun éste bien contra su voluntad, consiguió cruzar con vida el espantoso cañón del Colorado: Jaime White, que así se llamaba aquel afortunado mortal, huyendo con un compañero de la persecución de los indios, descendió por un barranco que desembocaba en el Colorado hasta la orilla de este río, y no atreviéndose luego los fugitivos á regresar á la meseta, construyeron con algunos troncos una armadía y embarcados en ella confiáronse á la corriente con el propósito de llegar, á ser posible, hasta las residencias de los blancos en el Arizona Pronto empero aquella rústica embarcación vióse arrastrada por corrientes tan impetuosas que el compañero de White fué arrebatado por las olas y pereció ahogado, mientras él descendía en rápida carrera río abajo: después de haber sido protagonista de las más extraordinarias aventuras (1) y perdida casi la razón á consecuencia de las privaciones sufridas, llegó el buscador de oro al término de su espantoso viaje, de cuyas funestas consecuencias resintióse durante mucho tiempo.

Era de prever que un río en tantos misterios envuelto y acerca del cual tan extrañas leyendas circulaban impulsaría á los hombres de cien-

(1) La relación detallada de las mismas puede verse en la obra de R. Cronau, *En el salvaje Oeste*, pág. 291.

cia á emprender exploraciones más exactas; pero ni los que aisladamente intentaron estudiar el Colorado ni las expediciones organizadas por el gobierno americano consiguieron rasgar el velo misterioso tras del cual



J. W. Powell

aquel río se ocultaba. Casi todos, inclusa la gran expedición del teniente Ives en el año 1857, regresaron sin haber podido llenar su cometido y sin aportar apenas ningún nuevo dato á los conocimientos que del Colorado hasta entonces se tenían.

Por vez primera logró el mayor J. W. Powell en 1869 recorrer en toda su extensión el cañón del Colorado, y la temeraria expedición de este sa-

bio constituye uno de los capítulos más brillantes de la historia de las exploraciones del lejano Oeste.

Provisto de víveres para muchos meses, embarcóse Powell, en unión de nueve compañeros, en cuatro botes de remos expresamente construídos para tan peligrosa travesía: el día 24 de mayo de 1869 salió de la aldea de Green River comenzando su navegación por el río de este nombre, fuente occidental del Colorado que brota en Wyoming y que atraviesa fantásticas comarcas abundantes en maravillas parecidas á las que hemos descrito al hablar de las Bad Lands. Cuanto más avanzaban los expedicionarios hacia el Sur, tanto más extrañas ofrecíanse á su vista las formaciones de rocas que de cuando en cuando presentaban manchas de color rojo de fuego.

Los botes, que constantemente habían de luchar contra los peligrosos rápidos de la corriente, penetraron muy pronto en el prodigioso cañón, entrando primero en el de Lodore, en donde las paredes que á ambos lados se levantaban alcanzaban una altura de 1,000 metros y el río parecía alejarse cada vez más de la superficie de la tierra. Aquellas gargantas cortadas á pico sucedíanse sin interrupción, apareciendo uno tras otro los cañones de Whirlpool, de Yampa, de la Desolación, de Gray, del Laberinto y del Agua Tranquila, pasados los cuales llegaron los expedicionarios al punto en que el Green River, juntándose con el Grand River para formar el Colorado propiamente dicho, introdúcese en una garganta de 700 metros de profundidad.

El espectáculo hacíase á cada momento más majestuoso, pero también más siniestro: á trechos, las enrojecidas aguas corrían con la velocidad de un tren por entre angostos callejones de peñascos cinco veces más altos que la catedral de Colonia y de extrañas formas, semejando fortalezas que erguidas desafiaban las rugientes aguas produciendo en ellas horrorosos remolinos. A continuación de este paso, denominado el cañón de la Catarata, venía el cañón de Narrow, de nueve millas y media inglesas de longitud, en el que la enfurecida corriente alcanzaba una velocidad de 40 millas por hora y después penetraba el río en los cañones de Glen y del Mármol cuyas longitudes son de 149 y 65 y media millas respectivamente. Las paredes de este último eran de mármoles de diversos colores, cuyas bruñidas superficies rosadas, pardas, grises y azules, presentaban hendeduras ora semicilíndricas, ora estriadas.

El Colorado, al salir de su callejón de mármoles, hundíase en el Gran Cañón, de 217 millas inglesas de largo, en el cual se alzaban inmensas moles de rocas de un kilómetro y medio de altura (!), que en su parte superior parecía coronado por un laberinto de arrecifes, torres y bastiones.

Aquí y allí abríanse en las paredes profundas radas, semejantes á cuevas destechadas y como destinadas á proporcionar abrigo á los que, dando pruebas de verdadera temeridad, se aventuraran á explorar los misterios de aquel mundo subterráneo.

Abajo todo era negro y tétrico; arriba los peñascos despedían rayos bronceados, rojos y anaranjados; pero aun estos colores tomaban un tinte pálido y frío cuando las nubes se enredaban en los picos de aquéllos ó se sumergían en la gigantesca grieta formando sobre el río transparente bóveda.

A lo mejor, estas nubes descargaban horrorosos aguaceros; los relámpagos que por un momento iluminaban aquellos abismos hacían más siniestra la obscuridad que en ellos reinaba; los truenos, repercutidos por millares de ecos que los enviaban de uno á otro muro y de uno á otro peñasco, producían tan fragoroso estrépido en la angosta garganta que parecía que la tierra se desgajaba y el mundo entero se venía abajo, y el agua de la lluvia se precipitaba por las paredes lisas en espumosas cascadas que engrosaban la bramadora corriente del enfurecido río.

Más de tres meses duró la travesía de Powell por las terribles simas de los cañones del Colorado, siendo un milagro que él y sus compañeros escaparan felizmente de los mil peligros que en aquel mundo subterráneo hubieron de arrostrar.

Desde entonces, sólo una vez, en mayo de 1889, se hizo una tentativa para repetir aquel temerario viaje, pero la empresa hubo de ser abandonada, no sin que durante la misma muchos de los expedicionarios hallasen la muerte en aquella corriente embravecida.

Los maravillosos espectáculos que en los cañones del Colorado se descubrieron son los únicos que caracterizan al lejano Oeste. Allá por el año de 1851 un grupo de tramperos y buscadores de oro que perseguían á unos indios enemigos descubrió el sin igual valle de Yosemite, en Sierra Nevada, y no lejos de él, en la selva de la sierra californiana, encontróse al poco tiempo aquel grupo de árboles gigantescos, algunos de los cuales tienen una circunferencia de 38 metros y una elevación de 150. Finalmente, en el período de 1869 á 1871, el general Washburne y el geólogo F. W. Hayden descubrieron la comarca montañosa considerada como maravilla de la naturaleza única en su género, que á propuesta de Hayden fué declarada *Parque Nacional* por el gobierno de los Estados Unidos y excluída en absoluto y para siempre de toda colonización y explotación.

En este parque nacional situado entre los 44 y 45 grados de latitud Norte y los 110 y 111 de longitud Oeste, aparecen acumulados en indescriptible profusión portentos naturales que es preciso haber visto con los propios ojos para poder creer en su existencia.

Los primeros descubridores de este prodigioso territorio salieron del fuerte Ellis y remontaron el río Yellowstone: á medida que avanzaban en su camino, el país iba tomando un aspecto volcánico; inmensas moles de lava basáltica amontonábanse adoptando las formas más extrañas ó se alzaban en elevados picos cuyas dentadas crestas se destacaban sobre el fondo azul del cielo. Por entre estrechos barrancos llegaron los exploradores al otro lado del río Gardiner, hasta alcanzar el gigantesco cañón del Yellowstone, barranco de 700 metros de profundidad cuya vista trae á la memoria el Infierno de Dante. La palabra y cuantos medios tiene el hombre para exteriorizar su pensamiento son impotentes á expresar la impresión que aquellos diabólicos abismos produjeron en los dos viajeros que sobrecogidos de espanto contemplaban el espectáculo que á sus ojos se ofrecía. Rocas de formas fantásticas, parecidas á monstruosas ruinas y á construcciones ciclópeas, carcomidas y desgastadas por la acción de las aguas, ora blancas, ora amarillas, ora como salpicadas de sangre, constituían los abruptos muros de aquella sima en cuyo fondo se deslizaba como cinta de plateada espuma el Yellowstone. En el centro de aquel cuadro, veíase al río precipitarse en el abismo, y el estruendoso bramido de sus aguas, que parecía sonar á una profundidad infinita, junto con el monótono murmullo de los abetos que cubrían las alturas, eran los únicos rumores que se distinguían en medio de aquella majestuosa y desierta naturaleza.

Al salir de aquel cañón llegaron los exploradores al lago de Yellowstone, situado en unas solitarias mesetas, y después á unos valles en donde millares de geysers arrojaban al cielo en colosales columnas sus hirvientes aguas; en donde el aire poblado de nubes de vapor bramaba con tal estruendo que era imposible que uno oyera sus propias palabras, y en donde horrísonas descargas parecidas á los disparos de cañones de mayor calibre hacían retemblar el suelo y advertían de continuo á los dos viajeros que estaban á merced del capricho de terribles elementos de cuyo furor podían á cada instante ser víctimas.

Siguieron los americanos avanzando por aquel mundo de maravillas y casi á cada paso encontraron aquellas extrañas hondonadas en forma de embudos y cubiertas de azuladas aguas, que eran otros tantos desagües de los geisers y en algunas de las cuales elevados cráteres de escorias por el tiempo acumuladas vomitaban periódicamente gigantescos chorros de agua hirviente. También pudieron contemplar los admirados exploradores vastas extensiones de terreno en las cuales la superficie de la tierra estaba agujereada como enorme criba, brotando constantemente del suelo, como si saliesen del fondo de colosales pozos de cal, inmensas masas de limo blanco, amarillento, azul y pardo. Más adelante descu-

brieron grandes montañas de obsidiana, cuya superficie negra y brillante al reflejar los rayos del sol ofrecía magnífico espectáculo.

Mayores encantos tenían aún algunos lagos cuyas cristalinas aguas sulfurosas presentaban los más admirables matices según que el líquido



Un trampero del lejano Oeste, dibujo del natural por Rodolfo Cronau

se desprendiera de sus mezclas minerales ó que apareciera cubierto de esas algas que crecen en las aguas calientes y se agrupan en caprichosas combinaciones. Ante los ojos de los viajeros desfilaban notas de color que el más atrevido artista no podría soñar siquiera y que ningún pintor podrá trasladar al lienzo mientras la paleta carezca de aquel incomparable verde esmeralda y aquel amarillo de oro que sólo compararse puede con la dorada transparencia del vino del Rhin. Cuando el viento acariciaba la superficie de aquellos lagos de hadas, los colores se fundían unos

en otros despidiendo destellos de indescriptible magnificencia: entonces se agitaban miriadas de diminutas olas verde-doradas cuyos vivos colores se reflejaban en las vaporosas nubes que las emanaciones del agua producían.

Hasta el segundo viaje de exploración emprendido al parque de Yellowstone, no descubrieron los americanos los saltos de la Montaña Blanca ó de Mammoth Hot, fantástica formación de tres millas inglesas de largo y una y media de ancho, debida á los precipitados calizos de las aguas, que se asemeja á una cascada repentinamente petrificada. Millares de concavidades á modo de tazas de surtidores labradas por titanes aparecían sobrepuestas formando gradas; todas eran blancas como la nieve y todas estaban llenas de un agua azul y límpida que desde la meseta de la montaña caía de una á otra en elegantes cascadas hasta que al llegar á las conchas inferiores se convertía en arroyo que por doquier derramaba una riqueza infinita de matices.

Estas magnificencias que someramente hemos descrito no son las únicas, ni mucho menos, que contiene el Parque del Yellowstone; de modo que el lejano Oeste de América puede con razón vanagloriarse de poseer incomparables maravillas con las cuales no pueden rivalizar las del viejo mundo. Y si en la actualidad esas maravillas, descubiertas apenas hace veinte años, son accesibles á todos los viajeros, débese esto al espíritu emprendedor de los americanos que, despreciando los mayores peligros, no sólo extrajeron del lejano Oeste, apenas conocido á principios de este siglo, inmensos tesoros en oro, plata y otros metales preciosos, sino que, además, encontraron en aquella región un campo casi ilimitado para sus especulaciones. Hoy en día, lo que un tiempo fué *el gran desierto americano* está completamente explorado, colonizado en una gran parte y cruzado por innumerables vías férreas. De las bélicas tribus indias que opusieron tenaz resistencia al constante avance de la civilización, unas han sido exterminadas y otras confinadas en las llamadas reservas ó en lejanos territorios, en donde poco daño pueden causar y en los cuales se van extinguiendo paulatinamente y acabarán por ser sojuzgadas por los blancos. Allí donde en otro tiempo pacían numerosas manadas de búfalos, pastan actualmente innumerables rebaños de ovejas y de bueyes; en otros sitios de las inmensas praderas vense hoy hermosos campos de trigo y de maíz, y las cabañas de los indígenas ennegrecidas por el humo, que hace diez ó veinte años se alzaban en aquellas soledades, han sido sustituídas por aldeas y ciudades florecientes, cuyos habitantes disfrutan de todos los goces que la civilización proporciona. El progreso y los grandes hechos de los americanos en ningún sitio pueden ser mejor estudiados que en el lejano Oeste, en el antiguo gran desierto de América.

El mismo ardor que demostraron para descubrir el lejano Oeste pusieron los americanos en la exploración de Alaska, de aquel territorio que en 1867 habían comprado á Rusia y cuyas regiones interiores eran todavía en su mayor parte desconocidas.

Ya antes de la cesión de Alaska á los rusos había sido este país visitado por algunas importantes expediciones: los rusos Malakoff (1838), Derabin (1839) y Zagoskin (1843) habían visitado su interior; Bassarguine había explorado en 1863 el pintoresco río Stikin que se precipita por entre grandiosos cañones, y en 1865 comenzaron las empresas de la *Western Union Telegraph Company* que se proponía enlazar el Viejo con el Nuevo mundo por medio de una línea telegráfica que atravesara la América británica, Alaska, el estrecho de Bering y Siberia. El autor de este plan gigantesco fué el americano Collin que trabajó sin descanso años enteros hasta obtener de los gobiernos de Inglaterra y Rusia las necesarias concesiones, conseguidas las cuales comenzaron bajo la dirección del coronel Bulkley los trabajos preliminares para el trazado de la línea más á propósito, explorando á este efecto, en 1865, el mayor Pope la Colombia Británica y el mayor Kennicott el Yukón. La expedición de este último, de la que formaron parte Guillermo Healey Dall como naturalista y Federico Whymper como artista, y para la cual se gastaron tres millones de dollars, hubo de ser abandonada cuando quedó instalado felizmente el cable transatlántico que hizo ya innecesario aquel proyecto.



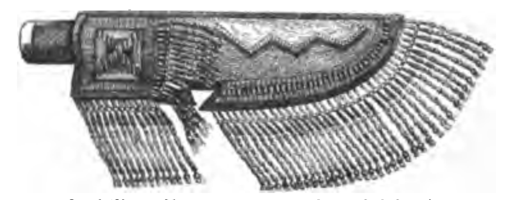
Instrumento de piedra, usado en Alaska, para triturar bayas.

Dall, que permaneció en Alaska desde 1865 á 1868, volvió á visitar aquel territorio durante los años 1871 á 1874 y luego en 1880. También realizó allí importantes exploraciones el teniente Federico Schwatka, quien recorrió una gran parte del río Yukón cuyo caudal de agua es superior al del Mississipí.

En tiempos más recientes organizáronse muchas expediciones á Alaska para estudiar ese país desde el punto de vista geológico, habiendo realizado estos trabajos principalmente los oficiales del ejército Abercombie (1884), Ray, Allen, Stoney (1885 y 1886), Dawson (1887) y otros. Pero de todas estas exploraciones las más importantes fueron las del sabio Muir, que estudió los glaciares de Alaska, y las del profesor J. C. Russel que en 1891 se dedicó á estudiar el monte San Elías, cuya altura calculó en 4,450 metros.

Los trabajos de estos soldados de la ciencia atrajeron sobre Alaska la

atención de las gentes y habiéndose encontrado oro en muchos puntos de este territorio, comenzaron muchos emigrantes á enderezar sus pasos hacia aquellas lejanas regiones de Occidente, siendo de esperar que aquel país, cuya compra había sido al principio duramente censurada y aun ridiculizada por algunos americanos, acabe por ser considerado como un valiosísimo acrecimiento de los Estados Unidos á medida que el espíritu emprendedor de los americanos consiga explotar las inmensas riquezas naturales que allí se encierran.



Cuchillo indio para arrancar la piel del cráneo



Alejandro de Humboldt

LOS VIAJEROS DE AMÉRICA EN LOS MODERNOS TIEMPOS

Réstanos sólo ocuparnos de un grupo de hombres que se han distinguido no tanto en el campo de los descubrimientos geográficos propiamente dichos como en la esfera de las exploraciones minuciosas de los territorios americanos cuyos rasgos principales eran ya conocidos. Nos referimos á los viajeros que cruzaron el americano continente como naturalistas, etnólogos y arqueólogos, consignando el resultado de sus investigaciones en obras de gran magnitud que han contribuído á completar y perfeccionar los conocimientos que acerca del Nuevo mundo poseíamos.

Comenzando por los viajeros que en los modernos tiempos exploraron Alaska y las Aleutianas, encontramos en primer lugar el naturalista francés Alfonso Pinart, que en 1871, y durante un largo período, hizo allí estudios importantes. El americano L. M. Turner dióse á conocer por las investigaciones, importantísimas desde el punto de vista de la climatología y de la geografía zoológica, que realizó desde 1874 á 1881. El noruego

Adrián Jacobsen, como representante del Museo de Etnografía de Berlín, emprendió, en el período de 1881 á 1883, largos viajes cuyo resultado fué una preciosa colección etnográfica que constituye el principal ornamento de aquel museo.

Además de los americanos Jaime Swan, Sheldon Jackson y otros, visitaron la costa Noroeste los hermanos Arturo y Aurelio Krause, al último de los cuales debemos una monografía sobre los indios tlinkitas (1885).

Grandes servicios prestó á la ciencia en la América Británica del Norte el canadiense Guillermo Bogán, que en los años 1840 á 1871 se consagró al estudio de la geología de su patria y cuyas principales obras son una *Geología del Canadá* (1862) y las *Memorias acerca de los progresos de la descripción geológica del Canadá* (1866).

Roberto Brown y su compañero Leech hicieron desde 1863 hasta 1868 notables estudios sobre la isla Vancouver.

Otro canadiense, Roberto Bell, hizo como naturalista un viaje por su patria, obteniendo sus trabajos excelente éxito: en 1869 y 1871 visitó el lago Nipigón, y en 1873, acompañado de A. R. C. Selwyn, extendió sus exploraciones hasta el Saskatschewán y en 1874 al lago Winnipeg y al río Assiniboine. Los trabajos de Bell fueron continuados posteriormente en la misma dirección por Austin y Russell, mientras él se dedicaba á estudiar minuciosamente la costa Este de la bahía de Hudson (1877). Numerosos é importantes datos sobre los territorios occidentales aportaron las investigaciones que desde 1875 á 1877 se practicaron al construir el ferrocarril Canadá-Pacífico y en las cuales se distinguieron notablemente el ingeniero Sandford Fleming y el geólogo Dawson, quien, además, exploró minuciosamente el archipiélago de la Reina Carlota.

En 1862 recorrió Milton el territorio del Red River, dirigiéndose luego, en unión de Cheadle, á la Columbia Británica en busca de una vía de comunicación, con motivo de lo cual fueron visitados por vez primera algunos territorios hasta entonces completamente desconocidos.

La Columbia Británica y sobre todo la cuenca del río Fraser fueron exploradas en 1857 á 1860 y en 1867 por Ricardo Carlos Mayne; allí se encaminaron también en 1888, por encargo de la Sociedad Geográfica de Londres, los geólogos W. S. Green y H. Swanzy para explorar la cordillera de Selkirk. Asimismo en el último citado año recorrió lord Hugo Cecilio Lonsdale los territorios del Mackenzie, Banks Land y los ríos Porkupine y Yukon, y en 1890 Seton Karr hizo un viaje de estudio por el extremo Nordeste del imperio colonial británico.

Importantísimas son las exploraciones que desde 1862 llevó á cabo el misionero francés E. Petitot en la cuenca del Mackenzie y de inmensa valía sus trabajos, así los etnográficos como los referentes á la geología, á

la flora, á la fauna y á las condiciones climatológicas de aquellos poco visitados territorios.

En forma más novelesca están escritas las obras del infatigable viajero W. F. Butler, que recorrió distintas veces y en todos sentidos la parte occcidental de la América Británica del Norte, que tan brillantemente describe en *El país salvaje septentrional* y en *El gran desierto.*

Muy leído fué también en su tiempo el entretenido libro de viajes del pintor Pablo Kane, quien desde 1845 á 1848 recorrió todo el imperio colonial británico hasta la isla de Vancouver para estudiar tipos de caudillos indios y paisajes hasta entonces ignorados.

La obra del geólogo Enrique Youle Hind, *Exploraciones en el interior de la península del Labrador*, contiene datos interesantes acerca de aquella comarca que era muy poco conocida en 1864, fecha en que se escribió ese libro.

Dos individuos que formaban parte de la expedición al Labrador organizada por el profesor Leslie Lee consiguieron descubrir en 1891 las grandiosas cataratas que en esa península y á los 53 grados de latitud Norte forma el Grand River.

Los estudios de los geólogos W. Logán y Murray aumentaron considerablemente los conocimientos que en 1871 se tenían acerca de Terranova. En cuanto á las grandes islas situadas al Norte del Labrador, las mejores noticias que respecto de ellas poseemos débense á los grandes viajes de Francisco Boas cuyo principal objeto era el estudio de los esquimales en ellas residentes.

Entre los modernos viajeros que han recorrido el territorio de los Estados Unidos sobresalen el ornitólogo Juan Jacobo Audubón y el pintor americano Jorge Catlin, tan conocido por sus numerosas obras que representan escenas de la vida de los indios por él estudiadas en el período de 1830 á 1840 y por sus *Cartas y apuntes*, obra traducida á distintos idiomas. En 1832, Carlos J. La Trobe, en compañía de Wáshington Irving, visitó las praderas occidentales, publicando el primero *Los vagabundos de América del Norte* (1835) y *Los vagabundos de México* (1836), y el segundo sus bellísimos *Croquis de la Pradera.*

De suma importancia fué el viaje del príncipe Maximiliano de Wied, quien acompañado del excelente pintor C. Bodmer recorrió el Missurí durante los años 1832 á 1834 y publicó algún tiempo después la obra *Viaje por la América del Norte* (1838-1843), que tantas veces hemos citado. No menos interés ofrece el viaje del famoso geólogo inglés Carlos Lyell, que en 1841 y 1845 visitó los Estados Unidos y el Canadá consignando el resultado de sus estudios en sus *Viajes por la América del Norte* (1845) y en *Una segunda visita á los Estados Unidos* (1846).

También son dignos de especial mención los trabajos geográfico-estadísticos del barón Fernando de Richthofen relativos á California, y las diversas obras de los viajeros Roberto de Schlagintweit, Federico Ratzel, del húngaro Juan de Xantus, y de los escritores de viajes Balduíno Mollhausen, Federico Gerstacker, Teodoro Kirchhoff, Ernesto de Hesse-Wartegg, Rodolfo Cronau, Emilio Deckert y otros.

Como iniciadores de las exploraciones arqueológicas y etnológicas merecen citarse Efraím Squier, Lumholz, Bandelier, Cushing, Guillermo Holmes, W. I. Hoffman y Putnam.

Ya se comprenderá que México, Guatemala, Nicaragua, Honduras, San Salvador y Costa Rica con sus pintorescos paisajes, sus antiguas ciudades arruinadas y su brillante pasado histórico, habían de tener especiales atractivos para los exploradores.

Como geólogos visitaron estos territorios Alejandro de Humboldt (1803), Hermán José Burkart (1825-1834), Carlos Hermán Berendt (1851-1878), el francés Augusto Dollfus (1864-1866), Carlos de Seebach (1864 y 1865), Bertoldo Seemann (1866-1871), Habel (1864), Guillermo M. Gabb (1873-1876), Félix, Lenk y otros, y como botánico Gustavo Bernoulli (1870-1877).

Entre los arqueólogos debemos citar en primer término, al lado de Alejandro de Humboldt, al pintor Juan Federico Maximiliano Waldeck, quien en 1821 ocupóse de estudios arqueológicos en la América central, en donde posteriormente residió ocho años, especialmente en el Yucatán, pintando y haciendo exploraciones: algunos de sus dibujos publicáronse en 1838 en la preciosa obra *Viaje pintoresco y arqueológico por la provincia de Yucatán.*

Siguen después los americanos Stephens y Catherwood, B. M. Norman (*Excursiones por el Yucatán*), Efraím Jorge Squier (*Croquis y viaje por Nicaragua*, 1851, y *Nicaragua, sus habitantes, comarcas y monumentos*, 1852) y Mandsley; los franceses Plongeon y Carlos Esteban Brasseur de Bourbourg, que consagró casi toda su vida á la exploración del antiguo mundo civilizado americano, recorriendo desde 1854 á 1860 la América central y en 1864 México, Honduras y Yucatán, y publicando en 1866 sus *Antiguos monumentos de México*, famosa obra á la que siguieron luego otras relativas á los antiguos monumentos indios del nuevo mundo. Su compatriota Desiré Charnay consiguió resultados si cabe más importantes en los viajes que desde 1858 á 1861 y en 1880 y 1881 hizo por México y Yucatán y de los que regresó á Francia llevando un inmenso botín científico: publicó entre otras obras *México* y *Ciudades y ruinas americanas* (1863).

Entre los arqueólogos alemanes que hicieron de México y de la América central campo de sus investigaciones, hanse distinguido Adolfo Bas-

tián (*Los países civilizados de la antigua América*, 1878), Carlos de Scherzer, Meye y Schmidt, Hermán Strebel, Seeler y otros. De los demás viajeros merecen ser citados Truquie, Brantz Meyer, Brenchley y Remy, Julio Frobel, Uhde, Sievers, Muller, Kohl, F. Ratzel, Thielmann y Stoll.

En más modernos tiempos dedicáronse á la exploración de la India occidental Mac Kinner, Ober, Gabb, C. B. Brown, Samuel Hazard y Anthony Trollope.

El istmo de Panamá y los territorios que con él confinan fueron explorados por los tenientes americanos Isaac C. Strain (1854) y Selfridge (1870 y 1873) y en 1876 y 1877 por el francés Luciano Napoleón Bonaparte Wyse, quien, además, practicó trabajos hidrográficos en el estrecho de Magallanes y recorrió la América del Sur desde Valparaíso hasta Montevideo.

El número de viajeros que recientemente han visitado la América meridional para fines científicos es extraordinario.

El primer lugar entre los sabios que han realizado largos viajes en los distintos territorios de aquel continente corresponde de derecho al maestro sin par de la ciencia, Alejandro de Humboldt, que, en unión del botánico francés Amado Bonpland, desembarcó en 16 de julio de 1799 en Cumaná, comenzando desde allí su excursión por Venezuela. Después de haber atravesado los llanos, recorrió el Orinoco hasta el Cassiquiare y visitó Cuba, la meseta de Bogotá y Quito, en donde en 23 de junio de 1802 intentó, aunque sin gran resultado, una ascensión al Chimborazo. A su regreso, y antes de partir para Europa, permaneció Humboldt un año en México, transcurrido el cual volvió á nuestro continente adonde llegó en 3 de agosto de 1804. Fruto de este viaje de exploración, que como casi ningún otro forma época en los fastos de las ciencias naturales, fué su obra en veinte tomos en folio y diez en cuarto, *Viaje á las regiones equinocciales del Nuevo continente* (1810-1826), ilustrada con preciosos mapas y láminas grabadas en cobre, que es uno de los más grandes monumentos científicos escritos hasta el presente.

En 1826, el naturalista alemán Eduardo Federico Poeppig visitó la América del Sur, especialmente Chile, el Perú y Brasil, de donde regresó en 1832, publicando en 1835 su excelente obra *Viaje por Chile, Perú, etc.*

También se distinguió como naturalista el irlandés José Barclay Pentland, cuyas mediciones astronómicas realizadas desde 1826 á 1838 en Perú, Chile y Bolivia figuran entre los trabajos clásicos de aquella época.

Hermán Burmeister se dirigió en 1850 á las provincias brasileñas de Río Janeiro y Minas Geraes, visitó en 1856 el Uruguay, la Argentina septentrional y Chile, y regresó en 1860 á Europa por Panamá y Cuba, trasladando al año siguiente y de un modo definitivo su residencia á la uni-

versidad argentina de Córdoba. Numerosas obras, entre ellas *Viaje al Brasil* (1853), *Cuadros brasileños* (1853), *Ojeada sistemática sobre los animales del Brasil* (1854-1856), *Viaje por los Estados del Plata* (1861), son prueba elocuente de la extraordinaria fecundidad de este sabio infatigable.

Grandes viajes hizo asimismo el americano Jaime Orton, que á partir del año 1867 llevó á cabo tres expediciones por el Ecuador, Brasil, Bolivia y el Perú, pereciendo en 1877 en el lago Titicaca: suya es la obra *Los Andes y el Amazonas ó al través del continente sud-americano* (1876).

De importancia suma fueron también para las ciencias naturales los viajes del botánico Gustavo Wallis, que permaneció durante muchos años en Brasil, el Perú, Bolivia, Ecuador, Colombia, Venezuela, Panamá y Costa Rica, y murió en Cuenca (Ecuador) en 20 de junio de 1878. A él debe la jardinería la introducción de muchas y magníficas plantas tropicales.

El naturalista Juan Jacobo de Tschudi emprendió importantes exploraciones visitando el Perú (1838-1842), Brasil, los Estados del Plata, Chile, Bolivia y el Perú (1857 y 1858), y escribiendo,. entre otras obras, *Bosquejos de viajes por el Perú* (1846), *Fauna peruana* (1844-4847) y *Viajes por la América del Sur* (1866-1868).

Tienen igualmente gran importancia los resultados obtenidos por los geólogos Guillermo Reisz y Alfonso Stubel, que, desde 1868 á 1876, verificaron juntos afortunados viajes especialmente por las regiones de los Andes, Colombia y el Ecuador. Reisz regresó á Europa, pero su compañero prosiguió sus viajes por Chile y Bolivia, aportando al caudal científico grandes riquezas con sus investigaciones arqueológicas.

Uno de los viajeros que con más perseverancia y éxito han recorrido América ha sido el médico francés Julio Nicolás Crevaux, que en 1877 emprendió desde Cayenne su primera expedición y en 1878 la segunda, explorando hasta 1879 una gran parte de la Guayana y los territorios septentrionales del Brasil. En 1880 llegó hasta el río Magdalena y el Orinoco, y en 1882, durante su cuarto viaje por Bolivia, fué asesinado cerca del río Pilcomayo por los indios tobas.

Colombia, Ecuador y el Perú han sido visitados en los modernos tiempos por Holton (1852), Mauricio Wagner (1857-1859), Eduardo André (1875-1876), Carlos Wiener (1875-1877), Alfredo Hettner y P. Magalli (1887).

De los viajeros contemporáneos que han explorado Venezuela merecen ser citados Antonio Goering, Carlos Sachs, Sievers, M. I. Chaffanjon y el conde italiano E. Stradelli (1887 y 1888), y en Guayana, Roberto Herman Schomburgk llevó á cabo en 1834 la primera expedición científica en las regiones británicas de aquel territorio, merced á los auxilios que

le facilitó la Sociedad Geográfica de Londres. Este viaje se prolongó, con una corta interrupción, hasta el año 1844 y dió tan excelentes resultados que la citada Sociedad otorgó al viajero la medalla de oro y la reina le concedió la dignidad de caballero. Las obras principales de Schomburgk son la *Descripción de la Guayana Británica* (1840) y *Vistas en el interior de Guayana* (1840). Sus memorias de viajes fueron publicadas en 1841 con el título de *Viajes por Guayana y por el Orinoco.* Su hermano Ricardo tomó parte como botánico en estas expediciones.



Roberto Hermán Schomburgk

Con gran éxito también recorrió desde 1849 á 1868 los territorios de Venezuela, Guayana y del Norte del Brasil el naturalista Carlos Fernando Appún; pero desgraciadamente este ilustre sabio, á quien debemos la bellísima obra *En los trópicos* (1871), murió en una segunda expedición que en 1871 había emprendido al interior de Guayana. Otros exploradores de este territorio han sido Augusto Kappler, C. B. Brown (1869), J. de Thurn, G. Brousseau, Enrique Coudreau (1888-1890) y Guillermo Joest (1890).

En el Ecuador y en el Perú, que ya en 1712-1714 exploró el ingeniero Frezier, practicaron, desde 1736-1744, La Condamine, Bouguer, Couplet, Godín, Jussieu y Ulloa importantes mediciones topográficas y de gra-

dos, terminadas las cuales Bouguer (1743) descendió por el río Magdalena y La Condamine por el Amazonas.

De época más reciente son dignos de mención los viajes de Wertheman y de Marcelo Monnier (1886 y 1887).

Los ingleses Smyth y Lowe exploraron desde 1834 á 1836 el Ucayale y el alto Marañón.

Entre los arqueólogos que se entregaron con entusiasmo al estudio de la civilización de los antiguos pueblos incas merecen citarse el peruano Eduardo de Rivero (*Antigüedades peruanas*), el italiano Antonio Raimondi (*El Perú*, 1874-1880), los franceses Alcides de Orbigny, Francis de Castelnau (*Expedición á las regiones centrales de la América del Sur realizada desde* 1843 á 1847), Carlos Viener (*Perú y Bolivia*, 1879), el inglés Clemente R. Markham (*Viajes por el Perú y la India*, 1862), el americano Efraím Jorge Squier (*Incidentes de un viaje al país de los incas*, 1877), los alemanes Juan Jacobo de Tschudi (*Bosquejos de viaje peruanos*, 1846), Adolfo Bastián (*Los países civilizados de la antigua América*, 1878) y los exploradores Guillermo Reisz y Alfonso Stubel (*El cementerio de Ancón*, 1880-1887).

El país tropical por excelencia, el Brasil, tuvo grandes atractivos para los sabios. En el verano de 1744, el matemático francés, Carlos María de La Condamine, descendió por el Amazonas, siendo resultado de su viaje, el primero que con carácter científico se verificó en aquellos territorios, el mapa de aquel río hecho sobre la base de observaciones astronómicas. Su *Diario del viaje hecho por orden del rey al Ecuador* (1751 y 1752) es prueba evidente de la importancia de su expedición. En aquel mismo año visitó el jesuita Manuel Ramón el Río Negro, desde el cual pasó al Cassiquiare, por el que llegó hasta el Orinoco. Muchos é interesantes datos aportó al conocimiento del Brasil el mineralogista alemán Guillermo Luis de Eschwege, que en los años de 1810 á 1812 y en su calidad de director general de todas las minas de oro recorrió distintas provincias del Brasil, habiendo consignado sus observaciones en las obras *Diario del Brasil* (1818); *Brasil, el Nuevo mundo desde los puntos de vista topográfico, geognóstico*, etc. (1830), y *Pluto Brasiliensis* (1833). Su compatriota, el príncipe Maximiliano de Wied, visitó por aquellos mismos tiempos, especialmente desde 1815 á 1817, los territorios costaneros del Brasil y publicó, entre otros libros, su *Viaje al Brasil* (1819-1822). Inmediatamente después (1817-1820) los sabios Juan Bautista Spix y Carlos Federico Felipe de Martius exploraron por encargo del gobierno bávaro las cuencas del Amazonas y del Río Negro y escribieron, como resultado de sus extensos viajes, las obras *Viaje al Brasil* (1840), *Flora Brasiliensis* (1824-1831), *Historia naturalis palmarum* (1823-1853), *Las plantas*

y los animales de la América tropical y otras. El naturalista francés, Agustín Francisco Saint-Hilaire, publicó los resultados de los viajes de exploración que realizó desde 1816 á 1822, en sus grandes obras *Historia de las plantas más notables del Brasil y del Paraguay* (1824), *Plantas usuales de los brasileños* (1824-1828), *Florae Brasiliae meridionalis* (1825-1833), *Viaje por las provincias de Río Janeiro y de Minas Geraes* (1830), *Viaje por el distrito de los diamantes*, etc. (1833), *Viaje á las fuentes del río San Francisco*, etc. (1847 y 1848), y *Viajes á las provincias de San Pablo y de Santa Catalina* (1851). El contralmirante francés Dardy de Montravel se consagró desde 1842, y durante una porción de años, al estudio de las costas del Brasil, del Amazonas, del Orinoco y del Plata, y su compatriota Francis de Castelnau obtuvo grandes resultados del viaje que por encargo de su gobierno emprendió por el Brasil en los años 1843-1847, resultados que expuso en la obra *Expedición á las regiones centrales de la América del Sur* (1851).



La Condamine

De mucha importancia son también los viajes de los dos naturalistas Alfredo Russell Wallace y Enrique Walter Bates, quienes en 1848 exploraron los poco conocidos territorios del Amazonas: en el valle de este gran río y en el Río Negro permaneció Wallace cuatro años, y Bates, ocupado principalmente en los estudios zoológicos, exploró por espacio de once años otros afluentes del Amazonas, escribiendo el primero *Viajes al Amazonas y al Río Negro* (1853) y *Palmeras del Amazonas* (1853), y el segundo su interesantísimo libro *El naturalista en el río Amazonas* (1863) y otras obras de distintas materias científicas.

A mediados del presente siglo el alemán Hermán Burmeister visitó las provincias de Río Janeiro y Minas Geraes, publicando las obras *Cuadros brasileños* (1853), *Viaje al Brasil* (1853), *Ojeada sistemática sobre los animales del Brasil* (1854-1856) y otras.

El oficial de la armada norte-americana W. Lewis Herndon exploró desde 1850 á 1852 el alto Ucayale y el Amazonas, y publicó en 1854 su obra *Exploración del Amazonas*. Desde 1855, además del coronel Church,

hizo notables estudios en el Brasil el ingeniero Francisco Keller-Leuzinger, que recorrió los ríos Amazonas y Madeira y publicó en 1873 su hermoso libro *El Amazonas y el Madeira.* El alemán Roberto Cristián Avé-Lallement, durante los años 1858 y 1859, realizó también grandes viajes que describió en sus obras *Viajes por el Sur del Brasil* (1859), *Viajes por el Norte del Brasil* (1860) y *Excursiones por la fauna de los trópicos* (1880).

Por la misma época emprendieron los suyos los exploradores Heusser, Claray, Waldemaro Schulz, Silva Coutinho y Chandlesz: este último hizo desde 1862 una serie de importantes exploraciones en la cuenca del Amazonas, distinguiéndose especialmente por sus estudios del Purus, Jurúa, Madeira, Tapajos, Beni, etc. También constituye un hecho transcendental el viaje del famoso Luis Juan Agassiz, quien en 1865 llevó á cabo una expedición magna á la América del Sur, especialmente por el río Amazonas, escribiendo como resultado de la misma *Una jornada en el Brasil* (1866) y *Vida y Exploraciones en el Brasil* (1868). El compañero de Agassiz, C. F. Hartt, continuó la obra de su maestro, estudiando en 1867 las costas orientales del Brasil, en 1870 y 1871 el Tocantins, el Amazonas y el Tapajos, y en 1874 el Brasil meridional, y publicando en 1870 su *Geología y geografía física del Brasil.* El geólogo inglés Barrington Brown visitó en 1873, en compañía del botánico W. H. Trail, el río Amazonas y muchos de sus afluentes, y escribió el libro *Quince mil millas en el Amazonas y en sus tributarios* (1878).

Más recientemente dióse á conocer el médico alemán Carlos de Steinen por el viaje de exploración del Xingu que comenzó en 1884 y prosiguió en 1887 y 1888 en unión de Pablo Ehrenreich, cuyo fruto fué la hermosa obra *Al través del Brasil central* (1886).

Merecen asimismo especial mención las creaciones de los pintores J. B. Debret y Mauricio Rugendas, que publicaron respectivamente *Viaje pintoresco al Brasil* y *Viajes pintorescos al Brasil* (1827-1835).

La mitad meridional de la América del Sur fué también explorada por multitud de sabios: así por ejemplo, desde 1781 á 1788 visitaron Chile los botánicos españoles Ruiz, Pavón y Dombey, mientras don Félix de Azara viajaba por las Pampas, que él fué el primero en describir.

Como frutos de los viajes que desde 1826 á 1833 hizo por Paraguay, la Patagonia septentrional, Chile y el Perú, publicó el naturalista francés Alcides Dessalines d'Orbigny sus obras *Viajes por la América Meridional* (1835-1849), *El hombre americano* (1840) y *Descripción geográfica, histórica y estadística de Bolivia* (1846).

Casi por aquel mismo tiempo los ingleses Parker King, Roberto Fitzroy y Carlos Darwin exploraron distintas partes de Patagonia, país que ya en

los años 1825 y 1833 había sido visitado por Nicolás Descalzi, quien emprendió varios viajes de exploración en el Bermejo y en el Río Negro. Day (1853), Tomás Page y Mouchez (1853-1856) y Juan Antonio de Moussy (1854-1859) visitaron la Argentina y el Paraguay, publicando el último de los viajeros citados las obras *Descripción geográfica de la Confederación Argentina* (1860-1864) y *La industria india en la cuenca del Plata* (1866). Rodolfo Philippi mereció bien de la ciencia por las investigaciones que en 1853 y 1854 practicó en los Andes de Chile y en el desierto de Atacama y por los viajes que desde 1857 á 1862 realizó por los territorios meridionales de Chile.

Estos mismos territorios, así como las islas Chonos, fueron estudiados en 1870 y 1871 y en 1877 por los oficiales de la armada chilena Simpson y Pissis. El oficial de la marina inglesa Jorge Chaworth Musters cruzó en 1869 y en 1870 la Patagonia en toda su longitud, de Sur á Norte, y sobre este viaje escribió su tan leída obra *Entre los patagones* (1870, traducida al alemán en 1876). El coronel Guerrico visitó en 1873 y 1878 el Río Negro y sus fuentes, el Limay y el Neuquen. En 1874, Patagonia fué visitada por Berg y Francisco Moreno, en 1876 por Ellis, en 1877 por Rogers é Ibar, en 1878 por Ramón Lista, y en 1886 por el comandante chileno Serrano. Además de Moreno, exploraron también la Argentina Uriburu (1870), el teniente coronel Fontana, Sola, Ibazeta (1875-1882), Host, Latorre, Octavio Pico, Antonio Ceballo, el ingeniero francés Thouar (1883) y los generales Roca y Victorica. Roca abrió á la colonización en 1879 el territorio salvaje del Rio Negro, y Victorica en 1884 los del Gran Chaco.

Los exploradores alemanes Steinemann y Pablo Gussfeldt se dedicaron en 1882 á explorar los Andes de Chile; los profesores Kurtz y Bodenbender recorrieron los Andes argentinos, y A. P. Bell y C. V. Burmeister estudiaron en 1887 las fuentes del río Chuput.

Bolivia ha sido recientemente visitada por el coronel Labre (1887 y 1888), por el americano E. R. Heath (1881) y por el inglés Juan Page, quien murió en la expedición que emprendió en 1890 para explorar la cuenca del Pilcomayo.

La Tierra del Fuego y los territorios antárticos confinantes con la América del Sur los visitaron en 1881 y 1882 el teniente Bove, en 1886 y 1887 Ramón Lista, y en 1890 y 1891 los franceses Rousson y Willems.

A pesar de estas continuas exploraciones realizadas en todos los países del Nuevo Mundo, todavía en la actualidad no se ha descubierto por completo el extenso continente americano, pues así en la América del Norte como en la del Sur hay aún vastísimos territorios, cuya superficie es, según cálculo de Oppel, de 4.143,000 kilómetros cuadrados, que hasta el presente ningún viajero blanco ha visitado.

Pero dada la actividad que los exploradores del presente siglo han mostrado en sus empresas, puede esperarse con seguridad que antes de diez años poseeremos datos positivos acerca de esas comarcas hoy todavía ignoradas.

En nuestra obra hemos explicado cómo fué hallado y conquistado para la humanidad, gracias á la incesante labor de innumerables descubridores, conquistadores, exploradores y sabios, aquel mundo situado más allá de las columnas de Hércules cuya existencia había sido presentida desde los tiempos primitivos. Conocido á principio del siglo XI y olvidado tres siglos después para ser á poco nuevamente descubierto, el continente americano surgió de entre las azuladas olas del Océano mucho más grandioso, mucho más bello que aquella maravillosa Atlántida con que soñaron los poetas de la antigüedad.

Enfrente de los habitantes de los países de Oriente apareció una nueva raza humana: animales hasta entonces desconocidos, cubiertos unos de preciosas pieles, adornados otros de plumas de todos colores; árboles ignorados, plantas y flores nunca vistas, despertaron en todas partes el interés y la admiración de los europeos.

¡Y con cuántas riquezas brindaba ese Nuevo Mundo!

De las brillantes arenas de los ríos y de las cordilleras gigantescas extraíanse en cantidades increíbles las más estimadas piedras preciosas, el oro, la plata y otros valiosísimos metales; pescábanse en los mares perlas cuya belleza excedía á la de cuantas criaba Oriente, y en los palacios de los soberanos indios encontrábanse fabulosos tesoros y objetos de arte superiores á los que pudo inventar la fantasía de los orientales narradores de cuentos. El Viejo Mundo se vió inundado de riquezas; pero por muchas que éstas fueran, mayores beneficios habían de reportar á la humanidad las que ofrecía la flora americana.

Infinitamente más importante que todos los tesoros de las minas de oro del Perú, de México y de California fué la introducción en el antiguo continente de la patata, planta indígena de América, adaptable á todos los climas, extraordinariamente fructífera, nutritiva y sabrosa, que se extendió rápidamente por toda Europa y por el Norte de Asia y gracias á la cual la carestía y el hambre, que hasta entonces habían asolado á los pueblos con tanta frecuencia, fueron cada día más raros y dejaron en gran parte de inspirar el terror que antes producían.

Otra planta alimenticia de no menos importancia fué el maíz, originario probablemente del Perú ó de México en donde ya en tiempo de la conquista española existían grandes plantaciones de este cereal, cuyo cultivo había adquirido allí gran desarrollo. Desde América propagóse por

toda la Europa meridional, entre cuyas poblaciones agrícolas constituye un factor tan importante como la patata entre las de los países del Norte.

Una tercera y muy estimada planta que al Nuevo Mundo debemos es el tabaco, cuyo cultivo y elaboración ocupan á millones de individuos.

De América llegaron también á nosotros el cacao, el mate, la coca y las ananas; en el género de las especias, la rica vainilla y la llamada guindilla *(Capsicum annuum);* en plantas medicinales, la preciosa corteza de quina, el árbol de la copaiba, la ipecacuana, la cuasia, el sasafrás, la zarzaparrilla y otras. Para la industria tienen también gran valor el caucho, y la cochinilla, procedente de la fauna americana.

El descubrimiento de América, además de traer al Viejo Mundo todas estas riquezas, produjo en la vida de Occidente un cambio radical; todo varió en ella de una manera sorprendente: el comercio vió abiertas nuevas vías, la ciencia tuvo inmenso campo para nuevas observaciones, y los estímulos que con ello recibieron los espíritus pensadores dieron impulso para innumerables inventos. Donde más grande se dejó sentir la revolución fué en la esfera del tráfico universal: en vez de las pequeñas embarcaciones de que dispusieron los siglos XIV y XV y en las cuales apenas podían los marinos aventurarse á cruzar el Océano, aparecieron los soberbios buques de tres palos, y en lugar de los miserables caminos por donde se transportaban las mercancías en mulos y caballos de carga, construyéronse anchas carreteras para las cuales sirvieron de modelo las vías artificiales de los pueblos mexicanos é incas.

El aumento del tráfico mercantil, cada día mayor, entre el Viejo y el Nuevo Mundo obligó al hombre á inventar nuevas mejoras: abriéronse canales interiores, ensancháronse y perfeccionáronse los puertos, estableciéronse correos regulares y fundáronse periódicos. Sin el descubrimiento de América, el vapor, los ferrocarriles, el telégrafo y el teléfono serían aún hoy cosas desconocidas, y sin los modelos que los conquistadores españoles vieron en los palacios del viejo Tenochtitlán y del imperio inca no tendríamos quizás ahora esos jardines botánicos, ni esos parques zoológicos, ni esos museos de historia natural ni de bellas artes en los cuales aun los menos acomodados pueden aumentar el caudal de sus conocimientos y encontrar inagotable fuente de deleites.

Mas también en otro orden de relaciones fué de grandísima importancia el descubrimiento de América: merced á él, el Viejo Mundo pudo enviar al Nuevo el exceso de su población, y estos elementos, sin cuya emigración se encontraría ahora Europa con una superabundancia de habitantes aterradora, encontraron allende el Océano ancho campo para la aplicación de sus fuerzas y de sus aptitudes. No encerrados dentro del estrecho círculo de las diferencias de raza y de clases, no cohibidos por

las preocupaciones y tradiciones medioevales y no perturbados por los odios religiosos, pudieron los emigrantes fundar un nuevo imperio en el cual el espíritu de empresa y la actividad humana celebraron los más grandes triunfos, y la industria, el comercio, la agricultura y el tráfico tomaron un vuelo y una extensión incomparablemente superiores á todo cuanto hasta entonces había el mundo presenciado.

En las esferas científica y artística, no fueron menores las conquistas que en virtud del descubrimiento del Nuevo Mundo se realizaron, pues de América procede una buena parte de los más colosales inventos. El joven continente puede en muchas cosas competir con éxito con Europa y aun en algunas la ha sobrepujado. Esta emulación subsiste y á no dudarlo contribuirá más que ningún otro suceso á conducir á la humanidad hasta el último peldaño de su desenvolvimiento.

El mérito de haber iniciado esta época corresponde indiscutiblemente á Cristóbal Colón, que con sus temerarios viajes al través del Océano rompió todas las cadenas que se oponían al libre desarrollo del espíritu y de la actividad humanos: este mérito lo reconocen sin distinción los sabios de todas las naciones, de suerte que si la humanidad entera tratara de elevar un monumento al gran navegante genovés, la mejor dedicatoria que en él podría esculpirse sería:

¡Á CRISTÓBAL COLÓN EL MUNDO AGRADECIDO!

FIN DEL TOMO TERCERO Y ÚLTIMO

INDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO

Páginas

Descubrimiento y conquista de Chile. 5
Descubrimientos de los españoles en Patagonia. 23
Descubrimientos de los españoles en las comarcas del río Paraná. . . 37
Descubrimiento del río de las Amazonas. 51
Conquista del reino de los Chibchas. 65
Posteriores campañas de los españoles en busca de El Dorado. . . 77
Los alemanes en Venezuela. 81
Descubrimientos de los portugueses en América. 99
Viajes de Juan y Sebastián Cabot. 118
Verrazano en la costa oriental de la América del Norte.. . . . 130
Descubrimiento del Canadá y fundación de Nueva Francia. . . . 143
Descubrimientos realizados por los jesuitas y por los navegantes franceses. 164
La Salle y la fundación de la Luisiana. 174
Descubrimientos de los holandeses en América y fundación de Nueva Holanda. 186
Los heroicos navegantes ingleses. 196
Sir Walter Raleigh en Virginia y Guayana. 207
Fundación de colonias inglesas en la América del Norte. . . . 222
Antiguas tentativas en busca de un paso por el Noroeste. . . . 239
Descubrimiento del gran Noroeste. 250
Descubrimiento de la costa Noroeste de la América del Norte. . . 263
Exploración de Groenlandia. 287
Lucha por el paso del Noroeste. 312
Viajes al Polo Norte por el Estrecho de Smith. 348
Descubrimiento del lejano Oeste y exploración de Alaska. . . . 360
Los viajeros de América en los modernos tiempos. 391

INDICE

DE LOS GRABADOS QUE CONTIENE ESTE TOMO

Páginas

Pedro de Valdivia. 5
Bolas de los araucanos y patagones. 9
Una familia araucana. 15
Tipos de patagones (dos grabados). 25
Sebastián Cabot. 37
Facsímile de la portada del relato de Ulrico Schmidel. 41
Buenos Aires en la época de su fundación. 43
Joven indio payagua del territorio de Asunción. 47
Ulrico Schmidel. 49
Paisaje del territorio del Alto Amazonas. 51
Indio coreguaje de las orillas del Amazonas. 55
Indios carijonas. 57
Indio mundrucu. 59
Remo, flechas, vasija y adornos de los indígenas del Amazonas. . . 64
Gonzalo Jiménez de Quesada. 65
Combate de los españoles con los indios habitantes de los árboles en el río Atrato.. 67
Tipo de un indio de Colombia. 69
Figura de piedra hallada en Colombia. 71
Trabajos de oro de los chibchas. 73
Pinzas de oro para arrancar los pelos de la barba. 74
Objeto de oro representando al zaque á bordo de una balsa. . . . 75
Adornos de oro de los chibchas. 76
Viviendas de los indios guajiros en el lago de Maracaibo. . . . 81
Tenacillas para sujetar el cigarro, de los indios del Sur de Venezuela. . 83
Silla de madera recortada de los indios del Sur de Venezuela. . . 85
Sonajero usado en los bailes por los indios del Sur de Venezuela. . . 87
Paisaje de los llanos de Venezuela. 91
Cerbatana, flechas para la misma, mazas, collar y vasija de los indios del Sur de Venezuela. 97
Idolo de Venezuela. 98
Botocudo. 103
Pueblo fortificado de los indios tupis. 107
Indios tupis rechazando el ataque de un pueblo suyo. 109
Indios del interior del Brasil cazando pájaros. 115
Antigua hacha de combate brasileña. 117
Retrato de Verrazano. 130
Indio de la Carolina del Norte. 133
Mapa de la bahía de Nueva York. 137
Antigua maza de combate de los indígenas del Estado del Maine. . . 142
Retrato de Jacobo Cartier. 143
Cinturón de wampum. 149
Pesca y preparación del bacalao en el siglo XVII. 153

Páginas

Retrato de Champlain. 155
Quebec en 1608. 159
Casa larga de los iroqueses. 160
Un jefe de los iroqueses. 161
Combate de Champlain contra los iroqueses. 162
Tipo de un indio dakota.. 165
Firma de Luis Jolliet. 167
Firma de Jacobo Marquette. 167
Pipa emblema de paz de los indígenas. 173
Retrato de La Salle. 174
Tipo de un indio del Illinois. 179
Tomahawk de los hurones. 185
Tipo indígena, wigwams, rodela y armas del territorio de Tejas. . . 186
Cabo Hoorn. 189
Henry Hudson. 191
Nueva Amsterdam. 194
Francisco Drake. 195
Escudo de armas de John Hawkins. 197
Indígenas de la Tierra del Fuego. 201
Combate del *Pelícano* con el *Cacafuego*. 203
La Carrera Dorada.. 205
Sir Walter Raleigh. 207
Indígenas de Virginia. 209
Una fragata del siglo XVI. 213
Sepulcro indio en el Orinoco. 217
Indígenas de Guayana. 219
Retrato de Juan Smith. 222
El cacique Powhattan y su Consejo de guerra. 225
Primitiva vivienda de un colono en los Estados del Sur.. 227
Firmas de sir Ferdinando Gorges, John Mason, John Endecott, Roger Williams y lord Baltimore. 231
En el país de los iroqueses. 232
Una colonia incipiente. 233
Firmas de William Penn y de Jaime Oglethorpe. 235
Escalpe indígena. 236
Refugio cercado de empalizada de una colonia del siglo XVIII. . . . 237
Retrato de Martín Frobisher.. 239
Firma de John Davis. 243
Témpanos de forma extraña en los mares árticos. 248
India Eri. 250
Viajero canadiense del siglo XVIII. 253
Factoría fortificada de la Compañía del Noroeste. 255
Alejandro Mackenzie. 257
Un dakota de la América del Norte.. 259
Armas de hueso, de los esquimales. 261
Tomahawk de los indios athabaskas.. 262
Cadenas de colmillo de morsa, de los aleutianos. 267
Caretas funerarias de los aleutianos. 270
Firma de Jaime Cook. 271
Jaime Cook. 272
Francisco de La Perouse. 273
Tipos de habitantes de las islas Vancouver. 275
Pueblo de indios haidas en la costa Noroeste de la América del Norte. . 277
Cacique indígena de la costa Noroeste. 278
Coraza de placas de madera del Estrecho de Nutka.. 279

Páginas

Remo, lanzas, hachas, collar y peineta de los indios thlínkitos. . . . 281
Sonaja schamana. 286
Tipos esquimales. 287
Tipos esquimales. 289
Hachas y azadas de hueso, de los esquimales. 291
Utensilios de los esquimales. 292
Trineo groenlandés. 293
Un *kajak* de los esquimales. 295
William Scoresby. 297
Fridtjof Nansen. 309
Cuchillo de hueso, de los esquimales. 311
Sir John Ross. 312
William Edward Parry. 313
Lápida conmemorativa de la estancia del *Hecla* y el *Griper* en la isla de Melville. 315
Hombre esquimal de la orilla septentrional del Continente Norte americano. 319
Mujer esquimal de la orilla septentrional del Continente Norte americano. 320
Cuchillo en forma de media luna. 321
Extremo de una lanza de pesca de los innuitas. 321
John Franklin. 327
Robert Le Mesurier M'Clure. 333
F. Leopoldo Mac-Clintock. 343
Amuletos de los esquimales. 347
E. Kant Kane. 348
Isaak Israel Hayes. 351
Charles Francis Hall. 353
A. W. Greeley. 357
Figura de animal construída con un colmillo de morsa por los esquimales groenlandeses. 359
Tipo de una india dakota.. 365
Tipo de un antiguo indio dakota. 367
El teniente Pike. 375
Un fuerte americano del lejano Oeste. 377
Juan Carlos Fremont. 379
J. W. Powell. 383
Un trampero del lejano Oeste. 387
Instrumento de piedra, usado en Alaska, para triturar bayas.. . . . 389
Cuchillo indio para arrancar la piel del cráneo.. 390
Alejandro de Humboldt. 391
Roberto Hermán Schomburgk. 397
La Condamine. 399

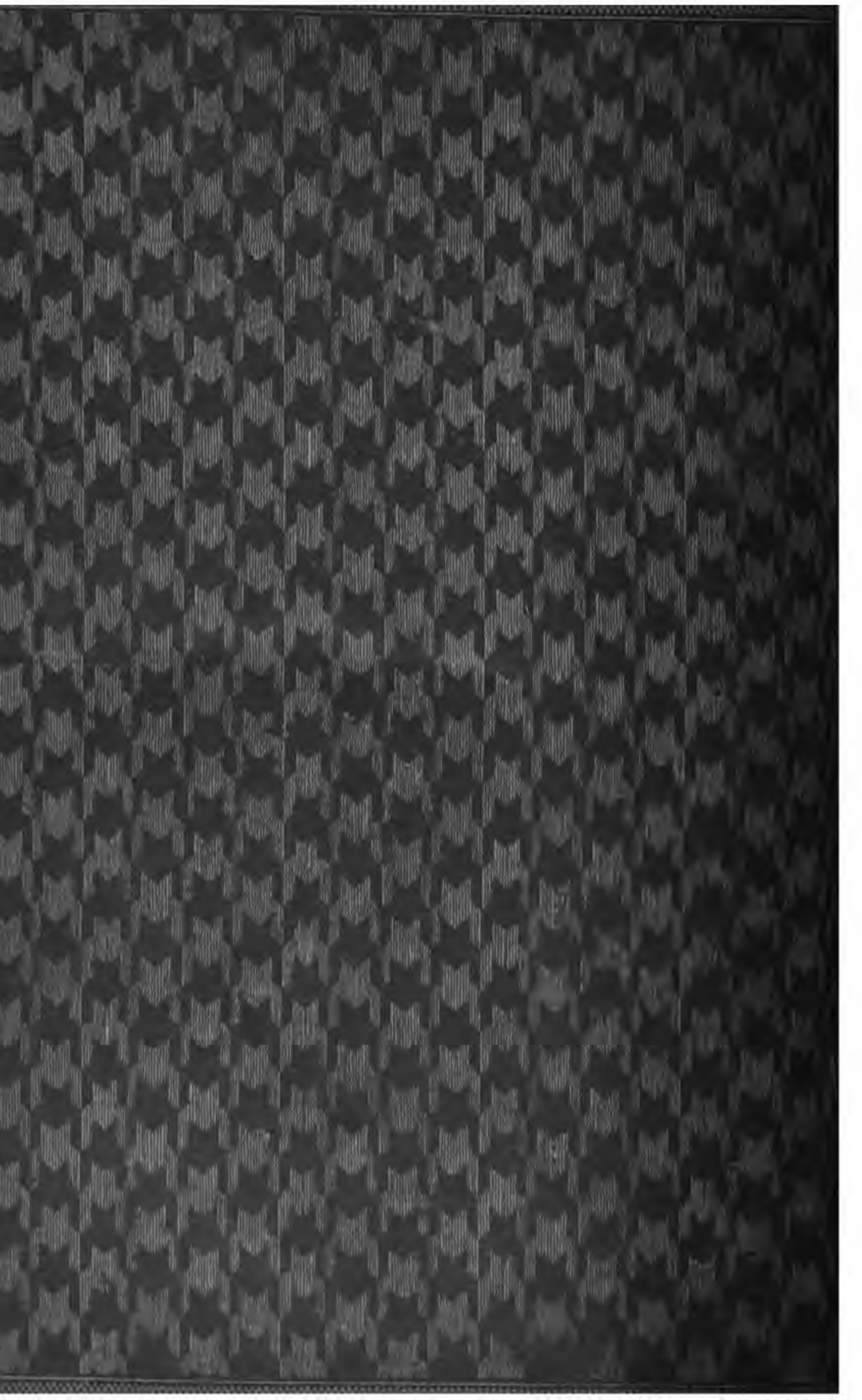
Advertencia. La lámina cromolitografiada que lleva el título de EL GRAN CAÑÓN DEL RÍO COLORADO (AMÉRICA DEL NORTE), deberá colocarse enfrente la portada.



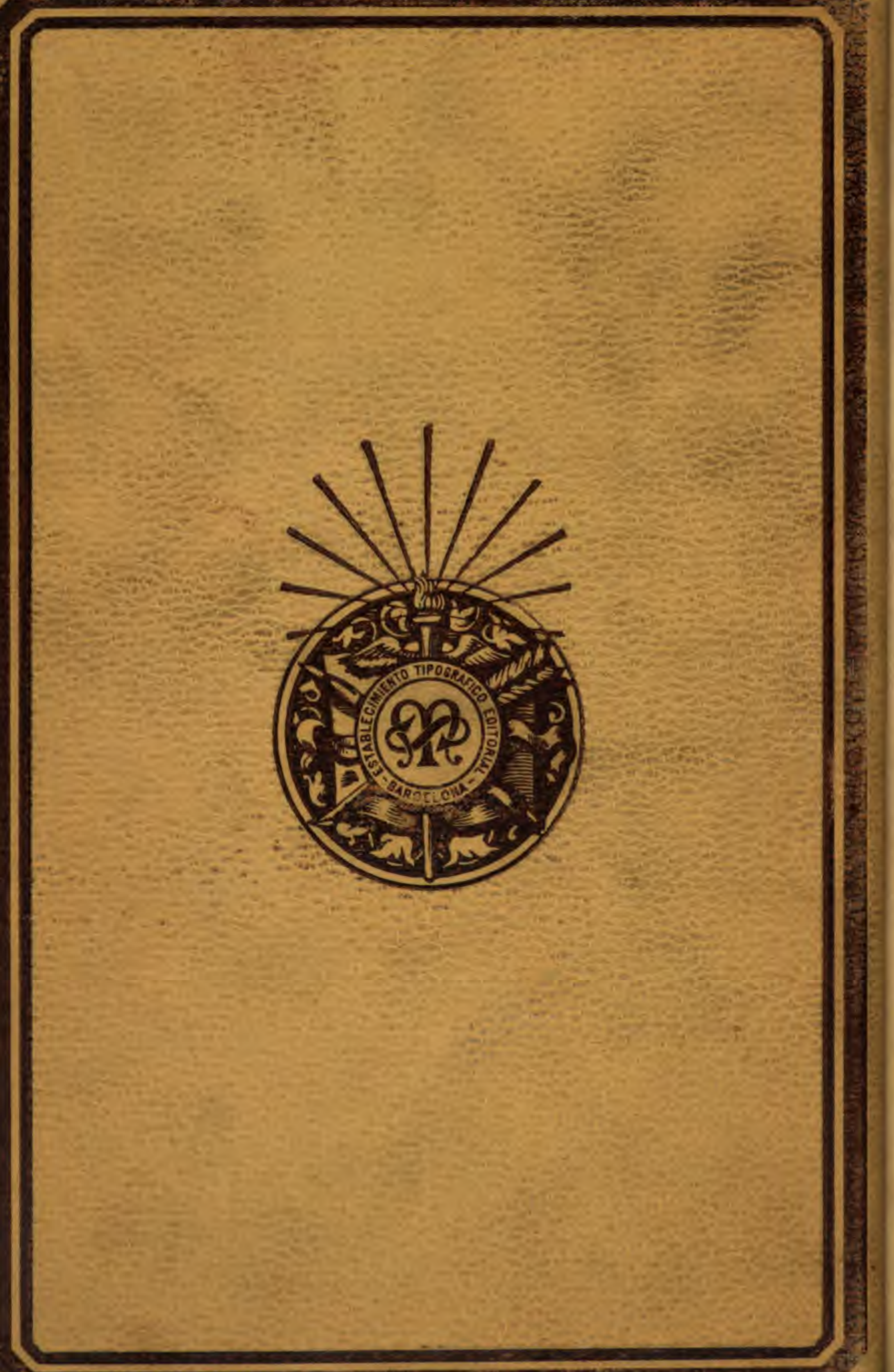

3 2044 018 877 753
WIDENER
JUL 17 1995
JUN 2 6 1995
CANCELLED
BOOK DUE




3 2044 018 877 753
WIDENER
JUL 17 1995
JUN 26 1995
CANCELLED




3 2044 018 877 753
WIDENER
JUL 17 1995
JUN 26 1995
CANCELLED
BOOK DUE


ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO EDITORIAL
BARCELONA